TIEMPO DE MEMORIA

Danny Orbach

LAS CONSPIRACIONES CONTRA HITLER

TUSQUETS EDITORES

TIEMPO DE MEMORIA

Danny Orbach

LAS CONSPIRACIONES CONTRA HITLER

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Agradecimientos
Nota sobre los rangos militares
Introducción
1. Oposición en llamas
2. «¡Esa maldita yegua!»: el escándalo del alto mando del Ejército
3. El oficial, el alcalde y el espía
4. «Con los colores más oscuros»: la decisión del general Beck
5. El pájaro y su jaula: el primer intento de golpe de Estado, septiembre de 1938
6. Sin red: el asesino solitario
7. El punto de no retorno:pogromo y guerra
8. El espíritu de Zossen: cuando fallan las redes
9. Señales en la oscuridad: reconstruyendo la conspiración
10. En alas del pensamiento: redes imaginarias
11. Agentes en el frente: la nueva estrategia
12. Guerra de exterminio: los conspiradores y el Holocausto
13. «Blitz» y botellas de licor: intentos de asesinato en el este
14. Nombre en clave U-7: rescate y abismo

15. El conde Stauffenberg: el giro carismático
16. Tú debes matar: el problema del tiranicidio
17. Una rueda conspirativa: la época Stauffenberg
18. El momento decisivo: 20 de julio de 1944
19. La camisa de Neso
20. Motivos en la penumbra
21. Redes de resistencia
Epílogo. Caballeros con la armadura sucia: los héroes de la resistencia y nosotros
Apéndices
Abreviaturas
Bibliografía selecta
Láminas
Notas
Créditos

Sinopsis

En 1933, Adolf Hitler se convertía en canciller de Alemania. Apenas un año después, todas las formaciones políticas, excepto el partido nazi, habían sido ilegalizadas, la libertad de prensa era tan sólo un recuerdo y el poder de Hitler se hacía imparable. Sin embargo, el régimen nazi vio cómo se urdían numerosas conspiraciones que trataron de acabar con aquella creciente tiranía, desde las protagonizadas por lobos solitarios como el carpintero Georg Elser hasta la célebre Operación Valquiria. Este libro cuenta en detalle las reuniones secretas, las crisis de conciencia, el diseño de los planes y la ejecución de atentados con los que militares, maestros, políticos y diplomáticos —algunos antisemitas y reaccionarios; otros, comprometidos idealistas— no dudaron en arriesgar la vida para acabar con la del Führer.

DANNY ORBACH
LAS CONSPIRACIONES CONTRA HITLER

Traducción de Francisco García Lorenzana

TUSQUETS EDITORES

Este libro está dedicado a mi querido maestro
Itzik Meron (Mitrani), que acompañó este proyecto
desde el principio, pero no tuvo la oportunidad
de verlo publicado

AGRADECIMIENTOS

Las conspiraciones contra Hitler no se habría podido publicar sin la ayuda generosa de una densa red de familiares, amigos, maestros y colegas a los que debo una gratitud infinita.

Andrew Lownie, mi entregado agente, navegó con inteligencia por las aguas tormentosas del mercado literario internacional para publicar este libro en inglés y en diversas traducciones. También le estoy agradecido a Jemma McDonough, de la March Agency, por su ayuda en la negociación de la edición italiana de este libro. Mi querida madre, Lily Orbach, invirtió un tiempo y unos esfuerzos considerables en la lectura del primer borrador del manuscrito y me ofreció comentarios muy valiosos. Ned Pennant-Rea, uno de los mejores editores de mesa que he conocido, trabajó muy duro para conseguir que este libro fuera legible. Kristen Hamilton («Kristen Corrige») también ayudó durante el proceso de edición.

También estoy profundamente en deuda con el maravilloso equipo editorial de Eamon Dolan Books, Houghton Mifflin Harcourt. Eamon Dolan, mi editor, creyó en este proyecto y realizó un esfuerzo enorme para que llegase a la imprenta. Rosemary McGuinness mostró una paciencia increíble con mis quejas por una serie infinita de cuestiones administrativas, y Tammy Zambo realizó un trabajo excelente con las correcciones.

El profesor Niall Ferguson, de la Universidad de Harvard, a través de sus críticas agudas y certeras, dirigió el camino de la reescritura de este libro, mientras trabajé bajo su dirección como profesor asociado: una experiencia realmente inolvidable. El profesor Moshe Zuckermann, mi más estimado maestro de la Universidad de Tel Aviv y un experto en la historia

intelectual alemana, apoyó este proyecto desde su concepción, cuando yo no era más que un estudiante de secundaria (demasiado) ambicioso sin experiencia en la investigación. El profesor Moshe Zimmermann, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, me ofreció consejos muy valiosos. El profesor Peter Hoffmann, de la McGill University, un historiador eminente del movimiento de resistencia alemán, me apoyó cálidamente a lo largo de muchos años estériles de investigación con ayudas y consejos amables, aunque está profundamente en desacuerdo con mis conclusiones y metodología. El doctor Maximilian Schich (Universidad Técnica de Zúrich), junto con dos de mis amigos de Harvard, Anshul Kumar y Mazen Elfakhani, me introdujeron en el fascinante mundo del análisis de las redes sociales y respondieron incansablemente incluso a mis preguntas más ignorantes. Linda von Keyserlingk, una conservadora del Museo de Historia Militar de Dresde y estudiante de doctorado en la Universidad de Potsdam, compartió amablemente algunos de sus descubrimientos sobre las redes sociales en la resistencia alemana. Me he beneficiado de la misma manera de la formación gratuita que me ha proporcionado el profesor Lada Adamic, un renombrado experto en redes sociales, a través de su página web académica Coursera; y de la instrucción del analista de redes Smadar Porat. El profesor Winfried Meyer, un historiador de la inteligencia militar alemana, me ofreció consejos y documentos preciosos de su colección personal. También estoy agradecido a mi tutor en Harvard, el profesor Andrew Gordon, que siempre está dispuesto a escuchar y ha mostrado una tolerancia destacable con el tiempo invertido en la investigación para este libro, a expensas de mi proyecto de tesis que todavía está por acabar.

Además, les debo una gratitud especial a los luchadores de la resistencia alemana y a los miembros de sus familias que aceptaron hablar conmigo o ser entrevistados para este libro. El llorado conde Philipp von Boeselager, confidente del general Henning von Tresckow, líder de la resistencia, aceptó amablemente recibirme en su hermoso castillo en el pueblo de Kreuzberg, cerca de Bonn, y respondió a muchas preguntas. De manera parecida, la difunta Dra. Marianne Meyer-Krahmer, la hija del líder civil de la

resistencia, el doctor Carl Goerdeler, me concedió una entrevista larga y muy útil durante su estancia en Tel Aviv. También recibí consejos valiosos de los hijos del coronel Claus von Stauffenberg, Heimerann von Stauffenberg y Franz-Ludwig von Stauffenberg. Christina Blumenberg-Lampe, de la Stiftung 20 Juli 1944, me ayudó a concertar algunas de estas entrevistas. Nicholas Netteau, un creador de documentales americano, me permitió usar sus entrevistas con conspiradores claves y sus familiares. El doctor Mordechai Paldiel, antiguo jefe del Departamento de los Justos, Yad Vashem, me permitió el acceso a documentos útiles del dosier de Hans von Dohnanyi.

Durante mis viajes de investigación a Rusia, recibí una gran ayuda del profesor Aleksandr Bezborodov, catedrático del Departamento de Historia y Archivos en la Universidad RGGU; también de su colega el profesor Boris Chavkin; de Valentina Apresjan, del Instituto de Lengua Rusa, y del equipo de investigación de Memorial, una organización de derechos humanos valiente y comprometida con base en Moscú. En Aberdeen, Escocia, la familia del difunto diplomático británico Sir George Ogilvie-Forbes mostró una gran generosidad al permitirme el acceso a sus documentos privados. También me ayudaron los siguientes archiveros y personal de las bibliotecas de investigación: Petra Moertl del Institut für Zeitgeschichte (Múnich), Andreas Grunwald del Bundesarchiv (Berlín), Achim Koch del Bundesarchiv-Militärarchiv (Friburgo), Michelle Gait (Aberdeen University Archive), Steven Bye (U.S. Army Heritage Center), Elton-John Torres (Special Collections, University of Pennsylvania), y el equipo de la Wiener Collection en la Universidad de Tel Aviv y el Goethe Institute en Tel Aviv. También estoy profundamente agradecido al Centro en Memoria de la Resistencia Alemana en Berlín; su director, el profesor Johannes Tuchel; y al Bundesarchiv en Berna, Suiza, por su amabilidad al darme permiso para reproducir algunas de sus fotos. Laura Tuomi me ayudó generosamente con la traducción de los documentos del finlandés.

Los primeros borradores de este libro no se podían haber escrito sin las generosas becas de la Fundación Bosch (Alemania) y del Bloomfield

Science Museum (Jerusalén). También quiero dar las gracias a los siguientes amigos, maestros y colegas, que leyeron el manuscrito, parcial o totalmente, y/o me dieron consejos muy valiosos: Michael Olinger, Florin Stefan-Morar, Cian Power, doctor Konrad Lawson, Prof. Sven Saaler, Prof. Harald Kleinschmidt, Prof. Ishida Yuji, Prof. Moshe Zimmermann, Prof. Aviad Kleinberg, doctor Igal Halfin, doctor Shulamit Volkov y Prof. Shlomo Sand. El rabino Yosef Kaminetski, del movimiento Judío Ortodoxo Jabad, compartió conmigo una información muy valiosa sobre el rescate del Rebe de Lubavitch en Varsovia. Iris Nachum y el grupo de lectura alemán de la Universidad de Tel Aviv me ofrecieron unos comentarios muy útiles sobre un documento clave de Goerdeler. Mis queridos amigos de la Universidad de Tel Aviv Dikla Doitch y Clara Shikhleman me ofrecieron comentarios agudos e inteligentes.

Las siguientes personas fueron tan amables de alojarme durante mis frecuentes viajes de investigación. En Carlisle, Pensilvania, Alison Spare y su familia; en Washington, D.C., Seraj y Abir Assi; y en Freilassing, Alemania, Gerhard y Anke Walcher. Durante mi estancia en el Reino Unido, disfruté de la generosa hospitalidad de Niall Sayers y Ben Zvi en Aberdeen, y Chris Hall en Londres.

Esto libro no se habría podido escribir sin un hombre muy especial que trabajó conmigo en la idea básica hace más de quince años: el difunto Itzik Meron (Mitrani), mi antiguo profesor de historia en el Galili High School, Kfar-Saba, Israel. Como mi tutor de un trabajo de secundaria sobre la resistencia alemana contra Hitler, Itzik me enseñó los métodos básicos de la investigación histórica, desde la lectura crítica de las fuentes hasta la redacción de las notas a pie de página. Sobre todo, me enseñó a amar la historia. Por desgracia, no ha tenido la oportunidad de ver publicado *Las conspiraciones contra Hitler*. Este libro está dedicado a su memoria.

Todas las personas mencionadas aquí comparten los méritos de este libro. Sin embargo, la responsabilidad de las omisiones y los errores es exclusivamente mía.

Nota sobre los rangos militares

Muchos de los protagonistas de este libro eran oficiales de las organizaciones militares del Tercer Reich: la Wehrmacht, la Armada y las SS. Algunos de ellos ascendieron de rango entre 1938 y 1944 —los años que abarca este libro— y en varios casos más de una vez. Muchos libros sobre la resistencia alemana, especialmente en inglés, mencionan habitualmente el rango último y más alto que obtuvo cada individuo. Claus von Stauffenberg, por ejemplo, normalmente aparece como coronel, aunque no recibió este rango hasta julio de 1944. En este libro se menciona el rango relevante para cada periodo temporal. Así, Henning von Tresckow aparece como coronel en los capítulos que se centran en sus intentos de asesinato en marzo de 1943 pero como general de división en capítulos posteriores. Dos de los rangos del generalato en la Wehrmacht, «general de la infantería/artillería» y «coronel general», no tienen un equivalente claro en los ejércitos de los países de habla inglesa. Por ello, con el fin de simplificar, he traducido ambos como «general». Las SS tenían sus rangos propios, que he convertido a sus equivalentes militares norteamericanos; por ejemplo, general de brigada Nebe en lugar de *Oberführer* Nebe.*

Introducción

> Cuando los gritos de la miseria llegaron a mis oídos, ¡en realidad lancé una advertencia, pero no lo suficientemente fuerte y clara! Hoy sé por qué comparezco aquí como culpable.
>
> Albrecht Haushofer, 1945

Culpa. No hay ninguna otra palabra que tenga mayor carga de significado cuando se trata de la historia alemana. Incluso el drama del complot de julio de 1944 para matar a Hitler, organizado por el coronel Claus von Stauffenberg y sus aliados en el movimiento de resistencia antinazi, se elaboró con culpa y un torbellino de otras emociones, que contemplamos a través de la niebla espesa del mito y el recuerdo.

La historia de la clandestinidad antinazi en el Ejército alemán y sus diversos intentos de asesinar a Hitler se ha tratado una y otra vez en libros, películas, telefilmes y programas de televisión. Esto no resulta sorprendente porque la historia contiene los elementos de un *thriller:* reuniones nocturnas en campos helados; el drama elaborado de las conspiraciones militares; bombas escondidas en maletines y en botellas de licor; y el día trágico del 20 de julio de 1944, con su atentado frustrado y el intento final y desesperado de un golpe de Estado.

Dramas aparte, la historia de la resistencia alemana tiene un componente moral determinante. Al fin y al cabo, la época nazi se sigue

viendo en todo el mundo, y sobre todo en la propia Alemania, a través de la lente de la culpa colectiva, la responsabilidad histórica y la carga de los crímenes nacionalsocialistas. Los historiadores tradicionalistas alemanes, a partir de la década de 1950 hasta la actualidad, han tendido a considerar la historia de la resistencia alemana como una «chispa de luz» en las tinieblas de la época nazi, para aliviar así la carga de la culpabilidad histórica. Los luchadores de la resistencia aparecían como personas íntegras y profundamente morales que se alzaban para «enfrentarse a las fuerzas oscuras del momento», en palabras de Hans Rothfels, el padre fundador de la historiografía de la resistencia en Alemania.[1] La narración presentada por los historiadores tradicionalistas alemanes, de la manera más sutil por Peter Hoffmann, es rica en detalles y simpatiza en gran medida con los luchadores de la resistencia alemana. El intento de golpe del 20 de julio de 1944, según la condesa Marion von Dönhoff, fue una «revuelta de conciencia». Los motivos de los conspiradores, según su obra, fueron morales.[2] Su propósito, afirma Peter Hoffmann, fue en primer lugar detener los crímenes nazis, incluido el Holocausto. Era un objetivo humano, en el sentido de que su meta era sostener el principio de «la vida y de la preservación de la vida».[3] Eran alemanes patriotas, sin lugar a dudas, que tenían la esperanza de salvar su patria de la destrucción, pero el nacionalismo siempre fue secundario con respecto a la moralidad.

Al llegar a los turbulentos años sesenta, el clima político cambió drásticamente en Alemania. Historiadores jóvenes, como otros alemanes cultos de su generación, empezaron a examinar sin piedad los «mitos» del pasado. La resistencia alemana no sobrevivió ilesa al nuevo clima crítico. A partir de finales de los sesenta, historiadores críticos y de izquierdas como Hans Mommsen, Christoph Dipper y Christian Gerlach plantearon dudas sobre la integridad de la resistencia alemana. Para ellos los conspiradores, la mayoría burócratas y militares conservadores, eran, para empezar, figuras dudosas. Es cierto que el conde Stauffenberg intentó asesinar a Hitler y pagó por ello con su vida. Pero antes de eso, ¿no había colaborado con el régimen nazi durante muchos años? ¿Y los demás conspiradores? ¿Eran

realmente hombres y mujeres morales, antinazis hasta la médula, que intentaron organizar «una revuelta de conciencia», o más bien fueron figuras oportunistas que colaboraron con los nazis hasta que ya no fue posible ganar la guerra?

Gradualmente se fueron retirando laurel tras laurel de la cabeza de los conspiradores anteriormente reverenciados. Es posible que aprendiesen lentamente a odiar al régimen nazi y se opusieran a la mayoría de sus crímenes, afirmaba Hans Mommsen, pero también eran reaccionarios antidemócratas.[4] Albergaban sentimientos fuertemente antisemitas, escribía Christoph Dipper en un estudio muy influyente publicado en 1984. Es posible que estuvieran en contra del Holocausto, pero la mayoría de ellos quería que los judíos desaparecieran de Alemania y apoyaban una discriminación «legal» y «no violenta».[5] No eran sólo antisemitas, sino también asesinos y criminales de guerra, afirmaba Christian Gerlach en 1995. Muchos conspiradores destacados, el primero y más importante el general de división Henning von Tresckow, participó voluntariamente en los asesinatos en masa de rusos, judíos y polacos. Los historiadores tradicionalistas, continúa Gerlach, encubrieron los crímenes de los conspiradores y escribieron «sandeces» sobre sus hojas de servicio supuestamente irreprochables. La cruda realidad fue que se opusieron a Hitler no por sus crímenes, sino porque no estaban de acuerdo con él sobre la «mejor manera de ganar la guerra».[6]

El debate prosigue. La resistencia alemana a Hitler, según parece, es un campo en el que los debates históricos no son puramente académicos, sino que levantan pasiones. Algunas personas son elevadas al Olimpo por unos eruditos, sólo para ser condenadas por otros al infierno más oscuro. Entre unos y otros se intercambian acusaciones profesionales e incluso personales. Yo mismo, como lo demostrarán las páginas que siguen, estoy muy lejos de ser un espectador neutral. Durante los primeros tiempos de mi interés en la resistencia, cuando era un joven estudiante en Israel, me quedé impresionado por lo que veía como la valentía abnegada de los conspiradores alemanes. Como hijo de la tercera generación de

supervivientes del Holocausto, me sentí profundamente conmovido al leer sobre las simpatías de los conspiradores por los judíos perseguidos. En la misma medida me sentí decepcionado al descubrir su supuesto antisemitismo y su complicidad en los crímenes de guerra, según los relatos de Dipper y Gerlach. Decidí bucear en las fuentes y formarme mi propia opinión.

Durante los diez años de investigación previos a la publicación de *Valkyrie,* mi monografía en hebreo sobre la resistencia, examiné todas las fuentes primarias y secundarias que pude encontrar.[7] Mi investigación me llevó a unos trece archivos en Alemania, Inglaterra, Rusia y Estados Unidos. A veces, me sentí conmocionado por mis descubrimientos. Paulatinamente, me fui desilusionando con la escuela izquierdista y «crítica» de los estudios sobre la resistencia. Descubrí que estudiosos aparentemente críticos acusaban a los luchadores de la resistencia alemana de oportunismo, antisemitismo y crímenes de guerra, basándose en pruebas sesgadas, distorsiones y lecturas interesadas de las fuentes primarias. La representación de la resistencia por parte de dichos académicos es con frecuencia una caricatura, un «espejo distorsionado» que nos dice más sobre las inclinaciones políticas de los estudiosos que sobre la resistencia alemana propiamente dicha.[8]

No obstante, no podía volver a la imagen cómoda y heroica que presentaban muchos historiadores tradicionalistas. En realidad, algunos de los historiadores críticos eran descuidados, pero las preguntas que planteaban eran acertadas. Poco a poco, me convencí de que era necesario trascender el debate moralizante actual, redefinir sus términos y reenfocarlo en su conjunto.

Este libro intenta seguir en esta línea. Explica de nuevo la historia de la resistencia, arrojando nueva luz sobre su dinámica psicológica, social y militar, así como sobre las razones que motivaron la decisión de asesinar a Hitler. Utiliza la resistencia alemana como un caso particular para extraer lecciones específicas con implicaciones generales: ¿por qué ciertas personas, y no otras, se implican en una resistencia activa a pesar de los

riesgos morales que implica? ¿Quién es más probable que se convierta en un luchador de la resistencia? ¿Qué podemos aprender sobre los motivos complejos y fluidos que empujan a las personas a resistir? Cuando se sale del debate moral, incluso sin rechazarlo por completo, se puede descubrir todo un mundo nuevo de significados. En él, las motivaciones y las intenciones se ven más bien como algo escurridizo y difícil de fijar. Como escribió el medievalista Aviad Kleinberg en su estudio sobre los santos católicos:

> La cuestión de lo que motiva realmente a los ascetas no tiene importancia, frente a la pregunta de si existe realmente un santo «verdadero». Si «verdadero» significa perfectamente puro, la respuesta será siempre negativa. Nada en el mundo es puro. ¿Significa esto que todo en el mundo es completamente impuro? Aquí la respuesta será de nuevo negativa. En este mundo siempre nos referimos a valores relativos [...]. Es más, lo que hace que una persona actúe en un momento dado no es necesariamente lo que la hace actuar en otro. Las personas a veces hacen cosas que no tienen la intención de hacer; a veces el honor, el poder, la costumbre o la fatiga pueden alterar las intenciones más puras. Las personas casi nunca se atienen a modelos claros y precisos, de la misma manera en que casi nunca tienen pies que se ajusten perfectamente al número 44. Se ajustan, más o menos. Fluctúan y cambian de un modelo a otro. En cualquier momento dado sus acciones reflejan el equilibrio de impulsos y contingencias que son el resultado de una situación única que no se puede reproducir.[9]

Es más, ¿qué sentido tiene preguntar si los luchadores de la resistencia tenían motivos «morales» o «patrióticos» sin descifrar lo que la moralidad y el patriotismo significaban para ellos? ¿Es posible trazar una línea entre moralidad y patriotismo, y si lo es, los conspiradores la trazaron conscientemente? ¿Se puede construir un modelo más convincente de sus motivos? Estas cuestiones se analizarán a lo largo del libro y se presentará una conclusión en el capítulo 20.

No obstante, la historia de los conspiradores de la resistencia alemana es esencialmente militar. Los capítulos siguientes recogen la crónica de la dramática historia de sus planes, intentos de asesinato y complots para colocar bombas en los que se vieron envueltos. Seguiremos a los conspiradores desde 1938 hasta 1944, desvelando complots para asesinar, algunos famosos y otros poco conocidos, en un intento de seguir el tema raramente analizado de las redes conspirativas. Los estudios previos solían

centrarse en grupos o individuos de la resistencia, pero casi ninguno de ellos, al menos por lo que yo he podido establecer, ha analizado de manera adecuada las interacciones entre los miembros de estos grupos.[10] ¿Cómo se reclutaba a los nuevos miembros de la resistencia? ¿Cómo operaban en realidad las redes conspirativas y cómo los diferentes estilos de liderazgo afectaron al resultado de las conspiraciones y sus posibilidades de éxito? Y lo que es más importante, veremos cómo ciertos individuos, a los que llamaremos intermediarios y enlaces, mantuvieron vivas las redes al asegurarse de que la información fluía entre ellas.

Además, nos ocuparemos de las complejidades implicadas en la decisión de los luchadores de la resistencia alemana de asesinar a Hitler. Por un lado, dicha acción ofrecía la tentación inmensa de cambiar de un golpe el curso de la historia. Por el otro, el asesinato de su líder soberano era, para la mayoría de los conspiradores, ideológica, legal y moralmente problemático. ¿Cómo justificaban los líderes de la resistencia, que eran cristianos devotos, el asesinato de su superior jerárquico, al que habían jurado lealtad? Dichas preguntas nos enseñan mucho no sólo sobre la resistencia, sino también sobre los problemas de obediencia y desobediencia en la Alemania nazi y más allá.

Baso mi narración en las fuentes primarias —diarios, cartas, memorias y testimonios— y asimismo en documentos alemanes, americanos, británicos, finlandeses y soviéticos. También he utilizado los archivos de los interrogatorios de la Gestapo y de los sumarios judiciales nazis, así como entrevistas con los conspiradores y con miembros de sus familias. Una fuente especialmente importante es el conjunto casi inagotable de documentos recogidos por el difunto Harold C. Deutsch y conservados entre sus papeles en el U.S. Army Heritage and Education Center en Carlisle, Pensilvania. También he usado extensamente los archivos privados de dos historiadores prominentes, Eberhard Zeller y Bodo Scheurig, que se conservan en el Instituto de Historia Contemporánea de Múnich.

Muchos de los documentos que he usado han sido poco examinados (si es que lo han sido) por la literatura existente. Por ejemplo, los fascinantes

diarios de Hermann Kaiser, el intermediario que conectó a los diferentes grupos de resistencia en Berlín y en el este, ofrecen una mirada privilegiada al círculo interno de la conspiración. También he utilizado ampliamente las entrevistas que Harold C. Deutsch y su equipo mantuvieron con los participantes en el intento de golpe de septiembre de 1938, un episodio que sigue siendo relativamente oscuro incluso en la actualidad. Estas entrevistas arrojan una luz nueva sobre el marco mental de los miembros más destacados del movimiento de resistencia en vísperas y durante la segunda guerra mundial. De la misma manera, las fuentes francesas que hasta el momento no han recibido la atención que se merecen, me han permitido descubrir la historia de las negociaciones mantenidas en el verano de 1944 entre los agentes del movimiento de resistencia alemán y oficiales de espionaje de la Francia Libre. Otra fuente importante, que también se cita aquí por primera vez, es la transcripción del interrogatorio, por parte de los servicios secretos soviéticos, del coronel Hans Crome, un miembro del movimiento de resistencia que cayó prisionero del Ejército Rojo en 1944. Este documento, redactado en ruso, se conserva en el Archivo Estatal de la Federación Rusa, en Moscú. Su importancia radica en la información que incluye sobre los métodos de reclutamiento del movimiento de resistencia, sus procedimientos de comunicación clandestinos y su estructura interna.

Además, he utilizado en gran medida el cuerpo sustancial de investigaciones sobre el movimiento de resistencia alemán publicado entre 1945 y 2015 en inglés, hebreo y alemán. Mis descubrimientos señalan errores muy graves en algunas de las obras más influyentes y aceptadas sobre el tema. La amplitud de estas fuentes, primarias y secundarias, me ha permitido presentar un relato completo de estos acontecimientos, incluidos los momentos de crisis y las disyuntivas decisivas, mientras aprendía lecciones nuevas que son válidas más allá de los límites de esta historia específica. En nuestro mundo de «primaveras» revolucionarias, guerras civiles, regímenes de ocupación y tiranías brutales, las preguntas sobre la resistencia son más importantes que nunca.

1
Oposición en llamas

El 30 de enero de 1933, la víspera de la toma del poder por parte de los nazis, seguía sin estar claro si Hitler y los nacionalsocialistas podrían gobernar Alemania sin un enfrentamiento violento. Los dos partidos de la oposición antinazi, los comunistas y los socialdemócratas, seguían teniendo extensas redes de activistas, muchos de ellos armados. Agrupaban a millones de seguidores fieles, clubes y sindicatos, y hombres jóvenes más que suficientes que estaban dispuestos a luchar. Al cabo de un año, todas estas redes de oposición aparentemente formidables habían desaparecido, consumidas por el fuego.

La noche del 27 de febrero de 1933, dos transeúntes y un policía paseaban cerca del Reichstag, la impresionante sede del Parlamento alemán en Berlín, cuando algo inesperado les llamó la atención. Una luz, un parpadeo extraño, bailaba detrás de las ventanas, seguido de una sombra que se movía con rapidez. El policía supo inmediatamente que estaba presenciando un incendio provocado y pidió refuerzos. La policía entró en grupo en el Reichstag, avanzando a través de una pantalla de humo negro y espeso. Con rapidez, descubrieron al misterioso asaltante que se escabullía de una habitación, medio desnudo, cubierto de sudor, con el rostro rojo como un tomate y el pelo alborotado. El pasaporte que llevaba encima indicaba que su nombre era Marinus van der Lubbe, un ciudadano holandés.

Había utilizado su camisa y una lata de gasolina para provocar el incendio. Al preguntarle por las razones, respondió: «¡Protesta! ¡Protesta!».[1]

Pocos de los muchos berlineses que fueron testigos horrorizados de las llamas podían imaginar que el nuevo canciller del Reich, Adolf Hitler, iba a utilizar el incendio como excusa para destruir todas las redes, organizaciones y partidos de la oposición en Alemania. El canciller, que había sido nombrado sólo un mes antes, el 30 de enero, destruyó en menos de un año los partidos políticos de todas las tendencias, la autonomía del Estado alemán y el poder de los sindicatos. La oleada de cambios también barrió al funcionariado civil, el sistema judicial, las escuelas y las universidades, y, lo que es aún más importante, el Ejército. A finales de 1934, Hitler y su partido nazi eran los únicos amos de Alemania, y no encontraban ningún obstáculo eficaz de una oposición activa o potencial.

Los políticos del nuevo régimen llegaron con rapidez al edificio en llamas. El primero de ellos fue Hermann Göring, uno de los paladines de Hitler y presidente del Reichstag. El comandante de los bomberos le presentó un informe sobre los trabajos infructuosos de extinción del fuego, pero Göring estaba más interesado en extinguir otra cosa. «Los culpables son los revolucionarios comunistas», afirmó. «Este acto es el inicio del levantamiento comunista, que es preciso aplastar inmediatamente con puño de hierro.» Hitler y su jefe de propaganda, Josef Goebbels, no le iban a la zaga. «A partir de este día», declaró el nuevo canciller, «cualquiera que se interponga en nuestro camino será aplastado. El pueblo alemán no comprenderá la indulgencia. Hay que colgar esta misma noche a los diputados comunistas.»[2]

El Reichstag, una de las últimas reliquias de la moribunda República de Weimar, quedó reducido a una carcasa ennegrecida. La alarma cundió por todo el país, alimentada por los titulares sensacionalistas de los periódicos matutinos. «CONTRA ASESINOS, INCENDIARIOS Y ENVENENADORES SÓLO PUEDE HABER UNA DEFENSA RIGUROSA», decía uno de ellos. «CONTRA EL TERROR, CASTIGO CON LA PENA DE MUERTE.» La alarma se convirtió pronto en histeria. «Querían enviar grupos armados a los pueblos para asesinar e

incendiar», anotó en su diario Luise Solmitz, una maestra de escuela conservadora.[3] «Así que los comunistas han quemado el Reichstag», escribió Sebastian Haffner, un joven jurista y uno de los pocos escépticos que quedaban:

> Podría ser así, incluso era lo que cabía esperar. Sin embargo, resulta curioso que escogieran el Reichstag, un edificio vacío, donde nadie se podría beneficiar del fuego. Bueno, quizá se pretendía que fuera realmente la «señal» para el levantamiento, que ha sido evitado por las «medidas decisivas» emprendidas por el Gobierno. Eso era lo que decían los periódicos, y sonaba plausible. También resulta curioso que los nazis se indignaran tanto por el Reichstag. Hasta entonces lo habían llamado con desprecio una «fábrica de cháchara». Ahora de repente se ha convertido en el sanctasanctórum que han quemado [...]. Lo principal es que se ha evitado el peligro de un levantamiento comunista y podemos dormir tranquilos.[4]

Ni el Gobierno ni los comunistas dormían tranquilos. En vísperas del incendio del Reichstag, Hitler aún tenía que ganarse el apoyo de la mayoría de los alemanes. El Partido Nacionalsocialista estaba aún muy lejos de una mayoría en el Reichstag. Los partidos de la oposición de izquierdas, los socialdemócratas y los comunistas, seguían teniendo un gran poder político.[5] Ahora, los nazis usaron el miedo a los rojos para unir a su causa a gran parte de la población alemana. Muchas personas, aunque no simpatizaban con Hitler y sus ideas radicales, empezaron a pensar en él como el mal menor. Otros, en especial los seguidores de la derecha nacional conservadora, se volvieron hacia el líder nazi como un redentor. La maestra Luise Solmitz, aunque casada con un judío converso, fue una de ellos. «Los sentimientos de la mayoría de los alemanes están dominados por Hitler», confirmó en su diario. «Su fama crece hasta las estrellas. Es el salvador de un mundo triste y malvado.»[6] Los temores de la población fueron explotados para lanzar una campaña medio planeada y medio improvisada con el fin de lograr una subyugación política, cultural e ideológica total de Alemania. Huelga decir que la atmósfera cargada hizo que fuera más fácil neutralizar todos los centros de poder desde los que pudiera surgir una oposición potencial.

¿Quién quemó realmente el Reichstag? ¿Se trató de un montaje nacionalsocialista o fue responsable Van der Lubbe, un lunático solitario?

Los estudiosos han debatido esta cuestión desde siempre.[7] En cualquier caso, los nazis fueron los únicos ganadores. Cuando formaron gobierno, sólo exigieron dos carteras además de la cancillería: el Ministerio de Asuntos Interiores del Reich y el ministerio correspondiente en Prusia, el estado alemán más grande e importante. Sabían lo que estaban haciendo. Estos dos ministerios les daban el control total de la policía, la policía secreta y el aparato de seguridad interior del Reich. Utilizando el poder que acababan de adquirir, emprendieron la tarea de destruir la oposición desde sus raíces a través de la propaganda, atrayendo a los alemanes que aún no eran nazis convencidos, y aterrorizando a los miembros restantes de la oposición.

La resistencia se volvió aún más peligrosa. Uno de los padres fundadores del movimiento de resistencia alemán, Hans Bernd Gisevius, escribió más tarde con amargura: «¿Fue sólo el Reichstag? ¿No ardía todo Berlín?».[8] La campaña para eliminar a la oposición y sus instituciones formó parte de un proceso más amplio, que más tarde se llamó *Gleichschaltung* (unificación). Su intención era conseguir el control total de la sociedad alemana inyectando la ideología nacionalsocialista en todos los aspectos de la vida, acompañado por zanahorias lucrativas para los colaboradores y palos muy duros para cualquiera que se atreviera a resistir.

El 28 de febrero, un día después del incendio del Reichstag, se rompieron las barreras constitucionales. El nuevo Gobierno aprobó unos decretos de emergencia «para la protección del pueblo y del Estado», que le permitían interceptar cartas, telegramas y llamadas telefónicas, y restringir la libertad de expresión y de prensa. Más importante aún fue la suspensión del derecho de *habeas corpus,* de manera que los enemigos del régimen ni siquiera podían esperar un trato justo ante la ley.

Las primeras víctimas fueron los comunistas. Los nazis les acusaban del incendio y ordenaron el arresto del jefe de su grupo en el Reichstag. En unas pocas semanas el partido se desintegró: se cerraron sus periódicos, se prohibieron sus organizaciones y todos los líderes fueron detenidos. La fuerza comunista, considerada una amenaza mortal por muchos alemanes,

quedó paralizada. Con sus filas desorganizadas, casi no ofrecieron resistencia. Su rápida desaparición sorprendió por igual a sus seguidores y a muchos alemanes ordinarios; en su momento la habían considerado una fuerza revolucionaria armada y violenta. En cambio, nadie esperaba nada similar de los socialdemócratas. Haffner escribió:

> Se podía esperar un ataque comunista. Los comunistas eran gente decidida, con expresiones feroces. Levantaban el puño como saludo y tenían armas, al menos usaban pistolas con frecuencia en las peleas diarias en los bares. Alardeaban continuamente sobre la fuerza de su organización y es probable que hubieran aprendido a hacer «esas cosas» en Rusia. Los nazis habían dejado claro a todo el mundo que los querían destruir. Era natural, e incluso obvio, que los comunistas contraatacarían.[9]

Pero no hicieron nada por el estilo.

¿Por qué el Partido Comunista desapareció con tanta rapidez a pesar de sus amplios preparativos para realizar acciones violentas contra la democracia y el fascismo? Peter Hoffmann afirma que sus líderes estaban atrapados por su propia ideología dogmática.[10] Ellos y su jefe, el líder soviético Iósif Stalin, creían que el auge de los nazis no era nada más que los estertores de muerte de la burguesía liberal, es decir, la República de Weimar. El Partido Comunista, afirmaba un diplomático ruso en Berlín a Friedrich Stampfer, editor del periódico socialdemócrata *Vorwärts,* seguramente acabaría asumiendo el Gobierno, pero sólo después de que Hitler hubiera destruido la democracia para desbrozar el camino.[11] Esta falsa confianza provocó que los comunistas tomasen decisiones desastrosas, sobre todo su negativa a unirse a los socialdemócratas en un frente antinazi. Finalmente, las predicciones del Partido Comunista de una revolución popular no se materializaron, y sus políticos fueron sorprendidos por un rival decidido y previsor. Como partido, dejaron de existir.

El Partido Socialdemócrata, conocido como el principal rival de los nazis y el apoyo político más fuerte de la República de Weimar, también quedó paralizado, aunque por razones muy diferentes. Sus líderes estaban obsesionados con la «legalidad», si bien sus rivales pisotearon todas las leyes en su lucha por el poder absoluto. De alguna manera, los líderes

socialdemócratas creían que les protegerían la policía, los tribunales, el Estado, alguien. Lo creyeron hasta que fue demasiado tarde.

El Partido Socialdemócrata no había sido siempre tan letárgico. Durante el tormentoso año de 1920, en respuesta a un golpe de Estado monárquico dirigido por el político conservador Wolfgang Kapp, el partido movilizó a los trabajadores en una huelga general. La protesta masiva obligó a Kapp y a sus seguidores a entregar el poder y en la práctica restauraron la República de Weimar. Pero en 1933, después del incendio del Reichstag, los líderes socialdemócratas no convocaron una huelga general, el arma más efectiva que tenían. En su lugar, optaron por contemporizar, para no dar «excusas» al Gobierno para que prohibiera sus actividades, como si los nazis las necesitasen.

Los nacionalsocialistas, mientras tanto, seguían adelante con sus planes. En marzo, usando la crisis para aumentar su control sobre el Estado, aprobaron la llamada Ley Habilitante, que les permitía legislar sin la aprobación parlamentaria. Dicha ley, cuidadosamente redactada, sentó la base legal para la futura dictadura del Tercer Reich. Los partidos del centro y de la derecha decidieron, estúpidamente, votar a favor de la ley. Como aún no conocían bien a Hitler, creyeron que esto les daría crédito ante los nazis para sobrevivir. Hitler hizo personalmente todo lo que pudo para convencerles: les prometió que el poder que acababa de conseguir sólo lo utilizaría en contadas ocasiones, contra una revolución comunista y únicamente después de las debidas consultas con el presidente. Aun así, le seguía faltando la mayoría parlamentaria de dos tercios, que era necesaria para aprobar la nueva ley. Los comunistas y los socialdemócratas seguían teniendo una mayoría de bloqueo. Pero los nazis no se iban a detener ante semejante menudencia. El 5 de marzo todos los diputados comunistas fueron arrestados. Göring, presidente del Reichstag, dejó claro que si era necesario los socialdemócratas serían retenidos fuera de la cámara para asegurar el número necesario de votos.

Los diputados de izquierdas que consiguieron entrar en el hemiciclo provisional del Reichstag, ubicado en el teatro de la ópera de Berlín,

descubrieron una atmósfera que estaba muy lejos de ser amigable. Las SA, la milicia privada del partido nazi, llenaba las galerías e intimidaba a los diputados con gritos, abucheos y cánticos. Aun así, los socialdemócratas no se rindieron. Su líder, Otto Wels, pronunció el canto del cisne de la izquierda parlamentaria en Alemania. «Nosotros, los socialdemócratas alemanes», dijo, «nos adherimos a los principios de la humanidad y la justicia, la libertad y el socialismo. Ninguna ley habilitante les dará el poder de destruir estos valores eternos e indestructibles.»[12] Hitler no se sintió impresionado: «¡Llegáis tarde, pero aun así venís! [...]. Ya no os necesita nadie [...]. La estrella de Alemania se alzará y la vuestra caerá. Vuestras campanas de muerte ya están repicando [...]. No estoy interesado en vuestros votos. Alemania será libre, pero no a través de vosotros».[13]

De hecho, las campanas de muerte del Partido Socialdemócrata ya estaban repicando ante los aplausos y los vítores de sus rivales. El 22 de junio de 1933, el ministro nacionalsocialista del Interior Wilhelm Frick declaró que el partido era «un enemigo del Estado y de la nación» y ordenó su disolución inmediata. El partido más grande de la izquierda alemana dejó de existir.

Los partidos del centro y de la derecha no sufrieron una suerte mejor, a pesar de su colaboración previa con Hitler. El 21 de junio la policía y las fuerzas de las SA asaltaron los cuarteles generales del Partido Nacional del Pueblo Alemán. El líder del partido, Alfred Hugenberg, era un aliado político de Hitler y compartía muchas de sus opiniones ultranacionalistas, imperialistas y antisemitas. Incluso sirvió como ministro de su gabinete. Pero los nazis no mostraron piedad con la persona cuya estrecha colaboración les ayudó a conseguir el poder. El partido fue obligado a disolverse y el 26 de junio Hugenberg dimitió del Gobierno. Una semana más tarde, el 4 y el 5 de julio, también los dos partidos católicos fueron obligados a disolverse. Su destino quedó sellado el 14 de julio, cuando el Gobierno publicó el siguiente decreto, que convertía a Alemania oficialmente en un Estado de partido único: «El Partido Nacionalista de los Trabajadores Alemanes es el único partido político en Alemania. Cualquier

individuo que pretenda formar la organización de otro partido político, o establecer otro partido político, será encarcelado durante un periodo de hasta tres años, o detenido de seis meses a tres años».[14]

Ése fue el final de los partidos políticos, la fuente más natural y más importante de oposición legal en Alemania. La *Gleichschaltung,* no obstante, no se detuvo aquí. Ahora Hitler se volvió hacia los otros centros de poder nacional y los barrió sin resistencia.

Este resultado no era obvio desde el principio. Alemania tenía una fuerte tradición regionalista, que se remontaba a la época anterior a la unificación. Antes de 1871, los territorios de habla alemana estaban divididos en numerosos principados independientes con su propia moneda, Gobierno y Ejército. Cuando estos principados veían la necesidad, muchos de ellos no dudaban en luchar entre ellos o en formar alianzas con potencias extranjeras. Algunos, como Prusia, tenían la consideración de potencias mundiales. Después de la unificación, con Bismarck, el imperio alemán recién formado no abolió los principados, sino que los agrupó bajo su autoridad política. Incluso en 1918, cuando una oleada revolucionaria recorrió los principados y los convirtió en repúblicas, la estructura federal del país se mantuvo intacta y estos estados retuvieron los gobiernos locales. Uno de ellos, Baviera, había estado a punto de separarse a principios de la década de 1920.

Ahora las cosas eran diferentes. Los gobiernos locales se sometieron al régimen, pero fueron eliminados uno detrás de otro. En lugar de primeros ministros electos, los nuevos gobernantes nombraron gobernadores nacionalsocialistas *(Gauleiter),* que no respondían ante sus instituciones sino sólo ante el partido nazi en Berlín. Sólo Baviera, el estado católico meridional, con su fuerte identidad local, resistió, antes de que un golpe resolviera el problema. Los milicianos nacionalsocialistas, en estrecha colaboración con la policía, asaltaron el despacho del ministro local, el doctor Heinrich Held. Held fue destituido y sustituido por uno de los lugartenientes de Hitler. Ahora, también Baviera quedaba integrada en la *Gleichschaltung*.

Los sindicatos, que agrupaban a millones de militantes de todo el Reich, también se desvanecieron con rapidez. Para sorpresa de algunos de sus militantes más ardientes, el escenario de 1920 no se volvió a repetir y ni siquiera se consideró una huelga general contra el nuevo régimen. Los líderes sindicales creían que al no oponerse a Hitler conseguirían un *modus vivendi* con el régimen. Por eso, compitieron entre ellos para declarar la lealtad más fervorosa a Hitler. No les sirvió de nada. El liderazgo nazi no toleraba centros de poder que pudieran competir con ellos, y mucho menos si antes habían estado aliados con la izquierda.

En este caso, los nazis recurrieron a un ardid. Hitler declaró el 1 de mayo, día del Trabajo, una festividad nacionalsocialista, e invitó a los sindicatos a que lo celebrasen junto al partido. Los festejos fueron bulliciosos, con una manifestación impresionante organizada por los nacionalsocialistas y los sindicatos. Años más tarde, el activista comunista Franz Jung se lamentaba del hecho de que sus camaradas y él marcharon «bien prietos rodeados por las SA, las SS y las Juventudes Hitlerianas». Una imagen ideal de la armonía de clase.[15]

El ardid funcionó como estaba planeado. Los líderes sindicales se sintieron arropados y seguros, antes de recibir la sorpresa mortal al día siguiente. Aún no se habían apagado los ecos del bullicio de la manifestación cuando los sindicatos sufrieron un ataque total en todos los frentes. Sus oficinas fueron asaltadas, la documentación requisada y los que en realidad habían intentado demostrar su lealtad al nuevo régimen fueron conducidos diligentemente a campos de concentración. Con los sindicatos eliminados, los trabajadores alemanes quedaron rápidamente sumergidos en el torbellino de la *Gleichschaltung* y reagrupados en una organización nazi de alcance nacional llamada Frente del Trabajo.

Otros centros de poder también fueron neutralizados con facilidad. A partir del 7 de abril de 1933, los ministerios gubernamentales fueron purgados de judíos e indeseables políticos. También se desarrollaron purgas generales en tribunales, fuerzas policiales, escuelas y universidades. La mayoría de los intelectuales ni siquiera intentaron protestar a favor de sus

colegas destituidos. En realidad, muchos de ellos, incluidas algunas celebridades como el filósofo Martin Heidegger, cerraron filas con el nuevo régimen. La resistencia también fracasó en los círculos industriales, económicos y financieros. Después de superar algunos recelos iniciales, los principales industriales, hombres de negocios y financieros se dispusieron con rapidez a conseguir un trozo del pastel. Hitler y sus colegas más próximos sabían cómo seducirlos: la prohibición de huelgas y sindicatos, la suspensión del impopular régimen democrático y, lo que era más importante, el rearme a gran escala, que tenía el potencial de unos beneficios enormes.

«No se puede negar que ha crecido. Sorprendentemente para sus oponentes, el demagogo y líder partidista, el fanático y el agitador parece que se ha transformado en un estadista de verdad.» Ésa era la entrada del 21 de marzo en el diario del novelista Erich Ebermayer, que no era en absoluto un nazi.[16] No estaba solo. Muchos alemanes estaban encantados por el carisma de Hitler y encontraron su puesto entre las masas que marchaban a favor de la *Gleichschaltung*. El 12 de noviembre de 1933, se celebraron de nuevo elecciones generales. La participación fue masiva, alcanzando más del 95 por ciento. Sólo se permitió que se presentase el Partido Nacionalsocialista, de manera que Hitler «ganó» de calle: el 92,11 por ciento votó por él, con sólo un 7,89 por ciento que se atrevió a disentir o abstenerse.[17] Estas elecciones se celebraron, por supuesto, bajo condiciones dictatoriales, sin competidores y estuvieron mediatizadas por una enorme propaganda gubernamental. Tampoco se aseguró el secreto del voto. Aun así, la participación masiva sugiere que la mayoría de los alemanes simpatizaban con el nuevo régimen.

Hitler y sus consejeros evitaron sabiamente algunas trampas obvias. Cuando se enfrentaron a las exigencias de los nazis radicales para que emprendieran una segunda revolución social, el canciller se negó en redondo, lo que era una manera muy efectiva de ganarse el apoyo de la

clase alta, temerosa de la revolución. Esto fue especialmente cierto en el Ejército. Esta organización, orgullosa y profundamente conservadora, tenía una larga tradición de autonomía y de reclamar poder político. Muchos la veían como una fuerza independiente y el único refugio ante las ilegalidades nazis. No obstante, desde el principio fue evidente para los observadores perspicaces que eso sólo era una ilusión. A diferencia de los socialdemócratas y los comunistas, el Ejército no era un rival sino un aliado del régimen nazi. Es cierto que algunos de sus comandantes de mayor rango veían con desagrado las barbaridades de Hitler, pero aun así estaban dispuestos a colaborar con él. Los rangos más altos de la Reichswehr (que más tarde pasó a denominarse Wehrmacht) tenían la esperanza de un compromiso con el régimen, dirigido por Hitler, pero dominado por ellos. La mayoría de los soldados jóvenes eran leales al régimen, como gran parte de la juventud alemana. Incluso los oficiales más veteranos empezaron, en un número cada vez mayor, a abandonar la precaución dominante para convertirse en nazis acérrimos. Los disidentes fueron en su mayoría silenciados u obligados a retirarse. El más destacado de ellos fue el general Kurt von Hammerstein, el comandante en jefe y rival implacable de Hitler. En 1934, un grupo de oficiales aún intentó oponerse a la incorporación de la teoría racial en la reglamentación militar, pero su resistencia se desvaneció con rapidez. El Ejército se sometió lenta pero inevitablemente al liderazgo de Hitler.

La alianza con el Ejército quedó sellada en junio de 1934, cuando Hitler decidió eliminar a su propia milicia, las SA. Los líderes de esta organización violenta no ocultaban sus intenciones de eliminar a la odiada oficialidad aristocrática y constituir en su lugar un Ejército popular nacionalsocialista. Los generales no podían soportar durante mucho tiempo semejante amenaza. Al final, Hitler tuvo que escoger un bando, y lo hizo. En un estallido de crueldad aterradora, que se conoció más tarde como la Noche de los Cuchillos Largos, Hitler ordenó que se masacrara a todos los mandos de las SA. También fueron asesinados numerosos conservadores oponentes al régimen, entre ellos dos oficiales superiores: el antiguo

canciller del Reich general Kurt von Schleicher y el oficial de inteligencia general de división Ferdinand von Bredow. Pero esto no impidió que la jefatura militar lo celebrase y los dos jefes militares principales del país, el comandante en jefe, general Werner von Fritsch, y el jefe del Estado Mayor, general Ludwig Beck, ni siquiera presentaron una protesta. La victoria del Ejército fue, por supuesto, ilusoria. Las SA fueron apartadas para favorecer a las SS, el Ejército de elite del Partido Nacionalsocialista. Estaba más organizado y a largo plazo representaba una amenaza mucho mayor para el Ejército.

Para mostrar su gratitud por la eliminación de sus rivales de las SA, algunos generales, encabezados por el ministro de la Guerra, mariscal de campo Blomberg, propusieron que a partir de entonces todos los soldados jurasen lealtad no sólo a la nación y al Reich sino personalmente a Hitler. (A partir de 1934, ejerció las funciones de canciller y presidente, y se le llamaba simplemente Führer, el líder.) Y así fue: «Juro por Dios este sagrado juramento, que debo obediencia incondicional al Führer del imperio y del pueblo alemán, Adolf Hitler, comandante supremo de la Wehrmacht, y que como un soldado valiente estaré preparado en cada momento para defender este juramento con mi vida».[18]

También se inició un giro pronazi en la clase obrera, que tradicionalmente había sido el pilar del Partido Socialdemócrata y del Partido Comunista. El aumento del gasto público por parte del Gobierno, los monumentales proyectos públicos y el rearme provocaron una caída sustancial del desempleo. Aunque las huelgas estaban prohibidas y los sueldos congelados, pocos pasaron hambre como durante los últimos años de la República de Weimar.[19] El organismo nacionalsocialista Fuerza a través de la Alegría (Kraft durch Freude) organizaba vacaciones, excursiones y acontecimientos deportivos y culturales para trabajadores y funcionarios. Una creciente maquinaria propagandística difundía la doctrina nazi en escuelas, universidades y centros de trabajo, y en los periódicos y en el cine. Muchos se la creyeron. En sus memorias, Sebastian Haffner describe estas tentaciones:

> El efecto [de la propaganda] se veía intensificado por la manera en que uno estaba permanentemente ocupado y distraído por una secuencia interminable de celebraciones, ceremonias y festividades nacionales [...]. Había desfiles multitudinarios, fuegos artificiales, tambores, bandas y banderas por toda Alemania, la voz de Hitler a través de miles de altavoces, juramentos y promesas [...]. El vacío colosal y la falta de significado de estos acontecimientos no era de ninguna manera accidental. La población debía acostumbrarse a celebrar y vitorear, aunque no existiera ninguna razón visible para hacerlo. Era razón suficiente que la gente que se distanciaba de manera demasiado obvia, ¡chsss!, era torturada día y noche hasta la muerte con látigos de acero y descargas eléctricas.[20]

La otra cara del *Volk* felizmente unido era «el Judío», la eterna bestia negra del Partido Nacionalsocialista. Esta minoría relativamente impopular fue señalada como el enemigo contra el que debía unirse la nación recién formada. Pero las cosas no se desarrollaron con facilidad desde el principio. Por ejemplo, la colaboración de la población en el boicot antijudío del 1 de abril de 1933 fue limitada, a pesar de la propaganda venenosa del Gobierno y de los órganos locales del partido nazi.[21]

No obstante, el impacto de la propaganda antijudía, que catalizó sentimientos antisemitas que ya existían, fue creciendo, en especial entre las generaciones más jóvenes. De hecho, se trataba de una parte esencial de la «unidad» de la colectividad forjada por el régimen. Sebastian Haffner, que en esa época salía con una chica judía, recuerda que durante el día del boicot estuvo paseando con ella por un bosque cerca de Berlín. De camino se encontraron con algunos grupos de escolares acompañados por sus maestros:

> Cada una de estas clases, al pasar, nos gritaba *«Juda verrecke!»** con sus voces sonoras, como si fuera una especie de saludo entre caminantes. Es posible que no estuviera dirigido a nosotros en particular. Yo no tengo en absoluto aspecto judío, y Charlie (que era judía) tampoco parecía demasiado judía. Quizá sólo se trataba de un saludo amistoso [...]. Así que allí estaba sentado yo «en una colina primaveral» con una chica menuda, graciosa y vivaracha entre mis brazos. Nos besábamos y acariciábamos, y de vez en cuando un grupo de chicos pasaba a nuestro lado y nos decía alegremente que nos muriéramos.[22]

En estas circunstancias, muy pocos activistas de la oposición se atrevían a seguir protestando y muchos de los que lo hicieron fueron reprimidos con

violencia. En el primer año y medio después de asumir el poder, elementos de las SA adquirieron la costumbre de secuestrar a «malos elementos» y golpearlos hasta la muerte en sótanos de tortura. Después de la decapitación de las SA en junio de 1934, este terror esporádico y desorganizado se volvió mucho más eficiente bajo el liderazgo de las SS. En toda Alemania existían más de cincuenta campos de concentración, donde estaban internados cientos de miles de alemanes. Los prisioneros no eran exclusivamente luchadores de la resistencia. La mayoría eran ciudadanos que se habían atrevido a criticar al Gobierno en público o incluso (en algunos casos) que habían contado algún chiste a expensas de Hitler. Detrás del alambre de espino, los prisioneros se enfrentaban al hambre y a los trabajos forzados. Cualquier violación de las reglas se podía castigar con la muerte y muchos de los que atravesaron la valla electrificada para entrar en un campo no regresaron nunca. Un dicho popular decía: «Por favor, Dios mío, déjame mudo, / para que no ponga el pie en Dachau» *(Lieber Gott, Mach mich stumm, / dass ich nicht nach Dachau kumm)*.[23]

Fuera de los campos de concentración, los oponentes del régimen también estaban aislados y vivían bajo un terror constante. Aunque no se les detuviese, los podían despedir arbitrariamente del trabajo. El largo brazo del Gobierno podía alcanzarlos a ellos, a sus familias y a sus amigos en cualquier momento. No se podía confiar en nadie. Cualquiera, por muy cercano que fuera, podía ser un informante de la policía secreta del Estado, cuyo nombre abreviado era Gestapo. En realidad, había relativamente pocos agentes profesionales de la Gestapo desplegados, muchos menos de los que se imaginaban los contemporáneos.[24] La mayoría de los informadores eran personas normales que ofrecían voluntariamente confidencias a la Gestapo: niños a los que se había lavado el cerebro en la escuela o en las reuniones de las Juventudes Hitlerianas, vecinos, amigos y colegas. Las motivaciones de estos informadores no eran sólo ideológicas —aunque desde luego tenían su importancia—, sino que también perseguían obtener beneficios personales. Conseguir el favor de las autoridades podía tener

consecuencias significativas, desde asegurarse una promoción en el trabajo hasta facilitar el camino a través de los pasillos del poder.

Pero ésta no es la imagen completa. Los opositores al régimen no fueron meramente víctimas pasivas. En realidad, muchos de ellos fueron valientes, decididos y comprometidos. Inmediatamente después del desastre de 1933, grupos socialdemócratas y comunistas empezaron a reconstruir las antiguas redes de los partidos para formar células de resistencia en los vecindarios, los clubes y las fábricas. Muchos de estos grupos distribuían su propia propaganda a través de panfletos, periódicos y otros tipos de medios clandestinos, coordinados por líderes en el interior y exiliados. En especial los comunistas intentaron generar una actividad clandestina bien organizada de estilo bolchevique. Pero, según Peter Hoffmann, en 1935 «el periodo de actividad clandestina a gran escala ya había pasado. La Gestapo había aniquilado las diversas organizaciones».[25] De hecho, aquel año, los líderes y los miembros más activos de las redes comunistas meticulosamente organizadas estaban en campos de concentración, exiliados o muertos.

La razón no fue la incompetencia o la falta de experiencia, sino un problema estructural. Los comunistas, fieles a su creencia en la acción de masas y la resistencia popular, intentaron construir una red de masas. Hubo muchas discusiones sobre «frentes unidos», colaboración entre células diferentes y una amplia distribución en fábricas y puestos de trabajo. Pero a medida que una red se extiende, la capacidad de sus jefes y cuadros con experiencia para filtrar a los recién llegados queda limitada, y con rapidez toda la organización crece fuera de control. Semejante descentralización puede ser una bendición en condiciones democráticas, pero no en una dictadura totalitaria. Cada recluta es potencialmente peligroso. Cada recién llegado puede ser un informador o un agente de la Gestapo. El hecho de que la mayoría de los alemanes simpatizaran con el régimen hacía que el peligro fuera aún mayor. Con cada miembro nuevo, crecían las posibilidades de penetración por parte de los servicios de seguridad, porque incluso los reclutas leales podían hablar involuntariamente con informadores. Un

miembro arrestado siempre podía ser torturado hasta que identificaba a otros, permitiendo que la Gestapo siguiera los vínculos en la red hasta llegar a sus líderes.

Por eso, una red que era demasiado amplia, como la red comunista, estaba condenada a la destrucción. La Gestapo sólo tenía que esperar el momento oportuno. El único modelo que puede funcionar para provocar un golpe de Estado en condiciones totalitarias es el de un grupo elitista clandestino con acceso a armas, y un número muy limitado de miembros poderosos. Dichos grupos no existían en 1935. No se formarían hasta dos años más tarde, surgiendo no de los rivales de Hitler, sino de las filas de sus aliados, en condiciones muy inusuales y sorprendentes.

2
«¡Esa maldita yegua!»: el escándalo del alto mando del Ejército

En un gélido día de septiembre de 1937, una bola de nieve política empezó a rodar desde las extensiones verdes del Tiergarten en Berlín. A medida que se sucedían los escándalos, los meses siguientes presenciaron la caída de numerosas figuras destacadas del Estado Mayor alemán, el servicio exterior y los ministerios gubernamentales.[1] Heinrich Himmler, el comandante de las SS, y Hermann Göring, mano derecha de Hitler, fueron los más rápidos en explotar y aprovecharse de estos acontecimientos, utilizándolos para orquestar una purga muy amplia en la elite gobernante del Tercer Reich. Sus huellas dactilares metafóricas fueron descubiertas en una serie de incidentes sensacionales, en los que figuras dudosas y sombrías tuvieron un papel fugaz antes de volver a desaparecer en las tinieblas. Rumores y medias verdades, invenciones y distorsiones fueron utilizados en un pulso político feroz entre el alto mando de las SS y de la Wehrmacht. La lucha, que terminó con una victoria clara de la primera facción, también provocó el desarrollo de una red embrionaria de disidentes, que al final tomarían parte en la conspiración del 20 de julio de 1944 para matar a Hitler.[2]

Todo empezó cuando el mariscal de campo Werner von Blomberg, ministro de la Guerra de Hitler, se vio obligado a dimitir a causa de un

asunto embarazoso. «¡Todo se debe a esa maldita yegua!», exclamó un coronel del Estado Mayor al explicar más tarde el origen de aquel asunto. Aquel frío día de septiembre, Blomberg descubrió, para su consternación, que no podía realizar su acostumbrado paseo matinal a caballo porque su yegua sufría una parálisis. Como muchos oficiales, Blomberg disfrutaba mucho con la equitación y solía cabalgar cada mañana por el Tiergarten antes de iniciar su apretada jornada diaria.

Aparentemente Hitler no tenía muchas razones para quejarse de Blomberg y de su trabajo. El general, nombrado por el difunto presidente Hindenburg, era un simpatizante acérrimo *del partido que trabajaba con entusiasmo para la nazificación* del Ejército alemán. Lejos de ser el general responsable y moderado que imaginaban algunos contemporáneos, Blomberg estaba fascinado por Hitler y la nueva Revolución Nacional.[3] En los primeros años tras la toma del poder por los nazis, incluso apoyó que se armase a las SA. Así, bajo una delgada pátina «apolítica», fue uno de los arquitectos de la nazificación de Alemania.

No obstante, desde el punto de vista del liderazgo del partido, Blomberg tenía un defecto sustancial: no le entusiasmaba la agresividad de la política exterior de Hitler. Al igual que el general Werner von Fritsch, comandante en jefe del Ejército, Blomberg no planteaba ninguna objeción de principios a la guerra. Su mayor preocupación era el momento. Fritsch y él expresaron su temor de que el Ejército alemán aún no estaba preparado para un conflicto a gran escala. Hitler, que nunca se sentía feliz de trabajar con subordinados independientes, estaba ansioso por aprovechar los acontecimientos dramáticos de finales de 1937 y principios de 1938 para deshacerse de los dos hombres. Su perdición fue el nacimiento de una conspiración organizada contra Hitler.

Blomberg decidió dar un paseo por el parque sin su caballo y allí conoció a una joven llamada Eva Grün en un encuentro casual que dio lugar a una tormentosa historia de amor. El mariscal de campo tenía cincuenta y nueve años, era un viudo contento de encontrar un remedio a su soledad. «Estaba loco por mí», recordaba Grün con orgullo.[4] Blomberg solicitó y

recibió las bendiciones del Führer para la unión, y Hitler incluso se ofreció para ser testigo de la boda de la pareja. Después de la ceremonia, la feliz pareja viajó a Italia para su luna de miel.

Entonces, de manera misteriosa se empezaron a desarrollar los acontecimientos. Altos oficiales del Estado Mayor empezaron a recibir llamadas telefónicas de jóvenes risueñas, felicitándoles por que el Ejército aceptara en sus filas a «una de las suyas». Al mismo tiempo, los rumores de la participación de Frau Blomberg en actos pornográficos y prostitución llegaron a la oficina de la policía de Berlín. El jefe de policía le pasó esta patata caliente, con la que no sabía qué hacer, a Hermann Göring, el poderoso «número dos» en la jerarquía nazi. Göring se dio prisa en convertir la prueba incriminatoria en capital político y le entregó el dosier a Hitler.[5] Los rumores se extendieron con rapidez por el Estado Mayor.

El comandante en jefe del Ejército, el general Fritsch, y su jefe de Estado Mayor, el general Ludwig Beck, estaban furiosos. Pidieron a Hitler que destituyera a Blomberg sin dilación, porque era «inconcebible que el primer oficial del Ejército se casase con una puta». Un oficial interpretó su deber en términos algo más amplios. Viajó a Capri, Italia, donde los Blomberg estaban pasando su luna de miel, colocó una pistola cargada sobre el escritorio del mariscal de campo y le ordenó que terminara con su vida. Blomberg no cumplió la orden, pero su carrera había terminado, y, el 27 de enero de 1938, Hitler lo obligó a dimitir.[6]

Poco podía saber Fritsch que su ira justiciera iba a pavimentar el camino de su propia ruina profesional. Aunque estaba ampliamente asumido que era el sucesor natural de Blomberg, se le oponían ferozmente Göring, que había puesto sus ojos codiciosos en la cartera del Ministerio de la Guerra, y los jefes de las SS Himmler y Reinhard Heydrich, que soñaban con modelar su organización como un Ejército de elite nacionalsocialista alternativo. En los años anteriores, Fritsch había mostrado su oposición a la ampliación de las SS y la tensión había ido creciendo incluso entre los niveles más bajos de las dos organizaciones militares. «Esperad, cerdos», amenazaban los jóvenes soldados de las SS a sus homólogos de la Wehrmacht. «Pronto,

Himmler se convertirá en ministro de la Guerra y entonces os enseñaremos quién es el amo.»[7]

En consecuencia, la idea de nombrar a Fritsch como nuevo ministro era muy poco atractiva para Himmler y sus colegas de las SS. Con el objetivo de impedir el nombramiento —que contaba con el apoyo de Hitler—, Himmler, Göring y Heydrich organizaron una conspiración para acusar a Fritsch de homosexualidad, una acusación muy seria en aquella época.

En el centro del complot se encontraba Otto Schmidt, un criminal convicto que se ganaba la vida seduciendo y extorsionando a homosexuales. Cuando lo detuvieron en 1935 y lo llevaron ante la Gestapo, Schmidt confesó todos sus contactos, incriminando a cientos de homosexuales, incluidas personas prominentes. Un oficial de la Gestapo agradecido lo presentó como el «mayor experto en el mundillo homosexual en Berlín».[8] Una de sus víctimas era un anciano y enfermo capitán de caballería llamado Frisch.

Alguien, Schmidt o uno de sus interrogadores, decidió añadir una letra en el nombre de este militar homosexual, y de este modo Frisch fue rebautizado como Fritsch. Su rango también fue elevado de capitán a general. El expediente llegó a Himmler y le ofreció la oportunidad perfecta para fabricar pruebas sobre las «perversiones» del desprevenido comandante en jefe. Se abrió rápidamente una investigación por parte de la Gestapo y sus resultados, que implicaban a Fritsch en «actos sexuales inusuales», fueron oportunamente remitidos a Hitler.

Así, en el verano de 1935, el testimonio sensacional de Otto Schmidt fue tan jugoso como lo podría haber sido cualquier artículo de la prensa amarilla. A finales de 1933, declaró el testigo, estaba paseando por la estación de ferrocarriles de Wannsee cuando vio de repente a un anciano rico «evidentemente homosexual», vestido con un abrigo oscuro con un cuello de piel y un sombrero negro, una bufanda blanca y un monóculo. Este último objeto era importante, porque se trataba de la marca distintiva del general Fritsch en la elite militar del Tercer Reich.

El testigo siguió contando que observó cómo el anciano se escabullía en el servicio de caballeros con un homosexual conocido como Bayern Seppl (José el Bávaro). Al cabo de un rato, el anciano salió y descubrió que Schmidt lo estaba esperando en la puerta. El extorsionador se presentó como el agente de policía Krüger y le ordenó que se identificase. El anciano le dio el nombre de «general Von Fritsch» y le pagó al «agente» quinientos marcos, el primer plazo de una larga serie de sobornos.

Al principio, Hitler no prestó atención a las acusaciones. Himmler, que quería librarse desde hacía tiempo de Fritsch, envió el dosier de la investigación en 1935, pero éste fue ignorado por su Führer. En aquel momento, sus relaciones con el comandante en jefe del Ejército eran buenas y el rápido rearme de Alemania hacía necesaria una estrecha colaboración con el Estado Mayor. Hitler, siempre pragmático en cuestiones sexuales, ordenó que se quemase el expediente.

No obstante, en 1938 la situación era diferente. El cauteloso Fritsch no era tan estimado en el cuartel general del Führer y el escándalo Blomberg había vuelto a Hitler muy suspicaz sobre la vida personal del alto mando de la Wehrmacht. El dosier Schmidt, que nunca fue quemado sino archivado en un cajón oscuro, salió rápidamente a la luz. Al principio Hitler no pensaba en deshacerse de Fritsch, pero cuando sus lugartenientes de las SS le presentaron la oportunidad, no dudó en aprovecharla para renovar el mando supremo de la Wehrmacht.[9]

Fritsch quedó sorprendido al encontrarse en la misma situación que Blomberg. La única diferencia era que contaba con el fuerte apoyo de muchos generales importantes, el más destacado entre ellos su amigo y admirador, el jefe del Estado Mayor, general Beck. Este último, aunque nunca fue un nazi, era un seguidor leal de Hitler en ese momento, pero la cruel destitución de Fritsch provocó la primera grieta entre el régimen y él. En su momento, Beck se convertiría en el líder el movimiento de resistencia alemán.

3
El oficial, el alcalde y el espía

La investigación contra Fritsch y el procedimiento del tribunal marcial provocó que algunos seguidores jóvenes y acérrimos del general se unieran en su defensa. Naturalmente, algunas de estas personas eran críticas con el régimen, en especial con los juegos arbitrarios y sucios de las SS y la Gestapo.[1] Uno de ellos era algo más que crítico. Un oficial superior en el Amt Ausland/Abwehr, el servicio secreto militar, el teniente coronel Hans Oster, era en secreto un antinazi. El asunto Fritsch le ofreció la oportunidad perfecta para unir a personas que pensaban igual —del Ejército, la burocracia, el Ministerio de Asuntos Exteriores y la clase dirigente conservadora—, para luchar por una causa legal y legítima: demostrar la inocencia de Fritsch, reponerlo como comandante en jefe del Ejército y sacar a la luz los crímenes de la Gestapo.[2]

Oster, una estrella ascendente de la inteligencia militar alemana, había nacido en 1887, hijo de un pastor de Dresde. Fue educado desde la más tierna infancia como un cristiano protestante devoto, y como patriota y realista acérrimo decidió embarcarse en la carrera militar. Fue condecorado por su valentía durante la Gran Guerra y, como otros muchos, le disgustó la revolución democrática de 1918-1919. Aceptó servir a la república, o al «frágil estado multipartidista», como lo llamaba, con muchas reticencias.[3] En el Ejército, Oster era considerado un oficial guapo y con talento, un buen violonchelista, un amante de la equitación y un sociable mujeriego.

En enero de 1933, cuando los nacionalsocialistas tomaron el control del país, Oster estaba enredado en sus propios asuntos. Unos días antes, el 31 de diciembre, el Ejército lo había licenciado a causa de la relación que había mantenido con la esposa de un profesor muy conocido. Con su prometedora carrera destrozada, Oster pasó muchos meses buscando trabajo en vano. La salvación acabó llegándole de un lugar inesperado. El almirante Wilhelm Canaris, oficial superior en la Abwehr y un viejo amigo, respondió a las súplicas desesperadas de Oster y se interesó por su caso. El alto mando se negó a reincorporarlo al servicio activo, pero gracias a Canaris fue contratado como asesor civil en el servicio secreto. Ahora, era responsable del contraespionaje y del seguimiento de las actividades subversivas en los ministerios gubernamentales. Desde este lugar privilegiado, Oster conoció toda la extensión del terror, la violencia y la corrupción en el nuevo régimen nazi. Presenció con disgusto la persecución de los judíos y la «lucha» contra la Iglesia. «Me siento responsable ante Dios por los judíos de Alemania», dijo supuestamente a un amigo.[4] Sus sentimientos religiosos sólo eran una parte de la historia. Después de que su buen amigo el oficial de inteligencia Ferdinand von Bredow fuera asesinado por los nazis en la Noche de los Cuchillos Largos (junio de 1934), empezó a odiar personalmente a Hitler y a su «banda de forajidos».[5]

En 1938, Oster iba ganando importancia en la Abwehr y estaba en disposición de dar pasos pequeños y graduales para implantar su viejo sueño: el establecimiento de un movimiento de oposición clandestino. En sus primeros dos años de servicio, sus superiores lo habían despreciado y considerado un tipo en quien no se podía confiar, que estaba estableciendo conexiones para beneficio propio y flirteaba con las secretarias en los pasillos. Pero en 1935, cambió su suerte.[6] El almirante Wilhelm Canaris, su viejo amigo y confidente, se convirtió en el nuevo jefe de la Abwehr y nombró a Oster director de la División Central: el número dos en la jerarquía de la Abwehr. El oficial licenciado también fue reincorporado al servicio activo y volvió a vestir el uniforme. Canaris ordenó que no se hiciera nada en la Abwehr sin el conocimiento de Oster.[7]

Oster se dedicó a utilizar con rapidez su nuevo poder para tejer una red de contactos tanto en la Abwehr como en las elites militares y civiles. Nadie tenía más habilidad para abrirse paso en los círculos prominentes. Siempre atento a los peligros y las oportunidades, compartía sus sentimientos reales sólo con un puñado de amigos de confianza. Uno de esos hombres, que se convirtió en los ojos y los oídos de Oster en el servicio de seguridad nazi, fue Hans Bernd Gisevius, un agente de la Gestapo que se había convertido en enemigo acérrimo del régimen nazi.

Gisevius era un conspirador cuyo rastro se puede encontrar por toda la oposición antinazi de la primera época. «Su apariencia era tan tiesa y estirada como el cuello que llevaba», escriben Walter Laqueur y Richard Breitman. «Un hombre de una gran altura, parecía la caricatura de un alto funcionario prusiano. Era tan ostentoso en su comportamiento que pocos creían a primera vista que esta extraña criatura fuera un buen agente secreto. Algunos lo creían un bufón; otros, un impostor que interpretaba un papel muy elaborado. Muchos creían que era un nazi acérrimo que intentaba engatusar a Suiza y a los aliados.»[8] Su comportamiento hacía pensar que era un payaso o un chismoso presuntuoso, que en realidad no podía estar implicado en ninguna actividad ilegal. Bajo la cobertura de este personaje en parte natural y en parte fabricado, Gisevius realizó un gran servicio para la cristalización de la oposición. Se convirtió en un agente secreto antinazi y en uno de los amigos más íntimos de Oster.

Al contrario de lo que escribió en sus memorias, Gisevius inició su carrera como seguidor del nacionalsocialismo. Antes de la subida al poder de Hitler, era un líder estudiantil nacionalista, que ofreció rápidamente su apoyo al nuevo Gobierno. Consiguió un puesto codiciado en la policía prusiana y se abrió camino a codazos para escalar en la jerarquía a base de conspiraciones y manipulaciones. Después de muchos meses, fue trasladado al cuartel general de la Gestapo en Berlín. No obstante, su carácter tempestuoso y su gusto por las conspiraciones lo habían vuelto impopular en los círculos influyentes, y muy pronto se granjeó enemigos en la Gestapo y fuera de ella. Lentamente, su poder empezó a desvanecerse. En 1934, el

jefe de la Gestapo descargó el golpe de gracia, ordenando que lo trasladaran a un puesto marginal en el Ministerio del Interior prusiano.

Poco a poco, Gisevius se había vuelto contra el régimen nazi. El odio que sentía por los jefes de la Gestapo que lo habían marginado se extendió a las SS, a Himmler y finalmente al propio Führer. Y al contrario de la impresión que tenían muchos, sus acciones no fueron las de un simple oportunista egoísta: como oficial de la Gestapo estaba familiarizado con toda la extensión del terror nazi, y aunque no le preocupaba lo más mínimo el destino de los comunistas, le incomodaba la persecución de los judíos y de los clérigos inconformistas. Oster, al que conoció durante su paso por la Gestapo, hizo que lo destinaran a la Abwehr en 1938 como consejero civil especial *(Sonderführer)*. Gisevius utilizó su nuevo puesto y los contactos en las altas instancias de la policía para proporcionar a Oster información secreta desde dentro del sistema. A partir de entonces, se convirtió en un miembro importante del círculo de Oster y desarrolló una ideología radical de oposición: había que aplastar el régimen nazi con cualquier medio disponible. Si era necesaria la violencia y el asesinato, que así fuera. «Un amigo lo describió como un gánster que luchaba por una buena causa», escriben Laqueur y Breitman. «Muy egocéntrico, su fuerte inclinación hacia las conspiraciones le llevó a conjurar no sólo contra los nazis sino a veces también contra su propio bando.»[9] Es posible que, por mediación de Gisevius, Oster llegara a conocer a una tercera figura clave, el antiguo alcalde de Leipzig Carl Friedrich Goerdeler.

Goerdeler no tenía nada de la astucia y la elegancia de Oster, ni de la predilección de Gisevius por las conspiraciones y las manipulaciones. Con el cabello gris, gran estatura y una tendencia irritante a predicar, parecía un burócrata sin sentido del humor, unido en cuerpo y alma al *establishment*. Este personaje no parecía encajar con su decisión de participar en la oposición ilegal. Aun así, recorrió todo el camino desde la colaboración reticente con Hitler a la resistencia implacable. Para muchos civiles y oficiales de alto rango, se convirtió en la encarnación de la resistencia.

¿Qué había podido mover a una persona tan recta a cruzar la línea de una manera tan categórica?

Carl Friedrich Goerdeler había nacido en Schneidemühl, un pueblo en la provincia en aquel entonces alemana de Posen (ahora en Polonia). Después de licenciarse en derecho y economía, sirvió en la Gran Guerra como oficial en la reserva. Luego, se embarcó en una carrera municipal de éxito en muchas localidades, entre ellas el importante centro urbano de Königsberg. En 1931, alcanzó la culminación de su carrera al servir simultáneamente como alcalde de Leipzig y comisionado de precios del Reich. En los años tormentosos previos a la subida al poder de los nazis, el presidente Hindenburg incluso consideró su nombramiento como canciller.

Goerdeler dedicó gran parte de su energía y atención a la ciudad de Leipzig. Allí fue conocido como un alcalde diligente con tendencias autoritarias. En 1933, apoyó la subida al poder de Hitler y trabajó voluntariamente con el nuevo Gobierno, pero sus relaciones con los nazis locales ya eran bastante inestables. Los conflictos surgieron, por ejemplo, por la negativa de Goerdeler a izar la bandera con la esvástica en lo alto del ayuntamiento o a cambiar nombres de calles «judíos». Sentía prejuicios contra los judíos alemanes, pero (como le explicó su hija al autor de este libro) apoyaba el antisemitismo «limpio» de las Leyes de Núremberg, porque creía que evitaría que los «radicales» del partido practicasen un antisemitismo violento. En una fecha tan temprana como abril de 1933, para protestar contra el boicot a las tiendas judías, «fue en traje formal al barrio judío de su ciudad para proteger a los judíos y sus negocios, y utilizó a la policía de la ciudad para liberar a los judíos que habían sido detenidos y golpeados por las tropas de asalto de las SA».[10]

Pero, paso a paso, los concejales nazis fueron minando la posición de Goerdeler. La legislación antisemita nazi, como la prohibición de que los judíos utilizasen las piscinas públicas u otras instalaciones de baño comunales, también se aplicaron en Leipzig y probablemente la presión del vicealcalde Haacke obligó a Goerdeler a respaldar este reglamento.[11] También le perturbaba la persecución de la Iglesia, la política exterior

agresiva y lo que consideraba una política fiscal irresponsable. El alcalde, que veía que su autoridad se le estaba escapando de las manos, se sentía cada vez más amargado.

En 1936, Goerdeler se encaminaba hacia el punto de no retorno. El historiador americano Harold C. Deutsch, que en aquel momento era un joven periodista, relata la siguiente reunión en el despacho de Goerdeler:

> [Goerdeler dijo que] el problema alemán más importante de la actualidad es el restablecimiento de la decencia humana ordinaria. Ante este visitante sorprendido detalló rápidamente una lista formidable de iniquidades que percibía en la Alemania de Hitler, mencionando también algunos de sus problemas con los nazis locales. Al levantarse al final para acompañar al visitante hasta la puerta, pasó por delante de un gran ventanal que daba a la plaza delante del ayuntamiento. Señalando en la dirección de la famosa Gewandhaus, delante de la que se alzaba la estatua de Mendelssohn, dijo: «Ése es uno de mis problemas. Ellos [los camisas pardas] me presionan para que retire el monumento. Pero si en algún momento llegan a tocarlo, habré acabado aquí».[12]

Muchos de los futuros miembros de la resistencia tuvieron momentos similares de «hasta aquí hemos llegado». Para Goerdeler, el tema del monumento era una cuestión de principios. Se veía como el protector real de la *Kultur* alemana y estaba disgustado con los nacionalsocialistas por su desprecio a la tradición que defendía. El monumento era también una cuestión de principios para los jefes nazis locales. Después de todo, ¿durante cuánto tiempo podía tolerar el partido a un alcalde que rechazaba los fundamentos de su política, en especial sobre el «problema judío»? Algunos miembros del consejo municipal incluso se quejaron de la esposa de Goerdeler, «conocida como una amante de los judíos por toda la ciudad, y ni siquiera se avergüenza de llevar un vehículo oficial para ir de compras a las tiendas judías».[13] El vicealcalde Haacke escribió a las autoridades que Goerdeler era ajeno a prácticamente todos los aspectos de la ideología nacionalsocialista. En particular, no podía comprender el odio del partido por los judíos alemanes:

> El asunto del monumento de Mendelssohn refleja claramente la visión de Goerdeler sobre el Problema Judío. Como indica mi carta, Goerdeler pone enormes dificultades siempre [que se exige] cambiar el nombre judío de una calle. Aunque ahora está usando el monumento como pretexto para dimitir, estoy sinceramente convencido de que las razones para [dar ese paso] son

> mucho más profundas [...]. Ha llegado a comprender que los días de su visión del mundo están llegando a su fin a causa del éxito del nacionalsocialismo, y ha extraído la conclusión final.[14]

El monumento fue retirado en noviembre de 1936 cuando Goerdeler se encontraba en una conferencia en Helsinki. Haacke aprovechó la oportunidad para deshacerse de la estatua con el fin de «ahorrarle al alcalde una decisión desagradable».[15] Cuando regresó, Goerdeler dimitió rápidamente de su puesto: «Así decidí sin dudarlo no aceptar la responsabilidad por la profanación de la cultura [*Kulturschande*]. Todos escuchábamos con gran placer las canciones de Mendelssohn y también las cantábamos. Negar a Mendelssohn no es más que un acto absurdo y cobarde [...]. Aún tengo la esperanza de regresar para servir a la nación, cuando su atmósfera sea más pura y más limpia. Con mi dimisión protesto ante todo el mundo contra la retirada del monumento de Mendelssohn».[16]

Un año después de su dimisión, Goerdeler se unió finalmente a la causa de Oster y Gisevius, con los que mantenía una buena relación. Este extraño trío —el coronel del servicio secreto, el antiguo oficial de la Gestapo y el alcalde retirado— se convirtió en el punto de unión de lo que quedaba de la oposición alemana. Juntos formaron la primera red de resistencia en el Ejército alemán, que estaba destinada a sufrir cambios estructurales de gran importancia y oleadas de expansión y colapso desde 1938 hasta 1944.

La primera encarnación de su red recibe el nombre de «camarilla» en la teoría de análisis de redes, definida como «una asociación informal de personas entre las que existe cierto nivel de sentimiento de grupo e intimidad, y en el que se han establecido ciertas normas de comportamiento de grupo».[17] Las memorias de Gisevius indican que la mayoría o todos los miembros eran amigos o conocidos que se veían con frecuencia. Prácticamente no existían reglas de compartimentación (cada miembro sólo conoce el mínimo necesario para desarrollar sus tareas): únicamente en casos muy raros los miembros retenían información a sus compañeros de conspiración. La división del trabajo también era mínima y los papeles de

los fundadores y de los miembros estaban vagamente definidos, si es que lo estaban. No obstante, incluso en esta primera encarnación del movimiento se pueden identificar ciertos patrones que lo caracterizaron hasta el final.

La primera línea maestra y la más importante de todas ellas que se define aquí es la regla de la mutación revolucionaria. Como observó más tarde la Gestapo: «El reclutamiento de nuevos miembros y confidentes se realizaba mayoritariamente sobre la base de lazos previos de amistad y parentesco».[18] Esto se corresponde con la observación del analista de redes David Knoke sobre que las redes de insurgencia habitualmente se crean basándose en redes legales ya existentes. De esta manera, escribe Knoke, «la insurgencia puede vincular con mayor facilidad estas lealtades al propio movimiento. En lugar de construir con gran esfuerzo compromisos nuevos desde cero, los activistas pueden persuadir a seguidores potenciales de que la organización del movimiento ofrece una expresión natural de los sentimientos de solidaridad ya existentes [...]. El reclutamiento para cualquier actividad social requiere un contacto precedente con un agente de reclutamiento, con mayor frecuencia una relación social cercana que un actor impersonal».[19]

Para mantener su efectividad revolucionaria, dichas redes deben ser relativamente autónomas y estar protegidas de la mirada indiscreta de los servicios de seguridad. Bajo las condiciones de la Alemania nacionalsocialista, pudieron existir en «islas» sociales semiautónomas, como ciertos segmentos de la clase obrera, el alto funcionariado, la derecha conservadora y, sobre todo, el Ejército. Los investigadores de la Gestapo estaban en lo cierto cuando observaron que el auge de un movimiento de resistencia militar sólo fue posible porque el cuerpo de oficiales históricamente se había considerado autónomo respecto a las «autoridades civiles» y sujeto únicamente a «sus propias reglas». Más importante aún es que las SS y la Gestapo no tuvieron autorización para penetrar rápidamente en el Ejército o interferir en sus asuntos internos.[20] Aunque muchos oficiales eran nacionalsocialistas por convicción y su número aumentó a lo largo de los años, la mayoría eran reticentes a «informar» sobre sus

«camaradas» a la policía civil. Sin dicha tradición autónoma, los esfuerzos de Oster y compañía para reclutar a nuevos miembros en el cuerpo de oficiales casi con toda seguridad les habrían llevado a prisión.

Dentro de estas islas autónomas de la burocracia, la nobleza, la derecha conservadora y el cuerpo de oficiales, existían redes complejas de parentesco, matrimonio y lazos sociales, muchos de los cuales se basaban en haber compartido los estudios o el servicio militar. La solidaridad en estas redes era lo suficientemente fuerte para limitar el alcance de su penetración por parte de «extraños». La mayoría de las redes nunca estuvieron envueltas en la oposición al régimen nazi, pero una proporción pequeña de ellas sufrió un proceso de mutación revolucionaria en los meses iniciales de 1938. Bajo los auspicios de Oster, Gisevius y Goerdeler, se transformaron de redes sociales en redes conspiratorias.

Uno de los espacios principales de esta mutación fue un prestigioso club de Berlín llamado la Sociedad Libre para el Entretenimiento Académico, conocida popularmente como la Sociedad de los Miércoles (Mittwoch Gesellschaft). Esta venerable institución social hundía sus raíces en el siglo XIX y seguía unas reglas estrictas de elitismo académico. Sólo un puñado de personas, cada una de ellas un experto respetado en su campo, podía unirse al club. Las reuniones tenían lugar cada dos miércoles en casa de uno de sus miembros. El anfitrión debía pronunciar una conferencia sobre su campo de estudio, que se recogía en las actas. Después de la disertación había tiempo para debatir y socializar. El Club de los Miércoles nunca fue un grupo de resistencia en sentido estricto, y algunos de sus miembros, como el científico racista Eugen Fischer, eran nazis despiadados.

No obstante, la atmósfera general en el club era crítica con el sistema, y muchos de sus miembros más prominentes, entre ellos Ludwig Beck y Ulrich von Hassell, acabaron en el círculo interno de la resistencia alemana. Hablando en términos generales, el club era un espacio ideal para la mutación revolucionaria: era estrictamente privado, los extraños tenían prohibido asistir a sus reuniones, y se toleraba la crítica a la ideología nacionalsocialista. Pero lo más importante era que la fuerte solidaridad

entre sus miembros disminuía el riesgo de denuncias. Goerdeler, que no era miembro del club sino amigo de muchos de sus integrantes, descubrió que era un terreno de reclutamiento especialmente prometedor.[21]

Goerdeler, Oster y Gisevius desempeñaron diversas funciones en la incipiente red clandestina. Goerdeler y Oster eran «vendedores», tomando prestada la tipología de Malcolm Gladwell. Es decir, pretendían transformar redes sociales preexistentes, importando la idea de resistencia, mantener la llama y conservarlas intactas. Como en otras redes sociales, las creadas por los vendedores eran mantenidas por «enlaces», personas con habilidades sociales poco habituales y con contactos en varios círculos sociales, que eran capaces de diseminar las ideas subversivas de los vendedores. Gisevius y Oster fueron, sin lugar a dudas, enlaces importantes en la primera resistencia, aunque Goerdeler también cumplió hasta cierto punto este papel. En cualquier caso, en esta fase inicial faltaba mucho para que los papeles estuvieran claramente definidos.[22]

Durante el invierno de 1938, la red tenía el objetivo principal de debilitar a las SS con la defensa del general Fritsch.[23] Esta causa tan estimada se ganó el apoyo muy cualificado del jefe del Estado Mayor, el general Ludwig Beck. En esta fase, estaba muy lejos de ser un combatiente de la resistencia, y sólo quería ayudar a su amigo y comandante en jefe. Es cierto que durante la crisis Fritsch empezó a desconfiar del liderazgo nazi, pero organizar un golpe de Estado habría ido contra lo más sagrado en la tradición militar prusiana. «Conspiración y motín no existen en el léxico del oficial alemán», replicó supuestamente Beck al oficial del Estado Mayor Franz Halder, en respuesta a la propuesta de Halder de organizar una represalia violenta contra la Gestapo.[24]

En la práctica, Oster y sus amigos luchaban contra molinos de viento. Fuera cual fuese el resultado de su juicio, para Hitler Fritsch ya había desaparecido del escenario. Mientras tanto, ya había nombrado un nuevo comandante en jefe, un mediocre candidato de compromiso llamado Walther von Brauchitsch.[25] Peor aún, en contra de la percepción de Oster y sus amigos, Fritsch nunca estuvo cerca de convertirse en miembro de la

resistencia, ni siquiera en un opositor. Aunque estaba amargado, siguió admirando a Hitler hasta el último día. Aun así, la lucha por defenderlo no fue completamente inútil, porque permitió unir a los conspiradores.

Simultáneamente al nombramiento de Brauchitsch, Hitler estableció su control sobre el Ejército. Reservándose la cartera de Guerra, nombró al general Wilhelm Keitel jefe del Estado Mayor y jefe del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas (Oberkommando der Wehrmacht, OKW). Keitel, que durante la guerra recibió con frecuencia el apodo de Lakeitel (un juego con su nombre y *Lakai,* que se puede traducir como «lacayo»), no era más que un burócrata insignificante.[26] El hombre que se esperaba que representase los intereses del Ejército ante Hitler, raramente se atrevía a cuestionar o dudar, mucho menos a criticar, a su líder. Keitel, según Constantine FitzGibbon, era «servil con sus superiores y bravucón con sus subordinados, [y] habría podido ser el maître en un club nocturno caro y miserable».[27] En cierto sentido, el nombramiento de Keitel simbolizó la nueva posición debilitada de la Wehrmacht después de los cambios de 1938. Fritsch era leal a Hitler, pero expresaba sus opiniones. Keitel ni siquiera pretendía demostrar que tenía una voz independiente. Lejos de ser el «segundo pilar del Estado», al lado del partido, la Wehrmacht de Keitel y Brauchitsch se convirtió en una herramienta que el Führer podía usar a voluntad.

Los cambios no se limitaron a los militares. Hitler también aprovechó la oportunidad para profundizar en la nazificación de algunos de los grandes ministerios.[28] La purga generó una burocracia más sólidamente nacionalsocialista en preparación para la guerra, pero al mismo tiempo algunos de los destituidos se acercaron a la camarilla opositora de Oster, Gisevius y Goerdeler. Además de su amargura personal y la aspiración colectiva de proteger a Fritsch, muchos de los miembros recién incorporados estaban enormemente preocupados por la política exterior irresponsable de Hitler y por el uso incesante de la violencia.

El primer organismo sometido a la purga fue el Ministerio de Asuntos Exteriores. Hitler sustituyó al ministro conservador Konstantin von Neurath por su secuaz Joachim von Ribbentrop. Neurath, al igual que Blomberg y Fritsch, era un seguidor leal de la política nazi pero demasiado precavido para el gusto de Hitler. El nombramiento de Ribbentrop, que no fue bien recibido por algunos conservadores en el Ministerio de Asuntos Exteriores, ofreció el pretexto para establecer un minúsculo grupo opositor en el cuerpo diplomático. El actor central en esta célula fue Erich Kordt, un consejero joven y con gafas considerado una estrella en ascenso en el ministerio. Resulta irónico que incluso confiara en él el nuevo ministro nazi, que se apoyaba en sus conocimientos sobre los asuntos internacionales y le confiaba documentos de alto secreto. Oficialmente era miembro del partido y hasta ostentaba un rango honorífico en las SS.[29]

Sin embargo, Kordt era un antinazi convencido y un confidente de Hans Oster. Desde su posición privilegiada en el ministerio, protegido por Ribbentrop y su uniforme de las SS, podía transmitir a la oposición información restringida muy valiosa. Como siempre, las relaciones de parentesco y amistad en el ministerio se usaron para conseguir una mutación revolucionaria. El aliado más leal de Kordt fue su hermano mayor Theo, un joven y prometedor diplomático destinado en la embajada en Londres.

Otra figura clave en esta conspiración incipiente en el Ministerio de Asuntos Exteriores fue Ulrich von Hassell, el embajador alemán en Italia: un diplomático de la antigua escuela, un conservador muy bien educado y un patriota. Hassell también apoyó a Hitler justo después de subir al poder, pero más tarde se sintió horrorizado por el reino del terror establecido por la Gestapo, la persecución de los judíos y el acoso a la Iglesia. Además, tenía muchas reservas profesionales contra la política exterior nacionalsocialista, en especial el alineamiento con Italia y Japón contra las potencias occidentales.[30] Finalmente fue destituido en el marco de los cambios de 1938, quizá como consecuencia de sus opiniones inconformistas.

Capitalizando su influencia en los círculos conservadores, Goerdeler difundió el mensaje de resistencia entre los políticos y los nobles de la antigua escuela. Uno de sus aliados más íntimos en esta empresa fue el extravagante aristócrata Ewald von Kleist-Schmenzin, un gran terrateniente y político en la Pomerania rural. Kleist, famoso por su honestidad y valentía, fue un enemigo implacable del régimen nazi a partir de enero de 1933.[31] El conservador acérrimo, monárquico y antidemócrata fue uno de los pocos miembros del Partido Nacional del Pueblo Alemán que creía que el enemigo real no se encontraba en la izquierda sino en la derecha.[32] El nacionalsocialismo, una nueva religión pagana, estaba condenado a destruir Alemania, porque su culto a la raza se oponía diametralmente al cristianismo y a los valores de la tradición germano-prusiana.[33] Para Kleist, muy influido por sus lecturas bíblicas, Hitler y sus seguidores eran la nueva reencarnación de los adoradores de Baal y Ashera, los antiguos ídolos cananeos. Para oponerse a ellos era necesario unir a los verdaderos defensores de la fe y la nación, los «que no se han arrodillado ante Baal» (1 Reyes 19:18).[34]

El odio de Kleist por sus colegas conservadores que se habían convertido en nazis no conocía límites. Afirmaba que los líderes de la derecha alemana habían traicionado a la patria, la religión y la nación. Por eso, en el futuro, la gente dirá: «Tan ateo como un pastor protestante, tan falto de personalidad como un funcionario prusiano y tan deshonrado como un oficial prusiano». Personalmente rehusó dar dinero al partido nazi, ni tan sólo un marco, y se negó rotundamente a izar la bandera con la esvástica en su casa solariega. Un papel especial estaba reservado para su hijo y heredero Ewald-Heinrich, uno de los pocos asesinos en potencia de Hitler.[35]

A partir de entonces el movimiento de resistencia alemán empezó a tomar forma. El teniente coronel Oster conectó a los oficiales y a los civiles, y a través de Goerdeler conoció a Ewald von Kleist-Schmenzin y a sus amigos conservadores. Pero la mayor parte de sus esfuerzos se centraban en el Ejército. El pez más grande que querían pescar era el jefe del Estado

Mayor, Ludwig Beck. La táctica consistió en rodearlo con enemigos del régimen. Para dicho fin, Oster estableció contacto con el general Franz Halder, un oficial del Estado Mayor conocido como confidente de Beck y antinazi convencido. Al mismo tiempo, Oster aumentó la presión sobre su comandante, el jefe del servicio secreto almirante Wilhelm Canaris, y gradualmente lo fue convenciendo para que apoyase la conspiración. «Hasta nuestro último aliento», escribió Oster, «deberemos permanecer firmes, de acuerdo con nuestra educación como niños y después como soldados. No tenemos nada que temer excepto la ira de Dios.»[36]

Pero ¿qué significaba «permanecer firmes»? Formar redes opositoras estaba muy bien, pero Oster no tenía ni idea de cómo derrocar al régimen. Tenía algunos aliados militares clave, el primero y más importante Halder, pero Halder no podía hacer nada sin el apoyo del general Beck, su dubitativo comandante. En cualquier caso, las extraordinarias dimensiones del régimen nazi y la debilidad del Ejército descartaban la mayoría de las opciones de insurgencia activa. Los conspiradores debían trabajar de manera lenta y cuidadosa, porque un solo informador era suficiente para aplastar a todo el movimiento. Además, los civiles no podían organizar ellos solos un golpe de Estado y sólo un número muy pequeño de generales sentían alguna simpatía por la conspiración.

Mientras que la pequeña red de Oster se ampliaba con lentitud, Hitler volvió a repartir las cartas políticas. El 12 de marzo de 1938, después de una presión diplomática brutal, el Ejército alemán entró en Austria y la patria de Hitler se unió al Reich. El apoyo en Austria al Anschluss ya estaba por los cielos y la mayoría de los austriacos dieron una bienvenida bulliciosa a las tropas invasoras. El primer acto claro de agresión internacional nazi fue un éxito sorprendente, sin que se disparase un solo tiro.

Los titulares de los periódicos celebraban el Anschluss, que se convirtió en el principal tema de conversación entre las elites y el cuerpo de oficiales. Con todo este revuelo se olvidó el feo complot contra Fritsch. El general fue absuelto por un tribunal militar presidido por Hermann Göring, pero

nunca recuperó su puesto como comandante en jefe. En una conversación con el alto mando de la Wehrmacht, Hitler expresó su simpatía personal por el destino de Fritsch, pero insistió en que como líder no podía desdecirse de sus palabras.[37] El frustrado Fritsch estaba furioso, pero se negó rotundamente a colaborar con la oposición. «Hitler es el destino de Alemania, para bien o para mal», le dijo a Hassell, el antiguo embajador que había intentado captarlo para la red.[38]

No obstante, los esfuerzos de reclutamiento de la red no se centraban en Fritsch, sino en el jefe del Estado Mayor, Beck, cuya ruptura interior con el régimen nazi estaba cada vez más cerca. Al igual que sus colegas oficiales, era un firme defensor del Anschluss, pero, a diferencia de ellos, se oponía a la manera como se había cosechado este fruto: a través de las amenazas militares de Hitler. Cuando el Führer le ordenó que elaborase los planes para el Caso Otto, el nombre en clave de la invasión alemana de Austria, sólo aceptó con muchas reticencias, argumentando que Alemania aún no estaba preparada. Después del Anschluss, elogió al Führer por su habilidad para cumplir sus sueños sin derramar sangre, pero la brecha entre el Gobierno y él se iba ampliando. El jefe del Estado Mayor empezó a creer que esto sólo iba a ser el principio de las aventuras militares de Hitler, y el resultado podía ser una desastrosa guerra mundial. El incansable Oster, siempre atento, se dio cuenta rápidamente de las grietas en las defensas de Beck y lo convirtió en su proyecto personal. Poco después, vio una oportunidad, una crisis internacional de gran escala que transformaría la crítica teórica de Beck contra el régimen en algo más práctico.

4
«Con los colores más oscuros»: la decisión del general Beck

Durante el verano de 1937, el mariscal de campo Blomberg estaba trabajando en el «Caso Verde», un plan para la invasión de Checoslovaquia. Para los generales estaba claro que Hitler pretendía romper el Estado checo con la ocupación de la zona de los Sudetes de lengua alemana. Con ello tenía la esperanza de conseguir las extraordinarias fortificaciones fronterizas de la región, las minas, el hierro y otros recursos naturales. La respuesta acobardada de las potencias occidentales ante el Anschluss había eliminado las últimas barreras para la acción y en el horizonte se dibujaba la gran crisis de los Sudetes.

Checoslovaquia, una creación del Tratado de Versalles, era una democracia multiétnica que sufría por los problemas constantes entre la mayoría checa y las minorías.[1] La minoría más inquieta eran los tres millones que formaban la comunidad alemana, concentrada principalmente en los Sudetes. A partir de 1933, muchos de los alemanes checos se habían convertido en nazis ardientes y sus líderes recibían órdenes directamente desde Berlín. La filial nazi local, el Partido Alemán de los Sudetes, exigía una separación completa de Checoslovaquia y la unión con el Reich. El presidente del partido, Konrad Henlein, resumía su programa en un memorando secreto de 1937: conseguir gran parte de Checoslovaquia, no

sólo los Sudetes, para el Reich alemán.[2] Hitler había ido aumentando la presión sobre Checoslovaquia, mientras Gran Bretaña y Francia, siempre temerosos de una nueva guerra europea, no hacían nada tangible para detenerlo.

El sábado, 20 de mayo de 1938, sólo dos meses después del Anschluss, el general Keitel presentó el Caso Verde a Hitler. La propuesta presuponía la anexión de Checoslovaquia al Reich alemán. Afirmaba: «Es mi decisión irrevocable [de Hitler] aplastar Checoslovaquia con una acción militar en un futuro cercano [...]. Para tener éxito es necesario aprovechar el momento oportuno».[3] Según este plan, Alemania ocuparía Checoslovaquia forzando una provocación diplomática que justificara, ante los ojos de algunos Estados europeos, una respuesta «militar» y la ocupación. Muchos oficiales se sentían incómodos con el plan, pero muy pocos fueron lo bastante valientes para mostrar abiertamente su desacuerdo. El general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor, era el miembro más destacado de este pequeño grupo.

Beck, un antiguo simpatizante del régimen nazi, había elogiado su subida al poder en 1933 como el «primer rayo de luz desde 1918». Pero ahora estaba horrorizado por las posibles consecuencias de la política exterior de Hitler.[4] En gran medida se sentía como una Casandra militar, el único que podía ver con claridad el abismo que se iba acercando. Dado que era un oficial callado, contenido y educado, muy versado en estrategia e historia militar, Beck creía en la norma clausewitziana de que la guerra es la «continuación de la política por otros medios» y por ello debía ir precedida de un profundo debate político. La guerra no es una aventura y el líder nunca debería desencadenar ninguna sin una causa verdaderamente justificada. Además, Beck era uno de los pocos oficiales del Estado Mayor General que veía el alto mando del Ejército no sólo como una herramienta militar, sino como un socio de pleno derecho a la hora de establecer la política de seguridad. Esta visión era completamente extraña para Hitler, que se veía como el líder omnipotente y a los generales como sus marionetas militares.[5]

Cuando en 1935 Blomberg le pidió que planteara un estudio teórico, con el nombre en clave de Schulung, sobre una penetración militar en Checoslovaquia, Beck expresó su oposición a la invasión El jefe del Estado Mayor era reticente a diseñar semejante plan, fuera o no teórico. En aquel momento, su resistencia no era por principios sino por una cuestión práctica. Alemania podía invadir Checoslovaquia, pero no hasta que se hubiera agotado la diplomacia, y en ningún caso antes de 1940.[6]

La incomprensión entre Beck y Hitler era profunda. Beck aplaudió sin dudar la «destrucción de los grilletes de Versalles». También ansiaba la expansión territorial y la hegemonía alemana en Europa central. También reconocía la necesidad alemana de «espacio vital» *(Lebensraum),* pero su interpretación del concepto era diferente de la del Führer: no una expansión ilimitada hacia el este sino, más bien, adquisiciones limitadas (pacíficas, a ser posible) de territorios de habla alemana, principalmente Austria y los Sudetes. A diferencia de Hitler, Beck reconocía el principio de autodeterminación y no sentía ningún entusiasmo por el control de naciones «no alemanas». Después de que Alemania hubiera reafirmado sus «derechos» y expandido hasta las fronteras de 1914 (además de Austria y los Sudetes), cualquier expansión ulterior debía ser económica, no militar. Hitler, por el contrario, soñaba con una guerra europea a gran escala, con el objetivo de derrotar a Francia, aplastar a Rusia y la ocupación del ansiado *Lebensraum* en el este. Beck se oponía a esta política por razones morales y políticas. Para él, aunque la guerra formaba «parte del orden divino», un estadista de verdad nunca debía iniciar ninguna de manera innecesaria. Se oponía en especial a una guerra agresiva contra Gran Bretaña y Francia. «Las tres naciones comparten Europa», escribió en 1937, «y por eso sus problemas se deben resolver diplomáticamente, teniendo en cuenta el equilibrio de poder.»[7]

Es más, la peor pesadilla de Beck era un choque frontal entre las tres naciones por la cuestión de los Sudetes. Expresó sus temores sobre dicha confrontación y sus consecuencias en una serie de memorandos enviados a su superior, el general Brauchitsch. Estos memorandos están redactados con

un lenguaje militar, profesional, y no ponen en cuestión las premisas básicas del liderazgo político. El 30 de mayo de 1938, por ejemplo, Beck escribió que «aunque Checoslovaquia con sus fronteras actuales es intolerable para Alemania, Gran Bretaña y Francia no tolerarán más movimientos en el equilibrio de poder a favor del Reich, que no está listo para un nuevo conflicto». Por eso, si tenía que aplicarse el plan del Führer, «resulta imposible pintar el destino de Alemania en una guerra futura excepto con los colores más oscuros».[8]

Como era natural, las preocupaciones de Beck fueron ignoradas y cada día se encontró más aislado y amargado. Aun así, se convenció de que Hitler era redimible si se le podía mostrar el camino de la razón alejando de él a los radicales del partido. Al mismo tiempo, sus contactos con Goerdeler, Oster y los críticos del régimen en las reuniones del Club de los Miércoles lo hicieron cada vez más susceptible a una mutación revolucionaria. A medida que Beck se encontró cada vez más aislado del liderazgo, la resistencia a dicha mutación se fue relajando gradualmente.

En julio de 1938, Beck se vio superado por sus rivales. Oficiales pronazis en el Estado Mayor, sobre todo Walther von Reichenau y Ernst Busch, mostraron un apoyo entusiasta a los planes del Führer e incluso los generales que simpatizaban con Beck eran reticentes a mostrarse abiertamente de su parte. Durante años Beck había sido defensor de una mayor influencia política del Estado Mayor, considerando que su lucha contra Hitler era una campaña a favor de la independencia institucional. Por eso se sintió profundamente herido al ver que sus camaradas lo abandonaban uno tras otro.[9] Desesperado, sugirió que los generales dimitieran en masa. Creía que sólo una amenaza de este tipo podía devolver a Hitler a la senda de la razón. Personalmente lo tenía muy claro: nunca se haría responsable de un enfrentamiento europeo desastroso, colocando a Alemania contra todas las potencias occidentales. Sus intenciones quedaron claras en un memorando que escribió el 16 de julio de 1938, que más tarde se convertiría en un texto primordial de la resistencia alemana: «Están en juego decisiones críticas sobre el futuro de la nación. La historia derramará

la sangre culpable sobre los líderes [de la Wehrmacht] si se niegan a actuar según los dictados de su conciencia y de sus conocimientos profesionales y políticos. La obediencia militar alcanza sus límites cuando los conocimientos, la conciencia y la responsabilidad prohíben cumplir una orden [...]. Una época inusual requiere acciones inusuales».[10]

Resulta fácil imaginar cómo atormentaba a Beck, un hombre que había crecido en una atmósfera en la que la obediencia era un valor esencial, llegar a un punto en el que la «obediencia militar alcanza sus límites». Sólo unos meses antes, durante la crisis de Fritsch, le había dicho a Halder que «conspiración y motín no existen en el vocabulario del oficial alemán». Ahora su actitud estaba cambiando. De repente, no se trataba sólo de la oposición a la política exterior y de seguridad, sino que también se debía controlar el régimen de terror de la Gestapo. Si era posible liberar al Führer de los radicales nazis, se autoconvenció Beck, se podía y debía implantar una reforma total en Alemania. Conmocionado por sus reflexiones, Beck comunicó a los generales lo esencial de su nuevo programa: «Por el Führer; contra la guerra; contra el gobierno de los funcionarios del partido; paz con la Iglesia; libertad de expresión y el final del terror al estilo de la Checa [policía secreta soviética]; [...] restauración del imperio de la ley; terminar con la construcción de palacios; viviendas para la gente común; decencia y sencillez prusianas».[11]

Atrapado en su idealismo, Beck no fue capaz de entender que el Führer era la fuerza motriz detrás de los males que describía. Como otros muchos, su educación política se cobró el precio de un golpe personal devastador. El 4 de agosto, presentó un discurso antibélico al general Brauchitsch, que debía pronunciar ante los principales generales. Brauchitsch también comprendía que una guerra mundial sería desastrosa para Alemania. Al principio, aceptó el plan de Beck, pero finalmente se echó atrás en el último momento. No utilizó el nuevo discurso, mucho más crítico, sino que leyó el viejo memorando de Beck del 16 de julio. Los generales, excepto Reichenau y Busch, lo aceptaron en principio, pero se negaron a tomar medidas prácticas. Hitler, que estaba cansado de los memorandos tediosos e

interminables de Beck, estuvo considerando seriamente su cese. El jefe del Estado Mayor evaluó perfectamente su posición y dimitió el 18 de agosto. Como su sucesor recomendó al general Franz Halder, cuyas críticas al régimen eran mucho más radicales que las suyas. Ya fuera o no gracias a la recomendación de Beck, Halder fue nombrado por Hitler como nuevo jefe del Estado Mayor.[12]

Beck estaba profundamente decepcionado con sus compañeros de armas. «Brauchitsch me [ha] dejado en la estacada», afirmó disgustado. Los jefes de la Wehrmacht no eran más que «mediocres, idiotas y criminales», y Hitler no era mucho mejor. El régimen nazi, le confesó a Halder, no será capaz de reformarse. En otro comentario, declaró que nunca participaría en «guerras aventureras nacionalsocialistas».[13] El hombre que se negó a rebelarse para proteger a su amigo y superior durante la crisis de Fritsch había sufrido un cambio al verse expuesto al aventurismo de Hitler en los Sudetes.

El teniente coronel Oster se dio cuenta de que Beck estaba listo para una mutación revolucionaria. Oster visitó una y otra vez a Beck en la Goethestrasse, escribió Nicholas Reynolds, «animando, suplicando, persuadiendo. Si se puede decir que un hombre reclutó a Beck para la resistencia, fue Oster».[14]

Ahora, relevado del mando, Beck se sentía finalmente libre para reflexionar sobre su vida anterior y sus principios. Dedicó la mayor parte de su tiempo a la historia militar y se inclinó cada vez más hacia Oster, Gisevius y Goerdeler. Al cabo de unos pocos meses, en 1939, admitió que no había elección, y que el golpe de Estado podría ser la única vía. Parece que la palabra *motín* había entrado en el vocabulario del oficial alemán. Se había completado la mutación revolucionaria de Beck.

No está claro si Beck dio su consentimiento a los planes de golpe que se estaban preparando en secreto en esta época. Clandestinamente, el general Halder mantuvo largas conversaciones con los jefes de la conspiración y cerró un acuerdo confidencial con el teniente coronel Oster: en cuanto

Hitler ordenase al Ejército invadir Checoslovaquia sería el momento para llevar a cabo el golpe de Estado.[15]

5
El pájaro y su jaula: el primer intento de golpe de Estado, septiembre de 1938

Septiembre de 1938 fue un mes tormentoso en Europa. La crisis de los Sudetes alcanzó su punto culminante y la tensión entre Alemania, Inglaterra y Francia iba escalando con cada día que pasaba. El miedo a la guerra se extendía por todo el continente. No obstante, los conspiradores estaban muy esperanzados. El 5 de septiembre parecía que su golpe estaba a punto de desencadenarse. Las esperanzas radicaban principalmente en el nombramiento del general Franz Halder —conocido por sus sentimientos antinazis— como jefe del Estado Mayor. Hans Oster, el principal estratega y enlace de la camarilla de la resistencia, estaba seguro de que el nuevo jefe sería un socio de mayor confianza que su dubitativo predecesor, el general Beck. Halder, al fin y al cabo, parecía decidido a evitar a cualquier precio una guerra en el continente, porque estaba convencido de que dicha guerra significaría el fin de Alemania. Por eso, Oster esperaba que un movimiento contra la guerra se convertiría en una revuelta generalizada contra Hitler y el régimen nazi. Gisevius no estaba tan seguro:

> Cuando llamé al timbre del apartamento de Halder, el dueño de la casa abrió la puerta en persona. Ni siquiera un jefe del Estado Mayor podía estar seguro de la fidelidad de sus sirvientes. Evitó las frases de compromiso habituales y los circunloquios alusivos y se centró directamente en el asunto. Durante muchas horas hablamos con lo que me parecía una franqueza tan singular que involuntariamente pensé: «¿Este hombre es el general?». [...]. Mi sorpresa fue mayúscula al conocerle, delante de mí estaba sentado un maestro de escuela gris y con gafas, el cabello peinado hacia atrás, con unos rasgos tensos en un rostro inexpresivo [...]. La impresión de conjunto que me dio fue la de lo que llamamos un «hombrecito». «Hitler había escogido a un funcionario obediente», pensé, y no comprendía cómo los demás podían creer que estuviera decidido y dispuesto a actuar.[1]

Gisevius se sintió agradablemente sorprendido al descubrir que las apariencias engañaban. Oyó al general atacar a Hitler de manera mucho más radical de la que él hubiera utilizado para expresarse nunca. Cuando, por ejemplo, Gisevius planteó la posibilidad de que las malas acciones de Hitler estuvieran motivadas menos por su personalidad y más por la dinámica inevitable de la revolución, Halder lo cortó en seco: «Ese loco, ese criminal», dijo, «está conduciendo de forma consciente a Alemania hacia la guerra, posiblemente porque su «“constitución sexualmente patológica” le genera el deseo de ver correr la sangre».[2] Halder le dejó muy claro que estaba decidido a evitar la guerra por todos los medios e incluso llamó «sanguinario» al Führer. Aun así, Gisevius y él no se pusieron de acuerdo sobre el momento. Gisevius, quizá expresando la postura de Oster, presionó a Halder para que ordenara un golpe inmediato. Le prometió a Halder el apoyo de altos mandos de la policía y de la Wehrmacht.

Halder seguía sin estar convencido y se tomó las promesas y predicciones de Gisevius con un escepticismo comprensible. Le recordó al más joven que el Ejército se encontraba en una posición difícil e insistió (acertadamente) en que la mayoría de los soldados y oficiales jóvenes apoyaban al Führer. No, no se podía desencadenar un golpe aquí y ahora. Sólo se podría llevar a cabo cuando el régimen hubiera sido vencido o al menos humillado por una potencia extranjera. Como la mayoría de los oficiales creían que la guerra sería desastrosa, Halder veía el desencadenante en una declaración de guerra franco-británica. En ese caso, el Ejército podía derrocar a Hitler y el público lo podría apoyar como el

salvador de la paz. Al fin y al cabo, muchos alemanes seguían recordando los horrores de la Gran Guerra y sólo el temor a un nuevo conflicto europeo podría liberarlos del hechizo de Hitler. Por eso, Halder llegaba a la conclusión de que retrasaría la orden del golpe hasta el último instante antes de la guerra. Gisevius fue a ver a Oster algo decepcionado, de manera que se sorprendió al oír que Halder había dado instrucciones a los conspiradores para que planearan el golpe hasta el último detalle. Cuando Hitler ordenase al Ejército que invadiera Checoslovaquia, Halder daría las órdenes pertinentes. En lugar de Praga, la Wehrmacht marcharía hacia Berlín.[3]

Mientras tanto, la política exterior nacionalsocialista seguía adelante a toda máquina y la invasión de Checoslovaquia estaba cada vez más cerca. El 3 de agosto, el ministro de Asuntos Exteriores Ribbentrop escribió con total convicción a todos los embajadores del Reich en Europa que «ninguna tercera parte será tan atrevida como para atacar a Alemania». Dicho documento indica que Hitler y sus colaboradores más cercanos no temían la intervención de Gran Bretaña, Francia o la Unión Soviética. Creían que Checoslovaquia estaba aislada y sería una presa fácil.[4]

Oster, Goerdeler y Gisevius no estaban de acuerdo. Confiaban en Inglaterra y Francia. Según su razonamiento político, Francia no podía abandonar a su aliado checoslovaco, porque dañaría gravemente su reputación en Europa. También estaban seguros de que Gran Bretaña, consciente del equilibro de poder, no permitiría que Hitler dominase Europa central. Hjalmar Schacht, director del Reichsbank y un estrecho colaborador de Oster y Gisevius, alardeaba de sus conocimientos sobre la política exterior británica. Prometió a sus socios que Gran Bretaña no permitiría nunca que Hitler ocupase libremente los Sudetes.[5] Los conspiradores sabían que sólo un categórico «no» británico a Hitler, respaldado por la fuerza de las armas, podía impulsar a Halder a desencadenar un golpe. Pero Oster no estaba dispuesto a esperar la colaboración británica. Intentó garantizarla enviando a sus propios emisarios a Londres para informar a

Downing Street del golpe potencial. Sabía que eso era traición y que los emisarios serían castigados con la pena de muerte. Aun así, estaban dispuestos a correr el riesgo.[6]

El primer voluntario fue Carl Goerdeler. Después de sus problemas con los nazis en Leipzig, las autoridades sospechaban de sus intenciones y al principio se negaron a concederle el pasaporte. Goerdeler superó el obstáculo con un ardid: le prometió a Göring que le enviaría informes sobre la opinión pública en Gran Bretaña y Francia. Esto ocultaba la verdadera naturaleza de su misión: avisar a los círculos dirigentes en Gran Bretaña de que Hitler se preparaba para la guerra y de que cualquier intento de apaciguarlo sería en vano.[7]

Con la ayuda financiera de amigos y benefactores ricos, Goerdeler pudo viajar libremente por Europa y más allá. En Gran Bretaña, tuvo que enfrentarse a una sofisticada maquinaria propagandística nacionalsocialista, que difundía por todo el mundo una visión brillante de una nación alemana nueva y amante de la paz. La hija de Goerdeler, Marianne Meyer-Krahmer, recordaba muchos años después:

> Los nacionalsocialistas eran unos maestros de la propaganda. La «juventud mundial» fue invitada a un gigantesco «festival de la paz en Berlín» [los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936]. Llegaron cientos de dignatarios que honraron no sólo al deporte, sino también al Führer del país anfitrión. Uno de los equipos incluso saludó a los líderes en el palco con un «Heil Hitler». El partido había organizado muy bien los juegos y el acontecimiento fue realmente espléndido, con proyectores que iluminaban el cielo y la primera villa olímpica construida en Berlín, como lugar de encuentro de los atletas de todo el mundo [...]. Las reacciones fueron especialmente positivas. Al regresar a sus países, los atletas expresaron con entusiasmo sus impresiones de la «Nueva Alemania» —calles limpias, relaciones sociales estables, gente feliz—, que era la imagen que se quería ofrecer a través de ellos. La prensa también informó favorablemente [...]. La gente no quería saber o sospechar que detrás de la imagen brillante se ocultaba el crimen y la barbarie.[8]

Por eso, Goerdeler tuvo que medir sus pasos con cuidado. Aun así, no sólo avisó a sus interlocutores británicos de la política exterior de Hitler, sino que también se preocupó por difundir la violencia y el terror del régimen dentro de las fronteras alemanas. Al hacerlo tenía la esperanza de convencer a sus interlocutores de que Hitler no era un político legítimo con

el que se podía negociar, sino un adversario peligroso con el que no era posible ningún compromiso.

Goerdeler había visitado Gran Bretaña en junio de 1937 y había pronunciado un discurso en el National Liberal Club de Londres. Su anfitrión, el industrial Arthur Young, refirió más tarde:

> Goerdeler nos impresionó a todos con su personalidad fuerte, divertida y agradable; un soberbio coraje moral dominaba al hombre. No nos dejó ninguna duda sobre las maldades que Hitler y sus colaboradores estaban haciendo y seguirían haciendo cada vez a mayor velocidad si no se les ponía ningún obstáculo. Creía que Gran Bretaña podía imponer dichas limitaciones si se aplicaba con mayor fuerza en sus negociaciones con Hitler y sus colaboradores. Pidió con gran seriedad una política más firme en el trato con Hitler porque era lo único que Hitler entendería sin ninguna duda; y la única política que podría retrasar sus malvadas intenciones. Debemos ser firmes en todas nuestras acciones y llamar al «pan, pan y al vino, vino», según sus palabras. Cualquier equivocación o apaciguamiento sería interpretado como debilidad; inflamaría las tendencias megalómanas de Hitler; y desanimaría a las fuerzas liberales en Alemania, que no albergan ninguna ilusión en el régimen de Hitler y que, según planteaba Goerdeler, estaban ansiosas por colaborar con nosotros para encontrar una solución al problema de Hitler.[9]

Uno de los invitados a la cena era un político británico que había gestionado una reunión privada de Goerdeler con Sir Robert Vansittart, subsecretario del Foreign Office y uno de los oponentes más acérrimos a la política de apaciguamiento con Alemania. Vansittart acordó aceptar un memorando de Goerdeler y entregarlo al gabinete, pero ahí quedó el asunto. El ministro de Asuntos Exteriores Anthony Eden rechazó el memorando porque sentía una profunda desconfianza hacia los conspiradores alemanes. Como otros muchos estadistas británicos, era reticente a colaborar con políticos subversivos de otros países, cuyos motivos e intenciones no le quedaban claros. En consecuencia, el Gabinete de Su Majestad nunca tuvo noticias de la visita de Goerdeler.

En abril de 1938, cuando la crisis de los Sudetes se encontraba aún en sus fases iniciales, Oster ya estaba empezando a planificar un golpe de Estado con sus colaboradores. Goerdeler fue enviado de nuevo a Londres para conseguir de los británicos una garantía de firmeza contra Hitler, viajando esta vez con su esposa y su hija. No obstante, no las acompañó a sus excursiones a Kew Gardens, el Museo Británico y el Palacio de

Buckingham. En su lugar se reunió de nuevo con políticos británicos, repitiendo sus advertencias sobre las intenciones reales del Führer. En esta ocasión también planteó el tema de los judíos alemanes, cuyo trato terrible había presenciado en persona como alcalde de Leipzig. Afirmaba que los británicos debían boicotear a todos los líderes nazis hasta que revirtieran su política antijudía. Como describe Young: «X [Goerdeler] teme una catástrofe. Se siente profundamente perturbado porque aún no hay ninguna prueba de una reacción firme de las democracias, de la prensa, de la Iglesia y en el Parlamento contra la persecución bárbara, sádica y cruel de 10.000 judíos polacos en Alemania. Estas pobres criaturas son conducidas como animales salvajes, con ametralladoras a sus espaldas, hacia Suiza atravesando el Rin y al otro lado de la frontera polaca. Se trata de 10.000 personas sin esperanzas».[10]

Desesperado, Goerdeler incluso estableció contacto con el líder sionista Chaim Weizmann, el futuro primer presidente de Israel, y le envió un memorando con expresiones muy fuertes y una «exposición detallada de la situación en Alemania». Weizmann quedó conmocionado e intentó compartir el documento con el primer ministro Chamberlain:

> Le mostré el documento a un amigo en el gabinete y le pedí que se lo diese al señor Chamberlain para que lo leyera. Fracasó. Entonces fui a ver a Sir Warren Fisher, un responsable del Servicio Civil, íntimo amigo del señor Chamberlain, con un despacho adyacente al suyo en Downing Street. Le mostré el documento y le expliqué que sin lugar a dudas Herr Gördler [*sic*] había arriesgado su vida muchas veces para reunir la información que contenía. Sir Warren Fisher abrió un cajón y me mostró una copia exacta del documento. «Lo tengo», me explicó, «desde hace diez días y he intentado una y otra vez que el señor Chamberlain le echase un vistazo. Sin éxito.»[11]

La misión de Goerdeler terminó en fracaso. La aceptación de sus demandas habría significado un cambio radical en la política de apaciguamiento británica, lo que era impensable desde el punto de vista de Chamberlain.[12] El primer ministro quería por encima de todo evitar la guerra, debido tanto a su rechazo moral al derramamiento de sangre, como a una evaluación práctica de la deficiencia del poder militar británico. También confiaba en la opinión profesional de los jefes de Estado Mayor de

que lo más probable era que Gran Bretaña perdiese si se veía obligada a enfrentarse con Alemania.[13]

Otro problema era el nacionalismo de Goerdeler. En sus conversaciones con Sir Robert Vansittart, por ejemplo, por un lado, insistía en que los Sudetes eran un territorio alemán que debía incorporarse al Reich. Por el otro, imploraba a los británicos firmeza contra el intento de Hitler de anexionarlo por la fuerza. Esto era incomprensible para los británicos. Si los Sudetes debían formar parte de Alemania, ¿por qué no entregárselos a Hitler? ¿Por qué dar un giro radical a la política, corriendo el riesgo de apoyar a un grupo de conspiradores, cuya efectividad aún no se había demostrado, para relacionarse con un régimen nuevo y encontrarse con las mismas exigencias? Alexander Cadogan, subsecretario en el Foreign Office, escribió en su diario que las peticiones de Goerdeler debían rechazarse porque eran demasiado parecidas a las de *Mein Kampf*.[14] El argumento desesperado de Goerdeler de que, para Hitler, los Sudetes sólo eran una excusa para una mayor expansión territorial, también fue rechazado. La creencia de que Hitler era un político racional, aunque radical, con el que se podía llegar a acuerdos fue, al final, la clave del apaciguamiento.

Tras el fracaso de Goerdeler, Oster y sus colegas enviaron más emisarios, que se encontraron con la misma respuesta. Ewald von Kleist-Schmenzin, que llevaba la información más valiosa sobre el golpe, salió para Londres el 18 de agosto, cuando los conspiradores ya estaban planificando las operaciones militares. A diferencia de Goerdeler, que había realizado afirmaciones más generales, Kleist les dijo explícitamente a los británicos que la revuelta militar estaba en marcha y que representaba a importantes generales del Estado Mayor. Según él, todo dependía del Gobierno de Su Majestad. Si se mantenía firme, Hitler caería.[15] Ian Colvin, el periodista británico amigo de Kleist, le consiguió reuniones con importantes detractores del apaciguamiento, entre ellos Vansittart y Churchill. Pero Vansittart ya era un funcionario marginado con escasa influencia y

Churchill aún era un diputado conservador del montón. El primer ministro Chamberlain también se reunió con Kleist, el 19 de agosto, pero no lo tomó en serio. Además de las consideraciones que se han mencionado con anterioridad, para él la interferencia en los asuntos internos de otro país quedaba totalmente descartada: «Reconozco que Von Kleist está violentamente en contra de Hitler y que está muy ansioso por animar a sus amigos en Alemania para que intenten derrocarlo [...]. Creo que debemos tomar con muchas reticencias lo que dice».[16]

Mientras tanto, Oster seguía presionando a Halder. El 12 de agosto (o el 26, según la versión de Halder), los conspiradores se reunieron de nuevo con el jefe del Estado Mayor. La resistencia estaba representada por Gisevius y Schacht. Pero esta reunión fue mucho menos agradable que la primera, según contaba Gisevius: «La entrevista fue tormentosa. Desde el principio se estableció cierto ambiente de desconfianza. Schacht y yo tuvimos la nítida sensación de que Halder no era tan valiente como unas semanas antes. Por alguna razón estaba buscando una línea de retirada [...]. Estaba claro que el jefe de Estado Mayor intentaba convencernos de que todo acabaría saliendo bien al final, que las Potencias Occidentales podían darle a Hitler vía libre hacia el este».[17]

El 12 de agosto, los conspiradores tuvieron que enfrentarse a la debilidad fundamental de su red. Para ejecutar un golpe, debían obtener la aprobación de Halder, que en realidad nunca fue uno de los suyos. Para conseguir su aprobación, era necesaria una colaboración británica sustancial. Así, los conspiradores dependían por completo de dos factores de poder principales que quedaban fuera de su control: debían convencer a los británicos para que cambiasen radicalmente su política exterior, y debían presionar a un Halder dubitativo para que actuase. La red de la resistencia en 1938 era un pequeño círculo de amigos, nada más. Esto tenía muchas ventajas, entre ellas una atmósfera de confianza, crucial en este tipo de empresas, y una seguridad relativa frente a los informadores de la Gestapo. La desventaja principal era que, para tener éxito, la camarilla de la resistencia debía confiar en que elementos externos, tanto en Berlín como

en Londres, actuasen exactamente como les pedían. Y estos personajes externos, en ambas capitales, tenían preocupaciones mucho más urgentes que satisfacer los deseos de un grupo pequeño de conspiradores alemanes.

Una solución parcial a este problema fue para los conspiradores subir la apuesta y ampliar el círculo de iniciados. En particular, Oster estaba interesado en incorporar a generales más dispuestos a colaborar: jefes militares que no fueran simplemente socios cautelosos, como Halder, sino miembros de pleno derecho de la conspiración. Dichos generales podían tener fuerzas militares bajo su mando directo y, si eran cercanos a Halder, podían aumentar la presión sobre el jefe de Estado Mayor. No obstante, el problema de la dependencia total de la política exterior británica no se modificó, de manera que era difícil imaginar una revuelta sin Halder, que dependía completamente de la firmeza británica contra Hitler. Por eso, sobre la cuestión británica los conspiradores no tenían más remedio que esperar lo mejor.

De hecho, consiguieron incorporar a más generales. Uno de los ayudantes de Halder en el Estado Mayor, el general Carl-Heinrich von Stülpnagel, se convirtió en un miembro y fue leal hasta el final. Además, Oster fue capaz de reclutar a su superior directo, el almirante Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr, y al teniente general Georg Thomas, de la sección económica del Estado Mayor. Los tres aceptaron colaborar por completo, pero ninguno de ellos tenía tropas bajo su mando directo.[18]

Por eso resultaba urgente conseguir un comandante de campo para asegurar la presencia de tropas leales en la capital. Con este fin, Oster y Gisevius habían puesto el ojo en el comandante del distrito de defensa del Gran Berlín, el general Erwin von Witzleben, que era conocido por su hostilidad al régimen. En conversaciones con otros oficiales, se negó con frecuencia a reconocer a Hitler como el Führer, llamándolo en su lugar «vuestro jefe» o «Adolf».[19] Para sondear la situación, Oster acordó un encuentro entre el general y Gisevius. La conexión entre los dos hombres fue instantánea:

> Witzleben era un hombre agradablemente sencillo. No tenía la tendencia al tipo de finura política que era tan apreciada por generales burócratas como Halder. El comandante de Berlín era el típico general del frente, que tenía el corazón en el lugar correcto. Probablemente no tan leído y desde luego sin inclinaciones hacia las bellas artes, aun así era un hombre con raíces firmes en las tradiciones caballerescas del viejo cuerpo de oficiales prusiano. Le gustaba la vida en el campo y era un apasionado de la caza; no tenía nada de maestro de escuela, como ocurría con nuestro jefe de Estado Mayor. Oster sólo tuvo que insinuar la delicadeza del tema que tenían entre manos. Witzleben lo comprendió enseguida y se puso incondicionalmente a nuestra disposición.[20]

¿Incondicionalmente? En realidad no. La estima poco habitual mostrada por Gisevius a Witzleben,[21] que normalmente despreciaba a los generales, no puede esconder el hecho de que incluso el más antinazi de los generales supeditaba su participación, al igual que Halder, a que Gran Bretaña y Francia mantuvieran una actitud firme frente a Hitler. La diferencia real entre Halder y Witzleben radicaba más en su actitud básica ante la cuestión del golpe de Estado. Para Halder, una guerra inminente que Alemania no podía ganar era la razón para el golpe. Para Witzleben, la guerra era el desencadenante que hacía posible un golpe. Witzleben sería leal a la resistencia hasta el amargo final. Los conspiradores sabían que, a diferencia del precavido y sofisticado Halder, se podía creer y confiar en Witzleben. A principios de septiembre, se celebró una primera reunión. Witzleben visitó la propiedad campestre de Schacht, que iba a dirigir el gobierno civil después del golpe de Estado planeado.[22] El comandante de Berlín asistió con uno de sus oficiales, el comandante de la División Potsdam, el teniente general Walter von Brockdorff-Ahlefeldt. Al igual que su superior, era un antinazi y estaba totalmente comprometido con los conspiradores. Después de la reunión, Witzleben empezó a trabajar en la planificación militar de la revuelta e intentó ganarse a más participantes que tuvieran más tropas bajo su mando. En cierto sentido, Witzleben llenó un vacío crucial en la red de la conspiración. Hasta entonces, la camarilla de Berlín estaba formada principalmente por oficiales de inteligencia y de Estado Mayor, cuyos círculos de confidentes se superponían. Witzleben los conectaba con un mundo completamente nuevo: el de los comandantes de campo del Gran Berlín. A través de él, los conspiradores podían aportar fuerzas militares que de otra manera estaban totalmente fuera de su alcance.

Witzleben, que le habló abiertamente a Halder de su implicación, tenía dos apoyos principales en Berlín: el teniente general Brockdorff, mencionado antes, que se suponía que debía dirigir el levantamiento en Berlín, y el general de división Paul von Hase, de rango inferior pero que tenía más tropas a su disposición. Otro aliado era el teniente general Erich Hoepner, al mando de una división blindada en Turingia. Witzleben comprendía que para una revuelta militar las unidades de infantería no eran suficiente. En Berlín eran necesarios tanques para proteger a los conspiradores en la capital. Según una versión, la tarea de Hoepner era bloquear los refuerzos de las SS que acudieran a Berlín desde Múnich. Según otra, que parece más plausible, debía trasladar sus tanques al norte para apoyar a los conspiradores en la ciudad de Berlín.[23]

Mientras tanto, Hitler seguía conspirando contra Checoslovaquia. Parece que no sospechaba por el momento que se estaba planeando un golpe en los círculos del alto mando militar. Decidido a ocupar los Sudetes e incluso más territorio checo, con o sin el consentimiento británico y francés, había informado a principios de septiembre a Keitel y Brauchitsch sobre los planes de invasión. El inicio de la operación estaba previsto para un mes después. Los líderes checoslovacos fueron intimidados. El 7 de septiembre, el presidente Edvard Beneš reunió a los líderes de los Sudetes y les prometió que satisfaría completamente sus exigencias. «¡Dios mío», exclamó uno de ellos, «nos lo está dando todo!»[24] Pero los nazis, que estaban ansiosos de un enfrentamiento militar, se volvían cada vez más belicosos. Las acusaciones alemanas contra Checoslovaquia alcanzaron un nivel nuevo y los titulares de Goebbels divulgaban horrendas atrocidades checas contra los alemanes de los Sudetes. El 10 de septiembre, en una especie de calentamiento macabro del discurso trascendental de Hitler en la reunión del partido en Núremberg, Göring explotó contra Checoslovaquia: «Una astilla de una nación, de orígenes desconocidos, está reprimiendo continuamente a un pueblo culto [...] sabemos quién está detrás de todo esto: Moscú y el diablo judío-bolchevique».[25]

El periodista americano William Shirer, que pasó estos días frenéticos en Praga, se reunió con el alicaído Edvard Beneš, que era muy consciente de que lo estaban arrinconando. En realidad, Checoslovaquia tenía un ejército fuerte y decidido, fortificaciones y una fuerza aérea moderna, pero tenía dudas sobre si podría resistir un asalto del Reich alemán. Más aún, después de la anexión de Austria, el imperio de Hitler rodeaba a los checos por tres lados. Shirer escribió que la estación de ferrocarriles y el aeropuerto «estaban llenos de judíos que se afanaban desesperadamente para encontrar transporte hacia algún lugar más seguro».[26]

Neville Chamberlain, aferrándose a su política de apaciguamiento, seguía teniendo la esperanza de conseguir un compromiso razonable. El 14 de septiembre, llegó al despacho de Hitler una carta urgente desde Downing Street: «En vista de una situación cada vez más crítica propongo ir a verlo de inmediato con la intención de buscar una solución pacífica. Propongo acudir en avión y estoy dispuesto a partir mañana. Por favor, indíqueme la primera hora disponible para recibirme y sugiera un lugar para el encuentro. Le agradeceré una respuesta inmediata».[27]

Theo Kordt, un agregado en la embajada alemana en Londres y agente residente de la resistencia, había fracasado en sus intentos de avisar a los británicos sobre las «verdaderas intenciones» de Hitler y de convencerles de que apoyasen la conspiración. En Berlín, su hermano Erich informó a sus cómplices de que Chamberlain había propuesto encontrarse con Hitler de inmediato para resolver el problema de los Sudetes. También les puso al día sobre la postura del primer ministro. Oster y sus amigos, que empezaban a desesperarse con Gran Bretaña, creía saber cómo reaccionaría su Führer. Algunos de ellos, al menos, pensaban que estaba tan dominado por la megalomanía que rechazaría todas las propuestas británicas, por muy moderadas que pudieran ser.

Por eso podemos imaginarnos su pavor cuando Hitler aceptó la propuesta de Chamberlain y se ofreció a encontrarse con él en Berchtesgaden, en su chalet palatino en los Alpes bávaros. No obstante, en la reunión el Führer mantuvo su actitud beligerante. No toleraría ninguna

violencia contra la población de los Sudetes. En cualquier caso, su intención era solucionar el problema de una manera u otra.[28] Alemania debía anexionarse el territorio en disputa. No había otra solución posible.

El primer ministro británico adoptó de nuevo un punto de vista indulgente y pacífico. La guerra, que temía tanto moralmente como en la práctica, llamaba a la puerta. Chamberlain intentó ganar tiempo, diciéndole a Hitler que antes de aceptar sus demandas debía consultar con su gabinete. El Führer, seguro de que Gran Bretaña no movería un dedo por Checoslovaquia, se sintió reforzado en su creencia. Había llegado el momento de subir las apuestas, como se señala en una circular enviada por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán:

> El Führer le dijo ayer a Chamberlain [...] que su decisión es poner fin de inmediato, de una manera u otra, a la situación intolerable en los Sudetes. No habrá más discusiones sobre una autonomía para los alemanes de los Sudetes, sólo su anexión al Reich. Chamberlain ha dado su consentimiento personal. Ahora está consultando con el gabinete británico y sigue en contacto con París. Una segunda reunión entre Chamberlain y el Führer está planificada para los próximos días.[29]

Los conspiradores no conocían aún este último giro de los acontecimientos. Desconocedores durante algún tiempo de las conversaciones entre Hitler y Chamberlain, seguían confiando en que los británicos no se rindieran ante las exigencias nuevas y más radicales presentadas en Berchtesgaden.

Durante las dos semanas siguientes, entre el 15 y el 29 de septiembre, tuvo lugar una planificación frenética, bordeando el pánico, tanto a nivel político como militar. Las dos cuestiones principales seguían abiertas. La primera se centraba en el nuevo régimen después del derrocamiento del nacionalsocialismo. El general Halder, siempre puntilloso al señalar las dificultades, estaba profundamente preocupado por lo que veía como una negligencia de los conspiradores en este tema crucial: «El golpe y el asesinato que eliminarán a Hitler son sólo la parte negativa. Cualquier

persona interesada en el destino de su nación también debe preocuparse de la parte positiva. ¿Qué ocurrirá después? Nadie me ha dicho nada sobre esto. A los soldados sólo se les pide que "limpien el lugar", como si fueran criadas, pero, después ¿qué quedará en la habitación? No he oído nada sobre esto, ni por parte de Beck ni de Goerdeler. Ésa era la debilidad decisiva del movimiento de resistencia en su conjunto».[30]

Pero la mayoría de los conspiradores estaban de acuerdo al menos en algunas ideas básicas. Después del derrocamiento de Hitler, el país quedaría gobernado por una dictadura militar durante un periodo de transición corto, seguido de la restauración del gobierno de la ley. Las SS y la Gestapo serían declaradas ilegales y poco después se celebrarían unas elecciones según las reglas de la antigua constitución de Weimar. Schacht incluso llegó a mencionar un gobierno parlamentario en algún momento, aunque la mayoría de los conspiradores favorecían un régimen autoritario, quizás incluso una restauración de la monarquía.

Una segunda cuestión, no menos urgente, era el destino personal de Hitler. En esto los conspiradores no estaban de acuerdo. Halder se oponía con firmeza a un asesinato (quizá porque temía una nueva leyenda de la «puñalada por la espalda» que lo estigmatizase como un asesino) y en su lugar proponía arrestar al Führer y someterlo a un juicio público. Goerdeler, que se oponía al asesinato por motivos religiosos, probablemente también apoyaba la opción del juicio público. Hans von Dohnanyi, un jurista antinazi y conspirador destacado de la Abwehr, había estado reuniendo durante años documentos incriminatorios contra los nazis, y prometió publicarlos después del golpe. Dohnanyi tenía un plan ligeramente diferente: establecer un comité médico que declarase loco a Hitler y ordenase que se le recluyera en una institución mental.[31] Pero algunos de los conspiradores tenían una visión diferente. Comprendían que el carisma de Hitler era el cemento que mantenía unido al Tercer Reich y que mientras siguiera vivo el nazismo sobreviviría. Por eso, esbozaron un nuevo plan: una «conspiración dentro de la conspiración» para asesinar a Hitler durante las operaciones militares sin el conocimiento de Halder.

El iniciador del plan fue el teniente coronel Hans Oster, el fundador de la resistencia militar y uno de los conspiradores más radicales. Como estaba ocupado con la planificación general del golpe, dejó los detalles operativos a dos de sus agentes más jóvenes, Friedrich Wilhelm Heinz y Franz Maria Liedig. Estos oficiales jóvenes, luchadores ardientes de la resistencia y antiguos miembros de la milicia derechista del Freikorps, estaban preparados para hacer cualquier cosa a fin de acabar con el régimen. Heinz empezó su carrera como un destacado terrorista durante la República de Weimar y se convirtió en un esbirro nazi fanático. No obstante, durante la década de 1930 fue expulsado del Partido Nacionalsocialista y volvió su celo revolucionario contra el nuevo régimen. Los métodos que defendía seguían siendo los mismos: el régimen sólo podía cambiar a través de la violencia, el terror y los asesinatos. A diferencia de la mayoría de los miembros de la camarilla de Oster —funcionarios civiles leales que se habían integrado en la resistencia después de muchas dudas y recelos—, Heinz era un revolucionario nato. Para él la clandestinidad era una forma de vida.

Oster estuvo en contacto con Heinz y Liedig durante el mes de septiembre y aproximadamente hacia el día 10 ordenó a Heinz que formase una tropa de choque de elite. El «Comando Heinz», con un total de cincuenta a sesenta hombres, se reunió a una velocidad de vértigo y Oster armó a sus miembros con suministros de la Abwehr. Supervisado por oficiales de la Abwehr, reunía de todo: civiles armados, activistas de derechas con pasado revolucionario, líderes estudiantiles y soldados. Alrededor del 15 de septiembre, se formó finalmente la unidad y se desplegó en pisos francos por todo Berlín en espera de una señal de Oster. Su tarea era arrestar a Hitler y a los jefes nazis después de que las tropas de Witzleben tomasen la capital. Heinz y Liedig, con el consentimiento de Oster, planeaban matar a tiros a Hitler durante la operación con el pretexto de que pretendía escapar al arresto. (Irónicamente, muchas personas en el Tercer Reich murieron por la misma razón.)[32]

La mayoría de los historiadores creen que sólo tres personas estaban al corriente del complot: Oster, Heinz y Liedig.[33] No obstante, un documento raro descubierto en los archivos del Ejército de los Estados Unidos en Carlisle, Pensilvania, indica que Witzleben también conocía el plan y le daba su apoyo. Ursula von Witzleben, una pariente del general, recordaba que el 12 de septiembre su marido y ella fueron invitados por Erwin y su esposa a una fiesta privada:

> Era un día desagradable: frío, lluvioso y ventoso. Después de tomar el té, me pregunté por qué mi primo [Erwin] decidió dar un paseo por el parque del Estado Mayor en la Kurfürstenstrasse [...]. Alrededor de las seis, la plaza estaba llena de gente. Oficiales, soldados y suboficiales pasaban a nuestro lado, a una distancia que les permitía, al menos en parte, oír nuestra conversación. Entonces mi primo giró hacia un camino estrecho en el parque y se detuvo [...]. «No podemos hablar en el apartamento porque creo que está lleno de micrófonos.» Entonces me miró y prosiguió: «Lo que te voy a decir ahora requiere una gran confianza y responsabilidad por tu parte [...]. Hitler tiene que irse, porque la jefatura del Ejército no puede estar de ninguna manera de acuerdo con poner en práctica sus planes grandiosos [...]. Iré a su despacho, hablaré con él de hombre a hombre, como un comandante responsable, y le diré que no hay liderazgo...». Me alarmé porque el plan era imposible. En consecuencia, sólo fui capaz de decirle a mi primo lo siguiente: «Me temo que no comprendes la situación. Ya no eres un general ligado a un rey prusiano. Vas a ir a ver a Adolf Hitler. Podrás entrar en el despacho del canciller, pero no saldrás vivo». Mi primo me miró y me dijo: «Los demás creen lo mismo y por eso sólo tenemos una opción: el asesinato». «¿No hay otra manera?», le pregunté. «No», me respondió. «Hitler quiere la guerra, la provoca, y ése será el fin de Alemania.»

Aquí Witzleben añadió un comentario profético:

> El pueblo tendrá que llevar una carga de culpa colectiva, pero no serán capaces de entenderla y no serán capaces de soportarla.[34]

Así que parece que Witzleben conocía el plan de Heinz y lo aprobaba, aunque no sin reservas. Para él, así como para Oster y Gisevius, estaba claro que cualquier posibilidad de éxito requería una planificación militar meticulosa. Gisevius, por su parte, estaba trabajando para obtener colaboración policial, para lo que confiaba en el apoyo de dos viejos amigos: el comandante de la policía de Berlín, el conde Wolf von Helldorff, y su homólogo de la policía criminal del Reich, el coronel de las SS Arthur Nebe.

Estos oficiales de policía tenían un amplio pasado de crímenes nazis. Helldorff, un antiguo jefe de las SA y «viejo combatiente» nacionalsocialista, se ganó fama de vividor y de comandante de policía corrupto y codicioso. Durante la década de 1930, fue responsable de la violencia incesante y la extorsión contra los judíos. Colaborador muy cercano de los máximos responsables nazis, solía alardear de su relación con el ministro de Asuntos Exteriores Ribbentrop.[35] A pesar de eso, en 1938 empezó a buscar alternativas. Las razones no están claras, pero a partir de ese año se unió a los conspiradores y no los abandonó. En esta ocasión, prometió a Oster que los policías se mantendrían como mínimo neutrales en caso de que se produjera el golpe.[36]

Al igual que Helldorff, Arthur Nebe, jefe del departamento de policía criminal del Reich, era y sigue siendo un misterio sin resolver. Era comandante de las SS y fue cómplice de los crímenes más abominables del régimen nazi. Entre junio y noviembre de 1941 fue responsable del Einsatzgruppe B, uno de los escuadrones de la muerte que organizaron el fusilamiento masivo de judíos en el frente oriental. No obstante, al igual que Helldorff, trabajó con los conspiradores a partir de 1938. Su colaboración fue de vital importancia porque proporcionó a Gisevius, su persona de contacto, información sobre edificios gubernamentales esenciales, campos e instalaciones secretas de las SS.[37]

A partir de la información vital proporcionada por Nebe, los conspiradores empezaron a planear los detalles de la operación militar. En el capítulo 3 vimos cómo las complejas relaciones familiares, de parentesco y de amistad compartidas por muchos conspiradores de origen aristocrático sirvieron como base para las redes conspirativas de la camarilla de Berlín. Ahora, estas relaciones se usaron para camuflarse. Witzleben, corriendo un riesgo considerable, dispuso para Gisevius un despacho en su cuartel general militar con el pretexto de que era un familiar lejano que estaba trabajando en sus «papeles de familia». Resulta difícil imaginar a un oficial de orígenes no aristocráticos utilizando una excusa de este tipo. De hecho, Gisevius trabajó en los papeles, aunque no sólo familiares. En realidad,

estaba estudiando un mapa detallado del Gran Berlín, marcando los puntos esenciales, los centros importantes y las rutas para el movimiento de tropas.

Unos días después del 12 de septiembre, Witzleben decidió enviar sobre el terreno a Gisevius y al teniente general Brockdorff. Se encontraron cerca de una estación de ferrocarril de las afueras y un coche los recogió. El conductor era una mujer enérgica llamada Elisabeth Strünck, cuyo marido, un importante agente de seguros, era confidente de Goerdeler y miembro del círculo interior. Los dos pasajeros, civil y militar, subieron al vehículo, y Elisabeth arrancó. Los tres «turistas inofensivos» visitaron todos los puntos estratégicos que se debían ocupar el Día X, estudiando con especial atención las rutas de huida a través de jardines y puertas traseras. Brockdorff «escribía continuamente y calculaba el número mínimo de tropas necesarias». Se decidió que las unidades especialmente grandes tendrían que utilizarse para tres tareas críticas: la liberación del campo de concentración de Sachsenhausen y la ocupación de la emisora de radio en Königswusterhausen y el cuartel general del regimiento de la guardia en Lichterfelde.[38]

Así, iba tomando forma un plan que implicaba la estrecha colaboración entre soldados, tropas de choque y (se esperaba) policías. En sus conversaciones con los conspiradores, Halder preveía que los planes de movilización se le presentarían al menos tres días antes del estallido de la guerra. En cuanto se diera la orden final de marcha, daría instrucciones a Witzleben para que iniciara el golpe. Las tropas de Brockdorff y Hase ocuparían la capital, sitiando el barrio gubernamental. En el mejor de los escenarios, la policía colaboraría. Si bien Helldorff no lo podía asegurar, como mínimo sus hombres se mostrarían neutrales. Las tropas de choque de Heinz saldrían de sus escondrijos, asaltarían los edificios gubernamentales y arrestarían a los líderes nazis. Como se ha mencionado, Heinz y Oster habían acordado en secreto eliminar a Hitler con el pretexto de su intento de huida. Simultáneamente, Witzleben contactaría con Hoepner para asegurar la participación de las unidades blindadas, vitales para el golpe.

Tras estas medidas militares, los conspiradores ocuparían la emisora de radio. La emisión explicaría a la población que sólo estaban manteniendo el orden público y reprimiendo una revuelta de elementos de las SS y la Gestapo. Se declararía una ley marcial provincial, seguida de un nuevo Gobierno, posiblemente una monarquía. Heinz, cuya carrera previa había estado dedicada a la causa de la antigua familia imperial, estaba en contacto con el antiguo príncipe heredero, el príncipe Guillermo. Según numerosas fuentes, este último mostró cierto interés en el plan, manteniendo una correspondencia con los conspiradores a través de cartas cifradas. El 15 de septiembre, Witzleben dijo a uno de sus oficiales que los planes estaban preparados y ahora los conspiradores sólo tenían que esperar la orden final para invadir Checoslovaquia. Los días fueron pasando y el 20 de septiembre los miembros dirigentes de la camarilla se encontraron de nuevo en el apartamento de Oster. Después de que se hubieran ido, Oster se reunió en privado con el capitán Heinz y le dio su aprobación final al plan para asesinar a Hitler.[39] Ahora, todo el mundo tenía que esperar al Führer y a Chamberlain.

Pero ¿qué pasaba con Himmler y su policía secreta? Teniendo en cuenta los enormes riesgos que corrían los conspiradores, resulta sorprendente que la Gestapo no supiera nada de esta conspiración, ni siquiera años después. Esto se debe, en parte, a la estructura tan estrecha de la red conspirativa. En 1938, el grupo era un círculo pequeño y denso de amigos y parientes, la mayoría de ellos pertenecientes a las elites. Esto hacía que la traición fuera muy improbable. También tuvo que ver con la negligencia increíble por parte de la Gestapo en lo que se refería a las elites tradicionales, la nobleza y el Ejército. La mayor parte de los recursos se gastaban en una persecución interminable de las redes de la izquierda derrotada, que seguían viendo como la mayor amenaza contra el régimen. La derecha y las elites tradicionales no se consideraban una amenaza equiparable, aunque aquí era donde se encontraba el peligro real para el nacionalsocialismo. Esta negligencia de la temida policía secreta nazi fue un fenómeno persistente

que permitió que los conspiradores sobrevivieran y trabajasen hasta el 20 de julio de 1944.

Todo el mundo sabía que el destino de Alemania y Europa estaba pendiente de un hilo. El 22 de septiembre, Chamberlain viajó de nuevo a Alemania para negociar y se encontró con Hitler en Bad Godesberg, cerca de Bonn. Además de sentir la presión de la política exterior, Chamberlain tenía también preocupaciones políticas internas. Algunos de sus consejeros le advirtieron de que estaba creciendo la oposición nacional a su política de apaciguamiento. Por otro lado, Hitler tampoco estaba mucho más tranquilo. William Shirer, que llegó a Godesberg para cubrir la conferencia, describió la atmósfera tensa en esa ciudad a orillas del Rin:

> Hitler estaba en un estado de gran nerviosismo. La mañana del 22 estaba desayunando en la terraza del hotel Dressen, donde tenían lugar las conversaciones, cuando Hitler pasó como una exhalación camino de la orilla del río para inspeccionar su yate [...]. Cada pocos pasos encogía con nerviosismo el hombro derecho, levantando ligeramente la pierna izquierda al hacerlo. Tenía unas bolsas negras y feas bajo los ojos. Parecía, como anoté en mi diario aquella noche, al borde de un colapso nervioso. *«Teppichfresser!»* [comedor de alfombras], murmuró mi compañero alemán, un editor que despreciaba a los nazis en secreto. Y me explicó que Hitler llevaba algunos días con ese estado de ánimo maniaco sobre los checos y que en más de una ocasión había perdido completamente el control, tirándose al suelo y mordiendo el borde de la alfombra.[40]

Fueron días de una presión inmensa no sólo para Hitler y Chamberlain, sino también para los conspiradores, que esperaban con ansia una crisis en las conversaciones de Godesberg.[41] Hitler subió la apuesta en el último momento, como tenía por costumbre. Para horror de Chamberlain, el líder alemán rechazó rotundamente su ofrecimiento de ceder los Sudetes a Alemania sin un referéndum. Ahora Hitler no sólo quería anexionarse los Sudetes, sino hacerlo a través de una ocupación militar. «Con mi más profundo lamento y desilusión, canciller», le dijo Chamberlain a Hitler la mañana del 21, «debo constatar que no ha hecho ningún esfuerzo para colaborar con mis intentos de asegurar la paz.»[42]

Lo que decepcionaba a Chamberlain levantaba el ánimo de los conspiradores alemanes. Ahora, podían tener de nuevo la esperanza de que los británicos no se rendirían y que las exigencias radicales de Hitler se encontrarían con una declaración de guerra. Durante un tiempo, Oster se preocupó por el hecho de que Hitler se quedase en Godesberg. Debía estar en Berlín para permitir que los conspiradores lo detuviesen y asesinasen. «El pájaro», según la metáfora de Oster, «debe regresar a la jaula.»[43] Y de hecho regresó la tarde del 24 de septiembre.

Los acontecimientos en Londres ofrecían alguna esperanza. El comportamiento de Chamberlain en Godesberg había sido tan conciliatorio que había provocado la oposición incluso de sus colaboradores más cercanos. La noche del 24 de septiembre, mientras conducía desde el Foreign Office a su casa, el vizconde Halifax, secretario de Exteriores, mantuvo una conversación muy seria con su amigo y confidente el subsecretario Sir Alexander Cadogan. Durante los últimos días, éste había insistido en que Hitler no estaba interesado en una paz razonable y que la guerra, después de todo, era inevitable.[44] Halifax, con anterioridad un defensor acérrimo del apaciguamiento, estaba a punto de dejarse convencer. En una reunión decisiva del gabinete la mañana del 25 de septiembre, se hizo eco de los sentimientos de Kleist y de otros emisarios de la conspiración, y expresó sus nuevas ideas ante Chamberlain y los demás ministros. Hitler, afirmó, no se contentaría con una solución a la cuestión de los Sudetes. En realidad, «mientras persistiera el nazismo, la paz sería frágil [...]. Por esta razón [Halifax] consideraba que no estaría bien presionar a Checoslovaquia para que aceptase [...]. Si rechazaban [la propuesta de Hitler], imaginaba que Francia les apoyaría, y si Francia les apoyaba, nosotros deberíamos unirnos a ellos [...]. Si [Hitler] empujaba hacia la guerra el resultado podía ser que ayudasen a derrocar el régimen nazi».[45] Chamberlain no podía creer lo que oía. En una de las notas que intercambió con Halifax durante la reunión, escribió: «El cambio completo de punto de vista desde que lo vi la pasada noche es un golpe terrible para mí. Pero, por supuesto, debe formarse sus propias opiniones. No obstante, aún está por

ver qué dicen los franceses. Si dicen que van, arrastrándonos con ellos, no creo que pueda aceptar la responsabilidad de esta decisión».[46]

Los dos estadistas siguieron intercambiando notas acaloradas durante la reunión del gabinete. Halifax se disculpó ante Chamberlain por su cambio de opinión repentino y confesó que había permanecido despierto toda la noche angustiado por la cuestión checa. El primer ministro respondió sarcástico que las «conclusiones nocturnas es muy raro que se tomen desde la perspectiva correcta». Durante un momento pareció que la política de Chamberlain estaba a punto de colapsar. Pero no lo hizo. La mayoría de los ministros, a excepción de Halifax, el Primer Lord del Almirantazgo Alfred Duff-Cooper y dos o tres más, seguían respaldando al primer ministro. Otro giro sorprendente tuvo lugar esa misma noche, cuando Chamberlain reunió de nuevo al gabinete e informó a los ministros de que los franceses estaban decididos a apoyar a los checos.[47]

El 26 de septiembre, en Berlín también tuvo lugar un acontecimiento favorable. El almirante Canaris, el jefe de la inteligencia militar y superior de Oster, decidió finalmente apoyar el levantamiento antinazi. Oster y él sabían que Hitler había rechazado las propuestas de Chamberlain en Godesberg. El golpe estaba más cerca que nunca.

Los acontecimientos en Londres no eran menos dramáticos. Chamberlain estaba consternado porque había recibido la noticia del fracaso de la misión de su consejero más cercano Horace Wilson. Hitler le había gritado y ni siquiera estaba dispuesto a escuchar la lectura de la carta de Chamberlain. Wilson advirtió al Führer de que «si Francia, en cumplimiento de las obligaciones de su tratado, participaba activamente en hostilidades contra Alemania, el Reino Unido se sentiría obligado a apoyar a Francia». La respuesta de Hitler fue furiosa: «Si Francia e Inglaterra golpean, ¡que lo hagan! Es algo que me resulta totalmente indiferente. Hoy es martes. El próximo lunes estaremos en guerra».[48]

Al día siguiente, llegó el momento de la verdad. Hitler, en un intento de fomentar el espíritu beligerante entre el populacho, ordenó al general Witzleben que desfilase con sus soldados armados por las calles. Witzleben

tenía que obedecer, pero más tarde le dijo a Gisevius que «me habría gustado más marchar con mis hombres directamente hacia la cancillería».[49] Hitler contempló el desfile desde el balcón de su despacho. Veterano de la Gran Guerra, recordaba muy bien el entusiasmo popular con el que eran recibidos los soldados que desfilaban. Ahora, sin embargo, se sintió extremadamente decepcionado y frustrado. Relativamente pocos se molestaron en llenar las aceras y los que lo hicieron, no se quedaron mucho tiempo. Ni siquiera los miembros del partido estaban tan entusiasmados como era de esperar. En ciertos distritos obreros, algunos valientes saludaron a los soldados con los puños cerrados. «No hacía mucho que estaba parado en una esquina», escribió William Shirer en su diario, «cuando llegó un policía desde la Wilhelmstrasse de la dirección de la cancillería y gritó [...] que el Führer estaba en el balcón pasando revista a las tropas. Pocos se movieron. Me acerqué para echar un vistazo [...]. Hitler estaba serio, después enfadado y poco después volvió a dentro, dejando de pasar revista a las tropas que desfilaban. Lo que he visto esta noche casi me permite volver a tener un poco de fe en el pueblo alemán. Están en contra de la guerra».[50]

Los conspiradores estaban cada vez más nerviosos. El día del desfile, estalló una discusión ruidosa entre Gisevius y Oster. Oster le dijo a su amigo que, al final, Hitler triunfaría y que las «potencias occidentales cederían». Gisevius le replicó que «merece un puesto en el Ministerio de Propaganda». Los dos líderes del grupo, debatiéndose entre la esperanza y el miedo, esperaban en el cuartel general de la Abwehr. Conspiradores leales estaban ubicados en otros puestos clave: el alto mando de la Wehrmacht, el Ministerio del Interior, el cuartel general de la policía y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Todos estaban en alerta máxima e informaban regularmente a Oster sobre nuevos acontecimientos.

En Londres, ya habían empezado los preparativos para la guerra. En el gabinete, Chamberlain se encontraba cada vez más aislado. Su última propuesta de enviar un telegrama a Praga con una petición para que aceptasen las exigencias de Hitler, fue rechazada por la mayoría de los

ministros, encabezados por Duff-Cooper y apoyados por Halifax. Chamberlain seguía creyendo que la guerra no era inevitable, como afirmó en una declaración a la nación ese mismo día:

> Qué horrible, fantástico e increíble es que aquí tengamos que cavar trincheras y probarnos las máscaras de gas a causa de la pelea en un país lejano entre gente de la que no sabemos nada [...]. Yo soy un hombre de paz hasta lo más profundo de mi alma. Para mí el conflicto armado entre naciones es una pesadilla; pero si estuviera convencido de que cualquier nación ha decidido dominar el mundo, por temor a su fuerza, sentiría que hay que resistir. Bajo semejante dominio, la vida de las personas que creen en la libertad no valdría la pena vivirla; pero la guerra es algo terrible, y, antes de embarcarnos en ella, debemos tener muy claro que realmente están en juego los grandes valores.[51]

El 28 de septiembre, a primera hora de la mañana, Heinz ordenó a sus hombres que abandonaran sus pisos francos y se reunieran en el alto mando del Ejército. Distribuyó fusiles, munición y granadas de mano, que había recibido de Oster y Canaris. Todo estaba dispuesto para el asalto final. Heinz sabía que cuando sus hombres asaltasen la cancillería, los recibiría Erich Kordt, un agente de la resistencia en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que les abriría las puertas. Según Terry Parssinen: «El silencio previo al amanecer en Berlín fue roto por el clic-clic-clic de la munición que se introduce en carabinas y armas automáticas. Ahora, antes de que pudiera soltar a sus jóvenes leones en la Cancillería del Reich de Hitler, sólo tenía que recibir la noticia de que la vigesimotercera división de Brockdorff estaba de camino desde Potsdam [hacia Berlín]».[52]

La atmósfera parecía especialmente madura para una insurrección. Los jefes del Ejército no estaban menos tensos que los alemanes comunes. A última hora de la tarde del 27 de septiembre, Oster entregó a Gisevius la respuesta del Führer a Chamberlain, que los conspiradores interpretaron como una negativa alemana a negociar sobre Checoslovaquia. A la mañana siguiente, Gisevius corrió con la carta a ver a Witzleben, que se la entregó a Halder como la prueba final. Halder estaba furioso. Aprovechándose de su indignación, Witzleben lo presionó para que viese a Brauchitsch y lo convenciese para secundar el golpe. Al cabo de un rato, Halder regresó con

buenas noticias. Brauchitsch también estaba furioso y era muy probable que apoyase a los conspiradores.[53]

El general Walther von Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército y habitualmente un sirviente obediente del régimen nazi, comprendió que una guerra sería el final de Alemania. Le dijo a Halder que prefería comprobar de nuevo la situación antes de tomar una decisión y fue hasta la Cancillería del Reich para descubrir la verdad. Todo estaba dispuesto para el golpe. Witzleben se precipitó al despacho de Gisevius. «¡Gisevius, ha llegado el momento!», exclamó.[54]

Cuando Brauchitsch entró en la cancillería, se encontró con una situación completamente inesperada. A las once de la mañana, sonó el teléfono en el despacho de Erich Kordt. El ministro de Asuntos Exteriores italiano estaba al aparato y le pidió que lo conectase con su embajador, Bernardo Attolico. Entonces Mussolini tomó las riendas desde Roma y ordenó a su embajador en Berlín que invitase a Hitler a una «conferencia de paz» en Múnich junto con Chamberlain, con el objetivo de resolver la cuestión de los Sudetes.

La capitulación de Chamberlain tenía un gran alcance. Después de que Hitler aceptase la propuesta de Mussolini de organizar la conferencia de paz en Múnich, el primer ministro británico pronunció un discurso jubiloso ante su Parlamento. Por lo que a él respectaba, había evitado un gran desastre no sólo para Gran Bretaña, que no estaba preparada para la guerra, sino para Europa en su conjunto: «Aún tengo algo más que decirle a la Cámara. Ahora Herr Hitler me ha informado de que me ha invitado a reunirme con él en Múnich mañana por la mañana. También ha invitado al Signor Mussolini y a Monsieur Daladier. El Signor Mussolini ha aceptado y no tengo dudas de que Monsieur Daladier aceptará. No necesito decir cuál va a ser mi respuesta».[55]

La «conferencia de paz» se celebró en Múnich entre el 29 y el 30 de septiembre. Chamberlain y Édouard Daladier aceptaron sin demasiada discusión la propuesta italiana, en realidad una versión ligeramente suavizada de las condiciones de Hitler en Godesberg: los Sudetes se

entregarían a Alemania a través de la ocupación militar. A los checos no se les permitía que sacasen nada de la zona, ni siquiera el ganado o el equipamiento agrícola. Así se selló el destino de Checoslovaquia, mientras Chamberlain probablemente seguía creyendo que ésta sería la última demanda territorial de Hitler, como había prometido una y otra vez.[56] Pero, como decía un chiste alemán muy popular en la época, sólo en la tumba se satisfaría la última demanda territorial de Hitler. Cuando Chamberlain regresó al balcón de su despacho en Downing Street, agitó el memorando de Múnich ante una multitud jubilosa: «Nosotros, el Führer y canciller alemán y el primer ministro británico, hemos celebrado otra reunión en el día de hoy y hemos acordado reconocer que la cuestión de las relaciones anglo-germánicas son de primera importancia para los dos países y para Europa. Consideramos que el acuerdo firmado la pasada noche y el Acuerdo Naval anglo-alemán son símbolos del deseo de nuestros dos pueblos de no volver a enfrentarnos nunca más en una guerra».[57]

«Creo que es la paz para nuestra época», declaró. La multitud lo aclamó y celebró. Durante los días siguientes, el despacho de Chamberlain quedó inundado por una riada interminable de cartas de apoyo procedentes de Gran Bretaña y de todo el mundo. Pero el elogio no fue la única reacción. Halifax seguía siendo escéptico y el Primer Lord del Almirantazgo Alfred Duff-Cooper dimitió de su puesto del gabinete en señal de protesta. Winston Churchill pronunció una advertencia que resultó profética:

> Nos encontramos en presencia de un desastre de primera magnitud que ha caído sobre Gran Bretaña y Francia. Que eso no nos ciegue. Ahora tenemos que aceptar que todos los países del centro y el este de Europa llegarán al mejor acuerdo que puedan con la potencia nazi triunfante. El sistema de alianzas en Europa central en el que confiaba Francia para su seguridad ha sido barrido, y no veo ningún medio por el que se pueda reconstituir. Se ha abierto [...] el camino que baja por el valle del Danubio hasta el mar Negro [...]. Me parece que todos esos países del centro de Europa, todos esos países danubianos, se verán arrastrados, uno detrás de otro, en este enorme sistema de política de poder [...] que irradia desde Berlín.[58]

Tras un corto momento de duda, el presidente checo Beneš decidió rendirse. Dimitió y su sucesor permitió que los alemanes ocuparan los Sudetes sin problemas. De un golpe, Checoslovaquia había perdido sus

fortificaciones, dos tercios de sus minas de carbón y sus protecciones naturales y geográficas. Estaba moribunda y el golpe de gracia era sólo cuestión de tiempo. «Nos han abandonado. Estamos solos», afirmó el sucesor de Beneš en un discurso a la nación esa misma noche.[59]

Casi igual de deprimidos estaban los conspiradores en Berlín. Después de la esperanza de que había llegado su hora, habían quedado frustrados por la incapacidad de Gran Bretaña para enfrentarse a la política exterior de Hitler. «Nunca, desde 1933», se lamentaba Erich Kordt en sus memorias, «hubo una oportunidad tan buena para liberar a Alemania y al mundo.»[60] Los decepcionados conspiradores se reunieron entonces en el apartamento de Witzleben y arrojaron a la chimenea los planes del golpe. Allí se quemaron, junto con gran parte de la esperanza y la confianza de la joven camarilla berlinesa. Nunca volverían a tener a su disposición una división blindada, un comandante amistoso en Berlín, tropas de choque y la simpatía del jefe de Estado Mayor.[61] La independencia de Checoslovaquia casi se había desvanecido, se había perdido la última oportunidad para la paz en Europa. Los conspiradores estaban furiosos y clamaban venganza. Como era natural, acusaban a Chamberlain. Más de seis años después, Halder explicó al tribunal internacional en Núremberg que «ya había entregado a Witzleben la orden de iniciar el golpe cuando nos llegó la información de que Chamberlain y Daladier venían a Múnich y, por eso, tuve que retirar mi orden [...]. El golpe de Estado se justificaba ante el pueblo diciendo que Hitler estaba provocando una guerra y sin un golpe de Estado violento no se podía evitar la guerra. Ahora eso ya no era posible».[62]

Los conspiradores no sólo fracasaron, sino que hicieron el ridículo delante de sus colaboradores iniciales en el Ejército. ¿No le había dicho Schacht a cualquier general que estuviera dispuesto a escuchar que Gran Bretaña no abandonaría nunca a Checoslovaquia? Después de la guerra, él también seguía furioso y no perdonaba:

> Se deduce claramente de la cadena de acontecimientos que el primer intento de Witzleben y yo mismo de organizar un golpe de Estado fue el único que podía cambiar sustancialmente el destino de Alemania [...]. En el otoño de 1938 aún era posible juzgar a Hitler ante el Tribunal Supremo,

> pero todos los intentos siguientes se basaban en el asesinato [...]. Planifiqué una revuelta para el momento oportuno y la conduje hasta el borde del éxito, pero la historia estuvo contra mí. La intervención de los estadistas extranjeros era algo que no podía controlar.[63]

Gisevius y Oster tuvieron que disolver en silencio el Comando Heinz de tropas de choque. Nunca pudieron reunirlo de nuevo. Sus miembros se dispersaron por todo el país y más tarde desarrollaron diversas funciones militares durante la guerra. El teniente general Brockdorff, compañero de Witzleben en la conspiración, se retiró de la resistencia. Reconoció que el ambiente nazi en la Wehrmacht no dejaba ninguna oportunidad al movimiento.[64] Gisevius resumió los sentimientos de los conspiradores, entonces y más tarde: «Ocurrió lo imposible. Chamberlain y Daladier volaban hacia Múnich. Nuestra revuelta estaba sentenciada. Durante unas pocas horas imaginé que en cualquier caso podríamos dar el golpe, pero Witzleben me demostró muy pronto que las tropas no se sublevarían nunca contra el Führer victorioso [...]. ¿Paz en nuestra época? Expresémoslo de una manera algo más realista. Chamberlain salvó a Hitler».[65]

¿Chamberlain salvó a Hitler? Quizás. Lo que está claro, y es más interesante, es que el fracaso de los conspiradores no tuvo nada que ver con algún error que hubieran cometido. En realidad, no tuvieron tiempo de cometer ninguno. En cambio, su fracaso está directamente relacionado con la estructura de su red, en especial con su carácter de una camarilla pequeña y densa de amigos. Ése fue el origen de su fuerza en un sentido, manteniendo la red relativamente segura ante la Gestapo y facilitando que líderes como Oster pudieran controlarla y organizarla. No obstante, su tamaño también significaba que para funcionar debía contar con la colaboración de personas externas como el general Halder y el primer ministro Chamberlain. Sus jefes tenían la esperanza de que las decisiones tomadas en Londres resultarían favorables. Cuando no lo fueron, los conspiradores perdieron la mejor oportunidad para llevar a cabo un golpe contra Hitler y el régimen nazi. Como veremos en el capítulo siguiente, un solo hombre, sin una red, estuvo más cerca de matar a Hitler de lo que estarían nunca los más altos cargos de los militares alemanes.

6
Sin red:
el asesino solitario

Hasta finales de 1944, un prisionero alemán poco común llamado Georg Elser vivió en el famoso campo de concentración de Sachsenhausen, en una sección especial separado del resto de los internos. Era educado pero taciturno y se mantenía ocupado principalmente tallando objetos en madera para los guardias de las SS que lo vigilaban. También construyó su propia cítara y la tocaba bien.[1]

A diferencia de otros prisioneros en Sachsenhausen, no era judío, ni homosexual, ni un criminal ni un activista político de izquierdas. Más bien era un carpintero y relojero alemán de estatura baja y con el cabello negro peinado hacia atrás. Su alemán sencillo, que hablaba con un fuerte acento suabo, reflejaba una educación limitada y raíces en el sur de Alemania. «No tiene la cara típica de un criminal», escribió el periódico nazi *Völkischer Beobachter* el 22 de noviembre de 1939. «Sus ojos son sabios [...] y medita largo y tendido antes de contestar [...]. Cuando se le mira, uno puede olvidar durante un instante que es un monstruo satánico, qué culpa, qué terrible culpa carga sobre su conciencia con una facilidad intolerable.»[2]

A ojos de los nazis, la culpa de Elser difícilmente podía ser más pesada. Había orquestado un intento de asesinato altamente sofisticado de Adolf Hitler, sin la ayuda de nadie. En la historia del Tercer Reich, ningún intento

de asesinato —ni siquiera el famoso complot con bomba de Stauffenberg el 20 de julio de 1944— estuvo tan meticulosamente planeado y tan cerca del éxito. No obstante, a diferencia de Stauffenberg, Oster y otros asesinos en potencia del movimiento de resistencia, Elser no tenía ninguna red que lo apoyase: ni aliados, ni contactos entre los militares ni amigos políticos. Nadie le proporcionó refugio, bombas, pisos francos o información. Ni siquiera llegó a descansar su carga psicológica contándole a un amigo su terrible misión.

Georg Elser nació en 1903, el mayor de cinco hermanos; tenía tres hermanas y un hermano. Se crió en Königsbronn, una pequeña comunidad rural en los Alpes suabos. Sus padres vivían de la carpintería y la agricultura y, como otros muchos alemanes del campo, llegaban con muchas dificultades a final de mes. En algún momento su padre empezó a beber y llegaba a casa borracho todas las noches y pegaba a su mujer.[3] La infancia de Elser no fue feliz. En la escuela sus logros fueron mediocres y estaba relativamente aislado de sus compañeros de clase. Como otros muchos chicos del campo, pasaba el tiempo después de la escuela realizando tareas del hogar y trabajos agrícolas. Tras el estallido de la Gran Guerra, en 1914, la economía de la familia se deterioró aún más. Georg abandonó la escuela y se dispuso a encontrar un trabajo, primero en la siderurgia y después en la carpintería. En 1917, con catorce años, se fue de casa.

Georg tenía pocos intereses más allá del trabajo y sus amigos y parientes más cercanos. Nunca leía libros, ni siquiera periódicos, hasta finales de la década de 1930. Durante la Gran Guerra, todos los días se reducían a un trabajo físico duro y el tiempo libre lo dedicaba a su única afición: la música. Elser era un intérprete con talento, en especial con la armónica y la flauta. Tras completar su aprendizaje como carpintero, fue muy bien valorado por sus jefes sucesivos, que comprendieron que no era un trabajador normal. Elser era un genio técnico, con una comprensión poco habitual de las máquinas complejas. Aun así, su sueldo era bajo y, como era inquieto, no podía encontrar la tranquilidad de espíritu en un solo puesto de

trabajo. Se trasladaba de un taller a otro, caminando de pueblo en pueblo, siempre ganando y ahorrando dinero. En 1922, sus viajes lo llevaron finalmente al otro lado de la frontera con Suiza. Allí trabajó en muchos talleres de carpintería, tocó en clubes de baile y tuvo algunos romances fugaces con mujeres alemanas y suizas.[4]

En 1929, la Gran Depresión golpeó a Alemania y la familia de Elser, sin recursos incluso en los mejores tiempos, llegó al borde del abismo. Su padre alcohólico era peor que inútil. Para pagarse las copas y cubrir sus numerosas deudas, empezó a vender las tierras de la familia. En 1932, a pesar de las malas relaciones entre su familia y él, Elser respondió a la súplica urgente de su madre y regresó a Königsbronn. Hizo todo lo que pudo para ayudar, pero durante la Depresión era difícil encontrar un trabajo fijo. Dos años antes, como consecuencia de una relación con una mujer del pueblo, nació Manfred, su único hijo. Su compañera lo abandonó inmediatamente después y se casó con otro hombre. Elser nunca la volvió a ver, ni a ella ni a su hijo.[5]

El joven carpintero no estaba interesado en la política tormentosa del momento. Aun así, por razones prácticas votó al Partido Comunista. Como otros muchos trabajadores, creía que los comunistas obtendrían sueldos mejores y viviendas más asequibles para la clase obrera. En enero de 1933, cuando Hitler subió al poder, Elser seguía bastante indiferente a la política, aunque nunca le gustaron los nazis. Pero el tiempo convirtió su indiferencia inicial en hostilidad. Años más tarde, Elser habló a sus interrogadores de la Gestapo del rencor que sentía por la vida en la Alemania nazi: salarios bajos, impuestos altos y una libertad personal limitada. Para individualistas natos como él, era difícil adaptarse a la vida en un régimen totalitario.[6]

También estaba el problema de la religión. A Elser, un protestante devoto, no le gustaba la política eclesiástica del régimen nazi. «Creo que Dios creó al mundo y a todos los hombres [...] y en el Cielo y el Infierno, como se enseñaba en la escuela bíblica», dijo.[7] No estaba interesado en los debates teológicos, pero no le gustaban los intentos del régimen nazi de

cambiar la tradición por la fuerza. A pesar de eso su camino hacia la resistencia activa sería largo y tortuoso.

Su decisión final de «hacer algo» se vio precipitada por la inminente guerra europea. A diferencia del general Beck, Elser comprendió enseguida que Hitler era personalmente más responsable del belicismo que los «radicales en el partido». Comprendió que la política nazi conducía a una destrucción total de la patria alemana. No se trataba sólo de una preocupación teórica y patriótica: ¿quién, si no los obreros, iban a ser los primeros en sufrir? ¿Quiénes iban a ser los primeros en luchar y morir? «Estoy convencido de que el Acuerdo de Múnich no se sostendrá», afirmó, «y Alemania seguirá planteando exigencias y anexionándose otros países. Por eso la guerra era inevitable.»[8] Su conclusión era terrible, pero tan clara como el hielo: «Mi esperanza es evitar un mayor derramamiento de sangre [...]. Entendía que la situación en Alemania sólo se podía cambiar eliminando al liderazgo. Por «liderazgo" quiero decir a los jefes: Hitler, Göring y Goebbels [...]. Esperaba que después de la eliminación de estos tres, otras personas asumirían el poder [...] sin planes para anexionarse otros países, [personas] que intentasen mejorar la vida de los trabajadores».[9]

La misión de Elser parecía poco realista en muchos aspectos. Por sí mismo debía conseguir explosivos, construir una bomba, acceder a Hitler (lo que no era nada fácil para los altos funcionarios y mucho menos para un simple trabajador) y pasar desapercibido ante los guardaespaldas del Führer. Debía conseguir información precisa, que era casi imposible de reunir, sin agentes o confidentes. Pero Elser fue capaz de conseguir todo eso gracias a sus orígenes, su talento poco habitual y un conjunto afortunado de circunstancias.

Elser nunca fue «normal», según la mayoría de las definiciones de esta palabra. Entrando en la edad adulta en la década de 1920, una época de libertad de movimientos y de dificultades económicas en Alemania, el vagabundo incansable recorrió muchos kilómetros a pie y adquirió una serie

de habilidades muy diversas. Trabajó como carpintero y como relojero, y consiguió destreza en actividades que más tarde le ayudarían en su proyecto de construcción de una bomba. Además, alrededor de 1938, trabajó en un taller de munición y más tarde en una cantera, y por eso fue capaz de conseguir explosivos y experiencia práctica con las detonaciones.[10]

Pero todo eso no era suficiente. Elser podía tener todos los conocimientos disponibles en el mundo sobre relojería y fabricación de bombas, pero aún le faltaba acercarse a Hitler a pesar de la extraordinaria seguridad personal que le rodeaba. A este respecto, una serie de acontecimientos fuera del control de Elser vinieron en su ayuda: «Así que decidí matar personalmente al liderazgo. Pensé que sólo sería posible cuando todos ellos estuvieran reunidos en algún tipo de ceremonia. Leí en un periódico que la próxima vez que estarían todos juntos sería el 8-9 de noviembre de 1938 en la cervecería Bürgerbräukeller en Múnich».[11]

Sin querer, el carpintero tropezó con la mejor oportunidad posible para asesinar al Führer y a su círculo más próximo. La ceremonia que mencionó era el aniversario del Putsch de la Cervecería, el intento fracasado de Hitler de derrocar a la República de Weimar en 1923. Este levantamiento abortado, una de las leyendas de los orígenes del Partido Nacionalsocialista, era conmemorado por la «vieja guardia» todos los años en presencia de Hitler. Orgullosos de su herencia y tradición, los veteranos insistían en mantener a la policía de Múnich fuera del edificio. Si fueron capaces de proteger a Hitler con sus propios cuerpos en 1923, ¿no podían hacerse cargo de su seguridad? Hitler, probablemente por razones sentimentales, les respaldaba. «En esta reunión», instruyó, «estoy protegido por los viejos combatientes dirigidos por Christian Weber. La responsabilidad de la policía finaliza en la entrada.»[12] En consecuencia, había una fuerte presencia de SS y seguridad en las calles que conducían al edificio durante la ceremonia, pero no unos meses antes. Y los dos veteranos responsables de la seguridad en el interior, ambos oficiales de las SS, eran increíblemente negligentes.[13] Esto dio lugar a una coincidencia cuádruple: el ingenio de

Elser, su decisión de escoger esta ceremonia, el sentimentalismo de Hitler y la arrogancia de los veteranos.

Elser era un planificador meticuloso. En 1938, participó en la ceremonia para explorar el terreno y decidió planificar la operación para el año siguiente. Así, el 8 de noviembre de 1938, alrededor de las siete de la tarde, un hombre bajo y vestido con sencillez llegó a la estación central de ferrocarriles de Múnich, cargado con una maleta de madera que había fabricado él mismo. La estación estaba abarrotada de pasajeros, muchos de los cuales lucían los uniformes pardos de los nacionalsocialistas. Veteranos de toda Alemania, acompañados de muchos ciudadanos curiosos, llegaban para participar en la ceremonia y ver de nuevo a su querido líder.

A las ocho de la tarde, Elser llegó a la habitación alquilada y le preguntó al casero por la dirección de la cervecería. Llegó allí a pie, una distancia considerable a lo largo del río, hasta que vio una densa multitud y, muy lejos, las puertas dobles de la Bürgerbräukeller. Atravesó la multitud a empujones, entró en el edificio y cruzó la sala principal hasta el portal del gran salón: «Fui de la entrada al centro del salón, miré alrededor y me fijé dónde estaba la tarima [...]. Pero aún no había decidido la mejor manera de perpetrar el asesinato en esta sala [...]. Salí del gran salón a través del vestidor hacia la sala principal [...]. Allí me senté en la primera mesa y pedí la cena. Eran alrededor de las once».[14]

Después regresó a su habitación, perdido en sus cavilaciones. El plan del asesinato aún se estaba formando en su mente. El día siguiente, cuando Hitler estaba a punto de pronunciar su discurso, también lo pasó en la cervecería. En ese momento, le resultó evidente el trabajo negligente de los veteranos. Sus observaciones le indicaron que las medidas de seguridad en el edificio eran casi inexistentes. Tomó rápidamente una decisión: «Esta sala es el lugar adecuado para asesinar al liderazgo». El acto propiamente dicho, concluyó Elser, se podría ejecutar sólo a través de un medio: una bomba. Decidió instalarla en el pilar detrás de la tarima, con la esperanza de que la explosión derrumbaría el techo y mataría a Hitler y a los otros líderes nazis.

A su regreso a Königsbronn, Elser empezó a trabajar en el artefacto. Tenía doce meses para prepararse. Durante la noche, entraba a hurtadillas en el taller de munición y robaba explosivos, un poco cada día. Poco después, dejó el puesto y encontró trabajo en una cantera, donde se usaba con frecuencia la dinamita para romper las piedras. Al llegar la noche, entraba en el almacén, abría la cerradura sencilla con una llave de fabricación propia y robaba lo que necesitaba. Nadie se dio cuenta de su comportamiento sospechoso.[15]

Durante el verano, Elser se dio de baja por enfermedad y viajó de nuevo a Múnich para dibujar la sala y medir el pilar detrás de la tarima. Mientras llevaba a cabo su reconocimiento, se mantuvo con sus ahorros. En Múnich alquiló un apartamento cercano y cenaba cada día en la cervecería, y con sus ojos agudos observaba la estructura, las dimensiones y las distancias. Rápidamente descubrió que se podía acceder al gran salón a través del vestidor, y que sus puertas dobles estaban abiertas durante el día hasta la hora de cerrar. Además, encontró una puerta trasera en el gran salón que conducía a la calle a través del jardín.[16]

Elser recorrió arriba y abajo el gran salón desierto, dio vueltas alrededor del pilar y lo examinó de cerca. Tomó muchas fotografías con una cámara que había recibido como regalo de cumpleaños diez años antes. Su amabilidad y su cámara lo convirtieron en uno de los favoritos de las camareras. Incluso llegó a tomar una foto de grupo de todas ellas. Bebía cerveza con el conserje y descubrió que muy pronto se iba a incorporar al Ejército. Rápido para aprovechar las oportunidades, Elser le pidió a su nuevo amigo que engatusara a los propietarios a su favor. ¿Sería posible que se convirtiera en el nuevo conserje? El conserje le prometió que hablaría con el jefe, pero no hizo nada. En respuesta, Elser empezó a invitarle a cerveza y lo sobornó con dinero. Finalmente, cuando tuvo que regresar a Königsbronn, le pidió al conserje que le escribiera y le dijera cuándo pensaba irse. El tipo incumplió de nuevo su promesa y Elser no consiguió el empleo. Regresó a casa con la cartera más vacía.

Volvió a trabajar en la cantera. Por la noche, estudiaba en su habitación los dibujos de la cervecería. Sin ninguna experiencia formal previa, diseñó una bomba altamente sofisticada, basada en dos relojes, explosivos, una batería y un sistema de ruedas dentadas. La manecilla de las horas de uno de los relojes estaba conectada con un mango que disparaba un artefacto escondido detrás de la cara del reloj. Cuando la manecilla horaria daba media revolución, el mango giraba treinta grados una rueda dentada interna. Instaló un segundo reloj con un mecanismo similar en la parte trasera del principal. Cuando la rueda dentada giraba hasta cierto punto, un percutor golpearía el detonador y provocaría la explosión del artefacto. Gracias a los relojes, el sistema no necesitaba una mecha, y Elser podía abandonar la cervecería antes de la explosión. Durante dos meses, Elser experimentó en el jardín de sus padres, esbozando finalmente un plan detallado para su artefacto. Nunca consultó a ningún experto ni literatura profesional.[17]

El 19 de mayo de 1939, un colega dejó caer por accidente una piedra muy pesada sobre Elser y le aplastó un pie. Durante las semanas de convalecencia en su habitación, elaboró el diseño completo de la bomba. Cuando estuvo recuperado, hacia finales de junio, decidió abandonar el trabajo y desde entonces vivió sólo de sus ahorros. «A partir de ese momento», explicó más tarde a sus interrogadores, «viví sólo con un propósito: preparar el asesinato.»[18]

El 5 de agosto, se alzó el telón para el acto final. Elser viajó a Múnich. De nuevo alquiló un apartamento cerca de la cervecería, cenó allí todas las noches y se escabulló al interior del gran salón poco antes de la hora de cierre. Allí, se escondió en una esquina en medio de una pila de cajas de cartón y esperó a que cayese la noche. Cuando se cerraron las puertas empezó a trabajar. Usando un escalpelo, abrió trabajosamente una cavidad en el grueso pilar, ocultándola a través de una «puerta» secreta que podía abrir y cerrar cuando lo necesitaba. Utilizó metal para que nadie golpease el pilar y se diera cuenta de que estaba hueco. Cada noche trabajaba hasta alrededor de las dos de la madrugada y después se tendía, exhausto, en su pila de cajas. Cuando el reloj daba las seis y media, se despertaba y

abandonaba la sala a través de la puerta de emergencia que daba al jardín.[19]

Elser pasaba los días en su apartamento. A puerta cerrada, estudiaba sus dibujos y ensamblaba el artefacto. Le dijo al casero que estaba trabajando en un invento secreto que un día lo haría rico y famoso. Entre agosto y noviembre, dicho invento adquirió forma. De vez en cuando surgieron dificultades inesperadas. En septiembre, después del estallido de la guerra, observadores de la defensa civil vigilaban la presencia de aviones enemigos desde el tejado de la sala. Elser describió lo que ocurrió una noche: «Cuando estaban a punto de abrir la sala [...] vi a un hombre justo antes de abandonar mi escondite. Quería coger una caja de mi escondite y por eso me vio. Cogió la caja y dejó la sala sin decir palabra. Poco después regresó con el propietario: llegó a la galería desde la izquierda y el propietario desde la derecha. Mientras tanto yo había subido a la galería oriental, me senté a una mesa y me comporté como si estuviera escribiendo una carta». Para no levantar sospechas, es probable que Elser fingiese estar borracho: «A la pregunta del propietario contesté que tenía un furúnculo en el muslo y quería reventarlo. A su pregunta de qué estaba haciendo en el cuarto trasero, le dije que quería reventarme el furúnculo allí. También le dije que quería escribir una carta. Me dijo que la escribiese en el jardín [...]. Me senté en el jardín de la cervecería y para no levantar sospechas me bebí un café».[20]

Mientras tanto, Hitler y su alto mando se enfrentaban a decisiones difíciles. Muchos de sus generales consideraban que el plan para invadir Europa occidental —en especial Francia— era suicida. Pocos creían que Alemania, por muy fuerte que fuera, pudiera derrotar a Francia y a los Países Bajos.[21] El plan contaba con la fuerte oposición del general Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército, y ni siquiera un oficial nazi tan devoto como Walther von Reichenau respaldaba a su Führer. A causa de estas circunstancias tan tensas, Hitler decidió no asistir ese año a la ceremonia en la cervecería y envió en su lugar a su adjunto Rudolf Hess. A última hora de la tarde del 2 de noviembre de 1939, Elser entró de nuevo en la cervecería, esta vez con la bomba en su maleta de madera. Antes de

abandonar el apartamento, colocó los dos relojes. La bomba estaba dispuesta para explotar el 8 de noviembre, al cabo de seis días, o exactamente ciento cuarenta y cuatro horas.

Durante las tres noches siguientes, Elser instaló el artefacto en el pilar hueco. La mañana del 6 de noviembre, comprobó por última vez el sistema. Funcionaba espléndidamente. Entonces regresó a su apartamento, recogió sus cosas y fue corriendo a la estación central de ferrocarriles. En el otoño de 1938, cuando tomó la decisión de matar a Hitler, comprendió con total claridad que debía abandonar Alemania antes de la explosión. Planeaba escapar de la Gestapo huyendo a Suiza y trabajando allí de carpintero. Como no quería que otros fueran acusados en su lugar, tenía la intención de escribir una carta detallada a las autoridades en Alemania, declarando que él era el único responsable del asesinato. También pretendía entregar a los suizos un pequeño «regalo» por aceptarlo como refugiado político: un documento especificando todo lo que sabía sobre el taller de munición en el que había trabajado en Alemania. Si no le otorgaban el asilo en Suiza, planeaba ir a Francia. París ya estaba en guerra con el Reich y seguramente se alegraría de proteger a un hombre que había matado a su peor enemigo.

Pero el 6 de noviembre aún no había llegado el momento de escapar. Faltaban los últimos toques. En primer lugar, Elser viajó a Stuttgart para despedirse de su querida hermana, Maria, el último miembro de su familia al que se sentía unido. Su marido, Karl, un carnicero de gran corazón, apreciaba a su misterioso cuñado. Cuando Elser llegó a la estación, por la tarde, se dirigió al hotel donde trabajaba Karl. El marido de Maria le dio la bienvenida, dejó el trabajo y le ayudó a llevar la maleta desde la estación de ferrocarriles a su apartamento: «Durante mi corta estancia en Stuttgart, mi hermana y mi cuñado me preguntaron adónde iba. «“Debo cruzar la valla [la frontera]”, les dije. Cuando me preguntaron una y otra vez, les dije: «“Debo hacerlo”».[22]

Elser se quedó sólo una noche con Maria y Karl. La tarde del 7 de noviembre se despidió por última vez de su hermana. No obstante, por capricho, decidió que no se dirigiría a la frontera suiza sino de regreso a

Múnich. Le invadía el temor y tenía que comprobar el sistema por última vez. Todas sus posesiones terrenales eran una maleta con ropa, media salchicha, un poco de dinero, herramientas de trabajo y algunos recambios. A las nueve y media de la noche llegó a Múnich y se dirigió a la cervecería, que seguía abierta: «Inmediatamente después de mi llegada subí a la galería [...]. Poniendo la oreja sobre el pilar, oí cómo el reloj sonaba con suavidad. Entonces abrí la puerta secreta con un cuchillo [...] y comprobé con mi reloj de bolsillo si el reloj iba demasiado rápido o demasiado lento. Todo estaba correcto».[23]

Elser estaba feliz. Su obra maestra, laboriosamente ensamblada a lo largo de esos meses largos y solitarios, hacía tictac sin que la hubieran descubierto. Abandonó Múnich y tomó el primer tren hacia Constanza, cerca de la frontera suizo-alemana.

Al día siguiente, Elser se benefició de nuevo de factores fuera de su control. Hitler cambió repentinamente de planes y decidió que al final hablaría en el aniversario del Putsch de la Cervecería. El 8 de noviembre, mientras el tren de Elser entraba en Constanza, Hitler abandonaba su residencia en Múnich y viajaba en un Mercedes negro hacia la cervecería. Allí, fue saludado por una multitud electrificada de veteranos. Hitler entró en el gran salón y subió a la tarima. Eran las nueve de la noche y justo detrás del Führer el tiempo pasaba para los dos relojes de Elser.

En su discurso, Hitler atacó el Occidente capitalista y contrastó el belicismo de Gran Bretaña con la política exterior pacífica de la Alemania nacionalsocialista. Esta vez, Inglaterra era el objetivo principal de sus improperios:

> Las mentiras de aquel momento [1914] son idénticas a las mentiras de hoy. ¿Por qué se unió Inglaterra a la guerra? En 1914 ya decían: Inglaterra lucha por las naciones pequeñas [...]. Después hemos visto cómo [...] sus estadistas tratan la libertad de esas naciones pequeñas, cómo reprimen a las minorías, abusan de las naciones [...]. Además, decían: Inglaterra está luchando por la justicia [...]. Durante trescientos años Inglaterra ha estado luchando por la justicia y por eso ha ocupado 40 millones de kilómetros cuadrados de esta Tierra [...]. Declararon: el soldado británico

> no lucha por su propio interés, sino por el derecho de autodeterminación de otras naciones. Inglaterra también ha luchado por la civilización, que por supuesto sólo existe en Inglaterra. Sólo donde viven los mineros, en Whitechapel y en otros barrios de las masas miserables, sólo allí se puede encontrar la civilización y la degeneración social.[24]

Los veteranos aplaudieron y vitorearon. Entonces, a las nueve y cinco, en lugar de seguir durante horas, como era su costumbre, Hitler terminó abruptamente el discurso. Casi no le había dado tiempo a despedirse de los veteranos cuando ya había salido de la sala, ordenando a su chófer que lo llevase rápidamente a la estación central de ferrocarriles. Tenía algunos deberes ineludibles en Berlín y quería llegar allí lo antes posible. Para ello debía tomar su tren especial (el tiempo no permitía coger un avión), y teniendo en cuenta el tráfico en Múnich ese día, debía irse pronto para llegar a tiempo. El plan de Elser había contado una y otra vez con la suerte. Esta vez la suerte lo traicionó.[25]

Los veteranos no parecían muy dispuestos a abandonar la sala. Siguieron bebiendo, charlando y contando historias de su pasado glorioso. Las camareras iban de un lado a otro con bandejas llenas de cervezas bávaras. Una de ellas, Maria Stobl, pasó al lado del pilar exactamente a las nueve y veinte.

El reloj sonó por última vez. La rueda dentada dio el último giro, soltando el disparador. Un golpe en el detonador y el artefacto estalló. El pilar explotó, sepultando la tarima de Hitler bajo dos toneladas de escombros. La pobre camarera sufrió heridas graves, una colega falleció y siete veteranos murieron en el acto. Los gritos inundaron la sala. La gente se empujaba para salir. Muchos creyeron que se trataba de un ataque aéreo. Cerca de las puertas, mujeres uniformadas lloraban a voz en grito. Todos parecían pálidos y ansiosos. Las ambulancias se precipitaron hacia el lugar y apareció la policía. Se llevaban a personas detenidas. La potencia de la explosión fue enorme.[26] La obra maestra de Elser estalló como estaba planeado y en el momento preciso. Si Hitler se hubiera quedado un poco más, habría muerto.

Unos minutos antes, mientras el Führer seguía hablando en la cervecería, Elser intentaba cruzar la frontera a escondidas. La noche era gélida y el joven asesino en potencia, con su ropa destrozada, estaba cansado y asustado. Olvidó deshacerse de los restos de la bomba y de algunas partes que no había utilizada y, lo peor de todo, seguía llevando los dibujos de la cervecería en el bolsillo del abrigo. Alrededor de las nueve menos cuarto pasó por un jardín a oscuras cerca de la oficina de la aduana. Dentro del edificio iluminado, dos agentes estaban sentados escuchando el discurso de Hitler. Uno de ellos miró por la ventana y vio a Elser escabulléndose en dirección a la frontera. Le gritó que se detuviese. «Me paré en seco», recordaba más tarde, «y si me preguntan cuál fue mi primer pensamiento en ese mismo instante, debería decir que estaba enfadado conmigo mismo y con mi imprudencia».[27] Los policías lo cachearon y descubrieron las pruebas incriminatorias. Poco después, llegó un telegrama a los puestos fronterizos, informando del intento de asesinato, con instrucciones para buscar infiltrados. Uno de los policías, un antiguo soldado, inspeccionó las piezas sobrantes y las reconoció inmediatamente como componentes de una bomba.[28]

Hitler tuvo noticia de la explosión de camino a Berlín, cuando se detuvo en Núremberg para un pequeño descanso. Cuando llegó a Berlín, Göring y sus colaboradores más cercanos lo felicitaron por su buena suerte. El Führer consideró que el episodio era otra «prueba» de la protección divina de la que creía disponer.[29]

Elser fue conducido a la policía en Constanza y se convirtió rápidamente en el principal sospechoso del intento de asesinato. Los componentes de la bomba y los dibujos de la cervecería encontrados en su abrigo no dejaban demasiadas dudas sobre su culpabilidad. El cuartel general de la Gestapo en Berlín ordenó a Constanza que lo entregasen al cuartel de la Gestapo en Múnich. Allí fue interrogado por un comité especial presidido por el comandante de la policía criminal, el general de brigada Arthur Nebe. Nebe había sido una figura principal en la conspiración de septiembre de 1938, que incluía un plan para asesinar a

Hitler. Por eso en esta escena surrealista, una persona que había intentado asesinar a su jefe de Estado era interrogada por un alto mando de la policía que había intentado lo mismo muy poco antes.

En cualquier caso, Elser confesó que había intentado asesinar a Hitler e insistió en que no tenía cómplices. Esta confesión verdadera fue aceptada por Nebe y su comité, pero no por sus superiores en Berlín.[30] El 9 de noviembre, dos operativos de inteligencia británicos fueron secuestrados en un pueblo llamado Venlo en la frontera germano-holandesa. Hitler y Himmler supusieron que éstos eran los «operadores» de Elser. Se suponía que el hombre de contacto era un alemán antinazi exiliado en Suiza. De lo contrario, ¿cómo era posible que Elser tuviera los conocimientos y los recursos financieros para fabricar su compleja bomba?[31]

Elser fue trasladado al cuartel general de la Gestapo en Berlín para otra ronda de interrogatorios. Allí fue golpeado, torturado y maltratado para sonsacarle los nombres de sus cómplices. Él insistió una y otra vez en que había trabajado solo, movido únicamente por su creencia de que hacía lo correcto. Cuando los agentes de la Gestapo lo carearon con su madre, lloró, pero siguió sin cambiar su historia. Finalmente, también la Gestapo de Berlín llegó a la misma conclusión que Nebe de que Elser era un lobo solitario. Pero los interrogadores insistieron y preguntaron a Elser desde sus creencias religiosas y políticas, pasando por sus costumbres sexuales y de bebida, hasta el intento de asesinato y la estructura de la bomba. Cuando le preguntaron si sabía que las organizaciones judías ofrecían dinero por la cabeza del Führer, Elser contestó «No», y que en cualquier caso nunca había pretendido hacerse rico.[32]

El protocolo de los interrogatorios indica que Elser casi siempre mantuvo la calma, pareciendo incluso indiferente ante las preguntas de los interrogadores. La única vez en que se sintió realmente desconcertado fue cuando los interrogadores le dijeron que en la explosión había muerto gente inocente. «Quería matar al liderazgo», les dijo. «Hoy, no lo habría vuelto a hacer [...] porque no alcancé mi objetivo.» Después les dijo a los

interrogadores que su fracaso podría haber sido dispuesto «porque la intención era equivocada».[33]

Tras concluir los interrogatorios, Elser fue trasladado de nuevo, esta vez a Sachsenhausen. Allí fue encarcelado con los dos operativos de inteligencia británicos secuestrados, todavía sospechosos de ser sus operadores. Disfrutó de unas condiciones relativamente buenas a cambio de algunas peticiones —por ejemplo, que reconstruyese la bomba— y se le permitió que tallase objetos de madera y que tocase la cítara para pasar el tiempo. A principios de 1945 fue trasladado al campo de concentración de Dachau.[34]

La suerte de Elser llegó a su fin cuando quedó claro incluso para los nazis más fanáticos que la guerra estaba perdida. Uno de los guardias de las SS aseguró más tarde que Elser sabía que tenía los días contados. «No me arrepiento de lo que hice», le dijo al guardia. «Y aunque no sirve de nada, creo que hice algo bueno, aunque fallé, y debo asumir las consecuencias. Pero aun así tengo miedo. Día y noche pienso en cómo será mi muerte.» Entonces, tocó la cítara por última vez, con los ojos anegados en lágrimas.[35] El 9 de abril de 1945, sonaron de nuevo las sirenas antiaéreas en Dachau. Elser fue trasladado por los guardias a un lugar desconocido cerca del campo y fusilado.

La historia de Elser demuestra que una red conspirativa no es una condición previa para el éxito de un intento de asesinato. No obstante, un «casi éxito» de este tipo se apoya en otros factores: un individuo muy viajado, con mucho talento y habilidades muy diversas, que disfruta de los beneficios de una densa red de patronos y educadores técnicos, y una serie fortuita e inesperada de circunstancias que no están relacionadas entre ellas. Sólo semejante cúmulo de coincidencias pudo generar una brecha en la seguridad personal de Hitler que Elser explotó con tanta habilidad.

Pero la suerte, que le había ayudado a llegar tan cerca de su objetivo, le falló a Elser al final. Cuando se forma parte de una red, el trabajo en equipo puede remediar muchos de los retos inesperados que plantea la mala suerte. Se puede obtener información de primera mano de los planes del objetivo;

un compañero puede ayudar a resolver el problema; se puede planear un nuevo atentado. Cuando un asesino trabaja solo, sin información de inteligencia sobre su objetivo o cooperación con su círculo interno, las circunstancias inesperadas son casi imposible de superar. Debe contar con una suerte perfecta a lo largo de todo el trayecto. Elser tuvo esta suerte hasta el estallido final del artefacto, cuando todos sus esfuerzos quedaron en nada.

7
El punto de no retorno: pogromo y guerra

El 7 de noviembre de 1938, un joven refugiado judío llamado Herschel Grynszpan entró en la embajada alemana en París y pidió ver a un funcionario. El recepcionista lo dirigió a un joven diplomático, Ernst vom Rath. Cuando le preguntó por la razón de su visita, sacó una pistola y disparó a Vom Rath en el abdomen. Grynszpan fue arrestado por la policía francesa e interrogado. Les dijo que había cometido el acto en «venganza por el pueblo judío». Unos días antes su hermana le había escrito para contarle que sus padres, judíos polacos que vivían en Hannover, habían sido expulsados hacia la frontera polaca, junto con miles de sus correligionarios. El 26 de octubre, las autoridades nazis habían ordenado que diecisiete mil judíos polacos abandonasen inmediatamente Alemania sin sus propiedades (que quedaron para el saqueo del Gobierno y de ciudadanos particulares). Los refugiados, rechazados tanto por Alemania como por Polonia, languidecían en la frontera. Entre ellos se encontraban los Grynszpan.[1]

Josef Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, aprovechó rápidamente la oportunidad para conseguir objetivos ideológicos y personales. Un antisemita furibundo, incluso para los estándares de los líderes nacionalsocialistas, quería erradicar a los judíos: cuantos más, mejor. Además, su situación personal estaba algo comprometida después de una

relación amorosa racialmente problemática con una actriz checa. Atacar a los judíos, el enemigo común de todos los nazis, era un método eficaz para rehabilitarse. Vom Rath murió finalmente el 9 de noviembre y ese mismo día todos los líderes nazis se reunieron para celebrar el Putsch de la Cervecería en la Bürgerbräukeller en Múnich. (Sin que lo supiera ninguno de ellos, Georg Elser también estaba allí, planeando su atentado del año siguiente.) Goebbels pronunció un discurso para caldear los ánimos, llegando a incitar explícitamente a la organización de tumultos violentos.[2] Aun antes de su intervención, se habían iniciado pogromos «espontáneos» en la región de Magdeburgo. Sicarios nazis, apoyados por gran parte de la población, habían quemado sinagogas, destruido tiendas judías y maltratado violentamente a los judíos locales. Goebbels vio en el asesinato de París una oportunidad para convertir los altercados puntuales en una oleada nacional de violencia. El 9 de noviembre, se desató el infierno. Reinhard Heydrich, jefe de la policía de seguridad, orquestó el pogromo y distribuyó instrucciones detalladas para sus ejecutores. Según la historiadora Leni Yahil:

> Un pogromo que escaló hasta un frenesí masivo de destrucción que se extendió por todo el país. Según los datos que publicó Heydrich el 11 de noviembre en un informe preliminar a Göring, se incendiaron 191 sinagogas y otras 76 fueron destruidas por completo [...]. Al día siguiente Heydrich informó de la demolición de setenta y cinco mil negocios judíos. Los restos de los escaparates destrozados dieron nombre al pogromo [la Noche de los Cristales Rotos] [...]. En su primer informe, Heydrich aseguraba que habían muerto treinta y seis judíos y otros treinta y seis estaban gravemente heridos; al final el número oficial de asesinados fue de noventa y uno. Más de treinta mil judíos fueron detenidos y encarcelados en Dachau, Buchenwald y Sachsenhausen, como estaba planeado desde el principio, y cientos de apartamentos propiedad de judíos fueron saqueados y destruidos.[3]

La jefatura nazi utilizó el pogromo como pistoletazo de salida para más golpes contra la judería alemana y austriaca. Por decretos especiales de Göring y Heydrich, los judíos fueron expulsados de casi todos los sectores de la economía alemana. La comunidad tuvo que pagar un millón de marcos como indemnización por Vom Rath y reconstruir por sus propios medios los destrozos de la Noche de los Cristales Rotos. No se pagaron las pólizas de

seguro. Los niños judíos fueron expulsados de las escuelas alemanas y se prohibió el acceso a casi todos los lugares públicos a ellos y a sus familias. Por primera vez, los judíos fueron encarcelados en campos de concentración sólo por ser judíos.[4]

Este pogromo tan cruel dejó a los conspiradores antinazis perplejos y paralizados, alimentando su motivación pero también su profunda sensación de impotencia. Aún no se habían recuperado de su fracaso de septiembre, cuando el golpe parecía a la vuelta de la esquina. Prácticamente no podían seguir el ritmo de los acontecimientos. En contra de sus predicciones, Hitler no cayó en desgracia. Al contrario, su estrella subió aún más alto. Goerdeler, por su parte, también se sentía aturdido por la colaboración de muchos alemanes sencillos con los alborotadores. Comprendía —parcialmente, con reticencias y quizá por primera vez— que sus amigos y él eran una gota dentro de un océano nazi. Otros se sintieron profundamente decepcionados por el silencio de los generales.[5] Al mismo tiempo, la Noche de los Cristales Rotos, o Kristallnacht, fue el punto de no retorno en su lucha contra el régimen nazi. Para Goerdeler, se habían quemado todos los puentes, todas las oportunidades para una reconciliación futura habían desaparecido para siempre. Hitler, según le dijo a un amigo británico, se encontraba «más allá de la redención».[6] Su confidente y posterior biógrafo Gerhard Ritter escribió sobre los sentimientos compartidos por el antiguo alcalde y su círculo más íntimo: «Amábamos a Alemania; estábamos orgullosos de Alemania. Pero habíamos llegado tan lejos que nos veíamos obligados a avergonzarnos de ella ante el mundo entero. Cualquiera que no hubiera experimentado como alemán aquellas semanas negras de noviembre no puede comprender por completo la extensión de la humillación y la desesperación impotente que se alojaba en el corazón de innumerables alemanes. A partir de ese momento, incluso para muchos de los nuestros que aún dudaban, no quedó ninguna posibilidad de reconciliación con el régimen tiránico».[7]

La Kristallnacht influyó no sólo en oponentes firmes al régimen, como Goerdeler, sino también en personas que sentían simpatías por algunos

aspectos de la política nacionalsocialista. Johannes Popitz, por ejemplo, sirvió como ministro de Finanzas de Prusia. Como intelectual con simpatías nazis y una hostilidad arraigada contra los judíos, hasta el momento no se había opuesto a la «expulsión de los judíos de la vida pública alemana». Ahora, sin embargo, sintió que las cosas habían ido demasiado lejos; no se podía tolerar una violencia tan inhumana, que violaba tanto «la ley como la moralidad».[8] A diferencia de la mayoría de los altos funcionarios alemanes, que apoyaron el pogromo o guardaron silencio, Popitz decidió hacer algo. Fue a ver a Göring y exigió el arresto y la acusación de «los responsables» del pogromo. «Mi querido Popitz», respondió el corpulento *Reichsmarchall,* «¿quiere acusar al Führer?» Ése fue su punto de inflexión. Miembro de la Sociedad de los Miércoles, ya tenía buenas relaciones con otros colegas que formaban parte de la resistencia como Ludwig Beck, Ulrich von Hassell y Jens Jessen.

La Kristallnacht, en un ejemplo claro del fenómeno de la mutación revolucionaria que analizamos en el capítulo 3, provocó que relaciones estrictamente sociales se convirtieran en relaciones conspirativas. Popitz decidió romper con el régimen y se convirtió en miembro del círculo interior de la resistencia.

Goerdeler, por su parte, no sólo hacía responsables a los nazis. Es cierto, decía, «Alemania está controlada por 10.000 de sus peores elementos [...] una banda de sicarios y asesinos que no reconocen ninguna ley humana o moral». Hitler quería destruir a «judíos, a cristianos y al capitalismo» para conquistar el mundo.[9] Pero los británicos también eran responsables de la Kristallnacht, porque no hicieron nada para proteger a los judíos. Habían claudicado ante Hitler en Múnich e indirectamente alimentaron su sensación de impunidad.

Goerdeler profetizó: la «persecución de los judíos continuará con una ferocidad aún mayor. La persecución de los cristianos se intensificará y seguirá un ataque contra el capital».[10] Ulrich von Hassell también se encontraba cerca de la desesperación:

> Escribo bajo la sombría impresión de la persecución abominable contra los judíos [...]. Nuestra reputación internacional no se ha visto nunca tan comprometida, desde la Gran Guerra [...]. Pero mi preocupación principal no son las consecuencias internacionales [...], sino que nuestra vida en Alemania está controlada de una manera cada vez más estrecha por un sistema capaz de cometer estos actos [...]. Actualmente, no hay duda de que se trata de una campaña de persecución antijudía organizada y formal, que debía desencadenarse simultáneamente, en la misma noche, por toda Alemania. Una verdadera desgracia.[11]

El único conspirador que hizo algo tangible fue el comandante adjunto de la policía de Berlín, Fritz von der Schulenburg. Al recibir la noticia de que se había arrestado a los judíos después de la Kristallnacht, liberó inmediatamente a los que se encontraban a su cargo, declarando que no habían violado ninguna ley. En respuesta, Goebbels lo calificó con desprecio de «pequeño burócrata».[12]

Pasaron unos pocos meses. El invierno casi había acabado y la guerra se acercaba. La suerte no favoreció a los conspiradores: el general Erwin von Witzleben, su aliado más poderoso en Berlín, fue transferido al mando de un Ejército en el oeste de Alemania. Otros conspiradores se vieron relegados. El general Halder no respondía a las comunicaciones de la resistencia. Ahora que Hitler había acumulado éxito tras éxito, no era el momento para un golpe de Estado. Los conspiradores, que seguían obsesionados con la estrategia de 1938, no podían imaginar una revuelta sin la colaboración de Halder. Witzleben también parecía profundamente desesperanzado. La política de Hitler, confió a uno de sus oficiales, conducía a una guerra mundial y a la destrucción de Alemania. Pero no se podían buscar soluciones fáciles como retirarse de la vida pública.[13] Siguiendo el patrón de septiembre de 1938, los conspiradores aún tenían esperanzas de que se produjera una derrota diplomática, un fracaso, algo que obligase a actuar a Halder.

En contraste con los conspiradores desorientados, que carecían de iniciativa y de planes concretos, el 15 de marzo, Hitler ocupó el resto de Checoslovaquia, en una violación flagrante del acuerdo de Múnich. Se acabó con la independencia checa y el país ocupado se convirtió en el «Protectorado de Bohemia y Moravia». Emil Hácha, el último presidente

soberano checo, fue obligado a firmar la sentencia de muerte de su país. El mismo día, la Wehrmacht entró en Praga. Hitler declaró: «Las provincias de Bohemia y Moravia formaron parte del espacio vital alemán durante un milenio [...]. Checoslovaquia, que muestra una falta de las capacidades básicas para existir, se está desintegrando [...]. El Reich alemán no puede tolerar el caos incesante en esas regiones, que son vitales para nosotros, así como para la paz y la seguridad generales. Por eso, en cumplimiento de las leyes de supervivencia, el Reich alemán ha decidido intervenir y emprender la acción razonable para restaurar el orden básico en Europa central».[14]

La opinión pública británica se sintió ultrajada. El secretario del Foreign Office Halifax, que ya era escéptico sobre el apaciguamiento, llamó al primer ministro para que cambiase su política a partir de ese momento.[15] Ni siquiera Chamberlain podía permanecer indiferente ante esta violación del acuerdo de Múnich. Con muchas reticencias, declaró que Gran Bretaña y Francia no iban a tolerar más agresiones alemanas, en especial contra Polonia, la siguiente víctima probable de la política exterior nacionalsocialista: «En caso de cualquier acción que amenazase claramente la independencia polaca [...] el Gobierno de Su Majestad se sentiría obligado a otorgar al Gobierno polaco todo el apoyo en su poder. Ha entregado al Gobierno polaco una garantía a estos efectos. Debo añadir que el Gobierno francés me ha autorizado a dejar claro que comparten la misma posición en este asunto».[16]

La posición de Chamberlain era débil. Sabía que Hitler le había mentido descaradamente cuando le dijo que los Sudetes serían su última demanda territorial. Checoslovaquia estaba conquistada, el acuerdo de Múnich violado y Chamberlain no había hecho nada a pesar de haber garantizado la integridad territorial checa. En el mismo discurso, justificó su comportamiento por razones prácticas: la guerra habría arruinado a Checoslovaquia y Gran Bretaña no habría tenido ninguna posibilidad de salvarla. Sus notas privadas revelan su angustia y sus intentos desesperados de justificar la traición contra Checoslovaquia ante su propia conciencia.[17] No obstante, el primer ministro no era un tonto ingenuo. Aunque

ansiaba la paz, también se había preparado para lo peor. Ahora, con mayor rapidez que en 1938, los británicos se estaban rearmando. La guerra se aproximaba.[18]

En su modesta casa de la Goethestrasse en Berlín, el general Beck seguía los acontecimientos por la radio, percatándose de que sus oscuras profecías estaban a punto de cumplirse. Alemania estaba cerca de otra guerra mundial. Se oponía a la ocupación de Checoslovaquia, una violación de un acuerdo internacional que no justificaba ningún interés alemán real. Goerdeler y Oster eran de la misma opinión. Este último, que aún conservaba su poderoso puesto en la Abwehr, continuaba trabajando con un objetivo: la prevención de un desastre internacional. Incluso ahora, con la conspiración en el punto más bajo, Oster seguía cumpliendo con habilidad su papel de enlace, orquestando constantemente un flujo de información, órdenes e instrucciones dentro de la camarilla conspirativa.[19]

Para reforzar la oposición en el seno de la Abwehr, Oster reclutó a un «asesor especial» *(Sonderführer),* un rango reservado a los civiles que trabajaban en la Wehrmacht. El nuevo recluta era un jurista antinazi, Hans von Dohnanyi. Tras la expulsión de Dohnanyi de su puesto de trabajo anterior, en el Ministerio de Justicia, por sus puntos de vista abiertamente antinazis, Oster lo instaló en la Abwehr.[20] Encargado formalmente de informar a Oster y a Canaris sobre la situación internacional, en realidad dedicaba todo su tiempo a la actividad clandestina, ayudando a judíos perseguidos y documentando sistemáticamente los crímenes nazis. Reunió pruebas sobre corrupción y asesinatos, incluidos documentos que indicaban la responsabilidad personal de Goebbels en la Kristallnacht. Después del golpe abortado, Oster y él planeaban publicar dichos documentos para demostrar al pueblo alemán que debían derrocar no a un gobierno legítimo sino a una banda criminal.[21]

Mientras tanto, Oster intentaba reforzar la antigua camarilla de Berlín, conseguir miembros nuevos y abrir nuevos canales de colaboración. Como la cooperación de Halder se seguía viendo como una condición necesaria para el golpe, lo más importante era rodearlo de aliados leales. Con ese fin,

Oster lo arregló para que otro conspirador, el responsable de la sección de sabotaje de la Abwehr, el teniente coronel Helmut Groscurth, fuera el oficial de enlace entre él mismo y el alto mando del Ejército. Enemigo acérrimo de Hitler y del régimen, Groscurth veía con horror la perspectiva de una victoria nazi en una guerra mundial. Un triunfo de Hitler, según el testimonio de un colega muchos años después, le resultaba intolerable.[22] Ahora, en vísperas de la guerra, utilizó su estrecha relación de trabajo con Halder para presionar cada vez más al jefe del Estado Mayor. Aun así, Halder se seguía negando y desde luego no reconoció la ocupación de Checoslovaquia como una buena razón para derrocar al régimen. La frustración de Oster y sus amigos creció cuando comprendieron que Halder no se iba a mover hasta que estuviera convencido de que Gran Bretaña y Francia lucharían contra Alemania.

La tercera medida importante de Oster fue nombrar un líder oficial del movimiento. Sus lugartenientes y él estaban de acuerdo en que sólo una persona tan distinguida como el general Beck, bien visto en los rangos más altos del Ejército, podía ocupar el liderazgo supremo de la conspiración. Beck, totalmente desilusionado con el régimen, estaba dispuesto. Oster se refería a él, al menos de manera informal, como su oficial superior y comandante. En 1939, por ejemplo, Oster dio las instrucciones siguientes a Josef Müller, un conspirador de la Abwehr enviado a negociar con los Aliados a través del Vaticano en Roma:

> Doctor Müller, ahora se encuentra en el cuartel general central de la Abwehr alemana [...] sirviendo también en el directorio de la oposición militar bajo el general Beck. Si trabaja con nosotros [...] nunca recibirá órdenes de la Abwehr. Incluso el almirante [Canaris] le dirá que no está obligado a obedecer sus órdenes. Para nosotros los deseos del general Beck son equivalentes a órdenes y si trabaja con nosotros debe aceptar al general Beck como su comandante [...]. Las tareas que le dé yo son las tareas que le da el general Beck [...]. Nuestra petición —es decir, la del general Beck— es que entre en contacto con el Papa. Debe preguntarle si está dispuesto a contactar con el Gobierno británico y aclarar si establecerán conversaciones de paz con la oposición alemana.[23]

Oster diferenciaba claramente la cadena de mando militar normal de la red clandestina de la resistencia. Müller siempre debía preferir esta última

por encima de la primera. El general Beck se presentaba como el comandante supremo, cuya autoridad representaba a toda la organización («nosotros»). Las instrucciones de Oster a Müller reflejan la lenta transición a la que se estaba sometiendo la camarilla de Berlín después del fracaso de 1938. La red se ampliaba, lenta pero segura, más allá del círculo íntimo de amigos formado dos años antes por Goerdeler, Oster y Gisevius. Al hacerlo, era necesaria la imagen de un comandante supremo para impresionar a los recién llegados y para crear la sensación de que se estaban uniendo a una organización secreta dirigida por una distinguida figura de autoridad. La imagen de «el General» se suponía que debía inspirar confianza y respeto, mientras que el poder del día a día seguía en manos de Oster como el enlace más importante de la red. Beck estaba muy lejos de ser una marioneta y gradualmente fue demostrando su liderazgo, pero en lo que se refiere a la red, nunca estuvo en el centro. En la resistencia alemana, como en otras muchas organizaciones, existía una gran diferencia entre el poder formal («las tareas que le da el general Beck») y el poder real («las tareas que le dé yo [Oster]»).

Al mismo tiempo, la red se ampliaba hacia la esfera civil y política. Oster supuso que para la resistencia era mejor tener el respaldo de una base política más amplia, de manera que pudiera conseguir al menos algo de apoyo popular después del golpe de Estado; no sólo era preciso conseguir la simpatía de los oficiales y los civiles asociados con la derecha conservadora, sino también de políticos de la izquierda moderada, el Partido Socialdemócrata, y los antiguo sindicatos. Witzleben, por ejemplo, temía que los obreros pudieran desencadenar una revuelta inmediata a través de una huelga general, como habían hecho en 1920 (¡pero no en 1933!). Por eso, le dijo a Goerdeler, era muy importante conseguir el apoyo activo de los líderes sindicales.[24]

Éste fue el trasfondo del contacto establecido por Oster y Goerdeler con Wilhelm Leuschner, antiguo ministro del Interior del estado de Hesse y miembro del Partido Socialdemócrata. En 1938 ya fue conocedor de los planes y estaba dispuesto a trabajar con los conservadores contra Hitler y el

régimen nazi. En su condición de político moderado y de trato fácil, fue capaz de superar las antiguas rivalidades partidistas y cooperar estrechamente con Goerdeler, Oster y Beck. Como hombre de compromiso, incluso aceptó garantizar a sus colegas conservadores la restauración de la monarquía si ellos cedían en todo lo relacionado con los derechos laborales y sociales. Su esfera de influencia atrajo a otros activistas socialdemócratas y políticos convertidos en miembros de la resistencia, entre ellos Adolf Reichwein, director del Museo del Folklore en Berlín, y Julius Leber, un antiguo parlamentario socialdemócrata.

Leber se incorporó a la resistencia recién liberado de un campo de concentración, donde había estado internado durante cuatro años. En lugar de romperlo, según testificó más tarde, las torturas que soportó aumentaron su capacidad para saber, ver y conocer por sí mismo.[25] Tras su liberación en 1938, se convertiría en propietario de un pequeño negocio que los conspiradores usarían como escondite durante la guerra (además de la fábrica de latas de cerveza de Leuschner y la oficina de Reichwein en el Museo del Folklore de Berlín). Beck se ocupó de visitar con frecuencia a Leuschner, llevando gafas de sol como camuflaje, para mantener abiertos los canales de comunicación entre conservadores y socialdemócratas.

En paralelo con la vieja estrategia de 1938, los conspiradores intentaron no sólo asegurarse el apoyo de Halder, sino también alcanzar acuerdos con Londres, con resultados igualmente decepcionantes. En 1939, no existían planes concretos para un golpe de Estado. Witzleben, el único conspirador con control directo sobre tropas, estaba aislado en Kassel y no podía hacer nada solo.[26] Aun así, Oster esperaba que la colaboración británica diera a Halder el ímpetu para cambiar de idea. Quizás aún era posible remediar la debacle de Múnich. Pero estas negociones fueron una farsa todavía mayor que las del año anterior. Los enviados de la conspiración, por un lado, no estaban coordinados y se contradecían entre ellos. Pero además, todos ellos querían conservar la mayoría de las adquisiciones territoriales de Hitler y los británicos los veían cada vez más como furibundos nacionalistas alemanes que no se diferenciaban de los nazis. La labor de Josef Müller, en

Roma, no fue mucho mejor y la credibilidad de los conspiradores a ojos británicos, que ya era muy pobre desde el principio, se fue deteriorando progresivamente. Lo mejor que pudieron conseguir los emisarios fue una equívoca declaración de apoyo de Chamberlain, que no logró impresionar a Halder ni a ningún otro alto oficial.[27]

El 23 de agosto de 1939, la Alemania nazi y la Unión Soviética firmaron un pacto de no agresión, asegurándose entre otras cosas la partición de Polonia entre las dos dictaduras. La estrella de Hitler seguía al alza, Halder evitó a los conspiradores e incluso Oster comprendió que ahora nadie aceptaría rebelarse contra Hitler, después de semejante logro. Los conspiradores sólo podían quedarse sentados y contemplar cómo Alemania y el resto de Europa se dirigían hacia una segunda guerra mundial.[28]

Como nacionalistas alemanes, los conspiradores se encontraban en una posición incómoda. Por un lado, defendían, al igual que la mayoría de los alemanes, la restauración de los territorios «robados» a Alemania como consecuencia de la Gran Guerra. Pero no querían que fuera Hitler quien recuperase dichos territorios. Goerdeler y Hassell entendían que Hitler no se sentiría satisfecho con esas ganancias, sino que empezaría por ocupar Polonia y, si nadie se lo impedía, todo el continente europeo. No tenían planes, pocos aliados en el alto mando y ninguna colaboración de los británicos. Witzleben, contrariado y aislado, fue informado por Gisevius de los acontecimientos en Berlín. Halder y Brauchitsch se mostraban más a favor de la guerra que de la resistencia. El 31 de agosto, los alemanes organizaron un último incidente como excusa del ataque inminente contra Polonia. Ciento cincuenta internos de campos de concentración fueron vestidos con uniformes polacos y conducidos para «atacar» una emisora de radio alemana en la frontera germano-polaca. La reacción nazi fue, por supuesto, rápida y brutal.

El almirante Canaris contempló los acontecimientos con horror, incapaz de cambiar el curso de la historia. La tarde del 31 de agosto, un día antes de la invasión, previó un futuro tenebroso para su querida patria. Gisevius, que se encontró con él en el alto mando de la Wehrmacht, fue conducido a un

pasillo secundario mal iluminado. «Esto es el fin de Alemania», le dijo Canaris, con la voz ahogada por las lágrimas.[29]

La resistencia del Ejército polaco fue heroica pero corta. Los Ejércitos alemanes asaltaron Varsovia desde el norte, el sur y el oeste. La Luftwaffe de Göring bombardeó Polonia sin compasión, arrasando fortificaciones, campamentos militares, fábricas y pueblos. Un número incontable de civiles fue pulverizado desde el aire. Varsovia fue destruida en un cruel bombardeo, que no se detuvo ni siquiera tras la rendición de la ciudad. Escuadrones de las SS marchaban con el Ejército, dejando a su paso sangre y destrucción. Siguiendo órdenes de Hitler, los invasores masacraron a la nobleza y la *intelligentsia* polaca, junto con los judíos y otros «indeseables».[30]

Esta vez, los británicos no estaban dispuestos a ceder. El 1 de septiembre, el embajador británico en Berlín entregó una nota formal de su Gobierno: «A menos que el Gobierno alemán esté dispuesto a entregar al Gobierno de Su Majestad garantías satisfactorias de que el Gobierno alemán ha suspendido toda acción agresiva contra Polonia y está dispuesto a retirar inmediatamente sus fuerzas de territorio polaco, el Gobierno de Su Majestad cumplirá sin vacilación con sus obligaciones con Polonia».[31]

Gran Bretaña y Francia estaban preparadas para la guerra. El general Beck, que seguía los acontecimientos desde su casa, esperaba lo peor. Para él, no existía ninguna posibilidad de que Alemania sobreviviera a un conflicto armado con las potencias occidentales.[32] A las nueve de la mañana del 3 de septiembre, el vizconde Halifax entregó el ultimátum final al Gobierno alemán: «Tengo el honor de informarle de que, a menos que no más tarde de las once de la mañana horario de verano británico, de hoy 3 de septiembre, el Gobierno alemán haya presentado garantías satisfactorias sobre el efecto antes mencionado y haya llegado al Gobierno de Su Majestad en Londres, entre los dos países existirá un estado de guerra a partir de dicha hora».[33]

El ultimátum británico fue rechazado. A las doce y seis minutos de la tarde, Neville Chamberlain le declaró la guerra a Alemania.

El mismo día, a las nueve de la noche, Alemania convirtió en realidad la declaración de guerra. Un submarino alemán hundió sin previo aviso el buque de pasajeros británico *SS Athenia*. En total perecieron ciento veinte civiles, entre ellos veintiocho americanos, en un acto que violaba las leyes internacionales. Había empezado la segunda guerra mundial.

8
El espíritu de Zossen: cuando fallan las redes

Los conspiradores estaban paralizados. En septiembre de 1938 habían esperado la guerra. Ahora que había llegado, estaban completamente desconcertados, su red era posiblemente un poco más densa, pero carecían de capacidad operativa.[1] Durante los meses de otoño, siguieron reuniéndose y trabajando en planes hipotéticos. Las tenebrosas profecías de Ludwig Beck, que preveían un ataque francés en el expuesto frente occidental, no se habían cumplido por ahora, excepto una ofensiva francesa a medio gas, que fue bloqueada con facilidad. Los franceses y los ingleses declararon la guerra, pero se movieron con lentitud e hicieron muy poco durante siete meses. Este periodo recibió el apodo de Sitzkrieg (la guerra sentada, también conocida como guerra de broma o *drôle de guerre* en francés). Los conspiradores decidieron que su próxima oportunidad se presentaría antes de la guerra «real», es decir, cuando Hitler ordenase al Ejército que marchase hacia el oeste. Los generales estaban entusiasmados con la fácil conquista de Polonia, pero muchos de ellos seguían temiendo una guerra abierta con Inglaterra y Francia.

Entonces, se presentó de repente una nueva oportunidad. El general Kurt von Hammerstein, comandante en jefe del Ejército antes de 1934 y un acérrimo antinazi, fue llamado del retiro para mandar un Ejército en el

frente occidental. A lo largo de los años había quedado aislado y amargado, obligado a contemplar, impotente, la barbarie nazi y su política exterior irresponsable. Hammerstein, conocido como el «General Rojo» por sus buenos contactos en la izquierda alemana, no estaba ligado a los valores dogmáticos de la obediencia y el honor como la mayoría de sus colegas militares. Reconocía el papel que había desempeñado al permitir que los nazis subieran al poder y estaba decidido a hacer todo lo que pudiera para corregir su error. Creía que ahora la Providencia le ofrecía una segunda oportunidad.

El 9 de septiembre, Hammerstein se incorporó a su puesto en su nuevo cuartel general en Colonia. Poco después invitó a Fabian von Schlabrendorff, un emisario de la resistencia, a una reunión y concluyó un plan para una acción rápida. Hammerstein llamaría a Hitler para que visitase Colonia a fin de «demostrar el poder militar del Tercer Reich en el oeste al mismo tiempo que se empezaba a librar la Campaña Polaca en el este».[2] A su llegada, el Führer sería detenido y neutralizado. Hammerstein estaba dispuesto a sufrir las consecuencias y esperaba que este ejemplo sirviera de desencadenante de una revuelta generalizada. Schlabrendorff le prometió que haría todo lo que estuviera en su mano. Durante unos pocos días esperanzadores a principios de septiembre de 1939, la red de la resistencia volvió a la vida. Schlabrendorff relató en sus memorias que «fue tarea mía informar a los británicos sobre los planes de Hammerstein. La embajada británica ya había sido desalojada, pero pude reunirme con Sir George Ogilvie-Forbes, consejero de la embajada británica, en el hotel Adlon alrededor de la hora del almuerzo».[3]

El Adlon, alto y lujoso, dominaba por encima de los tilos de Unter den Linden, la avenida principal de Berlín, a pocos pasos de la Puerta de Brandeburgo. Schlabrendorff entró en el vestíbulo y descubrió que el diplomático británico lo estaba esperando. Mientras charlaban en el bar se les acercaron dos oficiales de las SS. Schlabrendorff, como testificó más tarde, pasó unos «momentos muy incómodos», porque creyó que los oficiales estaban allí para detenerlo por almorzar con un diplomático

británico horas después del estallido de la guerra. Sin embargo, por suerte, no prestaron atención a su presencia y habían ido simplemente para acordar con Sir George algunos detalles de la partida inminente del personal de la embajada británica.[4]

Durante un momento las esperanzas fueron elevadas. Por primera vez desde la salida de Witzleben de Berlín, los conspiradores habían encontrado a un alto mando dispuesto a colaborar con ellos. Mejor aún, a diferencia de aquellos con los que los conspiradores habían trabajado antes, Hammerstein no exigió garantías ni de Halder ni de Gran Bretaña. Estaba dispuesto a actuar contra Hitler incondicionalmente, y solo.

Ahora el plan podía pasar a la siguiente fase. Hammerstein envió la invitación al cuartel general de Hitler. Pero el Führer se negó a acudir. Probablemente no confiaba tanto en Hammerstein, cuyas simpatías antinazis eran bien conocidas, como para poner su seguridad personal en las manos del general. Lo peor fue que, unos días después, el General Rojo fue cesado de su cargo y pasado al retiro. Hammerstein, triste y amargado, no había conseguido aprovechar su segunda oportunidad. En 1933, no evitó que los nacionalsocialistas subieran al poder, y ahora no podía impedir que declarasen la guerra. En los años siguientes, antes de morir a causa de un cáncer en 1943, Hammerstein habló con amargura de los jefes de la Wehrmacht por su falta de visión y su cobardía. «Esa gente me ha convertido a mí, un viejo soldado, en un antimilitarista», le dijo a un amigo después de oír que Halder y Brauchitsch no apoyarían un golpe, ni siquiera después de las atrocidades nacionalsocialistas cometidas en Polonia.[5]

Los meses de octubre y noviembre, después de la marcha repentina de Hammerstein, fueron una pesadilla continua para los conspiradores. Aun así, incluso en medio de su desesperación, la red de resistencia fue creciendo lentamente: algunos se unieron a ella y para muchos llegó el momento de ser reclutados. Las atrocidades de las SS en Polonia convencieron a muchos oficiales jóvenes que no habían mostrado ninguna

inclinación política para que se volvieran contra el régimen. Así, por ejemplo, el comandante Helmuth Stieff, de la sección de organización del alto mando del Ejército, se convirtió en un antinazi como consecuencia de las masacres durante los primeros meses de la guerra: «Arrancar a generaciones enteras, incluyendo mujeres y niños, sólo lo pueden hacer subhumanos que no se merecen llamarse "alemanes". Me avergüenzo de ser alemán. Esta minoría, con sus asesinatos, pillajes e incendios intencionados [...] traerán el desastre sobre todos nosotros a menos que los detengamos con rapidez».[6]

Hermann Kaiser, un capitán en la reserva, que más tarde desempeñaría un papel esencial en las redes de resistencia, también se vio conmovido por las atrocidades en Polonia. En mayo de 1941 escribió en su diario: «El Ejército está hambriento de pillaje. Situación en Varsovia: la población se muere de hambre, de modo que mujeres y niños caen redondos y fallecen en las calles. El Jefe Provincial del Trabajo [*Gauarbeitsführer*] Faatz: los polacos deben perecer, ser exterminados [...]. Destrucción de iglesias: los altares se destruyen con armas de fuego y los crucifijos se cortan con hachas [...]. Se redistribuyen las propiedades».[7] Aún más radical era Fritz von der Schulenburg, comandante adjunto de la policía de Berlín, reclutado en el Ejército tras el inicio de la guerra: «Estos actos sólo se detendrán con fusilamientos. Sólo se puede conseguir un cambio a través de una revuelta armada. Sólo la destitución forzada del hombre omnipotente puede provocar el cambio sanador».[8]

A pesar de su voluntad de actuar, Stieff y Schulenburg podían hacer muy poco contra el régimen. Todo dependía, una vez más, de Halder y Brauchitsch. El teniente coronel Groscurth, durante una visita a Polonia justo después de la invasión, se sintió horrorizado por las masacres de judíos, nobles e intelectuales. Por consiguiente, transmitió un informe detallado a Oster, Beck y su superior directo, Halder. Sin embargo, el jefe del Estado Mayor no estaba interesado en historias de terror y se negó a tenerlas en cuenta como una buena razón para un golpe de Estado. Incluso

prohibió a Groscurth que enviara ese informe a los comandantes militares en el frente occidental para «no cargarlos con detalles».[9]

Los intentos desesperados de Canaris para acabar con las atrocidades no tuvieron mejor suerte. En los primeros meses de la guerra, envió protesta tras protesta, pero sólo consiguió que las ignorasen. Al igual que Hammerstein, empezó a odiar a los generales de más alto rango por su indiferencia criminal. «No tiene sentido intentar convencerlos», le dijo a Hassell.[10]

El dramático desarrollo de los acontecimientos conmocionó de nuevo al alto mando el 9 de octubre. Hitler reunió a los comandantes principales de la Wehrmacht y les dio lo que más temían muchos de ellos: la orden de una ofensiva alemana en el oeste: «Si, en el futuro cercano, resulta que Inglaterra y su satélite Francia no tienen intención de terminar la guerra, he tomado la decisión de actuar con agresividad y sin demora [...]. Es preciso preparar una ofensiva [...] a través de los territorios de Luxemburgo, Bélgica y Holanda. Esta ofensiva se deberá ejecutar con toda la fuerza, con la mayor rapidez posible».[11]

La mayoría de los generales en el alto mando sentían una gran aversión a la campaña occidental, fijada por Hitler para el 26 de noviembre. Brauchitsch estaba seguro de que Alemania sería completamente derrotada. El general Ritter von Leeb, comandante del Tercer Grupo de Ejércitos, envió un memorando apasionado contra la ofensiva e hizo un llamamiento a la paz, e incluso un general tan nazi como Reichenau denunció el plan como «criminal». No se refería a la violación de la soberanía de los Países Bajos, Luxemburgo y Bélgica, sino a un crimen contra el Ejército, que podría quedar destruido como resultado de una aventura tan peligrosa.[12]

Groscurth, ansioso por aprovechar esta nueva oportunidad, recurrió de nuevo a Halder. Esta vez, el jefe del Estado Mayor estaba más receptivo. Su general de intendencia, Carl-Heinrich von Stülpnagel, prometió a Halder que «encerraría a Brauchitsch» si se negaba a colaborar. Además, le prometió al jefe de Estado Mayor que realizaría una gira por los frentes para encontrar aliados nuevos entre los principales comandantes sobre el terreno.

El 29 de octubre, el general Halder dio su visto bueno final y unos pocos días después indicó a Oster que reformulase los planes de 1938. Durante una semana, el alto mando de la Wehrmacht en Zossen, cerca de Berlín, se convirtió en un centro de actividad subversiva clandestina.[13]

De nuevo, Oster y sus amigos estuvieron ocupados planificando. Se pusieron en contacto con Heinz, el jefe del comando en 1938 y le advirtieron que estuviera en máxima alerta. En Roma, Josef Müller se aproximó a los británicos para obtener garantías de que no aprovecharían la situación para conseguir ventajas en caso de un golpe. Algunos comandantes leales, como Witzleben, aceptaron poner sus tropas a disposición de los conspiradores. Incluso Erich Kordt estaba preparado para asesinar a Hitler simultáneamente al golpe. Le pidió explosivos a Oster para que Hitler saltase por los aires durante una de las sesiones informativas diarias.[14]

Pero este intento de golpe no fue más que un remedo de la conspiración de 1938. Para parafrasear al pensador francés Alexis de Tocqueville, parecía que Halder estaba «organizando una obra de teatro sobre la revuelta de 1938» en lugar de repetirla. Nunca dejó de poner obstáculos y se negó rotundamente a actuar sin el consentimiento de Brauchitsch. Además, se quejó a un emisario de la resistencia, el teniente general Georg Thomas, de que Gran Bretaña estaba librando una guerra «no sólo contra Hitler, sino también contra el pueblo alemán». No había ningún gran hombre para sustituir al Führer, la mayoría de los oficiales jóvenes apoyaban al régimen y la nación necesitaba una idea que la guiase como el nacionalsocialismo. Pero aun así, Halder nunca dijo que no, y dejó a los conspiradores en suspenso. ¿Actuaría en el momento decisivo? Nadie podía asegurarlo. Los agentes de la resistencia temían algo peor con el general Brauchitsch. Cuando Thomas intentó informarle sobre las negociaciones secretas con Gran Bretaña, lo mandó callar y lo amenazó con el arresto.[15]

El 5 de noviembre se ordenó que el Ejército estuviera en máxima alerta, dispuesto a marchar hacia el oeste contra Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Los conspiradores creían que tenían razones para ser optimistas. Los

comandantes más importantes se oponían a la ofensiva y por eso las posibilidades de ganarse su apoyo para el golpe eran sustanciales. Halder ordenó a Beck y Goerdeler que estuvieran preparados para una acción inmediata. De nuevo, sus esperanzas eran muy elevadas. Mientras tanto, Brauchitsch fue en coche a la Cancillería del Reich para convencer a Hitler de que renunciase a la ofensiva.[16] Si la reunión fracasaba, según creían los conspiradores, seguramente Brauchitsch les daría su apoyo. Beck, Oster y los otros líderes confiaban en Zossen, el centro de la resistencia contra la ofensiva en el oeste. Goerdeler, optimista por naturaleza, había empezado a preparar una lista del gabinete para formar un nuevo Gobierno. Beck y Schacht eran más escépticos. Todos estaban ansiosos por recibir las noticias de la reunión crucial entre Hitler y Brauchitsch.

Y las noticias llegaron. La extraña reunión entre el Führer y el comandante de su Ejército de tierra puso punto final a la farsa conspirativa de Zossen. Después de que Brauchitsch murmurase algo sobre el mal tiempo y la posibilidad de un motín entre las tropas, Hitler le espetó: «¿En qué unidades? ¿Qué medidas ha tomado? ¿Cuántas condenas a muerte ha ordenado en respuesta?». En su furia, Hitler le dijo que estaba bastante familiarizado con el «espíritu de Zossen»: un espíritu de subversión, motín y traición. Un día aplastaría ese espíritu de una vez por todas.[17]

Brauchitsch regresó a Zossen temblando de miedo. El comentario de Hitler sobre el «espíritu de Zossen» convenció a Halder y a los conspiradores de que su complot habría podido quedar al descubierto. En un momento de pánico, el jefe del Estado Mayor ordenó que se quemasen todos los documentos y se cancelasen los planes. «No es posible evitar la ofensiva occidental», le dijo a Groscurth con lágrimas en los ojos. «Sencillamente no puedo hacerlo.»[18]

Mientras tanto, Beck recibió un informe detallado de Groscurth sobre las atrocidades de las SS en Polonia: quince mil judíos, incluidos mujeres y niños, habían muerto intencionadamente congelados mientras los

trasladaban en camiones abiertos. El antiguo jefe del Estado Mayor se sintió horrorizado. Estas atrocidades, escribió al general Brauchitsch, mancharían al Ejército alemán para toda la eternidad. Brauchitsch ni siquiera se molestó en contestar. «El carácter siniestro del régimen, especialmente desde el punto de vista ético, está cada vez más claro para Beck», anotó Hassell en su diario.[19] Pero ¿qué podía hacer el antiguo jefe del Estado Mayor para ayudar a los judíos y a los polacos, y para impedir que su país fuera moralmente corrupto y militarmente derrotado? La única solución era persuadir de nuevo a Halder. Beck era reticente, pero cuando Stülpnagel, que tenía a los dos hombres en alta estima, organizó una reunión, el líder de la resistencia no se pudo negar.[20]

Los dos se encontraron de nuevo el 26 de enero de 1940. Para evitar a la Gestapo, pasearon juntos por las calles vacías de Dahlem, un barrio tranquilo de las afueras de Berlín. Beck sermoneó a Halder sobre la urgencia de la revuelta: Hitler estaba provocando la ruina de Alemania. Halder, como siempre, señaló las dificultades: la nación respaldaba a Hitler y los conspiradores habían fracasado en los preparativos políticos adecuados. En estas circunstancias no era posible realizar un golpe. Beck, en respuesta, acusó a Halder de cobardía. «Como jinete experimentado», comentó, «Halder debe saber que hay que poner el corazón para saltar el obstáculo.» Este comentario, según señala Nicholas Reynolds, convirtió el resto del encuentro en un «ejercicio de reproches».[21] Beck debió de recordar que, en el pasado, fue Halder quien intentó convencerlo para que actuase contra Hitler. Ahora, los papeles estaban cambiados. Parece que importaba menos la personalidad de uno y otro, Beck y Halder, y más el papel de jefe de Estado Mayor, que investía a quien lo asumía con un sentido de responsabilidad y cautela. Beck y Halder se separaron en los «peores términos».[22] Nunca se volvieron a ver.

Seguía existiendo un rayo de esperanza. Erich Kordt, el joven diplomático en el Ministerio de Asuntos Exteriores, estaba dispuesto a seguir adelante con el plan de asesinato. Pensó que quizá Halder cambiase de idea si el Führer estaba muerto. Pero, el 8 de noviembre, quedó claro que

el plan no se podía ejecutar. Como consecuencia del intento de asesinato por parte de Georg Elser, todas las organizaciones de seguridad estaban en alerta máxima y era prácticamente imposible conseguir explosivos, excepto por razones bien definidas y estrictamente autorizadas. Parecía que la última oportunidad se había desvanecido.[23]

Por si no fuera suficiente, los conspiradores sufrieron otro golpe desde el exterior. El 9 de noviembre, las SS secuestraron a dos agentes británicos, S. Payne Best y Richard Stevens. La pareja estaba en contacto con dos coroneles de la resistencia que prometieron ponerlos en comunicación con un general. Después de algunas reuniones se fijó una entrevista en Venlo, en la frontera germano-holandesa. Desgraciadamente, los dos «coroneles» eran agentes de la Gestapo y su comandante era nada menos que Walter Schellenberg, de la contrainteligencia del SD (el servicio de seguridad de las SS). Cuando los agentes llegaron al lugar de la cita, fueron atacados con fuego de ametralladora. Un operativo de inteligencia holandés que los acompañaba murió, y ellos fueron despachados a Alemania.[24] Como se mencionó en el capítulo 6, Hitler y Himmler sospechaban que Best y Stevens eran los que tiraban de los hilos detrás del intento de asesinato de Elser. Eso no era cierto. Aun así, la acción fue en detrimento de los conspiradores. Ahora, los británicos eran aún más cautelosos al entrar en contacto con los alemanes antinazis y las negociones, que nunca fueron demasiado fluidas, se espaciaron todavía más.[25]

En 1940 la resistencia alemana había llegado a un punto muerto. La conspiración, aunque algo más grande, era totalmente impotente después de perder a la mayoría de sus aliados más importantes. Los generales poderosos, incluidos Halder y Brauchitsch, eran inalcanzables; las tenebrosas predicciones sobre la derrota alemana parecían inconsistentes; y las negociaciones con los británicos no llevaban a ningún sitio. La estrategia de Beck, Goerdeler y Hassell, que presuponía la colaboración de fuerzas exteriores, y convencer e implorar a Halder y Brauchitsch para que actuasen, no había dado ningún fruto, junto con la creencia en que una revolución legal y «sin sangre» era una opción realista. Septiembre de 1938

se encontraba en un pasado muy lejano y parecía inútil intentar repetir la misma estrategia una y otra vez. Un número creciente de conspiradores aceptaron la opinión de Oster de que primero era preciso asesinar a Hitler y sólo después de eso se establecería contacto con los generales. Oster ya estaba harto de los intentos de convencer a Halder y Brauchitsch. Junto con otros muchos, se liberó del incompetente «espíritu de Zossen».[26]

Pero eso no era suficiente. Oster comprendió que la fiabilidad de los conspiradores, incluido él mismo, había quedado irremediablemente comprometida ante los ojos de los británicos. Para remediarlo, tomó una decisión que muchos alemanes, incluso después de 1945, consideraron imperdonable. A finales de septiembre de 1939, llamó a su antiguo amigo el coronel Sas, el agregado militar holandés, y le filtró el momento exacto de la ofensiva alemana en el oeste. Sabía que era posible que muriesen soldados alemanes a causa de ello, pero quizá fuera posible que la guerra tuviera un final rápido. En dichas circunstancias, ¿quién podía saberlo? Quizás el golpe de Estado se convertiría de nuevo en una posibilidad real. De la conspiración, Oster pasó a la colaboración con el enemigo.

«Se podría decir que soy un traidor a mi país», le dijo al oficial holandés cuando le entregó la información, «pero en realidad no es así. Me considero mejor alemán que todos esos que siguen a Hitler. Es mi plan y mi deber liberar a Alemania y así al mundo de esta plaga.» Oster sabía muy bien que había cruzado el Rubicón. «Para mí ya no hay vuelta atrás», le dijo a su amigo y confidente Franz Liedig, uno de los coorganizadores de las tropas de choque de 1938. Más tarde, siguió saboteando el esfuerzo de guerra alemán al informar a oficiales de Bélgica, Noruega, Dinamarca y Yugoslavia sobre los inminentes ataques alemanes contra sus países.[27]

No sirvió de nada. Tanto los holandeses como los belgas se negaron a confiar en la información de Oster, convencidos de que el informador alemán no era más que un provocador.[28] De hecho, muy pocos creían que Alemania fuera a atacar a los países occidentales. El 10 de mayo de 1940, cuando Hitler dio finalmente la orden de marcha, los ejércitos occidentales se vieron totalmente sorprendidos. La Wehrmacht se dirigió hacia Francia a

través de los Países Bajos, ocupando Bélgica y Holanda. Para sorpresa de Beck y de los otros jefes de la resistencia, el Ejército francés y la Fuerza Expedicionaria Británica fueron derrotados por completo. Francia quedó expuesta al ataque alemán y su Ejército, debilitado por el desastre belga, no fue capaz de ralentizar el avance de la Wehrmacht. En la primavera de 1940 sólo era cuestión de tiempo que Francia cayese.

Aquellos acontecimientos dejaron boquiabiertos a los conspiradores una vez más. Beck se negó a creer que Inglaterra y Francia fueran tan débiles. Seguía estando seguro de que Hitler estaba condenado a perder la guerra. Hitler no podía ganar; no debía ganar. A principios de 1940, Beck se encontró con uno de sus amigos, un pastor, que era optimista sobre la guerra. Le dijo a Beck que Alemania ganaría. El general ofreció sus contraargumentos militares y explicó a su amigo por qué el Reich acabaría perdiendo. Terminada la conversación, Beck acompañó a su amigo por el jardín. Cuando abrió la puerta, el antiguo jefe del Estado Mayor le expresó un último pensamiento. «Conozco al hombre», confesó, «y le puedo asegurar que es uno de los hombres más malvados que han pisado nunca la faz de la Tierra.»[29]

A finales de septiembre de 1939, Beck descubrió que su íntimo amigo, el general Werner von Fritsch, que había sido destituido de su cargo por una falsa acusación de homosexualidad, había muerto en combate. Mientras andaba por un campo cerca del frente, fue detectado por una escuadra de ametralladoras polaca y acribillado a tiros. Beck estaba seguro de que su muerte era un suicidio. Fritsch no podía soportar su humillación.

Un poco después, en octubre, Beck invitó a Goerdeler a su casa en la Goethestrasse. Los dos acordaron no flaquear en su resistencia contra Hitler, sin importar los costes. Estaban en contacto constante con Oster, que seguía trabajando en la ampliación de la red clandestina. Beck también mantenía una relación con los líderes socialdemócratas Leuschner y Leber, que se habían unido a la resistencia a finales de 1939.

En la Goethestrasse, Beck y Goerdeler escucharon las noticias sobre las atrocidades alemanas en Polonia emitidas por la BBC. El locutor presentó a

un general británico, un veterano de la Gran Guerra. El anciano oficial preguntó dónde estaban los honestos oficiales prusianos que conocía de la última guerra. Lamentó la muerte de Fritsch, que simbolizaba según él este espíritu. La BBC emitió una canción fúnebre militar: «Tuve un camarada / no habrá ninguno mejor». Goerdeler se volvió hacia Beck. Sus ojos estaban anegados en lágrimas.[30]

9
Señales en la oscuridad: reconstruyendo la conspiración

Dorothy Thompson fue una periodista americana muy influyente durante la segunda guerra mundial. Presentaba un programa de radio importante y era considerada una experta distinguida en todo lo alemán. Al contrario de otros miembros de la elite americana, simpatizaba con la oposición alemana y estaba familiarizada con ella. En una serie de emisiones en onda corta para Alemania en el verano de 1942, se dirigió desde Nueva York a un conocido alemán —un misterioso opositor conocido sólo como Hans— implorándole a él y a sus amigos políticos que dejasen de dudar, se pusieran en pie y actuasen. Había llegado el momento de librarse definitivamente de Hitler: «La última vez que nos vimos, Hans, y tomamos el té juntos en aquella hermosa terraza delante del lago, me dijiste: "Escucha, Dorothy, no habrá guerra" [...]. Te dije que un día tendrías que demostrar con hechos, con hechos drásticos, dónde estabas, si la salvación de Alemania dependía de la respuesta a esa pregunta. Y recuerdo que te pregunté si tus amigos y tú ibais a tener en algún momento el valor de actuar».[1]

Pero el misterioso Hans (algo más tarde) y sus compañeros de la resistencia fueron incapaces de realizar «hechos drásticos» y no necesariamente porque carecieran de valor. Los fracasos de la resistencia alemana en 1938 y 1939 la había conducido a una crisis relacionada con sus

limitaciones estructurales básicas. Como hemos visto en el capítulo 8, la estructura en red de la conspiración, ajustada a la realidad de septiembre de 1938, no encajaba con el mundo completamente diferente que había generado la guerra. Demasiado pequeña para hacer nada por sí misma, la red dirigida por Oster, Goerdeler y Beck no tenía acceso a Hitler y seguía dependiendo de la buena voluntad de Halder. Ahora, bajo las condiciones de la escalada de un conflicto global, la colaboración de los mandos superiores del Ejército era cada vez menos realista. Estaban muy ocupados con la guerra, intoxicados por la victoria. Algunos de ellos incluso fueron sobornados con ascensos, medallas y enormes sumas de dinero.[2] Con el objetivo de superar su dependencia de personas externas de poca confianza, los conspiradores tenían que aprender a organizar un golpe de Estado confiando principalmente en ellos mismos. Para que eso fuera posible, la red debía ser mucho más grande y también debía someterse a algunas transformaciones importantes en su estructura y estrategia. Aunque Oster y otros trabajaron sin descanso para ampliar la red, en 1940 estas transformaciones se encontraban aún en un futuro lejano.

Resultaba difícil reclutar nuevos miembros del Ejército mientras Hitler seguía consiguiendo victorias incontestables en el oeste. En mayo de 1940, los panzers alemanes penetraron en Francia a través del bosque de las Ardenas, que muchos consideraban que era impenetrable para las unidades blindadas. Gran parte del Ejército francés fue destruido en Bélgica, junto con la Fuerza Expedicionaria Británica. Entre el 27 de mayo y el 4 de junio, los restos de las tropas británicas vencidas —cientos de miles de hombres— fueron evacuados hacia Inglaterra desde Dunkerque, en Francia. París fue ocupado once días después, y el primer ministro francés Paul Reynaud dimitió. El 21 de junio, la partida había terminado. Hitler obligó a los franceses a firmar un armisticio en el bosque de Compiègne, en el mismo vagón de ferrocarril donde Alemania había firmado el armisticio humillante al final de la Gran Guerra. Alemania tomó bajo su control enormes extensiones del territorio francés, incluido París. El resto fue confiado al régimen títere de Vichy.

Las victorias de Hitler eran incómodas para patriotas alemanes conservadores como Beck, Goerdeler y Hassell. Ellos también recordaban la humillación de Alemania después de la Gran Guerra, pero no conseguían alegrarse de la victoria militar de su país. Al fin y al cabo, se trataba del triunfo de Adolf Hitler. Ulrich von Hassell, que se convirtió *de facto* en el ministro de Asuntos Exteriores de la resistencia, expresó sus sentimientos en su diario: «Nadie puede negar la magnitud de los logros de Hitler, pero no pueden esconder la verdadera naturaleza de sus acciones y actos, y el peligro terrible que se cierne sobre todos los valores sublimes [...]. El peso de esta tragedia te puede llevar a la desesperación, haciendo que sea imposible alegrarse de los logros nacionales más grandes [...]. Las masas están gobernadas por la indiferencia estúpida, una consecuencia de siete años recibiendo órdenes a través de altavoces».[3]

Hassell, Beck y Oster seguían esperando un contratiempo militar que pudiera convencer a los generales de que reconsiderasen su apoyo al régimen. Mientras tanto, los enemigos de Hitler en el exterior también estaban sufriendo dificultades. El Reino Unido seguía en pie, aunque tremendamente castigado, mientras que el aliado francés había dejado de existir. En el verano de 1940, Gran Bretaña se había quedado sola, una pequeña isla de democracia frente al poderoso Reich de Hitler. El imperio nazi se extendía desde Polonia en el este hasta Francia en el oeste, y también gobernaba Noruega, Dinamarca, Bélgica y los Países Bajos. Pero Winston Churchill, el sucesor de Chamberlain como primer ministro, no estaba dispuesto a rendirse.

Al darse cuenta de que Churchill seguiría luchando, Hitler decidió invadir las Islas Británicas. La lucha principal tendría lugar en el aire, porque la destrucción de la Royal Air Force y de la flota británica era condición previa para una invasión anfibia. Gran Bretaña sufrió un gran castigo y algunas de sus ciudades se vieron terriblemente destruidas como consecuencia de los ataques aéreos de la Luftwaffe. Pero durante el otoño de 1940, la RAF seguía en el aire y Hitler comprendió que no era posible

una invasión. El asalto anfibio, con el nombre en clave de Operación León Marino, fue cancelado.

Incapaces de ganarse a Halder o a otros generales importantes, o de hacer algo por ellos mismos, Oster y sus hombres seguían intentando extender su red, preparándola para una acción independiente. La mayor parte del reclutamiento se realizaba a través de oficiales de enlace, muchos de ellos civiles que visitaban los frentes para localizar reclutas potenciales entre los que mostraban simpatías antinazis. Cuando se encontraba una persona adecuada, se mantenía una conversación inicial y después se la dirigía a uno de los comandantes, o «enlaces», para seguir el sondeo. A la mayoría de los reclutas se les ordenó que siguieran ampliando la red, consiguiendo de esta manera lo que en la teoría de análisis de redes se llama un «efecto viral», es decir, una situación en la que cada recluta nuevo recluta a otros, y la red crece exponencialmente. No hace falta decir que el peligro siempre presente de infiltración por parte de la Gestapo, las condiciones de la guerra y las simpatías nazis de la mayoría de los oficiales obstaculizaban dicho efecto. Pero, aun así, la red creció.

Por motivos de seguridad, los nuevos reclutas sólo recibían una información parcial y en algunos casos se les decía que el movimiento era de creación reciente, con el objetivo de mantener ocultos los planes del golpe de 1938 y 1939. El coronel Hans Crome, un oficial antinazi y miembro de la resistencia, explicó a sus captores soviéticos cómo lo habían reclutado:

> En octubre de 1941, llegó a París un viejo amigo, el doctor Jessen, profesor de economía en la Universidad de Berlín. Me había reunido con el doctor Jessen muchas veces antes de llegar a París y conocía mi actitud negativa hacia Hitler. Por esa razón me informó sin grandes rodeos de que se había establecido una organización ilegal en Berlín en 1941, cuyo objetivo era derrocar a Hitler y su sistema político, y parar la guerra [...]. Cuando el doctor Jessen me pidió que me uniera a la organización, acepté con naturalidad y sin dudar.[4]

Ahora, Crome debía justificar la confianza que se había depositado en él, mientras obedecía procedimientos estrictos de seguridad en la información:

> Al hablar sobre temas prácticos de la organización, decidimos que reclutaría activamente a nuevos miembros de la organización y que asumiría el papel de oficial de enlace entre el cuartel general de Berlín y el mariscal de campo Witzleben [...]. En conclusión, el doctor Jessen sugirió que entrara en contacto con los generales Oster y Olbricht, que eran los responsables de los asuntos prácticos de la organización y a los que informaría que me había unido a la organización cuando regresase a Berlín [...]. Acordé con el doctor Jessen que durante el verano de dicho año un hombre de las SS llamado Langbehn llegaría a Crimea para ponerse en contacto conmigo y que me entregaría una clave secreta con la firma de Jessen. También acordamos que informaría al general Oster sobre los nuevos reclutas [utilizando palabras en clave] a través de la correspondencia oficial.[5]

Pero el reclutamiento no era suficiente. La red había crecido, pero durante los primeros dos años de la guerra, no estaba claro qué podría hacer ni cuál era su objetivo. Carente del apoyo de los generales de mayor rango, de capacidad operativa o de acceso a Hitler, la resistencia quedó reducida a esperar pacientemente y a sumergirse en un océano de planes, esperanzas y sueños.

10
En alas del pensamiento: redes imaginarias

Incapaces de hacer nada tangible contra el régimen, los miembros dirigentes de la resistencia pasaron los primeros dos años de la guerra haciendo preparativos meticulosos para una Alemania posnazi, algo que parecía remoto, pero aun así inspirador. En definitiva, la resistencia debía ocuparse de algún tipo de actividad positiva más allá del reclutamiento, y si no era posible un golpe de Estado, ¿qué quedaba si no era planificar? Se intercambiaron opiniones, se escribieron informes y listas ministeriales, y se formaron gobiernos en la sombra. Como la construcción de una red clandestina en el mundo real era lenta y frustrante, los conspiradores también se volvieron hacia las redes imaginarias. Esta labor intelectual era un medio para que los amigos intercambiaran ideas sobre el futuro del país, para recrear la conspiración como una comunidad política imaginaria con sus propios presidente, primer ministro, puestos ministeriales, leyes, regulaciones y constitución. En retrospectiva puede parecer absurdo, considerando que la guerra y sus atrocidades estaban ocurriendo a su alrededor, pero para los conspiradores era vital. Por ejemplo, ¿en 1938 y 1939 no se había quejado el general Halder de que los conspiradores no habían sido capaces de preparar adecuadamente una base política para un nuevo régimen?

La primera propuesta para una «estructura de gobierno alternativa» fue redactada por Ulrich von Hassell, tras largas deliberaciones con Goerdeler, Beck y Popitz. Hassell proponía la sustitución del régimen totalitario por un *Rechtstaat:* un Estado conservador en el que reinaría el gobierno de la ley, basado en la imparcialidad, la justicia y los valores cristianos. Tras el derrocamiento del régimen nazi, los conspiradores establecerían una dictadura militar interina, seguida de un régimen autoritario, muy probablemente una monarquía. Hassell, que no era un demócrata, no quería restaurar la República de Weimar ni nada parecido. Deseaba un gobierno fuerte que no fuera responsable ante un Parlamento electo, cuyo papel sería asegurar derechos básicos como la vida, la propiedad, el honor y la justicia. El partido nazi quedaría disuelto y prohibido, y no se permitirían otros partidos. En su lugar, el país sería gobernado por una coalición del Gobierno, el Ejército y las elites económicas. Alemania propondría una «paz justa» a sus enemigos y en consecuencia abandonaría todos los territorios «no alemanes». Pero conservaría Austria, los Sudetes, Danzig y el Corredor Polaco. El Reich seguiría buscando la hegemonía en Europa, pero pacíficamente, no por medios militares, como una consecuencia natural de su poder geográfico, económico y cultural.[1]

Los planes esbozados por Carl Goerdeler, la figura dominante en la facción conservadora de la resistencia, fueron más complicados e influyentes que los planteados por Hassell. Su exposición más extensa se encuentra en «La meta» («Das Ziel»), que escribió probablemente a finales de 1941. El documento muestra en detalle la visión de Goerdeler que agrupaba todos los aspectos de la vida en la «Nueva Alemania». Se divide en una introducción filosófica y tres temas de análisis principales: política exterior, política interna y estructura constitucional. La introducción filosófica es la clave del documento y se trata, en realidad, de un análisis de la naturaleza humana y de las relaciones recíprocas entre los ciudadanos y el Estado, bajo el título curioso de «la totalidad de la política». Por un lado, escribió Goerdeler, el hombre es una criatura egoísta, que lucha y compite contra los demás para defender sus intereses privados. Por otro lado, lleva

en su interior una chispa divina y espiritual que le empuja a conseguir logros en beneficio de la sociedad. El papel del Estado consiste en establecer un equilibrio entre estos dos polos y crear un espacio pacífico en el que las personas puedan competir sin hacer daño a sus vecinos. Mientras tanto, la sociedad debe cultivar los elementos buenos en la naturaleza humana a través del apoyo espiritual y moral, permitiendo que los seres humanos desarrollen sus talentos en paz y libertad. El Estado no debe ser artificial sino más bien «orgánico», un término que Goerdeler repite una y otra vez en «La meta». Se debe basar en una confederación de comunidades «naturales», una alianza entre localidades y unidades familiares para asegurar el bien colectivo. En este sentido, Goerdeler oscila constantemente entre ideas ilustradas, como derechos naturales, individuales y el poder de la razón, y una ideología conservadora y antiilustrada que percibe el Estado como un «organismo» y pone el acento en las comunidades «naturales». Discípulo ardiente de la Europa de la Ilustración, y al mismo tiempo su crítico, osciló entre estos dos polos a lo largo de toda su vida.

Al mantener esta visión híbrida, Goerdeler rechazaba la idea de un gobierno totalitario y siempre intervencionista, debido a su preocupación por los derechos humanos y civiles, y por el temor a que un gobierno de este tipo podría imponer un orden «no orgánico», el peor enemigo de la libertad y la dignidad humanas. Esto era un indicio de la animadversión de Goerdeler hacia la ideología totalitaria nacionalsocialista, con sus métodos de coerción, privación de libertad y un sistema educativo que pretendía convertir a los seres humanos en máquinas obedientes. Pero, con un espíritu más conservador, también sostenía que la democracia moderna siempre iba a fracasar. Su materialismo subyacente distanciaba al hombre de Dios y, lo que era igual de malo, subordinaba a los ciudadanos a las reglas artificiales de los partidos de masas, que no tenían nada que ver con los intereses reales de los votantes. La solución de Goerdeler era una monarquía hereditaria dirigida por un emperador que nombraría a un canciller del Reich, que a su vez dirigiría el Estado mientras mantuviera la confianza del emperador. Al mismo tiempo, Goerdeler quería evitar la dictadura recortando

significativamente la autoridad del gobierno central. Su papel se centraría sobre todo en la política exterior, la seguridad nacional, el orden público, la justicia y las infraestructuras. La mayor parte de las decisiones relacionadas con la vida de los ciudadanos las tomarían los alcaldes y los parlamentos locales, elegidos con el voto de todos los ciudadanos del Reich de ambos géneros. Los ciudadanos sólo votarían a candidatos de su entorno más inmediato, a los que conocerían y respetarían, en lugar de a demagogos políticos a nivel nacional, a los que sólo conocerían a través de la propaganda que atonta y los mítines masivos.

Comparada con el autoritarismo sin complejos de Hassell, la visión de Goerdeler era liberal: se aseguraría la plena libertad de expresión, de religión y de prensa, así como el derecho a la propiedad. Todos tendrían permiso para expresar sus ideas y ningún partido estaría prohibido, ni siquiera el partido nazi. Aun así, los criminales entre los líderes del partido serían perseguidos y las propiedades saqueadas por los órganos del partido serían devueltas a sus verdaderos propietarios. Todos los funcionarios civiles nombrados por su afiliación al nazismo serían evaluados y podrían ser destituidos. No obstante, Goerdeler no estaba de acuerdo con privar a ninguna persona, ni siquiera a un nazi, de derechos básicos como la libertad de expresión. En cuanto a la política exterior, sus planes eran muy parecidos a los de Hassell: se acordaría la paz y Alemania se retiraría de la mayor parte de los territorios ocupados, excepto Austria, los Sudetes, Danzig y el Corredor Polaco. También se establecería una alianza con Gran Bretaña y Estados Unidos, de manera que se restaurasen las colonias africanas perdidas desde la Gran Guerra. (No se explotarían estas colonias desde el punto de vista económico, sino que se desarrollarían para los pueblos indígenas.) Los criminales nazis tendrían que enfrentarse a toda la fuerza de la ley y el Estado compensaría a todas las víctimas de Hitler.[2]

Las dos propuestas, tanto la de Hassell como la de Goerdeler, pueden parecer autoritarias desde el punto de vista actual. Algunos estudiosos han afirmado que no existía una diferencia real entre la resistencia alemana y el régimen nazi, o que la «resistencia combatía un régimen con el que estaban

esencialmente de acuerdo».[3] Este argumento es problemático, no sólo porque sus definiciones de democracia y nazismo son simplistas e inadecuadas, sino también porque ignora el tema crucial de la interacción entre los diferentes grupos en la conspiración. Las propuestas de Hassell y Goerdeler no eran «plataformas» de la resistencia, sino sólo dos opiniones entre muchas. Los líderes socialdemócratas que participaron en la conspiración tenían evidentemente ideas diferentes, como expresó el Círculo de Kreisau, que analizaremos en detalle más adelante en este capítulo. Como demuestran las listas de los miembros del gabinete planteadas por la conspiración, el régimen futuro habría sido una coalición entre todos estos grupos diferenciados. Dejando de lado sus puntos de vista, el hecho de que existieran muchos grupos hacía necesaria la existencia de cierto grado de pluralismo, lo que probablemente conduciría a un régimen que fuera en cierta medida democrático. Esto es así sin importar la presión que los Aliados occidentales hubieran podido aplicar contra un régimen autoritario en la Alemania posnazi.

Además, incluso propuestas autoritarias como las de Hassell se diferenciaban en gran medida del régimen nazi. Casi todos los conspiradores, sin importar su orientación política, estaban de acuerdo en liberar a los prisioneros de los campos de concentración, renunciar a una expansión territorial sin límites en el este y el oeste, y retirarse de la mayor parte de los territorios ocupados. Las ideas de «espacio vital» *(Lebensraum)* y de antisemitismo genocida —dos elementos esenciales de la ideología nazi— estaban completamente ausentes de sus propuestas.[4]

Pero ¿qué ocurría con el antisemitismo legal y «civilizado», que estaba muy aceptado en círculos muy amplios de la derecha conservadora alemana y más allá? Las propuestas de Hassell y Goerdeler difieren también en las soluciones que dan a la notoria «cuestión judía». Los dos están de acuerdo en que se debe compensar a las víctimas judías de Hitler, pero sus opiniones sobre el estatuto civil de los judíos difieren en gran medida.

Sorprendentemente, la propuesta de Hassell era la más liberal de las dos. Según su memorando, inmediatamente después de la caída del

régimen, quedarían anuladas todas las leyes proclamadas por el Partido Nacionalsocialista y sus organizaciones afiliadas, «en especial las leyes judías».[5] Esta definición incluía, por supuesto, las famosas Leyes de Núremberg. El nuevo régimen salvaguardaría los derechos de la minoría judía y les garantizaría la igualdad civil completa.

La postura adoptada por Goerdeler era desde luego menos liberal, pero también más compleja y en ciertos aspectos de mayor alcance. Como hemos visto en capítulos anteriores, Goerdeler era un enemigo jurado de la persecución antisemita nacionalsocialista. Denunció todas las expresiones de la violencia racista, en especial la Kristallnacht, e incluso imploró a los británicos que se negasen a negociar con Hitler mientras no dejase de perseguir a los judíos polaco-alemanes. Durante la guerra, se sintió horrorizado por el traslado de los judíos alemanes a los campos de exterminio en el este. Escribió:

> El 19 y el 27 de enero [de 1942] [...] los judíos de Leipzig fueron evacuados de nuevo. Fuera helaba, 15 o 20 grados bajo cero. Los judíos tuvieron que entregar su ropa de lana [...]. Fueron cargados en camiones, hombres, mujeres y niños [...]. En el transporte había una anciana de sesenta y cuatro años, cuyo hermano, profesor de la Universidad de Leipzig, había sido gravemente herido en la última guerra y había ganado una medalla por su valor extraordinario [...]. Los enviaban al este en camiones de ganado [...]. Horroriza el alma cuando uno imagina el corazón de padres y madres al ver que sus hijos se mueren de frío y de hambre delante de sus ojos. No puedo imaginar a ningún alemán con corazón que no comprenda que estos horrores van a atraer la venganza sobre nuestro pueblo [...]. Esta inhumanidad intencionada no tiene precedentes en los anales de la historia humana.[6]

Como reacción ante estos horrores sin precedentes que ya se estaban produciendo cuando se escribió «La meta», Goerdeler intentó desesperadamente remediar el problema desde sus raíces, proporcionando una solución que pudiera asegurar que algo así no volvería a ocurrir jamás. Propuso «una reforma general del estatus de los judíos en todo el mundo». Como un nacionalista conservador con simpatías prosionistas, creía que la única solución para el pueblo judío era la independencia nacional: estableciendo en Palestina, o en partes de Canadá o América del Sur, un Estado judío en el que se garantizase automáticamente la ciudadanía a todos

los judíos del mundo. Dicho Estado permitiría que el pueblo judío pudiera llevar una vida normal y soberana, como cualquier otra nación en la tierra, y protegería a los judíos de todo el mundo de regímenes antisemitas, persecuciones y revueltas, no sólo proporcionando un santuario, sino también otorgando a los judíos poder diplomático y una presencia soberana en la Liga de las Naciones. Esto está muy lejos de resultar poco razonable. Como argumenta el jurista Fritz Kieffer, en los años anteriores a la guerra, incluso el Tercer Reich dudó en violar los derechos de los judíos con pasaporte extranjero, por temor a las represalias de sus gobiernos.[7] Por eso, la ciudadanía de los judíos en países antisemitas los convertía en un «problema interno» para esos países y les negaba una protección efectiva. En consecuencia, un estado judío, según Goerdeler, era la única solución real y duradera.

En un artículo muy influyente escrito en 1984, el historiador Christoph Dipper afirmó que Goerdeler planeaba retirar la ciudadanía a la mayoría de los judíos alemanes. Este artículo, con frecuencia citado de manera acrítica por otros estudiosos, se basa en una lectura errónea de los escritos de Goerdeler. En realidad, Goerdeler no planteó nunca la expulsión de los judíos ni la retirada inmediata de la ciudadanía. Aunque, en principio, se suponía que los judíos serían ciudadanos de «su» Estado, en la práctica, alrededor del 80 por ciento de los judíos alemanes conservaría su ciudadanía actual: todos cuyas familias se hubieran naturalizado con el decreto de emancipación de 1871 (y no antes de la emancipación, como sugiere Dipper) y todos los que se hubieran convertido al cristianismo, además de todos los judíos veteranos de la Gran Guerra y sus descendientes directos. El resto serían considerados ciudadanos de un país extranjero (el Estado judío) y podrían quedarse y trabajar en Alemania como cualquier otro extranjero.[8]

No es de extrañar que Goerdeler se considerase prosionista. De hecho, cuando visitó Palestina y otros países de Oriente Medio con su hijo, sus elogios más cálidos se reservaron para el Yishuv, la comunidad judía sionista en Palestina. «Los campos de cultivos y las plantaciones de frutales

de los judíos», escribió, «se encuentran entre los más fértiles que he visto en Levante y el norte de África [...]. La ciudad de Tel Aviv es especialmente interesante y está planificada según los principios modernos. Tiene bonitas calles comerciales, buenas tiendas, una playa hermosa y villas preciosas [...]. Las calles están limpias y cubiertas de asfalto.» Apreciaba en especial las innovaciones tecnológicas judías, por ejemplo, en los canales de irrigación, y la combinación de investigación científica avanzada y trabajo físico. También alabó los kibutz, el sistema educativo hebreo y la Universidad Hebrea de Jerusalén.[9]

Las propuestas de Goerdeler y Hassell disfrutaron de cierta circulación en los círculos conservadores de la resistencia, pero no menos importante fue la labor de un centro de estudios especial, establecido separadamente hacia 1940. Se llamaba el Círculo de Kreisau, por la propiedad de su fundador, el conde Helmuth James von Moltke. Este inusual combatiente de la resistencia, identificado más tarde como el misterioso «Hans» al que se refería Dorothy Thompson en sus emisiones de radio, era un abogado internacional y descendiente de una de las familias nobiliarias prusianas más importantes. Su tío abuelo el general Helmuth von Moltke fue el famoso estratega prusiano de la guerra franco-prusiana. Otro pariente fue el jefe del Estado Mayor alemán durante los primeros días de la Gran Guerra. Helmuth James había nacido en 1907 y había heredado una propiedad en Kreisau, Alta Silesia, que había sido un regalo del káiser a su tío abuelo. Era muy joven cuando tomó posesión de la propiedad y empezó de inmediato a trabajar en un plan para cancelar sus deudas. Tuvo éxito como abogado, terrateniente y economista.

Como hombre liberal y generoso, aunque a veces frío y altivo, Moltke era admirado por muchos de sus conocidos alemanes e internacionales, según sus dos amigos británicos Michael Balfour y Lionel Curtis. Su relato tiene un toque de hagiografía, habitual en muchas memorias de posguerra, pero sigue siendo conmovedor y valioso:

> Con frecuencia parecía como si le importasen muy poco los placeres ordinarios de la vida: no fumaba nunca, bebía en raras ocasiones y en general parecía indiferente ante lo que comía [...]. Riguroso consigo mismo, miraba críticamente a las personas reticentes a realizar un esfuerzo similar [...] pero su concentración ligeramente hosca en el tema que estaba tratando se veía moderada por un vivo sentido del humor, travieso más que cínico: no importaba hasta qué punto detestase Helmuth lo que defendían sus oponentes, era mucho más fácil que se riese de ellos a que perdiese la compostura [...]. Subyacía a toda esta fuerza de carácter e intelectual un amor profundo por las cosas sencillas de la vida, las flores y el campo, su hogar, sus hijos, sus amigos. [10]

Un liberal con inclinaciones izquierdistas poco habitual entre los terratenientes prusianos, Moltke también apoyaba a la República de Weimar. A diferencia de otros muchos, tomó la decisión de entregar la mayor parte de sus tierras a los campesinos, porque creía que en la época moderna la tierra debía pertenecer a los que la cultivaban. Durante la década de 1920, su principal preocupación fueron los problemas sociales, en especial las malas condiciones de los barrios de la clase trabajadora en Silesia, y se unió a una iniciativa del jurista Eugen Rosenstock. Junto con otros amigos, algunos de los cuales se convertirían en miembros del Círculo de Kreisau, participó en la creación de campos de verano para jóvenes silesios de todas las clases, combinando trabajo físico, educación liberal en derecho, historia, economía y cultura, y una variedad de actividades musicales y recreativas.

Adolf Reichwein, uno de los conferenciantes en los campamentos de verano de Silesia, estaba destinado a cumplir un papel principal en el Círculo de Kreisau y en la resistencia alemana en su conjunto. Era un intelectual socialdemócrata cristiano, alto y pelirrojo. Como partidario decidido de la república, se unió al Partido Socialdemócrata. A finales de la década de 1920, viajó alrededor del mundo, labrándose una reputación como científico, académico, educador y aventurero. Durante sus viajes cruzó Estados Unidos y Canadá con un viejo Ford, llegó hasta Laponia y el Polo Norte, y viajó por el Lejano Oriente, donde recibió una profunda influencia de la filosofía y el misticismo chinos. Rival declarado del régimen nazi, fue despedido de la universidad en una de las purgas después

de 1933, pero rechazó la tentadora oferta de un puesto académico en Estambul. A diferencia de otros muchos, no quería encontrar un refugio en el extranjero, sino que prefirió luchar contra el régimen nazi desde dentro.[11]

En 1933, la labor educativa de Moltke, Reichwein y otros tuvo un final repentino. El nuevo régimen no estaba dispuesto a tolerar iniciativas educativas humanistas y los campamentos de verano de Silesia fueron disueltos. A diferencia de otros muchos alemanes, Moltke no se hacía ilusiones sobre el nuevo régimen. Después de oír a un amigo que decía: «Es bueno que los nazis ocupen el poder, porque muy pronto se cansarán de gobernar y serán sustituidos», se enfureció. Aconsejó a otros amigos, sobre todo judíos, que abandonasen Alemania lo antes posible. «¡Iros! ¡Iros!», les dijo enfáticamente. «Este hombre [Hitler] hará todo lo que escribió en su libro [*Mein Kampf*].» Se trataba de una profecía terriblemente precisa, pero la mayoría de las personas no se la tomaron en serio en aquel momento.[12]

La resistencia de Moltke contra el régimen nazi aumentó con el paso de los años: la Noche de los Cuchillos Largos, la persecución de las iglesias, de los judíos y de la izquierda; las Leyes de Núremberg y la Kristallnacht, todos estos hechos reforzaron su idea inicial: Hitler estaba aplicando su plan maestro como lo había expresado en *Mein Kampf*. Moltke hizo todo lo que pudo para ayudar. Cada vez dedicaba más tiempo a ayudar a los judíos que intentaban huir de Alemania e incluso acudió a la Gestapo vienesa para ayudar a dos de ellos.[13] A finales de la década de 1930, junto con su esposa, Freya, tejió una densa red de luchadores de la resistencia: nobles, intelectuales, altos funcionarios y líderes sindicales. El grupo de Moltke estaba en contacto no sólo con Beck, Goerdeler y Oster, sino también con los Aliados occidentales y movimientos clandestinos antinazis en Holanda, Dinamarca, Francia y Noruega. Este fue el grupo que más tarde recibió el apodo de Círculo de Kreisau por parte de la Gestapo.

En 1938, Moltke tropezó con la red de resistencia alemana al contactar con Hans von Dohnanyi y, a través de él, con Hans Oster. Este último lo reclutó como consejero legal en la Abwehr, la cobertura habitual para las

actividades de la resistencia. Como parte de sus nuevas obligaciones, Moltke no sólo fue capaz de modificar órdenes criminales, salvar víctimas y reducir la severidad de los crímenes de guerra, sino que también estuvo en contacto con los dirigentes de la oposición. No tomó parte en la planificación del golpe de 1938, pero tuvo algunas noticias del mismo. Su grupo, aunque conectado con la resistencia alemana, siguió manteniendo su propia red separada e independiente.[14]

De hecho, Moltke estaba menos interesado en los golpes que en lo que percibía como los problemas más básicos y subyacentes de la causa antinazi. Como se ha mencionado en el capítulo 5, el general Halder se había quejado de que los conspiradores nunca planearon nada sustancial para el «día después», y que sólo les pedían a los soldados que «limpiaran la casa» como si fueran «criadas». Moltke habría estado de acuerdo con esta queja. Para él, planificar la Alemania del futuro era una necesidad absoluta, sin importar si el régimen nazi era derrocado por los conspiradores o por la derrota militar. Durante los primeros años de la guerra fue muy escéptico y ambivalente sobre la misma idea de un golpe, aunque nunca lo descartó por completo y estaba dispuesto a colaborar con sus iniciadores.

Se produjo un avance en sus planes cuando Moltke se encontró con un familiar lejano, el conde Peter Yorck von Wartenburg, que estaba destinado a convertirse en su amigo y colaborador más íntimo en el Círculo de Kreisau. Descubrió que Yorck también había formado un pequeño grupo de activistas antinazis, con la idea de planificar el futuro de Alemania. Ahora, los dos pequeños grupos se unieron en una red única.[15] Naturalmente, todos los miembros eran muy conscientes de que corrían un peligro mortal. Desde el punto de vista del régimen, su actividad intelectual constituía alta traición, un delito castigado con la muerte.

Moltke y Yorck dividieron los veintipocos miembros de su red en grupos pequeños y les encargaron tareas de investigación, como las relaciones Iglesia-Estado, la economía, el derecho y la constitución, el gobierno local, la seguridad, la política exterior y la persecución de los criminales de guerra. A veces se consultaba a expertos externos, pero no se

les mencionaba el conjunto del proyecto. Los grupos se reunían por separado, una vez al mes o con mayor frecuencia, en la propiedad de Moltke en Kreisau o en la vivienda de Yorck en Klein-Oels. También se celebraron tres reuniones plenarias importantes de todo el círculo en mayo y octubre de 1942 y en junio de 1943.

Los pocos testimonios supervivientes de las reuniones en la propiedad de Kreisau nos cuentan algo de la atmósfera clandestina y misteriosa que prevalecía. Cuando los miembros iban a las reuniones, no bajaban en la estación de ferrocarril de Kreisau, sino en una pequeña estación en medio del campo, construida hacía mucho tiempo para una visita del emperador Guillermo II. Comprensiblemente, no querían cruzar el pueblo, donde estarían expuestos a los ojos curiosos de sus habitantes. Moltke esperaba a sus invitados en la pequeña estación y los conducía a través de caminos, bosques y lagos hasta la «casa de la montaña», una residencia pequeña cerca del castillo donde vivían Freya, sus hijos y él. Las medidas de seguridad eran estrictas incluso dentro de la casa. En el comedor sólo se podía hablar de cuestiones triviales; la política quedaba reservada para la sala de conferencias, que quedaba cerrada con llave. Al parecer, Moltke no podía confiar ni en sus sirvientes. En esta atmósfera curiosa, rodeados por el paisaje frondoso de la Silesia rural, los miembros del Círculo de Kreisau imaginaron el futuro de Alemania.

El Estado que imaginaron era una federación de comunidades pequeñas y grandes con una capacidad considerable de autogobierno, unidas por una estructura federal flexible para mantener la justicia, el orden, la libertad y el gobierno de la ley. En muchos aspectos, era muy similar al plan de Carl Goerdeler. Al igual que en su plan, la influencia de los ciudadanos dentro de sus comunidades sería mucho mayor que el poder sobre el Gobierno federal. Todos los votantes legales —todos los ciudadanos mayores de veintiún años— elegirían a sus representantes en el consejo de la región *(Kreis)*. Estos consejos elegirían a los representantes en el Parlamento estatal *(Landtag)* y sólo los diputados del *Landtag* elegirían el Reichstag, el órgano legislativo más importante del Reich. El Parlamento de cada estado

elegiría senadores *(Landesverweser)* y los miembros del Senado *(Reichsrat)* elegirían a la cabeza del Estado *(Reichsverweser)* por un mandato de doce años. El *Reichsverweser* tendría poderes amplios: para nombrar y destituir al primer ministro y otros miembros del gabinete, y para ratificar leyes con su firma.

A diferencia de Goerdeler, el Círculo de Kreisau consideraba que la «cuestión judía» era un problema de ciudadanía alemana que debía resolverse dentro de Alemania, no en el ámbito internacional, según los principios del liberalismo y de la igualdad cívica. El proyecto de constitución afirmaba explícitamente que «todas las leyes y actos discriminatorios contra un individuo por razón de su pertenencia a cierta nación, raza o credo eran nulos. Toda la legislación discriminatoria derivada de dichos actos también debía ser derogada».[16] El nuevo Gobierno denunciaría el racismo y el pensamiento racial y, al igual que había planeado Goerdeler, compensaría a las víctimas del nacionalsocialismo, tanto judíos como otros. Se ponía un énfasis especial en la reforma educativa. Los nuevos libros de texto se redactarían con la mayor rapidez posible, pero aun antes de que estuvieran disponibles, todos los manuales nacionalsocialistas actuales serían eliminados del currículum.

En cuanto a la política exterior, el plan de Kreisau se diferenciaba radicalmente de los de Goerdeler y Hassell, y desde luego estaba menos marcado por la *realpolitik*. En lugar de basarse en el nacionalismo, la política del Reich se orientaría a limitar la soberanía de las naciones-Estado y Alemania se integraría en una nueva estructura federal, unos «Estados Unidos de Europa». Todos los líderes nazis serían apartados del poder y los criminales de guerra que hubiera entre ellos serían juzgados ante un tribunal internacional formado por seis jueces: tres de los países aliados, dos de países neutrales y uno de Alemania. Se pretendía que esta estructura enmarcase los futuros juicios contra los crímenes de guerra como una tarea de la justicia internacional, en lugar de como una venganza ruin contra el pueblo alemán.[17]

La planificación del futuro de Alemania fue una actividad habitual, incluso fundamental, de la resistencia alemana hasta 1942 e incluso posteriormente. No obstante, Goerdeler, Beck y Hassell también intentaban organizar un golpe de Estado. En el caso de Kreisau, las cosas eran más ambiguas. A un observador posterior, las discusiones teóricas, por muy interesantes e importantes que fueran, podrían parecerle algo alejado de la realidad. Hasta 1942, Moltke y sus amigos estaban embarcados en las alas del pensamiento, valorando cuestiones teóricas y construyendo redes de la imaginación, mientras que la guerra se estaba desarrollando delante de sus ojos. Moltke aborrecía personalmente cualquier tipo de violencia, al menos hasta 1942. En 1940, la mayor parte de los miembros del círculo mantenían puntos de vista pacifistas similares. Algunos de ellos trabajaban con Goerdeler y estaban dispuestos a contribuir con sus talentos al Estado posnazi, pero su idealismo cristiano impidió que se unieran hasta más tarde a los planes golpistas.[18]

Además de Julius Leber y Fritz von der Schulenburg, que siempre defendieron un golpe violento, Peter Yorck fue derivando poco a poco hacia una línea activista más violenta. A diferencia de Moltke, él no se consideraba un ciudadano del mundo sino un cristiano y alemán en cuerpo, corazón y alma. Como noble, creía que era su deber resistirse a la maldad y a los crímenes del régimen nazi. «No soy ni podré ser nunca un nazi», dijo muchos años después al juez nacionalsocialista que instruyó su causa cuando fue acusado de resistencia al «concepto nacionalsocialista de justicia, de que los judíos deben ser eliminados». «El punto vital que recorre todas estas cuestiones», afirmó, «es la pretensión totalitaria del Estado sobre el ciudadano para que excluya sus obligaciones religiosas y morales ante Dios.»[19] Yorck obtuvo información sobre la «solución final» y la distribuyó tanto en el Círculo de Kreisau como en la red principal de la resistencia alemana. Probablemente el exterminio de los judíos le convenció de que era preciso resistir al régimen nazi por la fuerza, incluso con una violencia mortal.

Como veremos más adelante, Moltke estaba derivando tortuosamente hacia este mismo punto de vista. Mientras tanto, ayudaba a salvar judíos, apoyaba grupos clandestinos europeos, saboteaba órdenes criminales y servía a la conspiración como diplomático, utilizando sus excelentes contactos con notables británicos y americanos. Al igual que Oster, estaba dispuesto a ayudar a los Aliados en su esfuerzo bélico contra Alemania. «Estamos dispuestos a ayudarles a ganar la guerra y la paz», le aseguró a su contacto británico en 1942.[20]

Hacia finales de 1941, algunos de los conspiradores volvieron a planear el asesinato de Hitler. El mariscal de campo Erwin von Witzleben, comandante en jefe de la Wehrmacht en el frente occidental, permitió con reticencias que algunos de sus oficiales de Estado Mayor planearan otro atentado. Es posible que la información detallada de las atrocidades de las SS en Polonia que le había entregado Canaris en la primavera de 1940 influyeran en su decisión.[21] De nuevo no se planificó un golpe; de hecho, no se pudo planificar. La red de la resistencia era aún demasiado pequeña y carecía de fuerza operativa.[22]

Los dos asesinos en potencia, el capitán Alexander von Voss y el capitán conde Ulrich Wilhelm Schwerin von Schwanenfeld, eran dos estrechos colaboradores del mariscal de campo Witzleben. Schwerin pertenecía a la escasa minoría de oficiales jóvenes y profundamente religiosos que se sentían horrorizados por las atrocidades en Polonia.[23] Pero el camino de Voss hacia la resistencia fue más complicado, como un ejemplo claro de mutación revolucionaria. Voss era un conservador apolítico prusiano, con una mentalidad nacionalista y militar. Sus cartas son una mezcla de optimismo y ansia por la victoria alemana, y una crítica creciente a la corrupción del sistema nacionalsocialista, a los abusos contra los franceses y al fracaso de terminar la guerra con un acuerdo de paz justo. Su esposa testificó que, al igual que Schwerin, se sentía horrorizado por las atrocidades en Polonia. Pero estas críticas no lo llevaron a la resistencia

hasta que se unió al Estado Mayor de Witzleben, en octubre de 1940. Allí, a medida que colaboraba hombro con hombro con comprometidos luchadores de la resistencia, sus dudas y sus críticas cristalizaron cada vez más en una resistencia activa. Escribió que Witzleben era como su padre y los dos mantenían largas conversaciones diarias. El mariscal de campo le dijo «lo que no le decía a nadie más». Fue esta relación paternal con Witzleben lo que convirtió a Voss en un luchador activo de la resistencia.[24]

Cuando Voss y Schwerin supieron, a finales de 1941, que Hitler tenía planeado un desfile militar en París, reclutaron a un puñado de conspiradores para formar un equipo de francotiradores. Según otra versión del complot, se suponía que el conde Schwerin debía lanzar una granada de mano contra el Führer. Probablemente Voss y Schwerin sabían que serían fusilados poco después (este último incluso llegó a escribir cartas de despedida a su familia), pero ambos decidieron seguir adelante con el plan. Por desgracia, muy pronto quedó claro que los rumores del supuesto desfile militar no tenían ningún fundamento. Hitler ni siquiera tenía la intención de visitar París. Normalmente era muy reticente a visitar los frentes, y cuando lo hacía tenía la precaución de cambiar sus planes con frecuencia y sin previo aviso.[25]

Beck era aún más pesimista de lo habitual, debido a los últimos fracasos de los conspiradores y el deterioro de la situación militar en el norte de África. «¿Quién nos va a salvar?», se preguntaba desesperado ante su confidente, el maestro y capitán en la reserva Hermann Kaiser.[26] Los ecos de esta desesperación llegaron incluso al embajador finlandés en Berlín, que escribió al ministro de Asuntos Exteriores en Helsinki diciendo que la oposición sólo era un conjunto de ciudadanos descontentos, que no suponían ninguna amenaza para el régimen y a los que no había que tomar en serio.[27] Pero aun así, Beck y Oster seguían esperando su oportunidad. En enero de 1942 acordaron, con el consentimiento de Witzleben, que el asesinato de Hitler era la condición previa para cualquier intento de golpe en el futuro.[28]

Mientras tanto, los conspiradores, el Círculo de Kreisau, los socialdemócratas y los conservadores seguían tejiendo sus redes imaginarias: papeles, informes, proyectos de constitución y listas de gabinetes futuros. Una de estas listas proponía a Witzleben como presidente, a Beck como ministro de la Guerra y a Goerdeler como ministro del Interior, pero fue rápidamente olvidada.[29] Oster siguió reclutando miembros nuevos y buscaba en especial un comandante de campo carismático y capaz para planear el atentado. Halder le había fallado, Brauchitsch le había fallado, británicos y franceses también le habían fallado, y Hitler era más fuerte que antes. Pero aun así Oster persistió, incluso en los días más oscuros y desesperados.

Tras la invasión alemana de la Unión Soviética, en junio de 1941, Oster decidió finalmente que Henning von Tresckow, un veterano oficial de operaciones en el Grupo de Ejércitos Centro, era el hombre adecuado para la tarea. El centro de la conspiración se trasladó al frente oriental, lo que implicó una transición trascendental en la estructura y la estrategia de la red.

11
Agentes en el frente: la nueva estrategia

La mañana del 22 de junio de 1941, el embajador alemán en Moscú, el conde Friedrich-Werner von der Schulenburg, entró en el despacho del ministro soviético de Asuntos Exteriores, Viacheslav Mólotov, en el Kremlin. Encontró a su anfitrión aturdido y confuso por las noticias de una profunda incursión alemana en la Unión Soviética, en una violación flagrante del pacto nazi-soviético que los dos países habían firmado menos de dos años antes, en agosto de 1939. Los alemanes habían reunido fuerzas enormes en la frontera, consistentes en tres grandes grupos de ejércitos, apoyados por miles de blindados y aviones de combate, en preparación para una de las campañas militares más grandes de la historia. Schulenburg leyó ante el desconcertado Mólotov un comunicado que le había dictado el ministro de Asuntos Exteriores Ribbentrop en Berlín:

> En 1939 el Reich, ignorando una oposición vigorosa derivada de las contradicciones fundamentales entre el nacionalsocialismo y el bolchevismo, intentó lograr un entendimiento con la Rusia soviética [...]. El Gobierno del Reich desplegaba una política amistosa hacia la Unión Soviética [...]. Como consecuencia de esta política, la Unión Soviética disfrutó de grandes ventajas en su política exterior [...]. El Gobierno del Reich asumió que los dos pueblos lograrían unas relaciones de vecindad perdurables y que cada nación respetaría el régimen de la otra y no intervendría en sus asuntos internos. Por desgracia, muy pronto quedó claro que el Gobierno del Reich se equivocó fundamentalmente al realizar esta suposición [...]. El Gobierno soviético ha violado el acuerdo que firmó con Alemania y está a punto de atacar a Alemania por la espalda en

una lucha a vida o muerte. El Führer ha ordenado a la Wehrmacht alemana que resista esta amenaza con todos los medios a su disposición.[1]

Schulenburg, que había dedicado la mayor parte de su carrera diplomática a mejorar las relaciones entre los dos países, también estaba sorprendido. «Creo», le dijo a Mólotov, «que estamos hablando de guerra y no puedo añadir nada más.» Entonces el ministro soviético de Asuntos Exteriores le preguntó: «¿Por qué firmó Alemania un pacto de no agresión sólo para violarlo a la primera oportunidad?». El embajador guardó silencio.[2]

La decisión de Hitler de atacar la Unión Soviética, en la Operación Barbarroja, provocó un cambio importante en el movimiento de resistencia alemán. Como hemos visto, los fracasos que sufrieron los conspiradores entre 1938 y 1941 habían demostrado a todos que la camarilla berlinesa de Beck, Goerdeler, Hassell y Gisevius era ineficaz. Estos fracasos impulsaron gradualmente el punto de vista defendido por el coronel Oster y otros de que los intentos de convencer al alto mando para desencadenar una revolución desde arriba eran totalmente inútiles. En su lugar, afirmaba Oster, los conspiradores primero debían matar a Hitler para llevar a cabo el golpe, y sólo después de eso podrían convencer a los generales más importante para que se unieran a ellos.

Pero esta estrategia nueva requería una manera de actuar completamente diferente. Durante la guerra, era casi imposible asesinar a Hitler en Berlín, la capital del Tercer Reich, donde sus medidas de seguridad eran casi impenetrables. Y un fallo de seguridad fortuito, como el aprovechado por Georg Elser en 1939, era muy poco probable que volviera a ocurrir. El único curso de acción posible era matar a Hitler cuando estaba en movimiento durante una de sus visitas a los frentes. Para ello se necesitaba información de inteligencia, coordinación y una red de correos y colaboradores fuera de Berlín.

Como hemos visto en el capítulo anterior, algunos conspiradores habían planeado asesinar a Hitler en París a finales de 1941. Este plan aislado carecía de la fuerza militar necesaria para respaldarlo. Aunque hubiera

tenido éxito, los conspiradores no tenían medios para desencadenar a continuación un golpe de Estado. Sólo la enorme expansión militar del imperio nazi en territorio soviético, a partir de 1941, ofreció a los conspiradores la oportunidad de planear adecuadamente los atentados. En cuanto se formaron células de resistencia, el frente oriental demostró que era un escenario mucho más adecuado para saboteadores y conspiradores. A diferencia del abarrotado y estrechamente vigilado centro urbano de París, disponía de extensiones enormes en las que se podía experimentar con bombas y donde había pocos ojos vigilantes. Aun así, el asunto seguía siendo complicado: era preciso crear las células de la resistencia y, lo que era más importante, convencer a Hitler para que visitara un lugar donde los asesinos estarían preparados.

Mientras tanto, la vieja camarilla de Berlín se había transformado en una red de camarillas pequeñas conectadas entre ellas. Esta red formada por Goerdeler, Oster y Gisevius en 1938 había sido un círculo social denso, en el que la mayoría de sus miembros se concentraban en un lugar (Berlín) y se conocían muy bien entre ellos. A finales de 1941, la resistencia estaba tomando gradualmente la forma de una alianza entre dos camarillas principales, una en Berlín y la otra en el frente oriental, con algunas avanzadillas en otros lugares. La conspiración se volvió mucho más complicada y enrevesada, y sus operaciones cotidianas requerían más esfuerzo, talento y, sobre todo, liderazgo y capacidad de generar redes sociales. Como consecuencia, a pesar de mantener el liderazgo nominal de Beck, la supervisión de la resistencia no recaía en una única figura militar, sino más bien en una coalición de conspiradores que negociaban constantemente entre ellos.

Con el objetivo de unir las camarillas entre sí, se volvió esencial una función nueva. Un «agente» es una especie de superenlace que dispone de buenos contactos en otros grupos además de en su propio círculo social. La tarea del agente es unir grupos remotos cuyos miembros no se conocen entre sí, y coordinar su actividad para facilitar operaciones conjuntas.[3] Esta función, a partir de finales de 1941, fue desempeñada por Hermann

Kaiser, un maestro de historia y capitán en la reserva. Como oficial responsable del diario de guerra del comandante en jefe del Ejército de Reserva, Kaiser formó una densa red de contactos con altos oficiales. Con el pretexto de los frecuentes viajes de trabajo, fue capaz de coordinar las diferentes camarillas, grupos y células de la resistencia.[4] Poco a poco, incluso Beck llegó a depender de él. Para el líder anciano, solitario y enfermo de la resistencia, Kaiser no era sólo un enlace, sino también un amigo que lo acompañaba a conciertos y mantenía con él conversaciones políticas, militares y estéticas.[5]

El diario de Kaiser documenta no sólo sus frecuentes viajes y reuniones con oficiales superiores, sino también las razones por las que era tan bien considerado por todos. A través de sus contactos en puestos importantes, tenía acceso a suministros generosos de buen vino y siempre se sentía feliz de compartir unas botellas con amigos sedientos.[6] Durante la austeridad del régimen bélico, eso era poco habitual. En medio de las botellas embriagadoras, el antiguo maestro introducía la peligrosa idea de la resistencia al régimen nazi.

Kaiser, uno de los conspiradores más activos, no ha merecido mucha atención en la literatura convencional sobre la resistencia. Su diario, una fuente de valor incalculable para la historia de la conspiración, no fue publicado hasta 2010. Esta negligencia relativa no resulta sorprendente si tenemos en cuenta la tendencia de la literatura sobre la resistencia a centrar su atención en los complots y sus líderes, sin prestar la atención debida a las conexiones e interacciones entre ellos. Sin embargo, el papel de Kaiser en la coordinación entre la camarilla de Berlín y la resistencia antinazi en el frente oriental fue crucial.

Al igual que otros muchos conspiradores, Kaiser inició su carrera como un nacionalista de derechas. Partidario inicial de la revolución nazi, incluso se afilió al partido. Pero cuando uno de sus amigos fue asesinado en la Noche de los Cuchillos Largos, empezó a distanciarse de Hitler y sus sicarios. Sus dos hermanos, ambos críticos con el régimen, también le influyeron para tomar el camino de la oposición. Además, junto con otros

conspiradores, no se sentía feliz con las atrocidades alemanas en Polonia y se mostró especialmente preocupado por la destrucción de iglesias. «Como un idealista entusiasta y cristiano devoto», escribió el historiador Friedrich Meinecke, conocido suyo, «consideraba que el hitlerismo era un pecado contra Dios.»[7] Más tarde, se sintió disgustado por las atrocidades contra los prisioneros de guerra y civiles rusos en el frente oriental. El asesinato de los judíos también le perturbaba, pero parece que, en comparación con otros líderes de la resistencia, el Holocausto no fue tan importante para el equilibrio final de los motivos de Kaiser.[8]

En cualquier caso, su oposición no se manifestó inmediatamente como resistencia activa. De acuerdo con la regla de la mutación revolucionaria, fue un contacto profesional, no uno clandestino, quien lo introdujo en el círculo de los conspiradores. Kaiser, un historiador aficionado, estaba estudiando la vida de un general de las Guerras de Liberación contra Napoleón. Como parte de su investigación, se reunía con frecuencia con estudiosos y oficiales. El 16 de enero de 1941, entró en contacto con el general Ludwig Beck, el jefe del movimiento de resistencia alemán. No conocemos el contenido de la reunión, pero queda claro en el diario de Kaiser que Beck lo inició en la resistencia, explicándole que su misión era «cortar el nudo gordiano», es decir, derrocar el régimen. «Estuvimos de acuerdo en todo», escribió Kaiser en su diario, «[Beck] es un hombre muy sabio con carácter, sentido de la responsabilidad y una gran educación. [Dijo] que los límites se deben fijar sólo por la responsabilidad ante la nación, la conciencia y Dios.» Después de otras dos reuniones, ambas en septiembre de 1941, Beck y Goerdeler acabaron convenciéndolo para que formara parte de la conspiración. «Y [Goerdeler] es un hombre con carácter, nervios para la acción, integridad y sinceridad», anotó. No se dejó ninguna piedra por remover: analizaron la tenebrosa situación en el frente oriental, la posibilidad de obtener una paz justa para Alemania después de la guerra y las atrocidades contra civiles y prisioneros en Rusia. La conclusión de Kaiser fue que «no se debía perder ni un día. Debemos actuar ahora». Los

dados estaban echados. A partir de entonces, se convirtió en conspirador a tiempo completo.[9]

A través de Fabian von Schlabrendorff, Hermann Kaiser entró en contacto con el teniente coronel Henning von Tresckow, un veterano oficial de operaciones en el Grupo de Ejércitos Centro en el frente oriental. Tresckow, un antiguo seguidor del régimen, estaba horrorizado por los crímenes nazis de la década de 1930. En su condición de firme partidario de los judíos alemanes, deploraba la discriminación legal y las persecuciones violentas. En especial, la Kristallnacht fue para él un acto de barbarie imperdonable. El impacto acumulado de estos acontecimientos, junto con el complot contra el general Fritsch y las atrocidades en la campaña polaca, lo convirtieron en un enemigo implacable de Hitler.[10]

Hacia 1941, Tresckow fue convencido para participar en la conspiración por Schlabrendorff, un abogado aristocrático y veterano de la resistencia alemana. En los meses siguientes al inicio de la Operación Barbarroja, Tresckow se convirtió en el punto central de los críticos locales contra el régimen. Aunque no les gustaba a todos, pues algunos lo consideraban un oficial arrogante y muy ambicioso, su influencia sobre los demás era extremadamente fuerte. «El líder al que uno le gustaría tener», escribió un superior, obviando las actividades antinazis de Tresckow.[11] «Tiene una personalidad que simplemente te apabulla», recordaba su amiga, admiradora y coconspiradora Margarethe von Oven. «Tenía un don increíble para conectar contigo y convencerte. Tenía algo..., ¿cómo lo podría expresar? ¿Ha visto fotos suyas? Ejercía una influencia inmediata y muy fuerte sobre su entorno; tenía un gran encanto personal..., encanto y la capacidad de convencer. Confiabas en él.»[12] Tresckow se convirtió con rapidez en la estrella ascendente de la conspiración. Prometió a Schlabrendorff que formaría una célula de resistencia organizada en el frente oriental usando el primer fracaso militar importante como pretexto para actuar contra Hitler.[13]

Según Schlabrendorff, Tresckow era «uno de los enemigos naturales del nacionalsocialismo. Su celo inquebrantable en la lucha contra Hitler lo convirtió en una de las figuras destacadas de la resistencia».[14] Tresckow se veía de hecho como un ejemplo de la tradición militar prusiana, separada por un abismo del totalitarismo nazi. En la ceremonia de confirmación de sus hijos, dijo que su herencia prusiana era «una síntesis de deber y libertad [...] de severidad y compasión». Esta tradición, con frecuencia incomprendida, «exige un compromiso con la verdad, disciplina interna y externa en el cumplimiento del deber hasta el último instante». Pero lo más importante es que «es imposible de separar la libertad del verdadero espíritu prusiano [...] y sin ella se corre el riesgo de degenerar en una soldadesca desalmada y una arrogancia provinciana».[15]

Tresckow mantuvo su palabra. En los meses siguientes formó una célula antinazi que, además de Schlabrendorff, incorporaba a Rudolf von Gersdorff, el oficial de inteligencia del grupo de ejércitos, que se había vuelto contra el régimen como consecuencia de las masacres en Polonia y Rusia; Alexander Stahlberg, primo de Tresckow; Eberhard von Breitenbuch, que más tarde intentaría asesinar a Hitler; y el coronel Bernd von Kleist, uno de los oficiales del Estado Mayor. Kleist, un hombre perspicaz y cínico, predijo el resultado de la Operación Barbarroja. «El Ejército alemán atacando Rusia», le comentó a sus compañeros de conspiración, «es como un elefante pisoteando un hormiguero. El elefante matará a miles, decenas de miles, quizá millones de hormigas, pero al final la superioridad numérica [de las hormigas] vencerá y se subirán a él y lo devorarán hasta los huesos.»[16]

La célula de Tresckow no empezó como un grupo de conspiradores. Al contrario, siguiendo las reglas de la mutación revolucionaria, se inició como una red social estrecha y legal que ofrecía a estos oficiales jóvenes e idealistas, todos ellos críticos con el régimen, una sensación de pertenencia en medio de un entorno político hostil. «Nosotros, los jóvenes, respetábamos y reverenciábamos [a Tresckow]...», recordaba Breitenbuch. «Su corazón estaba abierto incluso a las preocupaciones domésticas de cada

uno de nosotros y ¡qué raro era eso! Nunca he conocido a otra persona que te pudiera convencer de sus puntos de vista con tanta claridad y sentido común.»[17] Al grupo le gustaba encerrarse en una habitación con un buen fuego, donde se deleitaban con filetes y vino, y conversaban sobre temas sociales, militares y políticos durante largas partidas de ajedrez. Esta atmósfera ayudó al carismático Tresckow a consolidar poco a poco un grupo de camaradas leales y «mutarlos» en una célula revolucionaria.[18]

12
Guerra de exterminio: los conspiradores y el Holocausto

Hitler nunca dejó de sorprender a Tresckow y sus amigos con su brutalidad. El 30 de marzo de 1941, el dictador anunció su tristemente famosa Orden de los Comisarios, en la que establecía que los oficiales que servían como agregados políticos en cada una de las unidades del Ejército Rojo debían ser fusilados tras su captura en lugar de tomarlos como prisioneros. La guerra en Rusia no se iba a librar de manera caballerosa: «Esta guerra es una guerra entre visiones del mundo: el bolchevismo está condenado a morir. Por eso debemos liberarnos de la idea de la hermandad de los soldados. El comunista no es nuestro camarada y nunca lo ha sido. Ésta es una guerra de exterminio [...] y no libramos una guerra para mantener vivo al enemigo». [1]

Excepto por algunas protestas poco convincentes, los generales de mayor rango no hicieron nada. El 13 de mayo, unas seis semanas después, el mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe del Estado Mayor del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas, emitió una segunda orden, según la cual no era necesario que el sistema de justicia militar presentara cargos contra soldados cuando implicaba a civiles, aun cuando los soldados hubieran cometido crímenes y violado las normas militares.[2] Rudolf von Gersdorff, el oficial de inteligencia de Tresckow, comprendió inmediatamente las

implicaciones: era una licencia para asesinar, saquear y violar. Tresckow y Schlabrendorff también vieron lo que estaba por venir. Tresckow decidió actuar sin demora. Un día soleado a principios de junio, Tresckow y Gersdorff se presentaron ante el mariscal de campo Fedor von Bock, el comandante del grupo de ejércitos. Estaban decididos a que no se cumpliesen las dos órdenes. De camino, Tresckow se detuvo y le dijo a su buen amigo:

> Gersdorff, si no tenemos éxito en persuadir al mariscal de campo de que vaya inmediatamente a ver a Hitler para conseguir una revocación de estas órdenes, el pueblo alemán asumirá una culpa que el mundo no olvidará durante siglos. No sólo Hitler, Himmler, Göring y su banda serán responsables, sino también tú y yo, tu esposa y mi esposa, tus hijos y mis hijos, la anciana que sólo ha entrado en la tienda de la esquina, el hombre que pasa por allí en bicicleta y ese niño pequeño que juega con la pelota. Piensa en lo que acabo de decir.[3]

Bock, que era tío de Tresckow por el lado materno, era un hombre de voluntad débil, incondicionalmente leal al Führer. Tresckow utilizó con él el lenguaje más claro posible. «Fedi», le dijo, «he hecho que preparen tu avión. Debes ir inmediatamente a ver a Hitler, no solo sino con [el mariscal de campo Gerd von] Rundstedt y [el mariscal de campo Wilhelm Ritter von] Leeb [comandantes de los grupos de ejércitos Sur y Norte, respectivamente]. Debéis ponerle una pistola en el pecho a Hitler y exigirle la revocación inmediata de las órdenes [...]. Si os negáis a obedecerle ahora, tendrá que echarse atrás.»[4]

Bock lo interrumpió. «¿Y si nos destituye?», le preguntó. «Entonces», replicó Tresckow, «al menos podréis abandonar honorablemente el escenario de la historia.» Bock respondió acalorado: «Hitler enviará a Himmler para sustituirme». Tresckow repuso: «Sabremos cómo manejarlo». [5]

Fue inútil. Bock se negó a hacer el viaje en persona. En su lugar envió a Gersdorff a Berlín para que presentara una protesta ante el comandante en jefe del Ejército, el mariscal de campo Brauchitsch. Como era de esperar, el viaje de Gersdorff fue un fracaso total. Fue bloqueado por un general de rango inferior que le dijo que Brauchitsch ya había realizado todos los

esfuerzos para cancelar la orden y que no se podía hacer nada más. Brauchitsch ni siquiera se encontraba en el cuartel general en aquel momento, así que Gersdorff no podía verlo en persona. Regresó ante el mariscal de campo Bock con las manos vacías. «Tomen nota, caballeros», dio instrucciones el comandante del grupo de ejércitos, «de que el mariscal de campo Bock ha protestado.»[6]

Al amanecer del 22 de junio se emitió la orden Barbarroja y el Ejército alemán lanzó una enorme descarga de artillería. Para los rusos, fue una sorpresa total. Durante las primeras horas de la invasión, Stalin se negó a creer que Hitler hubiera violado realmente el pacto Mólotov-Ribbentrop. Muchas de las unidades del Ejército Rojo en la frontera fueron aniquiladas y sus soldados, maltratados por sus superiores y carentes de motivación, sencillamente huyeron o se rindieron, abandonando las armas que casi no habían usado. El Grupo de Ejércitos Norte, bajo el mando del mariscal de campo Leeb, avanzó hacia Leningrado, mientras que el Grupo de Ejércitos Sur de Rundstedt penetró en Ucrania. El Grupo de Ejércitos Centro, dirigido por Bock, avanzó con un movimiento de pinza por Bielorrusia y asedió Minsk. Durante los primeros meses, Barbarroja fue un gran éxito. Las divisiones blindadas avanzaban a gran velocidad y aplastaban las defensas rusas bajo sus cadenas. El mariscal de campo Bock tomó Minsk y provocó una derrota decisiva del Ejército Rojo cerca de Smolensk. Rundstedt barrió al Ejército Rojo en Ucrania y conquistó Kiev.

Detrás del frente de avance de la Wehrmacht, los Einsatzgruppen, las formaciones operativas de las SS, masacraban a los judíos y otros «indeseables». Seguían un protocolo estándar. Después de rodear una aldea o pueblo judío, obligaban a todos los habitantes a salir de sus casas. Después, conducían a los judíos a un bosque o a un lugar aislado, les entregaban palas y les ordenaban que cavasen fosas. A continuación, los mataban a todos —hombres, mujeres, ancianos, niños— disparándoles en la nuca o ametrallándolos. La más famosa de estas masacres tuvo lugar en Ponary (Ponar), a las afueras de Vilna, y en Babi Yar, en Ucrania. Rivka Yosselevska, una judía que sobrevivió a la matanza, vivió para testificar en

el juicio de Eichmann sobre la política sistemática de asesinatos de los alemanes:

> Cuando llegamos al lugar vimos a personas desnudas. Seguíamos pensando que sólo se trataba de tortura. Pero yo quería ver y estar segura, para no tener dudas. Me di la vuelta y miré lo que había bajo la colina, esa plataforma, lo que había en la zanja, en la fosa. Entonces me quedó claro. Vi muchas filas de personas a las que habían matado a tiros y yacían allí [...]. Y también quiero mencionar aquí que mi hija me dijo cuando todavía estábamos en el gueto: madre, ¿por qué me vistes con mi ropa del Sabbath? Van a dispararnos y a matarnos, después de todo. Y cuando nos situamos junto a la fosa me dijo: ¿por qué nos quedamos aquí esperando? Salgamos corriendo [...]. Giré la cabeza y él me dijo: ¿A quién debo disparar primero, a tu hija o a ti? No respondí. Sentí cómo me arrancaban a mi hija, oí su último grito y cómo le disparaban. Después vino a por mí. Aparté la cara. Me agarró por el pelo para dispararme. Seguí de pie. Oí un disparo, pero seguía de pie. Me soltó. Empezó a cargar de nuevo la pistola. Se volvió hacia mí, disparó y caí. [7]

Más de un millón y medio de judíos fueron asesinados por los Einsatzgruppen, por unidades del Ejército, por la policía nazi y en algunos casos por unidades de la Wehrmacht. Los jefes del Ejército fueron, desde el principio, socios pasivos y a veces activos de la campaña de exterminio. El general Franz Halder, que sólo dos años antes estuvo dispuesto a tomar parte en un golpe antinazi, carga con la mayor responsabilidad por la aceptación de estas órdenes criminales por parte del Ejército, con Brauchitsch pisándole los talones.[8] Otros generales importantes, como Erich von Manstein, el brillante estratega de la invasión alemana de Francia, no se quedaron atrás a la hora de emitir infames órdenes antisemitas que implicaban una «venganza cruel pero justificada contra la judería». El más enérgico de ellos fue el mariscal de campo Walther von Reichenau, comandante del Sexto Ejército y posteriormente comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Sur, que dio su bendición a «los severos pero justificados actos de venganza contra esos subhumanos, los judíos».[9] Las unidades de la Wehrmacht proporcionaron apoyo logístico a los Einsatzgruppen, rodeando aldeas y pueblos. En algunos casos, los soldados se presentaron voluntarios para tomar parte en las masacres.[10]

Tresckow y sus amigos conocían todos estos crímenes, y existe un debate tormentoso entre los historiadores sobre su implicación. En su

calidad de oficiales del Estado Mayor, presentaron los informes iniciales sobre crímenes de guerra, dieron curso a órdenes con un contenido atroz y participaron en campañas contra los partisanos, que con frecuencia iban acompañadas de masacres contra judíos y rusos. Existen pruebas creíbles que demuestran que Tresckow, Gersdorff y otros se opusieron a dichos crímenes desde el principio, pero su oposición se volvió más vigorosa cuando aumentaron las masacres en su frente.[11] De junio a octubre, la mayoría de las víctimas civiles en el teatro de operaciones del Grupo de Ejércitos Centro fueron hombres. Pero a finales de octubre, la masacre fue masiva, y se empezó a asesinar en grandes cantidades a mujeres, niños y ancianos. Tresckow, un oficial del Estado Mayor que no tenía mando sobre las tropas, se enfrentó a la matanza de judíos en su jurisdicción por primera vez el 20 de octubre, cerca del cuartel general del grupo de ejércitos en Borísov (Barysau), en Bielorrusia. Rudolf von Gersdorff contó más tarde:

> Los hombres de las SS condujeron hasta Barysau y rodearon el gueto [...]. Dieron instrucciones a las unidades lituanas de las SS para que eliminasen a los judíos [...]. Primero obligaron a los judíos a cavar unas fosas hondas y después los dividieron en grupos de un centenar, los tiraron desnudos a las fosas y los SS lituanos los acribillaron con fuego de ametralladoras. Para verificar quién estaba muerto y quién seguía vivo, obligaron al siguiente grupo de judíos a colocarse sobre los cuerpos y después compartir su mismo destino. Se vio a un hombre de las SS levantar por los pies a los niños pequeños, dispararles en la cabeza y tirarlos a la fosa. Unos pocos soldados de la Luftwaffe que habían acudido por curiosidad desde un aeródromo cercano se vieron dominados por un fervor asesino y dispararon contra los judíos apelotonados en las tumbas. Escenas que helaban la sangre se desarrollaban en los bordes de las fosas: intentos desesperados de escapar, súplicas de jóvenes judías que sólo querían salvarse ellas y sus hijos, pero no sirvieron de nada. Todos terminaron en la fosa común de los SS.[12]

Tresckow estaba furioso por la masacre de judíos a lo largo de todo el frente, y cuando los crímenes tuvieron lugar bajo su mirada, se sintió aún más enfurecido. Fue inmediatamente a ver al mariscal de campo Bock y exigió que se usase la fuerza militar para detener la matanza. «Esto no puede volver a ocurrir», dijo, «y por eso debemos actuar. En Rusia estamos en posesión del poder. Si actuamos ahora contra [las SS] sin contenernos, podemos establecer un ejemplo.»[13] Bock se negó categóricamente. Más tarde, cuando Tresckow discutió con él para que se uniese a los esfuerzos

para derrocar a Hitler con el fin de «salvar la situación», el mariscal de campo reprendió a su oficial operativo. «No toleraré ningún ataque contra el Führer», gritó. «Me colocaré delante del Führer y lo defenderé contra cualquiera que se atreva a atacarle.»[14] Pero, aunque Bock hubiera colaborado, resulta difícil creer que Tresckow hubiera sido capaz de expulsar a los Einsatzgruppen de la retaguardia del grupo de ejércitos, o incluso de impedir sus acciones. Como mucho podría haber reducido de alguna manera su número, que es lo que aparentemente intentó. Argumentó que era técnicamente difícil desplegar tantas unidades SS, «porque no está claro que sea posible enviarlas [a tiempo]».[15]

Gersdorff, arriesgando su carrera, emprendió una gira por el frente, en la que trató de persuadir a los oficiales jóvenes para que se opusieran a las masacres. Al igual que el oficial de comandos Wilhelm Heinz (comandante de las tropas de choque en la conspiración de Oster de 1938), que denunció la masacre de los judíos de Lvov en la orden del día a sus tropas, Gersdorff esperaba impulsar la resistencia en los rangos más bajos. En el diario de guerra oficial del grupo de ejércitos, escribió: «Durante todas las largas conversaciones que he mantenido con los oficiales, me preguntaron sobre los fusilamientos de judíos, sin que yo plantease el tema. Recibí la impresión de que casi todos los oficiales se oponían al fusilamiento de judíos, prisioneros de guerra y comisarios [...]. Estos fusilamientos se percibían como un atentado contra el honor del Ejército alemán y en especial contra el del cuerpo de oficiales alemán».[16]

Pero Gersdorff vio lo que quería ver. Aunque no todos los soldados y oficiales colaboraron con los asesinatos —algunos incluso presentaron objeciones ante sus superiores o los mandos más altos—, la brutalidad en su conjunto dominó el frente oriental. Millones de prisioneros de guerra murieron de hambre. Soldados alemanes mataron a aldeanos rusos y ucranianos de la misma manera que lo hicieron con los judíos, robaron botas y ropa de abrigo, y expulsaron a muchos civiles de sus hogares demolidos para que murieran de frío durante el invierno. La guerra de los alemanes contra los partisanos sirvió de excusa para masacrar a los

habitantes, en especial a los judíos. Tresckow estaba horrorizado. «¿Nos puede sorprender que haya partisanos», preguntaba, «cuando se trata a la población de una manera tan terrible?»[17] Un golpe antinazi, la única salida para la situación imposible en la que se encontraban Tresckow y sus amigos, seguía estando fuera de alcance. Esta situación no iba a cambiar hasta al cabo de un año.

13
«Blitz» y botellas de licor: intentos de asesinato en el este

El impulso alemán se agotó a finales de 1941. El Grupo de Ejércitos Norte fracasó en la toma de Leningrado. La población acosada por el hambre en la ciudad sitiada se negó a rendirse. En una decisión controvertida, Hitler rehusó desplegar todas las fuerzas posibles para la conquista de Moscú y en su lugar ordenó al Grupo de Ejércitos Centro que transfiriera la mayor parte de su fuerza blindada hacia el norte y el sur para los enfrentamientos en Leningrado y Stalingrado. Cuando cambió de opinión, era demasiado tarde. «Si no avanzamos decididamente hacia Moscú ahora», afirmó Tresckow, «habremos perdido la campaña.»[1] Tenía razón: los soldados de Hitler, como los de Napoleón más de un siglo antes, no estaban preparados para luchar durante el invierno ruso. Las fuertes lluvias empezaron en el otoño y los tanques alemanes tuvieron dificultades para moverse por las estrechas y embarradas carreteras rusas. Cuando empezó el invierno, la gasolina de los motores se heló y las tropas alemanas, que estaban mal alimentadas y carecían de ropa de invierno, empezaron a congelarse. «El soldado alemán de la guerra invernal de 1941-1942 ha sufrido una transformación...», escribió Gersdorff. «Ha perdido su sensación de superioridad.»[2] Muchos generales alemanes comenzaron a dudar de que la victoria fuera posible.

Adolf Hitler, siempre dispuesto a echarles la culpa a los demás, destituyó al comandante en jefe de las fuerzas de tierra, el mariscal de campo Brauchitsch, y se nombró a sí mismo para el cargo. A partir de ese momento intervino en casi todas las operaciones y decisiones militares, desde el número de ametralladoras desplegadas en puntos específicos hasta el estado de las trincheras. El mismo día, también relevó al comandante del Grupo de Ejércitos Centro, el mariscal de campo Fedor von Bock, sustituyéndolo por Günther «Hans» von Kluge.

Tresckow sufrió una transformación durante ese invierno. Como le había prometido a Schlabrendorff antes del inicio de la Operación Barbarroja, tenía planeado explotar el fracaso de la Wehrmacht y organizar un golpe. Quería salvar a Alemania de una derrota dolorosa a manos del bolchevismo ruso y preservar al Ejército alemán después de la guerra. Pero ésta no era la razón principal para actuar. «Esta guerra que aún crees que tiene una oportunidad, está irremediablemente perdida», le dijo Tresckow al teniente Alexander Stahlberg, su primo y compañero de conspiración, «y servimos a un archicriminal, repito, un archicriminal. Según informaciones fiables, las unidades de las SS están cometiendo masacres más allá de todo lo que puedas imaginar.»[3]

Schlabrendorff asumió el papel de convertirse en el enlace entre Tresckow y el cuartel general de la conspiración en Berlín. Con la excusa de hacer gestiones militares, viajó con frecuencia a la capital, para entregar mensajes de Kaiser, Oster y los líderes en Berlín. Sus informes sobre la voluntad de Tresckow de entrar en acción revivieron la conspiración. La conexión entre Schlabrendorff y los miembros de la resistencia reveló a Tresckow que el movimiento estaba en contacto con un aliado poderoso, el jefe de la Oficina General del Ejército en el alto mando del Ejército, el general Friedrich Olbricht.

Olbricht, que tuvo un papel vital en la conspiración, era un hombre calvo y con gafas de mediana edad. Como comandante de la Oficina General del Ejército, uno de los puestos más elevados del Ejército de Reserva, asumió el rol de administrador del movimiento de resistencia. Se

dedicó a infinidad de detalles, técnicos y aburridos, pero críticos para gestionar el movimiento clandestino. Procedente de una familia de clase media (su padre era director de escuela), había crecido en la tradición ilustrada del protestantismo alemán del siglo XIX y era un conocido amante de la filosofía, la ópera y la música clásica. Pese a ser un patriota alemán desde la juventud, siempre había evitado el extremismo político y aborrecía tanto el hipernacionalismo alemán como el comunismo. Como oficial, mantenía una estrecha relación con personas normales y con judíos socialdemócratas e incluso comunistas. Su ideología del comportamiento militar era desde luego poco habitual. En 1943, cuando se enfrentó a la idea de la obediencia absoluta, le dijo a su oficial al mando que por cada noventa y nueve órdenes que recibiera, un soldado podía decir que no a una.[4]

No obstante, eso no era suficiente para convertirlo en un conspirador. Estuviera Olbricht implicado o no en los primeros intentos de golpe de Estado, como ha afirmado su biógrafo, está claro que durante los primeros meses de 1941 aún no se le consideraba un miembro de pleno derecho de la conspiración.[5] A mediados de noviembre de dicho año, Hermann Kaiser, que trabajaba estrechamente con Olbricht en cumplimiento de sus deberes militares, arregló un encuentro entre el general y Carl Goerdeler. Pero, en contra de algunos mitos posteriores, Olbricht fue «muy cauteloso» y difícil de convencer.[6] Era necesaria más presión. Kaiser, que creía que quedaba poco tiempo y cada hora era preciosa, no desesperó. Siguió presionando y en diciembre de 1941 sus esfuerzos se vieron recompensados con el éxito: Olbricht se unió finalmente a la conspiración. Resulta razonable suponer que la pérdida de su querido hijo en el frente influyó en su decisión.[7]

No obstante, la pieza que realmente querían cobrar los conspiradores no era Olbricht sino su oficial al mando, el general Friedrich Fromm. Considerado la bestia negra habitual en la literatura sobre la resistencia, Fromm era el todopoderoso comandante del Ejército de Reserva, normalmente descrito de manera poco favorecedora como bajo, gordo y elegante, un astuto oportunista cuya costumbre era «quedarse en la grada» y mirar siempre por su interés personal. Esta descripción tiene algún mérito,

pero también es algo injusta. Lejos de que lo odiase todo el mundo, Fromm era respetado por muchos como un comandante muy competente y el «hombre fuerte del frente interior».[8] Aun así, no cabe duda de que no gustaba a los luchadores de la resistencia que operaban bajo su mando. No se trataba de que fuera un nazi entusiasta. De haberlo sido, entonces conspiradores como Kaiser, Olbricht y, más tarde, Stauffenberg se habrían encontrado muy pronto en la celda de una prisión. Fue la voluntad de Fromm de acoger a los conspiradores lo que les permitió tener cierto margen de maniobra.

En realidad, fueron las reticencias de Fromm en comprometerse con un lado o con el otro lo que enfureció tanto a los conspiradores.[9] Su papel militar lo convertía en pieza clave para sus planes. No sólo podría haberlos arrestado, sino que su papel central en el mando de la jerarquía militar lo hacía imprescindible durante un golpe. Si colaboraba, las fuerzas del Ejército de Reserva quedarían naturalmente bajo el mando de los conspiradores, y los oficiales inferiores obedecerían todas sus órdenes. Pero Fromm se negó a escoger bando y era esta ambivalencia lo que lo hacía tan intolerable.

Durante toda la existencia de la conspiración, pareció que Fromm disfrutaba confundiendo y desconcertando a los conspiradores. En febrero de 1941, por ejemplo, visitó la oficina de Kaiser y confesó que estaba deprimido, solo y era incapaz de confiar en nadie. «Quizá sentía un llamamiento superior...», escribió Kaiser con su cinismo habitual, «o se sentía así porque tenía ganas de beber champán.»[10] Ya sea porque Fromm sintiera el deseo repentino de disfrutar de una de las bebidas de gran calidad que podía proporcionar Kaiser, o por otro motivo, siguió jugando este doble juego.[11] Muchos meses después, mostrando la «arrogancia y la indiferencia de un pachá [turco]», les dijo a sus oficiales que «Alemania no ha estado nunca en mejor situación».[12] Hasta el final, los conspiradores consideraron incomprensibles sus señales contradictorias.

Aun así, tenían que seguir planificando. Schlabrendorff, cuyo papel como agente era tan importante como el de Kaiser, se había reunido con

Hassell en octubre de 1941. Informó sobre el desarrollo de la conspiración en el este y preparó el terreno para una colaboración futura. A finales de 1941, Tresckow viajó a Berlín, donde se reunió primero con Olbricht, así como con Beck y Goerdeler. Oster, que, según Schlabrendorff, tenía en sus manos «los hilos de todo el complot», sirvió como mediador detrás del escenario, pero evitó encontrarse con Tresckow en persona por precaución. No tenía sentido poner en peligro la conspiración justo cuando se estaba empezando a reavivar.[13]

Al mismo tiempo, el mariscal de campo Witzleben, entonces en París, estaba reconsiderando la posibilidad de un golpe. Oster aseguró a Schlabrendorff, el agente incansable, que Witzleben estaba preparado para mover sus fuerzas en cuanto Tresckow hubiera liquidado a Hitler. Hans Crome aseguró más tarde a sus interrogadores soviéticos que las fuerzas blindadas en París se estaban preparando para llevar a cabo el golpe. Hassell sugirió que Witzleben comenzase la acción independientemente en el oeste, pero éste se negó. El mariscal de campo sostenía que una revuelta antinazi no se podía desencadenar en un solo frente. Realizar un movimiento aislado en el oeste sería una fantasía inútil. De hecho, Witzleben era extremadamente pesimista sobre las posibilidades de derrocar al régimen. En conversaciones privadas, advirtió contra iniciativas separadas y descoordinadas por parte de varias células de la resistencia. Situaba todas sus esperanzas en un golpe centrado en Berlín, del estilo del complot de 1938.[14]

La planificación preliminar ocupó un año entero. Tresckow seguía llevando una doble vida. Cumplía con su deber como oficial que servía al régimen, mientras que al mismo tiempo planeaba su derrocamiento. Algunos oficiales más de su grupo de ejércitos se unieron a la conspiración. En el verano de 1941, Tresckow dirigió un largo intercambio nocturno «en la orilla del río, bajo la luz de las estrellas», con el comandante Carl-Hans von Hardenberg, ayudante del mariscal de campo Kluge. Tresckow se quejó amargamente de la cobardía de los generales, que no podían reunir el valor suficiente para hablar contra los crímenes de guerra y la locura militar de

Hitler. Había llegado el momento, le dijo a Hardenberg, de rebelarse: «Es preciso recurrir a medios revolucionarios activos. Para tomar este camino, debemos desprendernos de todo lo que aprendimos de nuestros antepasados sobre el honor del soldado prusiano-alemán, así como de nuestras propiedades, familias, nuestro honor personal y el honor de nuestra clase». [15] El argumento de Tresckow convenció a Hardenberg, que se sumó a la conspiración.

El capitán Alexander Stahlberg, estrecho colaborador de Tresckow, fue enviado al Grupo de Ejércitos Sur, donde se convirtió en ayudante del comandante de la fuerza, el mariscal de campo Erich von Manstein, al que Tresckow también tenía la esperanza de captar. Pero Manstein rehusó incluso a considerar el asunto. Cuando Stahlberg intentó informarle, en nombre de Tresckow, sobre el asesinato de cien mil judíos, Manstein negó rotundamente los informes. «Ese número de personas», replicó, «podrían haber llenado el Estadio Olímpico de Berlín. Resulta difícil asesinar [a tantas personas].» Stahlberg necesitaba aportar pruebas tangibles si pretendía que Manstein informase de estos «descubrimientos» a los mandos superiores. Además, el mariscal de campo preguntó, exponiendo sus verdaderos sentimientos, si «¿es realmente tan negativo que se esté diezmando a la judería, tan peligrosa para Alemania?».[16]

Tresckow tuvo más suerte con su superior inmediato, el mariscal de campo Günther von Kluge, cuyo apodo era «Hans el Listo [*kluger*]». En diciembre de 1941, Kluge sustituyó a Bock como comandante del Grupo de Ejércitos Centro. Era cínico, precavido y extremadamente aprensivo. Se había negado a colaborar con los conspiradores de 1938 y envió a Gisevius de vuelta a Berlín con las manos vacías. Pero Tresckow no era Gisevius. Tenía el carisma para atraer lentamente a Kluge hacia la resistencia, en gran medida asustándolo con informes nefastos sobre el empeoramiento continuo de la situación militar. Tresckow se había dado cuenta hacía tiempo de que no tenía sentido hablar sobre los crímenes nazis cometidos en la retaguardia con nadie fuera de su círculo más inmediato. Estos argumentos morales no habrían convencido a Kluge para unirse a los

conspiradores. Sólo su relación personal con Tresckow y sus discusiones sobre la guerra podrían tener efecto sobre él.[17]

Schlabrendorff comparó más tarde a Kluge con un reloj al que había que dar cuerda cada día. Fueron meses de persuasión, pero finalmente Kluge reconoció que los conspiradores tenían razón. Le dijo a Tresckow que estaba preparado para apoyar un golpe militar, pero sólo después de que la resistencia hubiera eliminado a Hitler. Sin embargo, se negó categóricamente a colaborar en la planificación o ejecución de un intento de asesinato. Tresckow y Schlabrendorff comprendieron que debían ocuparse personalmente del tema.

Se sabe muy poco de las actividades militares de los conspiradores durante 1942, pero un fragmento que se ha conservado del diario de Kaiser indica que, al menos, marzo fue un mes de grandes preparativos. El enérgico agente fue de una ciudad a otra, se reunió con diversos líderes y coordinó sus actividades. El fragmento, fechado el 3 de marzo de 1942, documenta un calendario frenético, casi imposible, de reuniones y discusiones, bajo la sombra siempre amenazante de la Gestapo:

O [Olbricht] está de vacaciones. Si hay cuestiones específicas: habla con Beck.

Una conversación urgente entre O [Olbricht] y G [Gisevius] a través de O [Oster].

Hay un acuerdo con W [Witzleben]. Los artículos 1 y 2 anteriores sugieren que es necesario tomar primero la iniciativa para que sea más fácil para W.

Messer [Goerdeler] en un viaje privado a París.

Según M [Goerdeler] no se puede perder más tiempo.

Arresto.

O [Olbricht] telegrafiar. Juicio.[18]

La situación militar empeoró a finales de 1942. El Sexto Ejército alemán, bajo el mando del general Friedrich Paulus, no pudo tomar la ciudad meridional de Stalingrado y a lo largo del otoño quedó rodeado por el Ejército Rojo. Hitler, empecinado y temerario, le negó a Paulus el permiso para retirarse de la ciudad, exigiéndole que combatiese hasta la última bala. Al hacerlo, condenó a trescientos mil alemanes y a sus aliados a la muerte o al encarcelamiento.

En este punto, Tresckow empezó a planificar personalmente el golpe. Schlabrendorff se encontró con Olbricht en Berlín y éste le pidió dos meses para organizar sus fuerzas. El capitán Ludwig Gehre, un oficial derivado de la Abwehr para este propósito, fue los ojos de Oster en el cuartel general y se mantuvo en contacto con Tresckow y la camarilla oriental. Parece que en lo que concierne al asesinato propiamente dicho, Oster era reticente a confiar en la red de comunicación de Kaiser y Schlabrendorff; prefería supervisar personalmente los preparativos. Tresckow recibió el encargo de encender la mecha: eliminando a Hitler. Después, Olbricht debía movilizar al Ejército de Reserva. Gehre tenía asignada la tarea crucial de dirigir las escuadras de comandos de la Abwehr, las tropas de choque de la revuelta.[19] Witzleben, que fue despedido por Hitler en 1942 por su mala salud, aceptó dirigir la Wehrmacht después del golpe, «pero sólo si Beck está de acuerdo».[20]

Tresckow explotó para sus propósitos un extraño acontecimiento que tuvo lugar a finales de octubre de 1942. La ocasión fue el sesenta cumpleaños del mariscal de campo Kluge. El conde Philipp von Boeselager, asistente personal de Kluge, escuchó una llamada telefónica entre el mariscal de campo y Hitler. «Señor mariscal de campo», dijo Hitler, «he

oído que desea construir un granero en Böhne [propiedad campestre de la esposa de Kluge]. Como señal de gratitud por sus servicios al pueblo alemán, le entrego el regalo de 250.000 Reichsmark en cartillas de racionamiento para materiales de construcción. Adiós.» El Führer terminó la conversación, dejando a Kluge confundido. «Boeselager», llamó a su ayudante, «has oído lo que el Führer ha dicho al final de la conversación. ¿Qué piensas de ello, es decir, del regalo?» Philipp Boeselager, un oficial joven, patriota y antinazi, era desde hacía algún tiempo un estrecho colaborador de Tresckow, aunque no sabía nada de sus planes. «Señor», contestó, «por lo que puedo recordar nunca he oído que un mariscal de campo o general prusiano haya aceptado dinero cuando está en marcha una guerra [...]. En su posición yo donaría el dinero a la Cruz Roja.» Boeselager aseguró más tarde que «rápidamente fui a ver a Tresckow [...] y le conté la conversación entre Kluge y Hitler [...]. «"El mariscal de campo no debería depender del Führer", me dijo. "Lo necesitamos para la guerra contra Hitler".» Tresckow mostró sus cartas. «A partir de ese momento», escribió Boeselager, «fui miembro del grupo de resistencia de Tresckow.»[21]

En ese momento, apareció el punto de inflexión que habían estado esperando los conspiradores. La avaricia de Kluge pudo con él. Aceptó el regalo de Hitler y lo usó para renovar su casa solariega. Durante los días siguientes no pudo mirar a Tresckow a los ojos. Tresckow aprovechó la oportunidad. Le dijo a su oficial al mando que Kluge había actuado vergonzosamente. Podía redimir su reputación en los libros de historia sólo si decidía unirse a la resistencia.[22] Finalmente Kluge aceptó.

Durante el verano y el otoño de 1942, Tresckow y Schlabrendorff tuvieron problemas para decidir la mejor manera de asesinar a Hitler. Tresckow se planteó en un principio dispararle personalmente, pero sabía que Hitler llevaba un chaleco antibalas cuando visitaba los frentes y que sus temibles guardaespaldas eran los más rápidos en desenfundar en Alemania. Una sola bala, disparada bajo una gran presión, era muy probable que fallara y se corría el riesgo de desvelar toda la conspiración.[23] Una segunda opción era un gran tiroteo. Durante muchos meses, Tresckow había

estado en contacto con el conde Georg von Boeselager, hermano de Philipp y comandante de un batallón de caballería en el frente. A iniciativa de Tresckow y con la sanción de Kluge, Boeselager reunió una fuerza de caballería de elite que debía abrir fuego contra Hitler, o alternativamente arrestarlo, en cuanto llegase al Grupo de Ejércitos Centro.[24]

El Sexto Ejército, rodeado en Stalingrado, se rindió en enero de 1943. Cientos de miles de soldados alemanes murieron o cayeron prisioneros, y el comandante del Ejército, el mariscal de campo Paulus, fue trasladado a Moscú, donde inició emisiones de radio contra Hitler. La caída del Sexto Ejército conmocionó a todos los alemanes. Los discursos apasionados de Göring y Goebbels no ayudaron, ni tampoco la declaración del alto mando de la Wehrmacht de que «murieron para que Alemania pudiera seguir viviendo».[25] El pueblo alemán, que hasta entonces había creído en la invencibilidad de la Wehrmacht, conoció la amargura de la derrota. A partir de entonces, el Ejército Rojo hará retroceder a los alemanes en todos los frentes.

Unos meses antes, en el verano de 1942, Tresckow tomó la decisión de incorporar a Gersdorff, su oficial de inteligencia, al plan para asesinar a Hitler. En primer lugar, había comprobado la lealtad de su subordinado. «Por favor, no me preguntes por qué», le dijo, «pero necesito algunos explosivos especialmente efectivos.» El agudo Gersdorff comprendió muy bien qué era lo que le estaba pidiendo. Visitó al jefe de la unidad de sabotaje y le pidió un informe exhaustivo sobre su trabajo. El jefe, según Gersdorff, «estaba muy contento por mi interés repentino y me presentó un programa para visitar toda su unidad [...]. Allí vi un montón de material explosivo, detonadores y otros artefactos necesarios para los zapadores».

Gersdorff se dio cuenta enseguida de que las bombas alemanas no podían matar a Hitler, porque operaban con temporizadores muy ruidosos y emitían un fuerte silbido diez segundos antes de explotar. Por eso puso interés en bombas británicas más silenciosas: «Me mostraron un gran número de bombas británicas, que los británicos habían lanzado en paracaídas para los combatientes clandestinos franceses y holandeses en los

territorios ocupados [...]. Le pedí que hiciera una selección de artefactos [explosivos], de manera que pudiera mostrar al mariscal de campo los más novedosos».

El jefe aceptó, por supuesto, pero pidió, como un procedimiento militar necesario, que Gersdorff firmase un recibo El oficial de inteligencia estaba preocupado porque si firmaba y el plan fallaba, sería fácil descubrir quién había encargado la bomba. Pero aun así corrió el riesgo y firmó. «Me pregunté», escribió en sus memorias, «si estaba firmando mi sentencia de muerte.»[26] Gersdorff se presentó ante el coronel Tresckow con un contenedor lleno de bombas. Tresckow lo llevó a una zona aislada cerca del cuartel general del grupo de ejércitos. Los dos pasearon por un camino apartado. «Tresckow habló conmigo con una gran franqueza sobre la necesidad de eliminar a Hitler y liberar a la humanidad de este horrible criminal. Me dijo que después de pensarlo mucho había decidido matar al Führer con una bomba, el método que parecía tener las mejores posibilidades. Esto era una condición para el éxito de todo el plan para un golpe militar. Debíamos asegurarnos de que Hitler moría y no quedaba simplemente herido.»[27]

En enero y febrero de 1943, Tresckow estuvo en Berlín y participó en conversaciones intensivas con Olbricht, Beck, Goerdeler y Kaiser. Informó de que el frente oriental estaba a punto del colapso. Quizás aún se podía salvar a través de una acción rápida, suponiendo que los conspiradores ocupasen el Gobierno y negociasen una paz por separado con los Aliados occidentales. Por si la atmósfera no fuera lo suficientemente tensa, los miembros del círculo interno empezaron a discutir entre ellos. «No hay nada más que desdén», escribió Kaiser en su diario. Olbricht se echó atrás en sus promesas e insistió en que no podía hacer nada sin el consentimiento de Fromm: «Goerdeler habló el 19 de enero con Olbricht, Gisevius y Beck. Olbricht es incapaz de moverse sin Fromm. Incluso Beck se quedó pálido. Goerdeler: «“Perdí toda la estima que había tenido por Olbricht”».

Kaiser anotó, con cinismo, que Olbricht y Fromm compartían una especie de incompetencia simbiótica: «Uno está dispuesto a actuar sólo

cuando se lo ordenen, pero el otro está dispuesto a ordenarlo sólo cuando los demás actúen primero».[28]

Al igual que los demás, Tresckow quedó horrorizado al ver la cautela excesiva de Olbricht e imploró a Kaiser que «hiciera todo lo posible para reforzar su resolución».[29] Y de hecho, después de la derrota en Stalingrado, Beck, Tresckow y Goerdeler estaban desesperados por actuar y dudaban seriamente de la resolución de Olbricht para seguir adelante. «No perdamos ni un solo día», dijo Goerdeler, «para movernos lo antes posible. No podemos esperar que los mariscales de campo tomen la iniciativa. Están esperando órdenes, como O [Olbricht] aquí.» Mientras tanto, Kaiser supo por sus fuentes que Hitler era consciente de la conspiración. La policía militar podía llamar a su puerta en cualquier momento.[30]

Los conspiradores superaron las dudas que les quedaban. «¿No resulta horroroso», le preguntó Tresckow a Gersdorff, «que dos oficiales del Estado Mayor alemanes estén analizando la mejor manera de eliminar a su comandante supremo? Sin embargo, tenemos que hacerlo porque ésta es la última oportunidad para salvar a Alemania del abismo. El mundo debe liberarse del mayor villano de la historia. Lo erradicaremos como si fuera un perro loco que pone en peligro a la humanidad.» Otro oficial dijo sencillamente: «No importa cómo se mire y cómo se hable de ello, nuestra catástrofe es obra de un solo hombre. Debe morir. No tenemos elección».[31]

Con algunos esfuerzos, Tresckow consiguió persuadir a Beck, el comandante del movimiento de resistencia, de que asesinar a Hitler era la condición previa para el éxito del golpe. Beck, frustrado por el oportunismo de los generales y enfurecido por los crímenes del régimen, dio su consentimiento. El asesinato se fijó para el 13 de marzo, cuando estaba previsto que Hitler visitase el Grupo de Ejércitos Centro. El primer plan de Tresckow, que la caballería disparase contra el Führer durante una comida o una consulta militar, fue rápidamente rechazado. Tresckow debía advertir

del plan al mariscal de campo Kluge para asegurarse de que no resultase herido durante el tiroteo. Kluge se negó a escucharle. No era honorable, insistió, matar a un hombre mientras estaba comiendo. Y en cualquier caso, continuó, «no tiene sentido porque Himmler no estará presente».[32] Tresckow tendría que matar a Hitler de una manera mucho más discreta. Con gran disgusto por su parte, los conspiradores descubrieron que Kluge los retenía con una mano, mientras que los animaba con la otra. El 3 de marzo envió un mensaje a Olbricht, instándole a «acelerar» a causa de la situación en el frente.[33]

La única opción que quedaba era una bomba. Durante el invierno de 1943, Gersdorff y Tresckow salieron a los campos nevados de Smolensk, cerca del cuartel general del grupo de ejércitos, para comprobar si una bomba explotaría a temperaturas bajas. Gersdorff había conseguido algunos explosivos plásticos británicos. Los dos realizaron docenas de explosiones controladas y descubrieron que el material sólo funcionaba entre los cero y los cuarenta grados centígrados. Al principio temían que la temperatura pudiera caer por debajo del punto de congelación en el momento crítico, lo que acabaría con los planes diseñados con tanta precisión, pero establecieron una serie de elementos técnicos para superar el problema. La bomba británica se basaba en un detonador activado por ácido: al activar la bomba se rompía una cápsula de cristal; el ácido derramado disolvía un muelle, el cual soltaba un percutor que golpeaba el detonador y la bomba explotaba. Los conspiradores probaron las bombas en una serie de edificios abandonados cerca del frente y todos ellos quedaron totalmente demolidos.

Schlabrendorff formó dos rollos con el plástico mortal y los envolvió suntuosamente para que tuvieran la apariencia de dos botellas de licor de Cointreau. Finalmente llegó el 13 de marzo. Hitler aterrizó en el cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro, acompañado de un gran número de guardias de las SS, su chófer, su cocinero y su médico personal. Al principio, Tresckow tenía planeado colocar la bomba en el coche del Führer, pero vio que los SS mantenían el vehículo bajo una vigilancia constante, y tuvo que improvisar otra solución. Mientras tanto, Kluge ofreció al Führer

un almuerzo al que estaban invitados todos los oficiales del Estado Mayor de mayor rango. Schlabrendorff tuvo la oportunidad de ver de cerca a su presa:

> A Hitler se le sirvió una comida especial, preparada por su cocinero personal. Su médico, el profesor Morell, la probó delante de sus ojos. Todo el procedimiento era reminiscencia de un déspota oriental de épocas pasadas. Ver comer a Hitler era un espectáculo de lo más desagradable. La mano izquierda firmemente colocada sobre el muslo, con la mano derecha se metía la comida en la boca, que consistía en diversos tipos de vegetales. Lo hacía sin levantar el brazo derecho, que mantuvo pegado a la mesa durante toda la comida. En su lugar, bajaba la boca hasta la comida.[34]

Durante el almuerzo, Tresckow se acercó al teniente coronel Heinz Brandt, uno de los oficiales del Estado Mayor de Hitler, y le pidió si podía llevar dos botellas de licor al coronel Helmuth Stieff, uno de sus amigos en el alto mando. Stieff era un oficial antinazi que se había vuelto contra el régimen como consecuencia de las matanzas de judíos polacos, pero que no estaba al corriente de la conspiración. Brandt aceptó. Schlabrendorff fue al teléfono y transmitió al capitán Gehre, su contacto en Berlín, la palabra clave «Blitz». La cuenta atrás había empezado. Schlabrendorff escribió más tarde:

> Esperé hasta que Hitler se hubo despedido de los oficiales del Grupo de Ejércitos Centro y estaba a punto de subir al avión. Al mirar a Tresckow, leí en sus ojos la orden de seguir adelante. Con la ayuda de una llave, apreté fuerte sobre el detonador, armando de esta manera la bomba, y le entregué el paquete al coronel Brandt, que subió al avión poco después de Hitler. Unos minutos más tarde el avión de Hitler y el que llevaba a otros miembros de su séquito, escoltados por una serie de aviones de caza, emprendió el vuelo de regreso a Prusia Oriental. El destino debía seguir ahora su curso. Tresckow y yo regresamos a nuestro acuartelamiento, desde donde llamamos de nuevo a Gehre en Berlín y le dimos la segunda palabra clave, indicando que la Operación Blitz estaba en marcha.[35]

Hitler iba sentado en un compartimento blindado dentro del avión. Por la fuerza de sus experimentos, los conspiradores sabían que la explosión sería lo suficientemente fuerte para destrozar este cubículo, junto con el resto del avión. Tresckow y Schlabrendorff se sentaron junto a la radio y

esperaron la noticia del derribo del avión en algún lugar por encima de Minsk.

Mientras esperaban en tensión, se sintieron perturbados por remordimientos morales. Tresckow y Schlabrendorff sabían que debían matar a un solo criminal para salvar potencialmente a millones de personas, pero ¿qué pasaba con los oficiales inocentes que iban a morir con Hitler al estrellarse? Los dos habían llegado a la conclusión de que, teniendo en cuenta los crímenes horribles que se habían cometido en el este, ningún oficial alemán era inocente. Todos los que habían guardado silencio mientras eran masacrados judíos, rusos y polacos, e incluso los que habían protestado, pero habían seguido sirviendo, cargaban con la misma responsabilidad y por ello merecían la muerte. Y aunque estos hombres no fueran culpables, sus muertes eran necesarias. En palabras de Tresckow: «Para liberar Alemania y el mundo del mayor criminal de la historia, está permitido matar a unas pocas personas inocentes».[36] Pero no ocurrió nada, según explicó Schlabrendorff:

> Después de esperar más de dos horas, recibimos la noticia devastadora de que el avión de Hitler había aterrizado sin incidentes en el aeródromo de Rastenburg, en Prusia Oriental, y que Hitler había llegado sano y salvo al cuartel general. No podíamos imaginar qué había salido mal. Llamé inmediatamente a Gehre en Berlín y le di la palabra clave para el fracaso del asesinato. Más tarde, Tresckow y yo, asombrados y conmocionados por el golpe, hablamos sobre cuál debía ser el próximo movimiento. Nos encontrábamos en un estado de agitación indescriptible; el fracaso de nuestro atentado ya era bastante malo, pero la idea de lo que el descubrimiento de la bomba podría significar para nosotros y nuestros compañeros conspiradores, amigos y familias era infinitamente peor.[37]

A pesar de este contratiempo, Tresckow no se hundió en una depresión. Actuó con rapidez. Llamó al teniente coronel Brandt, que ya había llegado al cuartel general, y le dijo que se había cometido un error y que se habían enviado las botellas de licor equivocadas. Le pidió al teniente coronel que conservase el paquete hasta que pudieran entregar el Cointreau de verdad. Tresckow tenía que evitar que entregasen la bomba a Stieff, que no sabía nada del complot de asesinato. Schlabrendorff partió hacia el cuartel general del alto mando, entregó a Brandt dos botellas auténticas de

Cointreau y reclamó el paquete original. Brandt, que no sabía nada del contenido mortal del paquete, movió el paquete de un lado a otro. Schlabrendorff, que hizo todo lo posible para ocultar su nerviosismo y sus temores, temió seriamente que se produjera una explosión accidental. Llevó el paquete a la estación de ferrocarriles, donde esperaba un expreso nocturno militar con destino a Berlín.[38] Allí, Schlabrendorff entró en un coche cama, cerró la puerta y abrió el paquete con una cuchilla de afeitar. Retiró el envoltorio y realizó un descubrimiento sorprendente: «Pude ver que las condiciones del explosivo no habían cambiado. Desactivando cuidadosamente la bomba, retiré el detonador y lo examiné. La razón del fracaso quedó clara de inmediato: todo había funcionado como se esperaba excepto una pequeña parte. El frasco con el fluido corrosivo se había roto, el producto químico había corroído el muelle, el percutor se había soltado y había golpeado, pero el detonador no había actuado».[39]

Al parecer, el mal funcionamiento se debió a un defecto en la manufactura del explosivo y a las bajas temperaturas dentro del avión. Gersdorff, Tresckow y Schlabrendorff habían hecho todo lo que habían podido pero, como en esfuerzos anteriores de la resistencia, la fortuna había intervenido para salvar al Führer. Pronto decidieron intentarlo de nuevo.

El 21 de marzo estaba previsto que Hitler pronunciara un discurso durante la conmemoración oficial del día de los Héroes en Berlín. Tras el discurso, debía visitar la armería *(Zeughaus),* donde vería una exhibición de material de guerra ruso capturado. El departamento de inteligencia de Gersdorff había organizado la exhibición, y se suponía que debía guiar a Hitler a través de la muestra y explicarle los detalles. Tresckow le preguntó a Gersdorff si estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad para atacar a Hitler, al tiempo que a Himmler, Göring y Goebbels. Aparentemente, sería necesario que se hiciese saltar por los aires junto con Hitler.[40]

Gersdorff aceptó hacerlo, aunque sabía que probablemente significaba sacrificar su propia vida. Con un gran esfuerzo, Tresckow consiguió convencer al mariscal de campo Kluge para que no asistiera, porque se

suponía que iba a ser una figura esencial en el golpe antinazi que seguiría al asesinato.

Gersdorff viajó a Berlín con el mariscal de campo Walter Model, uno de los más leales a Hitler. Un día antes del acontecimiento, los dos se reunieron con Schmundt, ayudante de Hitler. Model preguntó por la hora exacta prevista para la visita al museo, porque quería visitar a su esposa antes de regresar al frente. Al principio, Schmundt se negó a ello con el pretexto de que los procedimientos de seguridad prohibían que nadie lo supiese. Él, Schmundt, sería condenado a muerte si revelaba el secreto, según sus propias palabras. Model insistió y finalmente Schmundt cedió. Gersdorff escuchó atentamente. Después, Schmundt dijo que había comprobado la lista de invitados y que Gersdorff no figuraba en ella. La suerte estaba de nuevo al lado de los conspiradores; Model protestó vehementemente y afirmó que él no estaba versado en armamento ruso. ¿Qué ocurriría si Hitler le planteaba una pregunta que no podía responder? Pidió que Gersdorff le acompañase y respondiese a todas las preguntas técnicas del Führer. Schmundt aceptó y añadió a Gersdorff a la lista de invitados. Gersdorff escribió más tarde: «Pasé el 20 de marzo en la armería para examinar las posibilidades de un intento de asesinato. Había obreros trabajando por todas partes, en el patio del museo, donde debía celebrarse la ceremonia, y en las mismas salas de exposición. Se había erigido una tribuna para los oradores y un escenario para la orquesta filarmónica. Toda la zona estaba decorada con coronas de flores. Tropas de las SS y el SD se movían continuamente entre los trabajadores [...] vigilando el lugar día y noche».[41]

Gersdorff se dio cuenta de que no podía esconder la bomba en la sala de exhibición. Los procedimientos de seguridad eran demasiado exhaustivos, la sala era demasiado grande y no había manera de saber exactamente dónde estaría Hitler. Como alternativa, podía colocar la bomba en la tarima para los oradores en el exterior, pero, como pudo comprobar, estaba vigilada día y noche por las SS. Gersdorff llegó a la conclusión de que tendría que llevar la bomba sobre su persona y detonarla cuando estuviera

al lado de Hitler, matándose junto con el dictador. A las diez de la noche, mientras estaba sentado en su habitación en el hotel Eden, inmerso en profundas reflexiones, Schlabrendorff llamó a la puerta y le entregó una bomba con un margen de diez minutos. Gersdorff recordaba:

> Llegué a la armería a última hora de la mañana del 21 de marzo [...]. A las once de la mañana, empezaron a llegar oficiales y funcionarios del partido, pero no tenían ni idea de que la ceremonia no empezaría hasta la una de la tarde. Unos pocos conocidos intentaron hablar conmigo y debí de darles la impresión de ser un hombre distraído y pensativo [...]. Tras la Séptima Sinfonía de Bruckner, Hitler empezó a hablar. Sólo lo escuché intermitentemente [...]. Recuerdo que, a pesar de todas las previsiones optimistas sobre la situación militar, habló en términos místicos sobre «el ocaso de los dioses». No sabía cuánto tiempo iba a hablar, de manera que no podía activar el detonador durante el discurso.[42]

Tras concluir el discurso, Hitler entró en la armería con Gersdorff, Göring, Himmler, Keitel, el mariscal de campo Bock y otros muchos oficiales. Gersdorff quiso hablarle al Führer de las piezas que se exhibían, pero Hitler no escuchó y empezó a caminar frenéticamente hacia la puerta. Cincuenta segundos después, la radio anunció, con un redoble de tambor, que Hitler había abandonado la armería y se disponía a pasar revista a la guardia de honor en la Tumba del Soldado Desconocido.[43] Gersdorff contó más tarde a un historiador:

> Así se perdió una oportunidad única para el asesinato, porque el detonador necesitaba al menos diez minutos, si la temperatura era normal [y más tiempo si hacía frío]. Hitler salvó la vida por un cambio de último minuto, una estratagema típica de su sofisticado sistema de seguridad. Tresckow escuchó la transmisión radiofónica de la ceremonia en Smolensk con un cronómetro en la mano. Cuando oyó [...] al locutor anunciado que [Hitler] había abandonado la armería, comprendió que no se había podido completar el plan.[44]

Gersdorff siguió activo en el movimiento de resistencia hasta el final, pero no se atrevió a organizar personalmente un nuevo intento de asesinato de Hitler. Tresckow también juró que seguiría adelante, pero los conspiradores continuaban teniendo la suerte en contra. A principios de marzo, poco antes del fracaso del intento de asesinato en Smolensk, Beck fue hospitalizado y se le diagnosticó un cáncer de estómago. Se convirtió en una sombra de sí mismo, pálido y deprimido. Los miembros del círculo

interior se sintieron consternados por su situación. «Hasta ahora no había quedado clara su importancia», le dijo Kaiser a otro conspirador, estando de acuerdo con él en que «la gente está preparada para tomarlo sólo a él [a Beck] en consideración. Nadie lo puede reemplazar. Witzleben debe dar un paso adelante, pero no es un estadista [...]. Que Dios proteja a Beck».[45]

Un mes después, Fritz-Dietlof von der Schulenburg, uno de los conspiradores más activos en el Ejército, fue arrestado e interrogado por sospechas de traición. Sólo fue liberado por la intervención de oficiales de alto rango. Beck, Goerdeler y Hassell también sintieron que se encontraban bajo vigilancia de la Gestapo. El espacio para maniobrar se redujo con rapidez.[46]

Tresckow, que observaba unas reglas estrictas de precaución, aún no era sospechoso, pero sabía que no estaría seguro para siempre. Todo el mundo sentía que estaba a punto de ocurrir una catástrofe terrible. El 5 de abril de 1943, ocurrió. Tresckow oyó en el cuartel general en Smolensk que la Gestapo había registrado las oficinas de la Abwehr en Berlín, donde arrestaron a Hans von Dohnanyi e incautaron muchos documentos incriminatorios. Lo peor de todo era que el general de división Hans Oster, alma y corazón de la conspiración militar antinazi, había sido relevado de su mando y colocado bajo arresto domiciliario. El centro nervioso de la resistencia en Berlín se estaba desmoronando.

14
Nombre en clave U-7: rescate y abismo

El cuartel general del servicio de inteligencia militar alemán (Abwehr) en Tirpitz-Ufer, Berlín, era un edificio de oficinas aburrido y gris. En este entorno espartano y modesto, operaba también el directorio de la resistencia militar antinazi, disfrutando del apoyo directo de su jefe, el almirante Wilhelm Canaris. Muy ocupados con sus deberes militares oficiales y sus labores clandestinas, Hans Oster y su mano derecha, Hans von Dohnanyi, encontraban el tiempo y la energía para organizar operaciones sofisticadas con el fin de rescatar judíos, judíos conversos y sus familiares.

Ninguna de estas operaciones se podía organizar sin el consentimiento y el apoyo activo del almirante Canaris. El «pequeño almirante», como era conocido, era una figura controvertida. Se trataba de un maestro de espías bajo, canoso y de voz suave, que mantenía unas relaciones de trabajo excelentes con la mayoría de los líderes nacionalsocialistas. Su habilidad extraordinaria para jugar a dos o tres bandas provocó que incluso los nazis más fanáticos creyeran que era imposible que pudiera colaborar con traidores y conspiradores.[1] Dentro de la Abwehr, era considerado un jefe estricto y altamente desconfiado, ni gregario ni amistoso. Incluso la relación con su propia familia era fría. En general, era un misántropo que prefería la compañía de *Seppl* y *Sabine,* sus queridos perros salchicha. Cada día los

llevaba a la oficina y a veces cerraba la puerta y jugaba con ellos durante horas. Su biógrafo Heinz Höhne asegura que aquel a quien no le gustasen los perros no podía esperar caerle en gracia al almirante. Otro tema sensible eran los oficiales demasiado altos; éstos solían ser apartados, marginados y discriminados.[2]

Muy pocas personas dudaban de la lealtad de Canaris a Hitler y al régimen nazi. Durante el periodo de Weimar, era conocido como monárquico y antidemócrata convencido. Como miembro de numerosas células subversivas de la derecha radical, colaboró en las actividades de la organización terrorista Consul. No se sabe si Canaris estuvo directamente implicado en los asesinatos de políticos de Weimar cometidos por este grupo, pero ayudó a los terroristas a obtener fondos y posiblemente munición. También era conocido por ayudar a otro buen amigo, el dictador español Francisco Franco, a derrocar la joven Segunda República Española en una sangrienta guerra civil. Su contribución a la causa fascista en España fue crucial y más tarde se le recordó como «una de las personas a las que Franco debía su poder».[3] En 1937, seguía negándose a escuchar a su amigo y segundo al mando Hans Oster, que intentó abrirle los ojos sobre la naturaleza real del régimen nazi. En aquel momento, continuaba siendo un nacionalsocialista convencido. «Les exijo que apoyen firmemente el Estado nacionalsocialista», les dijo a sus oficiales. «Las ideas de Adolf Hitler están imbuidas del siguiente espíritu militar: honor y sentido del deber, valor, preparación militar, disposición al compromiso y al autosacrificio, liderazgo, camaradería y sentido de la responsabilidad.»[4] Para él, Hitler era un líder conservador y nacionalista dispuesto a restaurar el pasado glorioso de Alemania.

Pero dejando de lado su visión nacionalista del mundo, Canaris no podía compartir algunos de los aspectos más brutales de la ideología nazi. Sorprendentemente para un hombre con su pasado, era sensible a los padecimientos de las personas inocentes y le resultaba difícil permanecer indiferente mientras sufrían. Había ayudado a judíos alemanes antes de la guerra y nunca odió a los judíos, aunque sirviera lealmente al régimen nazi.

El famoso periódico antisemita *Der Stürmer* lo denunció a él y a su esposa, Erica, por comprar reiteradamente en tiendas de propietarios judíos.[5]

Lentamente, como ocurrió con otros muchos futuros conspiradores, la acumulación de la fuerza de los acontecimientos empujó a Canaris a cambiar de opinión sobre Hitler. El asunto Fritsch, en especial, junto con el estallido de la guerra, le abrió a la influencia de Oster y Dohnanyi, que trabajaban con él a diario. Otro punto de inflexión fue la campaña polaca, que estuvo marcada por las atrocidades alemanas. Canaris estaba en aquel momento muy ocupado en un frenesí de operaciones de inteligencia y sabotaje, y se ocupó especialmente en enviar espías a países extranjeros, entre ellos las colonias británicas. Con frecuencia viajaba desde Berlín al teatro de operaciones y fue testigo de la situación de la Varsovia ocupada, que le horrorizó. Según Heinz Höhne:

> Las escenas de devastación en Polonia dejaron una marca indeleble en Canaris. La guerra terrestre era algo nuevo para él. Su conocimiento de la guerra se basaba en los recuerdos de los cruceros batiéndose a larga distancia, coloreados por los ritos tradicionales entre los caballeros del mar. Éste era otro tipo de guerra, una orgía de matanza masiva y destrucción total, una batalla entre creencias e ideologías fanáticas que se libraba en medio de ciudades en llamas y las ruinas de una cultura nacional. Lo que vio despertó una sensación de culpa personal y nacional que muy pronto derivó en la conciencia de que todo esto lo atormentaría cada vez más con el paso del tiempo: «Dios nos juzgará».[6]

«Canaris era un intelectual puro», reconoce su estrecho colaborador Erwin Lahousen, «una personalidad interesante, muy individualista y complicada, que odiaba la violencia por sí misma y que por ello odiaba y abominaba de la guerra, de Hitler, de su sistema y en especial de sus métodos. Según cualquier punto de vista que se quiera adoptar, Canaris era un ser humano.»[7] Sabía muy bien que estaba sirviendo al bando responsable de las atrocidades, pero encontró la manera de vivir con su conciencia. Además de sus deberes militares formales y el apoyo que dio a la resistencia, realizó esfuerzos crecientes para salvar a víctimas individuales. Lo hizo a petición de una vieja conocida, la esposa del antiguo agregado militar polaco en Berlín:

> Mientras visitaba Poznań, una mujer polaca pálida y aparentemente confusa se acercó a Canaris y le pidió ayuda. El almirante la miró consternado al reconocerla. Se trataba de Madame Czimanska, esposa del agregado militar polaco y una de las anfitrionas populares en el Berlín de preguerra [...]. No sabía nada del paradero de su esposo [...]. Sollozando, Madame Czimanska le contó a Canaris la historia de su huida y expresó su vergüenza por la aparente falta de determinación de las fuerzas polacas. Canaris la consoló. «No se angustie [...]. El Ejército polaco ha luchado bien y con valentía.» Pero cuando pidió permiso para unirse a su madre en Varsovia, él negó con la cabeza. «Yo no iría a Varsovia», le dijo. Se acercó a un gran mapa y lo cruzó con el dedo. «Suiza», le señaló, «ése es el mejor lugar.» Canaris redactó documentos que permitieron a Madame Czimanska y a sus hijos asentarse en las cercanías de Berna, donde encontró un apartamento que él visitaba a veces durante sus viajes a Suiza. También actuó como canal para la correspondencia entre ella y su madre en Varsovia. Al descubrir que esta última vivía en la calle Ulonska, ordenó a Horaczek [el comandante de la Abwehr en Varsovia] que lo llevase hasta allí. «Vamos a ver a la anciana dama y a darle la noticia de que su hija y los niños están bien.»[8]

Canaris también se preocupó por rescatar judíos. Uno de ellos fue el rabino Joseph Yitzchack Schneersohn, el líder espiritual de Jabad, más conocido como el Rebe de Lubavitch. Muy pocas personas, entonces y ahora, saben que Canaris estuvo personalmente detrás de esta operación.[9]

Como otras muchas comunidades judías, las congregaciones Jabad en Europa se vieron sorprendidas y no estaban preparadas para el ataque nazi. Cuando quedó claro que Polonia caería rápidamente bajo los nazis, el rabino Schneersohn ordenó la aplicación de medidas de emergencia. Les dijo a todos los estudiantes de la yeshivá con ciudadanía estadounidense que estudiaban en Varsovia que regresaran de inmediato y viajó personalmente a la capital polaca para salvar su valiosa biblioteca. Por desgracia, pocos días después de su llegada, la Wehrmacht ocupó Varsovia. Circularon rumores entre los jasidim de que el anciano rabino, ciudadano letón, estaba atrapado en la Varsovia ocupada e incluso gravemente herido. El grupo de presión Jabad en Estados Unidos entró en acción. Algunos de los judíos jasídicos, que tenían contactos en la administración, urgieron al Departamento de Estado para que presionase a los alemanes a fin de salvar al rabino. Los esfuerzos llevaron mucho tiempo, pero por fin obtuvieron resultados, y en cierto momento incluso el secretario de Estado, Cordell Hull, se implicó personalmente.

Los americanos se pusieron en contacto con un hombre llamado Helmuth Wohlthat, un veterano diplomático alemán que se oponía a la

guerra. Wohlthat llegó enseguida a la conclusión de que el rescate de una personalidad tan destacada podía motivar que los americanos mediasen entre Alemania y Gran Bretaña. Como muchos alemanes, sobrestimaba seriamente el poder del lobby judío en Estados Unidos. Wohlthat, por supuesto, no podía hacer algo así por sí mismo y por eso se puso en contacto con Canaris para pedirle ayuda.

Canaris, que apoyaba la iniciativa de paz de Wohlthat, se implicó con celo en esta misión. Confió la operación a un par de agentes de la Abwehr, Ernst Bloch, de ascendencia judía, y Johannes Horaczek, que hablaba polaco con fluidez. El jefe ordenó a Bloch y Horaczek que fueran a Varsovia, encontrasen al rabino y se ocupasen de su traslado seguro a Riga, que en aquel momento aún no estaba ocupada por los alemanes. Los dos acudieron al escondite del rabino en un coche militar escoltados por soldados armados. Para tranquilizar a los asustados judíos, que podían pensar que los soldados tenían intenciones asesinas, Block se presentó al rabino como judío. Chaim Liebermann, secretario del rabino Schneersohn, declaró más tarde que el agente de Canaris llevaba su medalla de la Gran Guerra para salvaguardar el convoy de soldados alemanes dispersos.[10] Así, en una operación limpia de la Abwehr, el rabino fue llevado clandestinamente a Berlín, después a Riga y finalmente a un barco con destino a Estados Unidos. Nunca supo que le debía la vida al comandante de la Abwehr alemana.

En 1940, la reputación de Canaris como alguien dispuesto a ayudar estaba firmemente arraigada a ojos de sus amigos y vecinos, y recibía peticiones constantes. Annemarie Conzen, una judía conversa, le pidió ayuda para su madre, que había desaparecido en un campo de concentración. La propia Annemarie era definida por el Gobierno como totalmente judía y tenía que vivir bajo la amenaza constante de deportación hacia el este. Tras la muerte de su esposo ario, nada la podía proteger. Tuvo que abandonar su hogar y trasladarse con sus dos hijas, Irmgard y Gabriele, a un pequeño apartamento

cerca del de Canaris. Irmgard era compañera de clase de Brigitte, la hija de Canaris, y las madres de las dos chicas también compartían amistad. En 1940, Annemarie probó suerte e imploró directamente al almirante por su madre.

Canaris no se pudo negar. A través de su enlace personal, Wilhelm Schmidhuber, localizó a la mujer en el campo de concentración de Gurs, en el sur de Francia. Siguiendo órdenes de su jefe, Schmidhuber proporcionó ropa, alimentos y dinero a la madre de Annemarie y a otros internos judíos. Un poco más tarde, el jefe de la Abwehr pudo obtener para la madre de Annemarie un permiso para abandonar Gurs y emigrar a Argentina. (Esto no era tan raro como podría parecer. Dos mil internos recibieron permiso para emigrar desde Gurs, a través de canales diversos.)

Por desgracia, la anciana se negó, porque no quería abandonar a sus compañeros de internamiento. Su decisión fue fatal: a partir del 6 de agosto de 1942 Gurs fue evacuado y la mayoría de los internos judíos fueron enviados a Auschwitz y otros campos de exterminio. La tragedia afectó profundamente a Canaris y decidió que utilizaría todos los medios posibles para salvar a Annemarie y a sus hijas. A finales de 1942, se presentó la oportunidad. Hans von Dohnanyi propuso una operación anfibia de rescate de judíos y judíos conversos, bajo la cobertura de una misión de espionaje legítima. Canaris estuvo de acuerdo y pidió que también se incluyera en la lista a Annemarie Conzen y sus hijas. Algunos afirman que lo hizo en parte a petición de su esposa, Erica.[11]

Además de apoyar operaciones de rescate, Canaris habló contra los crímenes alemanes en los territorios ocupados, como las atrocidades en Polonia, en especial las perpetradas por la División Totenkopf de las SS. Más tarde, también alzó la voz, casi en solitario, contra el asesinato de comisarios soviéticos y la muerte por inanición de prisioneros de guerra rusos.[12] Entre todos los jefes de sección del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas, Canaris fue el único que lo hizo.

Pero aun así, Canaris sabía que la mayoría de sus soldados y oficiales eran nazis leales. Como se muestra en el exhaustivo estudio de Winfried

Meyer sobre la Abwehr y los judíos, los agentes de la Abwehr en Rusia estuvieron muy implicados en operaciones de exterminio, siendo probablemente el ejemplo más destacado una fuerza llamada la Policía Secreta de Campaña (Geheime Feldpolizei), una fuerza de contrainteligencia formalmente bajo el mando de la Abwehr. El deber oficial de esta unidad era purgar el frente de traidores, espías y otros «elementos hostiles». Pero durante la Operación Barbarroja, los judíos se asociaron cada vez más a todo lo anterior y fueron exterminados en masa por el Ejército, la policía y las SS por un igual. La Policía Secreta de Campaña estuvo tan activa en estas operaciones que en la práctica se convirtió en un Einsatzgruppe. Su comandante estaba muy próximo al jefe del SD Heydrich. Formalmente, se encontraba bajo el mando de Canaris, pero en realidad respondía ante el servicio de seguridad de las SS.[13]

A medida que proseguían los asesinatos en masa, también lo hicieron los intentos por rescatar a unos pocos afortunados. En marzo de 1941, se estaba preparando otra operación de rescate en el alto mando de la Abwehr. Su escala era ambiciosa, y resulta bastante interesante que su impulso original no fuera humanitario sino comercial. Durante unos pocos meses, Harry Hamacher, el director de Brasch & Rothenstein en la Ámsterdam ocupada, hizo pasar judíos por la frontera a cambio de una fuerte cantidad de dinero. Inicialmente, Hamacher fue capaz de conseguir permisos para atravesar la frontera utilizando contactos y sobornos generosos pero, con el paso del tiempo, el contrabando de personas se volvió cada vez más difícil. El departamento de Asuntos Judíos de Adolf Eichmann se hizo progresivamente más estricto en estos temas. Muy pronto, Hamacher descubrió que era casi imposible obtener visados para sus clientes. Para superar el problema, recurrió a principios de marzo de 1941 al comandante Walter Schulze-Bernett, el comandante de la Abwehr I (espionaje) en la Holanda ocupada. Para este último, la petición de Hamacher constituía una oportunidad excelente para ayudar a los judíos y, al mismo tiempo, para infiltrar espías en el extranjero. Por ello sus motivos eran tanto humanitarios como militares. Sabiendo que una operación a tan gran escala

requería el apoyo de mandos superiores, recurrió a Canaris y pidió su bendición.

El jefe de la Abwehr envió rápidamente a Schulze-Bernett una respuesta codificada. «Muchas gracias por los cigarros que me ha enviado», escribió. «Me han hecho muy feliz.» Schulze-Bernett comprendió el subtexto: Canaris estaba de acuerdo y le ofrecía protección, «debido a sus conocidas preocupaciones humanitarias y su oposición a la persecución contra los judíos».[14] La operación recibió el nombre en clave de Aquilar.

En cuanto Canaris dio su consentimiento, Aquilar se desarrolló a una velocidad de vértigo; la lista de los refugiados judíos crecía cada día. La mayoría de ellos no tenían nada que ver con operaciones de espionaje y de inteligencia. Schulze-Bernett incluyó a algunos amigos y conocidos judíos en la lista, e incluso el general Friedrich Christiansen, del Gobierno de ocupación (un hombre profundamente implicado en crímenes de guerra), añadió a una o dos personas «cuyas historias personales le habían conmovido». Otro rescatador fue Albrecht Fischer, un empleado de Bosch y miembro de la conspiración. Aseguró una plaza en el tren para su amigo judío el banquero Rudolf Kahn. Helmuth Wohlthat, que ya había estado implicado en la operación Schneersohn, amplió aún más la lista con otros once judíos.

La Operación Aquilar se inició el 11 de mayo de 1941. Walter Schulze-Bernett y sus subordinados supervisaron personalmente el primer tren de refugiados que abandonaba Ámsterdam con destino a España. El segundo abandonó la estación cuatro días después y el tercero el 18 de mayo. Muchos de los refugiados siguieron viaje hasta Lisboa y desde allí a Estados Unidos o América del Sur. La inminente invasión de la Unión Soviética dificultó la obtención de permisos de emigración durante un tiempo, pero la operación se revitalizó el 4 de agosto de 1941, con cuatro trenes con destino a Madrid, de nuevo bajo los ojos vigilantes de tres oficiales de la Abwehr. Otro tren que conducía a la libertad a refugiados judíos abandonó Ámsterdam el 11 de agosto y el último llegó a su destino a

finales de enero de 1942. En total, se salvaron cerca de cuatrocientos judíos en esta operación de rescate, la más grande organizada por la Abwehr.

La razón oficial de la operación era la necesidad creciente de instalar espías en el extranjero. En realidad, la información de inteligencia obtenida por Aquilar fue prácticamente inexistente. Schulze-Bernett confesó que la operación no había tenido éxito en lo que se refiere a la inteligencia, porque no se podía esperar que los refugiados judíos colaborasen con la Abwehr. [15] Es más, el número real de espías introducidos en el extranjero era muy pequeño, lo que indica que la mayoría de los pasajeros eran refugiados inocentes enviados sólo para rescatarlos. La misión de espionaje era en gran parte (aunque no en exclusiva) una coartada para engañar a Eichmann y su departamento. La lista de refugiados creció a medida que avanzaba la operación: otro indicio de su naturaleza humanitaria.

En realidad, resulta sorprendente que justo cuando Eichmann permitía cada vez menos excepciones, Canaris y Schulze-Bernett fueran capaces de rescatar a tantos judíos. Para conseguirlo, obtuvieron visados fraudulentos para los refugiados, con lo que ponían en peligro sus propias vidas. También resulta importante señalar que el último tren abandonó la estación tres meses después de que Himmler prohibiera más emigración judía del Reich. Eichmann no era idiota y sus sospechas crecían cada día más. A finales de 1941, empezó a buscar la manera de revelar las intenciones reales de Canaris. Esto queda bien claro en una carta que envió a la central de la Gestapo en Düsseldorf el 2 de diciembre de 1941, alrededor del momento final de la Operación Aquilar:

> Recientemente, durante los transportes de deportación, se ha producido una intervención sospechosa de las autoridades u oficiales de la Wehrmacht de parte de los judíos. Entre las excusas para hacerlo se encuentra la idea de que [los judíos] se van a utilizar para los intereses de la Abwehr en el extranjero [...]. En estas circunstancias, no se puede ignorar la posibilidad de que en la mayoría de los casos estas peticiones estén motivadas por intereses personales. En el futuro, no se debe permitir que los judíos queden excluidos del transporte [...] a menos que el OKW [el Mando Supremo de las Fuerzas Armadas] presente una carta bien razonada confirmando que estos judíos se van a usar realmente para operaciones de inteligencia.[16]

La única persona en la Abwehr autorizada a firmar en nombre del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas era Canaris. Probablemente la carta era un intento por parte de Eichmann para conseguir que el jefe de la Abwehr fuera personalmente responsable de la operación. Ahora, con su firma personal, debía responder de cualquier sospecha que se plantease con respecto a agentes judíos individuales.[17] Podemos asumir que Canaris era muy consciente de la trampa, pero aun así no detuvo sus esfuerzos para rescatar judíos.

A finales de 1942, Canaris aprobó otra operación a gran escala, conocida retrospectivamente como Unternehmen Sieben (Operación 7) o «U-7» abreviado. Hans von Dohnanyi propuso a Canaris infiltrar a judíos en el extranjero como «agentes de inteligencia». El jefe estuvo de acuerdo e incluso pidió que se incluyera a su vecina, Annemarie Conzen, y a sus dos hijas. Como siempre, su implicación fue crucial. Sin Canaris, una operación de rescate de este tipo nunca hubiera tenido lugar.

No obstante, la figura clave en U-7 no fue Canaris sino su «consejero especial» Hans von Dohnanyi.[18] Su oficina estaba ubicada en el ala más importante del cuartel general de la Abwehr, cerca del despacho del jefe y de su segundo al mando. Con treinta y siete años, Dohnanyi parecía joven para su edad. Vestía traje y corbata, casi nunca el uniforme, y lucía unas gafas redondas. Era fácil confundirlo con un anodino funcionario gubernamental. Sin embargo, no era un burócrata anónimo sino un poder en la sombra en la inteligencia militar alemana, confidente personal de Hans Oster y Wilhelm Canaris. Enemigo jurado del régimen nazi desde sus inicios, Dohnanyi declaró más tarde que había empezado su lucha contra el régimen no sólo por su ilegalidad, sino también por el «trato nazi a los judíos y a la iglesia».[19] Después de 1933, decidió permanecer dentro del sistema para combatirlo desde el interior. Su biógrafa Marikje Smid escribió que, como luchador de la resistencia y «mejor alemán», decidió usar su poder para ralentizar todo lo que pudiera el deslizamiento hacia el mal.[20]

Lo hizo a través de su actividad enérgica en la resistencia alemana y salvando víctimas.

Durante la década de 1930, Dohnanyi estuvo en contacto con incontables judíos berlineses, clérigos disidentes, masones y otras personas perseguidas. Recurrían a él para recibir consejo y él utilizó sus conexiones, conocimientos y recursos financieros a su favor. «Su oficina», declaró su esposa, Christine, «se convirtió en un cielo para personas de todo tipo que necesitaban ayuda.» Ayudaba en los trámites de emigración, ofrecía un apoyo amistoso y a veces incluso obtenía concesiones del ministro de Justicia Gürtner, su superior directo hasta 1938.

A finales de la década de 1930, Dohnanyi se había convertido en uno de los miembros esenciales de la resistencia alemana, un enlace entre grupos civiles y militares. Cuando fue despedido del Ministerio de Justicia a causa de sus puntos de vista políticos incorrectos, Oster le consiguió un puesto como consejero especial civil *(Sonderführer)* en la Abwehr. Durante su estancia en la Abwehr, Dohnanyi estuvo implicado en los intentos de asesinato y Oster le confió el mantenimiento cotidiano de las redes. «Mi esposo decidió no luchar por su país», declaró Christine después de la guerra, «sino para los que querían salvaguardar los valores eternos de Europa.» Con el mismo propósito, Dohnanyi también ayudó a documentar los crímenes del Gobierno nazi y reunió una larga serie de documentos incriminatorios que debían usarse para perseguir a los líderes nazis una vez derrocado el régimen.[21]

El acontecimiento que condujo finalmente a la Operación U-7 tuvo lugar a mediados de noviembre de 1941, cuando un visitante poco habitual llegó al cuartel general de la Abwehr en Tirpitz-Ufer: un hombre canoso de unos cincuenta años cojeó hasta la puerta con una pierna de madera. Fue admitido y conducido al despacho de Dohnanyi. Su nombre era Fritz Arnold.[22]

Arnold era un abogado de ascendencia judía, de confesión cristiano-luterana, que había actuado como representante de los abogados judíos en Berlín. Su preocupación era tal que casi rayaba en la desesperación. Hasta

ese momento, él y su buen amigo el abogado judío Julius Fliess habían sido capaces de evitar la deportación al este. Pero ahora sentía que el lazo se iba estrechando alrededor de su cuello. Arnold y Fliess habían ganado medallas en la Gran Guerra, pero en 1941 los logros del pasado no significaban nada. El Consejo Judío de Berlín advirtió a Fliess que su nombre había sido añadido a la lista de deportación de la Gestapo. En unos pocos días, según le dijeron, debía subir a un transporte con su esposa, Hildegard. Se permitía que su hija de diecinueve años, Dorothee, se quedase porque trabajaba en una fábrica de munición. Fliess y Arnold sabían que su viaje al este sólo sería de ida.

Arnold y Fliess recurrieron a numerosos funcionarios de alto rango en busca de ayuda, pero nadie estaba dispuesto a enfrentarse por ellos a Eichmann y su departamento. Eichmann había ordenado que Alemania quedara *Judenrein,* libre de judíos, y pretendía cumplir la tarea hasta el final. En su desesperación, Fritz Arnold se acordó de Dohnanyi, con el que había estado en contacto en su calidad de representante de los abogados judíos. En esa época, Dohnanyi trabajaba en la oficina del ministro de Justicia Gürtner. Con el paso de los años había olvidado este contacto. Dohnanyi abandonó su trabajo en 1938 y durante muchos meses Arnold no supo nada de él. Pero entonces oyó que Dohnanyi tenía un empleo nuevo en la Abwehr y solicitó una reunión, que se le concedió.

Arnold le habló a su antiguo colega de la orden de deportación para Fliess y su esposa. «¡Debemos salvarlos!», exclamó Dohnanyi y prometió que haría todo lo posible para que se retirara la orden. Ése no era su primer intento de ayudar a Arnold y Fliess. En 1938, trató de protegerlos de las leyes discriminatorias que prohibían que los juristas judíos practicasen el derecho. «A esos dos les harán daño por encima de mi cadáver», dijo entonces. Pero a finales de 1941, la situación se había convertido en cuestión de vida o muerte. Dohnanyi, como la mayoría de sus colegas de conspiración, sabía muy bien que los nazis estaban exterminando a los judíos en el este. Su esposa, Christine, testificó que, durante la primavera de 1942, mantuvo con él largas conversaciones nocturnas sobre las opciones

para rescatar a los dos abogados judíos. Probablemente alrededor de esa época, se decidió a salvarlos utilizando los recursos de la inteligencia militar alemana.[23]

Dohnanyi recurrió a su comandante, el almirante Canaris, en busca de ayuda y consejo. Primero pidió una carta de recomendación para Julius Fliess, resaltando su valentía durante la Gran Guerra. Canaris aceptó y Dohnanyi envió rápidamente la carta. Tenía la esperanza de que el poder y la influencia de Canaris pudieran salvar a su amigo. Eichmann aceptó esta vez y ordenó posponer la deportación, pero Dohnanyi estaba seguro de que la espada sólo había quedado envainada de manera temporal. Muy pronto, Eichmann atacaría de nuevo. En el verano de 1942, Dohnanyi descubrió que Eichmann había decidido acabar con las injerencias externas en sus asuntos. El cuartel general del SD envió la siguiente carta al Consejo Judío en Berlín: «La Oficina Central de Seguridad del Reich ha descubierto que judíos sujetos a la deportación han intentado evitarla apelando a otras autoridades. Anunciamos con claridad que dichas peticiones están prohibidas. Si un judío sujeto a deportación intenta conseguir dichas intervenciones, toda su familia también será deportada».[24]

Dohnanyi tenía que cambiar de estrategia. Había pasado la época de implorar a las autoridades nazis. De nuevo tuvo una larga conversación privada con Canaris y le propuso enviar clandestinamente a Arnold, Fliess y sus familias a un país neutral como agentes de la inteligencia alemana. Canaris dijo que sí.[25] En ese momento nació la Operación U-7.

A diferencia de la Operación Aquilar, que se había desarrollado un año antes de una manera semilegal, la Operación U-7 fue ilegal desde el principio. A finales de 1942, ya estaba totalmente prohibido que los judíos abandonasen el Reich y cualquiera que les ayudase era considerado un traidor y podía ser condenado a la pena de muerte. Por eso, a diferencia de operaciones anteriores, el riesgo para los oficiales de la Abwehr implicados era concreto y grave. Además, ponía en riesgo toda la conspiración. Canaris y sus hombres lo sabían, pero eso no cambió su decisión.

Inmediatamente después de confirmar la idea básica con Canaris y Oster, Dohnanyi informó del plan a Fritz Arnold. Él, Julius Fliess y sus familias saldrían clandestinamente hacia el extranjero como espías alemanes. Al principio Arnold se mostró escéptico y señaló que nunca aceptaría espiar para el Tercer Reich. Dohnanyi lo tranquilizó y le dijo que Oster, Canaris y él no esperaban que los refugiados trabajasen como espías, pero que era preciso usar esta coartada como medida de encubrimiento. Dohnanyi incluso le pidió a Arnold que ayudase a preparar la operación. [26]

U-7 se gestionó como una operación de inteligencia. Canaris, como era su costumbre, se mantuvo alejado de los detalles y confió a Dohnanyi la planificación. El general de división Hans Oster consiguió los fondos de la Abwehr y negoció con las autoridades suizas. Eso no fue fácil, porque habitualmente los suizos eran muy reticentes a aceptar refugiados judíos. Fritz Arnold fue nombrado «líder de los refugiados» y recibió un despacho en el cuartel general de la Abwehr. Allí se ocupó de incontables pequeños detalles necesarios para la planificación y la ejecución de la operación. En primer lugar, se tenía que redactar una lista definitiva de refugiados. ¿A quién, exactamente, iban a enviar a Suiza? El plan inicial era modesto: salvar sólo a Fritz Arnold, su esposa, Ursula, y su hija Irmingard, así como a Julius Fliess, su esposa, Hildegard, y su hija Dorothee. Pero la lista siguió creciendo. Canaris pidió que se añadiera a su vecina, Annemarie Conzen, y sus hijas, Irmgard y Gabriele. Después, el pastor Dietrich Bonhoeffer, un destacado teólogo y uno de los luchadores de la resistencia en la Abwehr, oyó hablar de la operación y pidió que se incluyera a la judía conversa y activista eclesiástica Charlotte Friedenthal. Al igual que Annemarie Conzen, había quedado desprotegida desde la muerte de su esposo ario. Cuando Bonhoeffer le pidió a Dohnanyi que la salvase también, éste aceptó sin dudarlo.

La lista siguió creciendo. En cierto momento, Dohnanyi también añadió a Christof y Friederike, los hijos de Arnold de su matrimonio anterior. Y

Canaris pidió a Dohnanyi que abriese nuevamente la lista para salvar a la doctora judía Ilse Rennefeld.

La ruta de Rennefeld hasta la Operación U-7 había sido larga y enrevesada. Como joven doctora había emigrado de Alemania en la década de 1930 y se había establecido en los Países Bajos. Pero la invasión alemana acabó con sus planes. Tuvo que lucir la estrella amarilla y, según las normas del Gobierno de ocupación, no podía practicar su profesión ni participar en actividades profesionales o culturales. Cuando apareció su nombre en la lista de deportación, recurrió a un amigo alemán, que le prometió su ayuda. El amigo llamó a la doctora que había tratado a la hija enferma de Canaris y medió entre ella y Otto, el marido ciego y ario de Ilse Rennefeld. La doctora alemana aceptó ayudar a la familia judía, habló con Erica Canaris y ella le presentó la situación a su esposo.

A mediados de junio de 1942, Otto Rennefeld visitó a Canaris para pedirle ayuda personalmente. El jefe de la Abwehr lo recibió con calidez (algo que expresaba raramente tanto en su vida profesional como personal). «El almirante Canaris, con el que sólo hablé dos veces durante unos quince minutos», explicó Rennefeld después de la guerra, «fue un buen hombre y un mártir. Lo comprendí inmediatamente cuando empezó a hablar conmigo con amabilidad y comprensión, y se mostró dispuesto a ayudarme.»[27] Rennefeld no sabía que al mismo tiempo Dohnanyi ya estaba trabajando en la planificación de U-7. Otto e Ilse Rennefeld fueron incorporados a la lista, que finalmente incluyó a catorce hombres, mujeres y niños. Aceptar a más personas no era nada fácil porque Canaris tenía que negociar con la Gestapo por cada uno de los refugiados. Aun así, no podía rechazar a una persona desesperada que llamaba a su puerta.

Los organizadores tuvieron que enfrentarse a muchas más dificultades que para la Operación Aquilar y no sólo a causa de la prohibición de la emigración judía. (Como se ha mencionado antes, la Abwehr no tenía permiso para emplear a agentes judíos sin la aprobación expresa de la Oficina Central de Seguridad del Reich.) Eichmann y su superior, el jefe de la Gestapo Heinrich Müller, sospechaban de Canaris y no solían darle

respuesta. Durante unos meses largos y desesperantes, Canaris y Dohnanyi mantuvieron negociaciones con Eichmann, que estaba librando una batalla enconada contra sus intenciones «de emplear a agentes judíos en Suiza». [28] Durante un tiempo pareció que la Operación U-7 había llegado a un callejón sin salida.

El empujón final llegó de un lugar inesperado. En enero de 1942, Hitler ordenó a Canaris organizar una operación de sabotaje a gran escala en Estados Unidos. Para ello, el jefe de la Abwehr tuvo que llevar agentes en un submarino hasta la Costa Este y confiarlos a espías alemanes locales. La misión consistía en golpear instalaciones industriales estratégicas, en especial aquellas relacionadas con el aluminio. Canaris y Erwin Lahousen, un compañero de conspiración y jefe de su sección de sabotaje, escogieron entre diez y veinte agentes, todos ellos nazis leales. Sorprendentemente, poco antes de la operación, el consulado estadounidense en Berna recibió un informe preciso con estos detalles, supuestamente basado en la interceptación de una conversación entre el oficial al mando de un submarino y su familia. En junio de 1942, los agentes llegaron a Estados Unidos y fueron detenidos inmediatamente por el FBI. La mayoría terminó su vida en la silla eléctrica.

Como era de esperar, Hitler convocó a Canaris y Lahousen para reprenderlos con severidad. Debían elegir a sus hombres con más cuidado, les dijo, para que no hubiera traidores entre ellos. Canaris, astuto como siempre, replicó que todos los agentes eran nacionalsocialistas leales, escogidos entre las filas del partido. Hitler cayó en la trampa. Lamentó el destino de los patriotas leales, que ahora serían sometidos a la pena de muerte. No está bien, continuó, que buenos nazis sean víctimas de un trabajo de inteligencia de aficionados. «Si ésta es la calidad de vuestro trabajo», chilló el Führer, «¡emplead a judíos o criminales!» Canaris saludó y abandonó el despacho. Más tarde, cuando Lahousen y él se encontraban en el avión, el jefe de la Abwehr estaba exultante. «¿Lo has oído, Langer?», usó el apodo de Lahousen, «emplead a judíos o criminales.»[29] Sin querer, Hitler había autorizado la Operación U-7.

Tras otra ronda de negociaciones inútiles con Eichmann y Müller, la luz verde se dio finalmente en una reunión en la cumbre entre Canaris y Himmler. Mediante argumentos persuasivos, experiencia e ingenio, Canaris fue capaz de convencer al jefe de las SS de la necesidad imperiosa de enviar agentes judíos a Suiza. Más tarde, prometió, serían transferidos a Estados Unidos y América del Sur. La operación era urgente, porque la red de espionaje en América del Norte se había desintegrado después del último desastre. Himmler tuvo que aceptar.

No fueron menos complicadas las negociaciones con las autoridades suizas. Heinrich Rothmund, el comandante de la Policía de Extranjería suiza, aplicaba una política de inmigración restrictiva, en especial en lo concerniente a los refugiados judíos. Gisevius dirigió las conversaciones con Rothmund y sus funcionarios de inmigración, que exigían una gran suma por cada refugiado. Gisevius tuvo que aceptar y también les prometió que la Abwehr financiaría a los refugiados hasta que abandonasen Suiza. Hans Oster era el responsable del aspecto financiero de la operación y entregó a los refugiados un millón de marcos-oro en dólares y francos suizos.[30]

En septiembre de 1942, Dohnanyi, Oster y Gisevius consiguieron finalmente asegurar los permisos de inmigración para los catorce refugiados. La Operación U-7 avanzaba hasta su última y crucial fase. A mediados de septiembre, todo el grupo se encontró por última vez con Dohnanyi y le agradecieron los esfuerzos que había realizado por ellos. No hay necesidad de darme las gracias, replicó Dohnanyi. «Sólo estoy cumpliendo con mi deber, mi deber hacia Alemania.» Les dijo a los refugiados que se dirigieran a Gisevius con cualquier problema que pudieran tener durante su estancia en Suiza. Al mismo tiempo, el almirante Canaris solicitó un encuentro privado con Fritz Arnold, el líder del grupo, para despedirse.

La primera en viajar fue Charlotte Friedenthal, que ya tenía un permiso de inmigración suizo. Por motivos de seguridad, Dohnanyi le dio instrucciones para que luciese la estrella amarilla hasta su llegada a suelo

suizo. Gisevius la recibió en la estación de ferrocarriles para guiarla y orientarla en el nuevo entorno. El 29 de septiembre de 1942, había llegado el momento de la partida del grupo principal. Pero Dorothee Fliess se negó a dejar a sus amigos, compañeros de trabajo esclavo en la fábrica de municiones. Años más tarde, admitió que Arnold tuvo que realizar un verdadero esfuerzo para llevársela. Cinco meses después de su marcha, los agentes de la Gestapo enviaron al este a todos los trabajadores judíos de la fábrica.[31]

La tarde del 29 de septiembre, Julius, Hildegard y Dorothee Fliess; Fritz, Ursula, Friederike y Christof Arnold; Annemarie, Irmgard y Gabriele Conzen, y, finalmente, Otto e Ilse Rennefeld embarcaron en un tren con destino a Basilea. Bajo órdenes de Canaris, un agente de la Abwehr viajó con ellos para asegurarse de que cruzaban sin problemas la frontera. La tarde del 30 de septiembre, el tren se detuvo finalmente en la estación central de Basilea. Animados por los funcionarios suizos, los refugiados judíos arrancaron las estrellas amarillas de su ropa. Irmingard, la hija adulta de Fritz Arnold, se unió a ellos el 15 de diciembre y, con eso, U-7 llegó a su fin. Catorce personas se habían salvado de la muerte gracias a los esfuerzos de Hans Oster, que proporcionó los fondos; del almirante Wilhelm Canaris, que los protegió y apoyó; y, sobre todo, de Hans von Dohnanyi, el iniciador y organizador de toda la operación.

Satisfechos con el resultado de U-7, Oster, Canaris y Dohnanyi estaban decididos a organizar operaciones similares. Incluso consideraron revitalizar la operación Aquilar para enviar clandestinamente a más refugiados judíos a España. Dohnanyi siguió en contacto con Arnold y le pidió que comprobara el terreno para la recepción de más refugiados en Suiza. Pero entonces llegó la catástrofe.

En el otoño de 1942, las autoridades nazis descubrieron la transferencia monetaria ilegal que financiaba la operación. Surgieron sospechas de que altos oficiales se estaban apropiando de fondos de la Abwehr. Los agentes

de la resistencia alemana recibieron avisos de sus contactos en la policía. Éstos, a su vez, advirtieron a Oster de que el emisario personal de Canaris, Wilhelm Schmidhuber, era seguido por la Gestapo en Italia. Josef Müller, el representante de la Abwehr y de la resistencia en el Vaticano, se encontró con Schmidhuber, le ofreció dinero y le ordenó que saliera inmediatamente hacia Portugal. Schmidhuber dudó. Cuando decidió irse, era demasiado tarde. Policías italianos lo detuvieron en el Tirol y lo entregaron a la Gestapo.[32]

Schmidhuber fue interrogado y muy pronto reveló detalles sobre las actividades de la resistencia en el seno de la Abwehr. El servicio de inteligencia de las SS, durante años rival de la Abwehr, aprovechó rápidamente la oportunidad y formó una alianza con elementos nazis dentro del departamento legal de la Abwehr. Incluso en el campo propio de Oster, donde se suponía que la red de la resistencia era más fuerte, ésta seguía siendo pequeña y aislada. Aunque Oster y Dohnanyi disfrutaban de un fuerte apoyo del jefe de la Abwehr, eran odiados por muchos oficiales, aunque no todos, que eran nazis leales. Mientras seguía la investigación, se recordó a los agentes de la Gestapo una carta de queja contra Dohnanyi enviada por un abogado del departamento legal.

La primera piedra cayó en Roma. La Gestapo atrapó a Josef Müller, el emisario de Canaris en el Vaticano, y lo puso bajo arresto domiciliario. El 3 de abril de 1943, el juez de instrucción, Manfred Roeder, ordenó que se registrase el cuartel general de la Abwehr en busca de pruebas incriminatorias. Dohnanyi intentó resistirse al arresto y pidió ayuda a Oster. Éste acudió acompañado de Canaris. En un momento de pánico insensato, cogió un trozo de papel y lo escondió debajo de la chaqueta. Ése fue un error fatal. Los agentes, que hasta ese momento no eran conscientes del papel de Oster, le obligaron a devolver el documento, donde estaban apuntados los nombres de los conspiradores. Manfred Roeder ordenó que se lo llevasen, junto con Dohnanyi y Bonhoeffer. Los dos últimos fueron detenidos y Oster confinado en su casa. Keitel hizo que lo expulsasen de la Abwehr.[33]

La detención de Bonhoeffer y Dohnanyi provocó la rápida desintegración del movimiento de resistencia en la Abwehr. Se descubrieron muchos documentos incriminatorios, incluida la lista de conspiradores. Había salido a la luz la naturaleza real de la Operación U-7.[34] Los confidentes de Oster fueron arrestados o despedidos uno a uno, y en la práctica Himmler puso la Abwehr bajo su control. Los agentes judíos empleados por Canaris fueron destituidos y muchos de ellos enviados a Auschwitz. Incluso los padres de los supervivientes de la U-7, que hasta entonces habían disfrutado de la protección de la Abwehr, fueron rápidamente deportados a los campos de exterminio en Polonia. El jefe de la sección de sabotaje, el general Erwin Lahousen, también fue despedido. Canaris se quedó, por el momento, pero perdió todo su poder. En todos los sentidos prácticos, era una marioneta.

El golpe final llegó muchos meses después. El 10 de septiembre, un agente de la Gestapo infiltrado en una reunión para tomar el té de un círculo social antinazi, condujo a la detención de numerosos conspiradores, entre ellos Helmuth James von Moltke.[35] Dos agentes antinazis de la Abwehr, un matrimonio, estaban conectados con una de las mujeres arrestadas. Preocupados por su propia seguridad, se pusieron en contacto con el servicio secreto británico y escaparon a El Cairo. Himmler estaba furioso. Esta vez, Canaris no pudo eludir su responsabilidad y fue inmediatamente destituido por Hitler. La Abwehr, a excepción de algunos departamentos, fue disuelta e integrada en las SS.[36]

En Rusia, el coronel Tresckow comprendió todas las implicaciones de los acontecimientos y fue a toda prisa a Berlín, oficialmente como «convaleciente», pero en realidad para sustituir a Oster como el principal enlace y centro de la red. Fue destinado de nuevo al frente poco después. Pero al cabo de unos meses se reclutó a un oficial joven. Transferido a Berlín, estaba dispuesto a hacerse cargo donde lo había dejado Tresckow y a transformar totalmente la resistencia. Más que ningún otro, quedaría asociado con la oposición alemana a Hitler en la imaginación popular. Su nombre era Claus von Stauffenberg.

15
El conde Stauffenberg: el giro carismático

Hacia la primavera de 1943, un joven oficial alemán gravemente herido recibió una visita en la habitación del hospital. Le presentaron una oferta muy poco habitual: «¿Aceptaría dirigir, por casualidad, una conspiración militar para derrocar a Hitler y el régimen nazi?». Acababa de perder un ojo, la mano derecha y dos dedos de la izquierda. La nueva tarea podía provocar que perdiera la cabeza. El joven oficial, el conde Claus von Stauffenberg, tardó bastantes días en responder. La respuesta fue sí.

¿Qué condujo a este hombre, con una carrera brillante por delante, a aceptar una propuesta tan peligrosa? ¿Por qué fue elegido entre otros muchos? ¿Cómo podía un recién llegado tomar el control de una red densa, llena de rivalidades y celos, y convertirse de hecho en su líder, admirado por muchos casi como un semidiós? Para comprender cómo este hombre joven, físicamente destrozado por la guerra, se convirtió en un líder tan extraordinario, debemos examinar primero sus orígenes, su carrera militar y su desarrollo intelectual.

En primer lugar, una advertencia. Stauffenberg dejó muy pocos escritos. Casi todo lo que sabemos sobre su vida procede de testimonios de amigos, parientes y antiguos compañeros de clase y de armas, la mayoría de ellos recogidos durante la época de posguerra. Por entonces, Stauffenberg se

había convertido en la quintaesencia del héroe de la resistencia alemana. Como los que hacen referencia a otros luchadores de la resistencia, los testimonios, incluidos aquellos en los que se basa este capítulo, suelen ser brillantes, incluso hagiográficos, y muchos de ellos suelen proyectar al futuro combatiente de la resistencia en sus encarnaciones anteriores —niño, adolescente y joven oficial—, como si toda su vida hubiera sido una preparación para el complot del 20 de julio de 1944.

Por supuesto, la mayoría de los testigos no mienten, pero destacan desmesuradamente las cualidades extraordinarias de Stauffenberg, mientras pasan por encima o trivializan otros aspectos menos brillantes. También es cierto que algunas de las cualidades que desarrolló Stauffenberg a lo largo de su vida anterior, como el carisma y la inclinación romántica, marcó su estilo de liderazgo en la resistencia. No obstante, tal vez habría orientado su vida en una dirección diferente si no hubiera sido por una combinación única de circunstancias, algunas relacionadas con las decisiones de otras personas y otras pura coincidencia. El relato de la vida de Stauffenberg en este capítulo, formado a partir de los testimonios posteriores a los hechos, se debe leer con esta advertencia en mente.

Claus von Stauffenberg nació en noviembre de 1907 en Jettingen, un pueblo pequeño en Suabia, al sudoeste de Alemania. Su familia estaba bien establecida en las filas de la aristocracia del sur de Alemania. El padre de Claus, el conde Alfred, fue durante años un vasallo cercano al rey de Württemberg, y la familia tenía una larga tradición de servicio a la casa real. Durante su infancia, Claus se movió entre las propiedades rurales de su familia, situadas en medio del paisaje sobrecogedor de los Alpes suabos, y el castillo real en Stuttgart. El conde Alfred era un férreo conservador alemán, monárquico y católico devoto, pero su esposa pertenecía a la Iglesia luterana. Según la costumbre de aquella época, los niños se educaban en la confesión del padre y por eso fueron bautizados como católicos. A pesar de ello, la madre, la condesa Caroline, fue la figura más

significativa en sus primeros años de vida. Los deberes del conde Alfred le obligaban a ausentarse durante periodos de tiempo muy largos, y Claus y sus hermanos mayores, los gemelos Alexander y Berthold, normalmente estaban con su madre. Con frecuencia iban de vacaciones al mar del Norte o a los Alpes, visitaban a otros aristócratas e incluso tomaban el té con la propia familia real.

Caroline educó a sus hijos en la piedad cristiana, por un lado, y en el amor por la poesía, el arte y la música, por el otro. Berthold, más tarde uno de los principales colaboradores de Claus en la lucha contra Hitler, estaba muy dotado intelectualmente, y tenía penetrantes ojos azules. Claus y Berthold también eran buenos intérpretes de violonchelo y piano, respectivamente, y admiradores de la poesía romántica alemana. Claus, en especial, estaba obsesionado con sueños de grandeza personal y nacional. De adolescente despreciaba la visión del mundo cínica y materialista de muchos de los adultos que le rodeaban, y creía firmemente que se debía abolir el dinero. Sólo entonces todos los hombres serían hermanos, sin importar la fe o la clase social. El dinero era, en definitiva, la fuente de todos los males. ¿No lo demostraba el poder destructivo del anillo en el mito épico alemán de *Los nibelungos?*[1]

De niño, Claus expresaba con frecuencia su deseo de ser un héroe. Pero desde el punto de vista físico era débil. Sus compañeros de estudios lo recuerdan como un chico pálido y enfermizo, al que con frecuencia enviaban a casa durante largas temporadas por enfermedad. Realizó esfuerzos increíbles para mejorar su forma física, sin renunciar nunca a sus sueños heroicos. Durante un tiempo consideró la idea de convertirse en un intérprete profesional de violonchelo, pero abandonó la idea al comprender que nunca llegaría a ser un virtuoso. La esencia de la vida humana no se encuentra en el alma inmortal, le explicó a un amigo que estaba a punto de ordenarse sacerdote, sino en los logros en este mundo. Incluso de niño, decía que no quería ir al cielo después de morir sino quedarse «aquí» para siempre, en medio de los Alpes suabos.[2] La arquitectura fue otro amor de juventud. Después de abandonar sus sueños de una carrera como músico

profesional, Claus se planteó durante algún tiempo convertirse en arquitecto, como escribió en uno de sus poemas de niñez:

> Con frecuencia siento que debo dibujar planos
> de enormes palacios...[3]

Su carisma personal fue evidente desde al menos los diecisiete años. Como cuenta uno de sus compañeros de estudios, de una manera algo hagiográfica: «Sus ojos brillantes expresaban claramente su alegría [...] y generosidad. Su color era azul oscuro [...]. Su cabello era de un negro brillante [...] siempre corto. Su desarrollo de la juventud a la edad adulta [...] fue rápido. Era alto y flexible, con un cuerpo delgado y poderoso [...]. Los tres hermanos estaban bendecidos con el don muy raro de tener un buen corazón. Con Claus se expresaba en todo lo que hacía y en cada palabra que decía».[4]

El mejor amigo de Claus era su hermano mayor Berthold. Los dos eran inteligentes, con una inclinación espiritual hacia el romanticismo alemán, e incluso el misticismo.

La Gran Guerra, que estalló en agosto de 1914, cambió la vida de la familia Stauffenberg, aunque al principio no fue de una manera dramática. Los chicos eran demasiado pequeños para que los reclutasen y seguían en la escuela, pero su estado de ánimo, como el de todos los demás, pasaba rápidamente de la esperanza al temor, porque cada carta que se recibía del frente podía anunciar la muerte de alguien amado. La Gran Guerra cambió Europa por completo. Millones de soldados —generaciones enteras de franceses, ingleses y alemanes— vivieron durante años rodeados de trincheras, barro, gusanos y sangre. Muchos de ellos no regresaron a casa. La pesadilla parecía no tener fin.

Una mañana, Claus acudió a su madre con lágrimas en los ojos. Sus hermanos mayores le habían dicho que dentro de diez años les permitirían unirse a la guerra, pero a él no. Su madre lo consoló diciéndole que ella sería «heroica» y dejaría que se fueran sus hijos. Como la mayoría de los

alemanes, los hermanos Stauffenberg quedaron conmocionados cuando su país pidió el armisticio el 3 de octubre de 1918. La señal de advertencia era clara: el Reich estaba perdiendo la guerra. «Mi Alemania no puede perecer», dijo Claus con lágrimas en los ojos. «Si cae ahora, se levantará de nuevo más fuerte y más grande. Al fin y al cabo, aún hay un Dios.»[5]

Tras la rendición, Alemania se sumergió en un torbellino revolucionario. Los líderes del Partido Socialdemócrata tomaron Berlín y proclamaron la república desde el balcón del Reichstag. El káiser abdicó, abriendo el camino para las peleas entre la izquierda y la derecha. Finalmente, los «batallones libres» *(Freikorps)* derechistas se unieron al Gobierno socialdemócrata contra los revolucionarios comunistas en una campaña de represión sangrienta. Los reyes de los estados alemanes fueron depuestos uno detrás de otro. Alemania se sumergió en el caos.

Es evidente que muchos aristócratas alemanes, que se consideraban la elite natural, muy superior a la «chusma» y a la gente común, tenían miedo de las revoluciones y sus consecuencias. La condesa Stauffenberg temía que los revolucionarios llegasen pronto a Württemberg. El 9 de noviembre, dos días antes de la firma del armisticio, una muchedumbre de manifestantes enfadados intentó penetrar por la fuerza en el palacio real, pero fue bloqueada por el conde Alfred y un grupo leal de nobles y sirvientes. Los revolucionarios se dispersaron, pero no antes de sustituir el estandarte real por una bandera roja e instalar su propia guardia en el exterior. Claus, Berthold y Alexander, que aún seguían en la escuela, oyeron el redoble de los tambores y vieron a los manifestantes concentrándose delante del palacio. El rey decidió dimitir. «No voy a dejar que se derrame sangre por mi causa», les dijo a los Stauffenberg con lágrimas en los ojos. Claus, de sólo once años, estaba furioso y no olvidaría. «Cuando dijo eso, ¿qué quería decir? Aquí no se trata del rey. Se trata de la monarquía.» A partir de aquel momento, según admitió Claus más tarde, dejó de ser monárquico. El Tratado de Versalles sólo empeoró las cosas para los aristócratas alemanes como los Stauffenberg, y también para otros muchos patriotas. Ese año,

Claus se negó a celebrar su cumpleaños, «el día más triste de toda mi vida». [6]

La situación económica en la nueva república no era favorable. Las reparaciones de guerra agobiaban al país derrotado y de 1921 a 1923 se vio asolado por la hiperinflación. Los ahorros desaparecieron y la calidad de vida de la gente se hundió con rapidez. Muchos sufrían de malnutrición y temblaban a causa del frío invernal. El Gobierno del Reich tuvo que enfrentarse a enormes problemas políticos. En 1920, una milicia derechista intentó derrocar al Gobierno en el Putsch de Kapp, que fue seguido por el Putsch de la Cervecería de Hitler en 1923. Ese mismo año, Francia invadió la zona del Ruhr para cobrarse las reparaciones de guerra que no se habían pagado.

¿Cuáles eran las opiniones políticas de Stauffenberg en estos años tormentosos? Sus amigos contaron más tarde que, a pesar de sus reservas, estaba en contra de cualquier levantamiento violento, sin importar la orientación política que tuviera. Christian Müller, uno de sus primeros biógrafos, escribió que Claus y Berthold habían acordado servir a la democracia y no apoyaron el Putsch de Hitler, aunque no estuvieran nunca entre los seguidores de la república.[7]

Quizá como reacción ante esta realidad tenebrosa, los hermanos se volvieron cada vez más hacia el espiritualismo y la metáfora. Si era imposible lograr la grandeza en este mundo, quizá fuera posible conseguirla en el mundo de las letras. Se unieron a un círculo literario dirigido por el notable poeta Stefan George. Este hombre, un romántico con ideas místicas, reunió a un grupo de jóvenes admiradores, que se refería a él reverentemente como «el Maestro» *(der Meister)*. Alexander y Berthold se unieron al círculo a principios de la década de 1920. Las ideas de George, asociadas a la ideología de la «comunidad del pueblo» *(Volksgemeinschaft)* de la Nueva Derecha, subrayaban el papel de una vanguardia aristocrática como portadora de valores espirituales sublimes, amor por la patria y servicio patriótico. Sus discípulos, tanto cristianos como judíos, se

consideraban la elite secreta de los dignos, destinados a traer un día la salvación a la patria bajo el liderazgo genial de *der Meister*.

Las reuniones del grupo, como señaló Peter Hoffmann, estaban «bañadas en un aura mística y luminosa».[8] Los miembros leían poesía y discutían sobre arte, música, literatura y filosofía. Aristócratas jóvenes y educados se aventuraban a escapar de las miserias de la Alemania real por una «Alemania Secreta» imaginaria dirigida por el Maestro George. Berthold y Claus se convirtieron rápidamente en los favoritos y fueron alabados por el Maestro como seres perfectos y sublimes. Berthold fue alabado por su determinación, sinceridad, carisma natural y belleza. Claus, que se unió un poco más tarde, no fue menos admirado. Se sintió enormemente honrado cuando George decidió llevar sus poemas allá donde fuera, lo que hizo durante los años siguientes.[9]

En el mundo ideal imaginado por George, el poder del espíritu y la grandeza del alma serían los únicos determinantes del estatus social, no el dinero ni la astucia política. La cultura clásica, bien conocida y admirada por los alemanes educados de la época, servía como modelo para George y su círculo. Cuando algunos de ellos, incluido Berthold, visitaron Italia, se arrodillaron delante de las estatuas romanas y depositaron una corona sobre el sarcófago de un antiguo emperador alemán «en nombre de la Alemania Secreta».[10]

La lección más importante y más duradera de George para Stauffenberg fue que uno debía tener un propósito en la vida, algún llamamiento superior o misión heroica que se debía cumplir sin importar las circunstancias. Dicho propósito debía crecer de manera natural a partir de la relación romántica con la historia antigua y debía estar al servicio del pueblo y la nación. Claus había interiorizado este mensaje en 1924, cuando escribió en un poema que los hechos sublimes de los héroes antiguos y su «sangre coronada de gloria» le impulsaban a trascender las limitaciones cotidianas. «¿Cómo puedo orientar mi vida», escribió, «si no es en el sentido más alto?»[11]

En 1924, Claus necesitaba una misión. Aunque todavía no había decidido qué misión exactamente. Podía haber escogido una apolítica, una nazi o una antinazi. Ya había reflexionado sobre el liderazgo de personas nobles y de altas miras. Más tarde, en 1944, expresó claramente esta idea en su «juramento», escrito para sus confidentes más íntimos como un compromiso común unificador en su lucha contra Hitler. En ese documento importante se encuentra una versión cristalizada de la ideología de la Alemania Secreta: una sensación de llamamiento, elitismo, creencia en el liderazgo natural y la importancia de la camaradería secreta:

> Creemos en el futuro de los alemanes.
>
> Sabemos que el alemán tiene poderes que lo señalan para liderar la comunidad de las naciones occidentales hacia una vida más hermosa.
>
> Reconocemos en espíritu y en hechos las grandes tradiciones de nuestra nación que, a través de la amalgama de orígenes helénicos y cristianos en el carácter alemán, crearon al hombre occidental.
>
> Queremos un orden nuevo que convierta a todos los alemanes en defensores del Estado y les garantice ley y justicia, pero rechazamos la mentira de la igualdad y nos inclinamos ante las jerarquías establecidas por la naturaleza [...].
>
> Queremos líderes que, procedentes de todas las clases de la nación, en armonía con los poderes divinos, de altas miras, lideren a otros con altas miras, con disciplina y sacrificio [...].
>
> Nos comprometemos a vivir de manera intachable, a servir en obediencia, a guardar un silencio inquebrantable y a defendernos entre nosotros.[12]

En 1925, es posible que Claus no hubiera decidido todavía cuál era su llamamiento sublime, pero ya había llegado a una decisión sobre dónde debía empezar. Para sorpresa de muchos de sus amigos, que estaban seguros de que iba a estudiar arquitectura, Claus declaró que iba a entrar en el Ejército.

La Reichswehr de la República de Weimar no era el marco de los sueños heroicos de Stauffenberg, pero al menos era un punto de partida. Durante una excursión por la montaña cerca de Lautlingen, habló con un amigo sobre el «nacimiento doloroso de una nueva Alemania», sobre los deberes

del Estado y la posibilidad de influir en él, y sobre las aspiraciones de su carrera personal en el Ejército.[13]

Stauffenberg, que en 1925 seguía siendo un joven enfermizo, no superó con facilidad los exámenes físicos de acceso. Las autoridades de la Reichswehr no estaban dispuestas a aceptar a un joven pálido que sufría con frecuencia dolores de cabeza y de estómago. Pero un familiar bien relacionado le facilitó la entrada en el Ejército y finalmente fue admitido en la caballería. El primero año lo pasó siguiendo una instrucción intensiva en caballería en Bamberg, un pueblo pequeño y pintoresco en Franconia. El 28 de julio, escribió a un amigo del círculo de George sobre cuatro semanas de enfermedad que le habían destrozado los nervios, pero insistía en que seguía comprometido con la profesión que había elegido.[14] En octubre de 1927, superó las pruebas y fue admitido como cadete en la Academia de Infantería de Dresde, donde inició los tres años de formación como oficial.

Mientras tanto, la sociedad cambiaba con rapidez. En 1924, se atacó la hiperinflación con una reforma de la moneda, la crisis económica empezaba a remitir y la situación política se estabilizaba. Con un nivel de vida más alto que antes, el público iba perdiendo el gusto por los partidos radicales tanto de la derecha como de la izquierda. Alemania consiguió numerosos logros científicos y culturales sin precedentes. En las universidades florecientes, lumbreras como Albert Einstein, Erich Fromm, Theodor Adorno y Edmund Husserl, por nombrar a unos pocos, abrían caminos nuevos en la física, la psicología, la filosofía y otros campos de estudio. La marea alta del arte, la ciencia y la alta cultura se vio seguida por una cultura popular nueva y moderna. Las grandes ciudades de Alemania brillaban con cabarets, circos y otras formas de entretenimiento ligero y asequible. La mayoría de la gente aprendió a vivir en paz con la República de Weimar.

La república también lo hizo muy bien en política exterior. El Tratado de Locarno se firmó en 1925, iniciando una nueva luna de miel en la política europea. Bajo el liderazgo del ministro de Asuntos Exteriores Gustav Stresemann, el estadista más grande que tuvo jamás la república, Alemania reconoció su nueva frontera occidental. Los franceses y los

belgas abandonaron finalmente el Ruhr. En 1926, Alemania se unió a la Liga de las Naciones y dos años después firmó el Pacto Kellogg-Briand, que prohibía la guerra como un medio para resolver los conflictos de intereses. Muchos europeos dejaron de ver a Alemania como una amenaza para la paz mundial y su preeminencia en el continente creció desde el punto de vista económico, científico y cultural.

Stauffenberg, aislado en su burbuja militar, no experimentó toda la extensión de estas transformaciones políticas y sociales. Se pasó los buenos años de la República de Weimar realizando una agotadora instrucción de campaña, tocando el violonchelo, leyendo y montando a su querido caballo, *Jagd* («Caza»). El 1 de enero de 1930 superó los exámenes finales con honores especiales y un año después recibió su primer puesto de mando como oficial. A pesar de ser elitista, disfrutaba trabajando con los soldados. «Me llevo bien con mis subordinados, campesinos y soldados...», escribió. «Y no con personas con mi mismo nivel educativo, cuya amistad no es nada más que egoísmo y su orgullo tan sólo una arrogancia estúpida.»[15] Aun así, era un oficial al mando estricto e inflexible, que esperaba mucho de sus hombres. Las órdenes se debían obedecer con eficiencia, precisión y sin tardanza. En sus puestos de mando, así como en otras cosas, Stauffenberg siempre intentó hacerlo mejor que los demás.

En 1929, cuando Stauffenberg seguía formándose en la academia de caballería, oscuros nubarrones se cernían sobre la República de Weimar. Los años buenos se iban a terminar muy pronto. El 3 de octubre de 1929, fue testigo de la muerte del ministro de Asuntos Exteriores Gustav Stresemann, la persona que simbolizaba la estabilidad del régimen republicano. Ninguno de sus sucesores tuvo suficiente prudencia, talento o estatura internacional para dirigir a Alemania a través de los desafíos que tenía por delante.

Tres semanas después de la muerte de Stresemann, en un día que retrospectivamente fue llamado Jueves Negro, se hundió la bolsa de Nueva York. La economía de Estados Unidos se desplomó, arrastrando con ella a la mayoría de los estados europeos. La crisis fue especialmente potente en

Alemania, que seguía dependiendo de los préstamos americanos. De repente, el «tío rico» del otro lado del Atlántico ya no tenía más dinero para gastar y estalló la burbuja de Weimar. La clase media, que casi no se había recuperado de la hiperinflación, recibió un golpe especialmente duro. El número de desempleados creció con rapidez y en enero de 1930 más de tres millones de hombres, el 14 por ciento de la fuerza laboral, estaban registrados como parados. Millones desesperados por todo el país fueron presa fácil para Adolf Hitler y sus propagandistas. Su éxito fue enorme. En las elecciones de 1930, el partido nazi se convirtió, casi de repente, de un grupo marginal al borde de la derecha radical al segundo partido en Alemania. Hitler, el oscuro demagogo del que muchos se burlaban y despreciaban, se convirtió en una de las figuras más importantes en la política nacional.

Stauffenberg dijo más tarde que siguió «con interés» el auge del nuevo movimiento y se sintió impresionado por su rápido éxito político. En 1933, cuando el presidente Hindenburg nombró canciller a Hitler, el joven oficial estuvo bastante contento con el resultado, creyendo que la subida al poder de Hitler era lo que más necesitaba Alemania en ese momento. Como soldado, Stauffenberg no podía votar, pero incluso un año antes, en 1932, prefirió a Hitler antes que a Hindenburg como presidente.[16] Como otros muchos alemanes conservadores, creía que el nuevo líder moderaría sus puntos de vista después de subir al poder. Además, las promesas nacionalsocialistas de fortalecer y ampliar el Ejército eran desde luego muy bien recibidas, de la misma manera que el compromiso nazi de romper los «grilletes de Versalles». Stauffenberg, que creía en la unidad nacional, también esperaba que el nuevo Gobierno convirtiera la nación en una comunidad realmente unificada *(Volksgemeinschaft)*.

Está menos claro si Stauffenberg estuvo influido por la oleada antisemita que atravesó Alemania después de 1933. Su hermano Berthold contó a la Gestapo, más de diez años después, que su hermano pequeño y él «aceptaron los principios nacionalsocialistas de la raza», pero creían que eran «exagerados».[17] Según otros testimonios de los amigos de

Stauffenberg, deploraba la persecución de los judíos, en especial el boicot de 1933, que sus amigos y él consideraban «vergonzoso». Algunos confirmaron que apoyaba una restricción del número de judíos en el periodismo y el servicio público, pero se oponía al antisemitismo violento. Un testimonio de 1936 también resulta muy instructivo: «¿Le molesta que sea judío?», le preguntó un oficial británico durante una corta visita a Londres. «No», contestó Stauffenberg, asegurándole que era suficiente con que fuera un oficial británico, como Stauffenberg era un oficial alemán.[18] Es decir, las inclinaciones nacionalsocialistas iniciales de Stauffenberg no significan necesariamente que compartiera la ideología antisemita del régimen, al menos no en toda su extensión.

En noviembre de 1933, Stauffenberg se casó con Nina von Lerchenfeld, hija de un anciano diplomático, a la que conoció durante una velada de ballet. El brillante joven oficial era muy popular en estos eventos aristocráticos. Al principio, Nina se mantuvo a distancia de Claus, a diferencia de otras mujeres, que se enamoraban de él a primera vista. No fue hasta más tarde, una vez que Nina empezó a conocerlo, cuando su reserva inicial se transformó en amor, que duró hasta la muerte.[19] En diciembre de 1933, la pareja se casó en la catedral gótica de Bamberg. Claus acudió a su boda luciendo el casco, diciéndole a su novia con toda seriedad que «casarse es estar de servicio».[20]

Su vida matrimonial estuvo guiada por ideas tradicionales. Su esposa dio a luz a cinco hijos, tres niños y dos niñas. Como padre y marido era estricto y exigente —al estilo militar— y requería limpieza, orden y disciplina. Cuando regresaba a casa del trabajo, esperaba que la comida estuviera preparada en la mesa. A los niños se les ordenaba que colocaran sus pertenencias, incluidos los zapatos, en el lugar apropiado. Además, Nina no tenía permiso para participar en todos los aspectos de su vida. El círculo de George, por ejemplo, era un club exclusivamente masculino. Cuando sus amigos del círculo iban a visitarle, siempre le pedía a Nina que se quedase en su dormitorio o que abandonase la casa.

A pesar de esto, amaba a su familia y nunca se mostró violento, verbal o físicamente. Aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba para jugar en casa con sus hijos y pasar tiempo de calidad con su esposa, entreteniéndola con interpretaciones al violonchelo o sentado a su lado en el suelo leyendo novelas inglesas durante horas. Años más tarde, Nina participó de la guerra secreta de su esposo contra Hitler.

A principios de diciembre de 1933, cuando Nina y Claus regresaron de su luna de miel en Italia, se encontraron con malas noticias. *Der Meister,* Stefan George, había fallecido en Suiza. Sólo los miembros más íntimos de la Alemania Secreta asistieron al funeral; entre ellos se encontraban Claus y Berthold. Berthold, al que George había nombrado su heredero, dijo que la «mejor parte» de su vida terminaba con la muerte del Maestro.[21] Claus sentía una pena similar.

La carrera militar de Stauffenberg progresó con rapidez. En 1934, su regimiento fue disuelto a causa de los planes de expansión militar, y él fue nombrado instructor de equitación en la Academia de Caballería de Hannover. Sus valoraciones eran extraordinarias. El oficial al mando de Stauffenberg redactó un informe que le reconocía una «voluntad de hierro, discreción, cualidades espirituales extraordinarias y elevadas capacidades tácticas y técnicas. [Stauffenberg] es un ejemplo en su trato con los suboficiales y los soldados de reemplazo, preocupándose por educar a sus subordinados. Además, es un jinete excelente, con verdadero amor y comprensión por los caballos». El oficial al mando también tenía algunas críticas. «Claus es muy consciente de sus habilidades militares y superioridad intelectual, y a veces habla de manera arrogante, pero nunca con intención de insultar.»[22] En 1936, Stauffenberg consiguió una promoción y fue admitido en la academia militar en Berlín, en el curso reservado para los futuros oficiales del Estado Mayor.

Sus compañeros de clase en Berlín señalaron que Stauffenberg ya tenía algunas dudas sobre la política nacionalsocialista. «Odiaba la arrogancia nacionalista alemana», escribió más tarde uno de sus colegas, «pero sobre todo era un aristócrata que intentaba superar, al menos a nivel militar, sus

puntos de vista personales y la política formal del Reich.»[23] Seguía impresionado por los logros de la política exterior de Hitler, en especial porque aún no había provocado una guerra. A diferencia del general Beck, por entonces jefe del Estado Mayor, Stauffenberg estaba seguro de que Hitler no provocaría una guerra mundial. Le dijo a uno de sus amigos que un hombre como Hitler, que sirvió en la Gran Guerra y estaba familiarizado con sus horrores, nunca causaría un conflicto entre Alemania y el resto del mundo.[24] En junio de 1938, durante una gira de estudio por el valle del Rin, expresó claramente sus puntos de vista poco ortodoxos: había que mejorar las relaciones franco-alemanas. Las dos naciones debían encontrar un camino para superar las dificultades del pasado, dejando de lado el pensamiento agresivo que era hegemónico. «Si el mundo occidental no se desintegró en la Gran Guerra», dijo, «sólo fue porque se evitó la batalla crucial en el Rin.»[25]

Stauffenberg no tenía contactos con la resistencia en 1938 y, desmintiendo leyendas posteriores, no estuvo implicado en la conspiración de septiembre de 1938. Pero también él temía un conflicto europeo. «Ese lunático va a provocar una guerra», exclamó furioso al conocerse la ocupación de toda Checoslovaquia en 1939.[26] Tras la Kristallnacht, empezó a valorar la posibilidad de un golpe violento. Pero sus preocupaciones se desvanecieron después de la victoria alemana en la campaña polaca y durante unos meses se convirtió de nuevo en un seguidor de Hitler.

Como a la mayoría de los alemanes, a Stauffenberg le disgustaba Polonia con todo el corazón y creía que era responsable de la humillación alemana después de la Gran Guerra. Quería darle una lección a los polacos y devolver Danzig y el Corredor a la patria. Y si Inglaterra y Francia declaraban la guerra, Alemania también los derrotaría. La guerra tenía el «alto objetivo de la autopreservación» y sólo se podía vencer «en una lucha larga y buena».[27]

Charlotte, la esposa de Fritz von der Schulenburg, recordaba cómo Stauffenberg la sermoneaba con entusiasmo sobre la victoria total en el

frente.[28] Hitler ganaba admiración por un igual como hombre y como líder. Stauffenberg le dijo a su librero que la opinión que hubiera tenido antes sobre el Führer no era relevante. Ahora, Hitler estaba luchando por la supervivencia de Alemania. Estimulaba el pensamiento creativo y era preciso ayudarle a ganar la guerra. «El padre de este hombre no fue un burgués insignificante», concluyó con admiración. «El padre de este hombre es la guerra.»[29] Desde Polonia, escribió a su esposa cartas llenas de patriotismo con alusiones claramente racistas e imperialistas. «Los habitantes son una chusma increíble, muchos judíos y mucha población mixta. Un pueblo que seguramente sólo se encuentra cómodo bajo el yugo. Los miles de prisioneros de guerra serán buenos para nuestra agricultura. En Alemania seguramente serán útiles, industriosos, voluntariosos y frugales.»[30]

Esta carta reitera tópicos nazis ampliamente aceptados. ¿Era Stauffenberg otro oficial alemán leal? En cierto sentido, lo era. Su casi intoxicación con la victoria militar iba de la mano con la deshumanización del enemigo. Pero Stauffenberg nunca superó cierto punto. Se opuso mucho, por ejemplo, a las atrocidades cometidas durante la campaña polaca, aunque creía que eran excesos de las SS más que una política formal y organizada. Cuando un oficial amigo suyo mató a tiros a dos mujeres polacas porque sospechaba que habían hecho una señal a la artillería polaca, Stauffenberg utilizó toda su influencia para que aquél fuera expulsado del Ejército. Después de presenciar atrocidades, Stauffenberg explicó a algunos amigos que en principio no estaba en contra de cambiar el régimen, pero que no se podía hacer en aquel momento, cuando Hitler se encontraba en la cima de su éxito.[31]

En noviembre de 1939, Stauffenberg fue ascendido de nuevo, admitido formalmente en el Estado Mayor y nombrado intendente de una división blindada. Un informe oficial elogiaba su «gran talento organizativo». El comandante de la división lo alabó brillantemente ante las tropas y expresó

la esperanza de que «nunca nos abandone». Mientras Stauffenberg estaba con el comandante, éste «nunca tenía que preocuparse de los suministros», porque «bajo Stauffenberg funcionaban soberbiamente».[32] Uno de los oficiales, que lo conocía de las reuniones del Estado Mayor, lo describió como sigue:

> Stauffenberg, alto, delgado, ágil y con un encanto extraordinario, nos saludó con una amabilidad realmente brillante. Se preocupó de que todos tuviéramos algo de beber, un cigarro o tabaco para la pipa, nos puso al día, planteó preguntas [...] y así pasó el tiempo, sin que se resolviera ninguno de nuestros problemas [...]. Hasta que de repente, de una manera modesta y nada oficial empezó a hablar: «Bueno, creo que lo que debemos hacer es lo siguiente...». Su mano izquierda en el bolsillo y la derecha sosteniendo una copa de vino, se paseó concienzudamente por la sala, se detuvo aquí y allí, cogió mapas y dio órdenes perfectamente detalladas para [la organización de] los suministros.[33]

En 1940, Stauffenberg fue trasladado al Estado Mayor y desde allí observó la victoria final sobre Francia. «No hay mayor placer», dijo, «que ganar una guerra con los amigos.» Peter Hoffmann, el biógrafo de Stauffenberg, señala que su celo patriótico estaba fuera de lugar en la atmósfera fría que dominaba en los pasillos del Estado Mayor. Cuando un oficial predijo que al final Alemania acabaría perdiendo la guerra, Stauffenberg le reprochó su derrotismo. Quería trabajar duro para impulsar su carrera e incluso introducir algunas reformas en el Estado Mayor. «Habría que examinar toda la organización existente», escribió a Nina.[34]

Pero las dudas irritantes regresaron para acosarlo en un momento inesperado: la ocupación final de Francia. Stauffenberg, como hemos visto, estaba entusiasmado de saldar viejas cuentas de la Gran Guerra, pero en cierta ocasión, justo después de la capitulación de Francia, estaba sentado con otros oficiales, algunos de ellos futuros conspiradores, y pensó en voz alta. Una victoria, dijo, se debe capitalizar políticamente. Si Hitler usaba la victoria para lograr la paz definitiva, entonces todo estaría bien. Si no, habría que obligarle a que lo hiciera, y si no era posible, había que cambiarlo.[35] No obstante, esa idea pasajera no significa que Stauffenberg quedase marcado como un futuro conspirador. Incluso reprochó a Hitler que renunciase a la invasión de Inglaterra, que él consideraba prometedora.[36]

Si hubiera conocido la conspiración de Voss y Schwerin para abatir a Hitler con una escuadra de francotiradores, probablemente no lo habría aprobado.

En junio de 1941, cuando Alemania declaró la guerra a la Unión Soviética, Stauffenberg ya era conocido y estimado en el Estado Mayor. Como parte de sus deberes, viajó a diferentes frentes; se reunió con oficiales, incluidos generales y mariscales de campo; y en general era apreciado por la mayoría. Incluso después de iniciada la invasión, siguió sirviendo a su patria con gran dedicación y celo, ansioso por luchar contra el «enemigo bolchevique».

No fue hasta más tarde, en 1941, cuando empezó a cambiar gradualmente de opinión. Stauffenberg era muy consciente de la actividad de los Einsatzgruppen, los escuadrones de la muerte que masacraron por completo comunidades judías rusas. Estas actividades no le hacían feliz, pero de estos sentimientos no podía extraer conclusiones para una acción práctica.

El conde Helmuth James von Moltke, que creía que un oficial joven y de tanto talento sería una bendición para la resistencia, sondeó, a través de un intermediario, si Stauffenberg estaría dispuesto a unirse a la conspiración. Stauffenberg, que entonces era comandante, rechazó la oferta. Era muy consciente de que el régimen nazi debía desaparecer, dijo, pero dicha medida no se podía tomar durante una guerra contra el bolchevismo. Muy pronto, predijo, los oficiales y los soldados regresarán a casa desde el frente. Entonces, dijo, «purgaremos la plaga parda [es decir, los nazis]».[37] De hecho, durante los primeros meses de la guerra, Stauffenberg contempló con esperanza el avance de los tres grupos de ejércitos —al norte hacia Leningrado, en el centro contra Moscú y en el sur por Ucrania— y creyó que se podía derrotar a Rusia. No obstante, resaltó, esto se debe conseguir con —no contra— la población local.

La postura oficial de la Wehrmacht, y no digamos la del Gobierno nazi, era muy diferente. Los rusos y los ucranianos, que al principio habían dado la bienvenida a los alemanes como liberadores que habían llegado para expulsar el yugo soviético, se dieron cuenta rápidamente de su error. Hitler,

Himmler y los de su clase veían a los lugareños como *Untermenschen,* eslavos cuyo propósito en la vida era servir a los alemanes. Ésta era también la política de gran parte del Ejército. El mariscal de campo nacionalsocialista Walther von Reichenau, por ejemplo, emitió una orden para que no se apagasen los incendios que hubieran provocado las tropas soviéticas en su retirada. En su cabeza, la destrucción era una parte inseparable de la lucha contra el bolchevismo.[38] Los Einsatzgruppen de las SS, los batallones de policía y las unidades del Ejército destruyeron pueblos enteros, masacraron a sus habitantes con el pretexto de que eran partisanos y enviaron a muchos a Alemania como mano de obra esclava. Las órdenes emitidas por Keitel permitían en la práctica que los soldados cometieran atrocidades a discreción, sin temor al castigo.[39]

Stauffenberg estaba furioso y decepcionado por la política de su Ejército y de su Gobierno en el este. Para él, los aldeanos locales, rusos y ucranianos, no eran el enemigo sino aliados potenciales en la lucha contra el bolchevismo. Advirtió, una y otra vez, que la guerra no se podía ganar sin dicha colaboración.[40] Intentó establecer unidades antibolcheviques locales para luchar contra Rusia al lado de la Wehrmacht. En realidad, tenía la esperanza de que dichas unidades pudieran formar la base de una futura asociación ruso-alemana. Es más, las estadísticas oficiales indicaban que, en los primeros meses, antes de que los soldados soviéticos se dieran cuenta de que los campos de prisioneros era más o menos prisiones para morir de hambre, la tasa de deserciones del Ejército Rojo era relativamente alta.[41] La política nacionalsocialista en el este era por ello no sólo inmoral, sino también poco práctica. Stauffenberg lo sabía muy bien.

En la primavera de 1942, Stauffenberg seguía creyendo que su país podía ganar la guerra en el este, siempre que se redujeran los abusos de los alemanes contra la población local. En abril, en una conversación con un oficial de la Abwehr, «expresó su indignación por el tratamiento brutal de la población civil en la Unión Soviética ocupada por los alemanes, los asesinatos masivos de personas “racialmente inferiores”, en especial judíos, y la muerte por inanición en masa de prisioneros de guerra soviéticos».[42]

En mayo, se encontró con un oficial que acababa de llegar del frente, que le habló de la masacre cometida por las SS en un pueblo judío ucraniano. «Los condujeron [a los judíos] a un campo, donde les obligaron a cavar su propia fosa común y después les dispararon.» Stauffenberg replicó: «Hay que derrocar a Hitler». Cuanto más oía sobre la escalada de las atrocidades, más convencido estaba de que había que derrocar al régimen nazi por la fuerza sin mayor demora. Creía que hacerlo era el deber del alto mando. Los líderes de la Wehrmacht seguramente no seguirían indiferentes durante mucho tiempo ante semejantes horrores. Seguía sin gustarle la idea de un intento de asesinato aislado. Cuando, por ejemplo, se le dijo que Schulenburg estaba planeando algo, aconsejó a su interlocutor que ignorase al «pequeño lanzador de bombas». La revuelta no debían hacerla los individuos sino el Ejército en su conjunto.[43]

Stauffenberg estaba listo para la conspiración, pero aún debía abandonar su fe en los generales y los mariscales de campo. Y, lo más importante, tenían que cambiar las circunstancias. Como vimos en el capítulo 3, las personas se convierten habitualmente en conspiradores cuando conexiones sociales legítimas se transforman en revolucionarias. Esta transformación presupone un cambio interno en expresiones y opiniones, pero también depende de estar conectado socialmente con personas en la resistencia. Stauffenberg conocía a algunas de estas personas en 1942, pero estas conexiones no eran aún lo suficientemente sólidas para arrastrarlo a la causa.

Sin embargo, sus ideas sobre la resistencia seguían desarrollándose con rapidez. En agosto de 1942, incluso llegó a intentar, aunque de manera bastante torpe, formar una red propia de oposición. «Parece que crees que estoy metido en una conspiración», le dijo a un oficial medio en broma. Cuando tocó el tema en una conversación con un amigo, sostuvo que tras el derrocamiento de Hitler no debía restablecerse la República de Weimar ni el imperio, sino que habría que formar «algo nuevo».[44] Ni por un instante dejó de soñar con la Alemania Secreta ideal imaginada por *der Meister,* Stefan George, y su círculo.

Mientras tanto, el esfuerzo de guerra alemán se enfrentaba a dificultades crecientes. El Grupo de Ejércitos Norte no consiguió ocupar Leningrado y el Grupo de Ejércitos Centro no pudo llegar a Moscú. Hitler ordenó a su Ejército que se volviese hacia el sur, ocupando simultáneamente Stalingrado y el Cáucaso rico en petróleo. El Sexto Ejército, dirigido por el general Friedrich Paulus, se estaba acercando a Stalingrado. Aunque es cierto que muchos relatos de posguerra han exagerado la responsabilidad personal de Hitler en el desastre, es cierto que su intromisión incesante en asuntos operativos impidió una reflexión estratégica clara y organizada. Stauffenberg estaba muy amargado por la manera en que se estaba librando la guerra y su odio por Hitler crecía cada día. En agosto, explicó a su amigo íntimo el comandante Joachim Kuhn lo que había precipitado su radical cambio de opinión. La gestión de aficionado del conflicto armado ya era bastante mala, pero el problema se encontraba en otro sitio. Unos años después, Kuhn reprodujo esta conversación ante oficiales de inteligencia del Ejército Rojo: «Los informes diarios del Estado Mayor sobre el trato a los civiles por parte de la administración civil, la falta de dirección política en los países ocupados y el trato a los judíos, todo esto demuestra que Hitler miente cuando nos dice que su intención es luchar por un nuevo orden europeo. Por eso esta guerra es monstruosa».[45]

Stauffenberg les dijo a otros oficiales que «están fusilando en masa a los judíos. No se puede permitir que estos crímenes continúen». El joven comandante estaba tan indignado que el tiranicidio empezó a parecerle justificable. Alemania no podía y no debía ganar la guerra, subrayaba, porque eso permitiría que Hitler siguiera asesinando a judíos y cometiendo otros horrores.[46] A partir de ese momento, sus comentarios sobre la legitimidad del tiranicidio aumentaron en frecuencia e intensidad «casi cada vez que hablaba». «Ha llegado el momento», decía con amargura, «de que un oficial vaya allí con una pistola y dispare a ese sucio chivato.» Durante una conversación con otro oficial amargado tras la destitución de Halder, en 1942, dijo que no tenía sentido decirle la verdad a Hitler. «Ningún cambio fundamental es posible a menos que se le derroque. Estoy dispuesto a

hacerlo.» Este comentario expresa otro cambio drástico en su manera de pensar. Ahora, Stauffenberg se estaba colocando personalmente —y no sólo a generales y mariscales de campo— en el centro de la ecuación. Estaba asumiendo su responsabilidad.[47]

En este momento, Stauffenberg estaba trabajando como un lobo solitario, sin el apoyo de una red. Advirtió a más colegas que la locura militar de Hitler atraería el desastre sobre Alemania y que sus crímenes perseguirían su nombre durante generaciones. «Estamos atrayendo un odio que algún día afectará a nuestros hijos», le dijo con desesperación a un oficial superior.[48] No sirvió de nada. Muchos oficiales en el alto mando estaban en principio de acuerdo con él, pero existían demasiadas dificultades prácticas: no era el momento adecuado, no se podía traicionar al país durante la guerra, el frente se podía colapsar, podía estallar una guerra civil y —lo que era más importante— los oficiales habían pronunciado el juramento de fidelidad, uniéndose cada uno de ellos al Führer en un lazo personal de lealtad.[49]

Stauffenberg no sabía, y en realidad no podía saber, que la red principal de la resistencia estaba trabajando a su alrededor. Tresckow y otros lo vigilaban a distancia, pero no le confiaron sus planes.[50] En un estado policial como la Alemania nazi, había que ser extremadamente cauteloso a la hora de elegir interlocutor. Aquí, se demuestra la gran importancia de la estructura de la red. Si Stauffenberg se hubiera unido a la conspiración en 1942, probablemente habría alcanzado los márgenes de la camarilla de Tresckow en el este. Poco a poco podría haberse convertido en un conspirador importante. Desde luego, no podría haber sido el líder en 1942, porque el centro seguía ocupado por personajes que controlaban todos los hilos, como era el caso de Oster. Para que Stauffenberg pudiera asumir el papel central, como haría después, el centro debía estar libre. Esto no ocurriría hasta casi un año después.

Resentido y cansado, Stauffenberg comprendió que había fracasado. No pudo convencer a ningún oficial superior para que se uniera a él ni pudo formar una red propia. El peligro era muy grande y sabía que estaba poniendo en riesgo a su familia. En una ocasión, cuando intentaba convencer a un oficial, recibió una respuesta fría y airada. El oficial que le reprendió le ordenó que se recogiese la conversación por escrito para un «examen ulterior».[51] En diciembre de 1942, Stauffenberg pidió el traslado del Estado Mayor para encontrar refugio durante algún tiempo en el frente.

En febrero de 1943, recién ascendido a teniente coronel, asumió su nuevo papel como jefe de Estado Mayor de división en el norte de África. A finales de mes llegó al cuartel general en Túnez del general de división Broich, también un crítico del régimen. Stauffenberg disfrutó de estar en el frente, como era habitual en él. «Qué refrescante es visitar [el frente]», escribió de manera poco afortunada al general Paulus, comandante del Sexto Ejército, muchos meses antes de que sus tropas cayeran prisioneras, «un lugar donde uno se atreve sin dudarlo y se sacrifica sin quejas [...] mientras que los líderes, o las personas que deberían servir de ejemplo discuten sobre el prestigio o no son capaces de elevarse al nivel adecuado para su responsabilidad sobre la vida de miles.»[52] Stauffenberg escapó del centro a los márgenes. Si no lo hubiera hecho, o si lo hubiesen trasladado más tarde a Italia, los Balcanes o Grecia, probablemente nunca se habría encontrado de nuevo con los conspiradores. La suerte, en no menor medida que su talento y el desarrollo interno de sus ideas, tuvo un papel crucial en impulsar su carrera conspirativa.

«El uniforme de Stauffenberg aún no se había descolorido bajo el sol africano», escribe Peter Hoffmann. «Y tenía la apariencia del recién llegado, pero esta impresión se diluyó con mayor rapidez que el color de su uniforme.»[53] En el otoño de 1942, la situación militar en el norte de África era difícil, porque las fuerzas del Eje ya se encontraban a la defensiva. Los ejércitos alemán e italiano, dirigidos por el mariscal de campo Erwin Rommel, fueron derrotados en El Alamein y empujados de

vuelta a Libia. En noviembre de dicho año, las fuerzas combinadas británicas y americanas desembarcaron en el norte de África para rodear a los alemanes en un movimiento de pinza. Los Aliados, dirigidos por el general Eisenhower, estaban dispuestos a destruir el Afrika Korps de Rommel, ocupar el norte de África y formar una base naval para desembarcar en Italia. Para las potencias del Eje esto suponía un peligro mortal.

Para obstaculizar los planes de Eisenhower, Rommel decidió ocupar los puertos del norte de Túnez antes de que lo hicieran los americanos, tomando así el control de rutas de abastecimiento vitales. Pero Rommel no pudo devolver a los Aliados al mar y sus fuerzas se iban reduciendo. La RAF controlaba el cielo y sus aviones pulverizaban munición, tanques y otros vehículos del Afrika Korps. Los refuerzos procedentes de Alemania llegaron demasiado tarde y los días del Eje en el norte de África estaban contados.

Desde su capacidad limitada como jefe de Estado Mayor de división, Stauffenberg hizo todo lo posible para evitar la catástrofe. Durante dos meses, de febrero a abril, consiguió renombre como un atrevido oficial de combate capaz de tomar decisiones rápidas y mantener la compostura bajo el fuego. A principios de abril de 1943, junto con su comandante, el general de división Broich, ayudó a orquestar la retirada de Túnez. Pero el 7 de abril, su vida volvió a cambiar. La desgracia lo llevó de vuelta a Berlín y a la conspiración.

A última hora de la mañana, Stauffenberg se despidió de Broich para dirigir la retirada de la división hacia el nuevo puesto de mando, cerca de Mezzouna. Broich advirtió a Stauffenberg que existía una gran posibilidad de sufrir ataques de cazabombarderos, y, de hecho, las fuerzas de Stauffenberg se encontraron atrapadas en un infierno de fuego enemigo. Los cazabombarderos disparaban una y otra vez contra los vehículos en llamas y los hombres heridos quedaban abandonados en medio de las explosiones de la munición acumulada. Cuando Stauffenberg estaba conduciendo de un lado a otro en un intento desesperado por controlar las

tropas, los aviones enemigos atacaron su coche. El teniente coronel se lanzó al suelo y se cubrió la cabeza con las manos. En ese momento las balas le atravesaron el cuerpo.[54]

El joven oficial estaba gravemente herido y cuando sus soldados lo llevaron a toda prisa al hospital militar parecía que no quedaban esperanzas. Pero los oficiales médicos pudieron estabilizarlo, aunque con un coste: tuvieron que amputarle la mano derecha y dos dedos de la izquierda. Durante el ataque también había perdido un ojo. Cuando recuperó la conciencia pudieron evacuarlo de regreso a Alemania. Sus amigos de alto rango se ocuparon de llevarlo al Hospital Charité en Múnich para que lo tratasen los mejores cirujanos.

Una sucesión interminable de oficiales fue a visitarle. Su madre y su esposa siempre estaban a su lado, y, para que pudiera ir a verlo, su hermano Berthold recibió un permiso especial para abandonar el tribunal naval donde servía. Muchos familiares, amigos y colegas de toda la Wehrmacht acudieron a presentarle sus respetos, incluido el jefe de Estado Mayor Zeitzler, que le llevó una medalla de oro y una botella de buen licor.

Uno de los visitantes fue el tío de Stauffenberg, el conde Nikolaus von Üxküll, conocido en los círculos familiares simplemente como tío Nux. Un aristócrata alemán de la vieja generación, Nux estaba al mando de un batallón de voluntarios azeríes en Rusia. En ese momento Stauffenberg no sabía que su tío era miembro de la conspiración antinazi, o que estaba implicado desde 1938. Üxküll, como otros muchos, había apoyado a Hitler en 1933, pero sus ojos se habían abierto desde entonces a causa de los crímenes de guerra y la locura militar. Para salvar el buen nombre de Alemania en el mundo, creía que había que derrocar a Hitler. Y ésa era la verdadera razón de su visita al hospital. Había ido a ver a Claus no sólo como su tío, sino también como representante de los conspiradores.

Al igual que sus colegas de conspiración, Üxküll estaba profundamente preocupado. Tras la destitución de Oster, la célula de la resistencia en la Abwehr se había desmoronado. Pero dado que estaba organizada en una estructura de camarillas conectadas (véase el capítulo 11), la red no había

quedado destruida por completo. El grupo de Tresckow en el este, por ejemplo, seguía funcionando, pero los arrestos temporales de Kaiser y Schulenburg indicaban que un pequeño error podía provocar que Tresckow y cualquier otro compartieran el destino de Oster. La estructura de camarillas conectadas era especialmente vulnerable: un golpe letal contra los agentes, Kaiser y Schlabrendorff, y toda la red podía venirse abajo.

Pero la preocupación inmediata más importante era el centro. Beck estaba viejo, cansado y enfermo. Podía dirigir las discusiones, aconsejar y ayudar, pero no podía servir como planificador militar ni como enlace entre el centro y la periferia. Para ello se necesitaba un oficial joven con más energía. De hecho, desde el momento en que Oster ya no pudo cumplir con ese papel, Tresckow había acudido a Berlín para hacerse cargo. Pero lo más probable era que su presencia en el centro sólo fuera temporal, porque podían enviarlo de regreso al frente en cualquier momento. Por eso, se había abierto un agujero en el centro de la red.[55] Üxküll intentó convencer a sus compañeros de conspiración de que su sobrino Stauffenberg era el hombre adecuado para cubrir ese hueco. Este plan rozaba la temeridad y probablemente sólo fue aceptado porque el grupo no disponía de opciones mejores.

Stauffenberg escuchó atentamente al tío Nux. Al principio, se negó a comprometerse y le dijo a su tío que necesitaba más tiempo para reflexionar sobre ello. Pero en la segunda visita de Üxküll, unos días después, ya había tomado una decisión. «Si los generales no han conseguido nada», le dijo a su tío, «ha llegado el momento de que se impliquen los coroneles.» Nina también fue informada. «Ha llegado el momento de que salve al Reich alemán», le dijo, añadiendo que, como oficial del Estado Mayor, debía asumir esa responsabilidad.[56] Comprendió que debían tomarse medidas radicales. «La lucha contra el nacionalsocialismo, con sus objetivos y teorías fanáticas», le dijo a su confidente Joachim Kuhn, «sólo se puede librar de una manera: eliminando a Hitler y a los hombres que lo rodean.»[57]

Pero antes Stauffenberg tenía que recuperarse. Pasó algunos meses tranquilo, convaleciente, con su familia en Bamberg, durante los cuales aprendió a vestirse usando la mano que le quedaba y los dientes, y cada día practicaba la escritura con la mano izquierda. No pudo volver a la afición que más apreciaba: el violonchelo quedaba fuera de su alcance. El tío Nux asumió un nuevo deber. A partir de entonces, cuidaría de Stauffenberg: «Cualquier oportunidad, por pequeña que fuera, que tuviera aún nuestra conspiración, sólo se pudo concretar con la llegada de Claus. Es nuestra alma y vida. Dio forma a todos nuestros esfuerzos a lo largo de estos años. Ahora es el dedo en el gatillo. Soy un anciano y mi deber principal es cuidar de Claus [...]. Creo que puedo hacer algo útil ocupándome de sus necesidades físicas, ayudándole, por ejemplo, en el baño o vistiéndose. Es increíble que una sola persona pueda cargar con un peso tan pesado».[58]

Y de hecho, «el dedo en el gatillo» y «una sola persona» son en este caso las frases determinantes. En su condición de nuevo líder, el convincente Stauffenberg cambió la resistencia de manera que será difícil reconocerla. Había llegado el momento para la última transformación importante en la conspiración: el giro carismático.

16
Tú debes matar: el problema del tiranicidio

¡Tiene que ser con su muerte! Y, por mi parte,
no encuentro causa alguna personal para oponerme a él [...].
Y así se le debe considerar como el huevo de la serpiente,
que, incubado, llegaría a ser dañino como todos los de su especie,
por lo que es obligado matarlo en el cascarón.

William Shakespeare, *Julio César,* acto 2, escena 1

Cuando Stauffenberg se hizo cargo de la resistencia alemana, a finales de 1943, había quedado claro que la mayoría de los miembros del círculo íntimo de Hitler debían morir. Pero la decisión de asesinarlo —el líder soberano al que se había ofrecido un juramento— era difícil para la mayoría, tortuosa para algunos y casi imposible para otros.[1] Esta decisión, como veremos, no era sólo una consecuencia del desarrollo interno de uno u otro conspirador, sino también una decisión colectiva y, como tal, estaba sometida a la influencia de la dinámica de la red y a sus limitaciones estructurales.

En 1943 aún no se había logrado un consenso sobre el intento de asesinato. Carl Goerdeler, el conde Helmuth James von Moltke, muchos miembros del Círculo de Kreisau e incluso el teniente Werner von Haeften,

mano derecha de Stauffenberg en el complot del 20 de julio, se oponían con fuerza al asesinato por motivos morales o prácticos, o ambos. La postura de Goerdeler, como líder civil del movimiento y futuro canciller, era especialmente influyente. Rechazaba el asesinato principalmente por motivos morales y en su lugar proponía la llamada solución occidental: una acción conjunta de los líderes de la Wehrmacht en el oeste contra Hitler, que condujera previsiblemente a su detención y juicio.[2]

Incluso en una fecha tardía como 1942, Ulrich von Hassell seguía prefiriendo la solución occidental de Goerdeler por encima del asesinato.[3] Al parecer, Beck sostuvo el mismo punto de vista durante un tiempo relativamente largo, porque no quería convertir a Hitler en un mártir, pero cambió de idea hacia enero de 1942. Sus razones eran prácticas: mientras Hitler siguiera vivo, todos los comandantes estarían atados por su carisma. Nicholas Reynolds ha sugerido que los crímenes de guerra del régimen fueron uno de los motivos de Beck. Su observación se apoya en documentos redactados en 1944, de los que Beck fue coautor, que afirman que los «crímenes que tienen lugar tras la espalda del Ejército» constituyen el motivo «más importante» para el golpe y presumiblemente también para el asesinato.[4]

En enero de 1942, el respaldo de Beck al asesinato seguía siendo equívoco. En su lugar escogió una solución típica de compromiso. El plan, les dijo a los miembros del círculo interior, seguía siendo arrestar a Hitler, como antes, pero «en caso de fracasar» el Führer «caería víctima de un acto terrorista». Esta decisión formaba parte originalmente de un complot poco realista para utilizar a un «panzer general» retirado, muy probablemente Hoepner, con el fin de asaltar con tanques el cuartel general de Hitler.[5] Pero la decisión básica de Beck era mucho más importante que el plan abortado con el que estaba relacionada. Al decidir matar a Hitler «si todo lo demás falla», Beck intentaba tener los dos caminos abiertos: apoyaba el asesinato de Hitler, por un lado, y mostraba el respeto debido a las voces que se oponían, por el otro. Como era prácticamente imposible arrestar a Hitler a principios de 1942, las implicaciones lógicas del plan estaban claras

para todo el mundo. El coronel Hans Crome les habló de la reunión a sus interrogadores soviéticos. A finales de enero de 1942, dijo, se celebró una reunión conspiratoria en la vivienda de Jessen. Oster fue nombrado por Beck para planificar el asesinato, porque su puesto en la Abwehr le daba acceso a explosivos e información sobre las medidas de seguridad de Hitler.[6]

Según los biógrafos de Beck Klaus-Jürgen Müller y Nicholas Reynolds, un año después, en febrero de 1943, el líder de la resistencia ya había superado cualquier duda moral o ética sobre el asesinato.[7] El diario de Kaiser también indica que Beck apoyaba totalmente el intento de Tresckow de matar a Hitler.[8]

Estaba cada vez más claro para los oficiales jóvenes de la resistencia que Hitler debía morir. Como se ha mencionado, Stauffenberg había expresado su deseo de que alguien debería «disparar a ese sucio chivato» a finales de 1942. Tresckow y Gersdorff lo relacionaban con un acto de autodefensa: matar a un perro loco. «Hitler es la fuente de todos los males», le dijo Tresckow a Kaiser, según el diario de este último.[9] Por eso, era necesario eliminarlo. Resulta destacable que estos tres oficiales jóvenes —Tresckow, Gersdorff y Stauffenberg— abogaran por el asesinato con la resolución simultánea de participar en un golpe de Estado. Para ellos, matar a Hitler formaba parte integral y evidente de la revuelta. El plan de asesinato, aceptado sólo por una pequeña minoría en 1938 e introducido, por Beck, a través de la puerta trasera en enero de 1942, se había convertido en el curso de acción apropiado para la mayoría de los líderes en el invierno de 1943.

Este cambio radical estaba relacionado no sólo con las convicciones internas de los conspiradores, sino también con su dinámica como grupo y con la estructura cambiante de sus redes. En 1938, sólo unos pocos conspiradores habían apoyado el asesinato. La razón estaba clara: en aquel momento aún tenían una posibilidad de ganarse a Halder y quizás incluso a

Brauchitsch. La posibilidad, aunque fuera teórica, de tener a todas las fuerzas armadas a su disposición era recibida favorablemente por la mayoría de los miembros de la resistencia. ¿Por qué no arrestar a Hitler y juzgarlo ante un tribunal alemán? En aquel momento sólo unos pocos consideraban que fuera necesario el asesinato.

Pero una vez iniciada la guerra, las posibilidades de convencer a Halder y Brauchitsch para que se unieran a la conspiración se volvieron muy remotas. Así, alrededor de 1942, la estrategia básica había sufrido un cambio radical: ahora había que enfrentar a los generales más importantes con un asesinato planeado y ejecutado independientemente, sin la asistencia de oficiales de alto rango. Esta decisión formaba parte de la estrategia subyacente a las «camarillas conectadas» de Tresckow, Kaiser, Oster y Schlabrendorff.

El hecho de que oficiales jóvenes como Tresckow, Gersdorff y Stauffenberg, que había empezado la resistencia contra Hitler hacia 1942, se hubieran convertido en promotores entusiastas del asesinato tiene sentido cuando se enmarca dentro del contexto de las redes en las que trabajaban. Para arrestar a Hitler se necesitaba un poder muy amplio justo en el centro: miembros del alto mando con acceso constante a Hitler y tropas suficientes para arrestarlo. Los conspiradores no disponían de esos hombres y, como observó Tresckow, en las condiciones frenéticas de la guerra, las posibilidades de arrestar Hitler y mantenerlo cautivo eran prácticamente inexistentes.[10] No obstante, las camarillas conectadas tenían la capacidad para planificar un asesinato. Tenían acceso a bombas a través de los contactos en la Abwehr, asesinos dispuestos en el frente oriental y, de vez en cuando, acceso al Führer durante sus visitas al frente. La camarilla de Berlín de 1938, concentrada cerca de Hitler en el centro, teóricamente podía arrestar al dictador (a través de Halder) o asesinarlo (usando las tropas de choque de Heinz). Sin embargo, las camarillas dispersas de 1942 no podían arrestar a Hitler, sólo matarlo. Debido a este hecho, optar por el asesinato tenía sentido. Los líderes que seguían oponiéndose al asesinato eran veteranos de la resistencia: personas atrapadas en el mundo ya desaparecido

de 1938; la posibilidad de deshacerse de Hitler sin derramar sangre, a través de una «revolución legal», aún estaba presente en sus mentes.

Pero el cambio de las condiciones externas afectó incluso a los oponentes más firmes al asesinato; uno a uno se dejaron llevar por la corriente de opinión dominante. Tomemos, por ejemplo, a Carl Goerdeler. Este hombre tremendamente moralista, que no pudo separar nunca la ética de la *realpolitik,* siguió oponiéndose formalmente al asesinato hasta el intento de golpe del 20 de julio de 1944. Un golpe destinado a traer una regeneración moral de Alemania no debía iniciarse con la violación del mandamiento divino «No matarás».[11] La alternativa expuesta por Goerdeler era por lo general la solución occidental y siguió proponiéndola hasta casi 1944, mucho después de que ya hubiera quedado claro que era un sueño irrealizable. Sin duda, esta «solución» era tan sólo un intento anacrónico de avivar el plan de septiembre de 1938, que Goerdeler seguía recordando. Pero aun así, la postura de Goerdeler era mucho más ambigua de lo que suele reconocerse, como observó más tarde el Tribunal Popular nacionalsocialista: «Goerdeler argumentó una y otra vez que se le debía dar la oportunidad de retar a Hitler abiertamente en la radio, en lugar de seguir el camino del asesinato. Aunque fuera así, no se podía distanciar de la conspiración asesina [...]. Quería recoger y disfrutar del fruto político del asesinato: el poder».[12]

El Tribunal Popular había dado en la diana. Kaiser escribió de Goerdeler en su diario del 18 de enero de 1943 que «no quiere esperar más. No perder ni un solo día. Sino moverse tan pronto como sea posible. No podemos confiar en que los mariscales de campo tomen la iniciativa. Están esperando órdenes».[13] El antiguo alcalde de Leipzig se oponía quizás al asesinato, pero cuando sus argumentos fueron rechazados, siguió trabajando con los conspiradores e incluso les presionó para que se movieran más deprisa, conociendo muy bien la dirección que había tomado el movimiento. Su oposición al asesinato era por eso más formal que real, un intento por conservar la autoridad moral mientras permitía que la realidad siguiera su curso. La postura de Goerdeler podría relacionarse con la de un

legislador que vota contra un plan impopular pero necesario, sabiendo que su voto no cambiará el resultado. En el papel de Goerdeler como líder civil, su oposición al asesinato no tenía ninguna importancia a menos que abandonase completamente la conspiración. El teniente Werner von Haeften, que no se oponía al asesinato en menor grado que Goerdeler, tuvo que abandonar sus dudas y apoyarlo activamente, porque su posición en la red (como ayudante de Stauffenberg) no le permitía hacer otra cosa.

El cambio de la oposición firme y consciente al asesinato a su apoyo tácito también tuvo lugar en el Círculo de Kreisau. Algunos de sus miembros, como Leber y Schulenburg, dieron su apoyo firme al asesinato desde un principio. Otros, como Yorck, empezaron a apoyarlo alrededor de la misma época que Beck. Algunos no le ofrecieron nunca su apoyo.[14] Más interesante, y más ambigua, fue la postura del fundador del círculo, el conde Helmuth James von Moltke. Inicialmente se opuso no sólo al asesinato sino también al golpe de Estado. «No tenéis a nadie que pueda hacerlo bien», escribió, «y en cualquier caso será inútil. Todo ha ido ya demasiado lejos y es horrible. No podéis cambiar nada. Tenemos que dejarlo en manos de los Aliados, os guste o no.»[15] La única solución, según el punto de vista de Moltke, era ayudar a los perseguidos y a los Aliados («Estamos dispuestos a ayudaros a ganar la guerra y la paz», escribió a uno de sus amigos británicos) y, lo que era más importante, planificar cuidadosamente el futuro de la Alemania posnazi, como había hecho el Círculo de Kreisau. Stauffenberg, práctico hasta la médula, se enfureció ante este punto de vista arrogante. «No soporto a Helmuth Moltke», gruñó después de una reunión especialmente irritante con el líder del Círculo de Kreisau.[16]

Pero, al igual que Goerdeler, Moltke siguió trabajando con los conspiradores, pese a que despreciaba el trabajo político práctico de la conspiración: «la basura de Goerdeler», como lo llamaba con desdén. Profundamente implicado en la práctica, y no sólo en el diseño de planes para la Alemania de posguerra, Moltke estaba muy activo en las negociaciones entre los conspiradores y los británicos. Sus cartas indican

que también se implicó en los preparativos para el golpe, un curso de acción que le angustiaba profundamente. A Moltke le horrorizó la violencia, incluso la violencia política conspirativa, a lo largo de toda su vida. En los últimos días antes de su detención, a finales de 1943, sentía que lo estaban empujando hacia delante a pesar de sus reticencias. En cierto sentido, su arresto le «salvó». «No he estado ni estoy implicado en ningún tipo de violencia», escribió a su esposa; pero eso no era una desaprobación del golpe, como se interpreta habitualmente, sólo una expresión de su alivio personal por que lo hubieran salvado de verse mezclado en ello.[17] Las historias de Moltke y Goerdeler demuestran que cuando las circunstancias y la estructura de las redes dictan una estrategia de asesinato, los que se oponen pueden seguir haciéndolo mientras que su posición en la red les permita no implicarse. Al cambiar las circunstancias, tarde o temprano, se ven arrastrados.

Aunque las personas se vean muy influenciadas por las circunstancias externas, los obstáculos y las dinámicas de grupo, los puntos de vista personales siguen siendo determinantes, hasta cierto punto, sobre si alguien duda al apoyar las decisiones del grupo o se compromete por completo. La fuerte fe religiosa de muchos conspiradores les empujó a debates interminables sobre dilemas éticos y religiosos implícitos en el intento de asesinato de Hitler. En este aspecto, el diálogo entre Dietrich Bonhoeffer, un pastor luterano y autoridad espiritual en los círculos de resistencia, y el teniente Werner von Haeften, ayudante de Stauffenberg, es especialmente revelador. Bonhoeffer, que escribió por extenso, usando un lenguaje velado, sobre la cuestión de la oposición violenta en su libro *Ética,* creía que el asesinato político equivalía a un asesinato. Por ello, los asesinos debían aceptar la culpa por acabar con la vida del tirano. Pero en situaciones como en la Alemania nazi, cuando el Gobierno de Hitler no sólo mataba a millones de personas, sino que también amenazaba la supervivencia de la nación y el núcleo de sus valores cristianos, los conspiradores podían tomar

sobre sí la culpa en beneficio de los demás. Al tomar la culpa sobre sí mismo, argumentaba Bonhoeffer, el cristiano no traiciona a Cristo, sino que lo imita. En definitiva, Cristo no conocía el pecado, pero aun así aceptó cargar con toda la culpa de la humanidad.[18]

Esto es de hecho una paradoja, como Bonhoeffer fue el primero en reconocer. En las complejidades de la realidad, no disponemos de un conjunto de reglas objetivas aceptadas universalmente. Los asesinos deben tomar sus propias decisiones y todas las opciones son problemáticas. «La acción responsable», escribió Bonhoeffer, «tiene lugar en la esfera de la relatividad, completamente velada en la penumbra que la situación histórica proyecta sobre el bien y el mal. Tiene lugar en medio de las perspectivas incontables desde las cuales se puede ver cada fenómeno. La acción responsable no sólo debe decidir entre verdad y error, bueno y malo, sino también entre verdad y verdad, malo y malo.»[19]

Hacia noviembre de 1942, el teniente Werner von Haeften fue a ver a Bonhoeffer a su casa para preguntarle sobre la legitimidad del tiranicidio. Bonhoeffer le ofreció una respuesta muy poco habitual, que es posible que dejase al joven teniente aún más confuso que antes. Un amigo de este último reprodujo más tarde la escena:

> «Los disparos en sí mismos no tienen significado», dijo Bonhoeffer, «a menos que provoquen un cambio en las circunstancias. Sólo la eliminación de Hitler no será suficiente: las cosas pueden resultar mucho peores. El papel del luchador de la resistencia es tan difícil porque se debe preparar meticulosamente para el día después. Después del asesinato debe existir un grupo dispuesto a asumir de inmediato el poder.» Haeften aún no estaba satisfecho. Para él [la discusión] era demasiado teórica [...]. «¿Debo? ¿Puedo?», preguntó. Bonhoeffer dijo que no podía decidir por él. Aunque es cierto que tendría que cargar con la culpa de no aprovechar la oportunidad, también era posible que fuera culpable si actuaba con temeridad. Nadie puede escapar sin culpa de una situación semejante. Pero, y esto era el consuelo de Bonhoeffer, la culpa es siempre la culpa llevada por Cristo.[20]

En consecuencia, el tiranicidio es legítimo en las circunstancias de la Alemania nazi, pero sólo debe realizarse si se puede estar seguro de que mejorará las cosas. Al fin y al cabo, era la acción responsable de los asesinos y, como serían ellos los que cargarían con la culpa, también era su

deber decidir (y aquí vuelvo a citar) «en la esfera de la relatividad, completamente velada en la penumbra que la situación histórica proyecta sobre el bien y el mal». Así, desde el punto de vista de Bonhoeffer, Stauffenberg, Haeften y los demás debían tomar una decisión moral prácticamente imposible. Debían tener el valor de dar un salto hacia lo desconocido. Y estaban dispuestos a hacerlo.

17
Una rueda conspirativa: la época Stauffenberg

Mientras se recuperaba de sus graves heridas durante el verano y el otoño de 1943, Stauffenberg empezó a desempeñar su nuevo papel. Visitó Berlín un par de veces y se reunió con sus compañeros de conspiración, Beck, Olbricht y Tresckow. Otra reunión, en la que también estuvo presente Goerdeler, tuvo lugar en la oficina del agente Hermann Kaiser. En el encuentro, Stauffenberg confirmó su compromiso con una «acción conjunta y violenta contra el Führer» y aceptó el liderazgo supremo de Beck.[1] El general, como Stauffenberg contó más tarde a su confidente Joachim Kuhn, le había dado plenos poderes para planificar la operación: «Aunque los dos, el general Olbricht y yo, somos totalmente competentes para gestionar todos los aspectos técnicos de la organización, informo semanalmente al general [Beck] [...]. Cada vez me sorprende su juicio claro y sus agudas observaciones políticas. Sus puntos de vista básicos se corresponden completamente con los nuestros».[2]

Tresckow, mientras estuvo convaleciente en Berlín, estableció rápidamente una buena relación de trabajo con Stauffenberg, que era un viejo conocido. Ahora, Stauffenberg estaba finalmente informado de los intentos de asesinato fallido en la primavera de 1943, así como de los potenciales planes militares y los contactos con otras células de resistencia,

como el Círculo de Kreisau y el grupo socialdemócrata. Desde el principio, Stauffenberg respaldó la política de colaboración con todos los grupos de la oposición. Su relación de trabajo con los restos del Círculo de Kreisau, formada a través de su pariente Peter Yorck von Wartenburg, y los socialdemócratas fue especialmente cálida. Como parte de sus nuevas responsabilidades, Stauffenberg fue muy activo en elaborar listas de gabinete y presionó constantemente para otorgar puestos clave a los socialdemócratas con el fin de construir una base para la colaboración entre derecha e izquierda.[3]

No obstante, centró su esfuerzo principal en extender el alcance militar del movimiento de resistencia. Entre finales de 1943 y principios de 1944, Stauffenberg se reunió con docenas de oficiales, compartió sus planes e intentó convencerlos de que la eliminación de Hitler era inevitable y que ahora estaba en juego la supervivencia de Alemania. Su nueva mansión, en la tranquila zona residencial de Wannsee, parcialmente oculta por los arbustos, se convirtió muy pronto (junto con la casa de Olbricht) en el cuartel general no oficial de la resistencia.

Mientras tanto, Hermann Kaiser mantenía las comunicaciones diarias entre los diversos grupos civiles y militares. «Kaiser era un confidente y un mediador», escribió el historiador Ger van Roon.

> Disfrutaba de la confianza de los líderes de la resistencia. Goerdeler, Beck, Tresckow, Olbricht y otros muchos estaban en contacto constante con él. Las reuniones se celebraban con frecuencia en su despacho. Kaiser también intentaba suavizar las diferencias de opinión, que desde su punto de vista eran menores. Tresckow analizaba con él la situación general, así como las posibilidades y los detalles de las operaciones: Goerdeler compartía con él planes e informes, y le pedía consejo. Además, [Kaiser] era el punto de enlace entre él [Goerdeler] y el Ejército. Olbricht lo trataba con gran confidencialidad, le confiaba documentos secretos, le asignaba tareas importantes y encubría sus actividades.[4]

Sin embargo, la centralidad de Kaiser era tan peligrosa como vital. A finales de agosto de 1943, los conspiradores descubrieron que las redes que dependían de un número pequeño de agentes y enlaces se podían ver seriamente comprometidas, incluso eliminadas de un plumazo, si estos actores quedaban neutralizados. Unos pocos meses después de la caída de

Oster, la Gestapo inició un procedimiento criminal contra Kaiser a causa de los comentarios temerariamente antinazis que había pronunciado y que indicaban su pertenencia a un «movimiento de resistencia». Teniendo en cuenta que Kaiser, el agente en Berlín de la resistencia alemana, estaba en contacto personal con la mayoría de los grupos, su detención podría haber comprometido toda la conspiración. Finalmente, Olbricht consiguió que la investigación se archivara con la ayuda de contactos poderosos, pero él, como los demás, sabía que la resistencia se encontraba ahora al borde del abismo.

En estas circunstancias, la negligencia de la Gestapo parece casi increíble. Aunque no se dé credibilidad a las teorías sin fundamento de que Himmler quería que el golpe tuviera éxito para ocupar el puesto de Hitler, es un hecho que la Gestapo podría haber hecho mucho más para aplastar la resistencia.[5] De hecho, en 1939, la Gestapo había estado muy cerca de descubrir el intento de Oster de avisar a los belgas sobre la ofensiva occidental, así como las negociaciones de Josef Müller en Roma. A lo largo del tiempo, se había reunido mucha información sobre la resistencia civil, y los rumores sobre la planificación de un golpe de Estado estaban muy extendidos. Los conspiradores cometieron errores que habrían podido desenmascararlo todo. Por ejemplo, el profesor Johannes Popitz, un miembro destacado del círculo de Goerdeler, intentó temerariamente convencer a Himmler para que se uniera al movimiento, como si no hubiera nadie más disponible. Pero en la Alemania nazi eran habituales los rumores extraños de todo tipo y a la Gestapo le resultaba difícil separar el grano de la paja. Aun así, el fracaso de la policía secreta de seguir adecuadamente a Kaiser, pese a las serias sospechas contra él, fue uno de los fallos más graves del aparato de seguridad nacionalsocialista, un error sin el cual el 20 de julio de 1944 no habría sido posible.[6]

No obstante, ¿durante cuánto tiempo podrían contar los conspiradores con la negligencia de sus enemigos? Como demuestra el procedimiento fallido contra Kaiser, un comentario descuidado era suficiente para poner a la resistencia al borde del abismo. Para evitar un desastre de ese tipo, los

líderes de la resistencia militar establecieron reglas muy estrictas de secreto. «Nunca mencione nombres», advirtió Tresckow a la secretaria de la resistencia Margarethe von Oven, «y sobre todo nunca mencione el nombre de Stauffenberg. El grupo debe permanecer lo más pequeño posible, en caso contrario se delatará.» Siguió instruyéndola para que llevara guantes cuando mecanografiaba una orden con el fin de no dejar huellas dactilares incriminatorias.[7]

Ya en 1943, mucho antes de que Stauffenberg asumiera el liderazgo, habían existido reglas estrictas de compartimentación en el ala militar de la resistencia. Tresckow insistió en que cada conspirador debía saber «sólo lo mínimo imprescindible para realizar sus tareas». Cuando enviaba mensajeros con comunicados para otros líderes, no les informaba sobre el contenido de las cartas que llevaban. Hans Crome, un enlace esencial en París y después en el frente oriental, nunca fue informado de los intentos de asesinato de Tresckow. Incluso el agente omnipotente Hermann Kaiser descubrió algunas cosas muy tarde. Por ejemplo, hacia febrero de 1943 fue informado de que se estaba planeando un asesinato. Después ordenó al capitán Gehre, el jefe de las tropas de choque de la Abwehr, que no informara a sus oficiales hasta el último momento.[8] Olbricht tuvo el cuidado de ocultar su trabajo clandestino incluso a sus confidentes más íntimos.

Stauffenberg endureció considerablemente las reglas existentes para los conspiradores. Como sospechaba que Oster, que se encontraba en arresto domiciliario desde finales de 1943, era vigilado constantemente por la Gestapo, Stauffenberg prohibió a todos los miembros de la resistencia que se reuniesen o hablasen con él. Es más, la misma existencia de la resistencia militar era un secreto estrictamente guardado, desconocido fuera de ciertos círculos restringidos militares y (en menor medida) civiles. Aunque Stauffenberg intentó reclutar a muchos oficiales, guardó muy bien sus secretos ante aquellos a los que no creía de fiar.[9] Un teniente nazi que trabajaba con él cada día, por ejemplo, desconocía por completo no sólo sus actividades antinazis, sino incluso sus sentimientos opositores. En un

informe oficial de la primavera de 1944, se decía de Tresckow que tenía una «visión del mundo completamente nacionalsocialista», lo que indica que sus superiores directos eran totalmente desconocedores de sus actividades nocturnas o estaban muy dispuestos a encubrirlo.[10] Incluso un observador agudo como el embajador finlandés en Berlín, Toivo M. Kivimäki, que seguía las actividades de la resistencia civil e informaba a Helsinki de lo que veía, no sabía nada sobre el ala militar de la resistencia.[11]

Las estrictas reglas de compartimentación formaban parte del estilo de liderazgo distintivo de Stauffenberg, marcando el último cambio importante en la estructura de la red de resistencia. Bajo su mando, el movimiento ya no se pareció en nada a la camarilla densa y acogedora fundada por Oster y Gisevius en 1938, o ni siquiera al modelo de camarillas conectadas desarrollado gradualmente en 1942 por Oster, Tresckow, Kaiser y Olbricht. La caída de Oster y la desintegración de la camarilla de la resistencia en la Abwehr, así como la pérdida gradual de poder de Tresckow tras su traslado del Grupo de Ejércitos Centro, eliminó la competencia de otras fuentes de poder y situó a Stauffenberg como el líder militar indiscutido del movimiento y el agente y enlace supremo.

Para usar una terminología tomada de la teoría del derecho penal, el estilo de liderazgo de Stauffenberg convertiría el movimiento en una «rueda conspirativa». Este modelo tiene un comandante (el eje) y muchos subordinados (los radios) que reciben sus misiones respectivas directamente del comandante. A diferencia de una camarilla, en una rueda conspirativa «cada miembro conoce a algunos de los otros miembros, pero no a todos», mientras que todo el mundo conoce y obedece a la persona en el centro.[12] Como hemos visto en el capítulo 3, la camarilla de Oster era lo suficientemente densa para permitir que casi todos los conspiradores conocieran a la mayoría de sus compañeros. Sobre todo, era un círculo de amigos. Las camarillas conectadas de 1942-1943 dependían de un número pequeño de agentes, como Schlabrendorff y Kaiser, y no tenían un líder claro. En la rueda conspirativa de Stauffenberg, en cambio, él se encontraba en el centro y exigía que toda la información relacionada con el golpe

pasase únicamente a través de él. En referencia posterior a los métodos conspirativos de Stauffenberg, los investigadores de la Gestapo afirmaron con acierto que «Stauffenberg era considerado la persona que recibía la información de todos los individuos y debates en el círculo de los conspiradores. Los organizaba para que planearan el asesinato del Führer y se ocupó de la gestión del golpe de Estado. Goerdeler asegura que Stauffenberg exigía que se le informase también de las medidas políticas y sobre las personas que se suponía que cumplirían funciones políticas tras la revuelta».[13]

Así, Stauffenberg sostenía firmemente en sus manos los papeles de líder, enlace y agente, que en el pasado habían estado asignados a personas distintas; como consecuencia, el nuevo líder tenía poderes sin precedentes. No obstante, incluso bajo su liderazgo, el movimiento no era totalmente idéntico al modelo ideal de una rueda conspirativa. El conde, que estaba sometido, al menos nominalmente, a la supervisión de Beck, no conocía a todos los individuos en el movimiento y con frecuencia debía confiar en subenlaces como Goerdeler, que dirigía la rama civil, o en los servicios de intermediación de Kaiser y el primo de Stauffenberg, el teniente coronel Caesar von Hofacker.[14] Aun así, aunque algunos de los antiguos agentes y enlaces conservaron su importancia, estaban cada vez más sometidos a la influencia de Stauffenberg, el eje de la rueda clandestina. La superestructura se mantenía por la personalidad carismática de Stauffenberg y estaba integrada por personas que habitualmente no se conocían entre sí y que sólo sabían lo mínimo imprescindible sobre la conspiración.

Los logros de Stauffenberg y sus colaboradores —y en particular sus aspiraciones a centralizar el poder en la superestructura de la rueda conspirativa— molestaron a muchos conspiradores veteranos. Muchos de ellos, amargados y marginados, recordaban con cariño la camarilla pequeña y acogedora de 1938 y se resistieron al nuevo sistema de Stauffenberg. El más amargado era, quizás, Hans Gisevius, que regresó rápidamente de Suiza para participar en el esperado golpe. Tras su regreso, a principios de julio de 1944, oyó de sus antiguos amigos, en especial del conde Helldorff,

serías quejas sobre el comportamiento de Stauffenberg. Tanto a Helldorff como a Gisevius les desagradaba profundamente el nuevo líder. Quedaron sorprendidos al ver cómo llenaba el movimiento con miembros nuevos que sólo le eran leales a él, mientras marginaba a veteranos experimentados de lealtad comprobada. Les resultó especialmente ultrajante la intención proclamada por Stauffenberg de sustituir a Goerdeler por su amigo socialdemócrata Julius Leber como el futuro canciller de la conspiración. No puede ser, protestaron, que un hombre tan dedicado como Goerdeler sea humillado por un oficial oportunista que ha servido lealmente a Hitler durante años, sólo para abandonarlo ahora, cuando es evidente que la guerra está perdida.

La aversión era mutua. Stauffenberg desconfiaba de Gisevius y de Helldorff, y despreciaba a Goerdeler, que a sus ojos era una reliquia obsoleta de la política de Weimar. Incluso comentó una vez que no estaba planeando «una revuelta geriátrica». Sólo por la insistencia de Beck aceptó el papel dirigente de Goerdeler, al menos temporalmente.[15]

Las rivalidades internas eran simples molestias para Stauffenberg, porque tenía por delante problemas mucho más serios. El 15 de septiembre de 1943, ocupó su nuevo puesto en el Ejército de Reserva y empezó una rutina diaria tremendamente estresante. Sus deberes militares formales, alimentar los frentes rotos con más tropas de reserva, le resultaban desagradables y suficientes para que un hombre normal estuviera al borde del ataque de nervios. «Debo enviar decenas de miles a una muerte sin sentido», le dijo a un pariente.[16]

No obstante, Stauffenberg dedicaba la misma cantidad de horas, si no más, a sus deberes nocturnos. Su despacho estaba bajo tierra en el Ministerio de la Guerra alemán, un conjunto gris y amorfo de edificios en la Bendlerstrasse, en Berlín. Allí, organizaba su rutina diaria como oficial y conspirador. Así, por ejemplo, buscó secretarias en las que pudiera confiar para mecanografiar los planes del golpe. Como era habitual en la resistencia

alemana, se usaron los lazos familiares para cubrir los puestos. A través de Tresckow, Stauffenberg entró en contacto con tres voluntarias: Erika von Tresckow (esposa de Henning), Ehrengard von der Schulenburg (pariente de Fritz) y Margarethe von Oven, una amiga íntima de los Tresckow y antigua secretaria militar. «Estaba nerviosa, nerviosa como una novata», contó más tarde. «Recé para romperme la mano, de manera que pudiera salir de allí sin quedar mal.»[17] Pero, al final, aceptó el empleo.

«El Führer Adolf Hitler ha muerto.» Tras encontrarse con esta frase en el borrador del plan, Oven comprendió que estaba al tanto de algo más allá de la alta traición; se trataba de un plan para asesinar al líder supremo del Reich alemán. En su biografía de Stauffenberg, Peter Hoffmann señala que Tresckow le habló de las «decenas de miles» de judíos asesinados, que eran el motivo principal por el que sus amigos y él se habían unido a la conspiración.[18] Stauffenberg sabía también que masas de personas eran exterminadas en las cámaras de gas. En respuesta al informe de Yorck sobre el asesinato de decenas de miles de judíos húngaros en Auschwitz, Stauffenberg le dijo que ésta era otra buena razón para asesinar lo más rápidamente posible al «asesino en serie».[19] Oven informó de que Stauffenberg era muy «profesional, pero irradiaba un fuego interior». Cuando le preguntó, él le dio una explicación muy similar a la de Tresckow, pero en su estilo habitual, acompañado con un poema escrito por su mentor espiritual, Stefan George, que enfatizaba el llamamiento a los aristócratas heroicos a luchar a favor del honor de la nación y de su nivel moral y espiritual.[20]

Berthold, el hermano de Claus, que era, como siempre, su confidente más íntimo, dijo a un conocido que «los responsables en Alemania deben ser castigados por sus crímenes, como los campos de concentración, la persecución de los judíos, antes de la derrota militar total de Alemania y [...] ningún sacrificio era demasiado grande para conseguirlo».[21]

Además de los detalles técnicos, Claus von Stauffenberg debía resolver la tarea más sensible y difícil que tenía por delante: encontrar a un voluntario para asesinar a Adolf Hitler. Stauffenberg fue capaz de convencer

a docenas de oficiales, algunos de ellos en el propio cuartel general de Hitler, pero ninguno aceptó ejecutar el asesinato. La mano derecha de Stauffenberg, Fritz von der Schulenburg, estaba recorriendo los frentes, con un pretexto oficial, buscando en vano un voluntario. En cuanto al propio Stauffenberg, sus compañeros de conspiración estuvieron de acuerdo en que no era el hombre adecuado para la tarea, principalmente por sus grandes discapacidades.

En noviembre de 1943, Schulenburg localizó finalmente a un voluntario: el capitán Axel von dem Bussche, un oficial de combate muy condecorado. Un año antes, el 5 de octubre de 1942, Bussche había presenciado un espectáculo que le cambió la vida en un aeropuerto abandonado en Ucrania:

> En nuestra guarnición de Dubno, una antigua base del Ejército zarista, el gobernador de la prefectura nos pidió que ayudásemos en una operación, que las órdenes del Führer explicaban como una «medida antijudía». Negarnos fue lo único que pudimos hacer. Al cabo de unos días los residentes del barrio judío, unas dos mil o tres mil personas, fueron dispuestas en una larga fila delante de una fosa común y los mataron uno a uno con un disparo en la nuca. Al día siguiente, estaba en el gueto. Empezaron una caza del hombre tras los pocos que habían conseguido esconderse. Una mujer literalmente se arrodilló delante de mí y suplicó por su vida, pero no pude hacer nada por ella.[22]

En Dubno, Bussche fue testigo por primera vez de una masacre cometida por el Gobierno al que le unía el deber. Su sensación de impotencia ante tanta maldad engendró una conversión, un cambio interior casi religioso; y una visión, un llamamiento superior, cristalizó en su mente. A diferencia de otros conspiradores, se presentó voluntario no sólo para ayudar y colaborar sino también para ser el filo de la navaja. Sentía que lo único que podía hacer para acallar su culpa era asesinar al propio Hitler. En el otoño de 1943, Schulenburg organizó una reunión entre Bussche y Stauffenberg, que le preguntó inmediatamente al joven si estaba dispuesto a matar al Führer. «Sí», respondió con sencillez.[23]

Stauffenberg, Schulenburg y Bussche empezaron a planear la operación. En primer lugar, descartaron el asesinato con un arma de fuego. Se sabía que el Führer llevaba un chaleco blindado y estaba rodeado por

guardaespaldas de elite. En el pasado, los conspiradores temieron que una bala disparada bajo una gran presión mental pudiera fallar el blanco. Peor aún, podían atrapar vivo al asesino, y Bussche conocía a Stauffenberg; si Bussche no podía soportar la tortura, toda la conspiración estaría acabada. La única alternativa era liquidar a Hitler con explosivos, preferiblemente mediante un voluntario suicida. En diciembre de 1943, se había programado que Hitler presenciara una muestra donde se exhibirían los uniformes invernales recién diseñados. Bussche, que tenía la perfecta apariencia «aria» y probada experiencia de combate, era el hombre ideal para hacer de modelo de los uniformes y responder a las preguntas del Führer sobre sus ventajas e inconvenientes en condiciones de combate. Bussche esperó en Prusia Oriental y reflexionó sobre su muerte inminente. «Esos días», escribió más tarde, «estuvieron iluminados por la brillante claridad que los soldados aprenden a reconocer en la hora anterior a entrar en combate.»[24]

Hasta ese día fatídico, Stauffenberg y sus colegas habían estado preparando, hasta el último detalle, el plan operativo del golpe de Estado. Lo trataron —como estaban entrenados— como trabajo de Estado Mayor y aplicaron cuidadosos procedimientos de ocultación. Cuando Beck, por ejemplo, visitó a Olbricht para consultarle, se ocupó de dar esquinazo a los agentes de la Gestapo que lo seguían. En primer lugar, fue a la estación de ferrocarriles y esperó en el andén como si fuera a tomar el tren expreso. Cuando llegó el tren, se deslizó hacia el túnel entre los andenes y tomó una salida a una calle secundaria, donde el yerno de Olbricht, Friedrich Georgi, estaba esperando en un vehículo militar. Asimismo, Olbricht siguió procedimientos estrictos cuando se encontró con Gisevius. Ningún conspirador, en ninguna circunstancia, estaba autorizado a visitar a Olbricht sin aviso previo, a menos que quisiera atraer una atención indeseada.[25]

A partir del verano de 1943, Olbricht había colaborado con Stauffenberg en la revisión de sus viejos planes de 1942. Una vez por semana, Stauffenberg visitaba a Beck en su casa de la Goethestrasse para que le aconsejase sobre los borradores. El nombre en código operativo era Valkiria. En las antiguas leyendas del norte de Europa, las valkirias eran

diosas de la guerra, que recorrían los campos de batalla para decidir el destino de los combatientes y llevar a los caídos más poderosos al salón de los dioses, el Valhalla. Lo que las valkirias modernas de la resistencia estaban a punto de decidir era el destino de Adolf Hitler.

Originalmente, la Operación Valkiria estaba destinada a reforzar el frente oriental en caso de un colapso militar repentino. Valkiria II, una revisión esbozada por la oficina de Olbricht en la primavera de 1942, autorizaba al Ejército de Reserva a desplegar con rapidez sus unidades locales en caso de un ataque paracaidista, un levantamiento de trabajadores extranjeros u otra emergencia dentro del Reich.[26] El 31 de julio de 1943, Olbricht revisó las órdenes en profundidad con el objetivo de un golpe de Estado. Según esta revisión, que fue debidamente autorizada por el general Fromm, el mando del frente interno tenía la autoridad de desplegar no sólo sus propias tropas sino también todos los destacamentos y soldados dentro de su ámbito, incluidas las academias militares, personal de permiso y unidades en formación y reorganización. Debían organizarse en un máximo de seis horas para formar destacamentos de combate y se trasladarían con la mayor rapidez posible, utilizando todos los medios disponibles, donde fueran necesarios. Todas las demás medidas y planes de seguridad existentes debían ejecutarse exclusivamente de acuerdo con la Operación Valkiria.

Al rediseñar cuidadosamente el plan siguiendo estas líneas, los conspiradores, cuyo bastión era el Ejército de Reserva, se aseguraban un control casi ilimitado sobre la Wehrmacht en Alemania, y, lo que era más importante, en la zona del Gran Berlín. También tuvieron el cuidado de practicar, instruir y reformular el plan múltiples veces en diferentes distritos militares para mejorar la actuación y, sobre todo, el tiempo de reacción de las tropas. Sabiamente se decidió que «los preparativos se debían llevar a cabo con el mayor secreto posible. De ninguna manera las autoridades o los individuos fuera de la Wehrmacht debían recibir información sobre las intenciones o los preparativos».[27] La idea era, por supuesto, mantener los ojos atentos de las SS, la Gestapo y el SD lejos de los planes.[28]

Los líderes de la resistencia decidieron que inmediatamente después de la muerte del Führer, las instrucciones de la Operación Valkiria se enviarían a todos los comandantes de distrito de la Wehrmacht.[29] El primer comunicado revelaría que Hitler había muerto y que una camarilla irresponsable de líderes nazis conspiraba para tomar el control del país. Además, la orden señalaría que, como medida preventiva, el Ejército había tomado el Gobierno en sus propias manos. Las fuerzas militares arrestarían a los líderes de las SS, los ministros del Reich, los gobernadores y los funcionarios de rango más elevado, y tomarían el control de la electricidad, el agua y el gas, así como de las instalaciones de radio y de comunicaciones. Documentos incriminatorios, cuidadosamente preparados por Hans Dohnanyi y otros, se utilizarían como prueba en unos tribunales militares especiales organizados por Stauffenberg para condenar a muerte a los líderes nazis en los primeros días después del golpe. Según el plan, el mariscal de campo Erwin von Witzleben, que hacía tiempo que presionaba a los conspiradores para que se deshicieran de Hitler, tomaría el control de la Wehrmacht, y el general de división Tresckow dirigiría la policía. En el Gran Berlín, cuatro individuos clave habían declarado su lealtad incondicional a Beck y Stauffenberg: el general de división Paul von Hase, comandante de la guarnición de Berlín y tío de Dietrich Bonhoeffer; el comandante Hans-Ulrich von Oertzen, del cuartel general (regional) del *Wehrkreis*; el coronel Wolfgang Müller, un oficial de inclinaciones izquierdistas, responsable de la instrucción de infantería en el Ejército de Reserva; y el jefe de la policía de Berlín, el conde Wolf von Helldorff. Los conspiradores esperaban que los oficiales de la escuela de blindados en Krampnitz y el comandante del batallón de la guardia en Berlín, el comandante Otto Remer, seguirían las órdenes de Olbricht y Stauffenberg, aunque no participaran de la conspiración.[30]

En el oeste, los conspiradores podían confiar en una fuerza importante dirigida por el gobernador militar de Francia, el general Carl-Heinrich von Stülpnagel, y en el teniente general Hans Speidel, el jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B. También había otros veteranos leales y

experimentados de la conspiración ocupando puestos clave en Francia. El agente que conectaba a Stauffenberg con el frente occidental era su primo Caesar von Hofacker, que estaba destinado en el cuartel general de la Wehrmacht en París.

Otro componente importante del plan era la ocupación del cuartel general del Führer en Rastenburg, Prusia Oriental. Durante el otoño de 1943, Stauffenberg y Tresckow habían trabajado en planes operativos detallados para tomar el control del complejo, bajo el título de «Calendario: Medidas». Este plan, cuyos detalles fueron descubiertos recientemente en el archivo del servicio secreto ruso, incluía complejas acciones conjuntas de los conspiradores de Berlín y unidades en Lituania y en el frente oriental. Inmediatamente después del asesinato, se suponía que los conspiradores debían enviar los nombres en clave Golondrina y Gaviota a comandantes leales. Estos comandantes, a su vez, darían órdenes para tomar los cuarteles generales de Hitler, Himmler, Göring, Ribbentrop y todas las guarniciones de las SS en la región, con el pretexto de que «elementos traidores en el partido y en las SS planean aprovechar la mala situación en el frente oriental y apuñalar al Ejército por la espalda». Los documentos, preparados por adelantado, denunciaban el terror en Alemania y el ansia de Hitler de conquistas exteriores, y prometía a los soldados que a partir de entonces sólo se les exigirían los sacrificios necesarios para la protección de sus hogares y familias. Se suponía que Tresckow y sus colaboradores debían organizar esta operación.[31]

En cuanto los conspiradores hubieran tomado el control de Berlín, entraría en juego el Gobierno provisional de Ludwig Beck. Tras unos debates largos y tormentosos, se decidió que Beck se convertiría en jefe de Estado, Goerdeler sería su primer ministro y el socialdemócrata Wilhelm Leuschner sería el viceprimer ministro. Ulrich von Hassell serviría como ministro de Exteriores y el poderoso Ministerio del Interior (incluido el control de la policía) se entregaría a otro socialdemócrata, Julius Leber. Olbricht se integraría como ministro de la Guerra, con Stauffenberg como su segundo. En cuanto las emisoras de radio estuvieran bajo control

antinazi, Goerdeler hablaría al pueblo alemán en nombre de la nueva administración. Sabemos algo de los planes y las intenciones de los conspiradores por «Un llamamiento al pueblo alemán», un documento que se suponía que debía firmar Beck, el futuro jefe de Estado. Según las pruebas disponibles, probablemente fue redactado por Stauffenberg, con la ayuda de otros conspiradores:[32]

> ¡Alemanes!
>
> ¡La tiranía de Hitler ha terminado!
>
> En los últimos años han tenido lugar delante de vuestros ojos cosas terribles. Hitler, al que el pueblo alemán nunca confió el poder, usurpó la cancillería utilizando las peores manipulaciones [...]. Para mantener el poder en sus manos, Hitler estableció un reinado de terror. En el pasado, nuestros compatriotas podían enorgullecerse de su honestidad e integridad, pero Hitler despreciaba la palabra de Dios, socavó la ley, destruyó la integridad y devastó la felicidad de millones de personas. Ignoró el honor y la magnanimidad, la libertad y la vida de los demás. Incontables alemanes, así como personas de naciones extranjeras, llevan años languideciendo en los campos de concentración, donde sufren agónicamente y están sometidos a torturas horribles. Muchos de ellos han muerto. Nuestro buen nombre ha quedado manchado por masacres crueles. Con manos ensangrentadas, Hitler siguió caminando por el sendero de la locura, dejando tras él un rastro de lágrimas, dolor y pena [...] mientras que su engañoso genio militar ha atraído el desastre sobre nuestros valientes soldados [...]. El valiente sacrificio de la nación se ha malgastado en vano. Ignorando el consejo de los expertos, Hitler ha sacrificado ejércitos enteros para satisfacer su ansia de gloria y su megalomanía.

Los autores del documento sabían que sólo la muerte de Hitler podría liberar a una multitud de oficiales de todos los rangos de su juramento de lealtad, y por ello atribuían una gran importancia al asesinato en sí mismo. Beck y Stauffenberg también creían que debían explicar el camino radical que habían escogido: la violación total de su propio juramento. Escribieron:

> Hitler ha roto en incontables ocasiones el juramento de fidelidad a la nación [...] violando las leyes divinas y humanas. Por eso los soldados, los funcionarios públicos e incluso los ciudadanos ordinarios ya no están sujetos a él por ningún juramento. En este momento de emergencia me he levantado y actuado, junto con otros de todas las clases y regiones de la madre patria. Temporalmente, he aceptado la responsabilidad de dirigir el Reich alemán y he formado un gobierno bajo el liderazgo del canciller del Reich. El Gobierno ha empezado con sus deberes. [El mariscal de campo Witzleben] es el comandante supremo de la Wehrmacht y en todos los frentes los comandantes en jefe se han sometido a su mando.

Aquí sigue una declaración general y no vinculante del Gobierno:

> Se publicarán los principios y los planes del Gobierno. Serán vinculantes, hasta que el pueblo alemán tenga la oportunidad de decidir [...]. Nos gustaría sustituir el poder y el terror por la ley y la libertad [...] nos gustaría restaurar nuestra posición y honor en la comunidad de las naciones [...]. Con nuestros mayores esfuerzos queremos extender la mano y curar las heridas causadas por esta guerra a todas las naciones, y rehabilitar la confianza mutua entre ellas. Los hombres culpables, que han traído la desgracia sobre nuestro buen nombre, y han causado tantos sufrimientos a nuestro pueblo y a otras naciones, serán castigados.[33]

Esta proclama refleja los intentos de los conspiradores por explicar sus actos, demostrar su patriotismo y dar algo de esperanza a las masas alemanas, que languidecían bajo los ataques aéreos y las privaciones económicas. La misma tendencia se puede encontrar en la proclama del mariscal de campo Witzleben a la Wehrmacht (redactada por Beck, Tresckow, Kaiser y Stauffenberg). Enfatiza la locura militar de Hitler y la responsabilidad por la pérdida del Sexto Ejército en Stalingrado, en contraste con la visión de futuro de Beck en su oposición a la guerra. Además, dejaba claro a los soldados que «por encima de todo debemos actuar a causa de los crímenes cometidos a nuestras espaldas».[34]

Los líderes del grupo socialdemócrata de la resistencia prometieron a sus compañeros de conspiración en el Ejército que en caso de una guerra civil serían capaces de movilizar a los obreros, organizar huelgas y entorpecer el movimiento de las fuerzas nacionalsocialistas. Según las memorias de Emil Henk, el carismático líder Carlo Mierendorff había recuperado el contacto con sus antiguos camaradas socialdemócratas a finales de 1942. Bajos sus auspicios, explicó Henk, habían construido cuidadosamente una red de activistas a través de la Alemania urbana y rural. La red estaba bien compartimentada, y se suponía que Mierendorff podía ponerla en marcha con una orden en cuanto los generales tomaran Berlín.[35] La muerte de Mierendorff durante un ataque aéreo en diciembre de 1943 fue un golpe importante, pero la red siguió trabajando bajo la supervisión de Wilhelm Leuschner y Julius Leber. No se conocen las dimensiones de la red y, en cualquier caso, el relato autopropagandístico de Henk debe leerse con una gran precaución. Aunque existiera dicha red,

debemos dudar de la extensión de su influencia entre las grandes masas de trabajadores alemanes, teniendo en cuenta los informes frecuentes sobre su debilidad y apatía recogidos por SOPADE, el comité central del Partido Socialdemócrata en el exilio.[36]

Tras ocupar el Gobierno, los conspiradores tenían la esperanza de acordar una tregua con los Aliados occidentales lo más rápidamente posible. La mayoría de ellos esperaba, casi hasta el final, mantener la lucha en el frente oriental para evitar que los bolcheviques ocupasen Alemania. Entre 1942 y 1944, Moltke y Goerdeler habían mantenido conversaciones con diplomáticos americanos e intermediarios neutrales en Estambul y Estocolmo. Al mismo tiempo, Gisevius había establecido un contacto importante con Allen Welsh Dulles, el comandante de la Oficina de Servicios Estratégicos, el servicio de inteligencia de Estados Unidos, en Berna, y con frecuencia lo ponía al día sobre el desarrollo de la conspiración.[37] Pero los interlocutores occidentales en estas conversaciones, tanto diplomáticos como operativos de inteligencia, no tenían autorización para hacer concesiones a los conspiradores y los intercambios no consiguieron impresionar a los que tomaban las decisiones en Londres y Washington. En líneas generales, Gran Bretaña y Estados Unidos insistían en una rendición incondicional del Reich alemán, de acuerdo con lo que se había decidido en la Conferencia de Casablanca, en enero de 1943. Esto, como se puede suponer, no dejaba a los conspiradores mucho margen de maniobra. Ni siquiera los intentos de Allen Dulles para convencer a Washington de ofrecerle algo a Gisevius y Goerdeler tuvieron frutos significativos.[38]

Durante los meses iniciales de 1944, los conspiradores se dieron cuenta de que podían esperar muy poco de los Aliados occidentales. No obstante, del frente occidental llegó un rayo de esperanza. A través de Caesar von Hofacker, Stauffenberg había podido entrar en contacto con su antiguo comandante en jefe el mariscal de campo Erwin Rommel, el celebrado «Zorro del Desierto» y ahora el hombre al mando del Grupo de Ejércitos B en la Francia ocupada. Tras el humillante fracaso de la campaña africana,

las relaciones de Rommel con Hitler se habían ido deteriorando continuamente, y en el verano de 1944 se empezó a inclinar en serio hacia los conspiradores.[39] Se oponía firmemente al asesinato, por temor a una guerra civil y un levantamiento interior, aunque, según el testimonio de Hofacker, a pesar de todo prometió colaborar. La perspectiva de una alianza con uno de los generales más populares en Alemania era una gran ventaja para Stauffenberg y sus asociados. Sabían que esta colaboración podía darles acceso a fuerzas militares inmensas en el frente occidental.

Pero la buena noticia llegó acompañada de una gran variedad de dificultades operativas. Stauffenberg, Olbricht y Tresckow podían revisar la Operación Valkiria como una operación encubierta para un golpe de Estado, pero no tenían la autoridad para ponerla en marcha. Según el procedimiento operativo, sólo el general Friedrich Fromm, el comandante en jefe del Ejército de Reserva, estaba autorizado a firmar esas órdenes.[40] Como hemos visto en el capítulo 13, Fromm había jugado durante muchos años un doble juego sofisticado, sin delatar a los conspiradores ni unirse a ellos. El general siguió jugando la misma partida casi hasta el último momento. Cuando Olbricht le sermoneó sobre la urgencia de un golpe de Estado, por ejemplo, simplemente le dio las gracias y lo acompañó a la puerta.[41] En otra ocasión, les dijo a Olbricht y Stauffenberg: «no olvidéis a Keitel cuando deis vuestro Putsch».[42] Los conspiradores, como siempre, no pudieron entender su mensaje. ¿Estaba prometiendo su colaboración con el golpe, o simplemente expresaba su bien conocida animosidad hacia el mariscal de campo Keitel? Nadie podía decir o predecir cuál sería su respuesta cuando llegase el momento.

Si Fromm se negaba a colaborar, los conspiradores habían planeado arrestarlo y sustituirlo por el general Erich Hoepner, un estimado comandante de panzers. Hoepner, denunciado por Gisevius como un «oportunista», había estado al tanto de los planes de los conspiradores en 1938 y 1939. Pero al mismo tiempo, era un seguidor entusiasta de la guerra de exterminio de Hitler en el este. Durante los primeros meses de la operación, publicó órdenes del día virulentamente antisemitas y disfrutó de

una «relación cordial» con los escuadrones de la muerte de los Einsatzgruppen.[43] Tras el colapso de la ofensiva contra Moscú, cuando lo destituyeron por su fracaso al obedecer las órdenes de «no retirarse» del Führer, retomó la colaboración con los conspiradores. En el invierno de 1941-1942, incluso se le mencionó como parte del plan poco realista de asaltar el cuartel general de Hitler con una unidad blindada.[44] Desde el punto de vista de los conspiradores, el problema principal era que Hoepner tenía prohibido vestir el uniforme por orden personal de Hitler. Era muy probable que muchos oficiales desobedecieran las órdenes de un general degradado. En resumen, Hoepner no era una alternativa muy tranquilizadora a Fromm.[45]

En cualquier caso, el golpe seguía estando muy lejos. La muestra de los nuevos uniformes invernales ante el Führer se había retrasado y fijado para principios de 1944. Entonces, unos días antes del asesinato planeado, Bussche fue informado por teléfono de que el diseño de los uniformes había quedado destruido en un ataque aéreo. En consecuencia, tuvo que regresar al frente, donde fue gravemente herido.[46] A pesar de ello, los conspiradores pronto encontraron a un nuevo voluntario: Ewald-Heinrich von Kleist. Descendiente de una familia noble, este joven teniente era el hijo de Ewald Kleist-Schmenzin, uno de los fundadores del movimiento de resistencia alemán. Muchas décadas después, el joven Kleist recordaba cómo lo habían reclutado:

> Era enero de 1944. Estaba de permiso cuando recibí un telegrama urgente de Schulenburg diciéndome que me presentase en mi regimiento para volver al servicio: el 9.º de Infantería. Me reuní con él en su apartamento. Fue directamente al grano al decirme: «Mira, estamos preparados. Todo está en su sitio. Pero necesitamos un voluntario para asesinar a Hitler. ¿Estás dispuesto a hacerlo?». Me explicó que debía ser un intento suicida en el que me tenía que hacer volar al lado de Hitler. Schulenburg me llevó a ver a Stauffenberg en Berlín, que procedió a ampliar la información. Stauffenberg me saludó a su cálida manera habitual y me ofreció un coñac. Discutimos el plan hasta que dije: «De acuerdo, deme veinticuatro horas para pensarlo». Fui a casa a informar a mi padre sobre esto.[47]

El joven oficial viajó de Berlín a Pomerania para buscar el consejo de su padre. Ewald von Kleist-Schmenzin, un veterano de la conspiración, había

arriesgado la vida en su momento al viajar a Londres como emisario de la resistencia, pero ¿estaría de acuerdo en sacrificar a su hijo por la causa? Según el testimonio del joven, su padre se acercó a la ventana, guardó silencio durante un momento y entonces le aconsejó que siguiera adelante. «Cualquiera que no responda en un momento así nunca volverá a ser feliz.» Kleist regresó a Potsdam e informó a Stauffenberg de que estaba dispuesto. [48]

Stauffenberg entregó a Kleist explosivos plásticos británicos y lo puso como sustituto de Bussche en la exhibición de los uniformes invernales. Una vez más intervino el destino: Hitler canceló la muestra en el último minuto y Kleist tuvo que regresar a su unidad. Antes de hacerlo, le dijo a Stauffenberg que estaba dispuesto a tomar parte en el golpe de Estado. Contando los fracasos de Gersdorff y Bussche, el de Kleist había sido el tercer fracaso de un oficial que se había presentado voluntario para cometer un atentado suicida con bomba. Parecía que no funcionaba nada.

Los conspiradores no dejaron nunca de organizar complots. Esta vez fue el turno de Tresckow, y el capitán Eberhard von Breitenbuch era el asesino en potencia. Breitenbuch era el ayudante del mariscal de campo Ernst Busch, sucesor de Kluge en el Grupo de Ejércitos Centro. «Tresckow me llevó a mi habitación privada...», contó más tarde, «y me preguntó si era consciente de mi responsabilidad [...] podía terminar esta guerra, con todos sus horrores, yo solo [...]. Habló como un sacerdote, con un poder de persuasión que no me permitió contradecirle o decir «pero...».[49]

Al igual que Bussche y Kleist, Breitenbuch estaba dispuesto al sacrificio de su propia vida, pero era reacio a utilizar explosivos. En su lugar le ofreció a Tresckow sus habilidades como francotirador experimentado; eliminaría a Hitler con un disparo de pistola preciso. El plan parecía razonable, porque a los oficiales les estaba permitido llevar pistola en presencia del Führer. Tresckow le advirtió que, a causa del chaleco de Hitler, el disparo debía ir dirigido a la cabeza o el cuello. Ahora los conspiradores sólo tenían que buscar un pretexto plausible para que

Breitenbuch participara en una de las reuniones del Estado Mayor de Hitler.[50]

El momento llegó en marzo de 1944. Se suponía que Breitenbuch debía acompañar a su comandante, el mariscal de campo Busch, a una reunión con el líder supremo. Su deber era llevar los mapas y los documentos, y asistir a Busch durante el informe militar. Los dos hombres entraron en el chalet palaciego de Hitler en Berchtesgaden, en los Alpes bávaros, con Breitenbuch llevando una Browning en el bolsillo del pantalón. Pero cuando estaban a punto de entrar en la reunión, un rígido guardia de las SS detuvo al joven oficial en la puerta. «No», dijo. «Hoy no pueden entrar los ayudantes.» Breitenbuch esperó durante muchas horas en la antesala, preocupado por que se hubiera descubierto el intento de asesinato. A cada instante esperaba que lo arrestasen los guardias de las SS, pero no ocurrió nada. Breitenbuch juró que no volvería a pasar por una experiencia tan angustiosa. Otro complot había fallado.[51]

Pasó la primavera de 1944 y la situación militar alemana empeoraba cada día. El 6 de junio, los Aliados occidentales invadieron Normandía en el asalto anfibio más grande de la historia y rompieron las defensas de la Fortaleza Europa. Numerosos oficiales consideraron que la guerra estaba perdida. En el frente oriental, las noticias eran aún peores. El verano de 1943 había visto cómo los rusos avanzaban hacia el oeste en dirección a Polonia, amenazando las fronteras orientales del Reich. En julio, la última ofensiva alemana, en Kursk, no había logrado sus objetivos. Los conspiradores, presionados por estos acontecimientos, aumentaron el ritmo de sus preparativos. Pero algunos sintieron el impulso de reconsiderar sus planes a causa de la invasión de Normandía. ¿Sería mejor dejar que la guerra siguiera su curso, de manera que Hitler fuera el único responsable del colapso final? ¿Qué sentido tenía un golpe de Estado cuando los Aliados occidentales exigirían que el Reich se rindiese incondicionalmente en todos los frentes?[52] Stauffenberg, que no tenía ninguna respuesta preparada,

acudió a Tresckow en busca de consejo. El líder de la camarilla oriental fue rápido en su respuesta y no dejó dudas sobre el curso de acción necesario: «El asesinato de Hitler debe tener lugar *coûte que coûte* [cueste lo que cueste]. Aunque no tenga éxito, se debe intentar el golpe de Estado. Ahora la cuestión no es el objetivo práctico, sino demostrarle al mundo y a la historia que la resistencia alemana lo ha dado todo y ha arriesgado la vida. Al lado de esto, nada tiene la menor importancia».[53]

Así que la suerte estaba echada. Stauffenberg, Tresckow y sus amigos estaban de acuerdo en que el «objetivo práctico» no tenía «la menor importancia». Alemania probablemente sería derrotada y se vería obligada a rendirse e incluso a sufrir la ocupación, aunque los conspiradores seguían teniendo la esperanza de contener a los bolcheviques. Quizás, esperaban, el golpe podría salvar la vida de millones de personas: soldados en los frentes, ciudadanos en las ciudades alemanas bombardeadas y prisioneros, tanto judíos como cristianos, en los campos. Stauffenberg confió a Nina, su esposa, que, aunque no se podía evitar la ocupación de Alemania, había que llevar a cabo el golpe. «La cuestión decisiva no es el destino de este o aquel individuo», dijo el general Beck, «y ni siquiera las consecuencias para la nación. El hecho decisivo e intolerable es que durante años se han cometido crímenes en nombre del pueblo alemán y debemos acabar con ello utilizando todos los medios a nuestro alcance.» Goerdeler había expresado ideas similares en el borrador de una carta escrita a un general sin identificar: la resistencia alemana debe destruir el régimen no necesariamente como respuesta a las derrotas militares, sino principalmente porque «durante y antes de esta guerra, más de un millón de prisioneros de guerra y civiles de las diferentes naciones, hombres, mujeres y niños han sido asesinados siguiendo órdenes».[54]

La tensión psicológica necesaria para la planificación dejó su marca en los líderes de la conjura. «Los pocos supervivientes», escribió Hardenberg, «no olvidarán jamás esas semanas de espera que nos destrozaban los nervios hasta llegar al punto de rotura.» Stauffenberg también se vio afectado. En el verano de 1943, cuando había asumido el liderazgo de la

conspiración, era descrito como un oficial joven y enérgico que «irradiaba un fuego interior». Un año después, se había convertido en un hombre cansado, irascible y amargado. No creía en las posibilidades de éxito, pero estaba de acuerdo con Tresckow en que el golpe debía llevarse a cabo. «Lo más terrible», le dijo a su hermano Berthold von Stauffenberg el 14 de julio, «es saber que no podemos triunfar y que aun así tenemos que hacerlo, por nuestro país y por nuestros hijos.»[55]

Tras el fracaso de los anteriores intentos de asesinato, Stauffenberg decidió matar personalmente a Hitler. En 1942 se había preguntado si había algún oficial dispuesto a hacerlo. Ahora parecía que él era el hombre.[56] Los otros conspiradores insistieron en que era de un valor incalculable para el golpe, pero tuvieron que reconocer que no había alternativa. El general de división Stieff, el único conspirador que también tenía acceso al Führer, no pudo reunir el valor suficiente para realizar el trabajo.[57] El 1 de julio de 1944, el comandante del Ejército de Reserva, el general Fromm, nombró a Stauffenberg su jefe de Estado Mayor y lo ascendió al rango de coronel. Entre los nuevos deberes del coronel Stauffenberg se encontraba la participación rutinaria en las reuniones del Estado Mayor con el Führer.

En julio de 1944, la situación precaria de la resistencia se había deteriorado aún más. Los líderes civiles creían que los estaban siguiendo y muchos temieron que se hubieran infiltrado informadores en el movimiento. Además, muchos líderes civiles pasaban por alto las estrictas reglas de secreto y compartimentación observadas por la rama militar. En su diario, Hermann Kaiser codificaba los nombres de manera tan torpe que hasta un niño de cinco años sería capaz de descifrarlos. Por ejemplo, el conde Helldorff, cuyo apellido se puede traducir como «pueblo brillante», aparecía bajo el nombre en clave de Dunkelstadt (ciudad oscura). Goerdeler no dejaba de hablar sobre el golpe de Estado e «intentaba convencer a cualquiera que entrase en contacto con él por razones personales o profesionales». Incluso Tresckow, que normalmente tenía en gran estima a Goerdeler, se quejaba de su comportamiento «exagerado». En ese momento, la rama civil se encontraba completamente expuesta al servicio

de seguridad, que podía eliminarla a su discreción.[58] A pesar de las estrictas reglas de secreto en la rama militar, el comportamiento temerario por parte de los civiles podía llevar a la ruina a todo el movimiento. En junio de 1944, los conspiradores volvieron a aprender esta lección.

Todo empezó con una iniciativa bienintencionada. Adolf Reichwein, un activista en el grupo socialdemócrata y en el Círculo de Kreisau, buscaba desde hacía tiempo un contacto con la clandestinidad comunista en Alemania. Stauffenberg, a quien no le gustaban los bolcheviques, dudó al principio, pero después dejó que Reichwein hablase con ellos.[59] Aparentemente, Stauffenberg estaba dispuesto a informar de sus planes a los representantes del Partido Comunista, con la premisa de que no intentasen bolchevizar Alemania. Su decisión, como era de esperar, provocó un gran resentimiento no sólo entre conservadores duros, como Goerdeler y Gisevius, sino también entre algunos socialdemócratas. Pero Stauffenberg se mantuvo firme.

La primera reunión tuvo lugar el 22 de junio. Reichwein y su colega Julius Leber representaron a Stauffenberg. Los comunistas aceptaron, en principio, las condiciones de Stauffenberg y pidieron encontrarse con los líderes militares.[60] Uno de los comunistas era en realidad un agente infiltrado de la Gestapo. Presentó un informe sobre la reunión y provocó el arresto inmediato de Reichwein y Leber. Stauffenberg, que se negó a asistir a la segunda reunión, por razones de seguridad, se salvó de la detención. Afortunadamente para él, Reichwein y Leber superaron el interrogatorio sin mencionar su nombre. No obstante, sabía que dos de sus mejores hombres se enfrentaban a la ejecución y eso era doloroso. Schulenburg envió un mensaje corto a la esposa de Leber, probablemente en nombre de su comandante: «Somos conscientes de nuestro deber».[61]

Stauffenberg sabía que podían arrestarlo en cualquier momento. Incluso pasear por la calle se convirtió en algo traumático, porque imaginaba a policías de incógnito acechando en cada esquina. Un día, mientras caminaba con Tresckow y Margarethe von Oven, tropezó con un grupo de SS. Oven llevaba bajo el brazo el plan operativo del golpe.[62] ¿Cuánto

tiempo podrían soportar Reichwein y Leber el tormento? Tarde o temprano sucumbirían, y Stauffenberg sería arrestado de inmediato. Debía actuar y con rapidez.

El 11 de julio, Stauffenberg probó suerte por primera vez. Entró en la reunión del Estado Mayor del Führer con una bomba, pero al descubrir que Himmler no estaba presente, decidió no llevar a cabo el plan. Beck y él habían acordado por anticipado que, para evitar una guerra civil, había que matar a Himmler junto con Hitler.[63] Al día siguiente, los conspiradores tuvieron que encajar otro gran golpe. El general Alexander von Falkenhausen, gobernador militar de Bélgica y colaborador de la conspiración, fue relevado inesperadamente de su mando. El fallo al no actuar el 11 de julio les había costado caro —en retrospectiva, fue un error trágico— porque perdieron un aliado esencial con un mando militar sustancial.

El 15 de julio, Stauffenberg lo intentó de nuevo. Para ganar un tiempo precioso, el general Olbricht había activado la Operación Valkiria por la mañana y había dado instrucciones a las fuerzas blindadas de Krampnitz de que se trasladaran hacia Berlín. Por la tarde, Stauffenberg entró en la sala de Hitler con una bomba en el maletín, pero no pudo encontrar el momento para activar el detonador. Como se suponía que debía realizar una presentación ante el Führer, tampoco pudo abandonar la sala. Una vez más, el intento de asesinato había fracasado.[64]

Mientras tanto, las unidades blindadas y de infantería habían abandonado Döberitz y Krampnitz y se trasladaban a sus posiciones en Berlín. Después de una desesperada llamada telefónica de Stauffenberg, Olbricht comprendió que el Führer estaba vivo, canceló las órdenes y le dijo a Fromm que sólo había sido un simulacro. Sabía que la misma excusa no iba a funcionar por segunda vez. A la siguiente ocasión, dijo Olbricht, no pensaba activar las órdenes hasta que estuviera seguro de que el asesinato había tenido lugar.[65] Esta decisión aparentemente razonable tendría graves consecuencias el 20 de julio de 1944.

El 16 de julio los líderes de la conspiración celebraron una reunión en el piso de Stauffenberg. El conde planteó que, en el mejor de los casos, el frente occidental resistiría unas seis semanas más. El tiempo se había acabado. Adam von Trott zu Solz, un miembro del Círculo de Kreisau y uno de los diplomáticos de la resistencia, informó de que tenía alguna base para creer que los Aliados abrirían negociaciones con un Gobierno alemán antinazi.[66]

El 17 de julio ocurrió un desastre en el oeste. Un avión aliado en vuelo rasante ametralló el coche del mariscal de campo Rommel. El comandante del Grupo de Ejércitos B resultó gravemente herido y los conspiradores perdieron al más poderoso de sus aliados potenciales.[67] El 18 de julio recibieron otro golpe devastador. Arthur Nebe, el informante de los conspiradores en la policía criminal, les pasó el soplo de que en cualquier momento se iba a emitir una orden de detención contra Goerdeler. Kaiser y Stauffenberg le avisaron de que lo estaban buscando y le ordenaron que se escondiera de nuevo.[68]

Esta cadena de reveses casi detuvo la conspiración. Pero, el mismo día en que Goerdeler pasaba a la clandestinidad, apareció un nuevo rayo de esperanza. Se ordenó a Stauffenberg que asistiera a una reunión con el Führer el 20 de julio. Decidió llevar a cabo otro atentado contra la vida de Hitler.

El 18 de julio, mientras los conspiradores estaban ocupados realizando los preparativos finales, Fritz von der Schulenburg decidió abandonar Berlín por un día para celebrar el cumpleaños de su esposa, Charlotte. Después de una «fiesta alegre» con su familia, Schulenburg compartió sus temores, esperanzas y expectativas. «Las posibilidades están cincuenta-cincuenta», dijo finalmente.[69] Tresckow le dijo a su amiga Margarethe von Oven: «No quiero que estés en Berlín cuando ocurra. El asesinato es un trabajo para hombres. Quiero que te vayas de la ciudad. Si te necesito, te enviaré un avión». El 19 de julio, se envió aviso a todos los conspiradores posibles. Stauffenberg estaba ocupado con sus propios preparativos. Por la tarde, pidió a su chófer que se detuviera delante de una iglesia católica,

donde rezó durante unos minutos. Un visitante ocasional en la Bendlerstrasse recordó más tarde que el conde estaba tranquilo y amable. Estaba preparado para la prueba más difícil de su vida.[70]

La mañana del 20 de julio de 1944 el conde Claus von Stauffenberg abandonó su hogar en Wannsee para que lo llevasen en coche al aeropuerto, de camino al cuartel general de Hitler en Prusia Oriental. Su maletín contenía una bomba diseñada para cambiar el curso de la historia. El momento de la verdad había llegado por fin.

18
El momento decisivo: 20 de julio de 1944

> Lo que no olvidaré nunca del 20 de julio de 1944 fue la sensación de que todos sentíamos que formábamos parte de un momento en el que la historia estuvo balaceándose en el filo de la navaja.
>
> Teniente Ewald-Heinrich von Kleist

El sol salió en otro día duro para los habitantes de Berlín. La ciudad, fuertemente castigada, había sufrido mucho bajo los bombardeos de americanos y británicos, y las bajas aumentaban día a día. La guerra de Hitler, aplaudida con entusiasmo al principio por la mayoría de los alemanes, había alcanzado sus hogares. Los bombarderos estaban constantemente en el aire y muchos alemanes predecían con pesimismo que pronto se les unirían las tropas de tierra hostiles. El frente oriental se estaba derrumbando, lo que permitía que los rusos se desplazaran rápidamente hacia el oeste. En Francia, los Aliados occidentales también estaban superando a la Wehrmacht y avanzaban a buen ritmo hacia la frontera occidental de Alemania.

Stauffenberg se levantó a las seis de la mañana para vestirse, ayudándose con los dientes y el brazo que le quedaba. Poco después,

recogió su maletín negro y partió por una calle secundaria de la tranquila zona residencial que rodeaba el lago de Wannsee. Un coche oficial le esperaba con su chófer personal y Hans-Bernd von Haeften, un veterano del Círculo de Kreisau y uno de los conspiradores que quedaban en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Stauffenberg se acomodó en el asiento trasero con el maletín a sus pies. Dentro del maletín, había una bomba británica estándar.

Siguiendo las medidas de seguridad, Stauffenberg y Haeften guardaron silencio durante el viaje. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, el coche se detuvo cerca del aeropuerto de Rangsdorf, en las afueras de Berlín. Allí, les esperaba el ayudante de Stauffenberg, el teniente Werner von Haeften. Este joven oficial, primo de Hans-Bernd, era personalmente leal al coronel y estaba dispuesto a arriesgarlo todo por él. En realidad, durante las semanas precedentes tuvo recelos sobre la causa y serias dudas morales sobre el asesinato planeado. Pero, no obstante, estaba dispuesto a seguir a su comandante hasta el infierno, incluso al refugio del propio Hitler. En su maletín llevaba una segunda bomba. Los dos oficiales se despidieron de Hans-Bernd y subieron al avión militar con destino a la Guarida del Lobo, el sombrío cuartel general de Hitler en los bosques de Prusia Oriental. El Führer tenía en gran estima a Stauffenberg y lo había convocado para discutir sobre el reclutamiento de nuevas divisiones: más carne de cañón para el frente hambriento.

Alrededor de las diez y media, los oficiales aterrizaron en el aeropuerto de Rastenburg. Un coche oficial los estaba esperando para llevarlos a la base militar. Antes de abandonar el aeropuerto, Haeften ordenó al piloto que estuviera preparado en el avión a partir de las doce del mediodía. Después de la explosión, tendrían que huir a toda prisa.

En ruta hacia la Guarida del Lobo, los dos oficiales recorrieron una carretera estrecha y sinuosa en medio del bosque. El complejo se contaba entre los más seguros del mundo, rodeado de campos de minas y vigilado por tropas de elite, perros entrenados y artillería antiaérea: «una guarida impenetrable de hormigón armado», como la describió más tarde la

inteligencia soviética. Los visitantes eran recibidos por unas señales ominosas que amenazaban con la muerte a los intrusos.[1] Los oficiales tuvieron que atravesar tres controles hasta llegar al último y más seguro «Complejo A» o «Tercer Anillo», lugar donde estaban los búnkeres de Hitler, Göring y otros líderes del Reich. Los guardias de las SS patrullaban constantemente la zona.

Después de que Stauffenberg y Haeften atravesaran el último punto de control, fueron recibidos por el comandante de la base y su ayudante, que los invitaron a desayunar bajo un gran roble en medio del campamento. El día era muy cálido y húmedo, bajo un cielo azul sin nubes. El comandante les dijo que, debido al bochorno opresivo, se habían abierto todas las ventanas de la cabaña de reuniones. Probablemente Stauffenberg sabía que ésa era una mala noticia, porque las ventanas abiertas podían liberar una parte de la onda expansiva, disminuyendo la efectividad de la bomba.[2]

Tras el desayuno, Stauffenberg dejó a los oficiales y pasó unos minutos a solas con el general Erich Fellgiebel, el infiltrado de la resistencia en el cuartel general del Führer. Este oficial de carrera, alabado por sus amigos como «un soldado con inclinaciones humanistas y filosóficas, y un experto en ciencias naturales», era enemigo del régimen desde el estallido de la guerra. Sus deberes como comandante del Cuerpo de Señales le obligaban a realizar viajes frecuentes a los cuarteles generales distribuidos por todo el Reich, incluido Berlín, y por eso pudo conectar fácilmente su grupo con la red central en la capital. Según el testimonio de Hans Crome, Fellgiebel se implicó en la conspiración no más tarde de febrero de 1943, y probablemente antes.[3]

Entre 1943 y 1944, Fellgiebel insistió hasta crear una red de resistencia en el Cuerpo de Señales, una tarea altamente peligrosa por el hecho de que las líneas de comunicaciones eran parcialmente supervisadas por organizaciones de seguridad interna como la Policía Secreta de Campaña. Stauffenberg y él eran conscientes de la importancia del control de las instalaciones de comunicaciones para aislar a los hombres de Hitler del mundo exterior en las horas posteriores al asesinato. Mediante el uso de

hombres de confianza en las centralitas, Fellgiebel estaba preparado para bloquear las comunicaciones entre la Guarida del Lobo y el Ejército, y permitir que los conspiradores usaran el sistema para sus propias necesidades. Al contrario de lo que afirman algunos informes posteriores, Fellgiebel no podía «volar» las instalaciones. Estaban repartidas por demasiados edificios, la mayoría de ellos de hormigón armado. En estas circunstancias, podía usar su autoridad como comandante únicamente para bloquear comunicaciones hostiles. Además, los conspiradores sabían que Fellgiebel sólo lo podría hacer hasta que Keitel u otra autoridad superior interfirieran. En el mejor de los casos, los conspiradores tendrían una o dos horas de comunicaciones sin problemas.

Después de conversar por última vez con Fellgiebel,[4] Stauffenberg mostró temerariamente algunos de los documentos de su maletín a miembros del entorno de Hitler. El comandante de mayor rango no vio la bomba, que (según los informes) estaba envuelta en una camisa. Stauffenberg creía que la reunión con Hitler empezaría a la una de la tarde, como se había programado de antemano. No obstante, como Mussolini tenía prevista una visita ese mismo día, el Führer ordenó a Keitel que adelantara la reunión a las doce y media, media hora antes. Stauffenberg se encontró con el mariscal de campo cerca de su despacho y recibió la notificación correspondiente.[5] Cuando iban camino de la cabaña de reuniones, Stauffenberg pidió de repente permiso para cambiarse la camisa. Keitel aceptó con reticencias e indicó al coronel un vestuario cerca de su oficina. Stauffenberg estaba impedido, y por eso era natural que su ayudante, Haeften, lo acompañara para ayudarle.[6]

Mientras Stauffenberg se estaba «cambiando» se inició la sesión en la cabaña de reuniones. Hitler no era conocido por su paciencia, así que Keitel ordenó a uno de sus sargentos que le metiera prisa a Stauffenberg. Espiando a través de la puerta medio abierta, el sargento vio a Stauffenberg y Haeften colocar un objeto envuelto dentro del maletín, pero no sospechó nada raro.[7] Sin embargo, los dos conspiradores seguramente tuvieron un buen susto

con la intrusión. No podían ordenar al sargento que se fuera. Sólo la pura suerte impidió que los cogieran con las manos en la masa.

Entonces, Stauffenberg tomó una decisión trascendental. Tomó el maletín, donde ya estaba armada la primera bomba y abandonó la habitación. A Haeften y a él se les acababa el tiempo. Decidieron que no iban a activar la segunda bomba ni introducirla en la cabaña de reuniones. Es posible que supieran que si usaban dos kilos de explosivos en vez de uno murieran todos los que estaban en la sala. La decisión de no usar el kilo extra fue un error: los dos oficiales no sabían, u olvidaron en el calor del momento, que no era necesario activar la segunda bomba porque la primera la activaría automáticamente con su explosión. Ahora, toda la operación dependía de un solo artefacto. Stauffenberg se unió a Keitel en la cabaña de reuniones, sabiendo que nada podía evitar la detonación de la bomba al cabo de diez minutos.

Cuando entró en la reunión, el general Heusinger, jefe de operaciones y jefe en funciones del Estado Mayor, estaba informando sobre el frente oriental. Se encontraba a la derecha de Hitler. Todos los oficiales presentes, representando a la Wehrmacht, la Luftwaffe y las Waffen SS, estaban estudiando el mapa colocado sobre la gruesa mesa de roble. Delante del Führer, al otro lado de la mesa, el estenógrafo Heinrich Berger tecleaba el acta de la reunión. A la derecha de Heusinger se encontraba el general Korten, jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe, y a su lado el coronel Brandt, el oficial que sin saberlo había transportado la bomba de Tresckow en 1943. Göring y Himmler no estaban presentes.

Hitler asintió con la cabeza ante el saludo de Stauffenberg, dándole calurosamente la mano al coronel. Keitel cortó a Heusinger, ocupó su lugar habitual a la izquierda del jefe y presentó brevemente el informe de Stauffenberg.[8] De pie entre Brandt y Korten, el coronel colocó su maletín bajo la mesa, intentando acercarlo el máximo posible a los pies de Hitler. El reloj marcaba las 12:35, y Heusinger siguió hablando.

Stauffenberg abandonó en silencio la sala, dejando atrás el maletín, la gorra y el cinturón. Eso no era algo extraño, porque todos los presentes en la reunión estaban acostumbrados a ver salir a los oficiales para contactar con sus unidades. El coronel encendió un cigarrillo, atravesó el pasillo y abandonó la cabaña de reuniones. Uno de los guardias lo vio, andando y fumando sin su maletín negro. Stauffenberg fue a la oficina de Fellgiebel a esperar la explosión. Haeften estaba esperando cerca de uno de los coches oficiales, dispuesto a sacar rápidamente a su comandante del campamento. Unos minutos después, Keitel abandonó la sala de conferencias para buscar a Stauffenberg, que era el siguiente en hablar, no lo encontró y regresó a la reunión. El coronel Brandt, ansioso por ver mejor el mapa, se inclinó sobre la mesa y sin querer le dio una patada al maletín, alejándolo del Führer.

Heusinger seguía hablando. «Los rusos», estaba diciendo, «avanzan con fuerza por el noroeste del río Duna.* Sus vanguardias se encuentran ya al sudoeste de Dünaburg...»** Hitler escuchaba y se inclinó sobre el mapa para ver mejor. «Si el grupo de ejércitos alrededor del lago Peipus no se retira inmediatamente, una catástrofe...»[9]

El maletín de Stauffenberg explotó con un estruendo ensordecedor. Todos los presentes fueron lanzados contra las paredes y su visión se nubló. Todo estalló en llamas verdes y amarillas. Desde el despacho de Fellgiebel, Stauffenberg presenció la explosión y vio la cabaña ardiendo «como si la hubiera alcanzado un proyectil». Estaba seguro de que Hitler y los demás estaban muertos o moribundos. Poco después, le hizo un gesto con la cabeza a Fellgiebel y subió al coche oficial. Finalmente, la operación había comenzado.

Stauffenberg ordenó al conductor que se dirigiera al aeropuerto. Rápidamente llegaron a la entrada del campamento, que estaba bloqueada por guardias armados y nerviosos. Aún no había sonado la alarma, pero habían visto la explosión y habían bloqueado las entradas y salidas. Stauffenberg, usando el tono autoritario que le era habitual, les dijo que abrieran las puertas inmediatamente y fue obedecido. «¡Adelante!», apremió el coronel al conductor. «¡Muéstranos tus habilidades! ¡Cada

minuto cuenta!» En ruta, Haeften tiró por la ventanilla el maletín con la segunda bomba.[10] Era imprescindible deshacerse de esa «arma humeante» lo más rápidamente posible.

El segundo puesto de control resultó un hueso más duro de roer. Ahora las alarmas estaban sonando por todo el complejo y los guardias se negaron a dejar pasar a los oficiales. Esta vez, tenían órdenes explícitas, y la voz de mando de Stauffenberg no era suficiente para impresionarlos. Manteniendo la compostura —de una manera que no había conseguido mantener en el vestuario antes del intento de asesinato—, el coronel bajó del coche, cogió el teléfono en la caseta y llamó inmediatamente al comandante del campamento. Al otro lado de la línea, fue saludado por el ayudante del comandante, con el que había compartido el desayuno aquella mañana. Stauffenberg se quejó de que lo habían convocado en Berlín para una cuestión urgente, pero que los guardias lo estaban reteniendo. El ayudante, saltándose los límites de su autoridad, ordenó a los guardias que dejasen pasar al coronel. Unos pocos minutos después, Haeften y él llegaban al aeropuerto. «Muchas gracias y deséenos suerte», le dijo Stauffenberg al conductor antes de despegar rumbo a Berlín.[11]

Dentro del Tercer Anillo, en la cabaña de reuniones de Hitler reinaba el caos. Las piernas del estenógrafo habían salido volando y su cuerpo moribundo vertía sangre debajo de la mesa. Korten, Schmundt y Brandt estaban gravemente heridos y muchos otros habían sufrido rasguños, quemaduras y otras heridas leves. El candelabro cayó sobre la cabeza del general Jodl. «¿Dónde está el Führer? ¿Dónde está el Führer?», sonó la voz asustada de Keitel, que milagrosamente estaba ileso.[12]

Hitler estaba desde luego conmocionado. Una pesada viga le había caído sobre la espalda, el brazo derecho estaba herido y temporalmente paralizado, su oído derecho estaba definitivamente sordo y los pantalones destrozados. Pero seguía empecinadamente vivo. Temblando por la excitación, dio gracias a la «Providencia» por salvarle la vida. «Siempre he

sabido», murmuraba mientras lo examinaba su médico, «que estaba rodeado de traidores. Ahora ha llegado el momento de aplastar la conspiración de una vez por todas.»[13]

El general Fellgiebel, el agente de los conspiradores en el cuartel general, observó el caos desde su despacho. Unos minutos más tarde vio, horrorizado, que Hitler estaba vivo y andaba. Aun así, decidió seguir adelante con el plan, comprendiendo que ahora ya se habían quemado todos los puentes y que no había vuelta atrás. Entró en su oficina y llamó a los dos jefes de Estado Mayor subordinados a él, el general Thiele y el coronel Hahn. El primero era el comandante del Cuerpo de Señales en Berlín; el segundo era responsable de la centralita «Anna», el centro de comunicaciones en Prusia Oriental. Los dos formaban parte de la conspiración. Thiele recibió la llamada mientras estaba reunido con Olbricht en la Bendlerstrasse en Berlín. La línea era mala y la voz de Fellgiebel no se oía bien. Sin duda intentó decirle que la bomba había explotado pero que el intento de asesinato había fallado. Inmediatamente después, llamó al coronel Hahn. «Ha ocurrido algo terrible», le dijo. «El Führer está vivo. Bloquéalo todo.»[14] Fellgiebel colgó, bloqueó gran parte de las comunicaciones entre la Guarida del Lobo y el mundo exterior durante dos horas y les dio a sus amigos en Berlín tiempo para actuar.

Thiele, que recibió las noticias de Fellgiebel, informó a Olbricht sobre la situación ambigua. Los dos hombres estaban perplejos. Durante los largos meses de preparación, los conspiradores sólo se habían preparado para dos escenarios. O la bomba no explotaba (como había ocurrido muchas veces antes) o Hitler moría. Al parecer, que la bomba explotase y Hitler sobreviviera no se les cruzó nunca por la cabeza. Por eso, Olbricht no activó la Operación Valkiria, porque había aprendido la lección del error cometido el 15 de julio. Le resultaba difícil desencadenar el golpe en esta situación nueva e incierta para la que no estaba preparado. Esta vez no había posibilidades de cubrir las espaldas de todo el mundo si se producía un malentendido.

En el cuartel general de Hitler seguía imperando una gran confusión, porque nadie sabía aún quién era el responsable del intento de asesinato. Los miembros del entorno de Hitler planteaban numerosas posibilidades, con las sospechas principales recayendo sobre los obreros que trabajaban en una construcción cercana. El agujero que se había abierto en el suelo de la cabaña provocó que algunos creyeran que habían escondido una bomba debajo del entablado del suelo. Entonces el guardia que había visto a Stauffenberg salir sin su maletín informó a Martin Bormann, jefe de la cancillería del partido nazi. A partir de ahí no fue difícil sumar dos y dos e identificar al asesino. En consecuencia, Keitel llamó a Berlín y ordenó el arresto inmediato de Stauffenberg. Himmler, que había sido nombrado por el Führer para dirigir el Ejército de Reserva, fue enviado a Berlín para tomar medidas contra la posible insurgencia.[15]

Dos horas y media después llegó Mussolini, como estaba planeado, y Hitler lo llevó a ver la cabaña de reuniones destrozada. Paul Schmidt, intérprete personal de Hitler, testificó:

> Mussolini estaba completamente horrorizado. No comprendía cómo podía ocurrir algo así en el Cuartel General; su rostro expresaba su incredulidad [...] pasó algún tiempo antes de que recuperase la compostura suficiente para felicitar a Hitler por haber escapado al atentado. La reacción de Hitler fue completamente diferente. «Estaba aquí al lado de la mesa. La bomba estalló justo a mis pies. Allí en la esquina de la habitación algunos de mis colegas fueron gravemente heridos; justo frente a mí un oficial voló literalmente por la ventana [...]. ¡Mire mi uniforme! ¡Mire mis quemaduras! Cuando reflexiono sobre todo esto debo decir que es evidente que no me va a pasar nada. Sin duda mi destino es seguir mi camino y completar mi tarea.»[16]

Durante la cena, los líderes nazis seguían muy ocupados con sus luchas internas. Dönitz, el gran almirante de la armada, se sentía ultrajado por la «traición del Ejército» y criticaba a Göring por el «fracaso de la Luftwaffe». Göring lo ignoró y atacó a su enemigo habitual, el ministro de Asuntos Exteriores Ribbentrop, sobre la «quiebra de la política exterior alemana», calificándolo de «sucio vendedor de champán» y casi llegando a atacarle con el bastón de mariscal. Ribbentrop se defendió ruidosamente, mientras que Hitler chupaba un caramelo tranquilizante y miraba a la mesa. Cuando alguien mencionó el llamado Putsch de Röhm, cuyos rumores habían

desencadenado la Noche de los Cuchillos Largos en 1934, el Führer rompió su silencio, enfurecido. «¡Röhm y sus compañeros de traición fueron tratados con suavidad!», chilló, insinuando que los conspiradores actuales debían recibir un trato más cruel. Se enfureció aún más cuando le informaron sobre una insurrección en Berlín y quizás en algunas ciudades provinciales. «¡Los aplastaré y destruiré! ¡Meteré a sus mujeres e hijos en un campo de concentración! No habrá piedad.»[17]

Los conspiradores seguían esperando una orden para activar la Operación Valkiria. Hasta las cuatro de la tarde, se fueron reuniendo cada vez más miembros en el centro principal, el complejo del Ministerio de la Guerra en la Bendlerstrasse en Berlín. Entre los presentes se encontraban el veterano de Círculo de Kreisau Peter Yorck von Wartenburg y el pastor Eugen Gerstenmaier (que llevaba encima un arma y la Biblia), el conde Schwerin von Schwanenfeld, el hermano de Stauffenberg, Berthold, y su ayudante el capitán Friedrich von Klausing. En el segundo centro antinazi, el cuartel general de la policía en Berlín, el comandante de la policía de Berlín Helldorff esperaba órdenes con su amigo y confidente Hans Bernd Gisevius. Al mediodía, poco antes del intento de asesinato, había llegado un emisario de Olbricht y le había dicho a Helldorff que el golpe estaba a punto de empezar y debía estar preparado. Su labor era arrestar a los líderes nazis en Berlín cuando llegasen las órdenes de la Bendlerstrasse. En respuesta, Helldorff pidió que se dispusieran soldados alrededor de todos los edificios gubernamentales y su petición fue aprobada. Unos segundos después, entró impetuosamente en la sala donde le esperaba Gisevius. «¡Ha empezado!», anunció «He recibido noticias de Olbricht [...]. En media hora llegará un mensaje importante de la Bendlerstrasse.» En el tercer centro, el cuartel general de la ciudad de Berlín, el teniente general Hase también estaba esperando.[18] A las cuatro y media de la tarde nombró a un conspirador, el comandante Hayessen, como su jefe de Estado Mayor.

Los rumores de la explosión en la Guarida del Lobo también llegaron con rapidez al centro de la conspiración en París. En Zossen, ubicación del cuartel general supremo de la Wehrmacht, las noticias llegaron a otro conspirador, el general de intendencia Eduard Wagner. A continuación, informó a su contacto en París, el coronel Eberhard Finckh, que había llegado el momento y que los conspiradores occidentales debían estar en máxima alerta.[19] Ludwig Beck y Erwin von Witzleben, futuros cabeza del Estado y comandante en jefe, también fueron informados, pero no pudieron acudir rápidamente a la Bendlerstrasse, justo en el momento en que los conspiradores necesitaban una figura con autoridad para empujarlos a la acción.

A las cuatro menos cuarto de la tarde, Stauffenberg desembarcó en Rangsdorf, Berlín, y Haeften informó a la Bendlerstrasse de que había llegado. Unos minutos después, llamó a Olbricht y quedó sorprendido cuando le preguntaron qué había pasado con Hitler. Stauffenberg dijo explícitamente que el Führer estaba muerto y se puso furioso porque aún no se había activado la Operación Valkiria. «¡Las órdenes se enviaron inmediatamente!», dijo, y recorrió rápidamente con Haeften las calles vacías en dirección a la Bendlerstrasse. Stauffenberg tenía la esperanza de ver tanques y camiones con tropas, pero a las cuatro de la tarde estaban todavía muy lejos en sus campamentos.[20]

Tras la conversación con Stauffenberg, la Bendlerstrasse cobró vida. Olbricht creyó a Stauffenberg y expresó su disposición a actuar sin mayores retrasos. El general Hoepner llegó a la Bendlerstrasse para tomar el mando del Ejército de Reserva en caso de que Fromm se negase a colaborar. Vestía el uniforme de general, violando la prohibición de Hitler. Los conspiradores también llamaron a Witzleben en Zossen y le dijeron que se requería su presencia en Berlín. Olbricht, mientras tanto, entró en el despacho de Fromm para convencerle de colaborar con el golpe. Para el cauteloso comandante del Ejército de Reserva había llegado por fin el momento de la verdad.

Fromm estaba reunido en ese momento con otro oficial, pero Olbricht insistió en que el tema no se podía retrasar. Hitler había muerto en una explosión, según la información de Fellgiebel desde Prusia Oriental, y por eso se debía activar la Operación Valkiria inmediatamente para evitar disturbios inminentes. Pero Fromm exigió pruebas concretas antes de dar la orden. Olbricht, animado por la llamada telefónica de Stauffenberg desde el aeropuerto, aconsejó a su comandante que verificase los rumores. Fromm cogió el teléfono y ordenó que lo comunicaran urgentemente con Keitel en Prusia Oriental.

Keitel se puso casi de inmediato al teléfono. A las preguntas de Fromm respondió que los rumores sobre la muerte de Hitler eran una idiotez. «Se ha producido un intento de asesinato», le explicó, «pero por suerte ha fracasado. El Führer está vivo y sólo ha sufrido heridas leves. Por cierto, ¿dónde está exactamente su jefe de Estado Mayor, el coronel Von Stauffenberg?» Fromm respondió: «Stauffenberg aún no se ha presentado». Para Fromm la cuestión estaba cerrada.[21] La última pregunta de Keitel indicaba que los líderes nazis aún no sabían dónde (o ni siquiera si) se estaba produciendo el golpe.

Olbricht quedó confundido con la confianza de Keitel, pero el golpe ya estaba en marcha. De hecho, el coronel Albrecht Mertz von Quirnheim, jefe de Estado Mayor de Olbricht y confidente de Stauffenberg, ya había transmitido las órdenes de la Operación Valkiria a los comandantes de los *Wehrkreise* (distritos militares). En el *Wehrkreis* de Berlín, el hombre de los conspiradores, el comandante Oertzen, eludió a su comandante nazi, el general Joachim Kortzfleisch, y despachó las órdenes a las unidades a través de un correo de confianza. Oertzen, como se mencionó en el capítulo 17, era uno de los actores principales en Berlín, conocido por su lealtad incondicional a Beck y Stauffenberg. Siguiendo la petición de Mertz, el teniente general Hase ordenó al batallón de la guardia Grossdeutschland que ocupase con rapidez el centro de la ciudad.[22] El comandante del batallón, Otto Remer, debía presentarse ante Hase con la mayor rapidez posible para recibir órdenes detalladas. Mientras tanto, Helldorff, el

comandante de la policía de Berlín, y Kortzfleisch, jefe del distrito militar, fueron convocados a la Bendlerstrasse. El primero fue llamado para recibir instrucciones y el segundo —un nazi integral—, para ser neutralizado.

Olbricht acababa de salir del despacho de Fromm cuando Beck y Stauffenberg llegaron finalmente a la Bendlerstrasse. El antiguo jefe del Estado Mayor iba vestido de civil con un traje oscuro para subrayar su intención de dirigir un gobierno civil en lugar de una dictadura militar. Stauffenberg subió corriendo las escaleras, respirando con dificultad y empapado en sudor. Les contó rápidamente a Beck y los demás lo que había visto en la Guarida del Lobo: las llamas, la enorme explosión, los médicos corriendo para ayudar a los heridos. Los otros le dijeron que, según Keitel, Hitler estaba vivo. «El mariscal de campo Keitel está mintiendo, como siempre», replicó Stauffenberg. «Hitler está muerto. Vi cómo lo sacaban.»[23]

A partir de ahí los conspiradores entraron en un círculo mental peligroso. Fueron incapaces de contemplar un escenario en el que la bomba explotase, pero Hitler sobreviviera. Durante esa tarde del 20 de julio, los conspiradores, Stauffenberg en particular, no engañaron conscientemente a sus compañeros oficiales; creían realmente que Hitler había fallecido.[24]

Pero Beck tenía dudas. Sus palabras cautelosas desde su llegada a la Bendlerstrasse indican que comprendió, mucho antes que los demás, que había ocurrido algo terrible y que el Führer estaba vivo. Aun así, estaba decidido a seguir con el golpe, dándose perfecta cuenta de que quizás era la última oportunidad de derrocar al régimen. Aunque Hitler hablase por la radio, Beck debía hablar antes que él. En ese caso, afirmó, sería «una prueba de fuerza».[25]

El paso siguiente de Stauffenberg fue ampliar la insurgencia a París, donde los conspiradores tenían una densa red de oficiales que pensaban como ellos. Como estaba dictado por la estructura de la red, la primera llamada fue a su primo Caesar von Hofacker, el agente que conectaba Berlín con el frente occidental. Stauffenberg le dijo que la acción en la capital había empezado y que el éxito en el oeste era esencial para toda la

operación.[26] Sólo allí, y no en Berlín, tenía Stauffenberg una oportunidad de poner sus manos sobre un ejército numeroso dirigido por oficiales leales.

Poco más de dos horas antes, a las dos de la tarde, sonó el teléfono en el despacho del coronel Eberhard Finckh, el intendente del Grupo de Ejércitos Oeste y un aliado leal de los conspiradores. El coronel, antiguo compañero de clase de Stauffenberg en la academia militar, era un viejo enemigo del régimen nazi. Cogió el teléfono. *«Hier ischt Finckh»* (Finckh al habla), dijo en su cerrado acento suabo. El otro extremo quedó en silencio. Pasaron uno, dos segundos y entonces Finckh oyó las palabras clave *«Übung abgelaufen»* (Ejercicio finalizado). La conversación terminó.

Finckh no perdió un instante. Abandonó rápidamente su despacho, subió al coche y ordenó a su chófer que lo llevase al cuartel general del mariscal de campo Kluge en el boulevard Saint Germain. Kluge no se encontraba allí y Finckh fue recibido por su estrecho colaborador, el general Blumentritt, un oficial pragmático que no estaba asociado a los conspiradores. Como la mayoría de los jefes militares alemanes, sabía que la derrota final en el frente occidental no iba a tardar mucho, pero resultaba difícil prever su reacción ante la nueva situación. Finckh probó suerte y le dio el pretexto habitual. «General», dijo con un tono formal, «la Gestapo está intentando desencadenar un golpe en Berlín. El Führer ha sido asesinado. Witzleben, Beck y Goerdeler han formado un gabinete de emergencia.»[27] Tras un momento de silencio, Blumentritt reaccionó favorablemente. «Hay que celebrar», le dijo, «que personas como las que ha mencionado estén al mando. Probablemente iniciarán con rapidez conversaciones de paz preliminares.»[28] Blumentritt llamó al teniente general Hans Speidel, jefe de Estado Mayor de Rommel y miembro de la resistencia, y los tres hombres decidieron trabajar para el nuevo Gobierno.

Alrededor de las cuatro y media de la tarde, Hofacker recibió la llamada de Stauffenberg desde Berlín e informó inmediatamente a los jóvenes conspiradores que esperaban en el hotel Majestic, el cuartel general del Ejército alemán en París. Aún tenían la moral muy alta. Uno de ellos, Walter Bargatzky, contó más tarde:

> Estaba sentado en mi oficina en el Majestic. A las cuatro de la tarde, se estaba radiando un concierto alemán. En cualquier momento los insurgentes podían ocupar la emisora de radio. Cada sonido acercaba cada vez más la explosión, rompiendo el silencio carcelario de once largos años. Mi amigo G. entró en la habitación, atormentado por las expectativas y con una apariencia casi decaída. Le agarré del brazo. «Piensa siempre en este momento», le dije. «Es el más importante de toda la guerra.» G. no sabía lo que estaba ocurriendo, pero supuse que se lo imaginaba y le agradecí su silencio [...]. Entonces Stauffenberg, de vuelta en Berlín [...] habló con Hofacker por la radio militar. «Hitler está muerto», le dijo.[29]

Poco después, Hofacker fue corriendo a ver al general Stülpnagel, el gobernador militar de la Francia ocupada, y le informó del golpe en Berlín. Stülpnagel estaba exultante cuando oyó que Hitler había muerto y la operación en la capital estaba en plena acción. En ese mismo instante, le dijo Hofacker, tropas armadas estaban rodeando el sector gubernamental en la Wilhelmstrasse. Stülpnagel convocó inmediatamente a su jefe de Estado Mayor, el coronel Linstow, junto con el comandante de París Boineburg-Lengsfeld y su jefe de Estado Mayor. Los tres oficiales encontraron al gobernador de pie detrás de su mesa. Sus órdenes fueron inequívocas: «Las SS y el SD están desencadenando un golpe contra Hitler. Deben arrestar enseguida a los miembros de las SS, el SD, al coronel Knochen, comandante policial de Francia, y a todas las personas cuyos nombres conocen muy bien. En caso de resistencia, abran fuego. ¿Está todo claro?». [30] Los oficiales saludaron, dieron un taconazo y abandonaron el despacho.

El cuartel general de la conspiración en Berlín bullía de actividad. Después de que Stauffenberg informara a Hofacker en París, intentó, por última vez, convencer a su superior, el general Friedrich Fromm. Olbricht y Stauffenberg entraron juntos en su despacho y el primero informó sobre la puesta en práctica de la Operación Valkiria. El comandante del Ejército de Reserva estaba furioso. «¿Quién ha emitido la orden?», les espetó. «¡Los dos saben que soy el único autorizado a hacerlo!»

«Mi jefe de Estado Mayor, el coronel Mertz von Quirnheim», replicó Olbricht.

Fromm convocó a Mertz de inmediato y le dijo que estaba bajo arresto. «Nadie va a abandonar esta habitación», dijo.

Entonces Stauffenberg ya no se pudo contener. «Señor, general», le dijo, «está equivocado. Hitler ha muerto. Yo mismo coloqué la bomba. Hace un rato que he regresado del cuartel general supremo y he visto con mis propios ojos que nadie había quedado con vida en la cabaña de reuniones.»

«¡Esto es una revolución!», chilló Fromm. «Esto es traición [...] castigada con la muerte. Todos se van a enfrentar a un pelotón de fusilamiento.» Acto seguido le espetó a Stauffenberg: «El asesinato ha fracasado. Ya se puede pegar un tiro ahora mismo».

«No puede arrestarnos», le dijo Olbricht en respuesta. «No comprende cuáles son las relaciones de poder reales. Nosotros lo arrestamos a usted.»

Fromm, con la cara roja, blandió los puños ante Stauffenberg. En ese momento se abrió la puerta y entraron Haeften y Kleist blandiendo pistolas. Los dos hombres apuntaron sus armas contra Fromm. «Hay oficiales armados vigilando su puerta», le dijo Stauffenberg con brusquedad. «Si nos obliga, recurriremos a las armas. Teniente Haeften, corte sus líneas telefónicas.»

Cinco minutos después el general Hoepner entró en la habitación, luciendo su uniforme. Después de disculparse con Fromm, un viejo amigo, por los inconvenientes, le preguntó si a pesar de todo estaba dispuesto a colaborar. El comandante del Ejército de Reserva negó tristemente con la cabeza. «Creo que el Führer está vivo y que todos están cometiendo un error. Lo siento», replicó, «pero no puedo hacer nada. No puedo firmar las órdenes de la Operación Valkiria por ustedes.»[31] Fromm prefería que lo arrestasen a colaborar con los conspiradores.

Pero, en cualquier caso, ¿dónde estaban las órdenes de la Operación Valkiria? Dos horas antes, Mertz las había enviado al comandante Oertzen, en el cuartel general del distrito militar de Berlín. Ahora, se las entregó al capitán Klausing, el otro confidente de Stauffenberg, y le ordenó personalmente que fuera a la centralita y distribuyera las órdenes a través de todos los cuarteles generales del Reich. Tras llegar a la sala de control,

Klausing ordenó a los técnicos que las transmitieran con urgencia a través del teletipo. El jefe de los técnicos le preguntó si debía clasificarlas como alto secreto y Klausing respondió afirmativamente de manera instintiva.[32] Más tarde, los conspiradores sufrirían como consecuencia de este error. El procedimiento para entregar las órdenes de alto secreto era farragoso y la decisión de Klausing retrasó entre dos y tres horas la transmisión a algunas de las unidades, lo que provocó un problema importante para la operación.

El primer mensaje se iniciaba con las terribles palabras «El Führer Adolf Hitler ha muerto». Declaraba que una «camarilla sin conciencia de líderes del partido ha intentado usurpar el gobierno para su propio beneficio. Por eso, el Ejército está asumiendo el Gobierno del Reich». La orden era ocupar todas las instituciones del Partido Nacionalsocialista, desarmar al SD, a las SS y a las Waffen-SS y tomar el control de todas las instalaciones de comunicaciones. Estaba firmada por Witzleben como comandante en jefe de la Wehrmacht. Ésta fue seguida a las seis de la tarde por otro mensaje mucho más radical. Los oficiales de todo el Reich la leyeron sorprendidos a medida que surgía del teletipo:

> Los siguientes serán relevados de sus cargos a partir de ahora y sometidos a un confinamiento seguro y solitario:
>
> Todos los *Gauleiter, Reichsstatthalter,* ministros, gobernadores [*Oberpresidenten*], presidentes de policía, comandantes superiores de las SS y la policía [HSSPF], jefes de la Gestapo y de las oficinas del SD, jefes de oficinas de propaganda, *Kreisleiter*. Excepciones sólo por orden mía.
>
> CAMPOS DE CONCENTRACIÓN:
> Los campos de concentración serán ocupados de inmediato, los comandantes de los campos arrestados, el personal de guardia desarmado y confinado en los barracones. A los prisioneros políticos se les dará instrucciones de que, hasta su liberación, deben abstenerse de manifestarse o de realizar acciones independientes.
>
> WAFFEN-SS:
> Si el cumplimiento por parte de los comandantes de las formaciones de las Waffen-SS o por los oficiales superiores de las Waffen-SS puede parecer dudoso o si parece inadecuado, serán sometidos a custodia protegida y sustituidos por oficiales del Ejército. Las formaciones de las Waffen-SS cuyo cumplimiento incondicional pueda parecer dudoso serán desarmadas sin

contemplaciones. Se emprenderán acciones firmes con fuerzas superiores para evitar un futuro derramamiento de sangre.

POLICÍA:
Se ocuparán los cuarteles generales de la Gestapo y el SD. Por otro lado, se utilizará la policía regular en la medida de lo posible para descargar a la Wehrmacht. Las órdenes serán emitidas por el jefe de la Policía alemana a través de los canales policiales [...].

Para afrontar todas las cuestiones políticas, atribuyo un representante político a cada comandante de *Wehrkreis* [distrito militar]. Hasta nueva orden, será responsable de la administración. Aconsejará al comandante de *Wehrkreis* sobre todos los temas políticos.

El cuartel general del comandante en jefe del Ejército de Reserva es la agencia ejecutiva sobre todos los temas concernientes al ejercicio del poder ejecutivo. Enviará oficiales de enlace a los comandantes de *Wehrkreis* para intercambiar información y puntos de vista.

En el ejercicio del poder ejecutivo no se tolerarán actos arbitrarios ni actos de venganza. El pueblo debe ser consciente de la diferencia con los métodos arbitrarios de los gobernantes anteriores.

Comandante en jefe del Ejército de Reserva[33]

¿«Los métodos arbitrarios de los gobernantes anteriores»? Stauffenberg, que firmó esta orden en nombre de Fromm, seguramente era consciente del atrevimiento de esta última frase: desvelaba la lógica revolucionaria de la orden, de manera que privaba a los conspiradores de su cobertura legal. Poco después, se enviaron órdenes adicionales, exigiendo la confiscación de los documentos del partido nazi y estableciendo cortes marciales. Aquí, se abandonó por completo la cobertura legal, pero todas estas órdenes llegaron a los comandantes de los distritos militares relativamente tarde, sobre las ocho o las nueve de la tarde.

A las cuatro y media de la tarde, después de arrestar a Fromm, los conspiradores sólo controlaban su propio edificio. El coronel Mertz y el general Hoepner informaron a los jefes de sección. Mertz les informó de que el Führer había sido asesinado y que el Ejército estaba aplastando una revuelta de elementos del partido. Hoepner afirmó que por eso Beck y Witzleben habían asumido el liderazgo del Reich y del Ejército, respectivamente. El propio Hoepner había sido nombrado comandante en jefe del Ejército de Reserva. Debían comprender la importancia del momento y cumplir con su deber.[34] Stauffenberg envió a uno de sus hombres para formar una guardia en la Bendlerstrasse. Poco después, una

unidad del batallón de la guardia Grossdeutschland llegó al complejo y vigiló todas las entradas. No se permitía entrar ni salir a nadie sin el permiso firmado por Stauffenberg o el consentimiento personal de uno de los comandantes.[35] Así, poco después de las cinco de la tarde, Stauffenberg tomaba el control del edificio. Junto con Beck, Olbricht y Hoepner, inició una maratón de llamadas telefónicas a los comandantes de distrito para asegurarse su total colaboración.

Alrededor de las cuatro y cuarto de la tarde, poco después de la llegada de Beck a la Bendlerstrasse, los conspiradores recibieron a otros visitantes prominentes. A petición de Olbricht, el conde Helldorff y Gisevius se presentaron a informar. Su limusina se detuvo a las puertas de la Bendlerstrasse y poco después estaban reunidos con Beck, Stauffenberg y Olbricht. Olbricht instruyó a Helldorff sobre sus deberes: arrestar a los líderes nazis después de que el batallón de la guardia ocupase el distrito gubernamental. Beck, siempre cauteloso, le dijo a Helldorff que era posible que Hitler hubiera sobrevivido a la explosión. Helldorff siguió impasible y declaró una vez más su lealtad incondicional. Poco después abandonó el edificio para unirse a sus fuerzas. Ahora estaba claro: el miembro corrupto de las SA, un seguidor entusiasta del partido nazi desde su primera época, finalmente había unido su destino al de los conspiradores.[36]

Unos minutos después de las cinco de la tarde, los conspiradores tuvieron que enfrentarse a un intento medio organizado de contragolpe. Un oficial de las SS llamado Pfiffrather («un carnicero», según la opinión de Gisevius) llegó con unos pocos soldados. En nombre de la Oficina Central de Seguridad del Reich, exigió interrogar a Stauffenberg sobre su comportamiento inusual aquel mismo día en la Guarida del Lobo. El coronel, por supuesto, mandó arrestarlo inmediatamente. El resto del séquito de Pfiffrather fue detenido en la puerta por los guardias. El general nazi Kortzfleisch, que también se atrevió a entrar en la madriguera de los

conspiradores, fue arrestado de la misma manera. Para enojo de Beck, recitó una y otra vez su juramento de lealtad al Führer.[37]

Ahora el problema principal era Berlín. Los conspiradores necesitaban tropas, y preferiblemente tanques, para ocupar las emisoras de radio, controlar el distrito gubernamental y, lo que era más importante, arrestar y neutralizar al ministro de Propaganda Josef Goebbels, el principal líder nazi en la capital. Para ello el teniente general Hase envió órdenes al batallón de la guardia Grossdeutschland, a la academia de blindados en Krampnitz y a la academia de infantería en Döberitz. Órdenes similares se enviaron al frente oriental, donde Philipp von Boeselager, el antiguo ayudante de Kluge, estaba esperando con una compañía de soldados. Tomando medidas para reforzar a los conspiradores en Berlín, ordenó a sus tropas que marcharan hacia el oeste en dirección al aeropuerto.[38]

En Döberitz, los oficiales de la academia de infantería estaban desconcertados con unas órdenes tan inusuales. Formaron una especie de «consejo de guerra» pero no pudieron tomar una decisión, sobre todo porque el comandante, el teniente general Otto Hitzfeld, que no sabía nada, estaba ausente en un funeral. Un conspirador veterano, el coronel Wolfgang Müller, del Ejército de Reserva, estaba destinado en la base, pero regresó relativamente tarde de una gira de inspección, sobre las ocho y media, y ni siquiera entonces pudo convencer a todos los oficiales para que actuasen.[39] Aun así, algunos de los comandantes inferiores decidieron ponerse en marcha y muchas unidades pequeñas fueron enviadas con éxito a controlar una estación de radio y muchos centros de comunicaciones en el Gran Berlín. El comandante Jacob, que dirigía la unidad, estaba dispuesto a seguir las órdenes de la Bendlerstrasse, aunque no había sido nunca un conspirador. Sus hombres y él entraron en la estación pistola en mano, declararon que los guardias de las SS estaban sometidos a su mando y ordenaron a los técnicos que detuvieran todas las emisiones.

El problema era que Jacob, un instructor de táctica muy condecorado, desconocía los procedimientos de comunicación correctos. No sabía que las emisiones no se gestionaban desde el estudio sino desde un búnker

adyacente camuflado como un refugio antiaéreo. Lo engañaron con facilidad y las emisiones no se detuvieron.[40] Las otras estaciones de radio, ocupadas sólo brevemente, tampoco se estaban utilizando. Los oficiales ocupantes no eran conspiradores. La mayoría de ellos estaban confusos y detuvieron toda colaboración cuando oyeron que Hitler estaba vivo. Si se hubiera enviado a un conspirador antinazi decidido a cada una de las estaciones, las cosas tal vez se habrían desarrollado de manera diferente.

El coronel Müller, el único conspirador en Döberitz, fue ineficaz incluso después de regresar a su oficina a las ocho y media. Intentó hacer todo lo posible para presionar a los oficiales para que actuasen y al final decidió ponerse en contacto con el comandante de la academia, el general Hitzfeld. Éste pidió al principio una orden por escrito, pero después, ya convencido, ordenó «un ataque sin cuartel contra las SS».[41] La reacción de Müller fue extraña. En lugar de capitalizar la orden de Hitzfeld y enviar enseguida a las unidades, fue en coche hasta la Bendlerstrasse para recibir órdenes escritas de Olbricht. Desde un punto de vista estrictamente militar, tenía sentido, porque Müller pertenecía al Ejército de Reserva, no al equipo de mando de la academia, y se necesitaba formalmente una autorización escrita para dar órdenes en la academia. Pero, al seguir actuando como un oficial en lugar de un revolucionario, consiguió que Döberitz fuera totalmente inútil durante toda la tarde. También en este caso, la presencia física de un conspirador de alto rango y con autoridad, preferiblemente un general, podría haber producido un resultado muy diferente.

Uno de los muchos misterios sin resolver del golpe es que, incluso en ese momento crítico, Stauffenberg y Beck no fueran capaces de enviar conspiradores de confianza a los puntos clave del Gran Berlín, como la academia de infantería y las estaciones de radio. No era por falta de personal disponible. Fritz von der Schulenburg y otros conspiradores no tenían ninguna función asignada. Los líderes estaban ocupados principalmente con llamadas telefónicas, casi ajenos a cómo se desarrollaban los acontecimientos a su alrededor. Stauffenberg, por

ejemplo, se mostraba convencido de que se estaban cumpliendo sus órdenes en Berlín y que el drama real tenía lugar en las provincias: un error muy grave.

Pero Gisevius estaba inquieto. Presionó a Stauffenberg para radicalizar el Putsch mediante la ejecución de nazis importantes, empezando con el oficial de las SS Pfiffrather. Stauffenberg lo cortó con un «ya llegará su turno», pero se negó a dejar que Gisevius dirigiese un escuadrón para arrestar oficiales. No obstante, Stauffenberg prometió formar una unidad de ese tipo bajo el mando del coronel Fritz Jaeger, un veterano de la conspiración de 1943. Jaeger saludó, consiguió algunas tropas del batallón de la guardia Grossdeutschland e intentó conseguir más de Hase. Pero éste había enviado a la mayor parte de las tropas disponibles a realizar otras tareas, obligando a Jaeger a esperar refuerzos.[42] El reloj marcaba las 17:30 y el tiempo se estaba acabando.

Irónicamente, Jaeger no necesitaba tantos hombres porque los puntos estratégicos estaban prácticamente desprotegidos. En Berlín, por ejemplo, muchos ministros del Reich estaban asistiendo a una conferencia casi sin protección. Los cuarteles generales de las SS y la Gestapo también estaban sumidos en el caos y se habrían podido ocupar con facilidad.

La situación también era difícil para los conspiradores en otros distritos militares. La mayoría de los comandantes locales se negaron a aceptar la autoridad de los conspiradores y prefirieron creer a Goebbels, que a las seis de la tarde radió que Hitler había escapado a un atentado contra su vida. Muchos obedecieron las contraórdenes enviadas por Keitel a través del teletipo.[43] Algunos conspiradores en Prusia Oriental intentaron convencer a sus superiores para que actuasen y quizás incluso para ocupar el cuartel general del Führer, pero sus esfuerzos fueron en su mayor parte improvisados y descoordinados. Los conspiradores no tenían tiempo para actualizar los antiguos planes establecidos por Tresckow y Stauffenberg para ocupar la Guarida del Lobo, y los planes seguían escondidos bajo tierra. Nadie se preocupó de desenterrarlos y permanecieron en la oscuridad hasta que los soviéticos los descubrieron después de la guerra.

Sólo en tres ciudades, Praga, Viena y París, disfrutaron los conspiradores de un éxito temporal. En la capital checoslovaca, el comandante de distrito local arrestó al vicegobernador nazi y en Viena oficiales simpatizantes con los conspiradores confinaron al líder local de las SS. Uno de los ayudantes del general Esebeck, el comandante en funciones, habló con Stauffenberg por teléfono y obtuvo el consentimiento de su jefe para obedecer a la Bendlerstrasse.[44] En París, la figura dirigente fue el gobernador militar de Francia, el general Carl-Heinrich von Stülpnagel, el único conspirador que cumplió con su deber como estaba planeado. En lugar de repetir los errores cometidos en Berlín, Stülpnagel ordenó personalmente a sus oficiales que arrestaran a todos los hombres de las SS en París. Cada escuadrón de arresto iba acompañado por un oficial antinazi que informaba directamente al gobernador.

Al caer la noche salieron los escuadrones y empezaron las detenciones. El general de división Brehmer, vicecomandante del Gran París, dirigió la ocupación del cuartel general de la Gestapo en el boulevard Lannes. Los soldados entraron al asalto en el edificio blandiendo sus armas y dominando a los guardias. Brehmer arrestó en persona al teniente general Carl Oberg, el comandante de las SS en Francia. Oberg estaba aterrorizado y no se resistió. Brehmer lo encerró en su habitación y le dijo que estaba bajo arresto hasta nueva orden.[45] Mientras tanto, Boineburg-Lengsfeld se encontraba en la esquina de la avenida Foch y el boulevard Lannes para coordinar la operación.

Los soldados del regimiento de seguridad tomaron el control del cuartel general del SD en la avenida Foch. Boineburg-Lengsfeld habló con ellos personalmente, y, según algunos testimonios (que quizás haya que tomarse con cierta cautela), recibieron la misión con entusiasmo. El comandante del SD en Francia, el coronel Helmut Knochen, fue localizado en un club nocturno y arrestado. Los oficiales fueron detenidos en un hotel, mientras que los soldados eran cargados en camiones y confinados en una prisión de la Wehrmacht, evacuada especialmente con ese propósito. La operación no se desarrolló sin fallos y fisuras. Algunos soldados de las SS, por ejemplo,

pudieron escapar e informar a la división Hitlerjugend de las SS sobre la insurrección. Las tropas pasaron igualmente por alto una instalación de comunicaciones de las SS, lo que significaba que la Oficina Central de Seguridad del Reich también estaba informada sobre el levantamiento. Aun así, las autoridades centrales tardaron mucho en reaccionar. Hasta medianoche, mil doscientos seguidores de Hitler en Francia estuvieron bajo llave. Siguiendo la directiva de Stülpnagel, se organizaron cortes marciales y se apilaron sacos de arena en el patio de la École Militaire, a disposición de los pelotones de fusilamiento. Los «culpables» —presumiblemente Oberg, Knochen y otros por el estilo— serían fusilados lo más rápidamente posible. Además, los juristas en el departamento de Boineburg-Lengsfeld ya habían empezado a recoger material sobre los comandantes de las SS, incriminándoles en la deportación de judíos, el incendio de sinagogas y el saqueo de propiedades abandonadas.[46]

Después de la guerra, uno de los hombres de Stülpnagel contó que, en el verano de 1944, se habían mantenido negociaciones secretas entre la oficina del gobernador militar y la Francia Libre para alcanzar un acuerdo con la resistencia francesa y quizás incluso mediar entre los Aliados y el nuevo régimen en Berlín. El general Henri Navarre, un importante oficial de inteligencia francés, lo confirmó en sus memorias. Según Navarre, se reunió en numerosas ocasiones con un general alemán, «un hombre muy moral, firme patriota alemán pero anti-Hitler». El general de la Wehrmacht le preguntó si podía garantizar que los Aliados permitirían que los alemanes se retirasen de Francia sin problema y concentrasen sus esfuerzos en impedir el avance ruso en el este. Navarre envió la petición al general Marie-Pierre Koenig, el comandante de la Francia Libre en el frente de Normandía y el principal consejero militar de De Gaulle. Koenig lo denegó con rapidez, sin decir realmente el motivo. Pero su respuesta era previsible, considerando las profundas sospechas de los franceses y los americanos respecto a la resistencia alemana y el odio del propio De Gaulle al «militarismo prusiano». El hecho es que la resistencia francesa no respondió al arresto de los hombres de las SS en París.[47] La operación se ejecutó con brillantez y

sin derramar sangre, y tras su conclusión la mayoría de los soldados fueron licenciados para que regresaran a sus acuartelamientos.

Durante un tiempo pareció que los conspiradores también estaban realizando algunos progresos en Berlín. El comandante Remer, al mando del batallón de la guardia, estaba cumpliendo con su deber con gran energía. Hasta las cinco de la tarde, el distrito gubernamental en la Wilhelmstrasse estuvo sellado. Remer pidió y recibió refuerzos del comandante Hayessen y del teniente general Hase para bloquear la entrada de la Oficina Central de Seguridad del Reich. Sobre las cinco y media de la tarde el Putsch había alcanzado su cénit, con Berlín parcialmente controlado por Stauffenberg y sus hombres. En la Bendlerstrasse, los conspiradores seguían intentando reunir más tropas. El coronel Mertz despachó órdenes urgentes a la academia de blindados en Krampnitz y obtuvo al principio una respuesta favorable. «¡Ordenanza, una botella de champán! ¡El cerdo ha muerto!», exclamó el coronel Harald Momm, comandante de la Academia de Equitación y Conducción, al oír la noticia. Momm envió a uno de sus oficiales, el teniente coronel Glaesemer, a Berlín con una unidad blindada, que avanzó hasta la dorada Columna de la Victoria en el centro de la capital del Reich.[48]

El comandante Remer se dedicó entonces a la tarea más importante que tenía pendiente: arrestar a Goebbels. El ministro de Propaganda preguntó quién había ordenado su detención, y Remer contestó que como el Führer había muerto, debía obedecer a su comandante, el teniente general Hase. Goebbels, por supuesto, insistió en que Hitler estaba vivo y, para sorpresa de Remer, descolgó el teléfono. Goebbels pidió que lo pusieran con el cuartel general supremo en Prusia Oriental y le entregó el teléfono a Remer. Al oír la voz de Hitler, el joven comandante se puso firmes:

«Comandante Remer, ¿reconoce mi voz?».

«Sí, mi Führer.»

«Comandante Remer, han intentado asesinarme, pero estoy vivo. Estoy hablando con usted como comandante en jefe de la Wehrmacht. Debe

salvaguardar Berlín para mí. Utilice toda la fuerza necesaria; fusile a cualquiera que se niegue a cumplir sus órdenes.»

«Sí, mi Führer.»[49]

Hitler ordenó a Remer aplastar el levantamiento y lo ascendió al rango de coronel. El comandante de batallón, por su parte, se puso bajo el mando de Goebbels y ordenó a sus tropas que levantasen el asedio del distrito gubernamental. Como aún no había comprendido la importancia de la Bendlerstrasse y no sabía dónde se encontraba el epicentro del golpe, envió un emisario para descubrirlo. Casi al mismo tiempo, el agente secreto Otto Skorzeny llegó a Berlín para organizar las tropas de la Gestapo, aunque no hizo nada tangible en contra del Putsch. Entonces el teniente general Hase fue a buscar a Remer al Ministerio de Propaganda. En su lugar se encontró con Goebbels y fue arrestado inmediatamente. En un momento, el centro del cuartel general de Berlín había quedado destruido.

Éste fue quizá el mayor error que cometieron los conspiradores la tarde del 20 de julio de 1944. ¿Por qué no acompañó a Remer en su misión ninguno de los conspiradores de alto rango? En París, incluso los oficiales jóvenes de mayor confianza de Stülpnagel iban acompañados por sus colaboradores más estrechos. Además, Remer era una persona profundamente sensible a la autoridad inmediata y no el guerrero nazi sin miedo que aseguró ser después de la guerra. Un general antinazi más fuerte no habría permitido que Goebbels llamase a Hitler en Prusia Oriental. Habría sido fácil que Jaeger o algunos de los oficiales leales arrestasen a Goebbels. Además, si hubieran cortado su línea telefónica, no habría tenido manera de llamar al Führer.

Alrededor de las siete de la tarde, el mariscal de campo Witzleben llegó finalmente a la Bendlerstrasse y saludó al general Beck como su comandante en jefe. «El mariscal de campo Witzleben se presenta para el servicio, señor», le dijo. No obstante, cuando vio a Stauffenberg cambió su estado de ánimo. «¡Menudo lío!», murmuró enfadado. Witzleben, cansado y

amargado, reprendió fuertemente a Stauffenberg por su comportamiento negligente. Gisevius, que no perdía nunca una oportunidad para avergonzar a Stauffenberg, escribió que el conde se quedó como un «caniche empapado» mientras Witzleben lo cubría de reproches. Los detalles exactos de la conversación no están claros, pero parece que el mariscal de campo creía que todo estaba perdido y que no había razones para seguir adelante. Beck se negó a rendirse, y Witzleben abandonó furioso la Bendlerstrasse. Fue a Zossen e informó del resultado de la conversación a Wagner, el intendente general, que ya estaba fuera de la conspiración. «Bueno», dijo Wagner, «vámonos a casa». Y eso hicieron: Wagner para acabar con su vida, Witzleben para esperar a la Gestapo.[50]

Y aun así, generales por toda Europa llamaban a Hoepner y Stauffenberg para pedir explicaciones. Gisevius testificó más tarde sobre estas conversaciones telefónicas:

> Todo el mundo escuchaba todas las conversaciones. Tarde o temprano tenían que llegar mensajes importantes de las provincias, y en realidad nos conformábamos con unas pocas buenas noticias. En nuestro extremo del hilo, Stauffenberg repetía incansablemente la misma cantinela: «Keitel miente [...]. No crean a Keitel [...]. Hitler está muerto [...]. Sí, está definitivamente muerto [...]. Sí, aquí la acción está en pleno desarrollo».
>
> Resulta fácil imaginar la pregunta que le planteaban. Lo interesante es la variedad de tonos en los que respondía Stauffenberg. En un momento su voz era firme y de mando, al siguiente amistosa y persuasiva, a continuación implorante. «Debe mantenerse firme [...]. Procure que su jefe no flaquee [...]. Hayessen, dependo de usted [...]. Por favor, no me decepcione [...]. Debemos mantenernos firmes...» Stauffenberg era el único que controlaba la situación, el único que sabía lo que quería.[51]

Pero por muy entusiasta y carismático que fuera, estaba yendo más allá de sus poderes. Lo peor era que el Führer estaba vivo y no había carisma alguno que pudiera persuadir a la mayoría de los oficiales para que se volvieran contra sus órdenes.

Las dudas, incluso la timidez, de Hoepner no fueron de ayuda. Tras oír que Hitler estaba vivo, el general, cuya voz estaba «cercana a las lágrimas», les dijo a sus colegas de conspiración que no había ninguna razón para continuar. Sólo las dotes de convicción de Beck consiguieron que siguiera adelante. Aun así, el panzer general no podía igualar a Keitel y el cuartel

general de Hitler. No pudo convencer a los comandantes de los distritos militares ni a sus jefes de Estado Mayor, y cuando se iniciaba una discusión seria, normalmente terminaba rápidamente con la conversación.[52]

Sólo en un lugar la suerte se volvió realmente a favor de Stauffenberg, Beck y sus amigos. En el oeste, sentado en su cuartel general en La Roche-Guyon, el mariscal de campo Kluge era optimista, incluso entusiasta. A las siete menos cuarto de la tarde, Blumentritt y él acordaron que lo primero que debían hacer era detener los bombardeos contra Londres y discutir las condiciones de una rendición honorable con los Aliados occidentales. Pero cuando durante la discusión se notificó a Kluge que Hitler estaba vivo, su nueva determinación flaqueó de inmediato. A continuación, llamó a muchas personas y, para su sorpresa, llegó a la conclusión de que Hitler estaba realmente muerto.

Poco después, Beck llamó a Kluge y le instó a que apoyase al nuevo Gobierno. Kluge seguía dudando, diciendo que no se podía comprometer él personalmente ni tampoco a sus oficiales antes de aclarar la situación política. Prometió que volvería a llamar después de consultar a sus hombres.[53] Esto no parecía un mal presagio, porque entre sus hombres se encontraban los conspiradores Hofacker, Speidel y Stülpnagel. De hecho, el gobernador militar de Francia viajó a La Roche-Guyon para usar su influencia personal sobre Kluge.

En un último intento para descubrir la verdad, Kluge llamó al general de división Helmuth Stieff, jefe de la Sección de Organización del Estado Mayor. Este oficial superior, que se había convertido en antinazi a causa del asesinato de judíos en Polonia, formaba parte del círculo interno de la conspiración. Aun así, decidió traicionar a sus amigos y le dijo la verdad a Kluge: Hitler estaba vivo.[54] Incluso antes de esta conversación telefónica, había recomendado a los oficiales que le llamaban que siguieran las órdenes de Keitel. Como tantos otros, Stieff estaba seguro de que todo estaba perdido y sólo quería salvar su propio pellejo. Más tarde descubriría que los nazis no hacían ninguna concesión a los conspiradores que habían cambiado de bando en el último momento.

La conspiración en el oeste se estaba derrumbando. Hofacker, Stülpnagel y Speidel intentaron convencer a Kluge para que actuase, aunque Hitler siguiera vivo. «Señor, mariscal de campo», dijo Stülpnagel, «tenía la impresión de que estaba al tanto de todo.»

«No», replicó Kluge. «No tenía ni la más mínima idea.»

«El honor del Ejército está en sus manos», imploró Hofacker. «No se lo entregue a los nacionalsocialistas. A través de la resistencia aún podemos crear un hecho consumado y alcanzar nuestra meta.»

Kluge dudó un momento antes de decir: «Mis manos están atadas porque el cerdo [Hitler] sigue vivo. Debo cumplir mis órdenes».[55] Constantine FitzGibbon, uno de los primeros historiadores de la conspiración, entrevistó a algunos de los supervivientes y recreó una descripción de la atmósfera en la sala: «Stülpnagel sabía que esta negativa era falsa: también sabía lo que significaba. Kluge los estaba abandonando. Estaba abandonando a Beck y a los demás en Berlín, Tresckow y sus amigos en Rusia, su país y el futuro. El coraje moral de Kluge le había fallado y había buscado refugio en su juramento de soldado. Stülpnagel salió por el ventanal abierto y durante unos minutos paseó entre los lechos de rosas que había en el exterior».[56]

Speidel, jefe de Estado Mayor de Rommel, contó más tarde que los oficiales se sentaron a cenar en silencio iluminados por la luz de las velas, en una atmósfera que le recordó a un «velatorio».[57] El desesperado Stülpnagel, usando ahora su última carta, le dijo a Kluge que ya había ordenado el arresto de los SS; no había vuelta atrás. «¡Libérelos inmediatamente!», chilló Kluge. «¿Me oye? Si no, no me puedo responsabilizar. No puedo responder de lo que ocurra.» Kluge relevó a Stülpnagel de su deber y le aconsejó que se quitase el uniforme y se escondiera en alguna parte de París vestido de civil. Stülpnagel se negó a darle la mano a Kluge, saludó y abandonó el castillo.[58]

Entre los conspiradores de París la atmósfera aún no era tan sombría. A partir de las seis de la tarde, los oficiales de la resistencia en el hotel Majestic empezaron a darse cuenta de que algo no iba bien, pero siguieron

adelante con las órdenes de Stülpnagel. En aquel momento, creían que aún se podía terminar la guerra y salvar a Alemania. Como recordaba Walter Bargatzky muchos años después:

> Subimos las escaleras hasta la habitación 405, tan fuertemente relacionada con la historia de la insurgencia. Aquí, en esta habitación [...] sólo una semana antes se había redactado el borrador de la posible nota de rendición de Rommel a Montgomery. Movimos los sillones para abrir el balcón, dejando que el sol del atardecer nos iluminase. Ahora la radio emitía continuamente óperas de Wagner. No soporto a Wagner, aunque a Teuchert [uno de los conspiradores] le gustaba. Pero en ese momento incluso él se sentía molesto con Wagner. A cada segundo esperábamos oír las primeras frases del comunicado de Goerdeler [a la nación]. En su lugar el mensaje radiofónico sobre el fracaso del golpe se repetía como una tortura. Alrededor de las nueve y media de la noche la puerta se abrió poco a poco. Linstow trajo las últimas noticias de Berlín. «Todo va según el plan», anunció. «Lo que dicen por la radio es mentira.»[59]

Incluso en aquel momento, Stülpnagel se planteó brevemente seguir solo, aunque sin duda sabía que las posibilidades de éxito eran prácticamente nulas. Los nazis ya no estaban paralizados y confusos, y unidades de la armada, la Luftwaffe y las SS lo estaban rodeando. A las diez de la noche, Stauffenberg llamó desde Berlín e informó de que la Bendlerstrasse estaba siendo atacada. «El verdugo corre por el pasillo», dijo con desesperación. Stülpnagel, el último hombre en pie, finalmente tuvo que resignarse. Su destino estaba sellado; estaba demasiado comprometido. Pero, como comandante, aún tenía que garantizar la seguridad de sus tropas leales.[60]

Alrededor de medianoche, Stülpnagel se rindió por fin. Ordenó la liberación de las tropas de las SS detenidas y mantuvo una larga conversación con su comandante, el teniente general Oberg. Gracias a los buenos oficios de Otto Abetz, el embajador alemán, los dos alcanzaron el acuerdo de que los soldados rasos no serían castigados. Abetz y Oberg hicieron creer a los demás que todo se podía presentar como un malentendido. Durante toda la noche los oficiales de las SS y sus homólogos de la Wehrmacht bebieron para olvidar. Por la mañana, el general Stülpnagel fue convocado a Berlín para responder por sus acciones. La conspiración en el oeste se había acabado.[61]

La insurrección en Berlín se había extinguido dos horas antes. Los soldados de Remer, reforzados por tropas SS, rodearon la Bendlerstrasse en un cerco estrecho, pero los líderes de la conspiración ignoraron esta señal segura de que el final estaba cerca. El teléfono, escribió Gisevius, seguía funcionando y el «Putsch fantasma» se hacía eterno.[62] Incluso al final, un testigo presencial vio a Stauffenberg hablando con claridad y decisión por teléfono en un intento desesperado por revivir la revuelta moribunda. Irónicamente, el coronel Müller de Döberitz apareció en el último momento en la Bendlerstrasse. Estaba dispuesto a luchar contra las SS, enviar un destacamento de seguridad a la Bendlerstrasse y ocupar las instalaciones de radio y los campos de concentración cerca de Berlín. Sólo preguntó si se le podía entregar por escrito la autorización para dirigir las tropas de Döberitz. Olbricht firmó la orden, la última que iba a emitir el Gobierno de un solo día de Ludwig Beck.[63]

La mayoría de los guardias de la Bendlerstrasse pertenecían al batallón de Remer y recibieron instrucciones de abandonar el lugar de inmediato. Las autoridades de la Wehrmacht establecieron un control férreo sobre la academia de blindados de Krampnitz y los tanques estacionados en Berlín recibieron la orden de regresar a la base. El centro de la conspiración en el cuartel general de Berlín estaba, en cualquier caso, condenado después del arresto de Hase. Helldorff no estaba dispuesto a utilizar a la policía sin el apoyo de la Wehrmacht, y al oír que Hitler estaba vivo y el Putsch había fracasado, incluso Philipp von Boeselager se rindió. Comprendió que no tenía sentido trasladar sus tropas a Berlín. La «rueda conspirativa» de Stauffenberg, esa red a lo largo y ancho de Europa que sólo unas horas antes parecía tan densa y formidable, se había desintegrado. Los radios de la rueda se habían roto y sólo el eje seguía activo: agentes tristes y solitarios, enlaces sin conexiones, generales y coroneles sin tropas.[64]

El reloj dio las once y las últimas esperanzas se desvanecían en la noche. Los oficiales subalternos en el complejo, que hasta el momento

habían colaborado más o menos, renegaron de la autoridad de Olbricht, recorriendo los pasillos armados con pistolas, subfusiles e incluso granadas de mano. Detenían a todo el mundo, le preguntaban si estaba «a favor o en contra del Führer» y arrestaban a los que no daban la respuesta correcta. El propio Olbricht fue desarmado y conducido, junto con Mertz, a la oficina de Fromm, donde quedó detenido con Beck, Hoepner y Haeften. El resto de los conspiradores se encontraban retenidos en el despacho de Mertz. Hoepner, intentó patéticamente negar cualquier participación y les dijo a sus guardias que no era más que un espectador inocente. Mientras tanto, los oficiales nazis vislumbraron a Stauffenberg corriendo por los pasillos. «¡Ése es el traidor!», gritaron. El coronel, claramente al borde de la locura, abrió fuego, y los oficiales dispararon a su vez. Stauffenberg se retiró al despacho de Beck, sangrando abundantemente, y allí lo arrestaron junto con los demás.[65]

El general Fromm, comandante del Ejército de Reserva, finalmente liberado de su confinamiento, se enfrentó a los conspiradores con un espíritu vengativo. «Ah», dijo. «Aquí están los caballeros que me han arrestado esta tarde. Ahora sois todos mis prisioneros. Os he atrapado en el acto de cometer traición y según las leyes vigentes, os enfrentaréis todos a un pelotón de fusilamiento.» Sus sentimientos eran algo más que una simple venganza. Fromm estaba preocupado por sí mismo y quería librarse de todos los testigos que sabían de su implicación silenciosa en la conspiración. El teniente Haeften, que de alguna manera seguía armado, blandió la pistola y amenazó con disparar a Fromm, pero Stauffenberg lo detuvo. No había necesidad de más derramamiento de sangre. Fromm les preguntó si querían escribir algo. Olbricht pidió papel y sobre y garabateó una carta de despedida para su esposa. Hoepner también escribió a su esposa, añadiendo algo en su propia defensa. Fromm les pidió que fueran rápidos «para que no sea demasiado duro para los demás».[66]

Beck pidió permiso para tener una pistola «para su propio uso». Fromm consintió, pero le pidió que lo «hiciera inmediatamente». «Ahora recuerdo días del pasado», dijo Beck, pero Fromm no estaba de humor para

sentimentalismos. «Ahora no tenemos tiempo para eso», lo cortó. «Por favor, proceda.» Se oyó un disparo, pero Beck sólo consiguió herirse. El antiguo jefe del Estado Mayor estaba sentado en su silla, sangrando y aún con la pistola humeante en la mano. «Ayude al anciano caballero», ordenó Fromm a uno de los oficiales, que no fue capaz de cumplir la orden.[67] Beck fue llevado a una oficina vacía y allí fue ejecutado por un suboficial.

Con Beck fuera de juego, Fromm estaba preparado para el siguiente paso. Declaró que había convocado una corte marcial «en nombre del Führer» y sentenciado a muerte a cuatro de los acusados: «el coronel del Estado Mayor Mertz, el general de Infantería Olbricht, este coronel cuyo nombre no quiero mencionar [Stauffenberg] y este teniente [Haeften]». Los cuatro fueron rápidamente conducidos al patio para enfrentarse a un pelotón de fusilamiento, bajo el mando de uno de los oficiales subordinados de Remer.[68]

La cuenta atrás empezó unos minutos después, iluminados por los faros de un coche militar. Testigos presenciales afirmaron que los cuatro se situaron con tranquilidad delante de los fusiles. Olbricht y Mertz murieron primero, en silencio. Después las armas apuntaron a Stauffenberg. En un último acto de valentía y lealtad, el teniente Haeften saltó delante de su comandante para morir primero. El conde Stauffenberg se quedó solo, rodeado por los cuerpos de sus amigos. La orden de disparar fue interrumpida por su último grito: «¡Larga vida a nuestra sagrada Alemania!».[69]

Poco después llegaron a la Bendlerstrasse el jefe del SD Ernst Kaltenbrunner, Otto Skorzeny y sus hombres de las SS. No ayudaron a Remer y a sus hombres a aplastar la revuelta. Probablemente Skorzeny consideró que la conspiración era un asunto interno de la Wehrmacht y creyó que el Ejército era responsable de limpiar sus propias filas. Sus hombres y él esposaron entre sí a los conspiradores restantes. Después de hacerlo, Skorzeny abandonó el edificio y oyó cómo Fromm decía: «Me voy a casa. Ya sabe cómo localizarme por teléfono». Entonces le dio la mano a Kaltenbrunner y se fue.[70]

A la una de la madrugada del 21 de julio, los ciudadanos del Reich alemán oyeron la voz de Adolf Hitler en todas las emisoras de radio:

> Por tercera vez se ha planeado y ejecutado un atentado contra mi vida. Si hoy me dirijo a vosotros, es en primer lugar para que oigáis mi voz y sepáis que estoy bien e ileso. En segundo lugar, para que conozcáis un crimen sin precedentes en la historia alemana. Una camarilla muy pequeña de ambiciosos, irresponsables y al mismo tiempo insensatos y criminalmente estúpidos oficiales han organizado un complot para eliminarme a mí y al mando de la Wehrmacht alemana.
>
> La bomba fue colocada por el coronel conde Von Stauffenberg. Explotó dos metros a mi derecha. Uno de los que estaban conmigo ha muerto. Una serie de colaboradores muy queridos han resultado heridos de gravedad. Yo sólo he sufrido algunos rasguños, arañazos y quemaduras menores. Veo esto como una confirmación de la tarea que me ha impuesto la Providencia para seguir por el camino de mi vida como he hecho hasta ahora [...]. De repente, en un momento en el que el Ejército alemán está librando una lucha amarga, ha surgido un pequeño grupo en Alemania, al igual que en Italia, con la creencia de que podían repetir la puñalada en la espalda de 1918. Pero esta vez han cometido un grave error [...].
>
> El círculo de los conspiradores es muy pequeño y no tiene nada en común con el espíritu de la Wehrmacht alemana y sobre todo nada con el del pueblo alemán. Se trata de un grupo minúsculo de elementos criminales que serán exterminados sin piedad [...]. Esta vez les ajustaremos las cuentas como acostumbramos a hacer los nacionalsocialistas.[71]

¿Por qué fracasó el golpe de Estado? El historiador israelí Frank Stern, un crítico implacable de la resistencia militar y de los hombres del 20 de julio de 1944, ha dudado no sólo de la integridad moral de los conspiradores y de sus motivos, sino también de sus habilidades militares. El intento de asesinato, escribe, «fracasó debido a un diletantismo de aficionado».[72] Aunque Stern no es exactamente un experto en historia militar, su punto de vista merece cierta consideración. ¿Los conspiradores fracasaron realmente porque eran «diletantes», aficionados sin conocimientos sobre temas militares? Goebbels hizo la misma insinuación. Ni siquiera su hija pequeña, dijo, habría cometido errores tan estúpidos como no cortar su línea telefónica.

Pero una clave importante para una interpretación diferente se puede encontrar en la investigación posterior de la Gestapo. Los investigadores que estudiaron la dinámica del 20 de julio de 1944, quedaron sorprendidos por el comportamiento estirado, inflexible y no revolucionario de muchos conspiradores militares:

> [El comandante Bernhard] Klamroth dijo: «Atribuyo las causas del fracaso en primer lugar [...] a mi determinación insuficiente. La mayoría de los oficiales se encuentran desamparados cuando se enfrentan de repente con problemas fuera de su campo de experiencia militar e intentan resolverlos mediante órdenes». Lo que ordena el superior directo se hace y lo que no ordena... no se hace. El coronel Jaeger lo confirmó cuando habló de su fracaso al tomar medidas contra la revuelta. «No lo hice porque estaba esperando órdenes, porque todavía no tenía claro el cuadro general.»[73]

Al contrario de las críticas de Frank Stern y otros, los testimonios de Klamroth y Jaeger no indican en absoluto que fueran diletantes ni que desconocieran las artes militares. En realidad, para analizar por qué oficiales con tanta experiencia fracasaron de una manera tan absoluta hay que tener en cuenta un factor importante. La profesión militar está estructurada en una jerarquía de rangos, canales de mando establecidos y obediencia incondicional a las órdenes. La profesión militar requiere habitualmente colaboración, paciencia y una capacidad de esperar las decisiones de los superiores, dando por supuesto que tienen un mayor conocimiento del «cuadro general», tal como explicó Jaeger. Es cierto que a veces la profesión militar también requiere improvisación y decisiones rápidas por parte de oficiales subalternos, y no son completamente extraños los casos de desobediencia justificada durante la guerra. Pero en la mayoría de los ejércitos, dichas improvisaciones sólo se pueden tolerar en cuestiones tácticas, pero no en las estratégicas y mucho menos en las políticas.

La Operación Valkiria fue metódicamente planeada durante más de dos años, y el esfuerzo, el talento e incluso la imaginación empleados en esta planificación fueron extraordinarios. Pero había un problema fundamental: los líderes se ciñeron demasiado al plan original y no fueron capaces de improvisar como deben hacerlo los revolucionarios. Stauffenberg fue, quizás, una excepción, pero estaba exhausto al desempeñar el doble papel imposible de asesino y líder del golpe, y eso sin tener en cuenta el hecho de que estaba seriamente discapacitado.

Además, ceñirse al plan original, seguir los procedimientos de mando aceptados y ser totalmente incapaces de ajustarse a las circunstancias

cambiantes fueron actitudes comunes a la mayoría de los oficiales implicados en la conspiración. El mejor ejemplo sea quizá la desastrosa decisión de Klausing de despachar la Operación Valkiria como alto secreto. Esto no fue consecuencia de la estupidez o el diletantismo; en realidad, el secreto era parte esencial de la Operación Valkiria desde sus inicios en 1942. Pero en la fase de ejecución (frente a la de planificación) de todo tipo de revueltas, golpes de Estado y conspiraciones revolucionarias el secreto deja de tener sentido. La velocidad lo es todo.[74]

Klausing no fue el único en dar pasos en falso. Jaeger tampoco fue capaz de mostrar iniciativa y creatividad suficiente en el mando de las tropas. El coronel Müller, de la academia de infantería de Döberitz, acudió a Berlín para pedir órdenes por escrito, provocando un retraso crucial. Stauffenberg confiaba en la colaboración de oficiales que no formaban parte de la conspiración, como Remer, con la certeza de que cumplirían las órdenes dadas por un superior. De hecho, seguir los procedimientos aceptados, lo que normalmente se considera una virtud militar, puede ser muy perjudicial para conspiradores y revolucionarios. En este sentido, los acontecimientos en París durante el 20 de julio son una excepción que confirma la regla. Allí nadie pidió órdenes por escrito para arrestar a los SS. Una orden verbal de Stülpnagel fue suficiente. El gobernador también tuvo la precaución de enviar a alguien de confianza con cada escuadrón de detención, para asegurarse de que todo el mundo cumplía con su tarea.

Por tanto, los conspiradores del 20 de julio de 1944 no fracasaron porque fueran diletantes, sino porque eran excesivamente profesionales. Una revuelta militar tiene algunos elementos en común con una operación militar, y supone cierto tipo de trabajo ordenado y metódico; pero, al final, resulta muy diferente de una operación militar. Más que orden, requiere improvisación, incluso inconsciencia: la capacidad de dejar de lado la cautela y saltar hacia lo desconocido. Los conspiradores eran soldados educados, no revolucionarios. Ninguno de ellos tenía formación en el arte del golpe de Estado. Ni podían aprovechar la tradición oral de revoluciones

militares, como en el caso de los ejércitos de Oriente Medio, África y América del Sur. Eran profesionales, pero de la profesión equivocada.

19
La camisa de Neso

> Un barco se puede hundir, pero no tiene por qué arriar la bandera.
>
> El conde Nikolaus von Halem al ser condenado a muerte por el Tribunal Popular en Berlín

«Una camarilla muy pequeña [...] de oficiales criminales y estúpidos [...] serán exterminados sin misericordia...» La voz ronca de Hitler surgió de la radio de Fabian von Schlabrendorff en el Segundo Ejército. El veterano conspirador, un agente crucial y mano derecha de Tresckow, estaba profundamente consternado. Comprendía que el golpe había acabado en fracaso.

La noticia era devastadora. El hecho de que Hitler nombrase a Stauffenberg significaba probablemente que el admirado líder de la conspiración había sido detenido y ejecutado; la Gestapo estaba destruyendo el movimiento de resistencia en ese mismo instante, y Tresckow y él se encontraban en un peligro mortal inminente.

Era la una de la madrugada del 21 de julio de 1944. Schlabrendorff corrió a la habitación de Tresckow y lo despertó con las malas noticias. La respuesta de Tresckow fue rápida: «En el interrogatorio me harán revelar nombres; para evitarlo tengo la intención de pegarme un tiro». El hombre cuya resolución sirvió como la brújula ideológica del barco de la resistencia se sentía obligado a permanecer a bordo y hundirse con él. Pero, como diría

más tarde Nikolaus von Halem, incluso un barco que se hunde no tiene por qué arriar la bandera, y Tresckow no lo hizo. Imploró a Schlabrendorff que no diera los nombres de los conspiradores y que siguiera viviendo. Continuó:

> Ahora caerán sobre nosotros y nos cubrirán de oprobio. Pero estoy convencido, ahora como antes, de que hemos hecho lo correcto. Creo que Hitler es el archienemigo no sólo de Alemania, sino en realidad de todo el mundo. Dentro de unas horas estaré ante Dios y responderé por mis acciones y las cosas que me olvidé de hacer. Creo que puedo defender, con la conciencia limpia, todo lo que he hecho en la batalla contra Hitler. De la misma manera que Dios prometió en su momento a Abraham que perdonaría a Sodoma si se podían encontrar sólo diez hombres justos en la ciudad, también tengo razón para esperar que, por nosotros, Él no destruirá Alemania. Nadie se puede quejar de su muerte, porque los que se unieron a nuestras filas se pusieron la camisa envenenada de Neso. El valor de la moral de un hombre sólo queda establecido en el momento que está preparado para entregar su vida por sus convicciones.[1]

En las primeras horas del 21 de julio de 1944, poco antes de su muerte, Tresckow invocó un mito de la antigua Grecia. La leyenda cuenta que el centauro Neso maldijo su camisa antes de morir. Como consecuencia, todos los que la vistieron tuvieron un final terrible. No existía mejor metáfora para el riesgo enorme que habían corrido los conspiradores, ni para el destino que iban a sufrir después de su derrota. «Sabes que», confió Tresckow a otro amigo, el comandante Joachim Kuhn, «como subordinado de Beck, era el líder espiritual del acontecimiento que tuvo lugar ayer, incluso por delante de Stauffenberg. Conozco la organización del derecho y del revés y me siento, como Beck y Stauffenberg, responsable del resultado. Por eso, también ha llegado mi hora.»[2]

Tresckow se despidió de Kuhn el 21 de julio con las primeras luces del día. Fue a su oficina, respondió a llamadas telefónicas de rutina y se ocupó de algunos asuntos militares. Incluso en ese momento, según sostiene su biógrafo Bodo Scheurig, se sintió responsable de sus soldados, que estaban muy presionados por los rusos.[3] Convocó al capitán Breitenbuch, el conspirador que intentó matar a Hitler con una pistola en la primavera de 1944, y abrió su corazón por última vez. «No quiero dar a nuestro enemigo el placer de arrebatarme la vida», le dijo. «Pretendo ir solo a la tierra de

nadie en el distrito de la 28.ª División, fingir una batalla... y terminar con mi vida. El mundo creerá que he muerto luchando contra los partisanos.» Finalmente dijo: «Adiós, nos vemos en un mundo mejor».[4]

Tresckow subió a un coche oficial y ordenó al chófer que se dirigiera al frente. De camino, se detuvo en el cuartel general de la división, llamó a Schlabrendorff y le preguntó, por última vez, si la terrible noticia era cierta o si, quizá, se había producido algún cambio esperanzador. La respuesta de Schlabrendorff fue negativa. Tresckow habló animado con el chófer, pero a medida que el coche se acercaba a la tierra de nadie, se quedó en silencio, se hundió en su asiento y volvió la cara hacia el sol. Finalmente, el coche se detuvo en un campo abandonado cerca de la línea del frente. El general le dijo al chófer que esperase en el coche y después desapareció en el bosque. Unos segundos después, el chófer oyó una descarga seguida de la explosión de una granada de mano. Corrió a través de los árboles y vio a Tresckow muerto, con la pistola caída a su lado.[5]

De esta manera, Henning von Tresckow escapó al destino reservado para muchos de sus camaradas. La mayoría de los conspiradores presentes en la Bendlerstrasse habían sido detenidos durante la noche del 20 de julio. El general Fromm, ansioso por ocultar su implicación, ejecutó a cuatro de ellos y «ayudó» a uno, el general Beck, a terminar con su vida. Otros, como el capitán Klausing y el capitán Hammerstein, escaparon del edificio. Este último, que había jugado en el complejo de niño, cuando su padre era comandante en jefe del Ejército, conocía muy bien el edificio y fue capaz de encontrar una salida a la calle. No obstante, tanto Klausing como él fueron descubiertos más tarde y arrestados.

Tras la ejecución de Beck, Stauffenberg, Mertz, Olbricht y Haeften, la Bendlerstrasse fue registrada por equipos de las SS dirigidos por Skorzeny y Kaltenbrunner. Tenían a los conspiradores esposados entre sí y los llevaron al tristemente famoso cuartel general de la Gestapo en la Prinz Albrecht Strasse. Muchos recibieron una paliza nada más llegar.[6] Esa misma noche las autoridades arrestaron al general Erich Fellgiebel, uno de los actores más importantes del 20 de julio. Durante la tarde, el general

comprendió las implicaciones del fracaso, pero aun así no intentó evitar su detención inminente. Él y sus colegas más cercanos, todos ellos conspiradores, se sentaron alrededor de la mesa y discutieron sobre la existencia del inframundo. «Si creyésemos en la eternidad», le dijo a su segundo al mando, «habríamos podido desearnos mutuamente un buen viaje.»[7]

En París, el general Carl-Heinrich von Stülpnagel, gobernador militar de la Francia ocupada, también sabía que había llegado su hora. El mariscal de campo Kluge, ansioso por salvar la piel, informó al Estado Mayor sobre el papel de Stülpnagel en la conspiración. De camino a Berlín donde lo esperaba la Gestapo, el antiguo gobernador le pidió a su chófer que se detuviera cerca del antiguo campo de batalla de Verdún, donde había luchado como joven oficial en la Gran Guerra. El conductor aparcó el coche y Stülpnagel caminó un poco por el campo para «estirar las piernas». Cuando creyó que no lo podían ver, Stülpnagel entró en el río, se puso la pistola en la sien y apretó el gatillo. Pero su cansancio era más fuerte que su mano. En lugar de acertar en la sien, se disparó en el ojo. El chófer lo encontró en el río, sangrando y ciego. Destrozado, Stülpnagel fue conducido ante la Gestapo en una cama de hospital.[8]

Hermann Kaiser, el agente incansable de la resistencia alemana, cuya labor hizo posible que las diversas células funcionasen como un movimiento, fue detenido el 21 de julio en el apartamento de su hermana. Por desgracia para los conspiradores, la Gestapo descubrió su diario y lo utilizó como una fuente inagotable de información sobre el movimiento. Parece que la mejor manera de desenmascarar y disolver una red es a través de sus canales de comunicación normales, en este caso extrayendo información de su agente principal, que estaba en contacto con la mayoría de los grupos. Irónicamente, el error de la Gestapo al no capitalizar el arresto de Kaiser en 1943 había salvado de la destrucción al movimiento de resistencia alemán. Pero esta vez, las autoridades de seguridad nacionalsocialista corrigieron este error. Hitler estaba decidido a eliminar la raíz y las ramas de la organización. Siguiendo sus órdenes, Himmler

estableció el Comité Especial del 20 de julio, dirigido por el oficial de las SS Georg Kiessel y supervisado por los respectivos jefes del SD y la Gestapo, Kaltenbrunner y Müller.[9]

No dejaron en paz a los conspiradores ni después de muertos. Los cuerpos de Beck, Stauffenberg, Olbricht, Haeften y Mertz fueron exhumados y quemados. En una oleada fulminante de detenciones, las autoridades nacionalsocialistas capturaron a la mayoría de los miembros de la resistencia civil y militar. Erwin von Witzleben fue encontrado por la Gestapo en la propiedad campestre de uno de sus amigos. Viejo y cansado, había ido allí a esperarlos. Los otros comandantes, Berthold von Stauffenberg, Erich Hoepner, Peter Yorck von Wartenburg y Fritz von der Schulenburg, fueron arrestados en la Bendlerstrasse esa misma noche. Los agentes de la Gestapo empezaron muy pronto una maratón de interrogatorios para descubrir todo lo posible sobre los miembros y los líderes de la resistencia.

Al principio, los conspiradores intentaron salvar a sus amigos restando importancia a sus acciones. Berthold von Stauffenberg, por ejemplo, dijo que simplemente había sido un intento de asesinato planeado unos meses antes por un pequeño grupo de oficiales pesimistas. Para salvar a Alemania, habían decidido matar a Hitler y ocupar el Gobierno. Berthold usó una estrategia bien conocida por los interrogados: minimizar el periodo temporal del delito para que los interrogadores realizaran las mínimas preguntas posibles. Fabian von Schlabrendorff utilizó más tarde la misma táctica al afirmar que cuando llegó al Grupo de Ejércitos Centro, Tresckow seguía siendo nazi «al ciento cincuenta por ciento»; más tarde, se fue volviendo «pesimista» y finalmente decidió asesinar a Hitler para salvar la situación militar. Hoepner y Witzleben generaron la impresión de que habían actuado impulsados por su ansia desmedida de poder.[10]

No obstante, la Gestapo doblegó uno a uno a todos los conspiradores. Probablemente utilizaron la tortura para ello, aunque no se menciona explícitamente en los documentos oficiales. Muchos de los conspiradores no pudieron soportar la presión y empezaron a confesar ante sus

interrogadores. Hayessen y Oertzen fueron arrestados en Berlín. El general de intendencia Eduard Wagner comprendió que la Gestapo iría pronto a por él y terminó con su vida con un disparo de pistola. El comandante Oertzen robó de alguna manera una granada de mano mientras estaba detenido y se suicidó haciéndola estallar en un pasillo. Pero la mayoría de los conspiradores siguieron con vida, al menos durante un tiempo.[11]

Unas pocas semanas después del 20 de julio, la Gestapo había conseguido extraer gran cantidad de información de los interrogatorios y de los documentos confiscados. Un descubrimiento esencial fue la revelación de la existencia del grupo de resistencia de Tresckow en el frente oriental. Averiguaron asimismo que Tresckow no había muerto en combate con los partisanos, sino por su propia mano. Una oleada de arrestos barrió Alemania y los territorios que seguían ocupados: cientos de conspiradores fueron detenidos, casi todos los miembros de la resistencia civil y militar. Algunos no fueron detectados gracias a la valentía de algunos detenidos como Fellgiebel, que tuvo mucho cuidado en no mencionar a los otros conspiradores en su cuartel general. Incluso algunos de los que confesaron intentaron incriminarse sólo ellos mismos o personas que ya estaban muertas, salvando de esta manera al menos a algunos de sus amigos.

La vida en la cárcel de la Gestapo era dura. El coronel Wolfgang Müller contó más tarde que sus amigos y él estaban encerrados en celdas pequeñas a merced de guardias que no dejaban de maltratarlos. Según el relato de Müller, las autoridades carcelarias inventaban constantemente reglas nuevas para hacer que su vida fuera lo más miserable posible. Les estaba prohibido leer, escribir o taparse durante las noches frías. El teniente Kleist recordaba que por las noches los deslumbraban con linternas brillantes y les obligaban a estar de pie durante largas horas. Otro testigo dijo que la calefacción estaba tan alta que los prisioneros padecían un calor sofocante. Algunos, como Dohnanyi, suplicaban que les dieran agua, algo que se les negaba con frecuencia. Los interrogatorios eran largos y agotadores. «Era como si estuviera en un trance», recordaba Margarethe von Oven. «No tengo ni idea de lo que respondía.»[12]

A principios de agosto, la Gestapo llegó a la conclusión de que algunos de los sujetos estaban agotados, y entregaron a ocho conspiradores destacados al Tribunal Popular, la plataforma para la justicia política nacionalsocialista. No resulta sorprendente que Hitler no quisiera que los acusados fueran juzgados en tribunales militares. «Esta vez», dijo, «los juicios se concluirán con rapidez. Estos criminales no serán juzgados en un tribunal militar por sus compañeros en el crimen, que podrán retrasar la sentencia, sino que serán expulsados de la Wehrmacht y llevados ante el Tribunal Popular. Para ellos no habrá una muerte honorable ante un pelotón de fusilamiento: serán colgados como criminales comunes [...]. El veredicto será ejecutado en dos horas, por ahorcamiento, sin piedad. Lo más importante es que no se les permitirá que pronuncien largos discursos.»[13]

A través de «Tribunales de Honor», presididos por el mariscal de campo Keitel, el mariscal de campo Rundstedt y el general Guderian, los desafortunados conspiradores fueron rápidamente expulsados de la Wehrmacht. Todos los logros fueron revocados, las condecoraciones anuladas y, en el caso de Tresckow, al menos, el expediente personal quemado hasta quedar reducido a cenizas. En una página que se conservó, una gran *X* roja cubre los párrafos que describen sus cargos militares anteriores con el comentario «cometió suicidio, expulsado del Ejército». Guderian recordó más tarde que las reuniones del tribunal fueron «sombrías» e implicaron «cuestiones de conciencia muy difíciles».[14] Pero fueron el mismo Guderian y sus colegas los que entregaron a viejos amigos al Tribunal Popular.

El espectáculo empezó el 7 de agosto, cuando el Tribunal Popular se reunió para su primera sesión. El presidente del tribunal era Roland Freisler, un destacado juez nazi que había sentenciado la ejecución de incontables «criminales políticos» y «traidores» de todo tipo. Más allá del retrato de burdo matón que aparece en gran parte de la literatura sobre la resistencia, Freisler era también el teórico legal nacionalsocialista que creía realmente

que la justicia que administraba representaba los principios puros del liderazgo, la lucha y, lo que era más importante, la esencia de la voluntad del Führer. Para Hitler había escrito, inmediatamente después de tomar posesión de su cargo, que el «Tribunal Popular intentará sentenciar [a los acusados] como lo haría usted, mi líder [si presidiese el tribunal]». «Los jueces no deben esconderse sumisamente detrás de la ley...», escribió el superior directo de Freisler, el ministro de Justicia Otto Thierack. «Deben ajustarse [a las condiciones de la guerra]. Esto sólo es posible cuando conocen las intenciones y los objetivos de la dirección, con la que deben estar constante y estrechamente en sintonía.»[15] Con semejante sistema judicial, los conspiradores sólo podían esperar lo peor.

Los acusados del primer juicio fueron el mariscal de campo Erwin von Witzleben, comandante en jefe de los conspiradores; el general Erich Hoepner, su líder del Ejército de Reserva; el capitán Albrecht von Hagen, que había ayudado a Stauffenberg a conseguir la bomba; el capitán Friedrich von Klausing, ayudante de Stauffenberg; el comandante de Berlín teniente general Paul von Hase; y el conde Peter Yorck von Wartenburg. A su lado se encontraba el general de división Helmuth Stieff, cuya deserción en el último momento no le salvó el cuello; y el coronel Robert Bernardis, uno de los hombres de Stauffenberg en Berlín. Todos estaban exhaustos a causa de sus largos interrogatorios. Lo peor estaba por llegar.

El juez Roland Freisler, vestido con un birrete y una toga carmesí, se ha caricaturizado con frecuencia como un bruto histérico. Desde luego, gritaba y chillaba, interrumpía a los acusados a media frase y no les permitía que explicasen sus motivos. El hecho de que no estuviera acostumbrado a los micrófonos y gritase directamente en uno amplificaba el efecto de su «estilo» único. Pero no siempre era así de ruidoso. Cuando se daba cuenta de que algún conspirador se estaba humillando a sí mismo o se estaba liando en mentiras, lo interrogaba con suavidad y lo animaba a seguir y explicarse extensamente. No se observaban las reglas del decoro. Freisler, que actuaba como fiscal y juez (el fiscal de verdad permanecía relativamente en silencio) usaba una y otra vez términos como *cobarde,*

cerdo, idiota, traidor y *criminal*. Tomemos como ejemplo el siguiente «diálogo» con Hoepner:

> FREISLER: Si usted lo niega [que es un cerdo], ¿cómo debemos clasificarle zoológicamente?
> HOEPNER: Un asno.
> FREISLER: ¡No! Porque ser un asno es una discapacidad intelectual. Pero en nuestro diccionario «cerdo» califica un carácter defectuoso.[16]

Resulta demasiado fácil denunciar a este juez específico, pero debemos comprender el marco teórico al que se aferraba y el contexto judicial en el que trabajaba.

Freisler no era un juez independiente, aun cuando Hitler no decidía los veredictos, como fue aquí el caso. La teoría judicial nacionalsocialista esperaba que el tribunal actuase «como lo hubiera hecho Hitler» o, tomando prestada la acertada frase de Ian Kershaw, trabajase «en la línea del Führer».[17] A diferencia de los juristas en las democracias liberales, los nacionalsocialistas (y los bolcheviques) aborrecían la idea de imparcialidad que subyace a la noción liberal de una justicia independiente. Al igual que cualquier otro brazo del Estado, el sistema judicial es una herramienta para promover y proteger los objetivos nacionales. En la Alemania nacionalsocialista, estos objetivos estaban íntimamente ligados a la persona del Führer.[18] Por eso intentar asesinarlo era el peor de todos los crímenes. El acusado era un enemigo que debía ser destruido, en lugar de una persona que tuviera el derecho a ser escuchada y juzgada con imparcialidad.

Como en muchos otros regímenes totalitarios, los nazis se creían constantemente amenazados por conspiradores, espías y agentes enemigos. Los acontecimientos del 20 de julio de 1944, por no mencionar la guerra mundial, amplificaban enormemente estas amenazas. Una manera de destruir a los enemigos del Estado era el uso de la propaganda y ésta era la razón más importante para humillar a los acusados. Freisler quería mostrar a todos los alemanes lo miserables y degenerados que eran los «traidores», incluso —o más bien, sobre todo— si antes habían sido oficiales condecorados.

En cualquier caso, el espectáculo unipersonal de Freisler casi nos hace olvidar que había otros jueces en el tribunal. Ellos, como el fiscal, permanecían casi completamente en silencio. Los abogados nombrados por el tribunal, con una excepción importante, competían con Freisler en diatribas contra sus clientes y algunos de ellos incluso pedían la pena de muerte. Arno Weissmann, abogado de Witzleben, admitió en sus conclusiones que «el tribunal tenía un solo deber: confirmar y ejecutar la sentencia al pie de la letra».[19] Con abogados así, quién necesitaba un fiscal.

«Witzleben», escribió el jefe del SD Kaltenbrunner en un informe a la cancillería del partido, «se reveló en el juicio como un anciano decrépito y miserable, que había perdido el último atisbo de amor propio. Además, se estableció con claridad que había aceptado participar en el asesinato principalmente porque estaba resentido por su pase a la reserva.»[20] Esta frase refleja a la perfección la línea seguida por Kaltenbrunner y Freisler, que hicieron todo lo que pudieron para degradar a los conspiradores. Los carceleros habían entregado a Witzleben, el antiguo mariscal de campo, pantalones demasiado grandes sin cinturón, obligándolo a sujetárselos hasta que incluso Freisler decidió que era demasiado. También le quitaron la dentadura postiza. Enfermo, una sombra de sí mismo, se presentó roto ante el juez y respondió principalmente con monosílabos. Era evidente que a Witzleben le resultaba difícil enfrentarse al flujo de acusaciones e insultos que lanzaban contra él.

Algunos conspiradores trataron en vano de salvar el cuello. El capitán Hagen afirmó que no sabía nada del complot de asesinato y que consiguió la bomba sólo a petición de sus superiores. No los había delatado, añadió, por lealtad personal. «Reprimió la idea», escribió Kaltenbrunner sarcástico, «de que la lealtad al Führer y a la nación es más importante que cualquier lazo personal.»[21] Otros, como Hase, Hoepner, Bernardis y Klausing, se presentaron arrepentidos ante el juez, temblando de miedo.

La única excepción fue el conde Peter Yorck, que fue la mejor representación del espíritu de Kreisau. Cuando Freisler le preguntó por qué

no se había unido al partido nazi, respondió que «no es ni podría ser nunca un nazi». El juez Freisler, sabiendo muy bien que Yorck había denunciado el asesinato de los judíos en sus interrogatorios, le preguntó si la razón era «la oposición al concepto de justicia nacionalsocialista de que los judíos debían ser erradicados». «La idea común a todas estas preguntas», respondió Yorck, «es la pretensión totalitaria del Estado sobre el ciudadano para excluir sus obligaciones religiosas y morales ante Dios.»[22] Freisler lo cortó inmediatamente. El juicio se estaba grabando por motivos educativos y no se podía estropear el espectáculo con «discursos largos». El veredicto estaba obviamente decidido con antelación: todos los acusados fueron declarados culpables de traición y sentenciados a morir en la horca:

> ¡En el nombre del pueblo alemán! Los deshonrados y ambiciosos incumplidores del juramento, Erwin von Witzleben, Erich Hoepner, Helmuth Stieff, Paul von Hase, Robert Bernardis, Peter Yorck von Wartenburg, Albrecht von Hagen y Friedrich Karl Klausing, traicionaron a los soldados caídos, al pueblo, al Führer y al Reich. Su traición no tiene precedentes en la historia alemana. En lugar de luchar como hacen los hombres, siguiendo al Führer hasta la victoria como el resto del pueblo alemán, intentaron asesinar al Führer en un acto abominable y traicionero, poniendo así a nuestra nación a merced de sus enemigos, sólo para esclavizarla con los tenebrosos grilletes de la reacción. Estos conspiradores, que traicionaron todo por lo que vivimos y luchamos, son sentenciados a muerte. Sus propiedades son confiscadas por el Reich.[23]

A la mañana siguiente, 8 de agosto, el mariscal de campo Erwin von Witzleben fue conducido al cadalso en la prisión de Plötzensee, en Berlín, junto con Hoepner, Stieff, Bernardis, Klausing, Hase, Yorck y Hagen. Los conspiradores fueron ahorcados lentamente con cuerdas de piano colgadas de garfios de carnicero. Durante la guerra, el verdugo, un tipo llamado Roettger, ganaba un extra de ochenta marcos y raciones adicionales de cigarrillos por cada cabeza que cortara con la guillotina y cada cuello que colgase de una soga. Siempre tenía un cigarrillo en la boca.[24]

La escena horrorosa fue filmada con todo detalle y enviada el mismo día a Hitler para su disfrute personal. Unos días más tarde, el Führer recibió fotos adicionales durante una de las reuniones diarias. «Hitler se puso las gafas», recordaba uno de los presentes, «cogió con ansia las macabras imágenes y las estuvo mirando durante una eternidad, con una expresión de

placer morboso.» Después las hizo circular entre los asistentes. El general Guderian se encontraba allí pero no protestó por la humillación de sus antiguos colegas.[25]

Éste fue sólo el primero de muchos juicios. Fritz von der Schulenburg, uno de los principales acusados en el segundo juicio, se comportó de una manera muy diferente a Hoepner, Bernardis, Hase y Klausing, que intentaron excusarse o arrepentirse durante el juicio. «Cargamos con esta acción», le dijo a Freisler, «para salvar Alemania de unos sufrimientos indescriptibles. Sé muy bien que me van a ahorcar, pero no me arrepiento del acto [del intento de asesinato], y espero que otro lo conseguirá en el momento adecuado.» De manera similar, el conde Schwerin von Schwanenfeld dijo con claridad, antes de que Freisler lo cortase, que se había vuelto contra Hitler «a causa de sus asesinatos dentro y fuera de Alemania».[26] «Pronto estará en el infierno», le dijo el juez a otro conspirador, el abogado católico Josef Wirmer. «Estaré encantado», replicó, «de que se reúna allí conmigo, señor presidente.»[27]

En uno de los juicios siguientes, Helmuth James von Moltke también fue condenado a muerte. Moltke escribió, poco antes de su ejecución, que se presentaba ante Freisler no como noble, protestante, prusiano o incluso alemán, sino sólo «como un cristiano»; y además se refería con este nombre a sí mismo y a otros dos miembros destacados del Círculo de Kreisau que compartieron con él el banquillo: «La idea de que tres personas solas son suficientes para asustar al nacionalsocialismo [...]. ¿No es un cumplido? Nos van a ahorcar porque pensamos juntos. Freisler tiene razón, tiene razón al cien por cien. Si debemos morir, lo mejor es hacerlo por estos cargos».[28]

Moltke fue ejecutado junto con el antaño todopoderoso agente Hermann Kaiser y muchos de los luchadores de la resistencia militar arrestados a finales de julio y principios de agosto. El antiguo gobernador de Francia, el general Stülpnagel, fue conducido al verdugo en una cama de hospital.

Entre los ejecutados también se encontraban Fritz von der Schulenburg, Berthold von Stauffenberg, el conde Schwerin von Schwanenfeld y el general Fellgiebel. A finales de agosto, casi treinta de los conspiradores principales habían sido ahorcados. Hasta el final de la guerra, el número de luchadores de la resistencia ejecutados o asesinados sin juicio creció hasta superar el centenar.

Con frecuencia, también se arrestó a miembros de la familia de los conspiradores. «Deben mirar las sagas germánicas», les dijo Himmler a los gobernadores nazis. «Cuando declaran que una familia será perseguida, dicen: "Esta persona cometió traición, su sangre es sangre de traidor que debe ser destruida". Como parte de la venganza, su familia es destruida, eliminada hasta la última persona. La familia del conde Von Stauffenberg será destruida.»[29]

Los nazis nunca llegaron tan lejos como indica la retórica. El exterminio completo estaba reservado a los judíos y a otras «razas inferiores», no a los alemanes, por muy peligrosos que pudieran ser. Nina von Stauffenberg fue detenida durante unos cuantos días después del fracaso del golpe, a pesar de que estaba en avanzado estado de gestación. Más tarde, recordó que Claus le había ordenado que lo denunciase para que al menos uno de ellos pudiera sobrevivir para cuidar de sus hijos. Por eso, dijo, «me entregué a la Gestapo como un ama de casa estúpida sólo ocupada con los niños, los pañales y la ropa sucia». Además, Nina ocultó toda la verdad ante sus hijos, contándoles sólo que «papá cometió un error y por eso fue fusilado». Estuvo en confinamiento solitario en Ravensbrück, un famoso campo de concentración para mujeres, no sólo porque estaba embarazada, sino porque se creía (o eso es lo que ella suponía) que su influencia en otras prisioneras podía ser políticamente peligrosa. Su celda era pequeña e «infestada de cucarachas», como recordó su hija muchos años después, pero no tuvo que someterse a trabajos forzados.

Desde la ventana de su celda, Nina presenció los crímenes cotidianos del régimen contra el que había luchado su esposo. «En la valla delante de mi ventana se castigaba a las mujeres», recordaba, «y algunas de ellas

lloraban desconsoladamente. De vez en cuando, las mujeres de las SS salían de sus barracones y les pegaban con cinturones de cuero. Vi a una esclava lastimosa, vestida con el uniforme de prisionera en el frío invierno.» Durante su arresto, Nina oyó que su anciana madre estaba detenida en el mismo campo, pero no les permitieron comunicarse.[30]

Nina no fue la única detenida. La Gestapo arrestó a decenas de personas llamadas Stauffenberg, Mertz, Olbricht y Goerdeler. Las esposas de muchos conspiradores fueron internadas, como Nina, en campos de concentración y otros centros de detención. A muchos niños, incluidos los de Stauffenberg, se les ordenó que «olvidaran» a sus padres y fueron trasladados con nombres nuevos a orfanatos nacionalsocialistas. «Nos arrebataron nuestra identidad», recordaba Uta von Aretin, la hija de Henning von Tresckow.[31]

La oleada de arrestos barrió casi todos los grupos, militares y civiles por igual. No se limitaron a los conspiradores del 20 de julio, a los círculos externos o a las personas relacionadas con ellos directa o indirectamente. De los miles de detenidos, muchos no tenían nada que ver con la conspiración. De hecho, la Gestapo llevaba planeando desde hacía mucho tiempo el arresto de personas potencialmente subversivas, incluidos activistas de partidos ilegales (es decir, todos los partidos políticos a excepción del partido nazi), en una acción conocida como Operación Tormenta, y aprovecharon los acontecimientos del 20 de julio para hacerlo, así como para ejecutar a centenares.[32]

La tormenta soplaba con furia a su alrededor, pero Hans Gisevius, astuto como siempre, seguía burlando a la Gestapo. La tarde del 20 de julio, salió de la Bendlerstrasse para cumplir una misión y al oír que el atentado había fracasado, se refugió en casa de unos amigos. El 23 de julio, mientras intentaba escapar de la ciudad, tropezó con un viejo conocido en la estación de ferrocarriles:

> De repente, vi al embajador Ulrich von Hassell. Parecía que tenía prisa, como alguien que quiere coger un tren, y aun así podía decir que en realidad no tenía ninguna prisa; pero tenía la cabeza inclinada de una manera muy curiosa. Parecía como si intentara ocultarse de algún peligro terrible que le estaba persiguiendo. Involuntariamente pensé: Ahí va alguien con la muerte en los talones. Lo llamé en voz baja. Se asustó, después paseamos de un lado al otro durante un rato, de

modo que pude explicarle los detalles del Putsch: el levantamiento que había estado deseando durante todos esos años. Él también sabía del fracaso sólo a través de la radio.

Mientras hablábamos, su postura cambió; se volvió a enderezar y mostró de nuevo el mismo porte impresionante y la fuerza interior que siempre le había conocido. Pero la imagen de Hassell mientras caminaba, cabizbajo e intentando escapar de sí mismo, siempre seguirá conmigo como una de las impresiones más vívidas de los días posteriores al 20 de julio [...]. La suya era la situación trágica de cientos de miles (¡y no sólo después del 20 de julio!); el suyo era el destino de hombres famosos y desconocidos, de judíos y cristianos.[33]

A principios de agosto de 1944, poco después de su encuentro con Gisevius, Hassell oyó que llamaban a la puerta. Sentado detrás de su escritorio, recibió con tranquilidad a la Gestapo, y, como tantos otros, no sobrevivió a las consecuencias. Mientras tanto, Gisevius no tenía la menor intención de encontrarse con sus perseguidores, ni con tranquilidad ni de ninguna otra manera. Junto con Theodor y Elisabeth Strünck, y el general de las SS Arthur Nebe, se la jugó abandonando Berlín y escondiéndose en el campo. Un amigo le dio la dirección de un pastor rural que podría darle refugio. El grupo llamó a la puerta del pastor después de medianoche, pero al parecer se les había acabado la suerte. El pastor les dejó claro que nadie en su parroquia se podía arriesgar a esconder a fugitivos famosos que estaban huyendo. En cualquier caso, el pueblo estaba lleno de refugiados de los bombardeos, todos los cuales eran sospechosos. Siempre que aparecen extraños, cualquier policía de pueblo cumplidor de su deber debía informar. «Les imploro por mi esposa e hijos que no vuelvan por aquí», les dijo el pastor a Gisevius y sus amigos cuando se iban. El pastor ya estaba vigilado, porque había tenido «más de un encontronazo con la Gestapo». No obstante, aconsejó al grupo que fuera lo más rápidamente posible a otra aldea más remota. Su colega de aquella población quizá podría ayudarles, pues recientemente había escondido a un grupo de judíos.[34]

Todo el grupo viajó por desiertas carreteras vecinales hasta llegar por fin a la aldea remota. El pastor les invitó a cenar. Sí, estaba escondiendo judíos, les confesó, y naturalmente no los podía poner en peligro a causa de unos conspiradores buscados. Admitir a un general de las SS en uniforme en una casa donde se escondían judíos no parecía muy sensato. El hecho de que Arthur Nebe, jefe de un Einsatzgruppe que compartía la responsabilidad

directa en el Holocausto, hubiera buscado refugio con judíos en su escondite era probablemente una de las ironías más amargas en la historia del Tercer Reich.

Finalmente, los cuatros huidos decidieron separarse. El uniforme de las SS de Nebe no lo iba a seguir protegiendo de su arresto. Los Strünck se rindieron, regresaron a su casa y fueron rápidamente detenidos. Nebe intentó suicidarse sin demasiado empeño, falló y también fue arrestado. Himmler lo declaró un «traidor, que violó desvergonzadamente su juramento como hombre de las SS», lo degradó hasta el rango de soldado raso y lo expulsó de la organización.[35] Nebe y Theodor Strünck fueron condenados a muerte y ahorcados. Sólo Elisabeth sobrevivió, milagrosamente.

Gisevius siguió vagabundeando por Alemania. Tan creativo como atrevido, intentó esconderse en el lugar más improbable: Berlín. Pero parece que, a pesar de toda su capacidad de conseguir recursos, lo que le ayudó realmente fue el hecho de que, a diferencia de los demás, sus redes personales iban mucho más allá de la conspiración.[36] Se refugió temporalmente con amigos mientras intentaba contactar con la parte más útil, pero también la más remota, de su red: contactos con el OSS americano.[37]

Carl Goerdeler, el líder civil de la resistencia alemana, se movió de un conocido a otro en un intento por escapar a los perseguidores de la Gestapo. Muchos amigos valientes lo cobijaron, pero sus esperanzas de encontrar refugio en la comunidad sueca en Berlín terminaron en fracaso. Decidió viajar a Prusia Oriental para visitar por última vez la tumba de sus padres. Este viaje tan peligroso se realizó, irónicamente, en un coche de policía. Tras llegar a su ciudad natal, Goerdeler se movió de un lado a otro como un refugiado. A la entrada del cementerio, se percató de que lo estaban siguiendo y se fue sin ver la tumba. Pasó algunas noches en el bosque hasta que finalmente, el 8 de agosto, entró en una pensión del pueblo para desayunar.[38] Era uno de los criminales más buscados de Alemania. La

prensa nazi prometía un millón de marcos a cualquiera que contribuyera a su detención.[39]

Mientras Goerdeler esperaba su comida en la pensión, una mujer de mediana edad lo reconoció. La señora entregó inmediatamente una nota a unos oficiales de la Luftwaffe que estaban comiendo cerca. Goerdeler también la reconoció. Se trataba de Helene Schwarzel, una trabajadora que vivía cerca de su casa en Königsberg. Consciente del peligro, renunció al desayuno e intentó escabullirse, pero ya era demasiado tarde. «¡No dejen que ese hombre se escape!», imploró Schwarzel a los oficiales. Finalmente, uno de ellos cogió su bicicleta, persiguió a Goerdeler por la calle y, tras darle alcance, lo entregó a la policía. Helene Schwarzel consiguió su dinero de sangre, un millón de marcos, de manos de Hitler en persona.[40]

Después de Kaiser, Goerdeler era el último enlace que quedaba, la única pieza que faltaba. En una serie de largas confesiones, contó la historia de la resistencia alemana de principio a fin, entregando a las autoridades por primera vez una imagen más o menos completa. Aunque es evidente que sólo intentó incriminarse a sí mismo y a personas que ya estaban implicadas o muertas, su confesión perjudicó a muchos.[41] Esto no se puede justificar sólo por el cansancio y menos aún por el miedo a la tortura (de la que no hay constancia). Según su biógrafo y admirador Gerhard Ritter, que estuvo detenido en la misma prisión, Goerdeler quería mostrar a los nazis, y a través de ellos a todo el mundo, que los miembros de la resistencia no eran «una pequeña camarilla» de oficiales estúpidos y ambiciosos, sino una expresión de la verdadera voluntad del pueblo alemán. Creía que a través de sus confesiones, la verdad sobre sí mismo, sus amigos y sus motivos reales quedaría recogida en la historia para las generaciones futuras: «En sus ojos no se trataba de un golpe de Estado de algunos oficiales [...] sino de un levantamiento de un pueblo entero, representado por su *crème de la crème:* las personas más nobles y justas de todos los sectores de la vida, los partidos de derecha e izquierda, y las dos confesiones cristianas».[42]

Al igual que los otros juicios, el de Goerdeler estuvo presidido por Freisler como un espectáculo unipersonal. El veterano antinazi,

acostumbrado a hablar en público durante toda su vida adulta, no soportaba que el juez le hiciese callar cada vez que intentaba explicar sus motivos. Más que nada, Goerdeler quería que se le escuchase. Pero ni siquiera su abogado se lo iba a permitir. «Su [la del abogado] defensa fue una desgracia», escribió. «Vino la tarde antes del juicio durante cuarenta y cinco minutos para acusarme, pero no hizo ni el menor esfuerzo por defenderme del cargo de espionaje presentado por la fiscalía [...]. A ninguno de nosotros, los acusados, se nos permitió terminar ni tres frases seguidas. El juez prácticamente hablaba solo. No pudimos explicar nuestros motivos. Ya estaba fijado de antemano que debíamos aparecer como criminales estúpidos carentes de honor.»[43]

Hasta el último momento, Goerdeler estuvo pensando en el futuro del pueblo alemán. Su ansiedad por la patria no conocía límites: ya no se podía salvar a través de la conspiración y la revuelta. En su desesperación, redactó términos de paz imaginarios con los Aliados occidentales, que esperaba sacar a escondidas de la prisión y entregarlos a través de los suecos. Puso su esperanza en personas que llevaban mucho tiempo muertas. Incluso llegó a pedir una entrevista personal con Hitler, porque creía que existía una pequeña posibilidad de que pudiera alejarlo, aunque sólo fuera un poco, del rumbo insensato que había tomado. Es más, la fidelidad de Goerdeler a la ideología ilustrada era extrema. Su creencia en el poder de la razón y la racionalidad fue llevada a extremos totalmente irracionales. Como observa Klemens von Klemperer: «Todo lo que ha buscado durante las últimas décadas ha quedado ahora, en el umbral de una muerte cruel, en nada. Un paria en su propio país, ni siquiera podía esperar que lo escuchasen en el extranjero. Desde su soledad extrema siguió enviando al vacío lo que en realidad eran llamamientos y ensalmos».[44]

Algunos de estos llamamientos desesperados estaban destinados al mundo. «Dios sabe», escribió, «que lo he arriesgado todo sólo para salvar de mayores miserias a la juventud, a los hombres y a las mujeres de todos los países. Oh, Dios, ¿dónde está la respuesta al acertijo? Los criminales ganan.»[45] Otros llamamientos eran para su familia. El fantasma de su

querido hijo, que cayó en la guerra, volvió a perseguirlo. Ahora estaba atormentado porque no había sido capaz de pasar tiempo suficiente con él ni con Anneliese, su esposa. «¡Cuánto dolor le he causado a mi amada esposa en veinticinco años!», escribió. «Anneliese, mi querida Anneliese, ¿me oyes? Sí, ahora comprendo por qué a veces estabas celosa y enfadada. Te privé de la felicidad cotidiana de nuestro gran amor apasionado, pero aun así [este amor] era el combustible que me mantenía en movimiento.»[46]

Pero existía otro problema: la eterna y sangrante «cuestión judía». Pocos alemanes hablaron contra el Holocausto, o defendieron a sus compatriotas perseguidos, con tanta fuerza y claridad como había hecho Goerdeler. Menos aún intentaron detenerlo con un golpe de Estado, como había hecho Goerdeler, con consecuencias fatales para él mismo. Aun así, sentía que todos sus esfuerzos habían sido ignorados, habían pasado desapercibidos..., y eso lo atormentaba. Su creencia irracional en la racionalidad y la razón resulta aquí aún más evidente. Sí, sentía que existía un odio enorme. Es cierto, millones de personas habían sido exterminadas. ¿Pero las personas no podían intentar, al menos intentar, usar la razón y los argumentos para superar el abismo entre los dos lados? De una manera considerada extremadamente poco sensible con los judíos después del Holocausto, intentó convencer a los dos bandos para que reconocieran sus errores, pidió a los judíos y a los líderes occidentales que se olvidaran de la venganza, y denunció por última vez el Holocausto, con la esperanza de sentar las bases para la futura reconciliación:

> Por eso imploro a los estadistas y a las naciones que acepten nuestra muerte como expiación, la muerte de nuestras esposas e hijos, la muerte de cientos de miles de alemanes nobles cuyo amor por la patria fue insultado, la destrucción de nuestros bienes culturales y de nuestros pueblos, y renuncien a la venganza y la revancha [...]. Judíos, no prendáis las llamas. Si alguien os respeta a vosotros y a vuestra historia, como la única nación, centrada alrededor de la alianza con Dios y con sus leyes, ése soy yo. Vosotros también merecéis un Estado independiente, donde todo judío tendrá su ciudadanía. Las personas visionarias entre vosotros advirtieron hace muchos años que debíais manteneros alejados de los problemas internos de las demás naciones. Ahora prestad vuestro apoyo a la reconciliación [...] veréis que, dentro de Alemania, he hecho todo lo que he podido para protegeros. Para mí ha sido dolorosa la crueldad con la que Hitler os ha perseguido y exterminado. Estos [crímenes], así como el dolor por los abusos de mi pueblo, me han movido a

hacer lo que he hecho [...]. Dejad que mi pueblo expíe por el mal cometido con el terrible mal que ha sufrido. Si pensáis y os comportáis de una manera tan noble, seréis bendecidos con los frutos de vuestra labor.[47]

A continuación, ajusta cuentas una vez más con el abominable Führer:

Esta guerra ha sido criminal [...]. Hitler la quería, empujado por la megalomanía y el ansia de gloria. Sus manos están manchadas con la sangre de inocentes judíos, polacos, rusos y alemanes que han sido asesinados y han muerto de hambre. La sangre de millones de soldados de todas las naciones está sobre su conciencia. Por eso Dios nos justificará en su juicio y gracia por intentar librar al mundo de un vampiro, de un profanador de la humanidad [...]. Ellos [los nazis] sacrificaron la patria a Moloch e intentaron destronar a Dios por su locura racial [...]. El mundo no ha visto nunca unas atrocidades tan crueles e inhumanas. Cientos de miles de judíos han sido asesinados por [Hitler], algunos fusilados, otros envenenados y asfixiados con gas, y otros más han muerto de hambre: esposos delante de sus esposas, esposas delante de sus esposos, niños delante de sus padres, y padres ante la mirada desesperada de sus hijos [...]. Hombres alemanes, jóvenes alemanes se han visto obligados a ejecutar estas orgías de horror. Cientos de miles de judíos, rutenos, ucranianos y eslovenos fueron expulsados de sus hogares, sus propiedades saqueadas mientras eran asesinados o abandonados para que muriesen de hambre. Cientos de miles de rusos murieron de hambre por órdenes de Hitler [...]. Yo amo a mi patria con todo mi corazón y por esa misma razón siento toda la ignominia de su vergüenza, que, como nunca antes, ha caído sobre un pueblo a manos de sus propios ciudadanos.[48]

Este memorando, con otros muchos de Goerdeler, fue sacado a escondidas de la prisión por un guardia que simpatizaba con él. No fue publicado hasta acabada la guerra.

Finalmente, Goerdeler fue condenado a muerte a principios de 1945, junto con Popitz y otros conspiradores. Durante unas semanas, Himmler retrasó su ejecución y jugó con la idea de enviarlo como emisario de paz a los Aliados occidentales. Goerdeler, que quería salvar su vida y quizás hacer algo por su patria, estaba dispuesto a colaborar. Pero deseaba hacerlo como un hombre libre, y Himmler no quería oír hablar de ello. En febrero de 1945, Goerdeler fue ahorcado. Poco antes, también fueron ahorcados los líderes socialdemócratas Adolf Reichwein, Julius Leber y Wilhelm Leuschner. «Mañana visitaré al verdugo», le dijo Leuschner a sus amigos socialdemócratas y conservadores. «¡Unidad!» Éste era el epitafio adecuado para una vida dedicada a la colaboración entre la izquierda y la derecha antinazi.[49]

Ni siquiera algunos de los que se habían vuelto contra la conspiración fueron perdonados. El general Friedrich Fromm, el hombre responsable de la ejecución de Stauffenberg, Beck y tres de sus colaboradores, fue arrestado esa misma noche. Fue juzgado y condenado por cobardía. El tribunal reconoció que existían algunas circunstancias atenuantes y por eso libraron a Fromm del nudo del verdugo. En su lugar se enfrentó a un pelotón de fusilamiento. A los soldados que lo fusilaron les dijo: «He luchado por Alemania, he trabajado por Alemania. ¡Larga vida a Alemania! ¡Fuego!».[50]

En el oeste, el lazo se había ido estrechando alrededor de Rommel y Kluge. El coronel Hofacker, el agente de Stauffenberg en París, probablemente fue torturado y mencionó el nombre de Rommel. Desde el punto de vista de Hitler, eso era suficiente. Decidió que era peligroso que el héroe de guerra más famoso de Alemania se enfrentara al Tribunal Popular y prefirió librarse de él en silencio. A principios de octubre de 1944, el mariscal de campo estaba convaleciente de sus heridas en su casa cuando llamaron a la puerta. Dos generales cercanos a Hitler habían llegado para presentarle sus condiciones a Rommel, que en su momento fue su jefe militar más querido. Los tres entraron en una habitación privada y allí los dos le dijeron a Rommel que el Führer lo sabía todo sobre su implicación en la conspiración. Ahora tenía dos alternativas: terminar su vida con un veneno y tener un funeral de héroe y una pensión para su familia, o enfrentarse al Tribunal Popular con las consecuencias que ello implicaba. Rommel escogió la primera opción.

«Vengo a despedirme», le dijo a su esposa Lucie-Maria.

> Dentro de un cuarto de hora estaré muerto [...]. Sospechan que tomé parte en el intento de matar a Hitler. Parece que mi nombre estaba en la lista de Goerdeler para ser presidente del Reich [...]. No he visto a Goerdeler en mi vida [...]. Dicen que Von Stülpnagel, el general Speidel y el coronel Von Hofacker me han denunciado. Éste es el truco habitual [...]. El Führer me ha dado la alternativa de ingerir veneno o que me arrastren ante el Tribunal Popular. Han traído el veneno. Dicen que sólo tardará tres segundos en actuar.

Su esposa intentó convencerlo para que defendiese su inocencia en un juicio público. «No», replicó Rommel. «No temo que me juzguen en público, porque puedo responder de todo lo que he hecho. Pero sé que nunca llegaría vivo a Berlín.»[51]

Rommel se puso el viejo abrigo del Afrika Korps, cogió el bastón de mariscal de campo y subió al coche. Se detuvieron en un claro y los dos generales entregaron a Rommel un vial con veneno. El chófer dijo más tarde: «Vi a Rommel en el asiento trasero. Estaba claramente moribundo, doblado sobre sí mismo, inconsciente y sollozando; no gruñendo o temblando, sino sollozando. Se le había caído la gorra. Lo enderecé y volví a ponerle la gorra».[52]

Aun antes del suicidio de Rommel, el mariscal de campo Kluge comprendió que también se le había acabado el tiempo. El 21 de julio, llevado por el pánico, intentó denunciar a los conspiradores y escribió a Hitler que «una mano malvada, mi Führer, ha sido enviada a asesinaros, pero ha fracasado por intervención de la Providencia [...]. Os prometo, mi Führer, mi lealtad absoluta, ocurra lo que ocurra». En un llamamiento a sus soldados derramó insultos contra los conspiradores y los llamó «criminales» y «pequeña camarilla de oficiales expulsados». Pero el destino de Fromm demostraba que cambiarse la chaqueta no serviría de nada, y había demasiadas pruebas que incriminaban a Kluge.[53]

Por si eso no hubiera sido suficiente para angustiar a Kluge, unos días después del 20 de julio, un fantasma del pasado vino a perseguirlo. El coronel Gersdorff, entre todas las personas imaginables, apareció en el cuartel general e intentó convencer a Kluge de que hiciera algo por sí mismo. Aún no estaba todo perdido. Kluge podía rendirse a los Aliados occidentales y derrocar a Hitler. En una segunda conversación, Gersdorff volvió a probar suerte con una propuesta similar. «Pero si falla», protestó el mariscal de campo, «el mariscal de campo Von Kluge pasará a la historia como el mayor canalla.» Gersdorff replicó que «todos los grandes hombres en la historia tuvieron que enfrentarse a la decisión de ser acusados por la

historia o recordados como los salvadores en un momento de emergencia». Kluge, triste y resignado, puso la mano sobre el hombro de Gersdorff. «Gersdorff», le dijo, «el mariscal de campo Von Kluge no es un gran hombre.»[54]

Todos sus temores se hicieron realidad. Poco después, Kluge recibió un telegrama breve del cuartel general: quedaba relevado del servicio, sustituido por el mariscal de campo Model, un ferviente nacionalsocialista. Kluge condujo hasta una tranquila carretera rural en Francia e ingirió veneno. Dejó una última carta para Hitler, en la que expresaba y explicaba la ambigüedad de su comportamiento a lo largo de la guerra, desde el soborno que recibió en 1942, pasando por su colaboración limitada con la resistencia en 1943, hasta su traición final el 20 de julio de 1944:

> Ambos, Rommel y yo, predijimos los acontecimientos actuales. Nuestro consejo no fue escuchado [...]. El mariscal de campo Model tiene experiencia, pero no sé si será capaz de enfrentarse a la situación. Espero con todo mi corazón que pueda. Pero si las cosas evolucionan de manera diferente y sus nuevas armas no funcionan, por favor considere, mi líder, terminar con la guerra. El pueblo alemán ha sufrido terriblemente y ha llegado el momento de poner fin a este horror [...]. Siempre he admirado vuestra grandeza [...]. Si el destino es más fuerte que vuestro genio y vuestra voluntad, la Providencia también es más fuerte [...]. Sea ahora lo suficientemente grande para terminar cuando es necesario con una lucha sin esperanza.[55]

En los juicios de Núremberg, el general Jodl recordó que Hitler leyó la carta de Kluge en silencio. Unos días después, el 31 de agosto, comentó que, si no hubiera sido por su suicidio, no habría habido más alternativa que arrestarlo.[56]

El 27 de julio, los nacionalsocialistas se «ocuparon» del resto del grupo desperdigado de Tresckow. Joachim Kuhn, la mano derecha de Tresckow y Stauffenberg, fue advertido por su comandante de división de que se había emitido una orden para arrestarlo. A diferencia de Tresckow, no se suicidó, ni esperó a sus verdugos como Witzleben. En su lugar, cruzó la línea del frente y se entregó al Ejército Rojo. Margarethe von Oven, la leal amiga de Tresckow, fue detenida por agentes de la Gestapo en Berlín. Fabian von Schlabrendorff fue sacado de la cama el 17 de agosto. Como Tresckow se había suicidado, Kuhn había desertado y aún no se había descubierto la

implicación de Gersdorff, Schlabrendorff —el agente oriental— era el único enlace a través del cual los nazis podían llegar a los demás. Fue conducido a una celda de la Gestapo en Berlín y allí se encontró con muchos de sus compañeros de conspiración, entre ellos Canaris, Oster, Dohnanyi, Goerdeler, Bonhoeffer y Popitz. A continuación, fue esposado y llevado a una sala de interrogatorios, donde le dijeron que ya conocían sus actividades y que lo mejor era que confesara. Schlabrendorff negó cualquier implicación en la conspiración e insistió en que no sabía nada de Tresckow ni de sus planes. Unos días después, fue conducido al crematorio de Sachsenhausen para presenciar la cremación de los restos de Tresckow. Pero el truco psicológico falló. Siguió negándose a confesar y sus interrogadores recurrieron a la violencia. Le ataron las manos a la espalda y le dijeron que tenía una última oportunidad para confesar. Al negarse, fue torturado con un artilugio que le clavaba alfileres en los dedos. Después le atravesaron las piernas con clavos.[57]

Schlabrendorff guardó silencio, incluso cuando sus interrogadores recurrieron a torturas medievales como el potro. Al final, recibió una gran paliza y después le echaron encima agua helada para despertarlo. Un día después, tuvo un ataque al corazón, pero enseguida fue torturado de nuevo. Finalmente confesó, pero hizo todo lo posible para incriminarse a sí mismo y a otros que ya estaban muertos. Entonces los interrogadores decidieron entregarlo al Tribunal Popular.

El juicio empezó el 3 de febrero de 1945, presidido por Roland Freisler. Schlabrendorff ocupó el banquillo junto con su viejo amigo Ewald von Kleist-Schmenzin. Kleist, el intrépido aristócrata que había luchado contra el nazismo desde antes de 1933, estaba muy tranquilo en el banquillo. Cuando Freisler le acusó de traición, respondió: «He cometido traición desde el 30 de enero de 1933, siempre y por todos los medios. Nunca he negado mi lucha contra Hitler y el nazismo. Veo esta lucha como la voluntad de Dios. Sólo Él será mi juez».[58] Cuando llegó el turno de Schlabrendorff, empezaron a sonar las sirenas antiaéreas. Miles de bombarderos americanos estaban pulverizando Berlín en el bombardeo más

grande desde el estallido de la guerra. El tribunal se trasladó a un refugio. Freisler, impávido, empezó a leer la acusación contra Schlabrendorff. Entonces una bomba acertó de pleno en el edificio del tribunal. Una pesada viga cayó sobre la cabeza de Freisler, que murió al instante. Uno de los abogados se volvió hacia el cadáver ensangrentado en el suelo y vio que seguía agarrando con fuerza la acusación en su puño.[59]

Otra sesión del tribunal, presidida por el vicepresidente de Freisler, Wilhelm Crohne, siguió con el juicio de Schlabrendorff y Kleist. Kleist fue condenado a muerte, pero Schlabrendorff no. El juez temió que pudiera filtrarse la descripción de las torturas, que el acusado había proporcionado con todo tipo de detalles escalofriantes. «Al terminar de hablar», recordaba Schlabrendorff, «el silencio reinó en la sala del tribunal. Mi declaración verdadera causó tal impresión, que se reflejó incluso en la cara del juez.» Crohne dijo: «Prohíbo a todos los presentes, sin excepción, que hablen sobre lo que han oído aquí». Probablemente estaba preocupado por la imagen pública del sistema judicial nazi. «Esto incluye descripciones escritas e informes formales a las autoridades.» Crohne decidió absolver a Schlabrendorff y ordenó que lo liberasen.[60]

No obstante, después de que Schlabrendorff fuera llevado de regreso a la cárcel de la Gestapo, los agentes le dijeron que el «Tribunal Popular está equivocado», pero por «respeto al tribunal» sólo lo iban a fusilar, no a ahorcarlo. En un gesto cínicamente burocrático, incluso fue obligado a «reconocer con su firma que había sido debidamente informado».[61] A continuación, fue transferido a Flossenbürg, un campo de concentración tristemente famoso, junto con Canaris, Oster, Bonhoeffer, Thomas, Schacht y otros. Cuando atravesaron la valla electrificada, a muchos les parecía que se había perdido toda esperanza. «Nadie sale vivo de aquí», le susurró Schacht a Thomas.[62]

Gisevius, como era habitual, había tenido más suerte que los demás. Mientras estaba escondido en un piso franco en Berlín, sus amigos de la OSS americana trabajaban para salvarle la vida. «Llegaron buenas noticias de Suiza para mí personalmente. La ayuda estaba de camino. Tenía amigos

allí... y los amigos ayudaron. Un “libro” entregado a los intermediarios serviría como confirmación de que podía confiar en el mensajero. Pasó una semana..., dos, tres, cuatro. Pero al final llegó.»[63]

Además, Gisevius fue informado de que la ayuda llegaría «en breve». Después de meses de una espera que le destrozó los nervios, una mujer misteriosa llegó al escondite y le preguntó si «todo estaba bien». Al cabo de un instante, el timbre sonó de nuevo. Gisevius corrió a abrir y sólo vio un coche con los cristales tintados que se alejaba a toda velocidad. Habían dejado un paquete en el buzón. En él encontró una identificación de la Gestapo y un pasaporte falso con el nombre de doctor Hoffmann, además de un documento de alto secreto de la Gestapo de Berlín. Gisevius debió de quedar atónito: el doctor Hoffmann, según el documento, era un agente que iba a realizar una misión confidencial e importante en Suiza. Todos los funcionarios del Gobierno y del partido estaban obligados a ayudarle en todo lo que pudieran. Gisevius partió de inmediato hacia la estación de ferrocarriles. Expeditivo y sin demasiados miramientos como siempre, mostró su identificación, se anunció como agente de la Gestapo y consiguió un asiento cómodo. Al cabo de unas horas llegaba a la frontera suiza.

La atmósfera en la frontera era tranquila. Según Gisevius: «Los dos funcionarios, el hombre de la Gestapo y el funcionario de aduanas, se restregaron los ojos soñolientos» cuando le tocó el turno. Cuando vieron las credenciales falsas de Gisevius, debieron de sorprenderse de su apariencia desastrada. De hecho, a Gisevius le preocupaba que su tapadera pudiera saltar por los aires porque la ropa sucia y el cabello demasiado largo no encajaban en las estrictas normas de las SS. Llevaba el mismo traje arrugado desde el 20 de julio, y el sombrero, que había «tomado prestado» de otro pasajero en el tren, tampoco le iba bien. Supuso que podrían creer que esa apariencia extraña estaba pensada para una misión de espionaje especial. Cuando abrieron la puerta, recordó Gisevius más tarde, levantó el brazo «sin energía en respuesta a su saludo, los dos se quedaron mirando en posición de firmes cómo salía de la Alemania de la Gestapo. Y entonces fui libre».[64]

Pero los amigos y superiores de Gisevius, los miembros de la antigua célula de resistencia en la Abwehr, no tuvieron tanta suerte. En la primavera de 1945, Canaris seguía librando una batalla encarnizada con sus interrogadores para negar sus pruebas y demostrarles que todo lo que había hecho formaba parte de sus deberes militares. No tuvo conocimiento de las conversaciones de Müller con agentes enemigos sobre la información filtrada por Oster, o sobre la conspiración y la traición que se gestaba a su alrededor.[65] Pero en abril, los comisionados de la Gestapo registraron el alto mando de la Wehrmacht en Zossen y volvieron con un pez gordo en la red. Habían encontrado el diario de Canaris, lleno de pruebas incriminatorias sobre su implicación, que empezaba en 1938 y 1939, la protección que había dispensado a los conspiradores en su servicio y, lo peor, los intentos de sus confidentes más cercanos de entregar información secreta a los Aliados y sabotear el esfuerzo de guerra alemán.[66] El destino del almirante Wilhelm Canaris, el hombre que combinaba la «pureza de una paloma con la astucia de una serpiente», estaba sellado. Durante la guerra había salvado a cientos de personas, tanto judíos como cristianos, pero no pudo hacer nada para salvarse a sí mismo. En su momento, como comandante de la Abwehr, tuvo a su disposición a miles de agentes, tropas y un presupuesto enorme. Ahora, los SS tenían delante a un hombre viejo y deprimido, apaleado e insultado por los guardias. «No he sido un traidor», le dijo a un oficial danés, detenido cerca de él. «Sólo cumplí mi deber como alemán. Si sobrevive, dígaselo a mi esposa.»[67]

Hans von Dohnanyi ya no era el jurista enérgico de los días pasados, el corazón y el alma detrás de las operaciones de rescate y resistencia en la Abwehr. En un intento inútil para retrasar su juicio, ingirió alimentos en mal estado enviados por su esposa y contrajo la difteria, que paralizó la mitad de su cuerpo.[68] Los nazis no tuvieron piedad. Un tribunal especial de las SS se reunió en Sachsenhausen y lo condenó a muerte. Canaris, Oster y otros también fueron condenados a muerte en un tribunal parecido.

El vecino danés de Canaris testificó más tarde que el 9 de abril de 1945 el almirante fue arrastrado desnudo desde su celda hasta el patíbulo. Fue

ejecutado con Oster y Bonhoeffer, y su cuerpo fue encontrado dos días más tarde por las fuerzas norteamericanas. Hans Oster, el primer conspirador en el Ejército alemán, fue el último en ser ahorcado: el primero en levantarse, el último en caer. Ewald von Kleist-Schmenzin fue ejecutado en Berlín ese mismo día.[69]

Se suponía que Schlabrendorff debía morir con ellos, pero de nuevo una coincidencia le salvó la vida. Fue trasladado a Dachau y después al sur del Tirol. Allí fue internado con otros supervivientes destacados del movimiento de la resistencia y de fuera de ella: los generales Franz Halder, Georg Thomas y Alexander von Falkenhausen; el antiguo ministro Hjalmar Schacht, Josef Müller de la Abwehr; y las familias de Goerdeler y Hassell. Con ellos había prisioneros extranjeros: Best y Stevens, los dos oficiales británicos secuestrados en Venlo en 1939; el antiguo primer ministro francés Léon Blum; y Kurt von Schuschnigg, el último canciller de Austria. Finalmente, todo el grupo, conspiradores y prisioneros extranjeros, fueron liberados por soldados de la Wehrmacht y entregados ilesos al Ejército de Estados Unidos.[70]

Por orden del comandante local de las fuerzas aliadas, los antiguos conspiradores fueron trasladados a Nápoles y desde allí a un hotel en Capri, la pintoresca isla en la bahía de Nápoles. El agente de la inteligencia americana Gero von Gaevernitz, un germano-americano que había estado antes en contacto con los conspiradores, fue a verlos de inmediato. Al entrar en el hotel, se vio rápidamente rodeado por un grupo agitado de antiguos presos políticos, algunos de los cuales habían escapado por los pelos de los escuadrones de la muerte de las SS. «Mi familia no sabe que estoy vivo», dijo uno de los prisioneros. «La Gestapo ha anunciado mi ejecución.» «No se fije en mi ropa», afirmó una mujer a su lado. «Me han arrastrado por doce campos de concentración.» No obstante, un hombre destacaba entre los demás. Estaba tranquilo, imperturbable y menos ansioso de hablar sobre su experiencia. Y entonces Gaevernitz cayó en la cuenta: tenía delante a Fabian von Schlabrendorff, el hombre que había colocado una bomba en el avión de Hitler en 1943.[71] A continuación, se permitió que Schlabrendorff

fuese repatriado a Alemania. Sus memorias *The Secret War Against Hitler* se convirtieron en el relato de primera mano más importante sobre la resistencia alemana.

Gracias a la fortaleza y el silencio de Schlabrendorff y otros conspiradores, algunos de los hombres del 20 de julio vivieron para presenciar el final de la guerra. El coronel Rudolf von Gersdorff, el capitán Axel von dem Bussche, el capitán Eberhard von Breitenbuch y el teniente Ewald-Heinrich von Kleist, todos ellos suicidas voluntarios, se salvaron de la soga. Margarethe von Oven consiguió ocultar la amplitud de su implicación ante la Gestapo y fue liberada después de dos semanas de interrogatorios. Otros supervivientes fueron el capitán Philipp von Boeselager, el teniente general Hans Speidel, el general Georg Thomas y un puñado de miembros del Círculo de Kreisau y de la resistencia socialdemócrata y conservadora.

El comandante Joachim Kuhn fue liberado de la cautividad soviética en 1955 en cuerpo, pero no en alma. Había sufrido torturas muy graves y regresó como una sombra profundamente perturbada de lo que había sido. Pasó el resto de su vida delirando. En su cabeza era un príncipe alemán perdido, y envió un número incontable de cartas a las autoridades de Alemania occidental para reclamar derechos hereditarios imaginarios. Stauffenberg, su viejo amigo, se convirtió en objeto de odio, como todos los demás conspiradores. Cuando Axel von dem Bussche fue a visitarlo, fue expulsado de la casa. En el nublado mundo interior de Kuhn, es posible que la resistencia hubiera quedado asociada sólo a su desgracia personal.[72]

La condesa Nina von Stauffenberg dio a luz en prisión a su quinta hija, Constanze. Nina fue liberada unos días antes de la rendición del Tercer Reich y localizó a sus hijos con relativa rapidez, pero para ello tuvo que pasar por aventuras peligrosas (incluido un encuentro con un soldado americano enfadado y borracho que amenazó con matarla en venganza por su hermano caído, antes de ablandarse y mostrarle fotos de su familia). Su excelente inglés la ayudó a comunicarse con las tropas de ocupación americanas y mediar entre ellas y la población local alemana.[73]

Así terminó la historia del movimiento de resistencia alemán; con honor, posiblemente, pero con un fracaso rotundo. Sus miembros no fueron capaces de evitar el estallido de la guerra y de conseguir que acabase pronto. A pesar de todos sus esfuerzos y sacrificios, la mayoría de los alemanes siguieron a Hitler hasta el amargo final.

20
Motivos en la penumbra

> ¿Para qué sirven nuestra táctica y otras capacidades cuando las cuestiones críticas siguen abiertas?
>
> Henning von Tresckow

El largo debate en la literatura de la resistencia sobre si los conspiradores tuvieron motivos «morales» o «patrióticos» normalmente no ha tenido en cuenta la ambigüedad de las definiciones básicas. ¿Qué es un motivo? ¿Qué significa realmente *moralidad?* ¿Moralidad y nacionalismo son mutuamente excluyentes? ¿Qué ocurre cuando se produce un conflicto entre dos consideraciones morales, o entre el purismo moral y los intereses prácticos de una conspiración? Estas cuestiones fueron dolorosamente relevantes para los conspiradores, en especial los militares. Nosotros también tenemos que afrontarlas si queremos comprender los motivos de estos hombres y mujeres; de la misma manera que debemos superar la tentación de proyectar nuestras categorías del siglo XXI al mundo pretérito de la segunda guerra mundial.

No obstante, antes de empezar este análisis, es importante responder a tres mitos obstinados y predominantes en la historiografía sobre la resistencia alemana. Muchos observadores y estudiosos han planteado, en primer lugar, que los conspiradores lucharon contra Hitler sólo para salvarse

o para «recuperar sus carreras pasadas».[1] Sin embargo, conspirar contra el régimen nazi no era la mejor manera de preservar la vida y el peligro, desde luego, superaba con creces la mínima oportunidad de conseguir un empleo lucrativo después del golpe planeado. Si la seguridad personal o la frustración personal hubieran sido la preocupación principal de los conspiradores, no habrían puesto en peligro sus vidas y las de sus familias. Lo más probable habría sido que se inclinasen ante el régimen y después se doblegaran ante los ocupantes con el objetivo de recuperar con seguridad sus carreras pasadas en Alemania oriental u occidental. El peligro mortal de cualquier actividad antinazi en el Tercer Reich, sin mencionar los intentos de asesinar a Hitler, seguramente descarta motivos tan egoístas.

Otros afirman, en segundo lugar, que el motivo más importante para unirse a la conspiración era salvar Alemania de una derrota militar aplastante. Este argumento tiene algún peso y, desde luego, sirve para oficiales como Rommel, que parece que se «subieron al carro» en el último minuto en el verano de 1944. En otros casos, simplemente no lo sabemos. La escasez de fuentes no nos permite, por ejemplo, confirmar los motivos de conspiradores como Jaeger o Klausing; ni siquiera están totalmente claros los motivos de Witzleben, una figura clave. No obstante, el material de las fuentes nos permite hacer una valoración de los motivos de algunos de los conspiradores principales. Sabemos que muchos, si no la mayoría, estaban activos cuando la derrota de Alemania todavía no se vislumbraba en el horizonte, lo que resulta difícil de reconciliar con la teoría de que la conspiración se organizó sólo para salvar a Alemania de la derrota.

Pero está claro que formaba parte de los motivos de algunos, aparte de Rommel. Esta preocupación sobre el impacto de la derrota para Alemania con frecuencia se transformó en una preocupación por el impacto de la guerra en un sentido más amplio. Ulrich von Hassell escribió en su diario que seguía siendo imperativo oponerse al régimen nazi incluso después de la conquista de Francia. Carl Goerdeler escribió algo parecido en uno de sus últimos memorandos:

> Durante los dos primeros años, Hitler avanzó de triunfo en triunfo. Mis colegas y yo no nos engañamos. Tras la triste escena [de la rendición francesa] en el bosque de Compiègne, [...] sabíamos que cada nueva victoria iba a acrecentar el apetito de poder [de Hitler], así como a alimentar su falta de proporción [...] e intentamos con todo nuestro poder hacer algo para minimizar el desastre, para salvar vidas humanas preciosas de todas las naciones, y detener con la mayor rapidez posible la destrucción de las últimas reservas [de los pueblos de Europa] y la desolación de bienes culturales de valor incalculable.[2]

Recordemos que Stauffenberg estaba seguro de que Alemania lograría la victoria al principio de la Operación Barbarroja. Después recordemos su comentario de que los conspiradores debían usar la inercia de la victoria sobre los rusos para terminar con el régimen nazi. Al proliferar las masacres, decidió que había que derrocar de inmediato al régimen, sin esperar a la victoria final. «Es cierto que [la derrota en] Stalingrado tuvo un efecto psicológico significativo en muchos, pero, contrariamente a la opinión más extendida, no fue la fuerza motora principal detrás de los conspiradores del 20 de julio», escribió Rudolph von Gersdorff, mano derecha de Henning von Tresckow. «La decisión se tomó a causa de la confrontación [de los conspiradores] con la brutalidad en Rusia, la persecución de los judíos, las atrocidades en los campos de concentración y otros crímenes de la fuerza policial nazi.» Sentimientos similares fueron expresados por Axel von dem Bussche, que empezó a oponerse al régimen después de presenciar la masacre de judíos en Ucrania.[3]

El tercer argumento habitual sostiene que algunos individuos, en especial Tresckow y sus amigos, se unieron a la resistencia a causa de sus objeciones a la estrategia militar de Hitler a finales de 1941.[4] Este argumento también es difícil de creer. Es complicado encontrar ejemplos de hombres y mujeres que traicionen a su país, arriesguen su vida e incluso pongan en peligro a sus familias sencillamente porque no están de acuerdo con algunas de las decisiones políticas o militares del Gobierno, que por otra parte consideraban legítimo. En 1940, muchos oficiales y altos funcionarios británicos se opusieron a la decisión de Churchill de seguir luchando y algunos de ellos estaban seguros de que estaba conduciendo el país al desastre. Pero ninguno de ellos conspiró contra el Gobierno de Su

Majestad. De igual manera, en Estados Unidos, bastantes oficiales creyeron que ciertas decisiones tomadas por los generales de más alto rango eran malas, pero ninguno de ellos sugirió asesinar al presidente Roosevelt. Los motivos militares por sí solos no pueden explicar por qué los conspiradores alemanes, oficiales que se formaron en una tradición de obediencia estricta, arriesgaron sus vidas en una oposición armada al Gobierno. Las pruebas muestran con claridad que actuaron movidos por preocupaciones morales, según su propia definición del término, y que consideraban que la política interior, exterior y bélica de Hitler era profundamente inmoral.

De hecho, la cuestión decisiva no es si los motivos de los conspiradores eran morales, sino más bien qué significaba para ellos la *moralidad*. Como señaló hace mucho tiempo Quentin Skinner, es un error muy serio asumir que el significado de un concepto determinado es idéntico entre diferentes generaciones, círculos sociales e incluso dentro del tiempo vital de un individuo.[5] En realidad, lo que los luchadores de la resistencia alemana entendían por la palabra *moralidad* era algo muy diferente del significado generalmente aceptado en la Alemania actual. Algunos de ellos, por ejemplo, creían que muchos de los principios del nacionalsocialismo, por ejemplo, la *Volksgemeinschaft,* eran esencialmente morales y que sólo era inmoral la manera en que eran ejecutados.[6] En aquella época, prácticamente ninguno de ellos podía imaginar la moralidad separada del patriotismo. Desde su punto de vista, nada podía ser más moral que salvar a los civiles y a los soldados alemanes, el territorio alemán e incluso el poder alemán. Los conspiradores se consideraban soldados leales que servían realmente a su patria al luchar contra el Gobierno. Al acercarse la derrota final, estuvieron cada vez más ansiosos de salvar a su país y aceleraron los preparativos para su golpe de Estado.

Gersdorff afirmó que el ímpetu primario para sus compañeros y para él fue el horror que sintieron al presenciar los crímenes cometidos por el régimen. Pero también escribió, en la página siguiente, que los rebeldes no se podían arriesgar a que el frente oriental colapsara. Si esto ocurría, Alemania sería conquistada por los rusos y Europa ocupada por «millones

de eslavos y asiáticos».[7] En consecuencia, la moralidad que comprendían él y sus asociados era inseparable de sus sentimientos hacia su país, sus temores existenciales e incluso los prejuicios raciales tan típicos de la época. Ciertamente, los actos que, en retrospectiva, parecen puramente morales también estaban ligados a los puntos de vista de los conspiradores sobre lo que era mejor para Alemania. Luchadores de la resistencia como Hans von Dohnanyi, que trabajó para salvar a los judíos, creían sinceramente que debían realizar esta labor compasiva al servicio de Alemania. Goerdeler y Hassell, como hemos visto, hablaron apasionadamente contra las masacres de civiles no sólo por compasión hacia las víctimas, sino también porque querían evitar que Alemania se viera manchada para siempre por estos crímenes.[8]

En otras palabras, al contrario de la dicotomía simplista predominante en la literatura sobre la resistencia, los conspiradores no diferenciaban entre motivos patrióticos y militares, por un lado, e imperativos morales, por el otro.[9] La mayoría no consideraban que salvar Alemania fuera un deber menos moral que detener las matanzas en los campos de concentración. Actuaron no de acuerdo con una «moralidad pura», sino más bien en nombre de un sistema de valores y objetivos políticos y militares. Esta fuerza interna de la conciencia estaba cimentada en sus experiencias de la vida real. Como ha observado el historiador Klaus-Jürgen Müller:

> La moralidad que motivó a los luchadores de la resistencia no fue una moralidad abstracta y teórica desvinculada de las experiencias de la vida real. Eran impulsos morales que surgieron de experiencias concretas y de juicios viscerales. Cualquiera que intente atribuirles sólo motivos morales puros y abstractos [...] resta valor a la magnitud de su lucha interna y del desarrollo interno que sufrieron antes de decidirse en principio a resistirse al régimen. No sería realista argumentar que, desde el principio, planearan sólo una «revuelta de la conciencia», desconectada de los hechos y de las circunstancias sobre el terreno. Dicho argumento no hace justicia a su distinción histórica.[10]

Las pruebas para el solapamiento entre patriotismo y moralidad se pueden encontrar en los escritos de casi todos los conspiradores importantes que han dejado documentación. No obstante, en la mayor parte de los casos, el patriotismo era sólo un componente de su sistema moral. La mayoría de

los conspiradores no eran exclusivamente patriotas que se preocupaban sólo por su propia gente. De hecho, muchos también empatizaban con las víctimas no alemanas de Hitler: polacos, rusos, franceses, judíos y otros.[11]

Carl Goerdeler escribió lo atormentado que estaba, casi en un sentido físico de la palabra, por el sufrimiento de los prisioneros de guerra que morían de hambre, los judíos exterminados y los eslovenos cruelmente expulsados de sus hogares. Ya en 1938, consideraba que la Kristallnacht era razón más que suficiente para descartar cualquier reconciliación con el régimen nazi.[12] En el diario de Ulrich von Hassell, que expresó una fuerte simpatía hacia el levantamiento del gueto de Varsovia, aparecen pruebas similares que reflejan las mismas preocupaciones.[13] Stauffenberg indicó que el «tratamiento de los judíos», además de la locura militar de Hitler, le impulsaron a unirse a la conspiración. El exterminio de los judíos era «otra buena razón para librarse del asesino en masa [Hitler]».[14]

Tresckow y sus amigos, en especial Gersdorff, sirvieron en el frente oriental mientras el genocidio y los asesinatos en masa se desencadenaban a su alrededor. Por eso Tresckow llamó a Hitler no sólo «el archienemigo de Alemania, sino el archienemigo de toda la humanidad». Hans Oster, Dietrich Bonhoeffer, Wilhelm Canaris, Hans von Dohnanyi y otros arriesgaron sus vidas para salvar a judíos. Axel von dem Bussche estaba dispuesto a sacrificar su vida tras su encuentro con el asesinato de los judíos en Dubno, Ucrania. A partir de la relativamente poca información que tenemos sobre Beck y Olbricht, parece que sus casos fueron similares. Así, el mismo concepto del interés nacional estaba vinculado, para la mayoría de los conspiradores, con cuestiones de moralidad. Un Gobierno que mataba a civiles inocentes y gobernaba cruel y tiránicamente atentaba contra el interés nacional en el sentido más fundamental, aunque, por el momento, resultara victorioso en la guerra.

Un ejemplo algo diferente, perturbador pero que llama a la reflexión, se puede encontrar en el diario de Hermann Kaiser. Su antisemitismo y su racismo quedan en evidencia a lo largo de todo el diario, pero nunca apoyó

el asesinato o la persecución violenta. Su valoración de la moral no era menor que la de Goerdeler, Hassell o Tresckow. «La moralidad», escribió, «es la base más profunda para la labor del estadista.»[15] En general, no resulta fácil reconstruir sus pensamientos o motivos a partir del diario, porque tenía una manera de escribir muy críptica. Con frecuencia escribió sobre la situación en el frente y se sentía realmente angustiado por la evolución de las operaciones bélicas. Enfermo y preocupado, Kaiser vació su corazón en el diario, confesando sus noches de insomnio largas y tristes. «Muerto de cansancio, pero no he dormido en toda la noche», escribió en 1943. «El destino de la patria me deprime.»[16] El sufrimiento de sus hermanos alemanes durante los ataques aéreos lo conmovían profundamente.

Las atrocidades contra rusos, polacos, rehenes franceses y, por supuesto, judíos se mencionan con frecuencia en el diario. En un caso, Kaiser apuntó que Goerdeler había informado sobre la matanza de judíos con gas venenoso y, en otro, sobre una masacre de judíos rumanos.[17] En la medida en que se puede interpretar el estilo telegráfico de Kaiser, resulta obvio que no aprobaba estas atrocidades. En general, refuerzan la sensación de tristeza que destila su diario.[18] No obstante, el diario de Kaiser muestra a veces su conjunto de prioridades morales y su definición de moralidad. Cuando informa de que rufianes nazis están profanando crucifijos en las zonas rurales de todo el Reich, deja traslucir su rabia:

> No pude superar mi humillación e indignación, y dije en voz alta: ésta no es una lucha espiritual, sólo violencia criminal [...]. Aquí rige la cobardía y la falta de valor y el miedo a decir la verdad. Habría perseguido a pares [*zu paaren treiben*] a los tipos que han profanado estos crucifijos. También es triste que haya alemanes capaces de pecar contra la religión cristiana, dejando de lado siglos de nuestra tradición [...]. No hay nada en sus corazones [...] sólo violencia cruda y maldad. En mi opinión, la base de todo gobierno es la justicia y la libertad de conciencia. Cualquiera que viole estos principios empuja a la nación hacia el abismo. Cualquiera que se enfrente a ellos, se destruye.[19]

Otros conspiradores, sin ninguna duda, también se sintieron profundamente consternados por la lucha nazi contra el cristianismo. Pero para Goerdeler, Hassell y Bonhoeffer, por citar sólo tres ejemplos

destacados, el asesinato de civiles desarmados formaba parte de la descristianización de Alemania. Kaiser no era menos devoto y también estaba enormemente preocupado por la degradación moral, pero un ataque contra los símbolos externos de la religión le indignaba más que la masacre de personas.

Otro ejemplo más —el de Ewald von Kleist-Schmenzin— demuestra el mismo tipo de complejidad. Kleist, como hemos visto en el capítulo 3, fue posiblemente una figura única entre los conspiradores conservadores en su oposición implacable al nacionalsocialismo desde antes de 1933. Se negó a donar ni un marco al partido nazi o a izar la esvástica nazi en su castillo. Incluso cuando fue condenado a muerte después del 20 de julio de 1944, se enorgulleció de su «traición», proclamándola como «la voluntad de Dios». Además, la oposición de Kleist al régimen, más que la de otros conspiradores, se formuló claramente en términos morales. Definió a los nazis como adoradores de Baal y Ashera, y a los luchadores de la resistencia como héroes bíblicos. En definitiva, se trata de un ejemplo de manual de la resistencia basada en cuestiones morales.

Pero aun así, considerando la ecuación habitual entre resistencia moral y determinación a detener el Holocausto, puede sorprender que esto último no estuviera en un lugar destacado en la agenda de Kleist. «Creo que Kleist no sabía demasiado sobre el exterminio de los judíos», testificó Schlabrendorff después de la guerra. «Estaba familiarizado con los hechos generales, pero no con los detalles. Además, esta cuestión no era tan prominente para él como lo es para nosotros en la actualidad. Para él, siempre tenía precedencia el momento moral y político.»[20] Éste es un punto interesante: parece que el Holocausto tuvo un papel mucho más importante en los motivos de luchadores de la resistencia como Goerdeler o Stauffenberg, que colaboraron con el régimen hasta cierto punto, o para personas, como Tresckow, Gersdorff y Bussche, que presenciaron el genocidio en primera persona. En estos casos, resulta natural destacar los crímenes para justificar la indignación moral y la resistencia contra el régimen. Pero para un hombre como Kleist, que siempre había visto el nazismo, raíces y ramas,

como el mal absoluto, no había ninguna necesidad de conocer los detalles de sus crímenes. Obviamente, el mal absoluto engendraba abominaciones. Sólo el cuadro general, el «momento moral y político» importaba. Así podemos ver cómo personas diferentes invocan la moralidad como algo que subyace a su resistencia, pero le otorgan significados muy diferentes.

También podemos ver cómo diferentes consideraciones morales se enfrentaron dentro de la propia conspiración. Un ejemplo típico es el debate interno en la conspiración sobre los esfuerzos de Dohnanyi, Oster y Canaris para salvar a judíos en operaciones como U-7. Dohnanyi, que consideraba estas operaciones de rescate un «deber con Alemania», convenció a Oster y Canaris para que las financiaran y les dieran cobertura. Oster dio las órdenes para traspasar fondos, pero las transacciones reales fueron realizadas por Hans Gisevius, que vivía en Suiza y actuaba como banquero de la conspiración. ¿Gisevius sentía que estaba cumpliendo un deber moral al participar en operaciones de rescate? En realidad, se oponía a ellas, no porque fuera un antisemita, sino porque le parecía que transacciones tan importantes podían exponer la conspiración ante las autoridades nazis.[21] Resulta fácil condenar a Gisevius, pero en el fondo tenía razón. U-7 condujo al descubrimiento de la célula de la Abwehr y casi a la completa desaparición de la resistencia. Pero aun así, catorce hombres, mujeres y niños se salvaron de la muerte. ¿Valió la pena el precio que se pagó? Gisevius y Fritz Arnold, el líder del grupo de supervivientes, debatieron apasionadamente el tema años después de los acontecimientos. En cualquier caso, está claro que aquí el conflicto no era entre moralidad y oportunismo, sino más bien entre diferentes conjuntos de valores morales.

Resulta aún más difícil explicar las actividades en la resistencia de oficiales cuyo comportamiento durante la guerra fue directamente criminal. ¿Cómo debemos descifrar la historia del conde Wolf von Helldorff, el comandante de la policía de Berlín? Virulentamente antisemita, violento y corrupto hasta la médula, este oficial de las SA fue responsable directo de un pogromo antes de 1933 y después consiguió dinero extorsionando a los judíos alemanes durante mucho tiempo.[22] Helldorff explicó a la Gestapo

que estaba de acuerdo con los principios del nacionalsocialismo, pero no con su aplicación, en especial no con la arbitrariedad judicial y la lucha contra la Iglesia.[23] No existe más información fiable sobre sus motivos.

También es difícil explicar los motivos de Arthur Nebe, comandante de un escuadrón de la muerte (Einsatzgruppe) en el frente oriental, para unirse a la conspiración contra Hitler. Sus amigos de la resistencia, sobre todo Gisevius, afirmaron después de la guerra que se unió a los Einsatzgruppen sólo para alimentar a la resistencia con información desde dentro y que ayudó a los conspiradores a salvar a tantas personas como fue posible. Las pruebas no apoyan estas afirmaciones e indican que Nebe fue tan cruel y asesino como sus colegas de las SS. Resulta tentador estar de acuerdo con Ronald Rathert, el biógrafo de Nebe, en que este oficial de las SS no fue más que un oportunista que se unió a la conspiración para «salvaguardar su vida con un doble juego».[24] Al fin y al cabo, ¿cómo puede la lógica convencional explicar la implicación de un asesino en masa en la resistencia alemana contra Hitler excepto que sea un oportunista?

Sin embargo, debemos evitar la respuesta fácil. Como se ha dicho antes, unirse a la conspiración era extraordinariamente peligroso y no era la mejor manera de salvarse. Siendo realista, a diferencia de los comandantes del Ejército regular, un asesino en masa como Nebe podía esperar una condena a muerte por parte de los británicos o los americanos. Si se hubiera unido a la conspiración en 1944, cuando la guerra ya estaba perdida, su decisión se podría explicar como un intento de evitar un cadalso americano, corriendo el riesgo de subir a uno nazi. No obstante, Nebe se unió a la conspiración en 1938, mucho antes de la guerra, y siguió comprometido a lo largo de la misma. ¿Por qué? Se puede suponer que intervinieron consideraciones patrióticas, pero la verdad es que no tenemos ninguna prueba fiable. Hasta que se encuentren más documentos, Arthur Nebe seguirá siendo un enigma.

No sólo las SS estuvieron implicadas en crímenes nazis; también lo estuvo la Wehrmacht. Por eso, los conspiradores que sirvieron en el este tuvieron que tratar cada día con dilemas morales. No eran asesinos

profesionales como Nebe, pero muchos no pudieron escapar a su responsabilidad.

«La obediencia militar», escribió el general Ludwig Beck, «llega a sus límites cuando [...] el conocimiento, la conciencia y la responsabilidad prohíben seguir una orden.»[25] «¿Para qué sirven nuestra táctica y otras capacidades», preguntó Henning von Tresckow, «cuando las cuestiones críticas siguen abiertas? [...]. Seguimos afirmando con firmeza que nuestra lucha es por la misma existencia de la patria, pero ¿se nos permite ignorar el hecho de que lo estamos haciendo al servicio de un criminal?»[26] En realidad, Tresckow desobedeció la Orden de los Comisarios y libró a un prisionero ruso que, en dichos términos, debería haber sido ejecutado.[27] Él y otros se dieron cuenta de que la insubordinación se convertía en un deber cuando las órdenes atentaban contra la conciencia. Pero su desobediencia era selectiva en lugar de extensiva. Según Gersdorff, Tresckow creía que el Ejército debía seguir intacto después del golpe y, además, sentía una fuerte responsabilidad por la seguridad de sus tropas: un mal liderazgo militar cuesta vidas. «El Movimiento de la Resistencia Alemana no era una profesión a la que uno se pudiera dedicar en exclusiva», subrayó Fabian von Schlabrendorff. «Éramos alemanes. Estábamos en medio de una guerra. Debíamos proteger a nuestro país contra el enemigo con la fuerza de las armas.»[28] Sus camaradas y él vivían una doble vida: servían en la Wehrmacht y al mismo tiempo en un Ejército antinazi en las sombras.

Pero ¿a qué precio? Tresckow y sus asociados participaron activamente en la guerra contra los partisanos, que con frecuencia se utilizaba como excusa para las atrocidades alemanas. Ya hemos visto que Gersdorff y Tresckow protestaron contra los crímenes de guerra nazi. Gersdorff se expresó públicamente contra la propaganda antisemita y el asesinato de judíos. Tresckow denunció la Orden de los Comisarios y la masacre de Borísov. Al menos en una ocasión, intentó reducir el número de unidades de las SS en su teatro de operaciones. Pero, en contra de la historia que explicó el conde Boeselager después de la guerra, estos esfuerzos fueron ineficaces

y prácticamente no salvaron a nadie.[29] Las órdenes criminales pasaban a través de Tresckow y con frecuencia tenía que darles curso o incluso ratificarlas con sus iniciales. El 28 de junio de 1944, por ejemplo, sólo tres semanas antes del 20 de julio, Tresckow firmó, en su calidad de jefe del Estado Mayor del Segundo Ejército, una de las órdenes de la Operación Heno (Aktion Heu). Esta operación pretendía recoger a todos los niños rusos huérfanos del frente y enviarlos a Alemania como trabajadores forzados. Aunque la operación no fue iniciada por Tresckow ni controlada por él, era responsable de la orden que firmó. La historia de la Operación Heno demuestra que incluso los conspiradores más decididos se vieron implicados inevitablemente en la guerra de exterminio en el este.

La única manera que tenía Tresckow para mantener limpia su conciencia era dimitir. Pero entonces, ¿habría podido organizar los atentados contra Hitler? Si un atentado hubiera tenido éxito, el rescate de todas las víctimas habría estado a su alcance, y es probable que Tresckow hubiera sido considerado uno de los héroes más grandes de la segunda guerra mundial. Dietrich Bonhoeffer señaló que cumplir con el deber en una época de penumbra moral con frecuencia requería cargar con la culpa. Eso fue precisamente lo que hizo Tresckow.

Moralmente aún más complicado es el caso del general Carl-Heinrich von Stülpnagel, el comandante del Decimoséptimo Ejército en Rusia y después gobernador militar de Francia. Su responsabilidad por crímenes de guerra tanto en Rusia como en Francia fue mucho más grave y directa que la de Tresckow. Aunque no existe consenso sobre la extensión y la gravedad de la culpabilidad personal de Stülpnagel, no hay duda de que participó en crímenes de guerra. Transmitió al Decimoséptimo Ejército todas las órdenes criminales de Hitler y él mismo emitió órdenes del día racistas y antisemitas. El Ejército de Stülpnagel atravesó Galitzia, una provincia con una gran población judía, y los Einsatzgruppen de las SS cometieron asesinatos en masa en el territorio bajo su control. Pero incluso los historiadores que juzgan a Stülpnagel con la mayor severidad reconocen que decenas de miles de judíos fueron asesinados en zonas controladas por

otros ejércitos, por ejemplo, los de Reichenau y Manstein, en un orden de magnitud mucho más grande que en la zona bajo el mando de Stülpnagel. Aún más importante es que la mayoría de los judíos asesinados en el territorio del Decimoséptimo Ejército murieron después de que Stülpnagel hubiera entregado el mando. La matanza de judíos aumentó dramáticamente bajo su sustituto, el general Hermann Hoth.

Algunos deducen de ello que, aunque Stülpnagel tuvo responsabilidad de mando por los crímenes de guerra, a diferencia de la mayoría de los comandantes de su nivel, no colaboró voluntariamente con los asesinos de las SS. Otros afirman, con una escasez de pruebas claras, que Stülpnagel dimitió de su puesto porque estaba harto y asqueado por los crímenes de guerra en los que se veía obligado a participar.[30] En cualquier caso, está claro que, por un lado, como gobernador militar de Francia, Stülpnagel gobernó con dureza y, entre otras cosas, ordenó la ejecución de rehenes. Como en Rusia, desde su punto de vista las necesidades militares de su país superaban cualquier consideración moral. Por otro lado, parece que al mismo tiempo intentó, a través de canales clandestinos, obstaculizar la deportación de los judíos del país, o al menos ralentizarla. Se pueden encontrar pruebas de ello en un documento oficial que redactó Heinrich Himmler cuando el ciego Stülpnagel fue enviado al verdugo en su cama de hospital. El jefe de las SS escribió que «la actitud hostil del gobernador militar [con las SS] obstaculizó la deportación de los judíos de Francia». Los hijos de Stülpnagel afirman que su padre se oponía firmemente a las deportaciones y a la política de genocidio en su conjunto.[31]

¿Realmente Stülpnagel no tuvo más opción que cometer crímenes de guerra? Si tanto le asqueaban, ¿por qué no dimitió de su mando cuando vio lo que se le exigía? No existe una respuesta definitiva a esta cuestión, pero sabemos que, si hubiera dimitido, no habría podido trabajar para derrocar al régimen. También sabemos que siguió siendo un miembro leal de la conspiración durante todo el tiempo y que actuó con valentía en París pagando por ello con su vida.

Casi todos los miembros de la resistencia alemana decidieron permanecer en el Ejército y oponerse a Hitler de la mejor manera que podían en lugar de quedar al margen o expresar su indignación, como hacían los exiliados alemanes en Londres y Washington. Muchos de ellos, a diferencia de Stülpnagel y otros, consiguieron evitar su implicación en crímenes de guerra. No obstante, también sintieron el dolor de tener que cooperar con un régimen que detestaban, y los conflictos psicológicos a los que se debían enfrentar a diario se cobraron un precio muy alto. Axel von dem Bussche, por ejemplo, no creía que sus actividades en la resistencia compensasen su servicio en un ejército criminal. Después de la guerra, cada vez que se encontraba con un judío o un israelí, sentía una profunda sensación de vergüenza por haber servido en la Wehrmacht.[32] Dietrich Bonhoeffer, el clérigo que trabajó en la Abwehr, expresó sentimientos similares. La poderosa imagen cristiana de Pilatos lavándose las manos como un acto de eludir la responsabilidad por la crucifixión de Jesús, afectó profundamente a estos hombres. Esto ayuda a explicar la sensación de culpa personal de Bonhoeffer: «Nos convertimos en testigos silenciosos de actos perversos. Nos hemos lavado las manos con mucha agua. Aprendimos el arte del disimulo y de la expresión ambigua [...]. Nos rebajamos e incluso nos volvimos cínicos como consecuencia de conflictos insoportables. ¿Ahora seguimos sirviendo para algo?».[33]

Hasta aquí, este capítulo se ha centrado en el sentido de la moralidad de los conspiradores, la relación entre moralidad y patriotismo y el dilema de la «oposición desde dentro». Ahora debemos valorar el significado de la primera palabra en la frase «motivos morales». *Motivos* es una palabra que con frecuencia se usa tan despreocupadamente que resulta difícil que nos paremos a pensar en su significado. Esta cuestión, que se plantea en raras ocasiones en la literatura sobre la resistencia, es la clave para comprender quién, entre la multitud de personas en la Wehrmacht y fuera de ella, era más probable que se convirtiera en un conspirador.

Los estudiosos han sugerido una serie de factores, entre ellos la tradición militar prusiana, la fe religiosa y la educación humanística. Pero

¿estos elementos fueron suficientes por sí mismos para formar un motivo para la resistencia? Por ejemplo, ¿los valores prusianos se pueden considerar la plataforma ideológica del movimiento de resistencia alemán? ¿Era la antítesis del nazismo? Es verdad que Tresckow, descendiente orgulloso de una familia nobiliaria prusiana que había proporcionado al Ejército prusiano veintiún generales a lo largo de tres siglos, se convirtió en un enemigo indomable de los nazis.[34] Pero aun así, muchos oficiales alemanes sentían una fidelidad poderosa con los valores de esta tradición y a pesar de ello siguieron leales al régimen. Más aún, muchos de los conspiradores no participaban de esta herencia guerrera.

¿Y la fe religiosa? Es cierto que casi todos los luchadores de la resistencia eran religiosos: casi todos los conspiradores del 20 de julio, incluidos muchos de los izquierdistas entre ellos, así como Elser y los miembros del Círculo de Kreisau. Todos eran cristianos y se sentían partícipes de los valores cristianos. Algunos conspiradores no religiosos acabaron convirtiéndose en creyentes durante los años de lucha contra el régimen nazi. Así, la veneración hacia Dios se puede ver como el motor más potente de los resistentes. La fe en lo que consideraban valores superiores y la posibilidad de un mundo mejor los impulsó en sus labores cotidianas. Cuando llegó el momento de sacrificar sus vidas, su fe les ayudó a soportar heroicamente los interrogatorios y las torturas, y enfrentarse al Tribunal Popular y al cadalso. «Me presenté ante [el presidente del Tribunal Popular] Freisler como un cristiano, un cristiano y nada más», dijo el conde Moltke, otorgando a la religión el lugar que le corresponde en las crónicas de la resistencia alemana.[35] Al presentarse ante el juez nazi, Moltke no se consideraba un miembro de la clandestinidad alemana arrastrándose ante el emisario de un tirano, sino un creyente cristiano que entrega su vida a las legiones de Satanás, un eslabón más en la larga cadena de mártires cristianos.

Pero ni siquiera la religión responde a la cuestión de los motivos. Alemania era el hogar, como escribió Klaus von Dohnanyi sobre la implicación de su padre en la operación de rescate U-7, «de multitud de

creyentes cristianos que nunca hicieron por sus vecinos lo que mi padre hizo por los "Siete"».[36] Las iglesias alemanas, católica y protestante, fueron en gran medida leales a Hitler. Como un cristiano temeroso de Dios, Henning von Tresckow quedó sorprendido una y otra vez por la cobardía abyecta de la mayoría de los religiosos alemanes, tanto protestantes como católicos. «No comprendo», le dijo Tresckow a su esposa, «cómo personas que no son oponentes feroces al régimen se pueden considerar cristianas. Un cristiano verdaderamente devoto también debe ser un resistente devoto».[37] En otras palabras, aunque la mayoría de los conspiradores tenían en común una fe intensa en Dios, desde luego la religión no fue suficiente por sí misma para que un alemán se levantase contra los nazis.

Esto no proporciona ninguna respuesta definitiva sobre lo que impulsó a estas personas a oponerse a Hitler. Quizá se reduzca a los elementos que componen el motivo, la suma de procesos y factores psicológicos que los empujaron a cruzar el Rubicón para penetrar en el oscuro mundo de la conspiración revolucionaria. Puede resultar difícil definir la mezcla elusiva que constituye un imperativo de este tipo. Lo mejor que puedo hacer es sugerir tres componentes necesarios: su cimiento, sustancia e ímpetu.

El fundamento sobre el que se construyó la moralidad de los conspiradores fue la empatía. Eran hombres y mujeres a los que les preocupaba profundamente las vidas y los sentimientos de las otras personas. Su empatía les impidió hacer caso omiso de las atrocidades que presenciaban y del hecho de que su país se precipitara hacia la derrota. Alrededor de este fundamento se levantaba un sistema de valores —lo que llamo sustancia—, ya fuera fe cristiana, patriotismo, socialismo, tradición militar prusiana, humanismo o cualquier otro conjunto de principios. Finalmente, el ímpetu lo proporcionó un coraje excepcional.

Cada uno de estos componentes fue una condición necesaria para que la resistencia fuera posible. Una persona emocionalmente indiferente al destino de los demás nunca arriesgaría su vida para salvarlos, aunque afirmase que se somete a un código moral de un tipo u otro. El sistema de valores por sí mismo no es menos importante que el marco en el que actúa,

porque el conjunto de valores de cada conspirador, fuera cual fuese su origen, le proporcionaba la justificación interna necesaria para actuar. Tresckow subrayó esto mismo cuando escribió en su diario: «Cada ideal, se base o no en la realidad, da a cada persona un propósito, fuerza para seguir viviendo y para avanzar».[38] No menos importante fue el ímpetu; sólo una valentía excepcional pudo moverlo a actuar a partir de sus valores, aun a riesgo de su vida. Estas tres condiciones necesarias parece que están presentes en casi todos los conspiradores, sin importar cuáles fueran las demás diferencias entre ellos.

21
Redes de resistencia

Para comprender la resistencia alemana contra Hitler, no es suficiente con analizar a sus individuos más destacados y sus motivos. Además del caso inusual de Georg Elser, la resistencia militar contra Hitler fue más una actividad de grupo que individual. Los grupos tienen sus propias dinámicas, que se basan en la conectividad y la interacción entre sus miembros.

En este libro se ha analizado extensamente la estructura de red del movimiento de la resistencia alemana, guiada por la regla de la mutación revolucionaria. Presenciamos el nacimiento de la red en 1938, basada en la interacción entre promotores, enlaces y agentes. Durante su vida, el movimiento pasó a través de tres fases principales: la camarilla densa pero pequeña de 1938, las camarillas conectadas de Tresckow (1942-1943) y finalmente la «rueda conspirativa» centralizada de Stauffenberg (1943-1944). Ahora, volveremos a analizar la influencia de cada una de estas fases en el funcionamiento de la resistencia, en sus logros iniciales y en su fracaso final.

Muchos historiadores y otros especialistas afirman que este fracaso era inevitable. Si es así, podríamos preguntarnos: ¿para qué molestarse en analizar las fortalezas y debilidades del movimiento? Hitler no fue asesinado, Alemania no dejó de seguirlo y la segunda guerra mundial siguió adelante hasta su amargo final. El fracaso de los conspiradores era inevitable y su metodología es irrelevante.

Obviamente, este libro se cimenta en la premisa de que, a pesar de su fracaso, tenemos mucho que aprender de las ideas y las acciones de los conspiradores, de sus triunfos y errores. El tópico que aprenden todos los estudiantes de historia de que «los historiadores no plantean cuestiones contrafactuales» es, en el mejor de los casos, incorrecto. Sería mucho más correcto decir que los historiadores, hablando en general, no plantean explícitamente cuestiones contrafactuales. Pero los escenarios contrafactuales siguen a cada explicación como una sombra. Si, por ejemplo, responsabilizamos del resultado del atentado del 20 de julio de 1944 al hecho de que Stauffenberg no fue capaz de activar la segunda bomba, decimos implícitamente que si lo hubiera hecho el resultado habría sido diferente. Por eso los escenarios contrafactuales son simples intentos de analizar abiertamente lo que por norma general sólo se insinúa.

No son pocos los historiadores que asumen que todo lo que ocurre sucede a causa de los procesos de «largo alcance»: culturales, demográficos, económicos y demás. Evan Mawdsley, por ejemplo, afirma que todos los acontecimientos posteriores a septiembre de 1939 eran inevitables: Hitler debía fracasar en su invasión de Gran Bretaña, después debía invadir Rusia y a partir de ese momento su derrota era inevitable.[1] Mawdsley descarta sistemáticamente todas las opciones alternativas con el objetivo de demostrar que los acontecimientos tenían que desarrollarse tal como lo hicieron. Estos intentos, por muy interesantes y brillantes que puedan ser, adolecen de indolencia intelectual: no importa cómo se concrete la realidad, siempre habrá alguien que explique que tenía que producirse precisamente de esa manera. Lo irónico es que siempre se pueden encontrar explicaciones deterministas convincentes que justifiquen resultados opuestos. Pero la realidad no es una autopista recta; es una carretera estrecha y con curvas, llena de cruces y contingencias. En un momento dado, una elección diferente puede provocar un resultado completamente distinto.

Los historiadores suelen ignorar la suerte y el azar, que son influencias cruciales siempre que llegamos a un cruce o contingencia histórica. Hitler

abrevió un discurso en 1939 y por eso escapó al atentado de Georg Elser; la bomba de Tresckow funcionó mal en marzo de 1943; un sargento miró dentro del vestuario de Stauffenberg y evitó que pudiera activar la segunda bomba; y, el caso más famoso, el coronel Brandt decidió mover el maletín de Stauffenberg al otro lado de la mesa. En cada uno de estos ejemplos, Hitler se salvó por pura suerte.

Aun así, la historia es más interesante que todo esto, porque incluso cuando la suerte o el azar influyen en el resultado de los acontecimientos, los factores estructurales y los procesos de corto y largo alcance pueden afectar las probabilidades y las posibilidades de cada resultado.

Para intentar comprender los puntos fuertes y débiles de la estructura en red del movimiento de resistencia alemán, debemos examinar las ventajas e inconvenientes de cada fase, sus perspectivas y peligros. Para ello, debemos tener en cuenta tres medidas principales: la seguridad de la red (es decir, su capacidad para seguir oculta ante los servicios de seguridad); su autarquía revolucionaria (en otras palabras, su capacidad para confiar más en los miembros que en personas de fuera); y, finalmente, el control (cómo gobiernan los líderes la red). Defenderé que la autarquía revolucionaria es inversamente proporcional a la seguridad y el control. Es decir, a medida que las redes se vuelven más poderosas y autosuficientes, se vuelven menos seguras y más difíciles de controlar. En este capítulo veremos cómo estos parámetros afectaron a la resistencia en 1938, 1942-1943 y 1944, respectivamente.[2]

La camarilla de Berlín: 1938

La camarilla de Berlín, creada en 1938 por Oster, Gisevius y Goerdeler, dispuso de muchas ventajas sustanciales sobre las configuraciones posteriores de la conspiración. En primer lugar, era muy segura. La mayoría de sus miembros se conocían bien entre ellos y les unían fuertes lazos de solidaridad. Estos lazos densos generaron una atmósfera cálida y acogedora,

que alivió en alguna medida la presión emocional y mental de la resistencia. Los testimonios supervivientes muestran que difícilmente se plantearon la cuestión de si se podía confiar o no en cierto miembro de la camarilla. La pequeña escala del grupo aumentó significativamente el control: tres enlaces carismáticos y hábiles fueron suficientes para gestionar con eficacia la comunicación a través de la red. Los problemas de comunicación con actores remotos también fueron mínimos, porque la mayoría de los miembros estaban concentrados en Berlín.

Incluso con todas estas ventajas, la camarilla de Berlín tuvo un problema serio de autarquía revolucionaria y este problema disminuyó significativamente las probabilidades de éxito. Para alcanzar sus objetivos —es decir, el golpe de Estado— sólo podía contar con los miembros de la camarilla. El tamaño minúsculo de la red, que permitía un aumento de la seguridad y del control, era el obstáculo principal: los miembros de la camarilla no eran lo suficientemente numerosos para organizar un golpe por ellos mismos. Es cierto que disponían de comandantes con tropas, como Witzleben, Liedig y Heinz, pero, excepto en el caso de Hoepner, no tenían aliados leales en las provincias. Por eso, en caso de golpe, Berlín podría haber quedado rápidamente aislado por fuerzas lealistas. La única solución a este problema era conseguir la colaboración de Halder y Brauchitsch, que presumiblemente podían movilizar a todo el Ejército. No obstante, estos altos mandos no eran miembros de la camarilla y su compromiso era limitado (Halder) o inexistente (Brauchitsch).

En cualquier caso, la dependencia de oficiales de alto rango era muy problemática desde el punto de vista revolucionario. Dichos oficiales, como muestra claramente la historia de la resistencia, son difíciles de convencer para participar en planes de rebelión. Entre los altos mandos de la Wehrmacht, los conspiradores sólo consiguieron el apoyo consistente de Canaris y Witzleben, y nunca fueron capaces de obtener el respaldo de los poderosos jefes de los grupos de ejércitos en el este. Halder, como hemos visto, apoyaba en principio la conspiración, pero en realidad no estaba

comprometido con su éxito. Una y otra vez se echó atrás en el último instante y dejó a los conspiradores en la estacada.

Muchos historiadores consideran que la «cobardía» de Halder es la raíz del resultado, pero en realidad no es tan sencillo. Halder no era desde luego un hombre decidido, pero el problema podría haber sido más estructural que personal. Consideremos, por ejemplo, la interacción entre Halder y Beck. Cuando este último era jefe del Estado Mayor, Halder intentó convencerlo para que hiciera algo contra el régimen y fracasó. Más tarde, Beck, en aquel momento un civil retirado, intentó presionar y Halder apretó el freno. Más que el carácter de la persona, los requisitos del puesto fueron la raíz del problema. Los altos mandos, mariscales de campo, jefes de Estado Mayor y comandantes de grandes unidades como los grupos de ejércitos solían ser más circunspectos, menos aventureros y más conscientes de la carga de su responsabilidad.[3] Por esta razón, los líderes de la resistencia eran habitualmente comandantes subalternos y oficiales de Estado Mayor, cuya carga de responsabilidad era relativamente ligera.

La estrategia más efectiva para conseguir la colaboración de comandantes superiores era rodearlos de conspiradores, para presionarles y, finalmente, si todo lo demás fallaba, enfrentarlos a los hechos consumados.[4] Los líderes de la resistencia intentaron muchas veces congraciarse de esa manera con generales influyentes, en especial con Kluge. Pero para que eso pudiera ocurrir, la red debía depender de la colaboración con aliados poco fiables como Halder y, aún peor, Brauchitsch. La responsabilidad política y militar de Halder le llevó a pedir la cooperación de los británicos. Así, los conspiradores dependían de la política interna en Zossen y Londres por un igual. Huelga decir que estos factores estaban completamente fuera de su control. Por eso, para tener éxito la camarilla debía disfrutar de una coincidencia extremadamente afortunada: buen trabajo en Berlín y colaboración con Zossen y Londres. La probabilidad de esta coincidencia múltiple era muy baja.

En conclusión, cuanto más pequeña sea una red, menor es su autarquía revolucionaria y mayor su dependencia de aliados, acontecimientos y

decisiones más allá de su control. El caso de Georg Elser es un ejemplo aún más extremo de este modelo. Elser, un asesino con un talento excepcional, que actuaba sin una red, no tenía la capacidad para corregir los errores, porque dependía totalmente de coincidencias, oportunidades y las decisiones de los demás (por ejemplo, la vulnerabilidad inusual de Hitler en la ceremonia de la cervecería). Una coincidencia desafortunada fue suficiente para comprometer su plan bien preparado. Para aumentar la autarquía, la red debe crecer. De 1938 a 1942, a lo largo de cuatro años de amargos desengaños, los conspiradores aprendieron poco a poco la lección y cambiaron su estrategia.

Camarillas conectadas: 1942

Por las razones analizadas en el capítulo 11, la transición estructural que sufrió la conspiración desde finales de 1941 hasta los últimos meses de 1943 estuvo relacionada con un cambio en la estrategia básica. Dado que la dependencia de la camarilla de Berlín de personas que no pertenecían a ella, como Halder, falló una y otra vez para el movimiento, la respuesta obvia era aumentar la autarquía revolucionaria. Esta estrategia fue desarrollada por Oster en 1938 y adoptada con entusiasmo por Tresckow en 1942. La resistencia debía asesinar a Hitler independientemente, sin pedir permiso a los generales. Después, cuando tuvieran que enfrentarse a los hechos consumados, los comandantes militares de alto rango colaborarían. No obstante, las fuertes medidas de seguridad en tiempos de guerra significaban que sólo se podía asesinar a Hitler cuando visitara uno de los frentes.

Las enormes regiones del frente oriental, su aislamiento y las dificultades para monitorizar las actividades subversivas proporcionaban condiciones más favorables para el atentado. Aun así, con el objetivo de preparar el golpe simultáneo en Berlín, los luchadores de la resistencia debieron establecer dos camarillas distintas, separadas geográficamente, y

tuvieron que coordinar constantemente sus actividades. Así, el papel de los agentes, como Kaiser y Schlabrendorff, se volvió esencial, mucho más de lo que había sido necesario en 1938. Desde el punto de vista estratégico, este cambio fue a mejor: se impulsó la autarquía revolucionaria (Tresckow pudo planear el intento de asesinato sin depender de personas externas) y la resistencia, por primera vez, desarrolló una infraestructura que le permitía planificar metódicamente atentados que tendrían lugar simultáneamente con un golpe en Berlín.

El coste, como aprendieron los conspiradores para su consternación, era que la seguridad se veía seriamente comprometida. El aumento en la autarquía revolucionaria requería camarillas separadas y una expansión significativa de las redes. A medida que crecía el número de participantes, el peligro de comentarios imprudentes, filtraciones y traiciones era significativamente más alto, socavando la confianza mutua. A pesar de la debilidad estructural potencial de ser traicionados, la posibilidad de que ocurriera de verdad seguía siendo baja, porque los líderes carismáticos de la camarilla, en especial Tresckow, tenían un alto grado de control sobre sus grupos respectivos. No obstante, la independencia relativa de las camarillas potencialmente podía provocar un descuido en sus actos que podía resultar peligroso para los agentes. Y los agentes, como hemos visto, eran el talón de Aquiles de la estructura. El procedimiento contra Hermann Kaiser, junto con la caída de Oster y Dohnanyi, lo demostró. Comentarios descuidados (Schulenburg y Kaiser) u operaciones de rescate nobles pero peligrosas (Oster y Dohnanyi) podían provocar la caída de toda la conspiración. Sólo la suerte evitó que el arresto de Schulenburg y Kaiser y la degradación de Oster se convirtieran en un desastre irremediable.

Un problema tan urgente como el anterior era el control, que también se vio seriamente erosionado después de 1938. El modelo de camarillas conectadas requería agentes fuertes, pero un agente no era necesariamente un líder. Al final, dentro de las camarillas existían relaciones fuertes (en especial en la de Tresckow), pero no necesariamente entre ellas. Erika von Tresckow explicó que hasta el otoño de 1943 su esposo estaba preocupado

porque las camarillas no estaban lo bastante coordinadas y no había ningún líder militar que controlase todos los hilos.[5] Según Gerhard Ringshausen, incluso la decisión de Tresckow y Witzleben de asesinar a Hitler a finales de 1941 se tomó al principio por separado y sólo más tarde coordinaron los esfuerzos.[6] Esta situación hacía necesarias tediosas negociaciones diarias que destrozaban los nervios de los líderes de los grupos. Las entradas en el diario de Kaiser de principios de 1943 lo reflejan bien: discusiones interminables («sólo hay quejas»), depresión y, sobre todo, incertidumbre.[7] ¿Actuará Olbricht? ¿Aprovechará Tresckow la oportunidad para asesinar a Hitler? ¿Qué ocurrirá si Goerdeler pronuncia su discurso antinazi habitual ante la persona equivocada? ¿Y qué pasa con Fromm? Variables conectadas entre ellas provocaban una gran incertidumbre y una enorme tensión mental.

En conclusión, el modelo de las camarillas conectadas aumentaba sustancialmente las oportunidades de asesinar a Hitler y poner en marcha un golpe de Estado. Pero, a pesar de los esfuerzos continuados de agentes con talento como Schlabrendorff y Kaiser, los problemas crónicos de coordinación redujeron las posibilidades de éxito, aunque se hubiera conseguido eliminar a Hitler. Una mejora en un aspecto aumentaba el riesgo de los demás.

La rueda conspirativa: 1944

La rueda conspirativa de Stauffenberg fue un intento para aumentar tanto la autarquía revolucionaria como el control, sin dañar la seguridad general. Según el modelo mencionado con anterioridad, la tarea era difícil, si no imposible. Por un lado, para impulsar la autarquía era necesario conseguir más confidentes y socios. Por otro, a medida que se expandía la conspiración, se resentían el control y la seguridad.

Stauffenberg intentó la cuadratura del círculo a través de su estilo de liderazgo único y carismático, y su capacidad de mando. La destrucción de

un centro de poder que pudiera competir con él en la Abwehr y el declive del poder de Tresckow a causa de su traslado al Segundo Ejército, dejó el terreno libre para Stauffenberg. Las células nuevas dependían principalmente de él y de sus colaboradores, y así se convirtió en el eje de la rueda, un «superenlace» que dominaba el flujo de información a través de toda la estructura. No obstante, no ejerció esa función él solo. El contacto con la célula de París, por ejemplo, se mantuvo a través del primo de Stauffenberg, Caesar von Hofacker, el agente para el frente occidental. Las conexiones e intermediaciones de Goerdeler y Kaiser seguían siendo muy importantes. Aun así, no hay duda de que Stauffenberg disfrutó de un poder sin precedentes. Un eje menos enérgico y carismático no habría podido mantener semejante estructura ni el nivel de control que tuvo sobre ella. Stauffenberg estableció reglas de secretismo y compartimentación muy estrictas para garantizar que el arresto de un miembro no expondría a toda la red.

Los resultados fueron variados. En cuanto a la autarquía revolucionaria, los logros de Stauffenberg fueron ciertamente impresionantes. El movimiento de resistencia fue mucho más extenso. (Esto también se debió al deterioro de la situación en los frentes.) Las tropas bajo el control de aliados de confianza, como las fuerzas de Stülpnagel en París, fueron más numerosas que nunca. Stauffenberg y sus colegas en el eje, que dominaban las células de la resistencia en muchos frentes y ciudades provinciales, esperaban que la muerte de Hitler pudiera encender una rebelión general por todo el Reich y los territorios ocupados. Es importante señalar que como la autarquía seguía siendo parcial, los conspiradores debían conseguir la colaboración de aliados veleidosos, como el mariscal de campo Kluge.

Respecto a la seguridad, las reglas estrictas de compartimentación de Stauffenberg disminuyeron el peligro, pero no consiguieron eliminarlo por completo. En el eje, cualquier decisión imprudente de Stauffenberg era mucho más peligrosa que un error similar de un miembro subalterno. Las conversaciones de Adolf Reichwein con los comunistas, por ejemplo, lo expusieron a un agente de la Gestapo y toda la conspiración estuvo a punto

de ser desmantelada. Stauffenberg, que habitualmente era muy cauteloso, cometió una imprudencia al autorizar conversaciones con civiles a los que no conocía. La expansión de las redes aumentó inevitablemente el peligro de fallos de seguridad y, para ser justos, ni todas las precauciones del mundo habrían podido eliminar por completo este peligro.

El control, presumiblemente la mayor ventaja de la rueda conspirativa de Stauffenberg, se convirtió en su talón de Aquiles. En este aspecto, el talento de Stauffenberg hizo más daño que bien. Fueron tantas las personas que cayeron rendidas a su encanto y lo admiraron como un semidiós que el propio Stauffenberg dudaba que alguien lo pudiera traicionar. Sin embargo, el 20 de julio de 1944, los radios de la rueda se desintegraron uno a uno. Algunos generales se negaron a colaborar y otros «desaparecieron» cuando oyeron que Hitler seguía vivo: Stieff traicionó a Stauffenberg, Hoepner no mostró entusiasmo y fue ineficaz, y las promesas de Kluge se evaporaron en el aire. Las súplicas telefónicas de última hora de Stauffenberg a oficiales «para que no lo abandonaran» sólo subraya este fracaso.

Confiar en el comandante Otto Remer fue quizá el error más grave de Stauffenberg. Puso la misión más importante —el asedio del distrito gubernamental y el arresto de Goebbels— en manos de un oficial desconocido, confiando totalmente en que Remer cumpliría las órdenes. Stauffenberg ni siquiera se preocupó en enviar a un conspirador para que lo vigilase, tan confiado estaba en que la gente no desobedecería sus órdenes.

La expansión de la conspiración disminuyó el control, como era de esperar, pero el carisma de Stauffenberg generó la ilusión de un aumento del control. Tan grande fue la ilusión que los conspiradores creyeron, como señaló con ironía uno de sus rivales en la Bendlerstrasse, que «tanto la Wehrmacht como los civiles los iban a vitorear. Nunca les pasó por la cabeza que pudieran encontrar resistencia».[8] La ilusión cegó a Stauffenberg ante la deslealtad de algunos oficiales. Cuando quedó claro que Hitler estaba vivo, su poder se disolvió por completo.

Epílogo
Caballeros con la armadura sucia: los héroes de la resistencia y nosotros

Términos como *héroes* y *heroísmo* suelen despertar las sospechas de los historiadores contemporáneos. En nuestra época, suenan pomposos y recuerdan a ideologías desacreditadas como el fascismo o el estalinismo. Los estudiosos de la historia se forman para no creer todo lo que leen y para criticar sin miedo incluso a los «héroes» más celebrados del pasado. Por cada héroe histórico hay un historiador nuevo —normalmente más de uno — ansioso por destruir el mito y añadir a su currículum otra vaca sagrada sacrificada. Pero como la frase «héroes de la resistencia» sigue siendo de uso habitual, tiene sentido, al igual que hicimos con motivos y moralidad, revisar la definición básica. ¿Qué significa *héroe?* ¿Los luchadores de la resistencia alemana, con todos sus defectos, errores y fracasos, se ajustan a la definición? Y lo que es más importante, ¿qué significa esta historia para nosotros, como lectores de la historia y ciudadanos del siglo XXI?

Una cuestión difícil, sin duda. Mientras estaba escribiendo este libro, a lo largo de más de diez años, nunca me detuve a pensar en este aspecto. Para empezar a buscar una solución, quizá valga la pena dar un paso atrás y alejarse de la literatura sobre la resistencia, e incluso de la historia en su conjunto. Encontré la primera pista en *Jews for Sale?,* el estudio clásico de Yehuda Bauer sobre los esfuerzos por salvar a los judíos en Hungría.

Veamos lo que escribió sobre los activistas judíos que trabajaron para salvar a sus hermanos en los años más oscuros del Holocausto:

> Los héroes judíos no eran caballeros con armaduras relucientes. Weissmandel era un fanático ultraortodoxo que se oponía al sionismo; Brand era un aventurero, un borracho y una persona cuya devoción por la verdad no era el rasgo más destacado de su carácter. Kasztner tenía una personalidad ambiciosa, arrogante y autoritaria, culpable de rescatar a nazis de la justicia de posguerra para satisfacer su sentido del honor y del poder [...]. Mayer era un filántropo pedante..., y suma y sigue. Pero aun así todos ellos son héroes. Su intento de salvar a los judíos implicó un autosacrificio, un valor y una devoción tremendos.[1]

Los luchadores de la resistencia alemana tampoco eran «caballeros con armaduras relucientes», aunque así los retrataron algunos de sus primeros historiadores. En realidad, eran un grupo de personas unidas relativamente al azar, de todos los sectores sociales y prácticamente indistinguibles de los demás antes de unirse a la conspiración. Un oponente del régimen nazi podía ser un coronel educado y sofisticado procedente de la nobleza, un duro oficial de combate en el frente, un estirado alcalde o intelectual conservador, un activista sindical, un maestro de escuela diligente o un modesto carpintero. Es cierto, como hemos visto, que la mayoría de ellos disponían de atributos mentales especiales que dejaron una marca en la mente de sus colegas: fuertes creencias religiosas, valentía y empatía por los demás. Pero estos atributos no eran siempre evidentes antes del momento de necesidad.

Inclinados a los errores humanos, no eran santos, y en ciertas disyuntivas tenían tendencia a la agresividad y la manipulación, a veces incluso a la crueldad. Oster, por ejemplo, fue descrito por algunos de sus colegas en la Abwehr como un oficial intrigante y escurridizo que flirteaba con las secretarias en la oficina. Dohnanyi prohibió a su esposa que completase su tesis porque, según afirmaba, los estudios académicos estarían en conflicto con sus deberes femeninos.[2] Goerdeler era, para muchos, un burócrata conservador, estirado y de mente estrecha.[3] Tresckow estuvo implicado en la guerra contra los partisanos (que bien pudo implicar atrocidades). Y Hase, en su papel de comandante del Gran

Berlín, condenó a muerte a los desertores mientras intentaba ayudar a otros «criminales» políticos.[4] Los seres humanos son siempre complejos y con frecuencia contradictorios; los conspiradores no eran diferentes. No obstante, teniendo en cuenta las difíciles circunstancias en las que se vieron envueltos, la gran mayoría aceptó arriesgar su vida por los demás. En el mismo sentido, y sólo en ese sentido, fueron verdaderos héroes.

Una vez que hemos comprendido que su armadura no es brillante, sino que está manchada y arañada, podemos ver a los «héroes» como son en el mundo real: personas capaces, quizá sólo brevemente, de superar la ideología y el egoísmo, e incluso los peligros existenciales, para conseguir un bien mayor. Cualquier otra interpretación hace que la vida sea mucho más fácil para nosotros, los lectores de historia. Si Stauffenberg, Tresckow y Goerdeler hubieran sido perfectos, más grandes que la vida misma, «heroicos» en el sentido mítico, mientras que nosotros no lo somos, sus lecciones no tendrían ninguna utilidad para nosotros. Las personas normales no pueden seguir el ejemplo de los semidioses. Si, por el contrario, los resistentes alemanes se ven como simples oportunistas, recibimos de nuevo un mensaje tranquilizador. Resulta muy reconfortante compararse con criminales malvados, con encarnaciones del mal. Cuando los nuevos historiadores en Alemania pierden el rumbo para mostrar lo malvado que era Tresckow (utilizando los estándares morales de finales del siglo XX), el mensaje subyacente es: «Soy un nuevo alemán. No soy como él. ¿Ves lo justo que soy?».

Pero ¿y si uno se encuentra en circunstancias parecidas a las de Stauffenberg, Tresckow o Goerdeler? Siendo individuos falibles e imperfectos, susceptibles a los estereotipos y a otros defectos, ¿qué haremos cuando abunden los dilemas morales: en medio de una tormenta propagandística, recibiendo noticias de la muerte de personas amadas, sin mencionar un genocidio colosal? La historia terrible del siglo XX ha demostrado más de una vez que semejantes pesadillas no se encuentran nunca muy lejos. «La acción responsable», escribió Dietrich Bonhoeffer, «tiene lugar en la esfera de la relatividad, completamente velada en la

penumbra que la situación histórica proyecta sobre el bien y el mal. Tiene lugar en medio de las perspectivas incontables desde las cuales se puede ver cada fenómeno. La acción responsable no sólo debe decidir entre verdad y error, bueno y malo, sino también entre verdad y verdad, malo y malo.»[5]

En estas circunstancias, el personaje complejo conocido como «héroe» desafía eternamente a cada uno y la definición de cada uno. Usted, el alto funcionario, ¿estaría dispuesto a sacrificar su carrera para proteger a los perseguidos, como hizo Goerdeler? Usted, el oficial, ¿se negaría a cumplir «una de cada noventa y nueve órdenes», como afirmó Olbricht que estaba dispuesto a hacer, o pondría en peligro la vida de amigos, seres queridos y familiares, como hicieron Tresckow, Oster y Stauffenberg? ¿Cómo se enfrentaría a un torbellino de dilemas morales en una «esfera de la relatividad, completamente velada en la penumbra»? Si estas preguntas le hacen reflexionar, entonces he cumplido con la labor que me propuse al empezar.

Apéndices

ABREVIATURAS

BA:	Bundesarchiv, Berlín
BA-MA:	Bundesarchiv-Militärarchiv, Friburgo
CAC:	Churchill Archives Center, Cambridge, Reino Unido
DRYV:	Department of the Righteous Archive, Yad Vashem Holocaust Memorial Authority, Jerusalén
GARF:	Gosudarstvennii Arhiv Rossikei Federatsi (Archivo Estatal de la Federación Rusa), Moscú
GEAH:	Georg-Elser-Arbeitskreis Heidenheim (archivo online, http://www.georg-elser-arbeitskreis.de/gearchiv.htm)
HULL:	Harvard University Lamont Library, Cambridge, Massachusetts
IfZ:	Institut für Zeitgeschichte, Múnich
KA:	Risto Rytin arkisto (Archivo Nacional Finlandés), Helsinki
NA:	National Archives, Kew, Londres
NARA:	National Archives and Records Administration, Washington, D.C. *Nuremberg Blue: International Military Tribunal: Trial of the Major War Criminals Before the International Military Tribunal* (Núremberg, 1947), 42 vols. *Nuremberg Green: Trials of the Major War Criminals Before the Nuremberg Military Tribunals Under Control Council Law n.º 10, October 1946-April 1949* (Washington, D.C.: GPO, 1953), 15 vols. *Nuremberg Red:* Office of the U.S. Chief Counsel for the Prosecution of Axis Criminality, *Nazi Conspiracy and Aggression* (Washington, D.C.: GPO, 1946), 8 vols. más 3 vols. supl.
NWHA:	Nordrhein-Westfälisches Hauptstaatsarchiv, Düsseldorf
SAL:	Stadtarchive Leipzig, Leipzig
UMA:	Ulkoasiainministeriön Arkisto (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Finlandia), Helsinki
UPEN-RBML:	University of Pennsylvania, Rare Book and Manuscript Library, Filadelfia
USAMHI:	Army Heritage and Education Center Archive, Carlisle, Pensilvania
WC-TAU:	Wiener Collection, Tel Aviv University

Bibliografía selecta

Nota: en muchos casos, he utilizado textos originales alemanes para las referencias indirectas, y he recurrido a traducciones inglesas ya existentes para las citas. En ambos casos, en la bibliografía aparecen el original y la traducción.

FUENTES INÉDITAS Y ARCHIVOS

Abakumov a Beria (informe en Wolf's Lair), 22-2-1945, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 93, 6-15.

Aktenvermerk über die Besprechung im Führerzug am 12-9-1939 in Illnau. 14-9-1939, NARA, Rg. 238/3047-PS (US-80).

Allgemeines Heeresamt, Abt. Demob. Nr. 350/42 g.Kdos, «Herstellung einsatzfähiger Verwendungsbereitschaft des Ersatzheeres», 5-2-1942, Chef der Heeresrüstung und Befehlshaber der Ersatzheeres, AHA la VII Nr. 1160/42 g.Kdos, «Betr.: Walküre II», 21-3-1942, BA-MA RH/12/21.

Arnold, Fritz, Bericht A, 3, DRYV.

Bartram, Hans-Ludwig, 1954, «20. Juli 1944», BA-MA Msg 2/214.

Beria a Stalin, 19-9-1944 (véase Crome, Hans [testimonio] más abajo).

Boeselager, Philipp Freiherr von, Mein Weg zum 20. Juli 1944 (Vortrag gehalten am 20. Juli 2002 bei den Johannitern in Wasserburg/Bayern).

—, a Peter Hoffmann, 19-11-1964, IfZ ZS-2118, pág. 2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-2118.pdf.

Bürgerbrauattentat, IfZ, ZS/A 17 1-11.

Bussche, Axel von dem, Ns v.18-6-1948, betr. Massenerschieβungen v. Juden im Ghetto Dubno 1942, IfZ ZS-1827, págs. 7-12.

Cabinet Papers, Great Britain, NA, CAB/23/95.

Chamberlain, Neville, Papers of Neville Chamberlain, HULL.

Chef der Heeresrüstung und Befehlshaber des Ersatzheeres, AHA/Ia (I), Nr. 3830/43 g.Kdos, «Betr.: Walküre», 31-7-1943, BA-MA RH/12/21, 56.

Churchill, Winston, Sir Winston Churchill Papers, HULL.

Crome, Hans (testimonio), Beria a Stalin, 19-9-1944, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 66, págs. 297-98.

Deutsch, Harold C., Harold C. Deutsch Papers, USAMHI.
Eichmann, Adolf, an die Geheime Staatspolizei Düsseldorf, 2-12-1941, NWHA, RW 58/74234, 12.
Fischer, Albrecht, Erlebnisse vom 20. Juli 1944 bis 8. April 1945, 9-10-1961, IfZ, ZS-1758, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-1758.pdf.
Foreign Broadcast Intelligence Service (FBIS), Federal Communications Commission, Daily Report, Foreign Radio Broadcasts, NARA, Rg.263, SA 190, R 23, C 34, S7, caja 58.
Gersdorff a Krausnick, 19-10-1956, IfZ ZS-0047-2.
Goerdeler, Anneliese, Abschrift, Protokoll, in dem Spruchkammerverfahren gegen Dr. Strölin, 27-10-1948, IfZ, ZS-0580, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0580.pdf.
Goerdeler, Carl Friedrich (archivo personal), NA, HS9/593/6.
Haacke an Mutschmann, 4-12-1936, SAL Kap 10 G Nr. 685 Bd.i, 267R-268.
Halder, Franz, testimonio en «Protokoll der öffendichen Sitzung der Spruchkammer München X, BY 11/47, am 15-9-1948», BA-MA BAarch N/124/10.
—, «Zu den Aussagen des Dr. Gisevius in Nürnberg 24. bis 26-4-1946», BA-MA BAarch N/i 24/10.
Halifax, primer conde de (Edward F.L. Wood), Halifax Papers, CAC, HLFX I/3/3.6.
Herber (teniente coronel) «Was ich am 20-7-1944 in der Bendlerstraβe erlebte», BA-MA Msg 2/214.
Hitzfeld, Otto, a Gerd Buchheit, 5-7-66, IfZ ZS-1858, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-1858.pdf.
Hoepner, Joachim, a Peter Hoffmann, 3-4-1964, IfZ ZS-2121, pág. 2.
Huppenkothen, Walther, «Abschrift», 11-7-1947, IfZ 0249-1, págs. 8-10, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0249_1.pdf.
Kivimäki, Toivo M., report from Berlín, 12-2-1943, UMA, UM 5 C.
—, a Marshal Mannerheim, 6-5-1942, KA, kotelo 24.
Kommandeur der Panzertruppen XVII, Viena, 10-9-1943, «An die Herrn Kommandeure», BA-MA RH/53/17, 143.
Kommandostab RF-SS, Der Chef des Stabes an Jüttner 19-6-41, BA-MA SF-02/37542 SD report, 11-8-1944, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 97, pág. 208.
Krausnick a Gersdorff, 29-10-1956, y respuesta de Gersdorff, 30-10-1956, IfZ ZS-0047-2, págs. 105-108.
Kruglov a Beria, 6-5-1946, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 136, págs. 256-297.
Lindemann, Gabrielle, a Winfried Meyer, 29-11-1985 (Privatbesitz Winfried Meyers).
Müller an Weiter, 5-4-1945, EA-GEAH http://www.georg-elser-arbeitskreis.de/texts/ermordung.htm. Naval Attache, Stockholm to D.N.I, 16-8-1945, «Fate of Admiral Canaris», NA FO 371/47341.
Roeder, Manfred, 3 y 4 de diciembre de 1951, IfZ, ZS-0124, pág. 30, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0124.pdf.
Rohowsky, Johannes, «Stellungnahme zur Kennes-Kritik bezügl. Müller-Broschüre», 18-5-48, BA-MAN/124/10.
Scheurig, Bodo, Bodo Scheurig Papers, IfZ ZS-A 0031-1-0031-11.
Secret Field Police, NARA 1188885 6.18.
Sonderegger, Franz X., a Freiherr von Siegler, Dr. Helmut Krausnick, y Dr. Hermann Mau, 14-10-1952, IfZ, ZS-0303-1, pág. 43, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0303_i .pdf.
—, a Mattmer, 17-10-1952, IfZ, ZS-0303-1, pág. 32, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0303_i .pdf.
Stellv. Generalkommando XX.A.K (Wehrkreiskommando XX), Abt. Ib/Org, «Betr. Einsatz Walküre», 14-5-1942, BA-MA RH/53/20, 27, págs. 78-84.
Swiss Federal Police, BA, E 4320 (B) 1970/25 Bd 1-4, Dossier C.2.102, disponible también en línea en GEAH, http://www.georg-elser-arbeitskreis.de/texts/schweiz.htm.

Swiss Federal Police, replies to Gestapo inquiries, 1-2-1940: BA, E 43 20 (B) 1970/2 5 Bd 1-4, Dossier C.2.102, Ermittlungsbericht VI.
Thomas, Georg, «20.Juli 1944», 20-7-1945, BA-MA Msg 2/213.
«Tresckow, Henning von: Beurteilung», BA-MA BAarch PERS 6/1980.
Wehrkreis Kommando XVII, Viena, 1-9-1943, «Verwendungsbereitschaft des Ersatzheeres», BA-MA RH/53/17, 143.
Wehrkreiskommmando XVII (Stellv. Gen. Kdo. XVII A.K.), Viena, 12-1-1944, «Grundsätzlicher Befehl für die Abwehr feindlicher Einzelspringer, Fallschirmjäger und Luftlandetruppen», BA-MA RH/53/17, 39.
Wolf an Kunz, 7-12-1936, SAL Kap ioGNr.685 Bd.i, 270R.
Zeller, Eberhard, Eberhard Zeller Papers, IfZ ED-88/1-3.

MEMORIAS PUBLICADAS, ENTREVISTAS Y FUENTES PRIMARIAS

Akten zur deutscben ausrwärtigen Politik, 1918-1945 (Baden-Baden: Impr. Nationale, 1950-1995).
Andreas-Friedrich, Ruth, *Schauplatz Berlin: Ein deutsches Tagebuch* (Múnich: Rheinsberg Verlag G. Lentz, 1962).
Aretin, Felicitias von, *Die Enkeldes 20 Juli 1944* (Leipzig: Faber & Faber, 2004).
Ballestrem-Solf, Lagi Countess, «Tea Party», en *We Survived: Fourteen Stories of the Hidden and Hunted of Nazi Germany,* ed. Eric H. Boehm (Santa Barbara, Ca: ABC-Clio Information Services, 1985).
Bauer, Fritz, ed., *Justiz und NS-Verbrecben: Sammlung deutscher Strafurteile, wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen, 1945-1999* (Ámsterdam: University Press Amsterdam, 1968).
Beck, Ludwig, *Ein General kämpft gegen den Krieg: Aus nachgelassenen Papieren des Generalstabchefs Ludwig Beck,* ed. Wolfgang Foerster (Múnich: Münchener Dom-Verlag, 1949).
—, *Studien,* ed. Hans Speidel (Stuttgart: K.F. Koehler, 1955).
Bethge, Eberhard, ed., *Auf dem Wege zur Freiheit: Gedichte und Briefe aus der Haft,* de Dietrich Bonhoeffer y Klaus Bonhoeffer (Berlín: Lettner Verlag, 1954).
Boeselager, Philipp von, con Florence Fehrenbach y Jerome Fehrenbach, *Valkyrie: The Story of the Plot to Kill Hitler by Its Last Member,* trad. Steven Rendall (Nueva York: Vintage, 2010).
Bonhoeffer, Dietrich, *Dietrich Bonhoeffer Werke,* ed. Eberhard Bethge et al. (Múnich: Chr. Kaiser, 1986-1999).
—, *Dietrich Bonhoeffer Works* (Minneapolis: Fortress Press, 1996-2014). 16 vols.
Breitenbuch, Eberhard von, *Erinnerungen eines Reserveoffiziers, 1939-1945: Aufgeschrieben zur Kenntnis meiner Kinder* (Norderstedt: Books on Demand, 2011).
Cadogan, Alexander, *The Diaries of Sir Alexander Cadogan, O.M, 1938-1945,* ed. David Dilks (Londres: Cassell, 1971).
Churchill, Winston, *Into Battle: Speeches by the Right Hon. Winston Churchill,* ed. Randolph S. Churchill (Londres: Cassell, 1941).
Diels, Rudolf, *Lucifer ante Portas: Zwischen Severing und Heydrich* (Zúrich: Interverlag, 1949).
Domarus, Max, *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945: Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen* (Wurzburgo: Schmidt, Neustadt a.d. Aisch, 1962). 2 vols.
Ebermayer, Erich, *Denn heute gehört uns Deutschland: Persönliches und politisches Tagebuch,* trad. Sally Winkle (Hamburgo: Zsolnay, 1959).

Elser, Georg J., *Autobiographie eines Attentätters: Der Anschlag auf Hitler in Bürgerbräukeller 1939,* ed. Lothar Gruchmann (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1989).
Fahrner, Rudolf, «Geschehnisse um 20. Juli 1944», en *Gesammelte Werke,* ed. Stefano Bianca y Bruno Pieger (Colonia: Böhlau Verlag, 2008).
Fischer, Karl, *Ich Fuhr Stauffenberg: Erinnerungen an die Kriegsjahre, 1939-1945* (Angermünde: Spiegelberg Verlag, 2008).
Fliess, Dorothee, «Geschichte Einer Rettung», en *20. Juli 1944: Annäherung an den geschichlichen Augenblick,* ed. Rüdiger von Boss y Günther Neske (Pfullingen: Neske, 1984).
Foerster, Wolfgang, *Ein General kämpft gegen den Krieg: Aus nachgelassenen Papieren des Generalstabchefs Ludwig Beck* (Múnich: Münchener Dom-Verlag, 1949).
Gerlach, Christian, «Männer des 20 Juli und der Krieg gegen die Sowjetunion», en *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht, 1941 bis 1944,* ed. Hannes Heer y Klaus Naumann (Hamburgo: Hamburger Edition, 1995).
Gersdorff, Rudolf-Christoph Freiherr von, *Soldat im Untergang* (Frankfurt am Main: Ullstein, 1977).
Gilbert, Felix, ed., *Hitler Directs His War: The Secret Records of His Daily Military Conferences* (Nueva York: Oxford University Press, 1950).
Gillmann, Sabine, y Hans Mommsen, *Politische Schriften und Briefe Carl Friedrich Goerdelers* (Múnich: Saur, 2003). 2 vols.
Gisevius, Hans B., *Biszum bittern Ende* (Zúrich: Fretz & Wasmuth, 1946).
—, *To the Bitter End,* trad. Richard Winston y Clara Winston (Nueva York: Da Capo Press, 1998).
Goebbels, Joseph, *Tagebücher, 1924-1945,* ed. Ralf Georg Reuth, 2.ª ed. (Múnich: Piper, 1992).
Göring, Hermann, *Reden und Aufsätze* (Múnich: F. Eher Nachf, 1938).
Groscurt, Helmut, *Tagebücher eines Abwehroffiziers, 1938-1940: Mit weiteren Dokumenten zur Militäropposition gegen Hitler,* ed. Helmut Krausnick y Harold C. Deutsch (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1970).
Guderian, Heinz, *Erinnerungen eines Soldaten* (Heidelberg: Vowinckel, 1951).
Haffher, Sebastian, *Defying Hitler: A Memoir,* trad. Oliver Pretzel (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2002).
Hammerstein, Kunrat Freiherr von, *Spähtrupp* (Stuttgart: Govert, 1963).
Hassell, Ulrich von, *Die Hassell-Tagebücher, 1938-1944: Aufzeichnungen vom anderen Deutschland,* ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gärtringen (Múnich: Goldmann, 1994).
Heideking, Jürgen, y Christof Mauch, eds., *American Intelligence and the German Resistance to Hitler* (Boulder, Colo.: Westview Press, 1996).
Henk, Emil, *Die Tragödie des 20. Juli 1944: Ein Beitrag zur politischen Vorgeschichte* (Heidelberg: Rausch, 1946).
Hofer, Walther, ed., *Der Nationalsozialismus: Dokumente, 1933-1945* (Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch Verlag, 1957).
Holl, Martin, ed., *Führer-Erlasse, 1939-1940* (Stuttgart: Steiner, 1997).
Jacobsen, Hans A., ed., «*Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung; Geheime Dokumente tins dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984).
Jacobsen, Hans A., y Erich Zimmermann, eds., *20. Juli 1944* (Bonn: Berto Verlag, 1960).
John, Otto, *Twice Through the Lines: The Autobiography of Otto John,* trad. Richard Barry (Londres: Macmillan, 1972).
Kaiser, Hermann, *Mut zum Bekenntnis: Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010).
Kleist-Schmenzin, Ewald von, «Adel und Preußentum», *Süddeutsche Monatshefte* 51 (23 de agosto de 1926): 378-384.

—, *Der Nationalsozialismus: Eine Gefahr* (Berlín-Britz: Werdermann, 1932).
Kopp, Roland, *Paul von Hase von der Alexander-Kaserne nach Plötzensee: Eine deutsche Soldatenbiographie, 1885-1944* (Münster: Lit, 2001).
Kordt, Erich, *Nicht aus den Akten* (Stuttgart: Union deutsche Verlagsgesellschaft, 1950).
Kuhn, Joachim, «Eigenhändige Aussagen», en Hoffmann, Peter, *Stauffenbergs Freund.*
Loringhoven, Bernd Freytag von, with François d'Alançon, *In the Bunker with Hitler, 23-7-1944/29-4-1945* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2006).
Medem, Gevinon von, ed., *Axel von dem Bussche* (Maguncia: Hase & Koehler, 1994).
Meding, Dorothee von, *Courageous Hearts: Women and the Anti-Hitler Plot of 1944,* trad. Michael Balfour y Volker R. Berghahn (Providence, Rohde Island: Berghahn Books, 1997).
—, *Mit dem Mut des Herzens: Die Frauen des 20 Juli* (Berlín: Siedler, 1992).
Meinecke, Friedrich, *Die deutsche Katastrophe: Betrachtungen und Erinnerungen* (Wiesbaden: Brockhaus, 1946).
Meyer-Krahmer, Marianne, *Carl Goerdeler—Mut zum Widerstand: Eine Tochter erinnert sich* (Leipzig: Leipziger Universitatsverlag, 1998).
Michalka, Wolfgang, ed., *Das Dritte Reich: Dokumente zur Innen- und Auβenpolitik* (Múnich: Deutscher Taschenbuch Verlag, 1985). Vol. 1.
Moltke, Helmuth James von, *Briefe an Freya, 1933-1945* (Múnich: Beck, 2005).
—, *A German of the Resistance: The Last Letters of Count Helmuth James von Moltke* (Londres: Oxford University Press, 1946).
Mühlen, Bengt von zur, ed., *Die Angeklagten des 20 Juli vordem Volksgerichtshof* (Berlín: Chronos, 2001).
Mühlen, Bengt von zur, y Frank Bauer, eds., *Der 20. Juli 1944 in Paris: Verlauf Hauptbeteiligte, Augenzeugen* (Berlín: Chronos, 1995).
Müller, Wolfgang, *Gegen eine neue Dolchstoßlüge: Ein Erlebnisbericht zum 20 Juli 1944* (Hannover: Verlag «Das andere Deutschland», 1947).
Navarre, Henri, *Le temps des vérités* (París: Plon, 1979).
Neitzel, Sönke, *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945* (Berlín: Propyläen, 2005).
Nohlen, Dieter, y Philip Stöver, eds., *Elections in Europe: A Data Handbook* (Baden-Baden: Nomos, 2010).
Pechel, Rudolf, *Deutscher Widerstand* (Zúrich: Rentsch, 1947).
Schacht, Hjalmar, Abrechnung mit Hitler (WC-TAU, N4F SCHA).
Schlabrendorff, Fabian von, *Ojfiziere gegen Hitler* (Zúrich: Europa Verlag, 1946).
—, *Revolt Against Hitler: The Personal Account of Fabian von Schlabrendorff,* trad. y ed. Gero von Gaevernitz (Londres: Eyre & Spottiswoode, 1948).
—, *The Secret War Against Hitler,* trad. Hilda Simon (Boulder, Colo.: Westview Press, 1994).
Schmidt, Paul, *Hitler's Interpreter,* ed. y trad. R.H.C. Steed (Nueva York: Macmillan, 1951).
—, *Statist auf diplomatischer Bühne, 1923-1945: Erlebnisse des Chefdolmetschers im Auswärtigen Amt mit den Staatsmännem Europas* (Bonn: Athenäum Verlag, 1949).
Schramm, Wilhelm R. von, *Beck und Goerdeler: Gemeinschaftsdokumentefür den Frieden, 1941-1944* (Múnich: Müller, 1965).
Shirer, William L., *Berlín Diary: The Journal of a Foreign Correspondent, 1934-1941* (Londres: Hamilton, 1943).
Skorzeny, Otto, *Skorzeny's Special Missions: The Memoirs of the Most Dangerous Man in Europe* (Londres: Robert Hale, 1957).
SOPADE (Exilvorstand der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands), sozialistische Mitteilungen —Newsletter, herausgegeben 1939-1948. n.º 45, 3-9, n.º 47, 5, n.º 49, 3-8, n.º 52, pág. 19, supl. 2:

I-XII, n.º 53/4, 1-5, n.º 55/6, 7-15, n.º 57, 4-9, n.º 58/9, 1-14, n.º 62, 20, n.º 63/4, supl. 2:1-XVI.
Speidel, Hans, *We Defended Normandy,* trad. Ian Colvin (Londres: Jenkins, 1951).
Stahlberg, Alexander, *Bounden Duty: The Memoirs of a German Officer, 1932-1945,* trad. Patricia Crampton (Londres: Macmillan, 1990).
—, *Die verdammte Pflicht: Erinnerungen 1932 bis 194s* (Berlín: Ullstein, 1988).
Stampfer, Friedrich, *Erfahrungen und Erkenntnisse: Aufzeichnungen aus meinem Leben* (Cologne: Verlag für Politik und Wirtschaft, 1957).
Statista 2015, ed., «Anzahl der Arbeitslosen in derWeimarer Republikin den Jahren 1926 bis 1935», http://de.statista.com/statistik/daten/studie/277373/umfrage/historische-arbeitslosenzahl-in-der-weimarer-republik/.
Statistiches Jahrbuch für das deutsche Reich, Berlín: Puttkammer & Mühlbrecht, 1938, http://www.digizeitschriften.de.
Stieff, Helmuth, «Brief HQ/u, 21-11-1939», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (julio de 1954).
Thompson, Dorothy, *Listen, Hans* (Boston: Houghton Mifflin, 1942).
Warlimont, Walter, *Im Hauptquartier der deutschen Wehrmacht,* 1939 bis 1945 (Frankfurt am Main: Bernard & Graefe, 1962).
Weizmann, Chaim, *Trial and Error: The Autobiography of Chaim Weizmann* (Nueva York: Harper, 1949).
Woodward, E.L., y Rohan Butler, eds., *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939,* 3.ª serie (Londres, 1949).
Yakovlev, A.N., et al., eds., *Rossia XX Vek: Dokumenti, 194.1,* God v 2-x Knigah (Moscú: Mezhdunarodniy Fond «Demokratiya", 1998).
Young, Arthur P., *X Documents* (Londres: Deutsch, 1974).
Zimmermann, Wolf-Dieter, *Wir nannten ihn Bruder Bonhoeffer: Einblicke in ein hoffnungsvolles Leben* (Berlín: Wichern Verlag, 1995).

FUENTES SECUNDARIAS PUBLICADAS

Altein, Rachel, ed., *Out of the Inferno: The Efforts That Led to the Rescue of Rabbi Yosef Yitzchak Schneersohn of Lubavitch from War-Torn Europe in 1939-40* (Nueva York: Kehot Publication Society, 2002).
Aster, Sidney, «Guilty Men: The Case of Neville Chamberlain», en *Origins of the Second World War,* ed. Patrick Finney (Nueva York: St. Martin's, 1997).
Balfour, Michael, *Withstanding Hitler in Germany, 1933-1945* (Londres: Routledge, 1988).
Bauer, Yehuda, *Jews for Sale?: Nazi-Jewish Negotiations, 1933-1945* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1994).
Beck, Dorothea, *Julius Leber: Sozialdemokrat zwischen Reform und Widerstand* (Berlín: Siedler, 1983).
Beevor, Antony, *Stalingrad* (Londres: Viking, 1998) [trad. esp.: *Stalingrado,* Crítica, Barcelona, 2015].
Bentzien, Hans, *Claus Schenk Graf von Stauffenberg: Der Täter und seine Zeit* (Berlín: Das Neue Berlín, 2004).
Bethge, Eberhard, *Dietrich Bonhoeffer: Theologe, Christ, Zeitgenosse: Eine Biographie,* 9.ª ed. (Gütersloh: Gütersloher Verlagshaus, 2005).

Browning, Christopher, *Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942* (Jerusalén: Yad Vashem Press, 2004).
Brügel, Johann W., *Tschechen und Deutsche, 1918-1938* (Múnich: Nymphenburger Verlagshandlung, 1967).
Bücheler, Heinrich, *Generaloberst Erich Hoepner und die Militäropposition gegen Hitler* (Berlín: Landeszentrale für politische Bildungsarbeit, 1981).
Buchheit, Gert, *Die Anonyme Macht: Aufgaben, Methoden, Erfahrungen der Geheimdienste* (Frankfurt am Main: Akademische Verlagsgesellschaft Athenaion, 1969).
Chandler, Andrew, ed., *The Moral Imperative: New Essays on the Ethics of Resistance in National Socialist Germany, 1933-1945* (Boulder, Colo.: Westview Press, 1998).
Charmley, John, *Churchill, the End of Glory: A Political Biography* (Nueva York: Harcourt Brace, 1993).
Conze, Eckart, et al., *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik* (Múnich: Karl Blessing Verlag, 2010).
Deutsch, Harold C., *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1970).
Deutsch, Saul S., «Me-Varsha Le-New York Dereh Berlín, Riga Ve-Stockholm: Giluyim Hadashim al Parashat Ha-Hatsala shel Kevod Kedushat Admor Harayats», *Kefar Chabad* (9 Adar, febrero de 1993).
Dosenrode, Soren, ed., *Christianity and Resistance in the 20th Century: From KajMunk and Dietrich Bonhoeffer to Desmond Tutu* (Leiden: Brill, 2009).
Dulles, Allen W., *Germany's Underground* (Nueva York: Macmillan, 1947).
Erhard, Lucas, *Vom Scheitern der deutschen Arbeiterbewegung* (Basilea: Stroemfeld, 1983).
Faber, David, *Appeasement and World War II* (Nueva York: Simon & Schuster, 2008).
Feiling, Keith, *The Life of Neville Chamberlain* (Londres: Macmillan, 1970).
Fest, Joachim, *Plotting Hitler's Death: The German Resistance to Hitler, 1933-1945,* trad. Bruce Little (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1996).
Finker, Kurt, *Stauffenberg und der 20. Juli 1944* (Berlín: Union Verlag, 1967).
FitzGibbon, Constantine, *The Shirt of Nessus* (Londres: Cassell, 1956).
Gallately, Robert, «The Political Policing of Nazi Germany», en *Germans Against Nazism: Nonconformity, Opposition, and Resistance in the Third Reich: Essays in Honour of Peter Hoffmann,* ed. Francis R. Nicosia y Lawrence D. Stokes (Nueva York: St. Martin's Press, 1990).
Gilbert, Martin, *Kristallnacht: Prelude to Destruction* (Londres: HarperPress, 2006).
Gillessen, Günther, «Tresckow und der Entschluβ zum Hochverrat: Eine Nachschau zur Kontroverse über die Motive», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 58, n.º 3 (2010): 364-386.
Gladwell, Malcolm, *The Tipping Point: How Little Things Can Make a Big Difference* (Boston: Back Bay Books, 2002).
Goda, Norman J.W., «Black Marks: Hitler's Bribery of His Senior Officers During World War II», *Journal of Modern History* 72, n.º 2 (junio de 2000): 413-452.
Grabner, Sigrid, y Hendrik Röder, eds., *Ich bin der ich war: Henning von Tresckow; Texte und Dokumente* (Berlín: Lukas Verlag, 2001).
Graml, Hermann, «Massenmord und Militäropposition: Zur jüngsten Diskussion über den Widerstand im Stab der Heeresgruppe Mitte», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 54, n.º 1 (2006): 1-26.
Gutman, Israel, y Chaim Shatzker, *Ha-Sho'ah ve-Mashma'utah* (Jerusalén: Merkaz Zalman Shazar, 1987).
Hamerow, Theodore S., *On the Road to Wolfs Lair: German Resistance to Hitler* (Cambridge, Mass.: Belknap Press of Harvard University Press, 1997).

Harrison, Ted, «"Alter Kämpfer" im Widerstand: Graf Helldorff, die NS-Bewegung, und die Opposition gegen Hitler», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 45, n.º 3 (julio de 1997).
Heinemann, Ulrich, *Ein Konservativer Rebell: Fritz Dietlof Graf von der Schulenberg und der 20. Juli* (Berlín: Siedler, 1990).
Herzog, Rudolph, *Heil Hitler, das Schwein ist tot! Lachen unter Hitler; Komik und Humor im dritten Reich* (Frankfurt am Main: Eichborn, 2006).
Hoffmann, Peter, *Carl Goerdeler and the Jewish Question, 1933-1942* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011).
—, *The History of the German Resistance, 1933-1945,* trad. Richard Barry, (Montreal: McGill-Queens University Press, 1985).
—, *Hitlers Personal Security* (Londres: Macmillan, 1979).
—, «Oberst i. G. Henning von Tresckow und die Staatsstreichpläne im Jahr 1943», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 55, n.º 2 (2007).
—, «The Question of Western Allied Cooperation with the German Anti-Nazi Conspiracy, 1938-1944», *Historical Journal* 34, n.º 2 (1991): 437-464.
—, *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995).
—, *Stauffenbergs Freund: Die tragische Geschichte des Widerstandskämpfers Joachim Kuhn* (Múnich: Verlag C.H. Beck, 2007).
—, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985).
Höhne, Heinz, *Canaris,* trad. J. Maxwell Brownjohn (Londres: Seeker & Warburg, 1979).
Howe, Harald, et al., eds., *75 Jahre Walther-Rathenau-Oberschule—Gymnasium— (vormals Grunewald Gymnasium): 1903-1978* (Berlín: Rimbach Beratungs- und Verl. GmbH, 1978).
Hürter, Johannes, «Auf dem Weg zur Militäropposition: Tresckow, Gersdorff, der Vernichtungskrieg, und der Judenmord; Neue Dokumente über das Verhältnis der Heeresgruppe Mitte zur Einsatzgruppe B im jahr 1941», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 3 (2004): 527-562.
Hürter, Johannes, y Felix Römer, «Alte und neue Geschichtsbilder von Widerstand und Ostkrieg: Zu Hermann Gramls Beitrag "Massenmord und Militäropposition"», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 54, n.º 2 (abril de 2006): 300-322.
Janssen, Karl-Heinz, y Fritz Tobias, *Der Sturz der Generäle: Hitler und die Blom-berg-Fritsch Krise, 1938* (Múnich: Beck, 1994).
Jedlinka, Ludwig, *Das Einsame Gewissen: Der 20 Juli in Österreich* (Viena: Verlag Herold, 1966).
Kee, Robert, *Múnich: The Eleventh Hour* (Londres: Hamilton, 1988).
Kershaw, Ian, *Hitler, 1889-1936: Hubris* (Nueva York: Norton, 2000).
—, *Hitler, 1936-1945: Nemesis* (Nueva York: Norton, 2000) [trad. esp.: *Hitler,* Península, 2015].
—, *Hitler, the Germans, and the Final Solution* (Jerusalén: Yad Vashem Press; New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2008).
Keyserlingk, Linda von, «Erkenntnisgewinn durch die historische Netzwerkforschung. Eine qualitative und quantitative Analyse des Beziehungsgeflechts von zivilem und militärischem Widerstand, 1938-1944», en *Das ist Militärgeschichte! Probleme—Projekte—Perspektiven,* ed. Christian Th. Müller y Matthias Rogg (Paderborn: Ferdinand Schoningh), 464-468.
Kieffer, Fritz, «Carl Friedrich Goerdelers Vorschlag zur Gründung eines jüdischen Staates», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte* 125 (2008): 474-500.
Klause, Ekkehard, «Ewald von Kleist-Schmenzin (1890-1945): Ein altpreuβischer Konservativer im Widerstand gegen den Nationalsozialismus», *Forschungen zur Brandenburgischen und Preuβischen Geschichte* 19, n.º 2 (2009): 243-255.
Kleinberg, Aviad, *Flesh Made Word: Saints' Stories and the Western Imagination* (Cambridge, Mass.: Belknap Press of Harvard University Press, 2008).

Klemperer, Klemens von, «Der deutsche Widerstand gegen den Nationalsozialismus im Lichte der konservativen Tradition», en *Demokratie und Diktatur: Geist und Gestalt politischer Herrschaft in Deutschland und Europa; Festschrift für Karl Dietrich Bracher,* ed. Manfred Funke (Düsseldorf: Droste, 1987).

—, *German Resistance to Hitler: The Search for Allies Abroad* (Oxford: Oxford University Press, 1992).

Knoke, David, *Political Networks: The Structural Perspective* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990).

Knopp, Guido, *Stauffenberg: Die wahre Geschichte* (Múnich: Pendo, 2008).

Koch, Hannsjoachim W., *In the Name of the Volk: Political Justice in Hitler's Germany* (Londres: Tauris, 1989).

Kordt, Erich, *Wahn und Wirklichkeit* (Stuttgart: Union deutsche Verlagsgesellschaft, 1947).

Kramarz, Joachim, *Claus Graf Stauffenherg:* 15. *November 1907—20. Juli 1944; Das Leben eines Offiziers* (Frankfurt am Main: Bernard & Graefe, 1965).

Krausnick, Helmut, y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges: Die Einsatzgruppen der Sicherheitpolizei und des SD, 1938-1942* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1981).

Krebs, Albert, *Fritz-Dietlof Graf von der Schulenburg: Zwischen Staatsraison und Hochverrat* (Hamburg: Leibniz-Verlag, 1964).

Krockow, Christian Graf von, *Eine Frage der Ehre: Stauffenberg und das Hitler-Attentat vom 20. Juli 1944* (Berlín: Rowohlt, 2004).

Kroener, Bernhard, *Generaloberst Friedrich Fromm: Der starke Mann im Heimatkriegsgebiet; Eine Biographie* (Paderborn: Schöningh, 2005).

Laqueur, Walter, y Richard Breitman, *Breaking the Silence: The German Who Exposed the Final Solution* (Hanover, New Hampshire: University Press of New England for Brandeis University Press, 1994).

Lee, Gregory D., *Conspiracy Investigations: Terrorism, Drugs, and Gangs* (Upper Saddle River, Nueva Jersey: Pearson Prentice Hall, 2005).

Mason, Andrea, «Opponents of Hitler in Search of Foreign Support: The Foreign Contacts of Dr. Carl Goerdeler, Ludwig Beck, Ernst von Weizsäcker, y Adam von Trott zu Solz» (tesis de maestría McGill University, 2002), http://digitool.library.mcgill.ca/webclient/StreamGate?folder_id=o&dvs=i 340873 7153 37-113.

Mawdsley, Evan, *Thunder in the East: The Nazi-Soviet War* (Londres: Oxford University Press, 2005).

Meiml, Susanne, *Nationalsozialisten gegen Hitler: Die nationalrevolutionäre Opposition um Friedrich Wilhelm Heinz* (Berlín: Siedler, 2000).

Melnikov, Daniil E., *20 Juli 1944: Legende und Wirklichkeit,* trad. Fritz Rehak (Berlín: Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1964).

Meyer, Hedwig, «Die SS und der 20. Juli 1944», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 14, n.º 3 (julio de 1966): 299-316.

Meyer, Winfried, *Unternehmen Sieben: Eine Rettungsaktion für vom Holocaust Bedrohte aus dem Amt Ausland/Abwehr im Oberkommando der Wehrmacht* (Frankfurt am Main: Hain, 1993).

Mommsen, Hans, *Alternative zu Hitler: Studien zur Geschichte des deutschen Widerstandes* (Múnich: Beck, 2000).

Mühleisen, Horst, «Patrioten im Widerstand: Carl-Hans Graf von Hardenbergs Erlebnisbericht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 14, n.º 3 (enero de 1993).

Müller, Christian, *Oberst i. G. Stauffenherg: Eine Biographie* (Düsseldorf: Droste, 1971).

Müller, Klaus-Jürgen, *Armee und Drittes Reich, 1933-1939: Darstellung und Dokumentation* (Paderborn: Schöningh, 1987).
—, «Die Blomberg-Fritsch Krise, 1938: Elemente eines politisch-militärischen Skandals», en *Der politische Skandal,* ed. Julius H. Schoeps (Stuttgart: Burg, 1992).
—, *Generaloberst Ludwig Beck: Eine Biographie* (Paderborn: Schöningh, 2008).
Oleschinski, Brigitte, *Plötzensee Memorial Center* (Berlín: Gedenkstätte deutscher Winderstand, 2002).
Orbach, Danny, «Criticism Reconsidered: The German Resistance to Hitler in Critical German Scholarship», *Journal of Military History* 75 (abril de 2011): 1-25.
—, «The Other Prussia: General von Tresckow, Resistance to Hitler, and the Question of Charisma», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte* (octubre de 2016).
—, *Valkyrie: Ha-Hitnagdut Ha-Germanit he-Hitler* (Or Yehuda, Isr.: Yedioth Ahronot Press, 2009).
Ortner, Helmut, *Der Hinrichter: Roland Freisler, Mörder im Dienste Hitlers* (Viena: Zsolnay, 1995).
Page, Helena P., *General Friedrich Olbricht: Ein Mann des 20. Juli* (Bonn: Bouvier, 1994). Véase también Schrader, Helena.
Parssinen, Terry, *The Oster Conspiracy of 1938: The Unknown Story of the Military Plot to Kill Hitler and Avert World War II* (Nueva York: Harper Collins, 2003).
Pfister, U., «Die Wirtschaft in der Ära des Nationalsozialismus 1933-1939» (PowerPoint presentation), 28 de octubre e 2008, http://www.wiwi.uni-muenster.de/wisoge/md/personen/pfister/Vorlesungsdateien/Deutsche_Wirtschaft_seit_1850/So2-NS-Folien.pdf.
Pritchard, John R., *Reichstag Fire: Ashes of Democracy* (Nueva York: Ballantine, 1972).
Ragsdale, Hugh, *The Soviets, the Múnich Crisis, and the Coming of World War II* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004).
Ramm, Arnim, *Der 20 Juli vor dem Volksgerichtshof* (Berlín: Gaudig & Veit, 2007).
Rathert, Ronald, *Verbrechen und Verschwörung: Arthur Nebe; Der Kripochef des Dritten Reiches* (Münster: Lit, 2001).
Reich, Ines, *Carl Friedrich Goerdeler: Ein Oberbürgermeister gegen den NS-Staat* (Cologne: Böhlau, 1997).
Reynolds, Nicholas, *Treason Was No Crime: Ludwig Beck, Chief of the German General Staff* (Londres: Kimber, 1976).
Rigg, Bryan, *Rescued from the Reich: How One of Hitler's Soldiers Saved the Lubavitcher Rebbe* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2004).
Ringshausen, Gerhard, «Hans-Alexander von Voss (1907-1944): Offizier im Widerstand», *Vierteljahrsheftefur Zeitgeschichte* 52, n.º 3 (2004): 377-387.
—, *Hans-Alexander von Voss: Generalstabsoffizier im Widerstand, 1907-1944* (Berlín: Lukas Verlag, 2008).
—, *Widerstand und christlicher Glaube angesichts des Nationalsozialismus* (Berlín: Lit, 2008).
Ritter, Gerhard, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1954).
Roon, Ger van, «Hermann Kaiser und der deutsche Widerstand», *Vierteljahrshefte fur Zeitgeschichte* 24, n.º 3 (julio de 1976): 259-286.
—, *Neuordnung im Widerstand: Der Kreisauer Kreis innerhalb der deutschen Widerstandsbewegung* (Múnich: Oldenbourg, 1967).
Rosen, Chaim, «Opozitsyah le'umit shamranit ba-Raykh ha-shelishi» [National Conservative Opposition in the Third Reich] (tesis de doctorado, Universidad Hebrea de Jerusalén, 1997).
Scheurig, Bodo, *Ewald von Kleist-Schmenzin: Ein Konservativer gegen Hitler* (Oldenburg: Stalling, 1968).

—, *Henning von Tresckow: Ein Preuße gegen Hitler; Biographie* (Berlín: Propyläen, 1987).
Schmädecke, Jürgen, y Peter Steinbach, eds., *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus: Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985).
Schöllgen, Gregor, *Ulrich von Hassell, 1881-1944: Ein Konservativer in der Opposition* (Múnich: Beck, 1990).
Scholtyseck, Joachim, *Robert Bosch und der liberale Widerstand gegen Hitler, 1933 bis 1945* (Múnich: Beck, 1999).
Schrader, Helena, *Codename Valkyrie: General Friedrich Olbricht and the Plot Against Hitler* (Sparkford, UK: Haynes, 2009). Véase también Page, Helena P.
Schramm, Wilhelm R. von, *Aufstand der Generale: Der 20 Juli in Paris* (Múnich: Kindler, 1964).
Schröder, Michael, «Erich von Manstein: Ein unpolitischer Soldat?», *Forum «Barbarosa»,* n.º 3 (2004), http://www.historisches-centrum.de/forum/schroed ers04-2.html.
Schulthess, Konstanze von, *Nina Schenk Gräfin von Stauffenberg: Ein Porträt* (Múnich: Pendo, 2008).
Schultz, Hans J., ed., *Der Zwanzigste Juli: Alternative zu Hitler?* (Stuttgart: Kreuz Verlag, 1997).
Schwerin, Detlef Graf von, *Dann sind's die besten Köpfe, die man henkt: Die junge Generation im deutschen Widerstand* (Múnich: Piper, 1991).
Scott, John, *Social Network Analysis: A Handbook* (Londres: SAGE, 2009).
Segev, Tom, *Soldiers of Evil: The Commandants of the Nazi Concentration Camps* (Nueva York: McGraw-Hill, 1987).
Seton-Watson, R.W., *A History of the Czechs and Slovaks* (Hamden, Connecticut: Archon, 1965).
Shirer, William L., *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany* (Nueva York: Simon & Schuster, 1960). 2 vols.
Skinner, Quentin, «Meaning and Understanding», *History and Theory* 8, n.º 1 (1969).
Smid, Marikje, *Hans von Dohnanyi, Christine Bonhoeffer: Eine Ehe im Widerstand gegen Hitler* (Gütersloh: Gütersloher Verlagshaus, 2002).
Solonin, Mark, *22 Iunya: Anatomiya Katastrofi* (Moscú: Iuza Eskmo, 2008).
Staniland, Paul, *Networks of Rebellion: Explaining Insurgent Cohesion and Collapse* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2014).
Stedman, Andrew D., *Alternatives to Appeasement: Neville Chamberlain and Hitler's Germany* (Nueva York: Tauris, 2011).
Steinbach, Peter, *Claus von Stauffenberg: Zeuge im Feuer* (Leinfelder-Echterdingen: DRW, 2007).
Steinbach, Peter, y Johannes Tuchel, *Georg Elser: Der Hitler Attentäter* (Berlín: Be. Bra Wissenschaft, 2008).
—, eds., *Widerstand gegen den Nationalsozialismus* (Berlín: Akademie Verlag, 1994).
Stern, Frank, «Wolfsschanze versus Auschwitz: Widerstand als deutsches Alibi?» *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* 42, n.º 7 (1997).
Thomas, Mark, «Rearmament and Economic Recovery in the Late 1930s», *Economic History Review,* n.s., 36, n.º 4 (noviembre de 1983).
Thun-Hohenstein, Romedio G. Graf von, *Der Verschwörer: General Oster und die Militäropposition* (Berlín: Severin & Siedler, 1982).
Ueberschär, Gerd R., ed., *Der deutsche Widerstand gegen Hitler: Wahrnehmung und Wertung in Europa und den USA* (Darmstadt: Wissenschafliche Buchgesellschaft, 2002).
—, ed., *NS Verbrechen und der militärische Widerstand gegen Hitler* (Darmstadt: Primus, 2000).
—, *Stauffenberg: Der 20. Juli 1944* (Frankfurt am Main: Fischer, 2004).
Venohr, Wolfgang, *Stauffenberg, Symbol der deutschen Einheit: Eine politische Biographic* (Frankfurt am Main: Ullstein, 1986).

Warner, W. Lloyd, y Paul C. Lunt, *The Social Life of a Modern Community* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1941).
Yahil, Leni, *The Holocaust: The Fate of European Jewry* (Nueva York: Oxford University Press, 1990).
Young, Desmond, *Rommel* (Londres: Collins, 1972).
Zeller, Eberhard, *Geist der Freiheit: Der Zwanzigste Juli* (Múnich: Rhinn, 1952).
—, *Oberst Claus Graf Stauffenberg: Ein Lebensbild* (Paderborn: Schöoningh, 1994).
Zimmermann, Moshe, ed., *Ha-Hitnagdut La-Nazism* (Jerusalén: Koebner Institute for German History, 1984).

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Der Stürmer (Núremberg)
Echo der Woche
London Times
New York Times
Pravda (Moscú)
Völkischer Beobachter (Múnich)

AUDIOVISUALES

Kohav Beller, Hava, *The Restless Conscience: Resistance to Hitler Within Germany, I933-1945* (1992; Los Ángeles: New Video Group, 2009), DVD.

ENTREVISTAS

Autor con Philipp Freiherr von Boeselager, Kreuzberg, Alemania, 15 de julio de 2003.
Nicholas Netteau con Ewald-Heinrich von Kleist, Múnich, Alemania, 13 de enero de 1998 (ofrecida al autor por cortesía de Nicholas Netteau).

Láminas

«Para mí ya no hay vuelta atrás.»

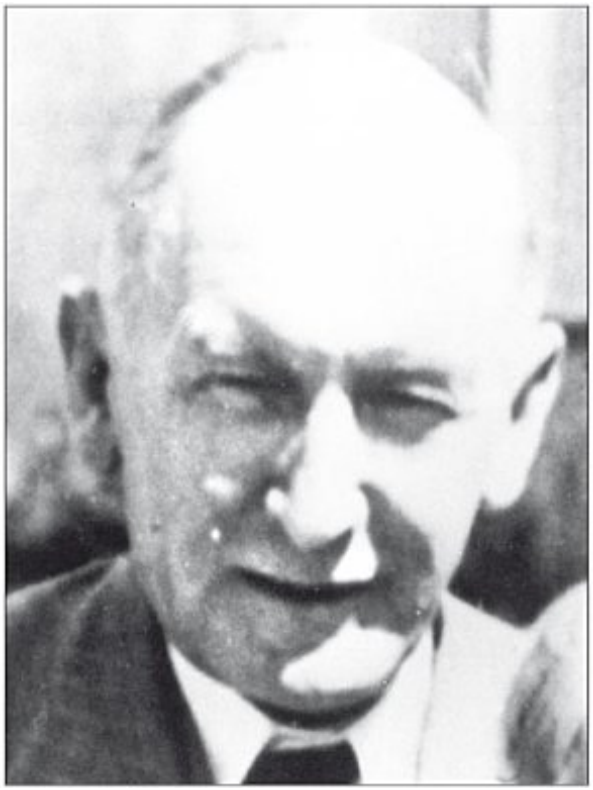
El coronel (más tarde general de división) Hans Oster fue el principal líder militar de la resistencia alemana durante los primeros años. Oficial de inteligencia astuto y decidido, buscó constantemente oportunidades para conseguir aliados en los niveles más altos del régimen.

© Gedenkstätte Deutscher Widerstand

«Dios sabe que lo he arriesgado todo sólo para salvar de mayores miserias a la juventud, a los hombres y a las mujeres de todos los países.»

El doctor Carl Friedrich Goerdeler fue uno de los padres fundadores del movimiento de resistencia alemán y el líder más importante de su rama civil. Profundamente comprometido con las reglas estrictas de la legalidad y la moralidad, cruzó la línea hacia la ilegalidad por su oposición a la persecución contra los judíos. Si hubiera triunfado el golpe del 20 de julio de 1944, Goerdeler se habría convertido en canciller de Alemania.

© Bundesarchiv Bild, 183-1987-1223-501



«*Witzleben era un hombre agradablemente sencillo [...] que tenía el corazón en el lugar correcto [...] un hombre con raíces firmes en las tradiciones caballerescas del viejo cuerpo de oficiales prusiano.*» — *Hans Bernd Gisevius*, To the Bitter End

El mariscal de campo Erwin von Witzleben fue uno de los primeros conspiradores en el Ejército alemán y el comandante en jefe de la Wehrmacht en el gobierno en la sombra de la resistencia.

© Reproduktion Gedenkstätte Deutscher Widerstand

«Mi esperanza es evitar un mayor derramamiento de sangre.»

Carpintero introvertido, Georg Elser organizó un complejo atentado para asesinar a Hitler colocando una bomba dispuesta para explotar durante una ceremonia nazi. Solo y sin contar con ninguna ayuda, fue quien estuvo más cerca de matar al dictador.

© Schweizerisches Bundesarchiv Bern, E. 4320 (B) 1970/25, CH-BAR#E4320B#1970/25#2*, AZ. C.02-102, Strasser, Otto, Dr., 1897, 1934-1939

«Puedo defender, con la conciencia limpia, todo lo que he hecho en la batalla contra Hitler.»

El coronel (más tarde general de división) Henning von Tresckow fue un jefe principal de la resistencia alemana y el cerebro de varios atentados para matar a Hitler. En sus intentos, Tresckow usó botellas de licor explosivas, francotiradores y asesinos suicidas. Conocido como uno de los antinazis de línea más dura de la resistencia, creía que había que matar a Hitler «como si fuera un perro loco».

© Reproduktion Gedenkstätte Deutscher Widerstand

«Si los generales no han conseguido nada, ha llegado el momento de que se impliquen los coroneles.»

El coronel Claus Schenk Graf von Stauffenberg, un brillante oficial aristócrata con un aura romántica, se convirtió en el símbolo de la resistencia alemana contra Hitler. Como último jefe militar de la conspiración, consiguió colocar una bomba en la sala de reuniones de Hitler en un atrevido intento de matar al dictador, desencadenar un golpe de Estado y tomar las riendas del Gobierno del Reich.

© Gedenkstätte Deutscher Widerstand

La sala de reuniones de Hitler tras la explosión de la bomba de Stauffenberg, el 20 de julio de 1944. Mussolini, que visitó al Führer ese mismo día, se sorprendió de que alguien se atreviera a organizar un intento de asesinato dentro del cuartel supremo del régimen.

© Ullstein bild-Cordon Press 00017842

«Todos los grandes hombres en la historia tuvieron que enfrentarse a la decisión de ser acusados por la historia o recordados como los salvadores en un momento de emergencia.»

El coronel Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, un oficial de inteligencia en el frente oriental, fue asistente y confidente de Henning von Tresckow. Participó en numerosos atentados para matar al Führer y finalmente se presentó voluntario para hacerse explotar junto con el dictador durante una visita a la armería de Berlín.

© Reproduktion Gedenkstätte Deutscher Widerstand

El patio en el antiguo complejo del alto mando de la Wehrmacht, en la Bendlerstrasse de Berlín. Aquí, Stauffenberg y tres de sus compañeros fueron fusilados la noche del 20 de julio de 1944 tras el fracaso del golpe de Estado. En 1955 la calle recibió el nombre de Stauffenbergstrasse en honor del líder del golpe. En la actualidad forma parte del Centro en Memoria de la Resistencia Alemana y ahí se celebran las ceremonias de ingreso en la Bundeswehr, el Ejército federal de Alemania.

©2014 Gedenkstätte Deutscher Widerstand

Notas

Nota sobre los rangos militares

* En la traducción se han tenido en cuenta las equivalencias de los rangos militares estadounidenses y españoles; por ejemplo, «general de división» por *major general* o «comandante» por *major*. *(N. del T.)*

Introducción

[1] Hans Rothfels, *The German Opposition to Hitler: An Assessment,* trad. Lawrence Wilson (Londres: Wolff, 1970), págs. 71-72.

[2] Eckart Conze, «Aufstand des preußischen Adels: Marion Gräfin Dönhoff und das Bild des Widerstands gegen den Nationalsozialismus in der Bundesrepublik Deutschland», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 51, n.º 4 (2003), pág. 499.

[3] Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance, 1933-1945,* trad. Richard Barry (Montreal: McGill-Queen's University Press, 1985), pág. x.

[4] Hans Mommsen, «Beyond the Nation State: The German Resistance Against Hitler and the Future of Europe», en *Working Towards the Führer: Essays in Honour of Sir Ian Kershaw,* ed. Anthony McElligott y Tim Kirk (Manchester, Reino Unido: Manchester University Press, 2003), págs. 246-257; Hans Mommsen, *Alternative zu Hitler — Studien zur Geschichte des deutschen Widerstandes* (Múnich: Beck, 2000), págs. 7-9.

[5] Christoph Dipper, «Der Widerstand und die Juden», en *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus: Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler,* eds. Jürgen Schmädecke y Peter Steinbach (Múnich: Piper, 1985), págs. 598-616.

[6] Christian Gerlach, «Männer des 20 Juli und der Krieg gegen die Sowjetunion», en *Vernichtungskrieg — Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944,* ed. Hannes Heer y Klaus Naumann (Hamburgo: Hamburger Edition, 1995), págs. 439-441.

[7] Danny Orbach, *Valkyrie: Ha-Hitnagdut Ha-Germanit Le-Hitler* (Or Yehuda, Israel: Yedioth Ahronot Press, 2009).

[8] Véase mi comentario crítico sobre Christoph Dipper, Christian Gerlach y otros en Danny Orbach, «Criticism Reconsidered: The German Resistance to Hitler in Critical German Scholarship», *Journal of Military History,* 75 (abril de 2011), págs. 1-25.

[9] Aviad Kleinberg, *Flesh Made Word: Saints' Stories and the Western Imagination* (Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 2008), pág. 88.

[10] Hay una excepción importante. Linda von Keyserlingk, una estudiante de doctorado de la Universidad de Potsdam, está trabajando en una tesis sobre un análisis cuantitativo de la resistencia alemana. Un resumen de su muy esperada investigación futura fue publicado por Linda von Keyserlingk, «Erkenntnisgewinn durch die historische Netzwerkforschung: Eine qualitative und quantitative Analyse des Beziehungsgeflechts von zivilem und militärischem Widerstand, 1938-1944», en *Das ist Militärgeschichte! Probleme — Projekte — Perspektiven,* ed. Christian T. Müller y Matthias Rogg (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2013), págs. 464-468.

1. Oposición en llamas

[1] Benjamin Carter Hett, *Burning the Reichstag: An Investigation into the Third Reich's Enduring Mystery* (Nueva York: Oxford University Press, 2014), pág. 14.

[2] Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas — Zwischen Severing und Heydrich* (Zúrich: Interverlag, 1949), pág. 143.

[3] Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936: Hubris* (Nueva York: Norton, 1999), pág. 460.

[4] Sebastian Haffner, *Defying Hitler: A Memoir,* trad. Oliver Pretzel (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2002), pág. 126.

[5] Wolfgang Michalka, ed., *Das Dritte Reich: Dokumente zur Innen- und Außenpolitik* (Múnich: Deutscher Taschenbuch Verlag, 1985), vol. 1, pág. 291.

[6] Kershaw, *Hubris,* pág. 461.

[7] El mejor estudio y el más actualizado sobre el incendio del Reichstag es Hett, *Burning the Reichstag*.

[8] Hans B. Gisevius, *To the Bitter End,* trad. Richard Winston y Clara Winston (Nueva York: Da Capo Press, 1998), pág. 3.

[9] Haffner, *Defying Hitler,* pág. 101.

[10] Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat — der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), págs. 18-19.

[11] Friedrich Stampfer, *Erfahrungen und Erkenntnisse — Aufzeichnungen aus meinem Leben* (Colonia: Verlag für Politik und Wirtschaft, 1957), pág. 264.

[12] Michalka, *Das Dritte Reich,* vol. 1, pág. 34.

[13] Max Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945: Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen* (Wurzburgo: Schmidt, Neustadt a.d. Aisch, 1962), vol. 1, págs. 242-246.

[14] Michalka, *Das Dritte Reich,* vol. 1, pág. 34.

[15] Lucas Erhard, *Vom Scheitern der deutschen Arbeiterbewegung* (Basilea: Stroemfeld, 1983), págs. 164-165; *Nuremberg Blue* (USA-238, 392-PS), 25, págs. 534-536.

[16] Erich Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland: Persönliches und politisches Tagebuch,* trad. Sally Winkle (Hamburgo: Zsolnay, 1959), págs. 46-47.

[17] Dieter Nohlen y Philip Stöver, eds., *Elections in Europe: A Data Handbook* (Baden-Baden: Nomos, 2010), pág. 762.

[18] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 46.

[19] *Statistiches Jahrbuch für das deutsche Reich, 1938* (Berlín: Puttkammer & Mühlbrecht), pág. 371, http://www.digizeitschriften.de/. Para una representación visual del desarrollo del desempleo, véase Statista 2015, ed., «Anzahl der Arbeitslosen in der Weimarer Republik in den Jahren 1926 bis 1935», http://de.statista.com/statistik/daten/studie/277373/umfrage/historische-arbeitslosenzahl-in-der-weimarer-republik/. Para el desarrollo de los salarios reales, véase U. Pfister, «Deutsche Wirtschaft seit 1850: Die Wirtschaft in der Ära des Nationalsozialismus, 1933-1939», http://www.wiwi.uni-muenster.de/wisoge/md/personen/pfister/Vorlesungsdateien/Deutsche_Wirtschaft_seit_1850/S02-NS-Folien.pdf.

[20] Haffner, *Defying Hitler,* págs. 128-129.

[21] Ian Kershaw, *Hitler, the Germans, and the Final Solution* (Jerusalén: Yad Vashem Press; New Haven, CT: Yale University Press, 2008), pág. 248.

* En alemán en el original. Literalmente: «¡Judío, muérete!». *(N. del T.)*

[22] Haffner, *Defying Hitler,* pág. 146.

[23] Rudolph Herzog, *Heil Hitler, das Schwein ist tot!: Lachen unter Hitler: Komik und Humor im dritten Reich* (Frankfurt am Main: Eichborn, 2006), pág. 72. Esta cancioncilla con un juego de palabras de humor negro en una oración infantil alemana: *Lieber Gott, mach mich fromm, / dass ich in den Himmel komm* («Querido Dios, hazme piadoso, para que pueda ir al cielo»).

[24] Robert Gallately, «The Political Policing of Nazi Germany», en *Germans Against Nazism: Nonconformity, Opposition, and Resistance in the Third Reich: Essays in Honour of Peter Hoffmann,* ed. Francis R. Nicosia y Lawrence D. Stokes (Nueva York: St. Martin's Press, 1990), págs. 27-31.

[25] Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance, 1933-1945,* trad. Richard Barry (Montreal: McGill-Queen's University Press, 1985), pág. 22.

2. «¡Esa maldita yegua!»: el escándalo del alto mando del Ejército

[1] Karl-Heinz Janssen y Fritz Tobias, *Der Sturz der Generäle: Hitler und die Blomberg-Fritsch Krise, 1938* (Múnich: Beck, 1994), pág. 24.

[2] Klaus-Jürgen Müller, «Die Blomberg-Fritsch Krise, 1938: Elemente eines politisch-militärischen Skandals», en *Der politische Skandal,* ed. Julius H. Schoeps (Stuttgart: Burg, 1992), págs. 129-131.

[3] Franz Halder, «Zu den Aussagen des doctor Gisevius in Nürnberg, 24. Bis 26-4-1946», BA-MA BAarch N/124/10. Véase también Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936: Hubris* (Nueva York: Norton, 1999), pág. 391.

[4] Janssen and Tobias, *Der Sturz der Generäle,* pág. 24.

[5] Müller, «Die Blomberg-Fritsch Krise», págs. 116-117; Abschrift Huppenkothen, 11-7-1947, IfZ, 0249-1, págs. 8-10, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0249_1.pdf.

[6] Nicholas Reynolds, *Treason Was No Crime: Ludwig Beck, Chief of the German General Staff* (Londres: Kimber, 1976), pág. 132; Janssen y Tobias, *Der Sturz der Generäle,* págs. 56-63.

[7] Janssen y Tobias, *Der Sturz der Generäle,* pág. 129.

[8] Harold C. Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War* (Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1970), pág. 140; Abschrift Huppenkothen, 11-7-1947, IfZ 0249-1, pág. 3.

[9] Müller, «Die Blomberg-Fritsch Krise», págs. 123-127; Kershaw, *Hubris,* págs. 396-398.

3. El oficial, el alcalde y el espía

[1] Klaus-Jürgen Müller, «Die Blomberg-Fritsch Krise, 1938: Elemente eines politisch-militärischen Skandals», en *Der politische Skandal,* ed. Julius H. Schoeps (Stuttgart: Burg, 1992), págs. 129-130; Abschrift Huppenkothen, 11-7-1947, IfZ 0249-1, pág. 4.

[2] Franz Xaver Sonderegger, a Freiherr von Siegler, a Helmut Krausnick y a Hermann Mau, 14-10-1952, IfZ, ZS-303-1, pág. 43, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs0303_1.pdf.

[3] Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 302.

[4] Terry Parssinen, *The Oster Conspiracy of 1938: The Unknown Story of the Military Plot to Kill Hitler and Avert World War II* (Nueva York: HarperCollins, 2003), pág. 7.

[5] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 451.

[6] Heinz Höhne, *Canaris,* trad. J. Maxwell Brownjohn (Londres: Secker & Warburg, 1979), págs. 260-263.

[7] Ibíd., pág. 303; véase también la entrevista de Helmut Krausnick con Franz Maria Liedig (fecha desconocida), 1, 15-16, Harold C. Deutsch Papers, USAMHI, serie 4, caja 15, Liedig. Para una descripción mucho menos halagadora, véase el testimonio del general Halder: Halder a Deutsch, 23-10-1954, 2-3, Halder a Krausnick, 28-4-1955, 2(11), Deutsch Papers, serie 3, caja 2.

[8] Walter Laqueur y Richard Breitman, *Breaking the Silence: The German Who Exposed the Final Solution* (Hanover, New Hampshire: University Press of New England for Brandeis University Press, 1994), pág. 168.

[9] Ibíd., págs. 169-170.

[10] Peter Hoffmann, *Carl Goerdeler and the Jewish Question, 1933-1942* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), pág. 42; carta al *Gauleiter* Mutschmann en nombre de Bruno Basarke (no está claro el nombre del autor), 19-9-1933*,* BA, PK/A201, págs. 2724-2727.

[11] Peter Hoffmann, «The Persecution of the Jews as a Motive for Resistance Against National-Socialism», en *The Moral Imperative: New Essays on the Ethics of Resistance in National Socialist Germany, 1933-1945,* ed. Andrew Chandler (Boulder, CO: Westview Press, 1998), pág. 86.

[12] Harold C. Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War* (Minneapolis, Minnesota: University of Minnesota Press, 1970), pág. 11.

[13] Wolf a Kunz, 7-12-1936, SAL Kap 10 G Nr. 685 Bd. 1, 270R.

[14] Haacke a Mutschmann, 4-12-1936, SAL Kap 10 G Nr. 685 Bd. 1, 267R-268; Marianne Meyer-Krahmer, *Carl Goerdeler — Mut zum Widerstand: Eine Tochter erinnert sich* (Leipzig: Leipziger Universitätsverlag, 1998), págs. 143-144.

[15] Sabine Gillmann y Hans Mommsen, eds., *Politische Schriften und Briefe Carl Friedrich Goerdelers* (Múnich: Saur, 2003), vol. 2, pág. 1223.

[16] Meyer-Krahmer, *Carl Goerdeler,* pág. 144; Ines Reich, *Carl Friedrich Goerdeler: Ein Oberbürgermeister gegen den NS-Staat* (Colonia: Böhlau, 1997), págs. 266-273; SAL Kap 10 G Nr. 685 Bd. 1, 263, 65.

[17] W. Lloyd Warner y Paul S. Lunt, *The Social Life of a Modern Community* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1941), págs. 32, 110. Para más discusiones sobre el análisis de una camarilla, véase también John Scott, *Social Network Analysis: A Handbook* (Londres: SAGE, 2009), págs. 20-21.

[18] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 523.

[19] David Knoke, *Political Networks: The Structural Perspective* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990), pág. 68. Paul Staniland estudia este fenómeno en detalle en su nuevo libro, *Networks of Rebellion: Explaining Insurgent Cohesion and Collapse* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2014), pág. 9.

[20] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 525-527; Abschrift Huppenkothen, 11-7-1947, IfZ ZS 0249-1, pág. 7. Un estudio de las acusaciones en los diversos juicios sobre el 20 de julio de 1944 indica que muchos de los acusados no participaron en la conspiración ni la apoyaron; simplemente estaban relacionados con los principales enlaces de la conspiración, como Goerdeler o Leuschner, o pertenecían a los mismos círculos sociales. Aun en el caso de que no estuvieran de acuerdo políticamente con los conspiradores, todos ellos eran reticentes a entregar a compañeros a las autoridades. Para un ejemplo entre muchos, véase Anklageschrift gegen Richter, Lenz, Zitzewitz, y Korsch, 18-11-1944, Eberhard Zeller Papers, IfZ ED 88/3, págs. 371-390.

[21] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 117.

[22] Malcolm Gladwell, *The Tipping Point: How Little Things Can Make a Big Difference* (Boston: Back Bay Books, 2002), págs. 30-89.

[23] Entrevista de Helmut Krausnick con Franz Maria Liedig (fecha desconocida), 1, Deutsch Papers, serie 4, caja 15, Liedig; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 430.

[24] Nicholas Reynolds, *Treason Was No Crime: Ludwig Beck, Chief of the German General Staff* (Londres: Kimber, 1976), pág. 135. Compárese con Salmuth a Krausnick, 7-8-1955, 1-2, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[25] Niederschrift der Unterredung zwischen Herrn Ministerialdirigent doctor v. Etzdorf und Herrn doctor H. Krausnick im Auftrage des Instituts für Zeitgeschichte München, durchgeführt am 26-9-1953 in Bonn, 6, Deutsch Papers, serie 3, caja 2, Material sobre Groscurth.

[26] Reynolds, *Treason Was No Crime,* pág. 128; *Nuremberg Red* (3704-PS), vol. 6, págs. 419-420.

[27] Constantine FitzGibbon, *The Shirt of Nessus* (Londres: Cassell, 1956), pág. 25.

[28] Abschrift Huppenkothen, 11-7-1947, IfZ 0249-1, pág. 8.

[29] Eckart Conze et al., *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik* (Múnich: Karl Blessing Verlag, 2010), págs. 155, 296.

[30] Gregor Schöllgen, *Ulrich von Hassell, 1881-1944: Ein Konservativer in der Opposition* (Múnich: Beck, 1990), págs. 89-90.

[31] Ewald von Kleist-Schmenzin, «Selbsterlebte wichtige Begebenheiten aus den Jahren 1933 und 1934», Bodo Scheurig Papers, IfZ ZS/A 31-8, págs. 64-68.

[32] Schlabrendorff a Scheurig (entrevista, 19-9-1965), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 31-8, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_08.pdf, págs. 11, 17; Ewald von Kleist-Schmenzin, «Adel und Preußentum», *Süddeutsche Monatshefte,* 51 (23 de agosto de 1926), págs. 378-384.

[33] Wetzel a Scheurig, 29-4-1965, Scheurig Papers, IfZ ZS/A 31-8, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_08.pdf, pág. 35; Ewald von Kleist-Schmenzin, *Der Nationalsozialismus: Eine Gefahr* (Berlín-Britz: Werdermann, 1932).

[34] Ewald von Kleist-Schmenzin, «Glaubt ihr nicht, so bleibt ihr nicht», en Bodo Scheurig, *Ewald von Kleist-Schmenzin: Ein Konservativer gegen Hitler* (Oldenburg: Stalling, 1968), págs. 265 y 140.

[35] Ibíd., págs. 132, 144; Ewald von Kleist-Schmenzin, «Selbsterlebte wichtige Begebenheiten aus den Jahren 1933 und 1934», Scheurig Papers, IfZ ZS/A 31-8, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_08.pdf, págs. 64-68; Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler,* trad. Hilda Simon (Boulder, CO: Westview Press, 1994), págs. 41-45. Entre 1933 y 1944, Kleist fue detenido muchas veces por las autoridades. Durante uno de sus arrestos, sicarios de las SA intentaron asaltar su castillo para que la esvástica ondease en él. Pero fueron detenidos por los aldeanos leales a Kleist, que se atrincheraron en el castillo. Al final, el jefe local del partido decidió sabiamente renunciar a la acción para evitar un escándalo. Sobre la ideología de Kleist, véase también Ekkehard Klause, «Ewald von Kleist-Schmenzin (1890-1945): Ein altpreußischer Konservativer im Widerstand gegen den Nationalsozialismus», *Forschungen zur Brandenburgischen und Preußischen Geschichte,* 19, n.º 2 (2009), págs. 243-255.

[36] Michael Balfour, *Withstanding Hitler in Germany, 1933-1945* (Londres: Routledge, 1988), pág. 163.

[37] Ibíd., pág. 147; Abschrift Huppenkothen, 11-7-1947, IfZ 0249-1, pág. 8.

[38] Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher, 1938-1944: Aufzeichnungen vom anderen Deutschland,* ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gärtringen (Múnich: Goldmann, 1994), pág. 71; Salmuth a Krausnick, 7-8-1955, 2, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material; Franz Halder, «Zu den Aussagen des doctor Gisevius in Nürnberg 24. Bis 26-4-1946», BA-MA BAarch N/124/10, págs. 1-2. Fritsch le repitió las mismas palabras a Halder. Véase el testimonio de Halder, «Protokoll der öffentlichen Sitzung der Spruchkammer Muenchen X, BY 11/47, am 15-9-1948», pág. 4(68).

4. «Con los colores más oscuros»: la decisión del general Beck

[1] R.W. Seton-Watson, *A History of the Czechs and Slovaks* (Hamden, Connecticut: Archon, 1965), pág. 325.

[2] Johann W. Brügel, *Tschechen und Deutsche, 1918-1938* (Múnich: Nymphenburger Verlagshandlung, 1967), pág. 332.

[3] Walther Hofer, ed., *Der Nationalsozialismus: Dokumente, 1933-1945* (Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch Verlag, 1957), pág. 204.

[4] Klaus-Jürgen Müller, *Generaloberst Ludwig Beck: Eine Biographie* (Paderborn: Schöningh, 2008), pág. 100.

[5] Ludwig Beck, *Studien,* ed. Hans Speidel (Stuttgart: K.F. Koehler, 1955), pág. 119; Nicholas Reynolds, *Treason Was No Crime: Ludwig Beck, Chief of the German General Staff* (Londres: Kimber, 1976), págs. 148-159; Müller, *Generaloberst Ludwig Beck,* págs. 319-321, 375-376.

[6] Reynolds, *Treason Was No Crime*, págs. 99-100.

[7] Beck, *Studien,* pág. 119; Klaus-Jürgen Müller, *Armee und Drittes Reich, 1933-1939: Darstellung und Dokumentation* (Paderborn: Schöningh, 1987), págs. 73-82; Müller, *Generaloberst Ludwig Beck,* págs. 332-333.

[8] Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), págs. 98-99; Wolfgang Foerster, *Ein General kämpft gegen den Krieg: Aus nachgelassenen Papieren des Generalstabchefs Ludwig Beck* (Múnich: Münchener Dom-Verlag, 1949), pág. 94.

[9] Müller, *Generaloberst Ludwig Beck,* págs. 320, 322-323, 377.

[10] Foerster, *Ein General kämpft,* pág. 103.

[11] Ibíd., pág. 106.

[12] Müller, *Generaloberst Ludwig Beck,* págs. 319-321; Franz Halder, «Zu den Aussagen des doctor Gisevius in Nürnberg 24. Bis 26-4-1946», BA-MA BAarch N/124/10, pág. 2; Halder, «Protokoll der öffentlichen Sitzung der Spruchkammer Muenchen X, BY 11/47, am 15-9-1948», BA-MA Msg 2/213, pág. 5(69).

[13] Halder, «Zu den Aussagen», BA-MA BAarch N/124/10, pág. 2; Reynolds, *Treason Was No Crime,* págs. 168, 171, 181; Helmut Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers, 1938-1940: Mit weiteren Dokumenten zur Militäropposition gegen Hitler,* ed. Helmut Krausnick y Harold C. Deutsch (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1970), pág. 168; Müller, *Generaloberst Ludwig Beck,* págs. 377, 386-387.

[14] Reynolds, *Treason Was No Crime,* pág. 181; Halder a H. von Witzleben, 6-9-1952, Deutsch Papers, serie 4, caja 9, Oposición General.

[15] Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre la implicación de Beck en el intento de golpe de Estado de 1938 y, si existió, en qué medida. Klaus-Jürgen Müller, el último biógrafo de Beck, cree que no estuvo implicado *(Generaloberst Ludwig Beck,* pág. 368). Sin embargo, existen pruebas convincentes en la otra dirección. Franz Halder, por su lado, explicó al historiador Helmut Krausnick que Beck estuvo implicado. Resulta difícil creer que Halder, que despreciaba a Beck, quisiera proteger su reputación póstuma. Véase Halder a Krausnick, 1952, 3-4, Deutsch Papers, serie 4, caja 9, Complot para asesinar a Hitler.

5. El pájaro y su jaula: el primer intento de golpe de Estado, septiembre de 1938

[1] Hans B. Gisevius, *To the Bitter End,* trad. Richard Winston y Clara Winston (Nueva York: Da Capo Press, 1998), pág. 288.

[2] Ibíd., pág. 289; Klaus-Jürgen Müller, *Generaloberst Ludwig Beck: Eine Biographie* (Paderborn: Schöningh, 2008), págs. 381-382. Parece que la animosidad era mutua. En su testimonio posterior, Halder negó que esta reunión hubiese tenido lugar y admitió que sólo había visto una vez a Gisevius, el 26 de septiembre. Según Halder, Schacht trajo a Gisevius a una reunión sin pedir permiso por anticipado y él (Halder) se «enfadó mucho» por ello. Véase Halder a Krausnick, 28-4-1955, 2(10), Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1; Franz Halder, «Zu den Aussagen des doctor Gisevius in Nürnberg 24. Bis 26-4-1946», BA-MA BAarch N/124/10, pág. 3.

[3] Erich Kordt, *Nicht aus der Akten* (Stuttgart: Union deutsche Verlagsgesellschaft, 1950), pág. 244; Hans B. Gisevius, *Bis zum bittern Ende* (Zúrich: Fretz & Wasmuth, 1946), pág. 329.

[4] *Akten zur deutschen auswärtigen Politik, 1918-1945* (Baden-Baden: Impr. Nationale, 1950-1995), vol. 2, pág. 421.

[5] Gisevius, *Bis zum bittern Ende,* págs. 339-340.

[6] Erich Kordt, «Kommentar zu einer Erklärung von Lord Vansittart», 2-3, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[7] Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1954), págs. 158-161.

[8] Marianne Meyer-Krahmer, *Carl Goerdeler — Mut zum Widerstand: Eine Tochter erinnert sich* (Leipzig: Leipziger Universitatsverlag, 1998), pág. 149.

[9] Arthur P. Young, *X Documents* (Londres: Deutsch, 1974), pág. 24.

[10] Ibíd., pág. 139. Goerdeler mencionó muchas veces la cuestión judía durante sus conversaciones con Young e incluso exigió que Inglaterra detuviese todas las discusiones sobre «cuestiones cruciales» con Alemania mientras se mantuviera la persecución contra los judíos. Véase ibíd., págs. 59, 136, 139, 161, 177.

[11] Chaim Weizmann, *Trial and Error: The Autobiography of Chaim Weizmann* (Nueva York: Harper, 1949), pág. 411.

[12] Andrea Mason, «Opponents of Hitler in Search of Foreign Support: The Foreign Contacts of doctor Carl Goerdeler, Ludwig Beck, Ernst von Weizsäcker, and Adam von Trott zu Solz» (tesis de máster, McGill University, 2002), págs. 50-51, disponible en http://digitool.library.mcgill.ca/webclient/StreamGate?folder_id=0&dvs=1340873715337~113.

[13] Para el debate sobre el apaciguamiento, véase Andrew D. Stedman, *Alternatives to Appeasement: Neville Chamberlain and Hitler's Germany* (Nueva York: Tauris, 2011), págs. 232-247; Sidney Aster, «Guilty Men: The Case of Neville Chamberlain», en *Origins of the Second World War,* ed. Patrick Finney (Nueva York: St. Martin's Press, 1997), págs. 62-78. Para una visión del debate, véase Mason, «Opponents of Hitler», págs. 6-15.

[14] *The Diaries of Sir Alexander Cadogan, O.M., 1938-1945,* ed. David Dilks (Londres: Cassell, 1971), págs. 123-124, 128-129. Para la visión de Goerdeler sobre la cuestión de los Sudetes, véase Sabine Gillmann y Hans Mommsen, *Politische Schriften und Briefe Carl Friedrich Goerdelers* (Múnich: Saur, 2003), vol. 2, págs. 1151, 1179-1180.

[15] «Notiz über ein Gespräch zwischen Sir R. Vansittart und Herrn von Kleist», C/8520/1941/18 (18-8-1938), Scheurig Papers, IfZ ZS-1 31-8, págs. 40-45.

[16] «Note of Conversation at Chartwell Between Monsieur de K. and Mr. Winston Churchill», 19-8-1938, Sir Winston Churchill Papers, carrete 534, CHAR 2/340 B, HULL; David Faber, *Appeasement and World War II* (Nueva York: Simon & Schuster, 2008), pág. 226.

[17] Gisevius, *To the Bitter End,* pág. 298.

[18] Para la versión de Thomas sobre sus motivos, véase Georg Thomas, «20. Juli 1944», 20-7-1945, BA-MA Msg 2/213, págs. 4-6.

[19] Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 366.

[20] Gisevius, *To the Bitter End,* pág. 304.

[21] Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), pág. 118; Halder a Deutsch, 28-4-1952, 1, Deutsch Papers, serie 3, caja 2.

[22] Basado en la versión de Gisevius. Halder negó después de la guerra que nunca hubiera propuesto ofrecer la cancillería a Schacht. Véase Franz Halder, «Zu den Aussagen, 24. Bis 26-4-1946», BA-MA BAarch N/124/10, pág. 4.

[23] Heinrich Bücheler, *Generaloberst Erich Hoepner und die Militäropposition gegen Hitler* (Berlín: Landeszentrale für politische Bildungsarbeit, 1981), págs. 9-10; Halder, «Protokoll der öffentlichen Sitzung der Spruchkammer München X, BY 11/47, am 15-9-1948», BA-MA Msg 2/213, pág. 6(70); y compárese con la versión del hijo de Hoepner, que creía (quizás equivocadamente) que la misión de su padre era bloquear a los refuerzos de las SS procedentes de Múnich; véase Joachim Hoepner a Peter Hoffmann, 3-4-1964, IfZ ZS-2121, pág. 2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-2121.pdf.

[24] Hugh Ragsdale, *The Soviets, the Munich Crisis, and the Coming of World War II* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), págs. 48-49.

[25] Hermann Göring, *Reden und Aufsätze* (Múnich: F. Eher Nachf, 1938), pág. 387; Max Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945: Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen* (Wurzburgo: Schmidt, Neustadt a.d. Aisch, 1962), págs. 888-889.

[26] William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany* (Nueva York: Simon & Schuster, 1960), vol. 1, pág. 383.

[27] Keith Feiling, *The Life of Neville Chamberlain* (Londres: Macmillan, 1970), pág. 363.

[28] Ibíd., pág. 367; compárese con el testimonio de Paul Schmidt, el intérprete personal de Hitler; véase Paul Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne, 1923-1945: Erlebnisse des Chefdolmetschers im Auswärtigen Amt mit den Staatsmännern Europas* (Bonn: Athenäum Verlag, 1949), págs. 396-397; «2.Teil, Fortsetzung der Befragung Professor Deutsch von Botho von Wussow [und Gräfin Schwerin]» (sin fecha), págs. 4-6, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[29] *Akten zur deutschen auswärtigen Politik,* 2:648; Horace Wilson, Report on Berchtesgaden, 17-9-1938, Papers of Neville Chamberlain, HULL, carrete 45, NC8/26/2.

[30] Halder, «Protokoll», BA-MA Msg 2/213, pág. 86(62); para quejas similares, véase Halder, «Zu den Aussagen des doctor Gisevius in Nürnberg 24. Bis 26-4-1946», BA-MA BAarch N/124/10, págs. 2, 4.

[31] Halder a Deutsch, 23-10-1954, 3, Deutsch Papers, serie 3, caja 2; Franz Halder, «Zu den Aussagen des doctor Gisevius in Nürnberg 24. Bis 26-4-1946», BA-MA BAarch N/124/10, pág. 5.

[32] Susanne Meiml, *Nationalsozialisten gegen Hitler: Die nationalrevolutionäre Opposition um Friedrich Wilhelm Heinz* (Berlín: Siedler, 2000), págs. 283-298. En el testimonio de Liedig sobre las tropas de choque, está equivocado en fecharlo en 1939, que es un año más tarde. No obstante, el hecho de que este plan nació en 1938 queda claro en la pág. 10 («estos planes ya tomaron una forma sistemática en 1938»). Véase Hauptquartier, Streitkräfte der Vereinigten Staaten, Europäische Abteilung, Zentrum des militärischen Geheimdienstes APO 757, Sonderbericht seiner Vernehmung (CSIR) n.º 6, Ereignisse des Monats Juli 1944, Franz Maria Liedig, 7, 10, Deutsch Papers, serie 4, caja 9, Oposición General.

[33] Meiml, *Nationalsozialisten gegen Hitler,* págs. 292-293.

[34] Unterhaltung mit Frau Ursula von Witzleben, 10-2-1970, 2, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[35] Ted Harrison, «“Alter Kämpfer” im Widerstand: Graf Helldorff, die NS-Bewegung, und die Opposition gegen Hitler», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 45, n.º 3 (julio de 1997), págs. 385-423; SD report, 11-8-1944, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 97, pág. 208. El fiscal de las SS Walther Huppenkothen, que estuvo muy implicado en la investigación después del 20 de julio de 1944, afirmó después de la guerra que los conspiradores planeaban sustituir a Helldorff por Tresckow por la «mala reputación» del primero. Véase Abschrift Huppenkothen, IfZ ZS 0249-1, pág. 51.

[36] Existe un interesante testimonio presencial sobre la implicación de Schulenburg en la conspiración de 1938. La testigo, la condesa Schwerin von Schwanenfeld, confirmando sus recuerdos con el diario de su hermana, contó a Harold Deutsch que el 17 de septiembre (probablemente un error; tuvo que ser algunos días antes, previo a la cumbre en Berchtesgaden) su esposo y ella viajaban con los Schulenburg en su coche. Cuando adelantaron a un convoy militar, Schulenburg le dijo: «Pronto este Ejército nos liberará de Hitler y todos sus asociados». Su testimonio está respaldado por el relato independiente de Charlotte, esposa de Schulenburg, también a Harold Deutsch; véase «2.Teil, Fortsetzung der Befragung Professor Deutsch von Botho von Wussow [und Gräfin Schwerin]» (sin fecha), págs. 3-4, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[37] Después de la guerra, algunos conspiradores supervivientes, sobre todo Gisevius, Gersdorff y Schlabrendorff, iniciaron una campaña póstuma para limpiar el nombre de Nebe. Afirmaban que Nebe les ayudó en la conspiración contra Hitler y que también intentó hacer todo lo posible por mitigar las masacres en el este. La investigación histórica no ha sido amable con estos argumentos. Es más, parece que tienen muy poco respaldo. El fiscal preguntó cínicamente a Schlabrendorff, durante el juicio contra los ministros del Gobierno en Núremberg, «cuántos millones de judíos» era aceptable matar si el «objetivo final era derrocar a Hitler». «Ni siquiera uno», respondió Schlabrendorff, y el fiscal pasó a otro tema. Véase *Nuremberg Green*, vol. 13, pág. 402.

[38] Gisevius, *To the Bitter End,* pág. 320.

[39] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 121; Meiml, *Nationalsozialisten gegen Hitler,* págs. 290-293; Terry Parssinen, *The Oster Conspiracy of 1938: The Unknown Story of the Military Plot to Kill Hitler and Avert World War II* (Nueva York: HarperCollins, 2003), págs. 132-135.

[40] Shirer, *Rise and Fall of the Third Reich,* vol. 1, pág. 391.

[41] «2.Teil, Fortsetzung der Befragung Professor Deutsch von Botho von Wussow [und Gräfin von Schwerin]» (sin fecha), págs. 6-7, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[42] Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter,* ed. R.H.C. Steed (Nueva York: Macmillan, 1951), pág. 101.

[43] Romedio G. Graf von Thun-Hohenstein, *Der Verschwörer: General Oster und die Militäropposition* (Berlín: Severin & Sielder, 1982), pág. 113.

[44] Halifax Papers, CAC, HLFX I/3/3.6, A4.410.3.7, pág. 3; Cadogan, *Diaries,* págs. 105-106.

[45] Cabinet Papers, NA CAB 23/95, págs. 198-200.

[46] Halifax Papers, CAC, HLFX I/3/3.6, A4.410.3.7, págs. 1-2. En la introducción a la sección más relevante de estos documentos, Halifax no era capaz de recordar la fecha exacta en la que se intercambiaron las notas, sólo que fue durante el punto culminante de la crisis de los Sudetes. No obstante, una comparación con la descripción del mismo incidente en el diario de Alexander Cadogan (véase nota 44) y las actas del gabinete del 25 de septiembre (véase nota 45), muestran que el 25-9-1938 es muy probablemente la fecha correcta, como afirma Parssinen *(Oster Conspiracy of 1938,* pág. 146).

[47] Halifax Papers, CAC, HLFX I/3/3.6, A4.410.3.7, pág. 6; Cabinet Papers, NA, CAB/23/95, págs. 234-235.

[48] Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne,* pág. 409; por el texto aceptado del mensaje de Wilson, véase Cabinet Papers, NA, CAB 23/95.

[49] Gisevius, *To the Bitter End,* pág. 324.

[50] William L. Shirer, *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent, 1934-1941* (Londres: Hamilton, 1943), 27-9-1943, pág. 119; compárese con las versiones de Gisevius *(To the Bitter End,* pág. 324) y Ruth Andreas-Friedrich, que presenció el desfile: *Schauplatz Berlin: Ein deutsches Tagebuch* (Múnich: Rheinsberg Verlag G. Lentz, 1962), 27-9-1943, págs. 5-6.

[51] Chamberlain Papers, HULL Roll 31, NC 4/5/24: 2, 6-7, 42:3.

[52] Parssinen, *Oster Conspiracy of 1938,* pág. 161.

[53] Gisevius, *To the Bitter End,* pág. 325.

[54] Ibíd.

[55] Feiling, *Life of Neville Chamberlain,* pág. 374.

[56] Chamberlain Papers, HULL, NC 4/5/40, 7-8.

[57] Chamberlain Papers, HULL, NC 4/5/29, NC 4/5/30, 13.

[58] Chamberlain Papers, HULL, NC 13-11-274-811; Winston S. Churchill, *Into Battle: Speeches by the Right Hon. Winston Churchill,* ed. Randolph S. Churchill (Londres: Cassell, 1941), págs. 42-53.

[59] Robert Kee, *Munich: The Eleventh Hour* (Londres: Hamilton, 1988), pág. 204.

[60] Erich Kordt, *Wahn und Wirklichkeit* (Stuttgart: Union deutsche Verlagsgesellschaft, 1947), pág. 126.

[61] Halder, «Protokoll der öffentlichen Sitzung der Spruchkammer München X, BY 11/47, am 15-9-1948», BA-MA Msg 2/213, pág. 8(71).

[62] *Nuremberg Green,* vol. 12, pág. 1083.

[63] Hjalmar Schacht, Abrechnung mit Hitler, WC-TAU N4F SCHA.

[64] Gerhard Ringshausen, *Hans-Alexander von Voss: Generalstabsoffizier im Widerstand, 1907-1944* (Berlín: Lukas Verlag, 2008), págs. 37-38.

[65] Gisevius, *To the Bitter End,* pág. 326.

6. Sin red: el asesino solitario

[1] Peter Steinbach y Johannes Tuchel, *Georg Elser: Der Hitler Attentäter* (Berlín: Be. Bra Wissenschaft, 2008), págs. 108-127; Walter Uslepp (entrevista, 10-5-1964), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-4, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_04.pdf, págs. 42, 84, 86-89, 137. Elser vivió en condiciones similares en su segundo, y último, lugar de internamiento: el campo de concentración de Dachau. Allí también lo mantuvieron en un aislamiento estricto, pero le entregaron herramientas de carpintería y su vieja cítara. Véase Franz Lechner (entrevista, 5-12-1959), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_02.pdf, págs. 20-21.

[2] *Völkischer Beobachter,* 22 de noviembre de 1939. Como Elser casi no dejó nada por escrito, sólo existe una fuente primaria principal sobre su vida y actividades: su interrogatorio detallado ante la Gestapo, que se puede considerar en cierto modo una autobiografía. Este capítulo se basa principalmente en esta fuente, así como en otros documentos y testimonios que se conservan en IfZ, BA, and GEAH. Para una versión publicada del interrogatorio, su análisis y yuxtaposición, véase Georg J. Elser, *Autobiographie eines Attentätters: Der Anschlag auf Hitler in Bürgerbräukeller, 1939,* ed. Lothar Gruchmann (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1989), pág. 22.

[3] Anton Egetemaier (entrevista, sin fecha), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-1, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_01.pdf, pág. 48.

[4] Ibíd., págs. 51-52; Leonhard Elser (interrogatorio, sin fecha), Friedrich Grupp (interrogatorio, sin fecha), Elsa Votteler (interrogatorio, 28-7-1950), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-1, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_01.pdf, págs. 61-63, 102-106; Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_03.pdf, pág. 15. Sobre la época de Elser en Suiza, véanse las respuestas de la policía suiza a las indagaciones de la Gestapo, 1-2-1940: BA, E 4320 (B) 1970/25 Bd. 1-4, Dossier C.2.102, Ermittlungsbericht VI.

[5] Hilda Wetzel (entrevista, sin fecha), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_03.pdf, pág. 140.

[6] Elser, *Autobiographie,* pág. 80.

[7] Ibíd., págs. 75-74, 79, 80.

[8] Ibíd., pág. 81; compárese con Otto Kessler (interrogatorio, 15-8-1950), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A17-1, www.ifz-muenchen.de/archiv/ed_0088.pdf, pág. 141.

[9] Elser, *Autobiographie,* págs. 75, 84.

[10] Leonhard Elser (interrogatorio, sin fecha), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-1, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_01.pdf, págs. 61-63.

[11] Elser, *Autobiographie,* págs. 84-85.

[12] Peter Hoffmann, *Hitler's Personal Security* (Londres: Macmillan, 1979), págs. 106-107. Véase también Resch a Hoch (18-1-1966), Schmitt a Hoch (29.3.1966), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_02.pdf, pág. 147; ZS/A 17-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_03.pdf, pág. 33.

[13] Maria Strobl (entrevista, 15-10-1959), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_03.pdf, págs. 63-64.

[14] Elser, *Autobiographie,* pág. 87.

[15] Wilhelm Rauschenberger (interrogatorio, 9-8-1950), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_02.pdf, pág. 135.

[16] Maria Strobl (entrevista, 15-10-1959), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_03.pdf, pág. 64.

[17] Eugen Elser (entrevista, sin fecha), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-1, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_01.pdf, pág. 58.

[18] Elser, *Autobiographie,* pág. 104; Karoline Schmauder (entrevista, sin fecha), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_03.pdf, pág. 21.

[19] Ibíd.; Rauschenberger (interrogatorio, 9-8-1950), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_02.pdf, pág. 135.

[20] Elser, *Autobiographie,* pág. 126.

[21] Véase el capítulo 8.

[22] Elser, *Autobiographie,* pág. 38; compárese con la versión de Karl: Karl Hirth (entrevista, 5-8-1950), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-1, www.ifz-muenchen.de/archiv/ed_0088.pdf, pág. 111.

[23] Elser, *Autobiographie,* pág. 152.

[24] Max Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945: Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen* (Wurzburgo: Schmidt, Neustadt a.d. Aisch, 1962), pág. 1406.

[25] Hoffmann, *Hitler's Personal Security,* págs. 107-108; Steinbach y Tuchel, *Georg Elser,* págs. 74-75.

[26] Steinbach y Tuchel, *Georg Elser,* págs. 76-77; Maria Strobl (entrevista, 15-10-1959), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_03.pdf, págs. 67-68; Elser, *Autobiographie,* págs. 8-9. Cita tomada del relato de un testigo presencial anónimo, traducido por el Foreign Office británico, «The Black Night of Munich», Der Bund n.º 532, 14-11-1939, NA, FO 371/23012, pág. 112.

[27] Elser, *Autobiographie*, pág. 154; compárese con la versión de los guardias: Xaver Rieger (interrogatorio, 23-10-1950), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_02.pdf, págs. 146-149.

[28] Véanse los informes oficiales sobre la detención de Elser: Xaver Rieger y Othmar Zipperer, «Schilderung des Aufgriffs des Georg Elser», 15-12-1939, Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-5, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_05.pdf, págs. 29-33; compárese con Otto Grethe (entrevista, 30-4-1964), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-1, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_01.pdf, págs. 92-100; Karl Metzen al Generalstaatsanwalt bei dem Oberlandesgericht München, 16-10-1956, Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_02.pdf, págs. 77-80.

[29] Joseph Goebbels, *Tagebücher, 1924-1945,* ed. Ralf Georg Reuth, 2.ª ed. (Múnich: Piper, 1992), entrada 9-11-1939, vol. 3, págs. 1346-1347.

[30] Paul Bässler (entrevista, 18-8-1950), Bürgerbräuattentat, IfZ, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_01.pdf, pág. 12; Steinbach y Tuchel, *Georg Elser,* pág. 96.

[31] Abschrift Huppenkothen, 11-7-1947, IfZ ZS 0249-1, pág. 17; BA, E 4320 (B) 1970/25 Bd. 1-4, Dossier C.2.102, también disponible online en GEAH, http://www.georg-elser-arbeitskreis.de/texts/schweiz.htm; Wilhelm Rauschenberger (interrogatorio, 9-8-1950), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_02.pdf, pág. 135.

[32] Maria Elser (interrogatorio, 19-6-1950), Karl Hirth (entrevista, 5-8-1950), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-1, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_01.pdf, págs. 80, 112; Elser, *Autobiographie,* págs. 75, 119.

[33] Elser, *Autobiographie,* págs. 23, 156-157.

[34] Para fotografías de la reconstrucción de la bomba, véase Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-5, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_05.pdf, págs. 6-15; Steinbach y Tuchel, *Georg Elser,* págs. 70-71, 108-109.

[35] Para un testimonio emotivo de los últimos días de Elser, véase Lechner (entrevista, 5-12-1959), Bürgerbräuattentat, IfZ ZS/A 17-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0017_02.pdf, págs. 26, 39-40 (la cita está tomada de la pág. 26).

7. El punto de no retorno: pogromo y guerra

[1] Martin Gilbert, *Kristallnacht: Prelude to Destruction* (Londres: HarperPress, 2006), págs. 23-25.

[2] Leni Yahil, *The Holocaust: The Fate of European Jewry* (Nueva York: Oxford University Press, 1990), pág. 110.

[3] Ibíd., pág. 111.

[4] *Nuremberg Blue* (USA-261, 1816-PS), vol. 28, págs. 499-540.

[5] El general Halder confesó después de la guerra que el alto mando era totalmente indiferente a los pogromos y sus consecuencias. Esto probablemente también es cierto en cuanto a su propia actitud. Véase Halder a Krausnick, 28-4-1955, 3/11, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1.

[6] Arthur P. Young, *X Documents* (Londres: Deutsch, 1974), pág. 153.

[7] Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1954), págs. 200-201; compárese con Sabine Gillmann y Hans Mommsen, *Politische Schriften und Briefe Carl Friedrich Goerdelers* (Múnich: Saur, 2003), vol. 2, págs. 819-820.

[8] Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 449.

[9] Young, *X Documents,* págs. 152-153, 158-161.

[10] Ibíd., pág. 153.

[11] Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher, 1938-1944: Aufzeichnungen vom anderen Deutschland,* ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gärtringen (Múnich: Goldmann, 1994), pág. 62. La respuesta de Beck fue muy parecida. Véase Klaus-Jürgen Müller, *Generaloberst Ludwig Beck: Eine Biographie* (Paderborn: F. Schöningh, 2008), págs. 375-376.

[12] Albert Krebs, *Fritz-Dietlof Graf von der Schulenburg: Zwischen Staatsraison und Hochverrat* (Hamburgo: Leibniz-Verlag, 1964), págs. 172-173.

[13] Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), pág. 132.

[14] Max Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945: Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen* (Wurzburgo: Schmidt, Neustadt a.d. Aisch, 1962), pág. 1908.

[15] John Charmley, *Churchill, the End of Glory: A Political Biography* (Nueva York: Harcourt Brace, 1993), pág. 360.

[16] E.L. Woodward y Rohan Butler, eds., *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939,* 3.ª serie (Londres: Oxford University Press, 1949), vol. 4, pág. 553.

[17] Chamberlain Papers, HULL, NC 4/5/29, NC 4/5/30, 1.

[18] Para datos sobre el rearme británico, véase Mark Thomas, «Rearmament and Economic Recovery in the Late 1930s», *Economic History Review,* n.s., 36, n.º 4 (noviembre de 1983), págs. 554-555. Para un análisis más general, véase Andrea Mason, «Opponents of Hitler in Search of Foreign Support: The Foreign Contacts of doctor Carl Goerdeler, Ludwig Beck, Ernst von Weizsäcker, and Adam von Trott zu Solz» (tesis de máster, McGill University, 2002), págs. 9-15.

[19] Nicholas Reynolds, *Treason Was No Crime: Ludwig Beck, Chief of the German General Staff* (Londres: Kimber, 1976), págs. 181-182. Para el punto de vista de Goerdeler, véase Gillmann y Mommsen, *Goerdelers,* vol. 2, págs. 1176-1178.

[20] Abschrift Huppenkothen, IfZ ZS 0249-1, pág. 24.

[21] Marikje Smid, *Hans von Dohnanyi, Christine Bonhoeffer: Eine Ehe im Widerstand gegen Hitler* (Gütersloh: Gütersloher Verlagshaus, 2002), págs. 145-146; Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 159; Abschrift der Aufzeichnungen von Frau Christine v. Dohnanyi geb. Bonhoeffer (después de la guerra, sin fecha), 1, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[22] Harold C. Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War* (Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1970), págs. 82-84; Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 165-167; Etzdorf a Deutsch, 14-11-1947, Deutsch Papers, serie 3, caja 2.

[23] La entrevista de Helmut Krausnick a Josef Müller, 1958, 5-6, Deutsch Papers, serie 3, caja 1, entrevistas a Müller.

[24] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 132-133.

[25] Dorothea Beck, *Julius Leber: Sozialdemokrat zwischen Reform und Widerstand* (Berlín: Siedler, 1983), págs. 155, 161.

[26] *Nuremberg Blue,* vol. 12, págs. 548-549; *Nuremberg Green,* vol. 12, págs. 1087-1088.

[27] Entrevista de Harold C. Deutsch a Josef Müller, 1958, 8-10, Deutsch Papers, serie 3, caja 1, entrevistas a Müller; Hedva Ben Israel, «Matarot Mitstalvot: Ha-Teguvot Ha-Beritiyot La-Hitnagdut Ha-Antinazit be-Germania», en *Ha-Hitnagdut La-Nazism,* ed. Moshe Zimmermann (Jerusalén: Koebner Institute for German History, 1984), págs. 66-76.

[28] El 12 de abril de 1939, Halder había entrado en contacto con el enviado americano en Berlín y le había dicho que «el Ejército alemán temía una guerra europea, pero que se pondría en marcha si así lo ordenaba Herr Hitler». Véase NA, FO 371/22969, pág. 89.

[29] Hans B. Gisevius, *Bis zum bittern Ende* (Zúrich: Fretz & Wasmuth, 1946), pág. 139; *Nuremberg Blue,* vol. 2, pág. 445; vol. 3, pág. 25.

[30] Christopher Browning, *Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942* (Jerusalén: Yad Vashem Press; Lincoln: University of Nebraska Press, 2004), págs. 15-25; compárese con la descripción de la evolución de los Einsatzgruppen y su papel en Abschrift Huppenkothen, 11-7-1947, IfZ 0249-1, págs. 4-7. Este resumen es detallado pero apologético (para las SS) y se tiene que leer con mucha cautela.

[31] Woodward y Butler, *Documents on British Foreign Policy,* vol. 7, pág. 488.

[32] Reynolds, *Treason Was No Crime,* págs. 181-182.

[33] Woodward y Butler, *Documents on British Foreign Policy,* vol. 7, pág. 535.

8. El espíritu de Zossen: cuando fallan las redes

[1] Véase el mensaje de Goerdeler al emisario británico (el doctor Shairer), 28-8-1939, NA, FO/37122981, págs. 155-159.

[2] Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler,* trad. Hilda Simon (Boulder, CO: Westview Press, 1994), pág. 105; Kunrat Freiherr von Hammerstein, *Spähtrupp* (Stuttgart: Govert, 1963), págs. 79-80.

[3] Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* pág. 106.

[4] Ibíd. El 2 de septiembre un informante en el Estado Mayor sugirió al agregado militar británico, en lenguaje velado, que era posible un derrocamiento inmediato del régimen (NA, FO 371/22981, pág. 56). Pero no he podido encontrar referencias directas al complot de Hammerstein, o a la conversación entre Schlabrendorff y Forbes, ni en los papeles privados de Forbes (conservados en la Universidad de Aberdeen) ni en los NA. Es probable que Forbes no encontrara el tiempo o no viera razón para informar durante los tensos días después del estallido de la guerra. Pero está claro que no se tomaba en serio a la oposición alemana y subrayó que creer en un golpe de Estado militar era una «falacia peligrosa. En el caso de que Herr Hitler decida que la guerra con Gran Bretaña es necesaria, los alemanes, extremistas y moderados, con su disciplina característica lo seguirán como un solo hombre, y cualquier oposición potencial será rápida y despiadadamente aplastada por las SS. Sólo al cabo de mucho tiempo y después de una gran destrucción mutua la oposición podrá levantar cabeza con algún efecto». Aun así, los rumores de un movimiento clandestino militar antinazi llegaron al Foreign Office británico, a través de otros canales, el 9 y el 27 de septiembre. Véanse Forbes al vizconde Halifax, 3-1-1939, NA, FO 371/22960, págs. 230-231. Para las otras fuentes de información mencionadas aquí, véanse págs. 151, 162-163.

[5] Rudolf Pechel, *Deutscher Widerstand* (Zúrich: Rentsch, 1947), pág. 154; Ulrich von Hassell, *Die Tagebücher, 1938-1944: Aufzeichnungen vom anderen Deutschland,* ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gärtringen (Múnich: Goldmann, 1994), pág. 68; Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance, 1933-1945,* trad. Richard Barry (Montreal: McGill-Queens University Press, 1985), pág. 113.

[6] Helmuth Stieff, Brief HQ/u, 21-11-1939, *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (julio de 1954), pág. 300. Para comentarios parecidos de Stieff sobre el Holocausto, véanse sus cartas citadas en Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_03.pdf, pág. 119.

[7] Hermann Kaiser, *Mut zum Bekenntnis: Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser, 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010), 29-5-1941, págs. 203-204.

[8] Basado en una entrevista con Axel von dem Bussche, 7-3-1947, en Detlef Graf von Schwerin, *Dann sind's die besten Köpfe, die man henkt: Die junge Generation im deutschen Widerstand* (Múnich: Piper, 1991). Bussche ofreció un testimonio similar en una conferencia pronunciada tres semanas antes. Véase Axel von dem Bussche, «Eid und Schuld», en *Axel von dem Bussche,* ed. Gevinon von Medem (Maguncia: Hase & Koehler, 1994), pág. 137.

[9] Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), pág. 194; Klaus-Jürgen Müller, *Generaloberst Ludwig Beck: Eine Biographie* (Paderborn: F. Schöningh, 2008), pág. 377; Aufzeichnungen von Frau Inga Haag, Frankfurt a.M., 4-4-1948, 1, Halder a Krausnick, 1952, 3, Deutsch Papers, serie 3, caja 2, Material sobre Groscurth, serie 4, caja 9, Complot para asesinar a Hitler.

[10] Aktenvermerk über die Besprechung im Führerzug am 12-9-1939 in Illnau. 14-9-1939, NARA, Rg. 238/3047-PS (US-80); Helmut Krausnick y Hans H. Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges: Die Einsatzgruppen der Sicherheitpolizei und des S.D*. (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1981), pág. 64; Hassell, *Tagebücher,* pág. 147.

[11] Max Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945: Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen* (Wurzburgo: Schmidt, Neustadt a.d. Aisch, 1962), pág. 1394.

[12] Embajada en Ankara al vizconde Halifax, 30-11-1939, NA, FO 371/23014, pág. 149, así como FO 371/23012, págs. 208-210; Harold C. Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1970), págs. 72-75, 210.

[13] Halder, «Protokoll der öffentlichen Sitzung der Spruchkammer München X, BY 11/47, am 15-9-1948», BA-MA Msg 2/213, pág. 55(31); Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 173.

[14] Deutsch, *Conspiracy Against Hitler,* pág. 224; Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 176-177; Erwin Lahousen, «Zur Vorgeschichte des Anschlages vom 20. Juli 1944», pág. 2, Deutsch Papers, serie 4, caja 9, Halder Franz. De nuevo, los rumores llegaron a los británicos el 10 de noviembre, esta vez a través de diplomáticos griegos. Véase NA, FO 371/23012, pág. 33.

[15] Georg Thomas, «20. Juli 1944», BA-MA Msg 2/213, pág. 8.

[16] Deutsch, *Conspiracy Against Hitler,* págs. 226-227.

[17] Ibíd., pág. 228; Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 177; Halder a Deutsch, 28-4-1952, 3, Deutsch Papers, serie 3, caja 2; Halder, «Protokoll», BA-MA Msg 2/213, pág. 41(17).

[18] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 178; Helmut Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers, 1938-1940: Mit weiteren Dokumenten zur Militäropposition gegen Hitler,* ed. Helmut Krausnick y Harold C. Deutsch (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1970), pág. 225; la señora Inga Haag a Deutsch (fecha desconocida), Aufzeichnungen von Frau Inga Haag, Frankfurt a.M, 4-4-1948, 2, Deutsch Papers, serie 3, caja 2, Material sobre Groscurth.

[19] Hassell, *Tagebücher,* 16-6-1940, pág. 167.

[20] Müller, *Generaloberst Ludwig Beck,* págs. 407-408.

[21] Nicholas Reynolds, *Treason Was No Crime: Ludwig Beck, Chief of the German General Staff* (Londres: Kimber, 1976), pág. 198. Parece que Halder ni siquiera perdonó después de la guerra. En sus testimonios posteriores, retrataba a Beck y Goerdeler como si hubieran perdido el sentido de la realidad. Nunca comprendieron, escribió una y otra vez, las dificultades prácticas de organizar un golpe de Estado. En una carta enviada el 6 de septiembre de 1952, Halder incluso tachó a Beck de «completo idiota» *(reiner Tor)*. Véase Halder a Deutsch, 23-10-1954, 2-3, Abschrift Aussage Huppenkothen Der 20. Juli 1944, 6, Halder a Krausnick, 1952, 3-4, Halder a H. von Witzleben, 6-9-1952, 2, Deutsch Papers, serie 4, caja 9, Oposición General, serie 3, caja 2, Material sobre Halder, Huppenkothen, serie 4, caja 9, Complot para asesinar a Hitler; Franz Halder, «Zu den Aussagen des doctor Gisevius in Nürnberg 24. Bis 26-4-1946», BA-MA BAarch N/124/10, pág. 1.

[22] Reynolds, *Treason Was No Crime,* 198; Müller, *Generaloberst Ludwig Beck,* págs. 407-410.

[23] Eidesstattliche Erklärung Erwin Lahousen, 1-7-1947, 1, Deutsch Papers, serie 3, caja 2, cinta 2 (revisión); Georg Thomas, «20. Juli 1944», 20-7-1945, BA-MA Msg 2/213, pág. 5.

[24] Resumen de los acontecimientos, 18-11-1939, NA, FO 371/23107, págs. 25-28. También disponible en GEAH, http://www.georg-elser-arbeitskreis.de/texts/venloakte.htm; *Nuremberg Green,* vol. 12, págs. 1178-1179.

[25] Cable a Bland, 30-11-1939, NA, FO 371/23013 (C19889), págs. 97-98. Incluso Goerdeler, que mantenía relaciones cordiales con muchos miembros de la elite británica hasta el estallido de la guerra (véase, por ejemplo, Arthur P. Young, *X Documents* [Londres: Deutsch, 1974], págs. 148-149), fue ignorado. «No se pretende hacer ningún uso de este hombre», advertía el Foreign Office en mayo de 1941. Véase NA, HS9/593/6; y también FO 371/23107, págs. 29-31; y Situation in Germany, October 1939, 16-11-1939, Chamberlain Papers, HULL, carrete 45, NC8/29/1, 3.

[26] Allen W. Dulles (OSS Berna) a OSS director William J. Donovan, 20-7-1944, en *American Intelligence and the German Resistance to Hitler,* ed. Jürgen Heideking y Christof Mauch (Boulder, CO: Westview Press, 1996), pág. 233; Klaus-Jürgen Müller, «Über den "militärischen Widerstand"», en *Widerstand gegen den Nationalsozialismus,* ed. Peter Steinbach y Johannes Tuchel (Berlín: Akademie Verlag, 1994), pág. 277; Gotthard von Falkenhausen, «Bericht über Vorgänge in Paris am 20 Juli» (sin fecha), Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 45-47.

[27] Entrevista de Helmut Krausnick con Franz Maria Liedig (fecha desconocida), 5, Deutsch Papers, serie 4, caja 15, Liedig. Traducción al inglés tomada de Deutsch, *Conspiracy Against Hitler,* págs. 99-100. También existe una base para asumir que Oster, probablemente a través de Goerdeler, informó a los británicos sobre el inminente pacto nazi-soviético. Sir Robert Vansittart, que estaba en contacto constante con Goerdeler y otros luchadores de la resistencia, envió un despacho el 18 de mayo de 1939, a este efecto, especificando claramente que la «fuente fiable» de esta información era el «Estado Mayor Alemán». Véase NA, FO 371/22972, págs. 145-147.

[28] Deutsch, *Conspiracy Against Hitler,* págs. 94-98.

[29] Reynolds, *Treason Was No Crime,* págs. 207-208.

[30] Hassel, *Tagebücher,* pág. 127.

9. Señales en la oscuridad: reconstruyendo la conspiración

[1] Dorothy Thompson, *Listen, Hans* (Boston: Houghton Mifflin, 1942), págs. 137-138.

[2] Norman J.W. Goda, «Black Marks: Hitler's Bribery of His Senior Officers During World War II», *Journal of Modern History,* 72, n.º 2 (junio de 2000), págs. 413-452.

[3] Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher, 1938-1944: Aufzeichnungen vom anderen Deutschland,* ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gärtringen (Múnich: Goldmann, 1994), pág. 199.

[4] Beria a Stalin, 19-9-1944, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 66, págs. 297-298.

[5] Ibíd., pág. 319.

10. En alas del pensamiento: redes imaginarias

[1] Para el documento completo, véase Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher, 1938-1944: Aufzeichnungen vom anderen Deutschland,* ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gärtringen (Múnich: Goldmann, 1994), págs. 305-308. Para el punto de vista de Hassell sobre la política exterior, véase pág. 105, así como su importante memorando «Alemania entre Oeste y Este» («Deutschland zwischen West und Ost»), en Gregor Schöllgen, *Ulrich von Hassell, 1881-1944: Ein Konservativer in der Opposition* (Múnich: Beck, 1990), págs. 207-218. Para un análisis, véase Schöllgen, págs. 138-154, y Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), págs. 233-239, 261-263. En 1939, Beck y Groscurth plantearon un plan similar, aunque más moderado. Según este plan, el futuro de Austria y los Sudetes se decidiría en un referéndum. Véase Aufzeichnungen von Frau Inga Haag, Frankfurt am Main, 4-4-1948, 2, Deutsch Papers, serie 3, caja 2, Material sobre Groscurth.

[2] El documento completo se reproduce en Wilhelm R. von Schramm, *Beck und Goerdeler: Gemeinschaftsdokumente für den Frieden, 1941-1944* (Múnich: Müller, 1965). Para un análisis, véase Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 239-246; Hans Mommsen, *Alternative zu Hitler: Studien zur Geschichte des deutschen Widerstandes* (Múnich: Beck, 2000), págs. 159-207; y Marianne Meyer-Krahmer, *Carl Goerdeler — Mut zum Widerstand: Eine Tochter erinnert sich* (Leipzig: Leipziger Universitatsverlag, 1998), págs. 222-223. Para la tensión entre las autoridades divinas y terrenales, véase Sabine Gillmann y Hans Mommsen, *Politische Schriften und Briefe Carl Friedrich Goerdelers* (Múnich: Saur, 2003), vol. 2, pág. 1226; y para las críticas de Goerdeler contra el ultranacionalismo alemán, véase vol. 2, pág. 1178.

[3] Klemens von Klemperer ha criticado con acierto estas visiones radicales, mientras se ocupaba de la cuestión de las similitudes percibidas con las ideas nacionalsocialistas. Véase Klemens von Klemperer, «Der deutsche Widerstand gegen den Nationalsozialismus im Lichte der konservativen Tradition», en *Demokratie und Diktatur: Geist und Gestalt politischer Herrschaft in Deutschland und Europa; Festschrift für Karl Dietrich Bracher,* ed. Manfred Funke (Düsseldorf: Droste, 1987), pág. 277.

[4] Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, págs. 66-67, 140-142, 147-156, 199-203.

[5] Hassell, «Programm für erste Maßnahmen bei einem Umsturz», en Hassell, *Die Hassell-Tagebücher,* pág. 454.

[6] Gillmann y Mommsen, *Goerdelers,* vol. 2, págs. 846-847; «Der Weg», en Schramm, *Beck und Goerdeler,* pág. 217. El énfasis está en el de Goerdeler.

[7] La excepción fueron los judíos polacos y rumanos, porque sus países respectivos mostraron poco interés en proteger a sus ciudadanos judíos en el extranjero. Véase Fritz Kieffer, «Carl Friedrich Goerdelers Vorschlag zur Gründung eines jüdischen Staates», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte*, 125 (2008), págs. 487-488.

[8] Gillmann y Mommsen, *Goerdelers,* vol. 2, págs. 895-897; «Das Ziel», en Schramm, *Beck und Goerdeler,* págs. 105-107. Para los argumentos de Christoph Dipper, véase «Der Widerstand und die Juden», en *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus: Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler,* eds. Jürgen Schmädecke y Peter Steinbach (Múnich: Piper, 1985), págs. 598-616. Para una investigación crítica que refuta a Dipper, véase Kieffer, «Carl Friedrich Goerdelers Vorschlag», págs. 474-500. Para más pruebas sobre las dudas del régimen para perseguir a los judíos con pasaportes extranjeros, incluso en vísperas de la Kristallnacht, véase *Nuremberg Blue* (USA-261, PS-1816), vol. 27, págs. 507, 521-523; así como NA, T 188/226, págs. 133-160. Otra cuestión importante es la datación correcta de «Das Ziel» («La meta»). La obra de Sabine Gillmann y Hans Mommsen, el estudio más actualizado y profundo que se ha escrito hasta el momento, lo fecha entre diciembre de 1941 y enero de 1942 *(Goerdelers,* vol. 2, pág. 873). Esto también es esencial para contextualizar la cláusula judía de Goerdeler. Su propuesta de establecer un Estado judío se escribió como reacción al plan nazi de exterminar a los judíos europeos. Para el debate sobre la datación, véase Kieffer, «Carl Friedrich Goerdelers», págs. 475-476.

[9] Gillmann y Mommsen, *Goerdelers,* vol. 1, págs. 628, 632.

[10] Helmuth James von Moltke, *A German of the Resistance: The Last Letters of Count Helmuth James von Moltke* (Londres: Oxford University Press, 1946), pág. 15. Moltke fue descrito de una manera parecida en un informe del servicio de inteligencia americano OSS; véase «OSS Biographical Files: Personal Data of Helmuth James Graf von Moltke, 2-11-1943», en *American Intelligence and the German Resistance to Hitler,* eds. Jürgen Heideking y Christof Mauch (Boulder, CO: Westview Press), págs. 362-363.

[11] Ger van Roon, *Neuordnung im Widerstand: Der Kreisauer Kreis innerhalb der deutschen Widerstandsbewegung* (Múnich: Oldenbourg, 1967), págs. 32, 102-106.

[12] Véase la entrevista con Freya von Moltke en el documental de Hava Kohav Beller, *The Restless Conscience: Resistance to Hitler inside Nazi Germany, 1933-1945* (1992; Los Ángeles: New Video Group, 2009), DVD.

[13] Roon, *Neuordnung im Widerstand,* pág. 67.

[14] Ibíd., págs. 68-74, 212-215; Fugger-Gloett a Zeller (sin fecha), Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 70.

[15] El Círculo de Kreisau también estaba en contacto con un grupo bávaro con objetivos parecidos que era conocido como el Círculo de Augsburgo, véase Fugger-Gloett a Zeller (sin fecha), Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 71. Fugger-Gloett sostenía que Moltke esperaba ser el primer primer ministro posnazi, pero no he podido corroborar esta afirmación en otras fuentes.

[16] Helmuth James von Moltke, «Erste Weisung an die Landesverweser», en Roon, *Neuordnung im Widerstand,* pág. 568.

[17] El texto completo de los segmentos que han llegado del borrador de Kreisau se reproduce en Roon, *Neuordnung im Widerstand,* págs. 561-571.

[18] Theodore S. Hamerow, *On the Road to Wolf's Lair: German Resistance to Hitler* (Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press, 1997), pág. 367; Constantine FitzGibbon, *The Shirt of Nessus* (Londres: Cassell, 1956), págs. 104-105.

[19] Hans-Adolf Jacobsen y Erich Zimmermann, eds., *20 Juli 1944* (Bonn: Berto Verlag, 1960), pág. 173; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 181; traducción al inglés tomada de Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance, 1933-1945,* trad. Richard Barry (Montreal: McGill-Queens University Press, 1985), pág. 526.

[20] Peter Hoffmann, «The Question of Western Allied Cooperation with the German Antinazi Conspiracy, 1938-1944», *Historical Journal,* 34, n.º 2 (1991), pág. 459.

[21] Según Gerhard Ringshausen *(Hans-Alexander von Voss: Generalstabsoffizier im Widerstand, 1907-1944* [Berlín: Lukas Verlag, 2008], págs. 75-76), inicialmente Witzleben rechazó matar a Hitler, señalando que no se podía recuperar la legalidad a través de un acto ilegal y que él era un mariscal de campo, no un asesino. No obstante, al mismo tiempo autorizó con su silencio los planes para matar a Hitler sin implicarse personalmente; véase también Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 325-326; Erwin Lahousen, «Erklärung», 1-2, 30-1-1953, Deutsch Papers, serie 4, caja 9, Halder Franz. Lahousen testificó que entre todos los altos mandos de la Wehrmacht, Witzleben fue el único que llegó a conclusiones prácticas (es decir, sobre la necesidad de un golpe) basándose en los informes de las atrocidades que le presentó Canaris en 1940. Según el testimonio de Fromm, Witzleben seguía firme en su creencia de que Alemania perdería la guerra incluso durante el momento de mayor éxito militar del Tercer Reich (Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 366).

[22] Crome testificó que había algunos preparativos para una revuelta, pero Witzleben era escéptico sobre sus posibilidades. Según él, la organización era «demasiado débil». Véase Beria a Stalin, 19-9-1944, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 66, pág. 317.

[23] Bengt von zur Mühlen, ed., *Die Angeklagten des 20. Juli vor dem Volksgerichtshof* (Berlín: Chronos, 2001), pág. 302.

[24] Ringshausen, *Hans-Alexander von Voss,* págs. 62-74.

[25] Como escribe Ringshausen (ibíd., pág. 75), la carta de despedida de Voss, redactada en noviembre de 1941, es un claro indicio de que el intento de asesinato era inminente. Considerando que su puesto de despacho en Francia era seguro, tenía pocas posibilidades de morir en el frente. La fecha precisa de este intento de asesinato no está clara. Algunos lo fechan a principios de 1942, como Ringshausen, ibíd., págs. 74-94. Testimonio de Hans Crome, Beria a Stalin, GARF, págs. 312-317, sitúa el intento de Voss en diciembre de 1941 pero la decisión de Beck de asesinar a Hitler a principios de febrero de 1942. Inga Haag, confidente de Groscurth, fecha el intento en febrero de 1942. La esposa de Schwerin, por el contrario, lo adelanta a finales de 1940: Aufzeichnungen von Frau Inga Haag, Frankfurt am Main, 4-4-1948, 2-3, Deutsch Papers, serie 3, caja 2, Material sobre Groscurth. En cualquier caso, las fuentes sobre el complot de 1941 son todas vagas y confusas. Yuxtaponiéndolas todas ellas, creo que el intento de Schwerin y Voss está fijado probablemente para finales de 1941, pero sólo se trata de una suposición. Véase «2.Teil, Fortsetzung der Befragung Professor Deutsch von Botho von Wussow [und Gräfin von Schwerin]» (sin fecha), 8, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[26] Hermann Kaiser, *Mut zum Bekenntnis: Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser, 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010), pág. 127.

[27] Toivo M. Kivimäki al mariscal Mannerheim, 6-5-1942, KA, kotelo 24.

[28] GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 66, pág. 313.

[29] Ibíd.

11. Agentes en el frente: la nueva estrategia

[1] *Akten zur deutschen auswärtigen Politik, 1918-1945* (Baden-Baden: Impr. Nationale, 1950-1995), 2:2, págs. 887-889.

[2] «Beceda Narkoma Inostrantsih Del SSSR V. M. Molotova s Posolom Germanii v SSSR F. Shulenbergom», en *Rossia XX Vek: Dokumenti, 1941 God v 2-x Knigah,* ed. A.N. Yakovlev et al. (Moscú: Mezhdunarodniy Fond «Demokratiya», 1998), vol. 2, pág. 432.

[3] La medida más importante para que un actor funcione como agente es su «intermediación», definida como «la medida en que un punto determinado [actor] se encuentra entre otros puntos diferentes en el gráfico». En la práctica, el significado de la «intermediación» es «la medida en la que un agente puede desempeñar el papel de un "agente" o de un "portero" con un potencial de control sobre los demás». Véase John Scott, *Social Network Analysis: A Handbook* (Londres: SAGE, 2009), págs. 86-87. Un análisis UCINET en marzo de 2012 de las redes de la resistencia alemana, basado en las conexiones descritas en las fuentes primarias y en la literatura de memorias, demuestra que en la intermediación Schlabrendorff y Kaiser eran con mucho los más destacados (59.13 y 29.374, respectivamente), seguidos por los dos líderes Beck y Goerdeler (14.995 cada uno), Tresckow (13.554) y Oster (13.551).

[4] Hermann Kaiser, *Mut zum Bekenntnis: Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser, 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010), pág. 347.

[5] Ibíd., 20-11-1941, pág. 312.

[6] Ibíd., pág. 42.

[7] Friedrich Meinecke, *Die deutsche Katastrophe: Betrachtungen und Erinnerungen* (Wiesbaden: Brockhaus, 1946), págs. 144-146.

[8] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* págs. 230, 269, 452.

[9] Ibíd., págs. 91-92, 266-269. Como otros muchos, Beck se menciona en el diario de Kaiser bajo numerosos nombres en clave, incluido Generaloberst von v.d. RhH y Generoberst X. No obstante, al final de la entrada, es mencionado como B., y las palabras que cita son parecidas, casi literales, a las del famoso memorando de Beck del verano de 1938. Estas pistas, probablemente, llevaron a Ger van Roon a afirmar que RhH es el nombre en clave de Beck. Véase Ger van Roon, «Hermann Kaiser und der deutsche Widerstand», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 24, n.º 3 (julio de 1976), pág. 267.

[10] Tresckow abandonó su oposición a Hitler después de la ocupación de Francia. Escribió a una conocida, Luise Jodl, que ahora todas sus dudas habían desaparecido como consecuencia de los «logros sorprendentes» y las grandes esperanzas para una paz favorable. No obstante, el fracaso de Hitler al no obtener un acuerdo de paz y el maltrato alemán a los franceses volvieron a convertirlo en un antinazi. En cuanto a la cuestión judía, Tresckow no sólo se oponía a la violencia contra los judíos, sino también al antisemitismo «legal» de las Leyes de Núremberg. Para testimonios sobre estos motivos, véase Margarethe von Hardenberg (Oven) a Bodo Scheurig (entrevista, 2-5-1969), Luise Jodl (sin fecha), Fabian von Schlabrendorff (entrevista, 17-6-1967), Schmidtke a Hesse, 21-3-1966, Erika von Tresckow (entrevista, 1-5-1969), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, págs. 165, 209-212; ZS/A 0031-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_03.pdf, págs. 75, 93, 136-137.

[11] Peter von der Groeber a Bodo Scheurig (entrevista, 4-6-1970), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 149; «Henning von Tresckow — Beurteilung», marzo de 1944, BA-MA BAarch PERS 6/1980.

[12] Dorothee von Meding, *Courageous Hearts: Women and the Anti-Hitler Plot of 1944,* trad. Michael Balfour y Volker R. Berghahn (Providence, RI: Berghahn Books, 1997), págs. 60-61.

[13] Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler,* trad. Hilda Simon (Boulder, CO: Westview Press, 1994), pág. 135. Compárese con Kurt von Hesse a Bodo Scheurig (entrevista, 12-10-1969), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 183.

[14] Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* pág. 123. Véase también Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, «History of the Attempt on Hitler's Life (20 Jul. 1944)», Historical Division Headquarters, United States Army Europe, Foreign Military Studies Branch, USAMHI D739, D6713 No. A-855 Fgn Ms, 9.

[15] La cita está tomada de un discurso pronunciado por Tresckow en la ceremonia de confirmación de sus hijos, su admisión oficial en la Iglesia protestante. Para el texto completo del discurso, véase Sigrid Grabner y Hendrik Röder, eds., *Ich bin der ich war: Henning von Tresckow; Texte und Dokumente* (Berlín: Lukas Verlag, 2001), pág. 52.

[16] Ibíd., pág. 42; Gersdorff, «History of the Attempt», pág. 5.

[17] Eberhard von Breitenbuch, «Erinnerungen an Generalmajor von Tresckow», Scheurig Papers, IfZ ZS/A0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 54.

[18] Alexander Stahlberg, *Die verdammte Pflicht* (Berlín: Ullstein, 1988), págs. 220-224. Compárese con Albrecht Eggert a Bodo Scheurig (entrevista, 7-10-1968), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 82.

12. Guerra de exterminio: los conspiradores y el Holocausto

[1] Max Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945: Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen* (Wurzburgo: Schmidt, Neustadt a.d. Aisch, 1962), vol. 2, pág. 1682; compárese con los testimonios de Erwin Lahousen, *Nuremberg Blue,* vol. 2, pág. 454; y Franz Halder, «Protokoll der öffentlichen Sitzung der Spruchkammer München X, BY 11/47, am 15-9-1948», BA-MA Msg 2/213, pág. 73(49).

[2] *Nuremberg Blue* (USA-554, 050-C), vol. 34, pág. 254.

[3] Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, *Soldat im Untergang* (Frankfurt am Main: Ullstein, 1977), pág. 87.

[4] Ibíd., pág. 88.

[5] Ibíd.

[6] Ibíd., pág. 89.

[7] Israel Gutman y Chaim Shatzker, *Ha-Sho'ah ve-Mashma'utah* (Jerusalén: Merkaz Zalman Shazar, 1987), págs. 106-109. Compárese con el testimonio de Erwin Lahousen, *Nuremberg Blue,* vol. 2, págs. 454-456.

[8] Christopher Browning, *Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942* (Jerusalén: Yad Vashem Press, 2004), págs. 15-25, 216-222.

[9] *Nuremberg Blue,* vol. 20, págs. 642-46; (USA-927, 4064-PS), vol. 34, pág. 131; (USA-556, 411-D), vol. 35, pág. 85; Gerd R. Ueberschär, ed., *NS Verbrechen und der militärische Widerstand gegen Hitler* (Darmstadt: Primus, 2000), pág. 185. Para un análisis exhaustivo de las relaciones de la Wehrmacht y los Einsatzgruppen durante la Operación Barbarroja, véase Hans-Heinrich Wilhelm Helmut Krausnick, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges: Die Einsatzgruppen der Sicherheitpolizei und des SD, 1938-1942* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1981), págs. 223-243.

[10] Antony Beevor, *Stalingrad* (Londres: Viking, 1998), pág. 58.

[11] La actitud de Tresckow ante los crímenes de guerra en su sector es una de las cuestiones más controvertidas de la historia de la resistencia alemana a Hitler. Aunque todos los historiadores están de acuerdo en que Tresckow estaba bien informado, algunos creen que fue indiferente hasta la masacre de Borísov, el 20 de octubre, mientras que otros creen que se resistió desde antes a unas órdenes tan atroces. Para la primera opinión, véase Johannes Hürter, «Auf dem Weg zur Militäropposition: Tresckow, Gersdorff, der Vernichtungskrieg, und der Judenmord; Neue Dokumente über das Verhältnis der Heeresgruppe Mitte zur Einsatzgruppe B im Jahr 1941», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 3 (2004), págs. 527-562; Johannes Hürter y Felix Römer, «Alte und neue Geschichtsbilder von Widerstand und Ostkrieg: Zu Hermann Gramls Beitrag «"Massenmord und Militäropposition"», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 54, n.º 2 (abril de 2006), págs. 300-322. Para la segunda opinión, véase Hermann Graml, «Massenmord und Militäropposition: Zur jüngsten Diskussion über den Widerstand im Stab der Heeresgruppe Mitte», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 54, n.º 1 (2006), págs. 1-26; Günther Gillessen, «Tresckow und der Entschluß zum Hochverrat: Eine Nachschau zur Kontroverse über die Motive», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 58, n.º 3 (2010), págs. 364-386. Y sobre mi propia fijación e interpretación de las pruebas, véase Danny Orbach, «The Other Prussia: General von Tresckow, Resistance to Hitler, and the Question of Charisma», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte* (octubre de 2016).

[12] Gersdorff, *Soldat im Untergang,* pág. 98.

[13] Bodo Scheurig, *Henning von Tresckow: Ein Preuße gegen Hitler; Biographie* (Berlín: Propyläen, 1987), pág. 126; Berg a Scheurig, 16-3-1970, Schlabrendorff (entrevista, 28-9-1970), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, págs. 9-15, 0031-0033, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_03.pdf, pág. 85.

[14] Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler,* trad. Hilda Simon (Boulder, CO: Westview Press, 1994), pág. 136.

[15] Esta línea de interpretación se basa en los informes de la Gestapo; véase Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 425. Un informe del 29-9-1944, basado en el interrogatorio del almirante Canaris, dice lo siguiente: «En el Grupo de Ejércitos Centro se creía que las SS impedían la pacificación de la retaguardia [...] y en consideración de la situación general en el este, este impulso político tuvo un papel significativo en la camarilla más amplia de los conspiradores del 20 de julio». Véase también Horst Mühleisen, «Patrioten im Widerstand: Carl-Hans Graf von Hardenbergs Erlebnisbericht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 14, n.º 3 (enero de 1993), pág. 450. Los intentos de Tresckow para reducir en la medida de lo posible el número de las unidades de los Einsatzgruppen en el Grupo de Ejércitos Centro están documentos en un informe del oficial de las SS Kurt Knoblauch a uno de sus comandantes, aunque este último no sospechó de los motivos de Tresckow y no era consciente de sus actividades en la resistencia. Véase Kommandostab RF-SS, Der Chef des Stabes an Jüttner 19-6-41, BA-MA SF-02/37542. Christian Gerlach, un historiador que ha implicado a Tresckow en crímenes de guerra, presentó este documento de manera engañosa e incorrecta en uno de sus artículos, afirmando que «Tresckow y Knoblauch acordaron el despliegue de unidades de los Einsatzgruppen». En realidad, la decisión de permitir el despliegue de las unidades se tomó a un nivel más alto, como estipulaba el segundo acuerdo Wagner-Heydrich. Tresckow y Knoblauch sólo se reunieron para coordinar la parte técnica del despliegue. Pero aun así, Tresckow consiguió reducir el número de Einsatzgruppen en su zona. Gerlach no menciona esto último. Véase Christian Gerlach, «Männer des 20 Juli und der Krieg gegen die Sowjetunion», en *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht, 1941 bis 1944,* eds. Hannes Heer y Klaus Naumann (Hamburgo: Hamburger Edition, 1995), págs. 439-440.

[16] General de división de Infantería Freiherr von Gersdorff, «Abschrift, 9-12-1941», Scheurig Papers, IfZ 0031-4, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_04.pdf, pág. 186. Resulta interesante que Gersdorff olvidase este informe después de la guerra y se lo tuviese que recordar un historiador que lo encontró por casualidad. Véase Krausnick a Gersdorff, 29-10-1956, y la respuesta de Gersdorff, 30-10-1956, IfZ ZS-0047-2, págs. 105-108. Sobre la orden del día de Heinz contra la masacre de los judíos de Lvov, véase Susanne Meiml, *Nationalsozialisten gegen Hitler: Die nationalrevolutionäre Opposition um Friedrich Wilhelm Heinz* (Berlín: Siedler, 2000), págs. 318-319.

[17] Bogislaw von Bonin a Bodo Scheurig (entrevista), 25-9-1970, Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 50.

13. «Blitz» y botellas de licor: intentos de asesinato en el este

[1] Bodo Scheurig, *Henning von Tresckow: Ein Preuße gegen Hitler; Biographie* (Berlín: Propyläen, 1987), pág. 130; Alexander Stahlberg, *Die verdammte Pflicht* (Berlín: Ullstein, 1988), pág. 222.

[2] Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, *Soldat im Untergang* (Frankfurt am Main: Ullstein, 1977), pág. 114.

[3] Scheurig, *Henning von Tresckow,* págs. 152-153; Stahlberg, *Die verdammte Pflicht,* pág. 224.

[4] Hermann Kaiser, *Mut zum Bekenntnis: Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser, 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010), pág. 487.

[5] Helena Schrader, *Codename Valkyrie: General Friedrich Olbricht and the Plot Against Hitler* (Sparkford, Reino Unido: Haynes, 2009), págs. 171-211.

[6] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* 306; compárese con Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 369.

[7] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* págs. 287-288.

[8] Bernhard R. Kroener, *Generaloberst Friedrich Fromm: Der starke Mann im Heimatkriegsgebiet; Eine Biographie* (Paderborn: Schöningh, 2005), págs. 412-413. Para un ejemplo, véase el testimonio del comandante Hans-Ludwig Bartram, 1954, «20. Juli 1944», BA-MA Msg 2/214, pág. 1. Entre otros elogios, Bartram escribió que «Fromm como personalidad siempre será mi modelo». Describió a Fromm como un comandante que «sobresalía espiritualmente y era superior a cualquiera en conocimientos y competencia. Y aun así, siempre se preocupaba y participaba en los temas personales de sus subordinados».

[9] *Mut zum Bekenntnis,* pág. 307; Johannes Rohowsky, «Stellungnahme zur Kennes-Kritik bezügl. Müller-Broschüre», 18.5.48, BA-MA N/124/10.

[10] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* pág. 134.

[11] Ibíd., págs. 424-425.

[12] Ibíd., págs. 306-307.

[13] Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler,* trad. Hilda Simon (Boulder, CO: Westview Press, 1994), pág. 225. Sobre el papel esencial de Olbricht en la gestión de la conspiración, véase también el testimonio de Franz Maria Liedig, Hauptquartier, Streitkräfte der Vereinigten Staaten, Europäische Abteilung, Zentrum des militärischen Geheimdienstes APO 757, Sonderbericht einer Vernehmung (CSIR) n.º 6, Ereignisse des Monats Juli 1944, Franz Maria Liedig, 19, Deutsch Papers, serie 4, caja 9, Oposición General.

[14] Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* pág. 144; Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher, 1938-1944: Aufzeichnungen vom anderen Deutschland,* ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gärtringen (Múnich: Goldmann, 1994), pág. 297; GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 66, págs. 318-319; Unterhaltung mit Frau Ursula von Witzleben, 10-2-1970, 11, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[15] Horst Mühleisen, «Patrioten im Widerstand: Carl-Hans Graf von Hardenbergs Erlebnisbericht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 14, n.º 3 (enero de 1993), págs. 449-450.

[16] Stahlberg a Scheurig (entrevista, 15-9-1965), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_03.pdf, págs. 111-114. Para una versión ligeramente diferente, véase la entrevista con Philipp von Boeselager en la película documental de Hava Kohav Beller *The Restless Conscience: Resistance to Hitler Within Germany, 1933-1945* (1992; Los Ángeles: New Video Group, 2009), DVD; Mühleisen, «Patrioten im Widerstand», pág. 451. Para la versión de Manstein, véase *Nuremberg Blue,* vol. 20, págs. 624-625; Joachim Kuhn, «Eigenhändige Aussagen des Majors der deutschen Wehrmacht Ioachim Kuhn, 2-9-1944», en Peter Hoffmann, *Stauffenbergs Freund: Die tragische Geschichte des Widerstandskämpfers Joachim Kuhn* (Munich: Verlag C.H. Beck, 2007), págs. 202-203. Véase también Gersdorff a Krausnick, 19-10-1956, IfZ ZS-0047-2, págs. 10-11. Para un análisis de la grave responsabilidad de Manstein en los crímenes de guerra nazis, véase Michael Schröder, «Erich von Manstein — Ein unpolitischer Soldat?», *Forum «Barbarossa»,* n.º 3 (2004), http://www.historisches-centrum.de/forum/schroeders04-2.html.

[17] Fabian von Schlabrendorff, *Offiziere gegen Hitler* (Zúrich: Europa Verlag, 1946), pág. 57; Berg a Scheurig, 16-3-1970, Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, págs. 9-15. Cuando Breitenbuch presionó a Kluge para que protestara, al menos, contra el asesinato de los judíos, el mariscal de campo se negó en redondo. Señala que Goebbels tiraría su carta de protesta a la basura o Hitler lo obligaría a dimitir. En cualquier caso, él, Kluge, mandaba más divisiones y tropas que cualquier otra persona en la historia y nunca abandonaría a sus tropas y su responsabilidad por una protesta vacía. Cuando Breitenbuch intentó ofrecer un contraargumento, le ordenó que abandonase inmediatamente el despacho. Véase Eberhard von Breitenbuch, *Erinnerungen eines Reserveoffiziers, 1939-1945: Aufgeschrieben zur Kenntnis meiner Kinder* (Norderstedt: Books on Demand, 2011), pág. 87.

[18] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* pág. 347.

[19] Ibíd., pág. 436; compárese con Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 370.

[20] Hans Crome testificó sobre los preparativos para un golpe en 1942, pero no sabía nada del intento de asesinato. Véase GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 66, pág. 318. Sobre Witzleben, véase Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* pág. 438. Witzleben estaba en aquel momento deprimido, enfermo y aislado, y fue informado de lo que estaba ocurriendo en el mundo exterior por el conde Schwerin, su contacto en la conspiración (*«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 366).

[21] Philipp Freiherr von Boeselager, «Mein Weg zum 20. Juli 1944 (Vortrag gehalten am 20. Juli 2002 bei den Johannitern in Wasserburg/Bayern)» (manuscrito inédito, 2002), págs. 20-23.

[22] Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), pág. 338.

[23] Philipp von Boeselager a Peter Hoffmann, 19-11-1964, IfZ ZS-2118, pág. 2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-2118.pdf; Gersdorff a Scheurig, 28-3-1972, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 131.

[24] Boeselager to Hoffmann, IfZ, pág. 3; Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», pág. 202; Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* pág. 269; Gersdorff, *Soldat im Untergang,* pág. 126; *Nuremberg Green,* vol. 13, pág. 397.

[25] Antony Beevor, *Stalingrad* (Londres: Viking, 1998), pág. 333.

[26] Gersdorff, *Soldat im Untergang,* págs. 119-120.

[27] Ibíd., págs. 121-122. Véase también Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, «History of the Attempt on Hitler's Life (20 Jul. 1944)», Historical Division Headquarters, United States Army Europe, Foreign Military Studies Branch, USAMHI, págs. 11-12.

[28] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* págs. 420-422, 439, 445.

[29] Ibíd., pág. 434.

[30] Ibíd., págs. 419, 433.

[31] Gersdorff, *Soldat im Untergang,* pág. 129; Scheurig, *Henning von Tresckow,* pág. 202.

[32] Boeselager a Hoffmann, 19-11-1964, IfZ ZS-2118, pág. 3.

[33] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 347; Klaus-Jürgen Müller, *Generaloberst Ludwig Beck: Eine Biographie* (Paderborn: F. Schöningh, 2008), pág. 465; Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* pág. 459; Gersdorff, *Soldat im Untergang,* pág. 126; Gersdorff, *History,* USAMHI, págs. 10-11. Sobre la decisión de asesinar a Hitler, véase también «Verrätter vor dem Volksgericht, Teil II, Rolle 4, Ton/ 294m/ 10,45 min», en Bengt von zur Mühlen, ed., *Die Angeklagten des 20 Juli vor dem Volksgerichtshof* (Berlín: Chronos, 2001), págs. 257-258. Hans Crome sitúa la decisión de Beck de sancionar el asesinato a finales de 1942; véase GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 66, pág. 313.

[34] Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* págs. 76-77.

[35] Ibíd., pág. 235.

[36] Scheurig, *Henning von Tresckow,* págs. 144-145; Gersdorff, *History,* USAMHI, pág. 14; y véase una postura similar en el testimonio de Hardenberg, Mühleisen, «Patrioten in Widerstand», págs. 457-458.

[37] Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* pág. 236.

[38] Ibíd.

[39] Ibíd., págs. 237-238.

[40] Gersdorff, *Soldat im Untergang,* págs. 128-129.

[41] Ibíd., pág. 130.

[42] Ibíd., pág. 131.

[43] FBIS, NARA, Rg. 263, SA 190, R 23, C 34, S7, caja 58, págs. 1-7. Analistas de inteligencia americanos contaron cincuenta segundos entre el anuncio de que Hitler había entrado en el museo y el anuncio de su salida (pág. 7). El relato de Gersdorff sobre el discurso no es correcto, lo que no resulta sorprendente, teniendo en cuenta las circunstancias y la gran presión mental a la que estaba sometido. Hitler no mencionó explícitamente el *Götterdämmerung,* el «ocaso de los dioses», aunque habló del aplastamiento total de los Aliados occidentales y la erradicación de su cultura en una revolución comunista.

[44] Rudolf Pechel, *Deutscher Widerstand* (Zúrich: Rentsch, 1947), pág. 164; compárese con el testimonio de Gersdorff en el U.S. Army's Center of Military History, Gersdorff, *History,* USAMHI, págs. 17-18.

[45] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* págs. 463, 465-466.

[46] Véase el capítulo 17.

14. Nombre en clave U-7: rescate y abismo

[1] Abschrift Huppenkothen, IfZ ZS 0249-1, pág. 32.

[2] Heinz Höhne, *Canaris,* trad. J. Maxwell Brownjohn (Londres: Secker & Warburg, 1979), págs. 168-169.

[3] Kruglov a Beria, 6-5-1946, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 136, págs. 256-297; entrevista de Helmut Krausnick con Franz Maria Liedig (fecha desconocida), 19-20, Deutsch Papers, serie 4, caja 15, Liedig.

[4] Höhne, *Canaris,* 213; *Nuremberg Blue,* vol. 3, pág. 26.

[5] *Der Stürmer* (Núremberg), n.º 37, septiembre de 1937.

[6] Höhne, *Canaris,* págs. 361-362.

[7] *Nuremberg Blue,* vol. 2, pág. 443; entrevista de Helmut Krausnick con Franz Maria Liedig (fecha desconocida), 21, Deutsch Papers, serie 4, caja 15, Liedig.

[8] Höhne, *Canaris,* págs. 362-363.

[9] Rachel Altein, ed., *Out of the Inferno: The Efforts That Led to the Rescue of Rabbi Yosef Yitzchak Schneersohn of Lubavitch from War-Torn Europe in 1939-1940* (Nueva York: Kehot Publication Society, 2002), págs. 14-15, 31-37; Winfried Meyer, *Unternehmen Sieben: Eine Rettungsaktion für vom Holocaust Bedrohte aus dem Amt Ausland/Abwehr im Oberkommando der Wehrmacht* (Frankfurt am Main: Hain, 1993), págs. 129-138; Saul S. Deutsch, «Me-Varsha Le-New York Dereh Berlin, Riga Ve-Stockholm: Giluyim Hadashim al Parashat Ha-Hatsala shel Kevod Kedushat Admor Harayats», *Kefar Chabad,* 9 Adar, febrero de 1993. Para un estudio en formato libro del asunto, véase Bryan Rigg, *Rescued from the Reich: How One of Hitler's Soldiers Saved the Lubavitcher Rebbe* (New Haven, CT: Yale University Press, 2004).

[10] Meyer, *Unternehmen Sieben,* págs. 137-138.

[11] Ibíd., págs. 83-84, 88, 120; Gabrielle Lindemann al doctor Winfried Meyer, 29-11-1985 (Privatbesitz doctor Winfried Meyers), pág. 1.

[12] Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges: Die Einsatzgruppen der Sicherheitpolizei und des SD, 1938-1942* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1981), pág. 64; Aktenvermerk über die Besprechung im Führerzug am 12-9-1939 in Illnau 14-9-1939, NARA, Rg. 238/3047-PS (US-80); Meyer, *Unternehmen Sieben,* 102-113; *Nuremberg Blue,* vol. 2, págs. 447-448, 454-462, 471-473.

[13] Meyer, *Unternehmen Sieben,* págs. 102-107, 338-337; Christopher Browning, *Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942* (Jerusalén: Yad Vashem Press, 2004), pág. 289; Gert Buchheit, *Die Anonyme Macht: Aufgaben, Methoden, Erfahrungen von Geheimdienste* (Frankfurt am Main: Akademische Verlagsgesellschaft Athenaion, 1969), pág. 85; Abschrift Huppenkothen, IfZ ZS 0249-1, pág. 38. Sobre la Policía Secreta de Campaña, véase también NARA 1188885 6.18.

[14] Meyer, *Unternehmen Sieben,* págs. 212, 214.

[15] Ibíd., pág. 216.

[16] Adolf Eichmann an die Geheime Staatspolizei Düsseldorf, 2-12-1941, NWHA, Düsseldorf, RW 58/74234, pág. 12.

[17] Meyer, *Unternehmen Sieben,* págs. 237, 239.

[18] Dohnanyi fue reconocido recientemente por Yad Vashem, la Autoridad Israelí sobre el Memorial del Holocausto, como un «justo entre las naciones», un honor reservado a los no judíos que salvaron a judíos por motivos humanitarios durante la guerra.

[19] Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 519.

[20] Marikje Smid, *Hans von Dohnanyi, Christine Bonhoeffer: Eine Ehe im Widerstand gegen Hitler* (Gütersloh: Gütersloher Verlagshaus, 2002), pág. 141; Abschrift der Aufzeichnungen von Frau Christine v. Dohnanyi geb. Bonhoeffer (después de la guerra, sin fecha), 1, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[21] Aufzeichnungen Christine von Dohnanyis, 1-6, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[22] Meyer, *Unternehmen Sieben,* pág. 63; Bericht Fritz Arnolds A, DRYV, pág. 3. Este documento, que forma parte del dosier Dohnanyi en el Departamento de los Justos, Yad Vashem Autoridad del Memorial del Holocausto, Jerusalén, fue puesto a mi disposición por cortesía del anterior director, el doctor Mordechai Paldiel.

[23] Meyer, *Unternehmen Sieben,* págs. 63, 69.

[24] Ibíd., págs. 68-69.

[25] Ibíd., pág. 69.

[26] Bericht Fritz Arnolds A, DRYV, pág. 4.

[27] Meyer, *Unternehmen Sieben,* pág. 98.

[28] Ibíd., págs. 243, 257-259.

[29] Ibíd., págs. 256-257.

[30] Ibíd., pág. 303; escrito de Manfred Roeder, 3 y 4 de diciembre de 1951, IfZ, ZS-0124, pág. 30, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0124.pdf.

[31] Dorothee Fliess, «Geschichte Einer Rettung», en *20 Juli 1944: Annäherung an den geschichlichen Augenblick,* eds. Rüdiger von Boss y Günther Neske (Pfullingen: Neske, 1984), pág. 74.

[32] Sonderegger a Mattmer, 17-10-1952, IfZ, ZS-0303-1, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0303_1.pdf, pág. 32.

[33] La descripción más precisa y fiable es la de Roeder; véase escrito de Manfred Roeder, 3 y 4 de diciembre de 1951, IfZ, ZS-0124, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0124.pdf, págs. 24-30; véase también Abschrift Huppenkothen, IfZ ZS 0249-1, págs. 22-25. Para una descripción detallada y un análisis histórico, véase Meyer, *Unternehmen Sieben,* págs. 336-383.

[34] Escrito de Manfred Roeder, IfZ, pág. 30.

[35] «Abschrift des Oberreichsanwalts beim Volksgerichtshof 2 J 243/44g Rs. 1 L 214/44, Anklageschrift gegen Elisabeth von Thadden und anderen, 22-6-1944», en Bengt von zur Mühlen, *Die Angeklagten des 20 Juli vor dem Volksgerichtshof* (Berlín: Chronos, 2001), págs. 318-327; Abschrift Huppenkothen, IfZ ZS 0249-1, págs. 27-30; Lagi Countess Ballestrem-Solf, «Tea Party», en *We Survived: Fourteen Stories of the Hidden and Hunted of Nazi Germany,* ed. Eric H. Boehm (Santa Bárbara, CA: ABC-Clio Information Services, 1985), pág. 135; Fugger-Gloett a Zeller (sin fecha), Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 71.

[36] Abschrift Huppenkothen, IfZ ZS 0249-1, págs. 41-42.

15. El conde Stauffenberg: el giro carismático

[1] Peter Hoffmann, *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), pág. 6.

[2] Ibíd., pág. 3, y véase también pág. 25.

[3] Ibíd., pág. 26.

[4] Eberhard Zeller, *Oberst Claus Graf Stauffenberg: Ein Lebensbild* (Paderborn: Schöningh, 1994), págs. 14-15.

[5] Ibíd., pág. 8.

[6] Ibíd., pág. 5; Christian Graf von Krockow, *Eine Frage der Ehre: Stauffenberg und das Hitler-Attentat vom 20. Juli 1944* (Berlín: Rowohlt, 2004), pág. 28.

[7] Christian Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg: Eine Biographie* (Düsseldorf: Droste, 1971), págs. 42-43. Véase también el testimonio de Manfred von Brauchitsch, citado en Wolfgang Venohr, *Stauffenberg, Symbol der deutschen Einheit: Eine politische Biographie* (Frankfurt am Main: Ullstein, 1986), pág. 61.

[8] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 30.

[9] Dorothee von Meding, *Mit dem Mut des Herzens — Die Frauen des 20 Juli* (Berlín: Siedler, 1992), pág. 293; Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* págs. 51-52.

[10] Hoffmann, *Stauffenberg,* págs. 31-32.

[11] Zeller, *Oberst Claus Graf Stauffenberg,* págs. 12-13.

[12] El juramento se reproduce completo en Hoffmann, *Stauffenberg,* págs. 293-294.

[13] Zeller, *Oberst Claus Graf Stauffenberg,* pág. 14.

[14] Ibíd., págs. 20-22.

[15] Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* pág. 78.

[16] Zeller, *Oberst Claus Graf Stauffenberg,* pág. 26; Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 69.

[17] Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 450.

[18] Zeller, *Oberst Claus Graf Stauffenberg,* pág. 34; véase también Hoffmann, *Stauffenberg,* págs. 81, 105.

[19] Venhor, *Stauffenberg,* pág. 57; Konstanze von Schulthess, *Nina Schenk Gräfin von Stauffenberg: Ein Porträt* (Múnich: Pendo, 2008), págs. 50-51.

[20] Krockow, *Eine Frage der Ehre,* pág. 50; Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 55; Schulthess, *Nina Schenk Gräfin von Stauffenberg,* pág. 60.

[21] Hoffmann, *Stauffenberg,* págs. 88-89; Schulthess, *Nina Schenk Gräfin von Stauffenberg,* págs. 50-51, 63, 74-75; Guido Knopp, *Stauffenberg: Die wahre Geschichte* (Múnich: Pendo, 2008), págs. 72, 78.

[22] Venohr, *Stauffenberg,* págs. 75-76.

[23] Zeller, *Oberst Claus Graf Stauffenberg,* pág. 42.

[24] Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* pág. 143.

[25] Zeller, *Oberst Claus Graf Stauffenberg,* pág. 45.

[26] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 111. Estas historias sin demostrar suelen proyectar a sus primeros años la carrera posterior de Stauffenberg como luchador de la resistencia. Para la leyenda, véase Constantine FitzGibbon, *The Shirt of Nessus* (Londres: Cassell, 1956)*,* pág. 40, aunque este autor admite que no se trata de hechos sino de suposiciones. Más insistente fue el hijo de Hoepner, que afirmó que Stauffenberg fue «indudablemente» iniciado por su padres. Aunque Stauffenberg sirvió realmente bajo las órdenes de Hoepner, es casi seguro que no supo nada de los planes de golpe. Véase Hoepner a Hoffmann, 3-4-1964, IfZ ZS-2121, pág. 2.

[27] Hoffmann, *Stauffenberg*, pág. 117.

[28] C. Schulenburg, en Hava Kohav Beller, *The Restless Conscience: Resistance to Hitler Within Germany, 1933-1945* (1992; Los Ángeles: New Video Group, 2009), DVD.

[29] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 132.

[30] Ibíd., pág. 115.

[31] Ibíd., pág. 117; Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* pág. 167; Meding, *Mit dem Mut des Herzens,* pág. 275.

[32] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 119.

[33] Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* pág. 180.

[34] Ibíd., 183. Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 130.

[35] Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* pág. 192; FitzGibbon, *Shirt of Nessus,* pág. 42.

[36] Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* págs. 198, 204.

[37] Ibíd., págs. 215-216; Hans Bentzien, *Claus Schenk Graf von Stauffenberg: Der Täter und seine Zeit* (Berlín: Das Neue Berlin, 2004), pág. 182. Stauffenberg habló de una manera parecida en una conversación con Hasso von Etzdorf. Cuando éste le dijo que había que fusilar a Hitler, Stauffenberg no estuvo de acuerdo. Según él, sólo habría que ejecutar a Himmler, junto con algunos de los *Gauleiter*. Véase Niederschrift der Unterredung zwischen Herrn Ministerialdirigent doctor v. Etzdorf und Herrn doctor H. Krausnick im Auftrage des Instituts für Zeitgeschichte München, durchgeführt am 26-9-1953 in Bonn, 6, Deutsch Papers, serie 3, caja 2, Material sobre Groscurth.

[38] *Nuremberg Blue* (USA-556, 411-D), vol. 35, págs. 85-86.

[39] Ibíd. (USA-554, 050-C), vol. 34, pág. 254.

[40] Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* págs. 223-224, 227, 235; Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 150.

[41] Para estadística y análisis, véase Mark Solonin, *22 Iunya: Anatomiya Katastrofi* (Moscú: Iuza Eskmo, 2008), págs. 359-370.

[42] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 151.

[43] Ibíd.

[44] «Bericht von Urban Thiersch über seine Begegnungen mit Oberst Graf Stauffenberg im Juli 1944», Zeller Papers, IfZ ED 88/2, págs. 355-356. Para un testimonio adicional sobre los intentos de Stauffenberg de convencer a los oficiales de alto rango en 1942, véase Sönke Neitzel, *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945* (Berlín: Propyläen, 2005), págs. 336, 339.

[45] Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», pág. 190.

[46] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 152; Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* pág. 257; Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, «History of the Attempt on Hitler's Life (20 Jul. 1944)», Historical Division Headquarters, United States Army Europe, Foreign Military Studies Branch, USAMHI, pág. 20; Hans Herwarth von Bittenfeld, «Meine Verbindung mit Graf Stauffenberg» (noticia de prensa, 18-7-1969), Deutsch Papers, serie 3, caja 2, cintas 3 y 4 Material.

[47] Speer al jefe de la Securité Publique, 18-10-1945, Zeller Papers, IfZ ED 88/2, pág. 301; Kurt Finker, *Stauffenberg und der 20 Juli 1944* (Berlín: Union Verlag, 1967), pág. 74; Bentzien, *Claus Schenk Graf von Stauffenberg,* pág. 212; Joachim Kramarz, *Claus Graf Stauffenberg: 15. November 1907 — 20 Juli 1944; Das Leben eines Offiziers* (Frankfurt am Main: Bernard & Graefe, 1965), pág. 113.

[48] Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* pág. 255.

[49] Bericht Thiersch, Zeller Papers, IfZ ED 88/2, pág. 356; Finker, *Stauffenberg,* págs. 76-77; Kramarz, *Claus Graf Stauffenberg,* pág. 114.

[50] Stahlberg a Scheurig (entrevista, 15-9-1965), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_03.pdf, pág. 111.

[51] Bericht Thiersch, Zeller Papers, IfZ ED 88/2, pág. 356; Finker, *Stauffenberg,* pág. 154.

[52] La carta se reproduce completa en Kramarz, *Claus Graf Stauffenberg,* pág. 226 (apéndice). Para la actitud antinazi de Broich y la evaluación positiva de Stauffenberg, véase Neitzel, *Abgehört,* pág. 336.

[53] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 164.

[54] Ibíd., págs. 178-179.

[55] Otto John, *Twice Through the Lines: The Autobiography of Otto John,* trad. Richard Barry (Londres: Macmillan, 1972), págs. 117, 139; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 178, 364-365.

[56] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 183; Meding, *Mit dem Mut des Herzens,* pág. 275.

[57] Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», pág. 191.

[58] Basado en el testimonio de Olga von Saucken, hija de Üxküll, reproducido en Kramarz, *Claus Graf Stauffenberg,* pág. 245. Véase también el testimonio del propio Üxküll ante el Tribunal Popular: «Verräter vor dem Volksgericht, Teil II, Rolle 4, Ton / 294 m / 10,45 min», en Bengt von zur Mühlen, ed., *Die Angeklagten des 20 Juli vor dem Volksgerichtshof* (Berlín: Chronos, 2001)*,* pág. 257.

16. Tú debes matar: el problema del tiranicidio

[1] Gotthard von Falkenhausen, «Bericht über Vorgänge in Paris am 20 Juli» (sin fecha), Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 42-44.

[2] Ibíd., pág. 42; Hans B. Gisevius, *To the Bitter End,* trad. Richard Winston y Clara Winston (Nueva York: Da Capo Press, 1998), págs. 526-527; compárese con Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 175.

[3] Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher, 1938-1944: Aufzeichnungen vom anderen Deutschland,* ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gärtringen (Múnich: Goldmann, 1994), pág. 297.

[4] Nicholas Reynolds, *Treason Was No Crime: Ludwig Beck, Chief of the German General Staff* (Londres: Kimber, 1976), pág. 216; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 201; compárese con G. Falkenhausen, «Bericht», Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 45-47.

[5] Escrito de Manfred Roeder, 3 y 4 de diciembre de 1951, IfZ, ZS-0124, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0124.pdf, pág. 24. Roeder había visto pruebas de este plan en los documentos confiscados a Dohnanyi el 3 de abril de 1943. Desgraciadamente, este conjunto de documentos, que habrían podido ser una importantísima fuente histórica sobre el movimiento de resistencia alemán, no sobrevivieron a la guerra. El testimonio de Roeder respalda y completa las declaraciones de Crome; véase la nota siguiente.

[6] Beria a Stalin, 19-9-1944, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 66, págs. 297-298, 320.

[7] Klaus-Jürgen Müller, *Generaloberst Ludwig Beck: Eine Biographie* (Paderborn: Schöningh, 2008), pág. 465; Reynolds, *Treason Was No Crime,* pág. 216.

[8] Hermann Kaiser, *Mut zum Bekenntnis: Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser, 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010), pág. 438.

[9] Ibíd., pág. 434; Gersdorff a Scheurig, 9-11-1970, Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 130; Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, *Soldat im Untergang* (Frankfurt am Main: Ullstein, 1977), pág. 129.

[10] Peter von der Groeben a Bodo Scheurig (entrevista, 4-6-1970), Adolf Heusinger a Scheurig (entrevista, 5-5-1970), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, págs. 148, 83.

[11] Sabine Gillmann y Hans Mommsen, *Politische Schriften und Briefe Carl Friedrich Goerdelers* (Múnich: Saur, 2003), vol. 2, págs. 1199, 1241; Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance, 1933-1945,* trad. Richard Barry (Montreal: McGill-Queens University Press, 1985), pág. 370; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 101.

[12] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 535.

[13] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* pág. 419.

[14] Hoffmann, *History of the German Resistance,* pág. 371.

[15] Citado en Theodore S. Hamerow, *On the Road to Wolf's Lair: German Resistance to Hitler* (Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 1997), pág. 367.

[16] Peter Hoffmann, «The Question of Western Allied Cooperation with the German Antinazi Conspiracy, 1938-1944», *Historical Journal,* 34, n.º 2 (1991), pág. 459; Peter Hoffmann, *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), pág. 194.

[17] Helmuth James von Moltke, *Briefe an Freya, 1933-1945* (Múnich: Beck, 2005), págs. 616, 23; Klemens von Klemperer, *German Resistance to Hitler: The Search for Allies Abroad* (Oxford: Oxford University Press, 1992), págs. 327-340; Hoffmann, *History of the German Resistance,* pág. 372.

[18] Dietrich Bonhoeffer, *Ethics,* vol. 6 de *Dietrich Bonhoeffer Works,* ed. Clifford J. Green, trad. Reinhard Krauss, Charles C. West y Douglas W. Stott (Minneapolis: Fortress Press, 2005), págs. 248-249.

[19] Ibíd., pág. 284.

[20] Basado en el testimonio de primera mano del amigo de Bonhoeffer, el teólogo Wolf-Dieter Zimmermann, reproducido en su libro *Wir nannten ihn Bruder Bonhoeffer: Einblicke in ein hoffnungsvolles Leben* (Berlín: Wichern Verlag, 1995), págs. 112-113.

17. Una rueda conspirativa: la época Stauffenberg

[1] Ger van Roon, «Hermann Kaiser und die deutsche Widerstandsbewegung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 24, n.º 3 (julio de 1976), pág. 284.

[2] Joachim Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», en Peter Hoffmann, *Stauffenbergs Freund: Die tragische Geschichte des Widerstandskämpfers Joachim Kuhn* (Múnich: Verlag C.H. Beck, 2007), pág. 195.

[3] Rudolf Fahrner, «Geschehnisse um 20. Juli 1944», en *Gesammelte Werke,* eds. Stefano Bianca y Bruno Pieger (Colonia: Böhlau Verlag, 2008), pág. 254.

[4] Roon, «Hermann Kaiser», pág. 284.

[5] Para estas teorías conspiratorias, véase, por ejemplo, Hedwig Meyer, «Die SS und der 20. Juli 1944», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 14, n.º 3 (julio de 1966), págs. 299-316. Gotthard von Falkenhausen asumió después de la guerra que las pruebas reunidas contra Goerdeler y Oster indujeron a error a la Gestapo, de manera que no prestó atención al grupo verdaderamente peligroso alrededor de Stauffenberg. Véase Gotthard von Falkenhausen a Eberhard Zeller, 29-11-1945, Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 32.

[6] Abschrift Huppenkothen, 11-7-1947, IfZ ZS 0249-1, págs. 17-19, 35. La mejor fuente para las extrañas «negociaciones» Himmler-Popitz es la acusación secreta contra Popitz. No obstante, esta fuente tiene que leerse de manera crítica, porque Popitz sobrestimó el apoyo que recibió de algunas personas en la resistencia para su aproximación a las SS. Es altamente improbable que Tresckow y Witzleben, con su bien conocido odio a las SS, apoyaran dichos planes, y resulta incluso menos razonable que Goerdeler no pusiera reparos desde el inicio. Incluso Popitz reconoció que prácticamente todo el mundo le dio la espalda después de su reunión con Himmler. El documento completo se reproduce en Allen W. Dulles, *Germany's Underground* (Nueva York: Macmillan, 1947), págs. 151-162; sobre la detención de Kaiser, véase Roon, «Hermann Kaiser», pág. 285.

[7] Dorothee von Meding, *Courageous Hearts: Women and the Anti-Hitler Plot of 1944,* trad. Michael Balfour y Volker R. Berghahn (Providence, Rhode Island: Berghahn Books, 1997), págs. 53, 56.

[8] Hermann Kaiser, *Mut zum Bekenntnis: Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser, 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010), págs. 424, 434-435; Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 522; Berg a Scheurig, 16-3-1970, Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, págs. 9-15.

[9] Stauffenberg no reveló muchos detalles operativos a los miembros del grupo socialdemócrata, por ejemplo, y ni siquiera Goerdeler disponía de toda la información. Véase Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 212-213, 217.

[10] Gotthard von Falkenhausen a Eberhard Zeller, 29-11-1945, Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 32; Oberleutnant a.D. Herber, «Was ich am 20-7-1944 in der Bendlerstrasse erlebte», BA-MA Msg 2/214, págs. 4-5; GARF Fond R-9401, Opis 2. Del 66, págs. 293-322; Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, «History of the Attempt on Hitler's Life (20 Jul. 1944)», Historical Division Headquarters, United States Army Europe, Foreign Military Studies Branch, USAMHI, 2-3, 8; «Von Tresckow, Henning: Beurteilung», BA-MA BAarch PERS 6/1980.

[11] Informe de Kivimäki desde Berlín, 12-2-1943, UMA, UM 5 C. Véase también Errki Kouri, «Das Bild der Finnen vom deutschen Widerstand gegen Hitler», en *Die deutsche Widerstand: Wahrnehmung und Wertung in Europa und den USA,* ed. Gerd R. Ueberschär (Darmstadt: Wissenschafliche Buchgesellschaft, 2002), págs. 191-192.

[12] Gregory D. Lee, *Conspiracy Investigations: Terrorism, Drugs, and Gangs* (Upper Saddle River, Nueva Jersey: Pearson Prentice Hall, 2005), pág. 31.

[13] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 523; compárese con las págs. 177-178.

[14] Para indicios de la autonomía relativa de Goerdeler en la red, véase ibíd., págs. 177-178. Goerdeler desempeñó un papel predominante de enlace en las redes civiles de oposición. Para un resumen de sus conexiones con las redes civiles, véase ibíd., págs. 350-352.

[15] Gisevius, *Bis Zum bittern Ende* (Zúrich: Fretz & Wasmuth, 1946), págs. 446-447, 468-469, 471-474; Jacobsen, ibíd., págs. 177-178, 217, 362; Konstanze von Schulthess, *Nina Schenk Gräfin von Stauffenberg: Ein Porträt* (Múnich: Pendo, 2008), pág. 80; Fahrner, «Geschehnisse», pág. 254. Sobre la hostilidad de Stauffenberg con Helldorff, véase «Bericht von Urban Thiersch über seine Begegnungen mit Oberst Graf Stauffenberg im Juli 1944», Zeller Papers, IfZ ED 88/2, pág. 335.

[16] Peter Hoffmann, *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), pág. 192.

[17] Meding, *Courageous Hearts,* pág. 53.

[18] Ibíd.; Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 197; Peter Hoffmann, «Oberst i. G. Henning von Tresckow und die Staatsstreichpläne im Jahr 1943», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 55, n.º 2 (2007), pág. 344.

[19] Christian Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg: Eine Biographie* (Düsseldorf: Droste, 1971), pág. 382.

[20] Hoffmann, *Stauffenberg,* págs. 197-198. Hans von Bittenfeld también testificó que Stauffenberg brillaba con «fuego sagrado» y creía que era una «herramienta divina» en la lucha contra el nacionalsocialismo. Véase Bittenfeld, «Meine Verbindung mit Graf Stauffenberg» (noticia de prensa, 18-7-1969), Deutsch Papers, serie 3, caja 2, cintas 3 y 4 Material.

[21] Hoffmann, *Stauffenberg,* págs. 283-284.

[22] Axel von dem Bussche, «Eid und Schuld», *Axel von dem Bussche,* ed. Gevinon von Medem (Maguncia: Hase & Koehler, 1994), pág. 138. En su informe completo, Bussche afirma que las autoridades le prometieron que al menos se mantendría con vida a las mujeres que quedaban, porque se necesitaban alrededor de cincuenta judíos para los trabajos forzados. No obstante, la protección sólo era válida para un periodo de tiempo limitado, y finalmente todos los supervivientes de la masacre fueron deportados a Auschwitz. Véase Axel von dem Bussche, Ns v.18-6-1948, betr. Massenerschießungen v. Juden Ghetto Dubno 1942, IfZ ZS-1827, págs. 7-12.

[23] Bussche, «Eid und Schuld», págs. 139-140, 150-153; Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), págs. 399-401.

[24] Bussche, «Eid und Schuld», pág. 141.

[25] Helena Page, *General Friedrich Olbricht: Ein Mann des 20. Juli* (Bonn: Bouvier, 1994), pág. 192.

[26] Las órdenes originales de la Operación Valkiria fueron redactadas en octubre de 1941. Véase Allgemeines Heeresamt, Abt. Demob. Nr. 350/42 g.Kdos, «Herstellung einsatzfähiger Verwenungsbereitschaft des Ersatzheeres», 5-2-1942, Chef der Heeresrüstung und Befehlshaber des Ersatzheeres, AHA Ia VII Nr. 1160/42 g.Kdos, «Betr.: Walküre II», 21-3-1942, BA-MA RH/12/21, 7, págs. 128-142, 204-212; Stellv. Generalkommando XX.A.K (Wehrkreiskommando XX), Abt. Ib/Org, «Betr. Einsatz Walküre», 14-5-1942, BA-MA RH/53/20, 27, págs. 78-84. El fantasma de un levantamiento general de los trabajadores extranjeros, que más tarde se asociaría con el plan en la literatura de la resistencia, se puede rastrear hasta el otoño de 1943. Véase Kommandeur der Panzertruppen XVII, Wien, 10-9-1943, «An die Herrn Kommandeure», BA-MA RH/53/17, 143.

[27] Chef der Heeresrüstung und Befehlshaber des Ersatzheeres, AHA/Ia (I), Nr. 3830/43 g.Kdos, «Betr.: Walküre», 31-7-1943, BA-MA RH/12/21, 56, págs. 171-179 (a partir de aquí esta fuente se cita como Valkiria 31-7-43); otra copia más formal se puede encontrar en BA-MA RH/53/17, 39. Las órdenes fueron revisadas de nuevo el 6-10-1943, de manera que todas las tropas que se encontrasen en Alemania en aquel momento quedaban bajo el mando del comandante del Ejército de Reserva. Véase Walküre, 6-10-1943, BA-MA RH/53/17, 39. Para un informe sumario sobre las instrucciones y maniobras, véase, por ejemplo, Wehrkreis Kommando XVII, Wien, 1-9-1943, «Verwendungsbereitschaft des Ersatzheeres», BA-MA RH/53/17, 143. El estricto secretismo era herencia de Valkiria II, 5-2-1942, y la versión del 23-6-1942, BA-MA RH/53/20, 27, pág. 100. En esta versión se afirmaba que la colaboración con las SS y la policía sólo debía producirse siguiendo órdenes explícitas que quedaban incluidas bajo otro nombre en clave (Neptuno). Para un análisis conciso sobre la evolución de las órdenes, véase Hoffmann, *Stauffenberg,* págs. 198-200.

[28] De hecho, en un plan contra paracaidistas enemigos elaborado en enero de 1944, que preveía una estrecha colaboración entre Ejército, Luftwaffe, SS y fuerzas de policía, Valkiria no se menciona ni una sola vez. Si los redactores de un plan tan completo no conocían otras medidas de entonces que pretendían lograr los mismos objetivos, parece que incluso la parte militar «legítima» estaba bastante bien oculta. Véase Wehrkreiskommando XVII (Stellv. Gen. Kdo. XVII A.K.), Wien, 12-1-1944, «Grundsätzlicher Befehl für die Abwehr feindlicher Einzelspringer, Fallschirmjäger und Luftlandetruppen», BA-MA RH/53/17, 39.

[29] Para la lista completa de distribución, véase Valkiria 31-7-1943, BA-MA RH/12/21, 56, pág. 175.

[30] Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», págs. 199-200; Horst Mühleisen, «Patrioten im Widerstand: Carl-Hans Graf von Hardenbergs Erlebnisbericht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 14, n.º 3 (enero de 1993), pág. 452. Según el fiscal de las SS Walther Huppenkothen, se suponía que Helldorff debía dirigir la policía durante el primer día y después sería sustituido por Tresckow. Los conspiradores, según Huppenkothen, querían librarse de Helldorff por su «mala reputación». Véase Abschrift, Anlage zur Aussage Huppenkothen zum 20. Juli 1944, 51, Deutsch Papers, serie 3, caja 2, Material sobre Huppenkothen.

[31] «Maßnahmenkalender», en Hoffmann, «Oberst i. G. Henning von Tresckow»; Hoffmann, *Stauffenbergs Freund,* págs. 171-182; Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», págs. 200-201.

[32] Hoffmann, *Stauffenberg,* págs. 210-211.

[33] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 140-142.

[34] Ibíd., pág. 201; Roon, «Hermann Kaiser», pág. 275.

[35] Emil Henk, *Die Tragödie des 20 Juli 1944: Ein Beitrag zur politischen Vorgeschichte* (Heidelberg: Rausch, 1946), págs. 46-52.

[36] Exilvorstand der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (SOPADE), *Sozialistische Mitteilungen: Newsletter, herausgegeben vom 1939-1948*. Hefte Nr. 45, 3-9, Nr. 47, 5, Nr. 49, 3-8, Nr. 52, 19, Beilage 2: I-XII, Nr. 53/4, 1-5, Nr. 55/6, 7-15, Nr. 57, 4-9, Nr. 58/9, 1-14, Nr. 62, 20, Nr. 63/4, Beilage 2: I-XVI.

[37] Agente «Dogwood» al agregado militar de Estados Unidos general Richard D. Tindall (Ankara), 29-12-1943; Report of the OSS Planning Group, 3-4-1944; director asistente de la OSS G. Edward Buxton al secretario de Estado Cordell Hull, 16-5-1944; director de la OSS William J. Donovan al presidente FDR, 22-7-1944; Wallace R. Deuel (OSS-Washington) al director de la OSS William J. Donovan, 24-7-1944, todos en *American Intelligence and the German Resistance to Hitler,* ed. Jürgen Heideking y Christof Mauch (Boulder, CO: Westview Press, 1996), págs. 177-180, 204-205, 219-222, 245-246, 251; Bengt von zur Mühlen, *Die Angeklagten des 20 Juli vor dem Volksgerichtshof* (Berlín: Chronos, 2001), págs. 252-254.

[38] Dulles fue inicialmente hostil a los conspiradores. Después, se volvió más comprensivo, pero las dudas de Gisevius sobre la resolución de los generales no lo alentaron. Para el desarrollo de la visión de Dulles sobre la resistencia, véase Allen W. Dulles (COI Nueva York) al coronel William J. Donovan, 8-5-1942; Dulles (OSS Berna) a la OSS Washington, 13-1-1943, 8-11-1943, 27-1-1944, 12-7-1944, en Heideking y Mauch, *American Intelligence,* págs. 24, 38-39, 152-153, 192-193, 244. En cuanto a las dudas de Gisevius (no se le menciona, pero su identidad queda clara por el contexto), véase Buxton a Cordell Hull, 16-5-1944, Heideking y Mauch, págs. 219-222.

[39] *Nuremberg Blue,* vol. 15, pág. 403; Gotthard von Falkenhausen a Eberhard Zeller, 29-11-1945, Zeller Papers, IfZ, ED 88/1, pág. 34. El compromiso real de Rommel con el golpe siempre ha sido un tema controvertido. El testimonio grabado del general Eberbach (prisionero de los británicos) sugiere que Rommel pensó, al menos en algún momento, en un golpe de Estado y un asesinato, dando más credibilidad a la posibilidad de su implicación. Véase Sönke Neitzel, *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945* (Berlín: Propyläen, 2005), págs. 351, 353, 372.

[40] Valkyrie 31-7-1943, BA-MA RH/12/21, 56.

[41] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 201; Unterhaltung mit Frau Ursula von Witzleben, 10-2-1970, 3, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material.

[42] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 201, y compárese con Mühleisen, «Patrioten im Widerstand», pág. 460.

[43] Hans B. Gisevius, *To the Bitter End,* trad. Richard Winston y Clara Winston (Nueva York: Da Capo Press, 1998), pág. 519; Hans Mommsen, *Alternative zu Hitler: Studien zur Geschichte des deutschen Widerstandes* (Múnich: Beck, 2000), págs. 375-376.

[44] Escrito de Manfred Roeder, 3 y 4 de diciembre de 1951, IfZ, ZS-0124, pág. 24, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0124.pdf.

[45] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* pág. 500.

[46] Bussche, «Eid und Schuld», pág. 141.

[47] Ewald-Heinrich von Kleist, entrevistado por Nicholas Netteau, 13-1-1998; entregado al autor por cortesía de Nicholas Netteau; compárese con la entrevista de Kleist con Eberhard Zeller, 14-2-1946, Zeller Papers, IfZ ED 88/2, pág. 223.

[48] Bodo Scheurig, *Ewald von Kleist-Schmenzin: Ein Konservativer gegen Hitler* (Oldenburg: Stalling, 1968), págs. 184-185; Hoffmann, *Stauffenberg,* págs. 230-231; Klaus J. Müller, «Prussian Elements in the German Resistance», en *The Moral Imperative: New Essays on the Ethics of Resistance in National Socialist Germany, 1933-1945,* ed. Andrew Chandler (Boulder, Colorado: Westview Press, 1998), pág. 63.

[49] Breitenbuch a Scheurig, 28-3-1970, Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 55.

[50] Eberhard von Breitenbuch, *Erinnerungen eines Reserveoffiziers, 1939-1945: Aufgeschrieben zur Kenntnis meiner Kinder* (Norderstedt: Books on Demand, 2011), pág. 121.

[51] Ibíd., págs. 123-124. Para una versión ligeramente diferente de los acontecimientos, véase Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler,* trad. Hilda Simon (Boulder, CO: Westview Press, 1994), 295; compárese con Alexander Stahlberg, *Bounden Duty: The Memoirs of a German Officer, 1932-1945,* trad. Patricia Crampton (Londres: Macmillan, 1990), pág. 298. Stahlberg está claramente equivocado sobre la fecha, porque el intento de Breitenbuch tuvo lugar en marzo de 1944. Es posible que el paso del tiempo afectase negativamente el testimonio de Stahlberg.

[52] Estos debates se reflejan en los memorandos de la OSS; véase director de la OSS William J. Donovan al presidente FDR, 22-7-1944, en Heideking y Mauch, *American Intelligence,* pág. 244, y el testimonio de Hardenberg, Mühleisen, «Patrioten im Widerstand», pág. 253. Véase también la entrevista de Harold C. Deutsch con Botho von Wussow y la Gräfin Schwerin von Schwanenfeld, 27-6-1970, 12-13, Deutsch Papers, serie 3, caja 3, cinta 1 Material; y el testimonio de Albrecht Fischer sobre sus conversaciones con Goerdeler en la primavera de 1944: Albrecht Fischer, «Erlebnisse vom 20. Juli 1944 bis 8. April 1945», 9-10-1961, IfZ, ZS-1758, pág. 3.

[53] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 238. El texto es ligeramente diferente en cada uno de los relatos siguientes: Eberhard Zeller, *Geist der Freiheit: Der Zwanzigste Juli* (Múnich: Rhinn, 1952), págs. 358-359; Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* pág. 277; Gerd R. Ueberschär, *Stauffenberg: Der 20 Juli 1944* (Frankfurt am Main: Fischer, 2004), pág. 39; Meding, *Mit dem Mut des Herzens: Die Frauen des 20 Juli* (Berlín: Siedler, 1992), pág. 118; compárese con la versión de Margarethe von Hardenberg (Oven) en una entrevista con Bodo Scheurig, 2-5-1969, Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 166.

[54] Para la cita de Stauffenberg, véase Schulthess, *Nina Schenk Gräfin von Stauffenberg,* 81. Beck está citado en Theodore S. Hamerow, *On the Road to Wolf's Lair: German Resistance to Hitler* (Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press, 1997), pág. 350. Véase también Friedrich Meinecke, *Die deutsche Katastrophe: Betrachtungen und Erinnerungen* (Wiesbaden: Brockhaus, 1946), pág. 149; Meding, *Mit dem Mut des Herzens,* pág. 273. La carta de Goerdeler se reproduce completa en un apéndice de la biografía de Olbricht de Helena P. Page, *General Friedrich Olbricht*; véase Goerdeler a Olbricht/Zeitzler, 15-05-1943. Para pruebas similares, véanse los informes de Kaltenbrunner en Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 201.

[55] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 243; Mühleisen, «Patrioten im Widerstand», pág. 456.

[56] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 152.

[57] Fahrner, «Geschehnisse», pág. 255; Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 226.

[58] Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* pág. 436; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 57, 352, 461; Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance, 1933-1945,* trad. Richard Barry (Montreal: McGill-Queens University Press, 1985), pág. 378. En su testimonio durante los Juicios de Núremberg, Schlabrendorff afirmó que algunos conspiradores rehuían a Hassell, porque se sabía que era un hablador imprudente; véase *Nuremberg Green,* vol. 13, pág. 391. En julio de 1944, también se consideró que Goerdeler estaba tan «comprometido» y expuesto a los ojos de la Gestapo, que incluso Beck intentó evitar su compañía en los días previos al 20 de julio (Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 362). Para las palabras de Tresckow, véase Kaiser, *Mut zum Bekenntnis,* pág. 422.

[59] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 196; Henk, *Die Tragödie,* págs. 52-54.

[60] Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 196.

[61] Dorothea Beck, *Julius Leber: Sozialdemokrat zwischen Reform und Widerstand* (Berlín: Siedler, 1983), pág. 199.

[62] Mühleisen, «Patrioten im Widerstand», pág. 457; Meding, *Courageous Hearts,* págs. 53-54.

[63] Gotthard von Falkenhausen, «Bericht über Vorgänge in Paris am 20 Juli» (sin fecha), Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 54-55; Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat*, págs. 469-470.

[64] Page, *General Friedrich Olbricht,* págs. 206-208.

[65] Ueberschär, *Stauffenberg,* pág. 41; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 91; Otto Hitzfeld a Gerd Buchheit, 5-7-66, IfZ ZS-1858, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-1858.pdf, pág. 1.

[66] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 101, 175.

[67] Sobre la influencia de las heridas de Rommel en el golpe en el frente occidental, véase Gotthard von Falkenhausen a Eberhard Zeller, 29-11-1945, Zeller Papers, IfZ, ED 88/1, pág. 34.

[68] Gisevius, *Bis Zum bittern Ende,* pág. 497; Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1954), pág. 408. No he podido encontrar pruebas de que se emitiese realmente dicha orden de busca y captura. La mayoría de los documentos relevantes de la Gestapo fueron destruidos en 1945, pero en los informes de Kaltenbrunner (Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 524) sólo se menciona la advertencia de sus amigos a Goerdeler, no la existencia de una orden. De haber existido este documento, es muy improbable que Kaltenbrunner y sus oficiales no lo conociesen. La información de Nebe se basaba en una decisión de emitir la orden o en rumores sobre dicha decisión. En cualquier caso, la Gestapo probablemente no tuvo tiempo de emitir ninguna orden de arresto hasta después del 20 de julio. En su interrogatorio, Goerdeler no profundizó en las razones reales detrás de su huida el 18 de julio, muy probablemente para no incriminar a su primer anfitrión, el barón Polimbini. Véase Jacobsen, «Spiegelbild einer Verschwörung», vol. 1, pág. 217.

[69] Entrevista con Charlotte von der Schulenburg, en Hava Kohav Beller, *The Restless Conscience: Resistance to Hitler Within Germany, 1933-1945* (1992; Los Ángeles: New Video Group, 2009), DVD.

[70] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 92; Meding, *Courageous Hearts,* pág. 58; Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 485.

18. El momento decisivo: 20 de julio de 1944

[1] Abakumov a Beria, 22-2-1945, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 93, pág. 6.

[2] Eberhard Zeller, *Geist der Freiheit: Der Zwanzigste Juli* (Múnich: Rhinn, 1952), pág. 381.

[3] Helmuth Arnz, «Abschrift einer Niederschrift über den General der Nachrichtentruppen Erich Fellgiebel», Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 2-3; Beria a Stalin, 19-9-1944, GARF Fond R-9401, Opis 2, Del 66, pág. 317; Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), pág. 415; Joachim Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», en Peter Hoffman, *Stauffenbergs Freund: Die tragische Geschichte des Widerstandskämpfers Joachim Kuhn* (Múnich: Verlag C.H. Beck, 2007), pág. 199; Hermann Kaiser, *Mut zum Bekenntnis: Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser, 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010), págs. 436, 478. Existen algunos indicios de que Fellgiebel estuvo implicado, al menos indirectamente, en el invierno de 1942. Véase Stahlberg a Scheurig (entrevista, 15-9-1965), Scheurig Papers, IfZ ZS/A0031-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_03.pdf, pág. 111.

[4] Arnz, «Abschrift», Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 3-4.

[5] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 487.

[6] Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, pág. 85.

[7] Peter Hoffmann, *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), pág. 265.

[8] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 85.

* Se trata del nombre alemán del río Daugava o Dviná Occidental. *(N. del T.)*

** Nombre alemán de la ciudad letona de Daugavpils. *(N. del T.)*

[9] Zeller, *Geist der Freiheit,* pág. 381.

[10] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 86; Karl Fischer, *Ich Fuhr Stauffenberg: Erinnerungen an die Kriegsjahre, 1939-1945* (Angermünde: Spiegelberg Verlag, 2008), pág. 97.

[11] Fischer, *Ich Fuhr Stauffenberg,* pág. 97; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 86.

[12] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 495. Para un testimonio de primera mano adicional, véase Walter Warlimont, *Im Hauptquartier der deutschen Wehrmacht, 1939-1945* (Frankfurt am Main: Bernard & Graefe, 1962), pág. 471.

[13] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 496.

[14] Arnz, «Abschrift», Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 4.

[15] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 504; «Ernennung Himmlers zum Befehlshaber des Ersatzheeres, 20-7-1944» (Doc. 340), en *Führer-Erlasse, 1939-1940,* ed. Martin Holl (Stuttgart: Steiner, 1997), pág. 433; testimonio de primera mano: «Der 20. Juli 1944 im Führerhauptquartier», 4, Deutsch Papers, serie 4, caja 9, Halder Franz. Otro indicio se puede encontrar en la emisión de radio de Goebbels el 26-7-1944; véase FBIS, NARA, Rg. 263, SA 190, R 23, C 34, S7, caja 93, H4.

[16] Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter,* ed. y trad. R.H.C. Steed (Nueva York: Macmillan, 1951), págs. 275-276.

[17] Max Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945: Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen* (Wurzburgo: Schmidt, Neustadt a.d. Aisch, 1962), pág. 2127; Zeller, *Geist der Freiheit,* págs. 422-423.

[18] Hans B. Gisevius, *Bis zum bittern Ende* (Zúrich: Fretz & Wasmuth, 1946), pág. 510. Sobre Hase, véase Roland Kopp, *Paul von Hase von der Alexander-Kaserne nach Plötzensee: Eine deutsche Soldatenbiographie, 1885-1944* (Münster: Lit, 2001), págs. 268-269.

[19] Wilhelm R. von Schramm, *Aufstand der Generale: Der 20 Juli in Paris* (Múnich: Kindler, 1964), págs. 82-83.

[20] Gisevius, *Bis zum bittern Ende,* págs. 517-518; véase también la entrevista con Ludwig von Hammerstein en Hava Kohav Beller, *The Restless Conscience: Resistance to Hitler Within Germany, 1933-1945* (1992; Los Ángeles: New Video Group, 2009), DVD, 1:20.

[21] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 513-514; Gisevius, *Bis zum bittern Ende,* págs. 518-519; H.L. Bartram, «20. Juli 1944», BA-MA Msg 2/214, pág. 2. Para una visión más comprensiva de Fromm, véase Bernhard Kroener, *Generaloberst Friedrich Fromm: Der starke Mann im Heimatkriegsgebiet; Eine Biographie* (Paderborn: Schöningh, 2005), págs. 682-701.

[22] «Befehl für den Berliner Wehrmachtkommandanten, 20-7-1944», reproducido en Kopp, *Paul von Hase,* lámina 35.

[23] Gisevius, *Bis zum bittern Ende,* pág. 519; «Stenogram der ersten Volksgerichtshofverhandlung vom 7/8 August 1944», en *Die Angeklagten des 20 Juli vor dem Volksgerichtshof,* ed. Bengt von zur Mühlen (Berlín: Chronos, 2001), apéndice, 76.

[24] Eugen Gerstenmaier, «Der 20. Juli 1944», BA-MA Msg 2/213, pág. 5(26).

[25] Gisevius, *Bis zum bittern Ende,* pág. 514; Nicholas Reynolds, *Treason Was No Crime: Ludwig Beck, Chief of the German General Staff* (Londres: Kimber, 1976), pág. 264; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 191; «Stenogram», pág. 122.

[26] Walter Bargatzky, «Persönliche Erinnerungen an die Aufstandsbewegung des 20. Juli 1944 in Frankreich», 20-10-1945, IfZ, ZS-203, pág. 10.

[27] Schramm, *Aufstand der Generale,* págs. 84, 86-87; Andreas von Klewitz, «General d. Inf. Carl-Heinrich von Stülpnagel und der 20 Juli 1944 in Paris», en Mühlen, *Angeklagten,* pág. 107.

[28] Schramm, *Aufstand der Generale,* págs. 84, 86-87.

[29] Walter Bargatzky, «Letzte Runde in Paris», en *20 Juli 1944,* ed. Hans A. Jacobsen y Erich Zimmermann (Bonn: Berto Verlag, 1960), pág. 154.

[30] Schramm, *Aufstand der Generale,* pág. 103; Hans Freiherr von Boineburg-Langsfeld, «Als Kommandant von Groß-Paris am 20. Juli 1944», en *Der 20. Juli 1944 in Paris: Verlauf, Hauptbeteiligte, Augenzeugen,* ed. Bengt von zur Mühlen y Frank Bauer (Berlín: Chronos, 1995), pág. 198.

[31] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 514, 519-520; H.L. Bartram, «20. Juli 1944», BA-MA Msg 2/214, pág. 2; Gisevius, *Bis zum bittern Ende,* pág. 519; «Stenogram», pág. 77; Kleist (entrevista con Zeller, 14-2-1946), «Augenzeugenbericht», Zeller Papers, IfZ ED 88/2, pág. 225; compárese con el testimonio de Hardenberg en «Patrioten im Widerstand: Carl-Hans Graf von Hardenbergs Erlebnisbericht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 14, n.º 3 (enero de 1993), pág. 461. Para una versión ligeramente diferente, véase Kroener, *Generaloberst Friedrich Fromm,* págs. 682-686.

[32] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 63.

[33] Ibíd., vol. 1, págs. 25-26.

[34] Herber, Oberleutnant a.D. Herber, «Was ich am 20-7-1944 in der Bendlerstrasse erlebte», BA-MA Msg 2/214, págs. 1-2; Oberst von Roell, «Über die Ereignisse des Nachm. und Abends des 20-7-1944», 21-7-1944, BA-MA Msg 2/213, pág. 1.

[35] Mühleisen, «Patrioten im Widerstand», pág. 462; Herber, «Was ich erlebte», BA-MA Msg 2/214, págs. 1-2; Roell, «Ereignisse», BA-MA Msg 2/213, págs. 2-3; Cords a Zeller, 23-8-1951, Otto John, «Ein Augenzeugenbericht vom 20. Juli 1944» (sin fecha), Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 6, ED 88/2, págs. 211-212.

[36] Gisevius, *Bis zum bittern Ende,* págs. 512-514; compárese con el testimonio apologético de Helldorff y también con el relato más detallado ofrecido por Bismarck, en Mühlen, *Angeklagten,* págs. 225-226, 283-285.

[37] Hans B. Gisevius, *To the Bitter End,* trad. Richard Winston y Clara Winston (Nueva York: Da Capo Press, 1998), pág. 551; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 22; Reynolds, *Treason Was No Crime,* págs. 262-263; Mühlen, *Angeklagten,* pág. 235. Véase también Herber, «Was ich erlebte», BA-MA Msg 2/214, pág. 3; «Tagebuch des Stabsgefreiten Karl Berlin», en Daniil E. Melnikov, *20 Juli 1944: Legende und Wirklichkeit,* trad. Fritz Rehak (Berlín: Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1964), págs. 275-276; Cords a Zeller, 23-8-1951, Zeller Papers, IfZ, ED 88/1, pág. 6.

[38] Philipp Freiherr von Boeselager, «Mein Weg zum 20. Juli 1944 (Vortrag gehalten am 20. Juli 2002 bei den Johannitern in Wasserburg/Bayern)» (manuscrito inédito, 2002), págs. 39-40; Boeselager a Hoffmann, 19-11-1964, IfZ ZS-2118.

[39] Otto Hitzfeld a Wolfgang Müller, 18-10-1966, Müller a Hitzfeld, 15-10-1966, IfZ ZS-1858, págs. 4-7, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-1858.pdf.

[40] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 531-532; Allen W. Dulles (OSS Berna) al general de brigada Thomas J. Betts (Londres), 21-7-1944, en *American Intelligence and the German Resistance to Hitler,* ed. Jürgen Heideking y Christof Mauch (Boulder, Colorado: Westview Press, 1996), pág. 236.

[41] Wolfgang Müller, *Gegen eine neue Dolchstosslüge: Ein Erlebnisbericht zum 20 Juli 1944* (Hannover: Verlag «Das andere Deutschland», 1947), pág. 44; Hitzfeld a Müller, 18-10-1966, Müller a Hitzfeld, 15-10-1966, IfZ ZS-1858, págs. 4-7.

[42] Gisevius, *Bis zum bittern Ende,* págs. 527-528.

[43] FBIS, NARA, Rg. 263, SA 190, R 23, C 34, S7, caja 92, CCB1; Herber, «Was ich erlebte», BA-MA Msg 2/214, págs. 2-3; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 104-108.

[44] Ludwig Jedlinka, *Das Einsame Gewissen: Der 20 Juli in Österreich* (Viena: Verlag Herold, 1966), pág. 56; Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 575.

[45] Schramm, *Aufstand der Generale,* págs. 139-140.

[46] Walter Bargatzky, «Zwei Stunden und eine verratene Chance», en Mühlen y Bauer, *Der 20. Juli 1944 in Paris,* pág. 214. Para el punto de vista del propio Hitler sobre la naturaleza «sin precedentes» de los acontecimientos en París, véase Felix Gilbert, ed., *Hitler Directs His War: The Secret Records of His Daily Military Conferences* (Nueva York: Oxford University Press, 1950), pág. 104. Bargatzky probablemente empezó a reunir el material en 1943. Véase la introducción del editor en Mühlen y Bauer, pág. 9; y el testimonio de Teuchert en la misma colección, págs. 183, 187.

[47] Citado en Schramm, *Aufstand der Generale,* pág. 25. Para la versión francesa, véase Henri Navarre, *Le temps des vérités* (París: Plon, 1979), págs. 150-151.

[48] Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* pág. 535.

[49] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 2, págs. 639-640; Domarus, *Hitler,* pág. 2126. El testimonio de Remer, muy apologético, debe leerse con cautela. Al contrario de su versión autocomplaciente de los acontecimientos, cumplió con las órdenes de los conspiradores hasta su conversación con el Führer. En su emisión de radio del 26 de julio, Goebbels ofreció una versión más precisa de dicha conversación, pero omitió el hecho poco conveniente de que inicialmente Remer amenazó con arrestarle. Véase FBIS, NARA, Rg. 263, SA 190, R 23, C 34, S7, caja 93, H4.

[50] Gisevius, *To the Bitter End,* págs. 558-559; Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 615-616; compárese con el testimonio de Otto John para la inteligencia de Estados Unidos, recogido en William A. Kimbel (OSS Washington) para el director de la OSS William J. Donovan, 15-9-1944, en Heideking y Mauch, *American Intelligence,* pág. 285.

[51] Gisevius, *To the Bitter End,* 555. Compárese con el relato de Otto John de estas conversaciones telefónicas: «Augenzeugenbericht», Zeller Papers, IfZ ED 88/2, pág. 217.

[52] Gisevius, *To the Bitter End,* págs. 558-559; «Stenogram», págs. 81, 122.

[53] Schramm, *Aufstand der Generale,* pág. 110.

[54] Ibíd., págs. 116-120.

[55] Ibíd., págs. 130-131; Gotthard von Falkenhausen, «Bericht über Vorgänge in Paris am 20 Juli» (sin fecha), Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 57. A Falkenhausen le habló Hofacker de la conversación el 21 de julio a las tres de la tarde.

[56] Constantine FitzGibbon, *The Shirt of Nessus* (Londres: Cassell, 1956), pág. 208.

[57] Hans Speidel, *We Defended Normandy,* trad. Ian Colvin (Londres: Jenkins, 1951), pág. 132.

[58] Schramm, *Aufstand der Generale,* págs. 133, 135.

[59] Bargatzky, «Letzte Runde in Paris», pág. 155.

[60] Ibíd.; Boineburg-Langsfeld, «Als Kommandant», pág. 162; Zeller, *Geist der Freiheit,* pág. 413. Algunos de los conspiradores más jóvenes y radicales en París querían incluso en ese momento radicalizar el golpe con la ejecución sumaria de los líderes de las SS cautivos, pero Stülpnagel no estuvo de acuerdo. Incluso Hofacker era reticente a ejecutar un plan tan radical. Véase Bargatzky, «Erinnerungen», IfZ, *Z*S-203, pág. 13; compárese con Falkenhausen, «Bericht», Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 57-58.

[61] Bargatzky, «Letzte Runde in Paris», pág. 156; Schramm, *Aufstand der Generale,* págs. 170-175.

[62] Gisevius, *To the Bitter End,* pág. 569.

[63] Müller, *Gegen eine neue Dolchstosslüge,* págs. 45-46.

[64] Cords a Zeller, 23-8-1951, Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 6; Friedrich Georgi, «Abschrift-Bernau, 21-7-1944, 00:10», en Helena P. Page, *General Friedrich Olbricht: Ein Mann des 20. Juli* (Bonn: Bouvier, 1994), apéndice.

[65] «Tagebuch des Stabsgefreiten Karl Berlin», pág. 276; Herber, «Was ich erlebte», BA-MA Msg 2/214, pág. 7; Cords a Zeller, 23-8-1951, Friedrich Georgi, Abschrift, 26-9-1947, Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 6, 91-92; Gerstenmaier, «Der 20. Juli 1944», BA-MA Msg 2/213, pág. 6(27); Delia Ziegler, «Wer schoss auf Stauffenberg», *Die Welt,* BA-MA Msg 2/213 (última página).

[66] La descripción se basa en una síntesis de numerosos relatos de testigos presenciales: Herber, «Was ich erlebte», BA-MA Msg 2/214, pág. 7; H.L. Bartram, «20. Juli 1944», BA-MA Msg /2/214, pág. 6; «Stenogram», págs. 117-118; Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat,* págs. 622-623; Zeller, *Geist der Freiheit,* pág. 398. Sobre las intenciones de Fromm, véase también Sönke Neitzel, *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945* (Berlín: Propyläen, 2005), pág. 351.

[67] Existen múltiples versiones de esta conversación entre Beck y Fromm, pero la descripción de los acontecimientos es esencialmente similar. Para algunas de las versiones, véase Zeller, *Geist der Freiheit,* pág. 398; «Tagebuch des Stabsgefreiten Karl Berlin», 277; H.L. Bartram, «20. Juli 1944», BA-MA Msg /2/214, pág. 6.

[68] «Stenogram», pág. 118; doctor Ing. Werner Kennes, «Stellungnahme zu Wolfgang Müller: "Gegen eine neue Dolchstosslüge"», 27-8-1947, BA-MA BAarch PERS N/124/10; H.L. Bartram, «20. Juli 1944», BA-MA Msg /2/214, pág. 6.

[69] Zeller, *Geist der Freiheit,* pág. 399.

[70] Otto Skorzeny, *Skorzeny's Special Missions: The Memoirs of the Most Dangerous Man in Europe* (Londres: Robert Hale, 1957), págs. 116-117; Herber, «Was ich erlebte», BA-MA Msg 2/214, pág. 9.

[71] El texto completo del discurso fue publicado en muchos periódicos occidentales el 21 de julio. La traducción inglesa citada aquí procede del británico *Times,* 21-7-1944. Para el original alemán, véase Jacobsen y Zimmermann, *20 Juli 1944,* págs.185-189, y compárese con un informe de la inteligencia de Estados Unidos sobre el discurso: FBIS, NARA, Rg. 263, SA 190, R 23, C 34, S7, caja 92, CCA1-2.

[72] Frank Stern, «Wolfsschanze versus Auschwitz: Widerstand als deutsches Alibi?», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft,* 42, n.º 7 (1997), pág. 645.

[73] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 483 (énfasis en el original). Gotthard von Falkenhausen, por el contrario, mencionó tres razones para el fracaso del golpe: Hitler no murió el 20 de julio, Rommel resultó herido el 17 de julio y Kluge fue débil e indeciso. Véase Gotthard von Falkenhausen a Eberhard Zeller, 29-11-1945, Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 34.

[74] Para las medidas de secretismo incorporadas en «Valkiria», véase Stellv. Generalkommando XX.A.K (Wehrkreiskommando XX), Abt. Ib/Org. Nr. 217/42 g.Kdos, «Betr. Einsatz Walküre», 14-5-1942, BA-MA RH/53/20, 27, pág. 83. No fueron eliminadas en las siguientes versiones de la orden.

19. La camisa de Neso

[1] Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler,* trad. Hilda Simon (Boulder, CO: Westview Press, 1994), págs. 294-295.

[2] Joachim Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», en Peter Hoffmann, *Stauffenbergs Freund: Die tragische Geschichte des Widerstandskämpfers Joachim Kuhn* (Múnich: Verlag C.H. Beck, 2007), págs. 186-187.

[3] Bodo Scheurig, *Henning von Tresckow: Ein Preußе gegen Hitler; Biographie* (Berlín: Propyläen, 1987), pág. 218. El registro de las conversaciones telefónicas de Tresckow indican que partió para su último viaje alrededor de las diez de la mañana del 21 de julio. Véase «Ferngespräche von 21-7-1944», Scheurig Papers, IfZ ZS-1 0031-4, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_04.pdf, págs. 149-52.

[4] Eberhard von Breitenbuch, «Erinnerungen», Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 54; compárese con la versión posterior de Breitenbuch en sus memorias, *Erinnerungen eines Reserveoffiziers, 1939-1945: Aufgeschrieben zur Kenntnis meiner Kinder* (Norderstedt: Books on Demand, 2011), págs. 157-159.

[5] Scheurig, *Tresckow,* pág. 219.

[6] Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (Múnich: Piper, 1985), pág. 627; Detlef Graf von Schwerin, *Dann sind's die besten Köpfe, die man henkt: Die junge Generation im deutschen Widerstand* (Múnich: Piper, 1991), pág. 413.

[7] Helmuth Arnz, «Abschrift einer Niederschrift über den General der Nachrichtentruppen Erich Fellgiebel», Zeller Papers, IfZ ED 88/1, pág. 5.

[8] Walter Bargatzky, «Persönliche Erinnerungen an die Aufstandsbewegung des 20. Juli 1944 in Frankreich», 20-10-1945, IfZ, ZS-203, pág. 14.

[9] Huppenkothen trial, págs. 37-38, Deutsch Papers, USAMHI, serie 1, caja 3, carpeta 2.

[10] Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, págs. 16-17, 19, 399-404. Resulta casi increíble, pero algunos estudiosos han tomado en serio el testimonio ficticio de Schlabrendorff. Véase, por ejemplo, Ronald Rathert, *Verbrechen und Verschwörung: Arthur Nebe; Der Kripochef des Dritten Reiches* (Münster: Lit, 2001), pág. 117.

[11] Horst Mühleisen, «"Patrioten im Widerstand": Carl-Hans Graf von Hardenbergs Erlebnisbericht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 14, n.º 3 (enero de 1993), pág. 467.

[12] Wolfgang Müller, *Gegen eine neue Dolchstosslüge: Ein Erlebnisbericht zum 20 Juli 1944* (Hannover: Verlag «Das andere Deutschland», 1947), págs. 113-117; Dorothee von Meding, *Courageous Hearts: Women and the Anti-Hitler Plot of 1944,* trad. Michael Balfour y Volker R. Berghahn (Providence, RI: Berghahn Books, 1997), pág. 62; Huppenkothen trial, 1VT: págs. 129-138, 2VT: págs. 102-111, 28-30, 62-65, VT3: págs. 3-13, 18, Deutsch Papers, serie 1, caja 3, carpeta 2.

[13] Wilhelm Scheidt, «Gespräche mit Hitler», *Echo der Woche,* 9-9-1949; compárese con Joseph Goebbels, *Tagebücher, 1924-1945,* ed. Ralf Georg Reuth, 2.ª ed. (Múnich: Piper, 1992), 23-7-1944, vol. 5, págs. 2084-2086.

[14] «Von Tresckow, Henning», BA-MA BAarch PERS 6/301112; «Bildung eines Ehrenhofes zur Überprüfung der Beteiligten am Attentat vom 20-7-1944 (2-8-1944, doc. 346)», en *Führer-Erlasse, 1939-1940,* ed. Martin Holl (Stuttgart: Steiner, 1997), pág. 439; Heinz Guderian, *Erinnerungen eines Soldaten* (Heidelberg: Vowinckel, 1951), págs. 313-314. Sobre el procedimiento de los tribunales de honor, véase el testimonio grabado del teniente general Kirchheim, detenido por los británicos, aunque como miembro del tribunal es natural que fuera apologético: Sönke Neitzel, *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945* (Berlín: Propyläen, 2005), págs. 370-377.

[15] Helmut Ortner, *Der Hinrichter: Roland Freisler, Mörder im Dienste Hitlers* (Viena: Zsolnay, 1995), págs. 132-133, 136.

[16] «Stenogram der ersten Volksgerichtshofverhandlung vom 7/8 August 1944», en *Die Angeklagten des 20 Juli vor dem Volksgerichtshof,* ed. Bengt von zur Mühlen (Berlín: Chronos, 2001), pág. 83.

[17] Ortner, *Der Hinrichter,* págs. 127-128; Ian Kershaw, *Hitler, 1936-1945: Nemesis* (Nueva York: Norton, 2000), págs. 10-11, 22.

[18] Ortner, *Der Hinrichter*, págs. 107, 136.

[19] «Stenogram», págs. 53, 97, 99-103. Sólo uno de los abogados, que defendía a Hagne, el doctor Gustav Schwarz, intentó valientemente cumplir con su deber de buena fe. Durante el juicio hizo todo lo posible para salvar a su cliente de la horca. Para un análisis del papel de los abogados defensores y las dificultades a las que se enfrentaban, véase Arnim Ramm, *Der 20 Juli vor dem Volksgerichtshof* (Berlín: Gaudig & Veit, 2007), págs. 236-241.

[20] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 180.

[21] Ibíd., vol. 1, pág. 181; Huppenkothen trial, 173-174, Deutsch Papers USAMHI, serie 1, caja 3, carpeta 2.

[22] Hans A. Jacobsen y Erich Zimmermann, eds., *20 Juli 1944* (Bonn: Berto Verlag, 1960), pág. 173; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 181. Traducción al inglés de Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance, 1933-1945,* trad. Richard Barry (Montreal: McGill-Queens University Press, 1985), pág. 526.

[23] «Stenogram», pág. 119.

[24] Brigitte Oleschinski, *Plötzensee Memorial Center* (Berlín: Gedenkstätte deutscher Winderstand, 2002), pág. 5.

[25] Bernd Freytag von Loringhoven, con François d'Alançon, *In the Bunker with Hitler, 23.7.1944-29.4.1945* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2006), págs. 68-69.

[26] Mühlen, *Angeklagten,* pág. 302. El protocolo del juicio de Schulenburg probablemente se ha perdido para siempre. La única información que tenemos sobre el juicio se basa en una carta de un periodista alemán que pudo hablar con uno de los presentes, un guardia de las SS. Envió sus descubrimientos (en código) a la esposa de Schulenburg. Véase Ulrich Heinemann, *Ein Konservativer Rebell: Fritz-Dietlof Graf von der Schulenburg und der 20. Juli* (Berlín: Siedler, 1990), págs. 171-172.

[27] Jacobsen y Zimmermann, *20 Juli 1944,* pág. 175.

[28] Helmuth James von Moltke, *A German of the Resistance: The Last Letters of Count Helmuth James von Moltke* (Londres: Oxford University Press, 1946), págs. 39-40, 49. Sobre los intentos americanos para salvar a Moltke, véase director de la OSS Charles S. Cheston al secretario de Estado Edward R. Stettinius, 20-1-1945, en *American Intelligence and the German Resistance to Hitler,* ed. Jürgen Heideking y Christof Mauch (Boulder, CO: Westview Press, 1996), págs. 360-361.

[29] Jacobsen y Zimmermann, *20 Juli 1944,* 172; Huppenkothen trial, págs. 138-142, Deutsch Papers, serie 1, caja 3, carpeta 2.

[30] Meding, *Courageous Hearts,* pág. 187; Konstanze von Schulthess, *Nina Schenk Gräfin von Stauffenberg: Ein Porträt* (Múnich: Pendo, 2008), págs. 25, 36, 80.

[31] Felicitias von Aretin, *Die Enkel des 20 Juli 1944* (Leipzig: Faber & Faber, 2004), pág. 30; Schulthess, *Nina Schenk Gräfin von Stauffenberg,* págs. 25, 36, 80.

[32] Por ejemplo, véase «Underground Organizations in the Wismar and Hamburg Areas, Germany, 8/44», NARA 110903 S, 6.19.

[33] Hans B. Gisevius, *To the Bitter End,* trad. Richard Winston y Clara Winston (Nueva York: Da Capo Press, 1998), pág. 582.

[34] Ibíd., págs. 584-585.

[35] Las pruebas sugieren que las autoridades de las SS, al menos al principio, estaban a oscuras sobre la desaparición de Nebe, o como mínimo intentaron mantener en secreto las sospechas contra él para evitar la vergüenza pública. No fue expulsado formalmente de las SS hasta el 30 de noviembre de 1944. Véase Himmler a Herff, 30-11-1944, BA, SSO/345A, págs. 142-143, 144-145, 148-149; véase también Huppenkothen trial, págs. 158-159, Anklageschrift gegen doctor Hans Böhm und andere, 23-3-1945, 3-14, Deutsch Papers, serie 1, caja 3, serie 3, caja 2, cintas 3 y 4 Material.

[36] La red de amigos y refugios de Goerdeler, por el contrario, contaba con antiguos luchadores de la resistencia, y por eso fue descubierta y eliminada en los días que siguieron al 20 de julio. Véase Reinhard Gördeler, «Die letzten Tage meines Vater», Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 167-168.

[37] Las autoridades nacionalsocialistas desconocían totalmente la presencia de Gisevius en Berlín. El 8 de agosto, Kaltenbrunner informó a Bormann de que había conseguido escapar a Suiza dos días después del fracaso del golpe (22 de julio). Este hecho explica por qué Gisevius fue perseguido con menos empeño que Goerdeler. Véase Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 174.

[38] Ibíd., págs. 167-168, 217-223; Albrecht Fischer, «Erlebnisse vom 20. Juli 1944 bis 8. April 1945», 9-10-1961, IfZ, ZS-1758, pág. 5.

[39] *Völkischer Beobachter,* 3-8-1944.

[40] Jacobsen, «*Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 222-223. Para el asunto Schwarzel, véase el veredicto del juicio en *Justiz und NS-Verbrechen: Sammlung deutscher Strafurteile, wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen, 1945-1999,* ed. Fritz Bauer (Ámsterdam: University Press Amsterdam, 1968), vol. 1, http://www1.jur.uva.nl/junsv/Excerpts/032inhalt.htm.

[41] Franz Xaver Sonderegger a Freiherr von Siegler, doctor Helmut Krausnick, y doctor Hermann Mau, 14-10-1952, IfZ, ZS-0303-1, pág. 43, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0303_1.pdf; Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 232.

[42] Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1954), pág. 415.

[43] Sabine Gillmann y Hans Mommsen, *Politische Schriften und Briefe Carl Friedrich Goerdelers* (Múnich: Saur, 2003), vol. 2, pág. 1152.

[44] Klemens von Klemperer, *German Resistance to Hitler: The Search for Allies Abroad* (Oxford: Clarendon Press), pág. 395.

[45] Gillmann y Mommsen, *Politische Schriften und Briefe,* vol. 2, pág. 1248.

[46] Ibíd., vol. 2, pág. 1226.

[47] Ibíd., vol. 2, pág. 1229.

[48] Ibíd., vol. 2, págs. 1127-1129, 1236-1237. El énfasis es de Goerdeler.

[49] Ludwig Rosenberg, «Wilhelm Leuschner», en *Das Zwanzigste Juli: Alternative zu Hitler?,* ed. Hans J. Schultz (Stuttgart: Kreuz Verlag, 1997), pág. 165.

[50] Doctor Ing. Werner Kennes, «Stellungnahme zu Wolfgang Müller: "Gegen eine neue Dolchstosslüge"», 27-8-1947, BA-MA BAarch PERS N/124/10. Goebbels ya sospechaba mucho de Fromm el 23 de julio; véase Goebbels, *Tagebücher,* 23-7-1944, vol. 5, pág. 2084.

[51] Desmond Young, *Rommel* (Londres: Collins, 1972), pág. 235.

[52] Niederschrift über die Aussage des Heinrich Doose, vor CIC 101 30-5-1945, Berchtesgaden Records, UPEN-RBML.

[53] El discurso de Kluge fue citado en FBIS, NARA, Rg. 263, SA 190, R 23, C 34, S7, caja 92, CCA1 CCC1. Para las sospechas nacionalsocialistas contra él, véase Schreiben Bormann, Führerhauptquartier, 17-8-1944, Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-4, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_04.pdf, pág. 128.

[54] Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, *Soldat im Untergang* (Frankfurt am Main: Ullstein, 1977), págs. 151-152.

[55] Bengt von zur Mühlen y Frank Bauer, eds., *Der 20. Juli 1944 in Paris: Verlauf, Hauptbeteiligte, Augenzeugen* (Berlín: Chronos, 1995), pág. 242.

[56] *Nuremberg Blue,* vol. 15, págs. 403-404; Felix Gilbert, ed., *Hitler Directs His War: The Secret Records of His Daily Military Conferences* (Nueva York: Oxford University Press, 1950), pág. 101.

[57] Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* págs. 311-312.

[58] Scheurig, *Ewald von Kleist-Schmenzin,* pág. 192; Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* págs. 324-325; compárese con el testimonio de Schlabrendorff del 26-27 de abril de 1966, en un tribunal de Alemania occidental: «Zeugenaussage Fabian von Schlabrendorffs im Rahmen des Ermittlungsverfahrens gegen Hans-Joachim Rehse vom 26./27. April 1966», en Ramm, *Der 20. Juli,* 499.

[59] Gerhard Ringshausen, *Widerstand und christlicher Glaube angesichts des Nationalsozialismus* (Berlín: Lit, 2008), pág. 229; Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* pág. 325.

[60] «Zeugenaussage Fabian von Schlabrendorffs», págs. 500-502.

[61] Schlabrendorff, *Secret War Against Hitler,* pág. 328.

[62] Georg Thomas, «20. Juli 1944», BA-MA Msg 2/213, pág. 12.

[63] Gisevius, *To the Bitter End,* pág. 591.

[64] Ibíd., pág. 596.

[65] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 407; Franz Sonderegger, «Ermittlungsverfahren gegen Walter Huppenkoth», 14-1-1951, IfZ, ZS-0303-1, pág. 10, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-0303_1.pdf.

[66] Se puede encontrar una lista detallada del contenido de la caja fuerte de Zossen en Sonderegger, «Ermittlungsverfahren», 14-1-1951, IfZ, ZS-0303-1; véase también Abschrift Huppenkothen, IfZ ZS 0249-1, pág. 35; Georg Thomas, «20. Juli 1944», 20-7-1945, BA-MA Msg 2/213, pág. 8.

[67] Agregado Naval, Estocolmo a D.N.I., 16-8-1945, «Fate of Admiral Canaris», NA, FO 371/47341; Huppenkothen trial, VT1, págs. 144-150, 56-57, VT5, pág. 54, Deutsch Papers. Kaltenbrunner estuvo orgulloso hasta el último día de su participación en el desenmascaramiento de Canaris; véase su testimonio en Núremberg, *Nuremberg Blue,* vol. 22, pág. 378.

[68] Dohnanyi a su esposa, 8-3-1945, Zeller Papers, IfZ ED 88/1, págs. 26-27.

[69] Heinz Höhne, *Canaris,* trad. J. Maxwell Brownjohn (Londres: Secker & Warburg, 1979), pág. 596; Ramm, *Der 20 Juli,* págs. 343-44; Huppenkothen trial, VT1, págs. 163-66, VT2, págs. 113-114, 138-141, 53-54, VT5, págs. 54-56, Deutsch Papers, serie 1, caja 3, carpeta 2; Ringshausen, *Widerstand und christlicher Glaube,* pág. 230.

[70] Halder, «Protokoll der öffentlichen Sitzung der Spruchkammer München X, BY 11/47, am 15.9.1948», BAMA Msg 2/213.

[71] Fabian von Schlabrendorff, *Revolt Against Hitler: The Personal Account of Fabian von Schlabrendorff*, trad. y ed. Gero von Gaevernitz (Londres: Eyre & Spottiswoode, 1948), págs. 23-25.

[72] Peter Hoffmann, *Stauffenbergs Freund: Die tragische Geschichte des Widerstandskämpfers Joachim Kuhn* (Múnich: Verlag C.H. Beck, 2007), págs. 161-167.

[73] Schulthess, *Nina Schenk Gräfin von Stauffenberg,* págs. 80-86.

20. Motivos en la penumbra

[1] Shlomo Aharonson, «Hitler: Ha-Ketsinim Ha-Shotim» en *Ha-Hitnagdut La-Nazism* (Jerusalén: Koebner Institute for German History, 1984), págs. 63-64; Hannsjoachim W. Koch, *In the Name of the Volk: Political Justice in Hitler's Germany* (Londres: Tauris, 1989), pág. 212.

[2] Sabine Gillmann y Hans Mommsen, *Politische Schriften und Briefe Carl Friedrich Goerdelers* (Múnich: Saur, 2003), vol. 2, pág. 1241.

[3] Joachim Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», en Peter Hoffmann, *Stauffenbergs Freund: Die tragische Geschichte des Widerstandskämpfers Joachim Kuhn* (Múnich: Verlag C.H. Beck, 2007), pág. 190; Peter Hoffmann, *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), pág. 152; Christian Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg: Eine Biographie* (Düsseldorf: Droste, 1971), págs. 256-257; Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, «History of the Attempt on Hitler's Life (20 Jul. 1944)», Historical Division Headquarters, United States Army Europe, Foreign Military Studies Branch, USAMHI, pág. 20; Hans Herwarth von Bittenfeld, «Meine Verbindung mit Graf Stauffenberg» (noticia de prensa, 18-7-1969), Deutsch Papers, serie 3, caja 2, cintas 3 y 4 Material.

[4] El controvertido artículo de Johannes Hürter es la última publicación de esta escuela de pensamiento. Véase Johannes Hürter, «Auf dem Weg zur Militäropposition: Tresckow, Gersdorff, der Vernichtungskrieg, und der Judenmord; Neue Dokumente über das Verhältnis der Heeresgruppe Mitte zur Einsatzgruppe B im Jahr 1941», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 3 (2004), págs. 527-562.

[5] Quentin Skinner, «Meaning and Understanding», *History and Theory,* 8, n.º 1 (1969), págs. 8-12.

[6] Hans A. Jacobsen, ed., *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (Stuttgart: Seewald, 1984), vol. 1, págs. 447-457.

[7] Gersdorff, *History,* USAMHI, pág. 7; Axel von dem Bussche, «Eid und Schuld», en *Axel von dem Bussche,* ed. Gevinon von Medem (Maguncia: Hase & Koehler, 1994), pág. 135.

[8] Winfried Meyer, *Unternehmen Sieben: Eine Rettungsaktion für vom Holocaust Bedrohte aus dem Amt Ausland/Abwehr im Oberkommando der Wehrmacht* (Frankfurt am Main: Hain, 1993), págs. 309-310; Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1954), págs. 211-212; Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher, 1938-1944: Aufzeichnungen vom anderen Deutschland,* ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gärtringen (Múnich: Goldmann, 1994), pág. 62.

[9] Dichas dicotomías siguen existiendo incluso en los estudios más recientes, muy sofisticados en otros aspectos. Véase, por ejemplo, Eckart Conze et al., *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik* (Múnich: Karl Blessing Verlag, 2010), pág. 296.

[10] Klaus-Jürgen Müller, «Über den «militärischen Widerstand», en *Widerstand gegen den Nationalsozialismus,* ed. Peter Steinbach y Johannes Tuchel (Berlín: Akademie Verlag, 1994), pág. 275; Ger van Roon, «Hermann Kaiser und der deutsche Widerstand», *Vierteljahrschefte für Zeitgeschichte,* 24, n.º 3 (julio de 1976), pág. 273.

[11] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, pág. 431.

[12] Ritter, *Carl Goerdeler,* págs. 211-212.

[13] Hassell, *Tagebücher,* págs. 14-16, 19, 79, 100, 104, 114-115, 120, 152, 156, 221, 227, 365.

[14] Kuhn, «Eigenhändige Aussagen», pág. 190; Hoffmann, *Stauffenberg,* pág. 152; Müller, *Oberst i. G. Stauffenberg,* pág. 382; Gersdorff, *History,* USAMHI, pág. 20; Bittenfeld, «Meine Verbindung» (noticia de prensa, 18-7-1969), Deutsch Papers, serie 3, caja 2, cintas 3 y 4 Material.

[15] Roon, «Hermann Kaiser», pág. 273.

[16] Hermann Kaiser, *Mut zum Bekenntnis: Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser, 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010), pág. 474.

[17] Ibíd., pág. 446, y compárese con pág. 230.

[18] Ibíd., pág. 292.

[19] Ibíd.

[20] Schlabrendorff a Scheurig (entrevista, 19-9-1965), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 31-8, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_08.pdf, pág. 5.

[21] Meyer, *Unternehmen Sieben,* págs. 457-458.

[22] Ted Harrison, «“Alter Kämpfer” im Widerstand: Graf Helldorff, die NS-Bewegung und die Opposition gegen Hitler», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 45, n.º 3 (julio de 1997), págs. 385-423.

[23] Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 449, 451, 453.

[24] Ronald Rathert, *Verbrechen und Verschwörung: Arthur Nebe; Der Kripochef des Dritten Reiches* (Münster: Lit, 2001), pág. 194.

[25] Wolfgang Foerster, *Ein General kämpft gegen den Krieg: Aus nachgelassenen Papieren des Generalstabchefs Ludwig Beck* (Múnich: Münchener Dom-Verlag, 1949), pág. 103.

[26] Bodo Scheurig, *Henning von Tresckow: Ein Preuße gegen Hitler; Biographie* (Berlín: Propyläen, 1987), págs. 201-202.

[27] Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler,* trad. Hilda Simon (Boulder, CO: Westview Press, 1994), pág. 124. Sobre la oposición de Tresckow a la Orden de los Comisarios, véase también Engel a Scheurig, 4-5-1972, Karl-Heinz Wirsing, «Bericht» (diciembre de 1970), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 103, ZS/A 0031-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_03.pdf, pág. 211.

[28] *Nuremberg Green,* vol. 13, pág. 398. Tresckow tenía un punto de vista muy similar; véase Eggert a Scheurig, Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 82; Gersdorff a Scheurig (entrevista), 17-3-1970, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 141.

[29] Philipp von Boeselager, entrevista con el autor, 15-7-2003; y su libro (con Florence Fehrenbach y Jerome Fehrenbach), *Valkyrie: The Story of the Plot to Kill Hitler by Its Last Member,* trad. Steven Rendall (Nueva York: Vintage, 2010), pág. 124.

[30] Christian Streit, «Angehörige des militärischen Widerstands und der Genozid an den Juden im Südabschnitt der Ostfront», en *NS Verbrechen und der militärische Widerstand gegen Hitler,* ed. Gerd R. Ueberschär (Darmstadt: Primus, 2000), pág. 99. Streit se refiere a un número mínimo de 6329 víctimas, la mayoría de ellas asesinadas después de que Stülpnagel fuese sustituido por Hoth. En comparación, 55.000 y 57.000 víctimas fueron asesinadas en la misma época en los territorios de Manstein y Reichenau, respectivamente.

[31] Bengt von zur Mühlen y Frank Bauer, eds., *Der 20. Juli 1944 in Paris: Verlauf, Hauptbeteiligte, Augenzeugen* (Berlín: Chronos, 1995), págs. 151-152.

[32] Para esto, vale la pena comparar los testimonios de dos israelíes que conocieron a Bussche después de la guerra en circunstancias diferentes: el compositor Josef Tal y el embajador israelí en Alemania Avi Primor. En una conferencia que pronunció en la Universidad de Tel Aviv (13 de mayo de 2002), Primor explicó que Bussche se preguntaba cómo un israelí estaba dispuesto a hablar con una persona como él. Tal testificó que Bussche intentó evitarlo para no «obligar» a un israelí a hablar con un antiguo oficial de la Wehrmacht. Incluso después de que se hicieran amigos, Bussche evitaba hablar de la guerra o de su experiencia en la resistencia alemana. Véase Josef Tal, «Ein Mensch-zu-Mensch Erlebnis im Wissenschaftskolleg Berlin», en Medem, *Axel von dem Bussche,* pág. 126.

[33] Citado en Peter Steinbach, *Claus von Stauffenberg: Zeuge im Feuer* (Leinfelder-Echterdingen: DRW, 2007), pág. 8.

[34] Para más detalles sobre la mitología dinástica de los Tresckow y su autopercepción como portadores de la herencia prusiana, véase Heinrich von Tresckow y Hans-Heinrich von Tresckow, *Familiengeschichte derer von Tresckow* (Potsdam, 1920/1953), Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-01, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_01.pdf, págs. 62-129.

[35] Helmuth James von Moltke, *A German of the Resistance: The Last Letters of Count Helmuth James von Moltke* (Londres: Oxford University Press, 1946), págs. 39-40, 49. Sobre la importancia de la religión, véase también Jacobsen, *«Spiegelbild einer Verschwörung»,* vol. 1, págs. 435-436.

[36] Klaus von Dohnanyi, introducción a Meyer, *Unternehmen Sieben,* pág. xi.

[37] Erika von Tresckow a Bodo Scheurig (estrevista, 1-5-1969), Scheurig Papers, IfZ ZS-10031-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_03.pdf, pág. 151.

[38] Basado en algunos fragmentos que han sobrevivido del diario escrito por Tresckow el 10 de julio de 1920; véase Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-01, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_01.pdf, pág. 15.

21. Redes de resistencia

[1] Evan Mawdsley, *Thunder in the East: The Nazi-Soviet War* (Londres: Oxford University Press, 2005), págs. 397-407.

[2] El modelo que sigue se corresponde en parte con el de Paul Staniland en su nuevo estudio, *Networks of Rebellion: Explaining Insurgent Cohesion and Collapse* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2014). Aunque Staniland se centra en las insurgencias declaradas más que en los grupos clandestinos de conspiradores dentro del aparato del Estado, su modelo también puede proporcionar elementos útiles para nuestro tema. Staniland divide las redes insurgentes en cuatro tipos, según la fuerza de su liderazgo central y de los cuadros locales. Las redes integradas, que son las más fuertes, disponen de un liderazgo central formidable y cuadros locales eficaces. Las redes de vanguardia tienen un liderazgo fuerte en el centro, pero poca influencia sobre el terreno, mientras que las redes parroquiales disponen de células locales fuertes pero su liderazgo es débil. Las redes fragmentadas, que tienen centros débiles y cuadros locales ineficaces, están condenadas al fracaso si no son capaces de cambiar. El modelo de vanguardia se corresponde con nuestro análisis de la camarilla de Berlín de 1938 y el modelo parroquial con las camarillas conectadas de Tresckow en 1942-1943. Staniland destaca la importancia de la intermediación en dichos grupos y también, como hemos hecho nosotros, el problema de la colaboración débil y las luchas internas (págs. 30-31). La rueda conspirativa de Stauffenberg puede ser la que más se acerca al modelo de la «red integrada» de Staniland, aunque la fuerza de sus cuadros locales, como hemos explicado, era al menos en parte ilusoria.

[3] Halder, «Protokoll der öffentlichen Sitzung der Spruchkammer München X, BY 11/47, am 15-9-1948», BA-MA Msg 2/213, pág. 18(78c).

[4] Para un ejemplo entre muchos de la estrategia de «envolver», véase Peter Hoffmann, *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), pág. 231, así como Eberhard von Breitenbuch, «Erinnerungen an Generalmajor von Tresckow», Scheurig Papers, IfZ ZS/A 0031-2, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_02.pdf, pág. 53.

[5] Erika von Tresckow a Bodo Scheurig (entrevista, 1-5-1969), Scheurig Papers, IfZ ZS-1 0031-3, http://www.ifz-muenchen.de/archiv/zsa/ZS_A_0031_03.pdf, pág. 138.

[6] Gerhard Ringshausen, *Hans-Alexander von Voss: Generalstabsoffizier im Widerstand, 1907-1944* (Berlín: Lukas Verlag, 2008), pág. 85.

[7] *Die geheimen Tagebücher des Hauptmanns Hermann Kaiser, 1941, 1943,* ed. Peter M. Kaiser (Berlín: Lukas Verlag, 2010), págs. 420-422, 439, 445.

[8] H.L. Bartram, «20. Juli 1944», BA-MA Msg 2/214, pág. 5.

Epílogo

[1] Yehuda Bauer, *Jews for Sale?: Nazi-Jewish Negotiations, 1933-1945* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1994), pág. 328.

[2] Marikje Smid, *Hans von Dohnanyi, Christine Bonhoeffer: Eine Ehe im Widerstand gegen Hitler* (Gütersloh: Gütersloher Verlagshaus, 2002), págs. 57-58.

[3] Véase, por ejemplo, la opinión de Stauffenberg sobre Goerdeler (cap. 17, n. 15).

[4] Roland Kopp, *Paul von Hase von der Alexander-Kaserne nach Plötzensee: Eine deutsche Soldatenbiographie, 1885-1944* (Münster: Lit, 2001), págs. 177-199.

[5] Dietrich Bonhoeffer, «Ethics», vol. 6 de *Dietrich Bonhoeffer Works,* ed. Clifford J. Green, trad. Reinhard Krauss, Charles C. West y Douglas W. Stott (Minneapolis: Fortress Press, 2005), pág. 284.

Las conspiraciones contra Hitler
Danny Orbach

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Plots Against Hitler*

Ilustración de la portada: © M. Kjeldgaard / Akg-images / Album
Planeta Arte & Diseño

© Danny Orbach, 2017

© de la traducción: Francisco García Lorenzana, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-9066-573-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com